

# REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ



NÚMERO ANTOLÓGICO  
TOMO II • 2021

# REVISTA

REVISTA  
DE LA  
Biblioteca  
Nacional



Edificio en construcción para la Biblioteca  
Arquitectos: Genta y Cabero.

Revista  
de la  
Biblioteca Nacional

PUBLICACIÓN MENSUAL  
DIRIGIDA  
POR

Domingo FIGAROLA-CANEDA  
DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA

Año I. — Tomo I.  
21 ENERO Y 28 FEBRERO  
NÚMEROS 1 Y 2

HABANA  
IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL  
1909



SEGUNDA SERIE t. I, n. 1

ABRIL

Revista de la  
Biblioteca Nacional

Segunda Edición

Lilia Castro de Morales  
DIRECTORA

LA HABANA  
F. Fernández y Cia. S. en C.  
1949





**L**a *Revista de la Biblioteca Nacional* fue fundada en 1909. De entonces a la fecha se editaron ciento sesenta y ocho números. Se le considera la más antigua del país después de la revista *Bohemia*, surgida dos años antes. Su signo distintivo ha sido siempre el saber humanístico, desde las disciplinas de las ciencias sociales (bibliografía, historia, sociología, filología, etc.).

En sus distintas épocas ha ofrecido un vasto y profundo panorama de la cultura nacional, siempre con la tendencia a hurgar en el pasado, una suerte de vocación por ese tiempo que con frecuencia resulta el más impredecible de todos, pero sin abandonar los intereses del presente. De manera que esa voluntad de ir hacia las raíces de nuestra cultura no ha impedido el examen crítico de los temas actuales. Al mismo tiempo, cada número recoge la vida de la Biblioteca Nacional.

En sus páginas ha colaborado lo mejor y más ilustre de nuestra intelectualidad. A la vez, las figuras que han formado parte de sus consejos editoriales y que han dirigido la *Revista* se encuentran entre lo más representativo del pensamiento y las letras del país. Han sido sus directores en las distintas épocas Domingo Figarola Caneda, su fundador, Lilia Castro de Morales, María Teresa Freyre de Andrade, Cintio Vitier, René Méndez Capote, Juan Pérez de la Riva, Julio Le Riverend Brusone, Eliades Acosta Matos y Eduardo Torres-Cuevas.

Una expresión de Araceli García Carranza, principal bibliógrafa cubana y jefa de Redacción de la *Revista* resume muy bien su importancia: “La *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* es una enciclopedia de la cultura cubana”.



# REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE CUBA

## DIRECTOR

Rafael Acosta de Arriba

## CONSEJO DE HONOR *IN MEMORIAM*

Ramón de Armas

Salvador Bueno Menéndez

Ana Cairo Ballester

Eliseo Diego

María Teresa Freyre de Andrade

Josefina García Carranza Bassetti

Enrique López Mesa

Renée Méndez Capote

Manuel Moreno Fragnals

Juan Pérez de la Riva

Francisco Pérez Guzmán

## PRIMERA ÉPOCA 1909-1913

Director fundador:

Domingo Figarola-Caneda

## SEGUNDA ÉPOCA 1949-1958

Directora:

Lilia Castro de Morales

## TERCERA ÉPOCA 1959-1993

Directores:

María Teresa Freyre de Andrade

Cintio Vitier

Renée Méndez Capote

Juan Pérez de la Riva

Julio Le Riverend Brusone

## CUARTA ÉPOCA

Directores:

1999-2007: Eliades Acosta Matos

2007-2019: Eduardo Torres-Cuevas

## QUINTA ÉPOCA

Director:

2020: Rafael Acosta de Arriba



BIBLIOTECA  
NACIONAL  
DE CUBA  
JOSÉ MARTÍ

## SUMARIO

- 3 El campamento de San Pedro  
*Francisco Pérez Guzmán*
- 12 Las bibliotecas públicas cubanas.  
Su misión social  
*Sidrosc Ramos*
- 28 El monto de la inmigración forzada  
en el siglo XIX  
*Juan Pérez de la Riva*
- 53 Pugna entre independentistas y anexo-reformistas antes de la revolución de Yara  
*César García del Pino*
- 73 Aspecto jurídico del 27 de noviembre de 1871  
*Luis F. Le Roy y Gálvez*
- 85 Ramiro Guerra: recuento y significación  
*Julio Le Riverend*
- 96 Los cimarrones en el Caribe  
*José Luciano Franco*
- 106 Pendientes aborígenes cubanos  
*Manuel Rivero de la Calle*
- 114 Una sublevación de indios en 1758  
*Olga Portuondo Zúñiga*
- 119 La Cecilia Valdés de *La Siempreviva*  
*Roberto Friol*
- 127 Las clases sociales en Cuba  
y la Revolución Martiana  
*Eduardo Torres-Cuevas*
- 157 La historiografía de temática social (1659-1984)  
*Oscar Zanetti Lecuona*
- 167 La Revolución del 30: una aproximación  
historiográfica  
*Ana Cairo*
- 179 Un importante y casi desconocido trabajo  
de Máximo Gómez  
*Ramón de Armas*
- 183 *Los Diarios* de Feijóo  
*Carmen Suárez León*
- 193 De la Enmienda Platt a los empréstitos  
*Pedro Pablo Rodríguez*
- 203 Balance de la dominación inglesa  
en La Habana (1762-1763)  
*Juan Jiménez Pastrana*

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Omar Valiño Cedré  
Yolanda Núñez González  
Rafael Acosta de Arriba  
Araceli García Carranza  
Yanelys Encinosa Cabrera  
Olga Vega García  
Vilma Ponce Suárez  
Maribel Duarte González  
Johan Moya Ramis  
Mabiel Hidalgo Martínez

JEFE DE PUBLICACIONES:

Johan Moya Ramis

JEFA DE REDACCIÓN:

Araceli García Carranza

EDICIÓN:

Nurien de Armas Rodríguez

CORRECCIÓN:

Yanelys Encinosa Cabrera

DISEÑO ORIGINAL:

Yamilet Moya y Edgar Gómez

DISEÑO Y REALIZACIÓN:

José A. González Baragaño

DIGITALIZACIÓN:

Anduin Pérez Chang  
Gisou Yáñez Ortega

TRADUCCIÓN:

Juan Carlos Fernández Borroto

Año 112 / Quinta época  
Número Antológico, 2021  
Tomo II

ISSN 0006-1727

RNPS 0383

CANJE:

*Revista de la Biblioteca  
Nacional José Martí*  
Plaza de la Revolución,  
La Habana, Cuba

e-mail: revista\_bncjm@bnjm.cu  
www.bnjm.cu

IMAGEN DE PORTADA:

Portadas de números de la  
*Revista de la Biblioteca Nacional*  
en diferentes épocas

El presente volumen es una antología  
de artículos publicados por la  
*Revista de la Biblioteca Nacional  
José Martí*, desde su fundación  
en el año 1909 hasta la actualidad.

- 220 Iluminaciones de la ciudad (sobre *Sucesivas  
o Las coordenadas habaneras* de José Lezama Lima)  
*Ivette Fuentes*
- 235 La bibliografía de literatura cubana:  
panorama crítico  
*Tomás Fernández Robaina*
- 247 Traducir América: los códigos clásicos  
de Alejo Carpentier  
*Luisa Campuzano*
- 261 Génesis histórica de la cultura científica cubana  
*José López Sánchez*
- 283 Dulce María Loynaz y la intimidación del agua rebelada  
*Luis Suardiáez*
- 291 Cuba, 1960: el rostro, el alma y una vieja  
profecía hegeliana  
*Eliades Acosta Matos*
- 300 Toda una biblioteca implícita en la obra  
de José Lezama Lima  
*Araceli García Carranza*
- 305 Veinte años entre tesoros de la Biblioteca Nacional  
de Cuba José Martí  
*Olga Vega*
- 314 En San Lorenzo están las claves  
*Rafael Acosta de Arriba*
- 323 La imprenta en la República: rasgos y cifras  
*Ambrosio Fornet*

---

## NUESTROS AUTORES



# El campamento de San Pedro<sup>1</sup>

Francisco Pérez Guzmán

HISTORIADOR

EL PROCESO agrario en la provincia de La Habana tuvo características muy particulares. Al demolerse los hatos y corrales, surgieron en su lugar las medianas y pequeñas propiedades. Los grandes bosques desaparecieron y las sabanas se transformaron en tierras fértiles que explotaban los campesinos. Al surgir en gran número los pequeños propietarios, lógicamente, surgieron por dondequiera las serventías, los caminos, las divisiones de la propiedad y los barrios rurales. El campesino, para deslindar sus fincas y sitios de labor, utilizaba las cercas de piedras y de alambre, aunque estas últimas se destinaban primordialmente para divisiones dentro de una misma propiedad con el fin de evitar el paso del ganado vacuno a las tierras cultivables, y también para reconcentrarlas en el pastoreo. Todo esto contribuyó a que las campiñas habaneras se transformaran completamente.

Esta división de la tierra perjudicó a los mambises de la provincia de La Habana, ya que luchaban contra un enemigo que, como el ejército español, gozaba de buena infantería y magnífico armamento. Las numerosas cercas de piedras con las que en cualquier lugar se tropezaban los insurrectos, les ponía freno a su táctica de llevar la guerra en su forma usual, que era utilizando la caballería como arma fundamental.

El genio militar de Máximo Gómez previó esta situación cuando realizó su campaña de atraer fuerzas hacia su columna —en enero de 1896— con el objetivo de facilitarle el paso al general Maceo hasta Mantua, y dio la orden de que se abrieran portillos o boquetes en las cercas de piedras para facilitarles a sus fuerzas de caballería la maniobrabilidad, lo que seguramente no se pudo hacer en toda la provincia por lo peligroso de la operación.

El jefe de Estado Mayor de Gómez, que era el general Bernabé Boza, anota en su *Diario* un pasaje que demuestra las condiciones tan difíciles que les resultaba a los cubanos la guerra en la provincia de La Habana:

La mayor parte de las fincas o sitios de la provincia de La Habana estaba dividida en cuartones cercados de piedras y esas cercas tenían un metro de ancho aproximadamente por metro y medio de altura. Eran verdaderas

<sup>1</sup> Capítulo VII del trabajo *La Guerra en La Habana desde enero de 1896 hasta el combate de San Pedro*, que obtuvo Primera Mención en el género Investigaciones históricas en el Concurso 26 de Julio, convocado por la Dirección Política del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias correspondiente al año de 1972.

trincheras o murallas que ofrecían magníficas posiciones y defensa a la infantería, pero que comprometían, impedían e imposibilitaban completamente los movimientos de caballerías, que era de la que se componía en mayor parte la columna de Gómez. Convenientemente dio órdenes para que salieran comisiones de oficiales en todas las direcciones para que abrieran portillos o boquetes a corta distancia uno cerca del otro en todas esas cercas.<sup>2</sup>

Y si se quiere detallar aún más lo que significaban esas pequeñas fincas divididas por cercas de piedras en la guerra que se libraba en la provincia habanera, observemos lo anotado por el Generalísimo en su *Diario de Campaña* el 7 de enero de 1896:

Ese mismo día me veo obligado a recio combate en malas condiciones en la zona (un laberinto terrible de cercas de piedras, cuando yo no pude disponer sino de 200 hombres de infantería a lo sumo, todos los demás, gente de caballería) de Ceiba del Agua. Sin embargo, el enemigo estaba tan miedoso que se batió flojo y pude retirarme sin ser perseguido.<sup>3</sup>

En estas anotaciones del Generalísimo y de su ayudante se aprecia la impresión que recibieron Gómez y sus hombres cuando iniciaron su campaña en La Habana. Acostumbrados como estaban a combatir en grandes sabanas como las de Camagüey, y regiones con montañas como en Oriente y Las Villas, tuvieron necesariamente que emplear nuevos métodos tácticos que se ajustaran a las características del terreno de la provincia en cuestión.

En 1896 las cercas de piedra casi habían sustituido completamente a las de piñas, y posteriormente el alambre fue eliminando a las de piedras. Hoy, todavía se conservan en nuestra campiña habanera muchas de esas cercas de piedras que han sobrevivido a los cambios agrarios y al tiempo, y son un testimonio de la estructura agrícola de la propiedad de la tierra en el siglo XIX.

El barrio rural de San Pedro se encontraba dividido en San Pedro Arriba y San Pedro Abajo. Está situado a los 22 grados, 56 minutos latitud norte y a los 81 grados, 27 minutos longitud oeste. San Pedro Arriba, que fue el lugar donde se libró el combate del 7 de diciembre de 1896, tenía las fincas conocidas por La Matilde, Bobadilla y Purísima Concepción o Montiel en la jurisdicción de Punta Brava. Este barrio no estuvo ajeno al proceso de evolución agraria en la provincia de La Habana en los siglos XVII y XIX. La diversificación de la agricultura trajo como consecuencia que esta zona tuviera una evolución característica y surgieran algunos caseríos y tabernas que rodearon a San Pedro.

En 1854, San Pedro era considerado un cuartón, que a su vez pertenecía al partido del Wajay, jurisdicción de Santiago de las Vegas. En 1891, San Pedro era un barrio rural que pertenecía al término municipal de Bauta. Por esta época,

<sup>2</sup> Boza, Bernabé: *Mi diario de la guerra*, ed. Ricardo Veloso, t. 1, La Habana, 1924, p. 137.

<sup>3</sup> Comisión del Archivo de Máximo Gómez: *Diario de campaña del mayor general Máximo Gómez*, impreso en los Talleres del Centro Superior Tecnológico Ceiba del Agua, La Habana, 1940, p. 353.

Punta Brava, el Guatao y Corralillo tenían poco desarrollo económico y demográfico que los limitaban a ser territorio de Bauta. El caserío del Guatao, situado al norte de San Pedro fue fundado en 1837; desde algún tiempo a esta fecha se habían edificado en él algunas viviendas. Corralillo, situado al oeste noroeste de San Pedro, lo fundaron en 1835, y fue, hasta 1847, cabeza de partido municipal. Punta Brava, el barrio más importante del término municipal de Bauta, había sido fundado en 1870. Cuando las fuerzas invasoras entraron y quemaron el pueblo de Bauta el 6 de enero de 1896, el Gobierno Municipal trasladó su residencia para Punta Brava, y realizó sesiones hasta el 15 mayo de 1902, en que fue trasladado nuevamente para Bauta.

Aunque San Pedro era considerado como un barrio rural, en realidad no tenía un caserío lo suficientemente desarrollado como para esta importancia. Aproximadamente hacia 1918, el barrio se dividía en San Pedro Arriba y San Pedro Abajo; contaba el primero con siete casas y veintiocho habitantes, y el segundo, con seis casas y treinta habitantes.

El campamento de Maceo fue situado en la finca Purísima Concepción o Montiel. Al norte tenía un palmar con otros árboles y algunos yerbazales. Al oeste, el guayabal y camino que conducía a Corralillo. Al este y al sur le quedaba la sabana. Muy cerca del campamento al norte, fue situada la escolta del Lugarteniente General, al mando del comandante Juan Manuel Sánchez Amat, quien era jefe del 2do. escuadrón del regimiento Calixto García. Los regimientos fueron repartidos siguiendo la táctica usual de disgregación. Al regimiento Santiago de las Vegas, al mando del coronel Juan Delgado, se le dio el sector oeste. El 2do. y 4to. escuadrón hicieron campamento en la finca La Matilde: estos escuadrones estaban bajo el mando de los comandantes Rodolfo Bergés y Dionisio Arencibia —el primero—, y Miguel Hernández y Rafael Sánchez —el segundo—. Al frente de estos escuadrones y separados por la cerca de piedras de La Matilde, estaban el 1ro. y 3er. escuadrón en la finca Purísima Concepción. Estos escuadrones acamparon fuera de los límites de la finca Bobadilla, pues la cerca de piedras que bordeaba el camino a Cuatro Caminos de Piña y el Callejón Corralillo los separaba. Tácticamente se puede considerar la ubicación del regimiento Santiago de las Vegas como buena. Su posición le brindaba protección al campamento de Maceo, que distaba unos 600 metros y, además, serviría como tropa de choque en caso que el enemigo viniera por el camino de Corralillo.

Más al oeste estaba situada una avanzada cubana que se encargaría de la vigilancia de los caminos de Corralillo y del Guatao. Los regimientos Goicurúa y Calixto García se hallaban al norte y al este del campamento de Maceo, a unos 750 metros, frente a la entrada principal de la finca Bobadilla, cuidaban el sector norte y este, y se encargarían de repeler cualquier ataque del enemigo en caso de que los sorprendieran por aquel lugar. También, se encargarían de vigilar el camino de Cuatro Caminos de Piña. Además, al norte-noroeste, donde estaba la intersección de los Cuatro Caminos de Piña, fue colocada una avanzada a 1 100 metros del Cuartel General. Al sur-sureste del campamento fue situado el regimiento Tiradores de Maceo, al mando del teniente coronel Isidro Acea, a una distancia de 575 metros, cerca de una avanzada cuya misión era esa zona.

Si se analizan cuidadosamente la ubicación y las avanzadas del campamento de San Pedro, se llegará a la conclusión que, dadas las circunstancias, la preparación fue correcta. Todos los caminos estaban bajo la vigilancia de las avanzadas cubanas. Los centinelas de La Matilde, en línea recta, se hallaban a unos 2000 metros de los Cuatro Caminos de Piña y a unos 1 500 metros de los que estaban en la Purísima Concepción. A su vez, a los centinelas de Cuatro Caminos de Piña y los de la Purísima Concepción los separaban unos 1 000 metros. Si trazáramos líneas rectas entre esas tres avanzadas se obtendría un triángulo escaleno de unos 33 grados al oeste, 27 grados al noroeste y 120 grados al sur. El Cuartel General quedaría situado casi a los 33 grados del ángulo oeste, lo que resultaba sumamente peligroso en caso de ataque por el sector suroeste, como así ocurrió.

Después de ubicados los regimientos, las avanzadas, y establecido el campamento, la organización del mismo se hizo como sigue: el jefe de todas las tropas era, por designación del propio general Maceo, el coronel Silverio Sánchez Figueras, quien a su vez era el jefe de la Brigada Sur. Entre Antonio Maceo y Sánchez Figueras existía una profunda y vieja amistad. Fueron numerosos los combates en que participaron juntos y, a raíz de la muerte del general Juan Bruno Zayas, en julio del '96, fue designado por Maceo para que se hiciera cargo de la Brigada Sur. Este gesto suyo demostró la consideración y el concepto en que tenía a Sánchez Figueras. Sustituir en el mando a un hombre que, como Juan Bruno Zayas, gozaba de reconocido prestigio —tanto en el valor personal como intelectual— no era una tarea fácil. Era necesario que el jefe que asumiera el mando de la brigada, tuviera tan buena reputación como la de Zayas, y que fuera capaz de llenar el vacío dejado por el intrépido médico habanero.

Una de las primeras medidas que tomó el coronel Silverio Sánchez Figueras fue nombrar jefe de la escolta del general Maceo y del Cuartel General al joven comandante Juan Manuel Sánchez Amat, quien con treinta hombres, aproximadamente, tendría la difícil tarea de cuidar al Caudillo. Ya en esa fecha, Juan Manuel Sánchez Amat contaba con una extensa hoja de servicios, a pesar de haber ingresado pocos meses antes —el 4 de enero de 1896— en el Ejército Libertador, en su pueblo natal de Güira de Melena, cuando este fue tomado por las fuerzas invasoras. Había participado en más de treinta acciones de guerra, y algunos de sus ascensos se debieron a la buena organización de los hombres bajo su mando.

La jefatura de la tropa reconcentrada y la de la escolta de Maceo recayó en oficiales de la Brigada Sur. Para la importantísima misión de oficial de día —nombre dado por los mambises al oficial de guardia— fue designado el comandante Andrés Hernández, del regimiento Goicurúa. Dentro de los deberes funcionales de un oficial de día estaban los siguientes:

1. Tenía que designar las guardias exteriores del campamento. En el caso de San Pedro, se escogió el método de que los regimientos designaran sus avanzadas y fueran cubiertas con sus propios hombres. Además, los centinelas interiores también corresponderían a sus propios hombres: todos los caminos que conducían al campamento tenían que estar debidamente vigilados.

2. El oficial de día tenía que asistirse de prácticos locales para informarse de la topografía local, conocer la posición del campamento, las entradas al mismo y los centros de operaciones más próximos del enemigo.
3. Independientemente de todas estas responsabilidades, tenía la elemental función de conocer los lugares y las distancias de cualquier columna enemiga que estuviera en operaciones y saber las condiciones estratégicas y tácticas del campamento.

Como se puede apreciar, este cargo de tanta responsabilidad —posiblemente el de mayor envergadura en la organización del campamento— se le tenía que confiar a un hombre de experiencia, conocedor de la zona. Fue por eso que se designó al comandante Andrés Hernández, que como oficial que prestaba servicio en el Goicuría —regimiento que tenía al campamento bajo su jurisdicción— podía asumir a cabalidad esa alta responsabilidad.

Hay un hecho, sin embargo, que nunca se ha mencionado, ni por los protagonistas del combate de San Pedro ni por los historiadores, y este es si en el campamento se encontraba algún prefecto, subprefecto o algunos de sus auxiliares. En un documento que existe en el Archivo Nacional de Cuba, hay un relato del combate de San Pedro, sin firma, donde en un párrafo dice, refiriéndose al desconocimiento de los cubanos que se encontraban en la retaguardia en relación al lugar donde había sido muerto Maceo: “Juan Manuel Sánchez dio más informes precisos al prefecto Canosa”.<sup>4</sup>

Ahora bien, ¿qué importancia tenía que hubiera un prefecto? Históricamente, la importancia es grande. Estos hombres tenían diferentes tareas que cumplir de mucha ayuda para el Ejército Libertador. Dentro de sus deberes estaba el de brindar un servicio de prácticos a las fuerzas cubanas cuando entraran en su demarcación. Además, estos funcionarios civiles de la revolución, por su conocimiento de la zona, poseían amplias informaciones sobre las tropas enemigas, sus recorridos y cuáles eran sus zonas de operaciones más visitadas. Además, conocían la topografía del lugar como la palma de su mano. Era un deber de estos funcionarios visitar los campamentos mambises cuando se establecía alguno en sus respectivos distritos.

La exploración juega un papel muy importante en proteger un campamento. Los mambises utilizaban el método de designar las parejas exploradoras no en forma rotativa, sino que siempre eran los mismos hombres. Además, cada una de estas parejas tenía su demarcación fija. Salían del campamento al aclarar el día y se mantenían en su territorio hasta el oscurecer. Al regreso, tenían que traer informaciones relacionadas con los campamentos del enemigo, bien fuera en las poblaciones o en la campiña.

El método de mantener una vigilancia activa sobre el enemigo evitaba en gran medida la sorpresa. Esto se hacía así para que en el caso de que las columnas españolas cambiaran el rumbo de recorrido, y la nueva dirección las acercase peligrosamente al campamento, los exploradores tuviesen tiempo

<sup>4</sup> Miró Argenter, José: *Crónicas de la Guerra*, La Moderna Poesía, t. 3, La Habana, 1909, p. 145.

suficiente para alertar a las fuerzas acampadas. En el caso de San Pedro se cumplió con los métodos mambises destinados a evitar la sorpresa: se habían ubicado las tropas separadamente dentro del campamento y se situaron las avanzadas correctamente como se tenía acostumbrado; se efectuó el servicio de exploración y se consiguieron informaciones sobre el enemigo. Pero los exploradores no cumplieron a cabalidad con su deber. El batallón de San Quintín burló el servicio de exploración y logró sorprender el campamento de San Pedro. Esto se debió, exclusivamente, a que sobre el enemigo no se ejerció la vigilancia según la forma establecida. En el capítulo VIII veremos cómo tuvo lugar la sorpresa y se podrá demostrar que, defectivamente, el servicio cubano de exploración no cumplió su deber de acuerdo a las normas mambisas.

En una guerra no siempre se elige un campamento acorde a los deseos del jefe. Por determinadas circunstancias impuestas por las mismas condiciones de esa guerra, se cometen constantemente errores de tipo táctico. Si no sucede un hecho catastrófico, el error pasa inadvertido. Para escoger un campamento es necesario mantener la vigencia de ciertos requisitos elementales y así evitar lo que no puede permitirse ningún jefe: que le sorprendan y le tomen el campamento, con lo que se corre el riesgo de que las fuerzas sorprendidas sean exterminadas. En las contiendas bélicas tiempo es uno de los factores con que más hay que contar. En determinadas ocasiones no hay tiempo para escoger un lugar adecuado para hacer un campamento y no queda más remedio que ubicarlo en situación desfavorable.

Los mambises tenían diferentes tipos de campamentos: el de tránsito, que se hacía por unas horas; el de reconcentración, con el objetivo de reunir tropas; y el estable —generalmente el de las prefecturas— donde llevaban a los heridos y enfermos para restablecerse. El primero era el que más se empleaba por los regimientos y escuadrones cubanos. Cuando más, permanecían en un campamento dos o tres días. La mayoría de las veces los campamentos se hacían por las noches y al amanecer se levantaban. Esto no quiere decir que por el día no se establecieran campamentos, pero estos solo eran de tránsito, y su permanencia, de un día, o más cuando se efectuaba una reconcentración. El campamento de San Pedro pertenece a este grupo. Fue escogido en momentos críticos y de tensión. La llegada de Maceo a la provincia de La Habana era inminente. Por otra parte, se había sostenido el combate de Montes de Oca, que hacía peligroso quedarse por aquella zona. Por ello, no quedaba más remedio que escoger un lugar cercano y de fácil acceso. Además, el hecho de que fuera de tránsito, es decir, por unas horas, aminoraba el peligro.

Estas contingencias de la guerra, a veces, resultan irónicas. Recuérdese que el coronel Sánchez Figueras llegó a San Pedro aproximadamente a las 12 del día 6, permaneció en aquel lugar toda esa tarde y noche y, sin embargo, no se presentó el enemigo. Si la reconcentración, en vez de ser el 7 hubiese sido el 6, quizás no hubiera sucedido lo que ocurrió. Pero es que esos hechos no son predestinables, sino el resultado de la evolución de marchas, operaciones, dificultades y negligencias por parte de dos adversarios. Era una lucha táctica con conceptos diferentes, con métodos disímiles y recursos bélicos desnivelados.

¿Cuántas veces acamparon los mambises en condiciones similares? En muchas ocasiones, y hoy no se comenta por la simple razón de que no sucedió algo de interés nacional. Máximo Gómez, el mismo Antonio Maceo y otros mambises de alta jerarquía militar tuvieron que hacer campamentos en condiciones completamente desfavorables. Hay hechos que retratan la guerra y las tácticas que empleaban, tanto los cubanos como los españoles.

El 19 de febrero de 1896 se libró el combate de Moralitos, en las inmediaciones de Güines. Maceo eligió para hacer campamento los terrenos del demolido ingenio San Pablo. La tierra era cenagosa y había cercas de bambú. Después de dejar la avanzada para evitar una sorpresa si los españoles le habían seguido el rastro, Máximo Gómez ordenó destruir un caserío que tenía al frente por entender que no se debía acampar mientras hubiera uno solo por aquel lugar. De repente, las descargas enemigas se oyeron por la retaguardia y el flanco izquierdo. El enemigo había logrado sorprender el campamento atacando precisamente por el lugar más débil. Las fuerzas cubanas, por ser de caballería, no podían maniobrar por la tierra cenagosa y tuvieron que fraccionarse en la retaguardia.

En el mes —también— de febrero, las fuerzas que mandaban los generales Ángel Guerra y Quintín Banderas acamparon en el ingenio demolido Olayita, de Sagua la Grande, en las inmediaciones del río Hanábana. El terreno para los cubanos no podía ser más desventajoso: al norte era llano; al sur, recias alambradas; al este, un arroyo pantanoso; y al oeste, guardarrayas y cercas de alambres que constituían la única salida del campamento. Prácticamente, una jaula.

El 7 de marzo, el general Lacret estaba acampado en el ingenio Diana, en Matanzas, cuando los coroneles españoles Viscuña y Molina, al mando de una columna, entablaron combate con las fuerzas de Lacret, quien le pidió ayuda a Maceo, alegando que no tenía municiones y que el terreno no les era favorable para sus fuerzas de caballería. Los españoles quedaron dueños del lugar al tener que retirarse los cubanos.

Fermín Valdés Domínguez nos relata un hecho representativo con relación a las sorpresas:

...cuando sonaban tiros en el mismo campamento; sobre nosotros: habíamos sido sorprendidos por el enemigo. Cada uno corrió a su caballo ya yo estaba sobre el mío cuando vi que el General no podía montar fui en su ayuda y al querer sujetarle el freno a su brioso potro mi pacífico jamelgo me hizo una pirueta y me caí de lado, pero el General montó ayudado también por el Teniente Coronel Olivera. Y fue aquello la de blaces entre asistentes. Allí se quedaron calderos y boniatos y algunas otras cosas de interés como los papeles y algunos objetos de Coronado. Tras el General fuimos algunos, yo a su lado y cuidando de que no se perdiera ni un papel de mi archivo, como no se perdió. Boza y muchos hombres armados de la Escolta y del Expedicionario se quedaron sosteniendo la retirada del General. Fue un fuego nutridísimo que duró media hora. Tres o cuatro veces

intentaron los españoles avanzar sobre los nuestros pero estos los rechazaron con entereza, 4 muertos tuvimos de los cuales dos se quedaron en el campo. Dos cosas malas han sucedido: la primera la dijo gráficamente el General: ‘nos han sorprendido porque no habíamos tomado todas las precauciones’ y la segunda le hizo expresar hoy ‘que los que habían peleado habían hecho mal en sostenerse ante el enemigo mucho tiempo pues en estos casos se anda muy de prisa’. Boza por poco cae pues su propia frase, peleó mucho pero su muerte no hubiera justificado el descuido al cubrir el campamento como jefe de Estado Mayor y su muerte hubiera traído mayores males pues de seguro el General hubiera querido volver atrás y entonces la cosa hubiera sido más gorda.<sup>5</sup>

En otra referencia a la sorpresa de las tropas, dice: ...“los españoles llegaron hasta 25 o 30 de donde estábamos. Solo nos separaba un arroyo”.<sup>6</sup>

Hemos citado algunos ejemplos —tomando precisamente a Gómez y Maceo, las dos figuras que más conocían de la guerra en Cuba— para demostrar cómo se hacían los campamentos insurrectos.

En realidad, aunque San Pedro no brindaba las mejores condiciones para hacer un campamento, tampoco se puede considerar que fuesen pésimas. Si el enemigo se presentaba por el oeste, como lo hizo, se podían hacer movimientos tácticos hacia el este y hacia el sur. Si se presentaba por el este, había suficiente salida para Corralillo, Laguna de la Pastora y Guatao. Es decir, que San Pedro, en lo que se refiere a desplazamiento en caso de un ataque por sorpresa, tenía varias salidas. Lo desfavorable para las fuerzas cubanas era combatir en aquel lugar. Pero esta cuestión la examinaremos más adelante, porque en la misma entraron en juego varios factores.

Cuando se analiza el campamento de San Pedro se advierte que uno de los errores de los que organizaron la ubicación de las tropas, fue la de situar el Cuartel General muy cerca —600 metros— del camino de Corralillo y de la avanzada que estaba situada al oeste —575 metros— en la finca Purísima Concepción. Sin embargo, la avanzada de Cuatro Caminos de Piña estaba situada a 1 100 metros del campamento de Maceo. Si el enemigo atacaba por sorpresa por La Matilde o por la Purísima Concepción, la distancia que tenía que recorrer, en caso de que lograra romper las defensas cubanas sería relativamente corta, para llegar a donde estaba Maceo. Pero, la posibilidad de un ataque por aquel lugar era sumamente improbable, aunque no imposible.

Otro aspecto que hay que observar en la ubicación de las tropas de San Pedro, es el cordón defensivo que se situó para proteger al Cuartel General. Si atacaban por el norte, tenían que enfrentarse al regimiento Goicuría. Si lo hacían por el sur-sureste, se encontrarían con el regimiento Tiradores de Maceo. Por el oeste-suroeste —como se hizo— estaba el regimiento Santiago de las Vegas.

<sup>5</sup> Valdés Domínguez, Fermín: “Diario de soldado”. (Inédito). Archivo Nacional de Cuba. Donativo y remisiones. Caja 275/7, cuadernillo no. 53.

<sup>6</sup> *Ibidem*. Caja 276/3, cuadernillo no. 3.

Al este, se hallaba el regimiento Calixto García; si los españoles se presentaban por este punto encontrarían una fuerte resistencia. La única salida que tendrían las fuerzas cubanas sería hacia el oeste y sur-sureste. Además, hacia la retaguardia y el flanco izquierdo tendrían la cerca de piedras que bordeaba el camino de San Pedro Abajo, hasta Cuatro Caminos de Piña, que les cerraría el paso en una retirada. Desde la Purísima Concepción o Montiel, donde estaba situado el Cuartel General, no había que temer a la infantería española. Solamente podían llegar hasta allí fuerzas de caballería, con un ataque completamente sorpresivo y relámpago. La infantería jamás dejaría las cercas de piedras para lanzarse en un avance que no ofrecería ningún tipo de ventajas sobre la caballería. El punto de referencia más próximo de la cerca de piedras al Cuartel General era a más de 600 metros. También, el guayabal existente en esa parte oeste del campamento, les quitaría toda visibilidad sobre este, reduciendo de esa forma la efectividad de la infantería.

Después de estas consideraciones sobre el campamento de San Pedro, cabe preguntarse: ¿había lugares en zonas de la provincia habanera que no tuvieran los inconvenientes de San Pedro?

La respuesta sería afirmativa. Que en la provincia de La Habana existían lugares —en otras zonas— mejores que San Pedro. Pero había que buscarlos minuciosamente, ya que estos no abundaban y, sobre todo, era necesario escogerlos cerca de la Primera Zona Militar.

Si tenemos presente que el Caudillo abrazó el plan de ataque a Marianao, las posibilidades de encontrar un lugar con estas condiciones se hacían más difíciles aún. La topografía de San Pedro, su vegetación, sus numerosas fincas pequeñas, sus caminos y serventías, sus cercas de piedras, piña de ratón y alambre, no resultaban un caso aislado dentro de la campiña habanera. Era producto; como hemos expuesto, de un proceso agrario de raigambre histórica, en el cual la agricultura comercial jugó un papel importante. Este proceso no tuvo lugar solo en Bauta, Caimito o Punta Brava, sino en toda la provincia de La Habana, desde Artemisa hasta Nueva Paz y desde Güira de Melena hasta Santa Cruz del Norte y Bauta.

Tomado de *La Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*,  
63 (3): 151-162, La Habana, septiembre-diciembre, 1972.



# Las bibliotecas públicas cubanas. Su misión social

## IV Encuentro Nacional de Bibliotecas Públicas

**Sidroc Ramos**

PERIODISTA, ESCRITOR, POLÍTICO, DIPLOMÁTICO  
Y DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ (1967-1973)

“**R**EBELDE ayer, hospitalaria hoy, heroica siempre”, como reza el lema popular que rinde justo homenaje a Santiago de Cuba, la ciudad ofrece, en el año vigésimo del asalto al Moncada, el marco más propicio para que desenvuelva sus trabajos el IV Encuentro Nacional de Bibliotecas Públicas.

Con el IV Encuentro el Consejo Nacional de Cultura, su Dirección Nacional de Bibliotecas, saludan a la fecha trascendente, seguros de que el fortalecimiento de la actividad bibliotecaria cubana, y especialmente las de las bibliotecas públicas, está en la letra y el espíritu de *La Historia me absolverá*, el rotundo alegato que pronunciara Fidel Castro.

No solo porque en este documento, con el que se abre la bibliografía de la etapa decisiva de la Revolución cubana, se expresa palmariamente, en frase célebre: “No le decimos al pueblo cree, sino lee”; no solo porque ya entonces el Jefe de la Revolución valoraba altamente el papel de la lectura como vía principal del conocimiento, de la cultura que, según Martí, nos hace libres, de la conciencia política que despierta a la lucha y hace posible el ejercicio pleno de la libertad... sino sobre todo porque el programa del Moncada plantea el núcleo de ideas cuyo desarrollo marca la etapa actual de nuestra historia —e influye en el momento revolucionario del mundo— y concede vital espacio a la educación, al desarrollo económico y a la difusión del pensamiento revolucionario. Todas estas, esferas en las que las bibliotecas tienen un apreciable rol que desempeñar.

De más en más la Biblioteca Nacional y las bibliotecas públicas contribuyen a la educación popular, al estudio de nuestra historia nacional, al desarrollo del amor y el conocimiento de la mejor cultura propia en el terreno de las artes y las ciencias, de las buenas tradiciones nacionales.

Es difícil sobreestimar las posibilidades que abre en esta perspectiva una seria labor bibliográfica, como la que la Biblioteca Nacional emprende en relación con la historia de Cuba.

Se puede afirmar que en poco más de cinco años la Biblioteca compila las bibliografías correspondientes a los períodos más relevantes de los Cien Años de Lucha.

Primero fue la *Bibliografía de la Guerra de los Diez Años*, publicada en el mismo año del centenario. Últimamente han sido terminadas la “Bibliografía de la Guerra de Independencia” y la “Bibliografía de la Guerra Chiquita”. Se concluirán este año la “Bibliografía de la Revolución”, la “Bibliografía del Asalto al Moncada”, la “Bibliografía de la Primera Intervención Norteamericana en Cuba”. Y el año próximo se acometerá la compilación de la “Bibliografía de la Revolución contra Machado”. Lamentablemente no ha sido posible publicar todavía estas obras, pero no esperan por esto para prestar un servicio, bien que limitado, inestimable, en la diaria información bibliotecaria.

Caracteriza a nuestra principal biblioteca el hecho de que no solo se hace investigación bibliográfica, sino que desenvuelve investigaciones básicas en relación con la vida y la obra de personalidades de nuestra cultura y nuestra historia y en relación con las artes plásticas, la música y las bellas letras cubanas, mientras que el folklore afro-cubano y latinoamericano rinde sus leyendas y cuentos en adaptaciones para los niños.

Hay una vasta labor bibliográfica más general que, por primera vez, reúne los índices de las publicaciones periódicas corrientes, y que proyecta una visión de más abarcamiento sobre personajes, fechas, sucesos de nuestro tiempo y del pasado.

Ahora las bibliotecas más desarrolladas de la Red, las bibliotecas provinciales y algunas regionales; se empeñan también en la confección de bibliografías de interés local y empiezan a aportar lo suyo a la Bibliografía Nacional.

Y merecen mención aparte la actividad bibliográfica en los campos de la ciencia, la tecnología y la producción: cientos de títulos que se han convertido en una ayuda indispensable de científicos y técnicos, y el Catálogo Colectivo de Publicaciones Científico-Técnicas, que facilita la localización de la información en esas decisivas ramas del conocimiento y guarda contra una exagerada multiplicación de las mismas suscripciones.

Mediante fotocopias y microfilmes —cuando el material reprográfico existe— la información se presta a las bibliotecas de la Red para la atención de sus propios usuarios, o sea, a empresas industriales, planes agropecuarios, centros de investigación y otros organismos.

En este terreno el año pasado se llegó a un acuerdo con la Dirección de Normas y Metrología, como resultado del cual nuestras bibliotecas han recibido los manuales de normas cubanas elaboradas por esa Dirección.

Desde este momento los ingenieros y técnicos cubanos pueden consultar las carpetas de normas en cualquiera de nuestras unidades, con la seguridad de que todas las nuevas normas o las sustituciones recibidas estarán a su pronto servicio, y de tal suerte las bibliotecas contribuyen también al avance tecnológico del país.

## Las bibliotecas públicas y la enseñanza

En nuestro país se realizó una campaña de alfabetización sin precedentes por su rapidez y participación masiva. Se explica que, a diferencia de lo ocurrido en otras partes, en Cuba dicha campaña no utilizara las bibliotecas públicas, por la sencilla razón de que por entonces apenas las había.

Pero las bibliotecas públicas van siendo hoy centros de formación también de sus propios trabajadores. Ahora llega a término con buen éxito el primer curso del Plan de Capacitación en el Trabajo, que instituyó a seis bibliotecas como otras tantas escuelas, en las que una parte de los empleados —la más calificada— enseña a la de menos experiencia, aunque con el nivel de preuniversitario requerido.

A parte de sus beneficios programados: promover a la condición de técnicos de bibliotecas a cuarenta trabajadores bibliotecarios que han cumplido con todo rigor el curso de estudios de nuestra escuela media profesional, por fuerza han asomado las necesidades y, correspondientemente, las técnicas del aprendizaje en esas bibliotecas, bajo la guía metodológica de la Escuela.

Logro importante, porque el bibliotecario que necesitamos debe tener dotes desarrolladas de maestro. Y no podemos esperar que el útil rasgo aparezca espontáneamente, sino cultivarlo también en los planes regulares de la enseñanza de nuestra profesión.

Aumenta, simultáneamente, la participación de nuestras bibliotecas y de la Escuela de Técnicos de Bibliotecas en la preparación de personal procedente de otros organismos. En el último cursillo de mínimo técnico bibliotecario impartido por la Biblioteca Nacional se calificaron trabajadores de veintitrés dependencias productivas y de investigación científica, como, por ejemplo, de los institutos de Investigaciones Tropicales, de Investigación Pesquera, de Aeronáutica Civil, varios de la Academia de Ciencias, del ministerio de Salud Pública, del ministerio del Interior, de la empresa de Construcción de Maquinarias, etc. Por su parte la matrícula regular de la Escuela registró un aumento extraordinario en el presente curso.

En la Biblioteca Nacional ya es faena habitual el entrenamiento en la búsqueda de información de grupos de especialistas jóvenes de la Universidad y de otras instituciones donde se investiga. Cada vez más llegan a nuestras bibliotecas trabajadores de otros sectores con sus propias bibliotecas, del ministerio del Azúcar, por ejemplo, para aprender los elementos de nuestra práctica.

Nuestras bibliotecas absorben a una gran masa de estudiantes y escolares proporcionándoles junto a las bibliotecas escolares y universitarias, ocasión para la lectura y el estudio.

Es un fenómeno nuevo. Antes de la Revolución solo en La Habana y algunas otras ciudades había la posibilidad de que los alumnos utilizaran bibliotecas públicas realmente dignas de sus nombres.

Hoy la cuestión va siendo otra. En considerable proporción los estudiantes usan las disponibilidades menos importantes de las bibliotecas: espacio, muebles, luz para el estudio. La capacidad del bibliotecario para orientar sobre el aprovechamiento de los fondos, los materiales de estos no se ponen en juego o solo en escasa medida.

Bien es verdad que, a veces, sobre todo en los departamentos juveniles, los escolares apuran todas las dotes informativas del bibliotecario, llegando al límite mismo que separa la contestación de una consulta de la realización de la tarea escolar que los preocupa.

Otras veces llegan con bibliografías que registran materiales de tal complejidad que parecen más propios de los profesores que se las enseñan, y la bibliotecaria deberá ayudar también en interpretaciones o sustituciones de textos, no siempre posibles.

Pero, en general, puede afirmarse que los propios estudiantes que nos visitan son todavía una cantera por explotar para el logro de lectores o usuarios reales, absolutos. Se trata de ganarles para algo más que el estudio jadeante, forzado por los programas escolares o por el plazo urgente de un examen, estudio que se hace generalmente en libro propio y que, por sí mismo, según nuestras experiencias, no crea las apetencias del lector consuetudinario, de aquel que en la lectura encuentra placer y fuerza y para quien la lectura es la avenida más directa a la autoeducación.

Se advierte cómo, todavía, no se consolida como lectores habituales sino a una parte pequeña de los estudiantes que frecuentan nuestras salas, como si la graduación o el título absolviera de quemarse nuevamente las pestañas.

## De jóvenes lectores

No es una realidad exclusiva de nuestro país. En un trabajo publicado en la revista *El Correo de la UNESCO*, Robert Escarpit analiza varias encuestas efectuadas en Italia, Suiza, Francia y otros países y llama la atención acerca del hecho de que la mayor proporción de lectores aparece entre la juventud. Dice: "...el no leer, no es un fenómeno de la juventud". Y más adelante añade:

El verdadero problema de la "no lectura" se plantea, por consiguiente, en el plano de los adultos y especialmente de los adultos jóvenes, que son más vulnerables que otras personas a la posibilidad de una recaída en el "analfabetismo técnico", que provoca el hecho de no practicar la lectura.<sup>1</sup>

Está por llegar a las más grandes de nuestras bibliotecas otra categoría de lector, determinada por las masivas posibilidades que abre la universalización de la Universidad. Se trata del trabajador-estudiante, beneficiario de cursos dirigidos universitarios, cuyo tiempo es muy escaso y hay que aprovechar.

Paralelamente dejan de frecuentar algunas bibliotecas determinados grupos estudiantiles a quienes la inserción en los centros laborales para cumplir la mitad de sus jornadas, les reduce el tiempo disponible y deben ahorrar viajes que a veces eran relativamente demorados si querían asistir, por ejemplo, a la Biblioteca Nacional. Ahora les resulta preferible quedarse en las bibliotecas universitarias.

Estudiamos todos estos desplazamientos en medio de la realidad revolucionaria, en incesante cambio, y a propósito valoramos las sumas y las restas estadísticas y debemos encaminar nuestra lucha por nuevos y buenos lectores.

<sup>1</sup> Escarpit, Robert: "El hambre de leer", *El Correo de la UNESCO*, 25: 6-12, París, enero, 1972.

Donde acuden los niños y los adolescentes en las bibliotecas, en los departamentos juveniles, se realiza y cabe siempre perfeccionar una labor de carácter educativo más amplio que los fines concretos de promoción de la lectura permitirían suponer.

Esto se echa a ver en todos los trabajos que cumplen esos departamentos; pero impresiona agudamente en los *sábados infantiles* que, como se sabe, constituyen un conjunto de actividades concebidas especialmente para contribuir en alguna medida a la atención de los niños, en asueto escolar, cuyas madres trabajan.

Es común que se aprecie la acción bibliotecaria formadora en la orientación de los chicos, en la guía para el manejo de los catálogos; en las aproximaciones del pequeño lector al libro por la vía del cine-debate, que se realiza sobre películas basadas en obras recomendadas, y por la vía del dibujo y la pintura y el modelado, reflejo de las impresiones que dejan las lecturas, y por la vía de la “crítica literaria” infantil; actividades todas estas que encuentran diversas formas de exposición individual y colectiva en los departamentos juveniles. Estas tareas constituyen para nosotros lo insustituible, lo decisivo, lo fundamental en el trabajo juvenil bibliotecario.

Pero resulta más difícil concebir el aspecto formador cuando se trata de actividades en apariencia únicamente recreativas, a las que normal, aunque complementariamente, se acude en los sábados infantiles.

Refrámonos, aunque sea a dos iniciativas surgidas en el departamento Juvenil de la Biblioteca Nacional y aplicadas en otras bibliotecas: el concurso de castillos en la arena y la competencia de empinadores de papalotes.

La excursión a una playa predispone, ya por sí, muy favorablemente a los participantes infantiles. Ciertas medidas organizativas deben garantizar la emulación individual o por equipos. Un jurado determinará las mejores obras cuyas fotografías pueden ser objeto de exposición y debate.

La actividad en la arena permite al bibliotecario suscitar muchas cuestiones: las costas de Cuba, Playitas, Playa Girón, la erosión, el mar en nuestra historia, las nuevas líneas de comunicación marítima con los lejanos países socialistas que nos ayudan, el desarrollo de pesca después del triunfo de la Revolución. La arena, la actividad misma que se realiza, ¿no traen la imaginación a una tarea de construcción ya no imaginaria, sino muy real, la de las microbrigadas, que levantan casas para los trabajadores? ¿Cuántas bibliografías no se podrán hacer con estos temas, cuántos libros o publicaciones periódicas no será necesario, como por propia iniciativa, consultar alegremente!

El vuelo de los papalotes absorbe muchas horas de trabajo de los propios niños, que deben intervenir en todas las fases de fabricación; se trate de modestas *chiringas* o de imponentes *coroneles*. Tiene importancia educativa que el niño se provea los medios de sus propios juegos.

El bibliotecario confecciona la bibliografía del papalote. Da su charla sobre los orígenes del entretenimiento, alude a diversas costumbres, refiere anécdotas de la Colonia y la República...

Un día se dislocan los contendientes, cada uno en el lugar que le fuera asignado, con su objeto volante cada uno. Los papalotes se empinan en el aire, se destacan los de mano más diestra... Pero la actividad no ha terminado.

Los papalotes recuerdan otros cuerpos volantes, las aves, los aviones, ciertas leyes físicas asequibles a los adolescentes, los cohetes, el primer hombre en el cosmos, el desembarco en la luna y las exploraciones automáticas del espacio sideral, los satélites meteorológicos; los proyectiles tierra-aire que derriban los bombarderos norteamericanos en Vietnam...

Los libros y los artículos sobre estos asuntos, desconocidos o ya vistos, despertarán seguramente un nuevo interés entre los niños, *ya no simples espectadores sino protagonistas*, si el bibliotecario aprovecha vivamente un esparcimiento tan desinteresado en apariencias.

## La organización como premisa

Es una virtud digna, denota que, pese a condiciones no siempre favorables en los tres últimos decenios de formación bibliotecaria en nuestro país, se haya logrado en los trabajadores bibliotecarios de graduación especializada, superior y media, y en los que han adquirido conocimientos y hábitos profesionales desde el trabajo mismo, una preocupación muy marcada por la organización y el procesamiento técnico de las colecciones.

No se puede decir aún, claro está, que todas las bibliotecas de Cuba reciben la atención técnica debida: hay no pocos organismos cuyas bibliotecas escasamente cumplen su cometido por la falta de personal competente para, en primer término, organizar y llegar a conocer sus fondos.

Pero va resultando rara esa aberrante opinión de que cualquiera puede hacerse cargo de una biblioteca y asimismo ha perdido valimiento la imagen tan habitual en el pasado, de la biblioteca como una desordenada suma de volúmenes, sin uso ni control ni destino.

Además, algo que la práctica descubre a cada paso es la necesidad de perfeccionar los conocimientos y las habilidades de la organización bibliotecaria, aun cuando se trate de personas con preparación anterior y experiencia más o menos larga.

Sin embargo, lo dicho no puede justamente llevar a ningún trabajador o estudiante de nuestra disciplina a la extrema simplificación de identificar la profesión bibliotecaria con la función de clasificar y catalogar.

Hay quienes se sienten subutilizados en las bibliotecas si no se les concede el trabajo (o la perspectiva del trabajo) en los procesos técnicos de los libros u otros documentos.

Hay que sacudir enérgicamente hasta la raíz esos falsos conceptos, por varias razones de principio y de carácter práctico.

En primer término, la clasificación, la catalogación, la organización de las colecciones y los catálogos, procuran un solo fin: servir rápidamente el libro o cualquier otro medio de información o cultura disponible en una biblioteca, al mayor número posible de usuarios.

Aún más, el principal índice para medir la eficacia de una biblioteca no consiste en la exactitud de su organización, sino en la cantidad y la calidad de sus servicios, en el grado en que satisface las necesidades culturales, reveladas o tácitas, de su localidad: en la medida en que informa, forma y entretiene; *en la medida en que sirve*.

La biblioteca pública es *servicio*; todo en ella está en función de su servicio; no tiene otra razón de ser que su servicio, precisamente uno de los más calificados y progresistas de la sociedad contemporánea.

Fácilmente se comprende que sin la previa organización no puede haber sino desorientación, innecesaria duplicación de esfuerzos y despilfarro de estos bienes del pueblo que son las publicaciones y los demás documentos. De modo que el servicio no sustituye a la organización: la presupone.

En segundo lugar, la existencia de una red centralizada de bibliotecas públicas ahorra tareas de clasificación y catalogación (aunque, desde luego nunca exime de su conocimiento, análisis y supervisión) en las unidades. El envío de las fichas catalográficas desde la Biblioteca Nacional permite concretar el trabajo organizativo en las unidades más pequeñas, a las operaciones de registro inventario y estadísticas, la ordenación en los estantes, la intercalación en los catálogos y la preparación física de los documentos.

La reciente decisión de señalar en la notación, mediante apóstrofes, distintas profundidades de la clasificación, para hacerla corresponder con el grado de desarrollo de cada categoría de nuestras bibliotecas, es una medida que ha de poner adicionalmente en juego aquella capacidad de análisis, aquel conocimiento, pero que no demanda la estrecha especialización de catalogador o clasificador, como en la biblioteca matriz o en una donde espera un fondo antiguo sin procesamiento.

En cambio, en aquellas bibliotecas reviste la mayor importancia adquirir habilidad para encontrar, en la masa de informaciones, los contenidos y los ángulos más interesantes, y reflejarlos en bibliografías, en exposiciones gráficas o de viva voz, ante los usuarios reales y potenciales de la localidad.

## Por la lectura profunda

Se sabe que la renovación de las colecciones en las bibliotecas públicas no se hace con la frecuencia en la medida deseable, debido a que el número de títulos que se publican en Cuba, apropiados a los lectores no especializados, es todavía insuficiente y debido a que las dificultades financieras no permiten todos los años (como sí ocurrió, por ejemplo, en 1969) importaciones masivas en nuestra propia lengua.

Aun así, si se exceptúan las colecciones juveniles, en situación muy crítica, no se puede decir que los fondos de nuestras bibliotecas públicas hayan agotado todas sus posibilidades.

Hay ciudadanos de largas lecturas que, conociendo muchos títulos de nuestras bibliotecas, solo se interesan por los libros más nuevos. Cuando estos no abundan, dejan de frecuentarlas. Pero hay personas que han leído poco, a las

que nuestras bibliotecas aun pueden ofrecerles mucho y que, sin embargo, tienen ya no el hábito, sino el vicio de las novedades.

Vieja herencia, este lector de novedades toma a la biblioteca por una librería. Para él, lo más nuevo, aunque no sea lo más interesante. La mayor parte de la cultura, de la literatura, de las ideas sociales y políticas, está escrita desde hace años, decenios, siglos, pero él prefiere el volumen que aún huele a tinta fresca.

Lo nuevo es lo último. O como dirían los muchachos, “lo más último”, Este lector a lo mejor no pasa mucho de veinte años. En realidad, para él son nuevos los títulos aparecidos los pasados diez o doce años: Sean *Los pasos perdidos*, o la *Segunda Declaración de La Habana*; sean *Los hombres de Panfilov* o el *Manifiesto Comunista*, que tuvieron tiradas gigantescas, o la *Antología mayor* de Nicolás Guillén.

Hay que dirigir, pues, la atención también hacia los libros básicos que se publicaron antes, que desarrollan el conocimiento, la sensibilidad que renuevan al hombre. Muchos de esos libros (a no ser que sirvan de consulta según los programas escolares o universitarios) se mueven poco en ciertas unidades.

Asimismo, se advierte que la existencia de publicaciones periódicas en nuestras bibliotecas públicas atrae a cierta cantidad de usuarios que solo leen las informaciones de los diarios o los artículos de las revistas. Con tales lecturas se satisface una importante necesidad, sin duda: la de estar al tanto de lo que ocurre en la Isla y en el mundo y de las últimas orientaciones generales y políticas; pero no nos podemos conformar con esas exclusivas lecturas de periódicos y hay que ayudar a convertir a estos visitantes, con tacto y persuasión, en lectores más profundos.

## Otros marcos para las actividades de extensión

Es habitual en las bibliotecas públicas cubanas la celebración de distintas actividades culturales que, aunque no sean de naturaleza puramente bibliotecarias, son apoyo y extensión de sus servicios básicos. Charlas y conferencias, conciertos, cine-debates y otras, están concebidas para complementar los frutos de la lectura y el uso de los demás materiales de la biblioteca, pero también para suscitar, para promover y conquistar a nuevas masas de lectores. (La dirección general de actividades apoyará el esfuerzo).

Estas acciones permiten un conocimiento de la biblioteca, una vívida referencia de sus posibilidades, y ofrecen la ocasión de atraer nuevos usuarios. Ahora bien, para estas actividades, sobre todo si se trata de charlas y conferencias, es necesario un esfuerzo bastante laborioso y no siempre acuden gentes nuevas junto a los usuarios habituales.

Así que se cumple la primera encomienda (el complemento cultural) más que la segunda (la captación de nuevos socios). Sin contar con que a veces las actividades culturales no se planifican con suficiente rigor en función de su fin último, bibliotecario.

Todavía más: la inmensa mayoría de las bibliotecas que se abrirán ahora contarán con locales pequeños, mucho menos propicios para las actividades

normales, a no ser las exposiciones bibliográficas —actividad netamente bibliotecaria, cuya técnica debemos desarrollar mediante el aprendizaje del diseño de carteles por nuestras bibliotecarias, como ocurre, señaladamente, en las bibliotecas públicas soviéticas y de otros países socialistas.

Está, pues, a la orden del día, completar las formas tradicionales de actividades, pudiéramos decir, intramurales, con variadas iniciativas extrabibliotecarias. Sin olvidar los antiguos recursos hay que pasar a poner en juego nuevas modalidades de captación.

En la Biblioteca Nacional y en algunas otras bibliotecas existen antecedentes de una de estas formas: la organización de charlas sobre determinadas ediciones en los centros de trabajo. Estas charlas se acompañan de exposiciones de libros, que deben convertirse en objeto de curiosidad y de debate.

Se puede establecer un calendario de visitas periódicas a los centros de trabajo seleccionados, comentar y exponer los libros, incitar a los escuchas a inscribirse en la biblioteca y beneficiarse de sus préstamos.

Pero, por la naturaleza de muchas actividades productivas (que generan ruidos o mantienen dispersos a los operarios) y por el escaso tiempo del obrero, luego de trabajos voluntarios y demás actividades sociales, muchas veces no se podrá desarrollar esta tarea en los mismos lugares de trabajo. En tales casos se pueden ensayar en los comedores obreros, a la hora del almuerzo; también durante breves minutos en las asambleas generales (previa coordinación con las direcciones sindicales); en los puntos de concentración para las movilizaciones productivas y en otras oportunidades.

Es muy importante no solo iniciar, sino sistematizar este trabajo. En esta, como en las demás tareas bibliotecarias, las acciones esporádicas son tan dañinas como la pasividad. Incumplir los programas de visitas, charlas, debates, exposiciones, pondría en peligro los avances logrados y desprestigiaría el trabajo mismo.

## Visitas de información

Al mismo tiempo hay que pasar a formas más audaces de propagación del libro y la lectura, que correspondan al espíritu de la *información agresiva*, que ha caracterizado a la Biblioteca Nacional en Ciencia y Técnica y en la ayuda a la producción. Pensamos en lo que pudiéramos llamar *visitas de información*, visitas casa por casa, sobre todo en los centros poblados pequeños, donde las relaciones humanas entre los vecinos se dan con más visible intimidad; pero también en determinados barrios de otras poblaciones mayores.

Hasta ahora se ha educado a nuestros trabajadores para la solícita atención del lector en la biblioteca. La modalidad que propugnamos mete a las bibliotecas en los hogares: cambia la espera por la búsqueda del lector siempre posible; convierte al bibliotecario en un propagador tenaz de las mejores experiencias y las mejores ideas, en un incitador del enriquecimiento espiritual de las masas, en un colaborador activo en la divulgación ideológica y política.

Desde luego que en estas condiciones las cualidades que han caracterizado al buen bibliotecario encuentran modos más agudos de expresión y la posibilidad de un desarrollo más alto. La capacidad y disposición de servir se aplica en ambientes fuera de su dominio y de sus hábitos, prometedores de sorpresas y memorables aventuras. La habilidad de habérselas con personas de extracciones y niveles diversos y de influir en sus gustos y preferencias, gana un marco nuevo, que hay que hacer propicio. ¿Cómo ejercer mejor esas cualidades bibliotecarias indispensables como la tenacidad y la paciencia y el espíritu comprensivo sin menoscabo de principios?

La sed de conocimientos incesante, el autoestudio de cada día, el ejercicio de la memoria, la habilidad para exponer con sencillez y precisión, son cualidades básicas también para la preparación de las visitas de información. Hay que conocer bien los libros de los que se ha de hablar, destacar sus hechos e ideas más interesantes, dejar en suspenso desenlaces o respuestas que favorezcan la lectura ulterior y adquirir habilidad crítica para el enfoque de tal o cual aspecto de una obra sobre la que convenga una atención más independiente.

(A propósito, saldrán con más frecuencia las *Guías de orientación de la lectura* que deben ayudar al respecto.)

Sosteniendo todas estas virtudes debe estar la capacidad de organización. Impulsándolas, la mayor pasión profesional y revolucionaria.

Muchas de estas cualidades se aprenden no cuando menos se desarrollan con el esfuerzo propio y una guía adecuada. Quien por vocación real ha venido a nuestro frente, puede y debe ganar este perfil de habilidades. La lucha por el lector renovará las posibilidades del bibliotecario público cubano, un bibliotecario que se proyecta de manera diferente a la de la vieja época, con responsabilidades cualitativamente nuevas sobre los hombros.

Ter-Avanessian,<sup>2</sup> director de la Biblioteca de la Academia de Ciencias de la URSS, ha dicho respecto de las funciones sociales del bibliotecario palabras tan sugerentes como estas que reproducimos:

En primer lugar, es importante subrayar que la lógica de la evolución de la profesión bibliotecaria ha dotado a esta de funciones nuevas sin renunciar a las antiguas. Lo nuevo no eliminó a lo antiguo, coexistió con lo antiguo. Al principio el bibliotecario se presenta como guardián de las riquezas culturales de una sociedad, más tarde se convierte también en propagador de conocimientos, de la cultura y de las luces; en la etapa actual contribuye activamente al progreso social, económico, científico y técnico de la sociedad. Es sobre todo característico de la posición del bibliotecario en la sociedad la multiplicación y complejidad crecientes de las tareas que se le asignan, la elevación continua de su responsabilidad.

La segunda tendencia que se perfila claramente en el curso de la evolución es la intensidad creciente de nuestras actividades. Otrora conservador y

<sup>2</sup> Ter-Avanessian: *Le bibliothécaire et la société: responsabilité sociale de bibliothécaire*, Moscou, avril, 1972.

contemplador, en nuestros días el bibliotecario es un militante y un creador. Lo que distingue a esta profesión es su carácter de agitación y propaganda. El bibliotecario no se limita a prestar o recomendar un libro, sino que hace propaganda a las ideas contenidas en la obra.

Más adelante afirma este autor:

El bibliotecario no puede cumplir con sus tareas si no es un buen ciudadano, políticamente maduro, un patriota capaz de comprender las ideas y la política de su país, de consagrar todas sus fuerzas y conocimientos a la explicación y a la aplicación de esta política.

Finalmente, Ter-Avanesian indica que “el bibliotecario está siempre en contacto con el público. Es a la vez pedagogo, político y orador. Por esto debe aprender el arte de ejercer influencia sobre la conciencia y los sentidos humanos”.

Los criterios citados deben ser para nosotros, bibliotecarios cubanos, materia de detenida reflexión.

Una concepción más dinámica de nuestro trabajo —en la que el dinamismo no contradice, como se ha interpretado a veces, sino exige, la máxima organización— lleva inevitablemente a revisar algunos hábitos.

Por ejemplo, ha sido motivo de orgullo local en ciertos centros urbanos contar con una biblioteca que está abierta de la mañana a la noche. La mayor parte del día esas instalaciones han tenido poco uso, si bien, al aplicar las orientaciones aprobadas por la DNB, los bibliotecarios no permanecen ociosos, porque emprenden todos los trabajos internos, incluidos los de preparar breves listas bibliográficas y otras formas de información.

El doble turno significa una mayor nómina, mayores gastos (o necesidad de mayores gastos) de mantenimiento, que en muchos casos no se justifican si se compara con el número de personas al que se presta servicio.

Es perfectamente posible en las pequeñas y medias urbanizaciones tener bibliotecas que abran un solo turno. De todos modos, no aspiramos tanto al lector en la sala como al que lleva los materiales a domicilio: nuestras bibliotecas son circulantes. Y solo las bibliotecas A y aquellas B con suficiente movimiento en las distintas horas del día, deben funcionar con los dos turnos. Por lo pronto, de todas las bibliotecas creadas en 1972 solo una, la de Cárdenas, tiene doble turno.

Aún más, tampoco hay que hacer fetiches de las jornadas de ocho horas diarias con las bibliotecas abiertas. Lo necesario, según las leyes laborales y lo imprescindible, según nuestras necesidades, consiste en que los empleados cumplan ocho horas de trabajo (más cuando se necesite y puedan), de trabajo bibliotecario. Pero, ¿quién dice que es obligatorio hacerlo en la propia biblioteca?

A veces hay uno o dos empleados en la pequeña biblioteca. Tienen que recibir entrenamiento en una biblioteca mayor, más o menos distante. Y tienen, por lo que hemos razonado, que salir a la calle a buscar lectores. Se puede fijar un horario que corresponda a estas necesidades, a condición de que este horario se cumpla inflexiblemente y sea de conocimiento general.

Existe el ejemplo de la biblioteca de El Caney. Una sola empleada. Tres o cuatro días a la semana va a capacitarse a la biblioteca provincial, en Santiago o sube a las estribaciones de la Gran Piedra a atender sus minibibliotecas. Tres días abre su pequeña biblioteca. Todo el mundo sabe en la población cuándo debe ir a recibir servicios. Y sacan buen partido de este conocimiento.

Nuestras bibliotecas no cuestan mucho, si se comparan con las de otros países. Cuando sea posible dotarlas de equipos y medios necesarios, incluidos los audiovisuales y reprográficos, y sea factible la colección y distribución de microformas, como es propio en las bibliotecas modernas se encarecerán sin duda. Pero eso no quiere decir que podamos ser indiferentes ante los costos, sobre todo en relación con aquellos que ahora pesan fundamentalmente, los de personal.

Nuestras bibliotecas deben ser lo más baratas posibles, deben estar atendidas por el menor número admisible de personas capaces: cuanto más capaces, cultas y revolucionarias, más eficaces, mayor su rendimiento.

Las visitas de información de los “bibliotecarios a nivel de cuadra”, el trabajo casa por casa, se han empezado a ensayar el año pasado en algunas bibliotecas: Trinidad, Cidra, El Cobre. No se puede decir que en todos los casos haya andado con suficientes resolución y consecuencia. Por el momento esto resulta excusable, porque se trata de una experiencia al parecer enteramente nueva en nuestra profesión en Cuba. Es algo que requiere muy buena preparación, porque si algún bibliotecario se hace abrir las puertas de los buenos vecinos para decir lugares comunes, para aburrirlos o hacerlos objeto de un trato presuntuoso o huérfano de calor humano, el esfuerzo sería contraproducente.

Y la experiencia, aunque incipiente, arroja buenos, iniciales resultados. Nuevos socios o visitantes de las bibliotecas. Más libros leídos. Descubrimiento (o confirmación) de fallas de la propia biblioteca, relativas al personal y otras cuestiones.

Y, además, con ese trabajo siempre se gana. Porque presumiendo que no se capte a ningún nuevo lector, si lo que se ha dicho en cada casa se ha dicho bien y es justo, como debe ser, entonces se ha ayudado a las familias visitadas, se les ha interesado en nuevas nociones y experiencias, se les ha inquietado positivamente, se les ha *orientado*. Esos son servicios que dejan huella, sobre todo si hay consecuencia y se insiste siempre con alguna enseñanza nueva... Y con todo derecho también se pueden registrar en nuestras estadísticas.

Los ensayos ya realizados han confirmado también la justeza de nuestra preocupación por emplear en las bibliotecas personal que no tenga menos instrucción que la del graduado en Secundaria Básica y, preferiblemente, aún mayor. Ter-Avanessian dice que “en nuestros días el bibliotecario debe ser un enciclopedista que posea una gran cultura general y, al mismo tiempo, debe ser un profesional bien formado”.<sup>3</sup>

Y si bien nosotros ahora no podemos proponernos tanto, debemos asegurar que quien maneje nuestras colecciones sea capaz de mucho más que despachar

<sup>3</sup> Ob. cit.

libros como jabones o croquetas (sin que haya ninguna intención peyorativa respecto de las nobles y vitales profesiones a que corresponden esas distribuciones), sea capaz de conocer sus colecciones y dominar, mediante la lectura, una parte creciente de ellas.

De otro modo, ¿cómo difundir esa riqueza inestimable, cómo ganar nuevos lectores?

En otros campos de la actividad social hay antecedentes de la tarea por la que abogamos. En viejos tiempos del movimiento comunista cubano, pese a las distintas formas de persecución o acoso que sufría, en pueblos y ciudades salían los militantes con numerosos folletos o libros bajo el brazo, para hacerles propaganda y distribuirlos en las casas de los trabajadores.

Muchas obras de Lenin, entonces publicadas por las Ediciones en Lenguas Extranjeras de Moscú, o por la cubana Editorial Páginas, y títulos como *Los Fundamentos del Socialismo en Cuba* o sobre *Martí Revolucionario* y muchos otros, se abrían paso de esta manera en la conciencia de obreros y campesinos.

Incorporar esta modalidad al trabajo de las bibliotecas públicas que la necesitan es un honor. Sin duda, sus efectos serán remuneradores desde los puntos de vista cultural y político.

El uso de la prensa escrita y de la radio (y ocasionalmente de la televisión) como vehículos para la divulgación de los fondos y los servicios bibliotecarios deberá continuar con la mayor intensidad e inteligencia.

Complementariamente hemos puesto en práctica otra iniciativa desde el año pasado en algunas bibliotecas: la constitución de Comités de Amigos de la Biblioteca. Representantes de las organizaciones locales, profesionales retirados, antiguos lectores, dirigentes del Partido, se han reunido en los primeros de estos comités, para atender de cerca ciertas necesidades de las bibliotecas y ayudar en su vinculación con el pueblo, en la realización de sus actividades culturales. Esto da muy buenos frutos también.

## La enseñanza profesional que se requiere

La enseñanza profesional destinada a formar el personal de las bibliotecas públicas será más productiva cuanto más certeramente tome en cuenta la amplia gama de sus preocupaciones y trabajos, cuanto mejor califique para una misión de tantas exigencias ante la sociedad.

Mucho se discute contemporáneamente dónde poner el acento en la preparación de especialistas de nivel superior en nuestro campo. La vieja escuela se preocupaba de proporcionar las bases para una buena formación humanística y al mismo tiempo transmitía las experiencias esenciales, de carácter técnico, profesional, para el manejo de los fondos y las instituciones pertinentes.

Nuevas tendencias dan también cabida, razonablemente, a disciplinas como la Matemática e incluyen problemas de Ciencias de la Información que, como se sabe, entra en los terrenos clásicos de la Bibliotecología, la Bibliología, etc. —sin agotar sus compromisos— y toma de la Cibernética, la Lógica Matemática, la Semiótica y otras disciplinas modernas, para los procesos de la comunicación.

La vida muestra que la introducción de tales nuevas disciplinas y nuevos conocimientos no puede ser excluyente y que el aprendizaje de los medios y conductas —empezando por los ideológico-políticos— para una directa relación con los usuarios, promotora de *información y formación*, no han perdido ni corren el riesgo de perder actualidad.

En medio de la revolución científico-técnica en desarrollo en nuestro mundo, no falta quienes subestimen el papel de las bibliotecas públicas y pongan todo su celo y su esperanza en los centros de información científico-técnica, en el empleo de los medios de computación electrónica sin los cuales los torrentes de la información científico-técnica no podrían canalizarse rápida y provechosamente.

En realidad, en el mundo hay lugar para ambos géneros del trabajo bibliotecario o de información. Ambos sirven a necesidades en cada caso bien justificadas. La humanidad no puede pasarse ya sin alguno de ellos.

Es fácil darse cuenta del papel insustituible de la biblioteca pública en relación con la educación integral y permanente de los ciudadanos —autoeducación en gran medida—, que sube a primeros planos en una sociedad socialista. Pero aun tomando en cuenta aisladamente los intereses del trabajo en las esferas de la investigación científica y el desarrollo tecnológico la biblioteca pública permanece necesaria.

Científicos soviéticos han llamado la atención al respecto, con base en su experiencia multilateral. Por ejemplo, dice Kirpítchova<sup>4</sup> que

...la revolución científico-técnica no solo suscita la diferenciación de las necesidades de información, sino también su integración. Los especialistas calificados de diferentes ramas de la industria, la agricultura, la ciencia y la cultura requieren obras de su estrecha especialidad, pero también fuentes impresas sobre las ciencias relacionadas, de alcance interramas...

que constituyen fondos de las bibliotecas públicas, más generales.

Al mismo tiempo, se ha demostrado que las bibliotecas especializadas no pueden tomar en cuenta (so pena de llegar a costos injustificados) las demandas de los obreros y los auxiliares que trabajan en cada rama, ni —añadimos nosotros— las necesidades del enriquecimiento cultural de los propios especialistas, sin lo cual, ¿cómo aspirar al hombre integral que el socialismo necesita? Eso solo lo puede resolver biblioteca pública.

Ni siquiera en los países más desarrollados todas las organizaciones productivas cuentan con fondos especializados y, en consecuencia, sus trabajadores han de acudir a las bibliotecas públicas para satisfacer sus necesidades de información.

No es menos interesante e inmediatamente real esta observación de la especialista soviética: “La aplicación de medios técnicos para formar fuentes

<sup>4</sup> Kirpítchova, J. K.: *Certaines questions de l'activité d'information des bibliothèques publiques de l'URSS*, Moscou, avril, 1972.

secundarias no reduce, sino aumenta, la necesidad de utilizar directamente fuentes primarias, comprendidos libros y publicaciones periódicas, que son la base de los fondos bibliotecarios.”

Herbert Coblans, autoridad británica en la información científica refiere que, a la euforia de la década del cincuenta, relativa a la aplicación de computadoras en las bibliotecas, ha seguido una actitud más cautelosa. Los mayores beneficios de las computadoras —viene a decir Coblans— residen en la producción de catálogos, bibliografías, índices y resúmenes.<sup>5</sup>

Nuestra ya conocida Kirpítchova, por su parte, acota en su obra citada que “la aplicación de medios de automatización (...) es actualmente y seguirá siendo aún una empresa muy cara”.

Si es de suponer que por su naturaleza las futuras redes de información científico-técnica cubanas tengan en tiempo relativamente corto determinados medios automáticos para la elaboración y la difusión de su riqueza informativa; el empleo de tales medios no estaría justificado en este tiempo en las bibliotecas públicas, cuando los servicios no desbordan las posibilidades humanas y materiales actuales. Aquella perspectiva, no obstante, puede irse contemplando para la Biblioteca Nacional, a fin de promover aplicaciones de la automatización en aspectos como el Catálogo Colectivo de Publicaciones Periódicas y la *Bibliografía Nacional*, principalmente. Son conocidas nuestras gestiones ante la Unesco en tal sentido.

La modernización de las bibliotecas públicas cubanas vendrá por su dotación de ciertos medios; modernos y otros, más tradicionales, de los que carecen o escasean por el momento, pero, sobre todo, por la comprensión de su misión más responsable y su trabajo más abarcador (cuestiones esencialmente de naturaleza organizativa e ideológica), que revolucionan sus servicios.

## Ante el Vigésimo Aniversario

El IV Encuentro reúne un número notablemente mayor de representantes de las bibliotecas públicas cubanas que en los encuentros anteriores. Esto se explica porque el año 1972, Año Internacional del Libro, tuvo importancia excepcional para la Red, que ha visto crecer en el 40% el número de sus bibliotecas y en 50% el de las minibibliotecas.

Aun así, en el extranjero se observa con atención y simpatía los esfuerzos que estamos haciendo. Pudimos comprobarlo en el Seminario Bibliotecario para los Países de Asia y África, convocado por el Ministerio de Cultura de la URSS en Moscú, en abril, y en el Coloquio de Editores de Revistas Bibliotecológicas y de la Documentación, que la UNESCO citó en París, en mayo. En ambas reuniones participó una representación cubana.

Prevemos que 1973 será otro año de apreciable crecimiento, pese a las dificultades de casi todo tipo que deben ser sorteadas. Los debates que seguirán en

<sup>5</sup> Coblans, Herbert: *La meccanizzazione della documentazione o delle procedure di routine nelle biblioteche*. Referido por *Library & Information Science Abstracts*, London (2): 49, 1971.

cuanto a los modos de captar lectores, perfeccionar la organización (plantillas, normas, estadísticas) y desarrollar aún más la competencia y decisión de nuestros cuadros y trabajadores bibliotecarios, ayudarán en el camino.

Y el recuerdo de aquel gesto inmortal de hace veinte años, que ha cambiado nuestra historia, nos manda y apremia. Con razones haremos altos esfuerzos por el desarrollo de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas en 1973, puesto que cuanto hagamos será nuestro tributo a los héroes y las ideas de aquel primer 26 de Julio, a la ciudad heroica que los acogiera, a la revolución que se les debe.

Febrero de 1973

Tomado de la *Revista de Biblioteca Nacional José Martí*,  
64 (2): 117-136, La Habana, mayo-agosto, 1973.



Charla sobre Henri Bergson impartida por Jorge Mañach (al centro)  
en la Biblioteca Nacional José Martí, el 30 de noviembre de 1959

# El monto de la inmigración forzada en el siglo XIX

Juan Pérez de la Riva

HISTORIADOR, DEMÓGRAFO  
Y PROFESOR UNIVERSITARIO

...esa risa bondadosa, franca, llena, peculiar del negro de nación.

(JOSÉ MARTÍ: *El presidio político en Cuba*, 1871.

*Obras Completas*, La Habana, 1963. t. I, p. 69.)

## 1) La trata africana

VARIAS tentativas se han hecho para tratar de organizar la copiosa y dispersa información histórica que existe sobre el monto de la trata africana. La primera serie global comprendiendo desde 1511 a 1865 es la Aimes<sup>1</sup> publicada en 1907, estimación anual seria, aun válida para varios períodos. Popularizada por Fernando Ortiz<sup>2</sup> ha sido la única utilizada hasta ahora por los investigadores cubanos. En 1970 se publicaron simultáneamente dos nuevas series, la de Curtin,<sup>3</sup> agrupada por períodos censales y cubriendo únicamente el siglo XIX hasta 1865, y la nuestra<sup>4</sup> que abarca desde los orígenes hasta 1873, anual desde 1790. Ahora, además de la Tabla 2 de Curtin presentamos otras dos básicas, enteramente nuevas: la Tabla 1 *Importación de esclavos africanos desde 1780*, según fuentes históricas, que reemplaza nuestra tabla de 1970, y la Tabla 3 *Estimación demográfica del monto de la trata de negros 1774-1873*. Ambas anuales. Se ofrecen también otras tablas secundarias derivadas de las dos mencionadas y como marco de referencia, la evaluación de Valle Hernández,<sup>5</sup> aún válida a pesar de su antigüedad.

<sup>1</sup> Aimes, Hubert H. S.: *A History of Slavery in Cuba, 1511-1868*, G. P. Putnam Sons, New York, 1907, p. 269.

<sup>2</sup> Ortiz, Fernando: *Los negros esclavos*, Revista Bimestre Cubana, La Habana, 1916, p. 89-90.

<sup>3</sup> Curtin, Philip D.: *The African slave trade. A census*, The University of Wisconsin Press, Madison, 1969, p. 41.

<sup>4</sup> “¿Cuántos africanos fueron traídos a Cuba?”, *Boletín Demográfico*. Suplemento al *Militante Comunista*, 5:46-54, La Habana, febrero 1970. Reproducido en *Economía y Desarrollo*, 3: 135-142, La Habana, julio-septiembre, 1970.

<sup>5</sup> [Valle Hernández, Antonio Del] Nota sobre la introducción de negros bozales en la Isla de Cuba y estado actual de la distribución de las gentes de color, libres y esclavos en ella. En: *Documentos de que hasta ahora se compone el expediente que principiaron las Cortes Extraordinarias sobre el tráfico y esclavitud de los negros*, Madrid 1814, p. 116-126. Esta importante contribución a la demografía cubana ha sido falsamente atribuida a Francisco de Arango y Parreño, por una errónea interpretación de una frase de Saco. v. *Papeles*, etc. t. I, p. 163 infine.

Al estudiar el monto de la trata africana en Cuba hay que distinguir dos grandes períodos, hasta 1820 tráfico legal, después clandestino y progresivamente reprimido. Al primero corresponden tres siglos y tal vez 390 000 esclavos vendidos en Cuba; al segundo medio siglo con no menos de 530 000 esclavos introducidos. Esta división es importante en cuanto a la evaluación de la información disponible pero oculta la realidad de la plantación. Desde sus orígenes hasta 1780, se introdujeron tal vez 80 000 esclavos, de los cuales 60 000 entre 1521 y 1761, a un promedio anual de 300, contra 1000 anuales para los veinte años que preceden al despegue de la plantación. El ritmo se acelera desde entonces, 3 300 anuales de 1790 a 1800; 11 300 hasta la ilegalización del tráfico; 10 400 anuales en los treinta años siguientes hasta 1851; y una cantidad similar en los veinte años que quedan hasta su desaparición definitiva. Pero estos promedios corresponden a evaluaciones contemporáneas, el análisis demográfico da cifras muy diferentes: 9 500 media anual de 1790 a 1 800; 13 000 en el período siguiente, 22 300 de 1821 a 1851 y menos de 8 000 en los veinte últimos años. También el monto total resulta considerablemente mayor.

Para el período 1800-1865 Aimes da un estimado de 386 217 bozales, Curtin 616 200, nuestra tabla de 1970, 672 523 y la que presentamos ahora 756 484; hay una subida constante y sin embargo, las fuentes utilizadas son básicamente las mismas. En lo que nos concierne la explicación es simple, la tabla del *Boletín Demográfico* fue elaborada en 1969 con los materiales disponibles en la Biblioteca Nacional José Martí, pero desde entonces tuvimos ocasión de regresar de nuevo dos veces a Londres, revisar los *Parliamentary Papers*,<sup>6</sup> echar una rápida ojeada a los fondos manuscritos del *Record Office* y también en Madrid consultar los documentos españoles sobre la represión de la trata.<sup>7</sup> Llegaron además a nuestras manos nuevos e importantes libros sobre la cuestión, en particular los de Curtin, ya citado, el de Knight<sup>8</sup> y el de Lloyd,<sup>9</sup> antiguo, pero que desconocíamos.

Un nuevo análisis del problema nos llevó a la decisión de soslayar tanto las evaluaciones cubanas como españolas contemporáneas dando preferencia a las inglesas cuando estas estaban disponibles para los años considerados. Más adelante se aducirán las razones, el resultado fue un aumento de 83 931 bozales para el siglo XIX. Pero aun así la cifra parecía insuficiente para explicar, en un contexto demográfico, el número de esclavos que figuran en los censos. Se procedió entonces a evaluar las introducciones anuales por intrapolación entre montos censales seleccionados. Para ello era necesario conocer previamente la proporción de bozales entre la población esclava enumerada, lo cual se obtuvo mediante el índice de

<sup>6</sup> Sobre lo que significan los *Parliamentary Papers*, ver Pérez De La Riva, Juan y Aurelio Cortés: "1860. Un diplomático inglés informa sobre la trata clandestina en Cuba: Jos Tucker Crawford", *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 63(1): 85-107, La Habana, enero-abril, 1972.

<sup>7</sup> Archivo Histórico Nacional. Madrid. *Fondo de Ultramar, Cuba Esclavitud*, Legajos 3547 a 3555. Los cuatro primeros en particular contienen la correspondencia e informes de los representantes españoles en la Comisión Mixta de La Habana. Importante para la historia de la esclavitud en Cuba este fondo lo es menos para investigaciones sobre el monto de la trata.

<sup>8</sup> Knight, Franklin W.: *Slave society in Cuba during the nineteenth century*, Univ. of Wisconsin Press, Madison, 1970.

<sup>9</sup> Lloyd, Christopher: *The Navy and Slave Trade: the Suppression of the African Slave Trade in the Nineteenth Century*, Longmans Green, Londres, 1949.

masculinidad, según sugiere Curtin.<sup>10</sup> El resultado es la Tabla 3 que eleva el monto para el siglo XIX a 1 110 000 bozales vendidos en Cuba. Quienes no están familiarizados con los procesos demográficos se sorprenderán sin dudas frente a esta brusca inflación del monto de la población de origen africano residente en Cuba, 187% de aumento sobre los estimados de Aimes, que nadie entre nosotros había puesto en duda hasta ahora, es evidentemente algo que cuesta trabajo creer... Sin embargo, a poco que se observen las nuevas cifras se verá que se adapta mejor a la coyuntura económica, azucarera en primer lugar, y además que ambas tablas, la histórica y la demográfica, elaboradas con total independencia una de otra, se acercan y se separan en determinados períodos y que estas variaciones son fáciles de explicar históricamente. Esto es al menos lo que trataremos de hacer, pero antes vamos a pasar revista a la evidencia histórica disponible sobre el monto de la trata.

## Las fuentes históricas

### a) La trata legal

Para el período legal, las fuentes básicas son Valle Hernández<sup>11</sup> hasta 1790, completado con Ortiz,<sup>12</sup> luego hasta 1820 las cifras de Humboldt<sup>13</sup> para las entradas por el puerto de La Habana con el ajuste de Saco<sup>14</sup> para los restantes puertos de la isla. Hasta aquí no hay serias dificultades, la trata era un tráfico legal y las “cargazones”, los contingentes de “bozales”<sup>15</sup> que traían los negreros eran registrados en la aduana como si se tratase de cualquier otro tipo de inmigrantes y además los negreros los anunciaban en los periódicos y la Lonja mercantil mantenía un registro de todos los buques afectados al tráfico con sus características y número de esclavos introducidos en cada viaje. La mayor parte de la documentación original ha desaparecido, pero afortunadamente Humboldt salvó lo esencial para la historia.

### La trata clandestina: los documentos parlamentarios ingleses

Otra cosa muy distinta es el período siguiente en que la trata en virtud de acuerdos bilaterales concluidos entre España y Gran Bretaña<sup>16</sup> se convertía

<sup>10</sup> Curtin: *Loc. cit.* (3), p. 41, nota.

<sup>11</sup> Valle Hernández, Antonio Del: *Loc. cit.* (5).

<sup>12</sup> Ortiz, Fernando. *Loc. cit.* (2).

<sup>13</sup> Humboldt, Alexandre von: *Essai Politique Sur L'île De Cuba*, Libraire de Gide Fils, t. I, Paris, 1826, p. 180 Passim.

<sup>14</sup> Saco, José Antonio: *Colección de Papeles (...) Sobre La Isla De Cuba (...)*. Imprenta de D'Aubusson y Kugelman, t. 1, París, 1858, p. 164.

<sup>15</sup> Se entendía entonces por bozal el negro recién importado de África que no entendía el español, al cabo de un año o más cuando lo lograba, se le llamaba ladino. Criollos eran los nacidos en Cuba, y rellollos los hijos de estos.

<sup>16</sup> Primer tratado de 24 de septiembre de 1817, ajustado entre España y Gran Bretaña para la supresión del tráfico negrero. Texto en Zamora y Coronado, José Ma.: *Biblioteca de Legislación Ultramarina*, t. 3, Madrid, 1845, p. 114.

de derecho, sino de hecho, en un tráfico ilegal; y su práctica en un cuerpo de delito previsto y sancionado por las leyes. Podemos, sin embargo, conocer el volumen del tráfico con cierta aproximación gracias a muy variados testimonios contemporáneos y sobre todo por los informes que periódicamente enviaban a su gobierno los comisionados ingleses que el tratado de 1817 había autorizado a residir en La Habana.<sup>17</sup> Algunos informes fueron publicados en los *Parliamentary Papers*,<sup>18</sup> pero la mayor parte se conserva inédita en el Record Office de Londres.<sup>19</sup>

En tres ocasiones funcionarios del Foreign Office consolidaron la información sobre la trata clandestina procedente de los comisionados ingleses en Sierra Leona (África), La Habana, Georgetown (Guayana) y Río de Janeiro, la primera vez en 1845 para el *Parliamentary Select Committee on the Slave Trade*,<sup>20</sup> como aporte a la defensa de la política abolicionista ante el Parlamento, y en tal sentido tendían a demostrar el auge del tráfico clandestino entre 1820 y 1830 y su reducción después de la entrada en vigor del nuevo tratado bilateral abolicionista firmado con España en 1835<sup>21</sup> y cuya aplicación literal se trataba de obtener. Conscientemente o no, los funcionarios ingleses trataron de minimizar los estimados posteriores al tratado y, además, como no era la historia social del pueblo cubano lo que les preocupaba, amalgamaron las cifras de

<sup>17</sup> Sobre el funcionamiento de la Comisión Mixta, véase el texto del segundo tratado bilateral para la represión de la trata firmado en Madrid el 28 de julio de 1835. Texto en Zamora y Coronado: ob. cit., t. 3, p. 115-124. También Pezuela, J. De La: *Diccionario*, etc. t. 2, p. 293-295 (resumen). Pueden consultarse además, Corwin, Arthur F.: *Spain and the Abolition of Slavery in Cuba, 1817-1886*. Austin, Texas, 1967, p. 29. 40-41, 62. Pérez De La Riva, Juan: *Correspondencia reservada del Capitán General D. Miguel Tacón*, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1962.

<sup>18</sup> Entre la masa enorme de estos *Papeles*, cuya sola serie consagrada a la abolición de la esclavitud forma 94 volúmenes en la colección conservada en la Biblioteca Bodleriana de Oxford, que carece de índices detallados, seleccionamos los siguientes:

6951.- *Four reports of Committee on the best means which Great Britain can adopt for providing the final extinction of the Slave Trade. Evidence. Appendix and Index*. 5 parts, 1848.

6953 y 6954.- *Report of Lords' Committee on the best means to adopt for the final extinction of the African Slave Trade. Evidence, Appendix and Index. Maps*. 1849.

6955.- *Report of Committee on Treaties and Engagements between Great Britain, Spain and Portugal, respecting the Slave Trade and the sums allowed to those Govt. for their assistance in abolishing the Trade Evidence, Appendix and Index. Maps of Cuba and Madagascar*, 1853.

<sup>19</sup> London Record Office. (Chancery Lane) Foreign Office. *Slave Trade*. 311 —*Havana Correspondence*— 67 volúmenes, 1819-1869.

Este fondo es el más importante para el estudio de la trata clandestina con destino a Cuba, comprende volúmenes de copiadore de correspondencia con los comisionados ingleses en La Habana, correspondencia original, piezas relativas a la captura de los negreros, diarios de a bordo, actas de captura, piezas de los juicios incoados, informes confidenciales sobre los negreros cubanos, estimados anuales y a veces mensuales de los negros desembarcados, etc. La mayor parte de los papeles están conservados en cajas siguiendo en general un orden cronológico. Los ocho legajos antes señalados del Ministerio de Ultramar de Madrid son complementarios. Existe también documentación interesante relativa a Cuba en el Museo Abolicionista de Hull.

<sup>20</sup> *Parliamentary Papers*, v. 49 (73), p. 593 y sig. También 1847-48, v. 22, 4th Report (623), p. 3 y sig.

<sup>21</sup> Zamora y Coronado: ob. cit., t. 3, p. 115-124. Texto del tratado.

Cuba y las de Puerto Rico. Tres años más tarde, en 1848, se publicó un nuevo informe general, después del fracaso de las gestiones diplomáticas con Madrid que culminaron en el gran fiasco de la Ley Penal para la represión del tráfico negrero de 1845.<sup>22</sup>

Ahora cambiando el enfoque los funcionarios del Foreign Office ponen énfasis en demostrar la ineficacia de los cruceros ingleses en reprimir el tráfico de negros y los estimados suben en consecuencia. Aunque las cifras solo se refieren al decenio 1836-47 tienen la ventaja de separar la trata cubana de la de Puerto Rico, pero específicamente solo se refieren a la región occidental de Cuba.

Sería necesario interpretar también las cifras a la luz de la política interna inglesa y de la coyuntura internacional. En 1830 con el ministerio Lord Grey se inaugura en Inglaterra una era de reformas liberales entre las cuales, como una más se inserta la abolición de la esclavitud en las colonias inglesas (23 de agosto de 1833), esta política liberal-reformista fue continuada por Lord Melbourne, pero a su caída en 1841, su sucesor Peel se orientó por otros rumbos. Con Palmerston en el ministerio, 1846-1853, el abolicionismo de “exportación”

<sup>22</sup> Zamora y Coronado, ob. cit., t. 4. p. 467. Ley de 2 de marzo de 1845, la cual aparte de señalar penas nominales a los negreros, un máximo de seis años de presidio al capitán del buque y un destierro equivalente a 200 Kms. de su domicilio, a los comanditarios de la expedición, precisaba que “en ningún caso ni tiempo podría procederse ni inquietar en su posesión a los propietarios de esclavos con pretexto de su procedencia”. Con la cual se hacían ilusorias todas las disposiciones anteriores. En el mismo artículo que se indicaba que “las autoridades superiores [...] deben proceder [...] ya sea de oficio ya por denuncia o declaración hecha con los requisitos legales, siempre que llegue a su noticia que se está preparando una expedición marítima de esta clase, o que ha llegado a tierra un cargamento de esclavos procedente del continente de África”. Basándose en este texto bien explícito los comisionados ingleses comenzaron a abrumar al Capitán General con denuncias circunstanciadas de numerosas expediciones sobre las cuales recogían información. Esto dio lugar a la Real Orden de 27 de octubre de 1848 por la cual se aclaraba al Capitán General que “el gobierno español ha prohibido el tráfico de esclavos [...] Esta prohibición una vez consignada en las leyes de España, constituye un precepto legal sobre el cual solo la jurisdicción española tiene derecho de intervenir [...] sería una violación de la independencia jurisdiccional de España el que un poder extraño se constituyese en denunciador de los delitos declarados tales por las leyes de este país, por más que esta impertinente injerencia se quisiese justificar bajo el pretexto de que el delito [...] estaba también condenado por las leyes de todos los países civilizados, del mismo modo lo es el que los empleados ingleses en esa Isla se entrometan a denunciar los delitos que se cometen contra las leyes que prohíben la trata, y mucho más que se constituyan en perseguidores de los delincuentes y fiscales en esta clase de negocios [...] el cónsul inglés a quien simplemente se concedió por el convenio del año 1845 la facultad de poner en conocimiento del Capitán General cualquier hecho contrario a los tratados, no puede legalmente sostener discusiones con la primera autoridad de la isla, ni menos indicarle el giro que debe darle a los procedimientos judiciales.”

¿Sería necesario recordar que el capitán general estaba financieramente interesado en la trata? y también la reina regente de España y su marido el duque de Rianzares. Dejemos que sea Domingo del Monte quien lo diga: “Es de público y notorio y apelamos a la veracidad del mismo General Tacón, que no desembarca en la Isla un buque negrero ni cargamento sin que cobre Su Excelencia por cabeza de esclavo media onza de oro”. *La isla de Cuba tal como está*. En: Saco. *Historia de la esclavitud*, loc. cit. 38, p. 281.

se volvió más agresivo que nunca<sup>23</sup> pero al mismo tiempo el deseo de buenas relaciones con Francia incitó al puritano ministro a tender el manto de Noé sobre la actividad de los negreros franceses en la costa sur de Cuba.

En 1865 una última serie estadística sobre la trata fue compilada, esta vez a solicitud del *Parliamentary Committee on West Africa*<sup>24</sup> que ofrece estimados para el tráfico cubano correspondiente al período 1849-64. Ya para entonces el panorama había cambiado, Lord Palmerston acababa de morir, y con él el abolicionismo agresivo y sentimental en el gobierno, las relaciones con Francia eran mejores que nunca y el imperialismo inglés iniciaba su expansión colonial en África Occidental, sólidamente instalado en Lagos desde 1861. Al interés tradicional por impedir que los africanos fueran explotados por los hacendados cubanos se añadía ahora otro más inmediato, conservar el mayor número de negros en su lugar de origen para poder explotarlos directamente mediante estructuras coloniales que se elaboraban prisa. En la costa oriental de la trata continuó, sin embargo, pero un primer golpe fue asestado cuando los ingleses impusieron, en 1873, al sultán de Zanzíbar, la clausura de los mercados de esclavos.<sup>25</sup> El vasto, costoso e ineficaz aparato montado para la represión de la trata fue rápidamente desmantelado, y en 1871 ya no quedaba prácticamente nada de él.

Abolida la esclavitud en Norteamérica en diciembre de 1865, liquidada totalmente la trata brasileña desde 1852, a Cuba le quedó el triste privilegio de ser el último gran mercado de esclavos que aún funcionaba en el mundo de las plantaciones.<sup>26</sup>

## Esclavitud y población

Al dejar el Foreign Office de publicar estadísticas sobre la trata, los historiadores la dieron también por terminada y Aimes entre los primeros, sin embargo, este optimismo acomodaticio distaba mucho de responder a la realidad, a pesar de las apariencias. El 11 de octubre de 1873 el Juez Comisario Crawford<sup>27</sup> escribía desde La Habana que según informes recibidos de la Costa Occidental de África en los últimos tres años no se había efectuado ninguna expedición hacia Cuba. Del Congo y Angola tal vez no, pero sí de Zanzíbar, Mozambique y

<sup>23</sup> Como consecuencia de las dificultades con las autoridades españolas, así como también con las brasileñas, Palmerston propuso al gobierno el estricto bloqueo de los puertos de La Habana y Río de Janeiro, no la simple interferencia de la trata, un bloqueo de guerra absoluto, que “pusiera de rodillas a ambos gobiernos”. El ministro añadía, con arrogante ironía: “nuestra armada y ejército necesitan hacer prácticas en tiempos de paz, y esto será una buena ocasión”, pero el gobierno y el parlamento, en última instancia, no lo apoyaron. La trata en consecuencia duró un cuarto de siglo más. Véase Bethell. *loc. cit.* (25), p. 308-9.

<sup>24</sup> *Parliamentary Papers*, 1865, v. 5 (412), p. 465.

<sup>25</sup> Bethell, Leslie: *The abolition of the Brazilian slave trade. Britain, Brazil and the slave trade question. 1807-1869*, Univ. Press, Cambridge, 1970, p. 386-7.

<sup>26</sup> La esclavitud fue abolida legalmente en Brasil el 13 de mayo de 1888, dos años después que en Cuba, pero en ambos países el mercado interno de esclavos fue siempre muy reducido, no así desde luego en Norteamérica.

<sup>27</sup> *Parliamentary Papers*, 1875, v. LXXI, f° 919.

Madagascar. Crawford por otra parte estimaba que mientras durase el tráfico de culíes chinos<sup>28</sup> los hacendados no tendrían necesidad de recurrir de nuevo al África para resolver sus necesidades de mano de obra.<sup>29</sup> Sin embargo, ocho meses antes de escribir el cónsul esta carta había sido apresada una expedición negrera en la costa sur de Guanahacabibes, Pinar del Río, y hay referencia al hecho en la de La Habana.<sup>30</sup> ¿El cónsul inglés no leía acaso los periódicos? Esta expedición apresada en la primavera de 1873 es la última de la cual hemos podido hallar hasta ahora evidencia indiscutible, pero ello no quiere decir que no haya habido alguna posterior.

La trata, y tanto la negra como la amarilla, había vivido sus días, o estaba próxima, aunque no precisamente a causa del interés inglés en suprimirla. Es reveladora la apreciación que hace el comodoro Commerell<sup>31</sup> después de una inspección por el río Congo en diciembre de 1872,

...no hay noticias de expediciones negreras hacia Cuba, pero hay muchos esclavos en la costa y pienso que, si hubiese mercado para ellos, nada impediría que fuesen exportados de nuevo. Considero que es una simple cuestión de interés, si la exportación de un esclavo produce mayor ganancia que el producto de su trabajo aquí no hay dudas de que de nuevo recomenzaría la trata. Pero tal no es el caso en la actualidad.

Dicho en otros términos el ciclo dialéctico de la trata se había cumplido, después de haber despoblado las regiones occidentales de África y poblado suficientemente las plantaciones de la América tropical, Cuba y Brasil, el trabajador negro había llegado a tener mayor valor económico en su país natal, donde se había vuelto escaso, que en América en donde hacia el fin de los años sesenta, el desarrollo tecnológico lo convertía en un desempleado potencial. El análisis demográfico de la extinción de la esclavitud está aún por hacer, y este no es lugar apropiado para abordarlo.

Aimes utilizó las tres series estadísticas de los *Parliamentary Papers* que hemos mencionado, no así la información manuscrita, tan rica y abundante, pero lo poco que vio no supo, o no quiso sacarle todo el partido posible. Visiblemente impresionado por los alegatos de los funcionarios españoles, al igual que Corwin medio siglo más tarde, reduce arbitrariamente a cifras mínimas e incompletas, utiliza únicamente las referentes a la región occidental y las considera válidas para toda la isla, y luego para justificarlas elabora una serie de

<sup>28</sup> Pérez De La Riva, Juan: "Demografía de los culíes chinos en Cuba (1853-74)", *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 57(4): 57-86, La Habana, octubre-diciembre, 1966..

<sup>29</sup> *Parliamentary Papers*. f° 919, v. 3 de noviembre de 1873.

<sup>30</sup> *Gaceta de la Habana*, 20 de mayo de 1873, p. 3. col. 5. El alijo se efectuó en Punta del Holandés, extremo occidental de la Península de Guanahacabibes, los acusados: D. Fernando Cardosa y el torrero del faro del Cabo San Antonio, D. Miguel Vilar y Noguerras, son tal vez acreedores a la distinción de últimos negreros en actividad.

<sup>31</sup> *Parliamentary Papers*, 1875, V. LXXI, f° 907. *Commodore Commerell to Secretary to the Admiralty Rattlesnake, off River Opobo*, December 22th, 1873.

supuestos demográficos que hoy son inaceptables<sup>32</sup> y que han sido acertadamente criticados por Curtin.<sup>33</sup> Aimes maneja suficiente información sobre la mortalidad de los esclavos, pero no sabe interpretarla. Curtin que no dispone de otros datos, llega sin embargo, a tasas de despoblación del orden de 30 por ciento para determinados períodos. Más adelante al discutir la Tabla 3 *Estimación demográfica de la trata*, habrá ocasión de exponer la cuestión en detalle, ahora lo que interesa es recordar que la sobremortalidad de los esclavos era tan evidente que nadie intentaba ponerla en duda.

Para los contemporáneos la isla de Cuba era un paraíso maldito, cuyos maravillosos suelos eran capaces de producir fantásticas riquezas pero cuyo clima infernal devoraba con igual voracidad inmigrantes blancos que negros. Nadie pensaba seriamente entonces que los blancos pudiesen cortar caña en las condiciones en que lo hacían los negros, y nadie creía tampoco que aquellas pudiesen cambiar. Una frase se hizo popular entonces: “Sin azúcar no hay país”, con su obligado corolario, “sin esclavos no hay azúcar”.

Así el monto anual de la trata fue un tema candente que movía pasiones encontradas; de una parte autoridades coloniales, negreros y hacendados coincidían todos en el propósito de enredar la madeja y puesto que no podían negar la evidencia, minimizar las cifras. Los abolicionistas por otra parte, carentes de información organizada se limitaban a citar las cifras inglesas o aun a dar otras inferiores. Tanto unos como otros eran racistas, el negro como persona humana, salvo contadas excepciones les interesaba muy poco. José Martí fue uno de los pocos que desde su más temprana juventud vio no ya en el negro criollo, sino también en el bozal, al semejante, al futuro compañero. Por eso pusimos en exergo la frase escrita en 1871, cuando solo contaba 18 años de edad. Hay escasas referencias en la abundante literatura cubana abolicionista a la horrible mortalidad de las dotaciones azucareras, a la distorsión del índice de masculinidad, aplastante mayoría de hombres. ¡Cuando más sentimentales declaraciones sobre la necesidad de “promover los matrimonios”, como si esto fuera posible donde había cinco hombres para dos mujeres...! Esclavistas y abolicionistas todos querían blanquear a Cuba, pero los hacendados ponían por delante intereses inmediatos, zafras largas y azúcar barato y los otros el vago ideal de una comunidad de tipo europeo, con abundante campesinado blanco fácilmente explotable. Tanto para los unos como los otros el problema fundamental era la constitución de un ejército obrero de reserva que facilitase la obtención de abundante plusvalía. Los hacendados creyeron hasta el fin de los años sesenta que la única solución económica para la zafra era tener la reserva laboral en África o en el delta de Cantón, creían imposible un crecimiento demográfico natural con ritmo similar al de la acumulación capitalista ocurrida en los decenios anteriores. Y en esto estaban muy en lo cierto. Los abolicionistas, que no eran empresarios capitalistas, soñaban en eliminar al negro “naturalmente”, manteniendo su sobremortalidad social y reemplazarlo

<sup>32</sup> Aimes: *loc. cit.* (1), p. 243.

<sup>33</sup> Curtin: *loc. cit.* (3), p. 43.

paulatinamente por braceros españoles o europeos. El fin era el mismo, tener un abundante proletariado a quien explotar y que solo la inmigración podía suministrar. Ninguno creía en la posibilidad de una expansión demográfica interna capaz de mantener el desarrollo.

Es singular que en todas partes existieran sociedades abolicionistas menos en Cuba y en España, y por lo menos en la Península no estaban prohibidas por la ley. La primera, la de Madrid, se fundó en 1865, con Castelar, José María de Labra y otros políticos. La de La Habana aun más tardía fue patrocinada por los propios hacendados con Ramón González de Mendoza a la cabeza, cuando se convencieron de que ya no necesitaban más bozales.

Veamos ahora en el contexto que acabamos de exponer cómo los contemporáneos de uno u otro bando evaluaron el monto de la trata.

### Monto de la trata según los publicistas contemporáneos y discusión de la tabla histórica

Pezuela<sup>34</sup> con la ingenuidad que le caracterizaba al defender las instituciones coloniales dice que de 1821 a 1830,

...de más de trescientas expediciones desembarcadas apenas apresaron [en aguas cubanas] los cruceros ingleses un 4 por ciento y aun así los negros de los cargamentos expresados contribuyeron como todos los demás (!!) al desarrollo de la riqueza pública.

Aunque escribe en 1862, no dice una palabra de lo sucedido después de 1830, pero refiriéndose al censo de aquel año dice que los 317 203 individuos que constituían la población de color en 1817

...a los 45 años de prohibición ascendían según el censo oficial y veracísimo (...) de 1862 a 603 046. Tales el resultado de las prohibiciones contra los intereses vitales de los pueblos...

concluye este entusiasta defensor del colonialismo y la esclavitud.

Trescientas expediciones a un promedio de 340 infelices cada una<sup>35</sup> hacen 10 000 bozales anuales durante el decenio.

D. Justo Zaragoza<sup>36</sup> alto funcionario de la Capitanía General es aún más parco, 11 000 anuales para los años 1821-1854. Estamos realmente con Alicia en el País de las Maravillas y, por supuesto, el aumento de la población esclava que revela el padrón de 1841, 32 por ciento anual desde 1827, solo puede explicarse por el exquisito cuidado con que los amos trataron a sus felices esclavos.

<sup>34</sup> Pezuela, Jacobo De La: *Diccionario geográfico*, etc. t. 2, p. 286 y 295.

<sup>35</sup> Cómputo de 254 alijos totalizando 86 814 bozales mencionado en el informe parlamentario inglés de 1845.

<sup>36</sup> Zaragoza, Justo: *Las insurrecciones de Cuba. Apuntes para la historia política de esta isla en el presente siglo*. t. I., Madrid, 1862, p. 581.

Los cubanos eran más maliciosos y si Saco<sup>37</sup> fijaba en 1830 a 10 000 bozales la importación anual desde 1821, diez años más tarde la subía a 24 000 para el quinquenio 1835-39.<sup>38</sup> Domingo del Monte<sup>39</sup> que había estudiado bien la cuestión calculaba en 1839 que la introducción anual de bozales desde 1820 no bajaba de 20 000. Ramón de la Sagra<sup>40</sup> por su parte; escribiendo en 1842 calculaba en 30 000 anuales los introducidos después de 1818. Los cálculos cubanos se acercan más al estimado demográfico que al inglés, 29 000 y 13 200 anuales respectivamente para el período 1820-40. Refiriéndose a un período algo posterior un abolicionista cubano tan moderado como Francisco de Armas y Céspedes escribe que “en 1858 se calculaba que en cada uno de los tres años anteriores habían entrado 15 000 bozales en Cuba”. Pero esta vez el cálculo contemporáneo se va por encima tanto de la estimación inglesa, 10 600, como de la demográfica, 11 000. La diferencia no es aberrante y se comprende perfectamente que quien militaba de veras contra la “propiedad doméstica” tuviese tendencia a exagerar la importancia de la trata.

Los expertos ingleses estaban mejor ubicados para apreciar la situación, lejos del ambiente enrarecido de la esclavitud, y cuando publican estimados bajo su estricta responsabilidad personal parecen más cerca de la realidad que cuando lo hacen ex officio, en documentos oficiales. Así James Bandinel, el experto del Foreign Office para las cuestiones relativas a la trata, escribe en 1842 en una obra personal<sup>41</sup> que 28 000 entradas anuales era un mínimo razonable para caracterizar el tráfico cubano. La estimación demográfica da 31 000 como promedio para 1821-42, diferencia aceptable dados los medios de apreciación disponibles. No así el estimado del Foreign Office, al cual el mismo Bandinel colaboró; y que sirve de base a la tabla histórica, en este caso el promedio para dichos años es de solo 13 000... *Honni soit qui mal y pense...* Bandinel impugnaba también las cifras oficiales anteriores a 1820, alejando el contrabando y el fraude tradicionales en los puertos españoles de América, pero tal vez exageraba al doblar pura y simplemente las cifras. Los abolicionistas militantes subieron aún más; Sir Thomas Fowell Buxton<sup>42</sup> uno de los más distinguidos, no vacila en afirmar en 1840 que 60 000 entradas anuales en Cuba estarían aún lejos de la realidad. ¡Y Sir Thomas era un moderado! El 21 de febrero de 1838 el periódico

<sup>37</sup> Saco: *loc. cit.* (14), p. 165. Escrito en 1830.

<sup>38</sup> “Estado de la población blanca y de color en la isla de Cuba en 1839”. Incluido por Vidal Morales como apéndice en la *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo y en especial en los países americano-hispanos* por José A. Saco. 3 ed. t. 4. La Habana, 1838, p. 32.

<sup>39</sup> Monte, Domingo Del: “Interrogatorio de Mr. R. R. Madden, absuelto en 17 de septiembre de 1839 por Domingo del Monte”. En: Saco: *loc. cit.* (33) t. 4, p. 331.

<sup>40</sup> Sagra, Ramón De La: *Historia física, política y natural de la isla de Cuba*, París, 1842, t. 4, p. 331.

<sup>41</sup> Bandinel, James: *Some account of the trade in slaves from Africa as connected with Europe and America, from the introduction of the trade into Europe to the present time*, London, 1842, p. 284-286.

El autor fue superintendente del departamento de represión de la trata del Foreign Office y redactor del informe sobre la trata en el período 1840-48. *loc. cit.*

<sup>42</sup> Buxton, Sir Thomas Fowell: *The African slave trade and its remedy*, London, 1840. Citamos según la traducción. París, 1840, p. 36, 37 y 51.

abolicionista puritano, *The Watchman* afirmaba que a la Isla de Cuba llegaban no menos 144 000 bozales cada año...

Pero estos abolicionistas ignoraban deliberadamente el estado de la población reflejado en los sucesivos empadronamientos cubanos, que aun acordándose un margen de subenumeración considerable<sup>43</sup> supondrían de aceptar estimados como el de Buxton y otros, tasas de mortalidad para los esclavos del orden de 150 por ciento anual; lo cual o bien hubiese arruinado rápidamente a los hacendados o bien provocado el derrumbe del precio del bozal,<sup>44</sup> nada de lo cual sucedió, sin embargo.

### La estimación demográfica de la trata

La Tabla 3 que hemos citado repetidamente se basa en la distorsión del índice de masculinidad provocado en las poblaciones esclavas por el aporte de la trata y la sobremortalidad inherente a la esclavitud de plantación.

La ecuación de la tabla será:

$$P_{x+n} = (P_x + E_x) - d_x; \quad P_x = (P_{x+n} - E_x) + d_x$$

$$P_x = (p_x) \frac{I_m - 100}{100};$$

donde

$P_x$  = población de origen africano, negro de nación o bozales a principios de un año calendario.

$p_x$  = población esclava negra enumerada, ambos sexos.

$E_x$  = bozales entrados durante el mismo año.

$d_x$  = fallecidos durante dicho año.

$n$  = intervalo de tiempo, en la tabla  $n = 1$ .

$I_m$  = índice de masculinidad, expresado en varones por 100 hembras.

Los censos coloniales no dan la procedencia de la población de color, pero el hecho de que mientras floreció la trata la inmigración blanca tuviera poco peso en relación al monto demográfico total, nos decidió a aceptar la sugerencia de Curtin<sup>45</sup> de que en el caso cubano la distorsión del índice de masculinidad podría ser representativa de la composición nacional de la población negra, y la operación resultaba tanto más factible cuanto que en la mayoría de los censos la población mulata, que suponemos criolla, aparecía contada por

<sup>43</sup> Véase la Tabla 3.

<sup>44</sup> Aimes: *loc. cit.* (1) p. 267. Lista de precios de esclavos en Cuba. 1528-1875. Algunos ejemplos, 1802-3, 300 a 360 ps.; 1836, 500 ps.; 1855-60, 1250 a 1500 ps.; 1873, ladinos, 2 000 ps.

<sup>45</sup> Curtin: *loc. cit.* (3) p. 41 n. "In this context, the sex-ratio is used as a rough indication of the proportion of African-born slaves in the total slave cargoes; at this period contained between two and five males for each female, while creole slaves can be assumed to have been approximately half male half female."

separado. Se tomó entonces como población inicial africana,  $P_0$ , el número de esclavos negros enumerados en el censo de 1774 ajustado según una corrección similar a la que el barón de Humboldt hiciera para el censo siguiente de 1792 y al monto así obtenido se aplicó la ecuación de la tabla. Para los demás censos no se efectuó ningún ajuste salvo para el de 1846 a causa de su notoria subenumeración.

Veamos el procedimiento en un ejemplo concreto:

Sea la población esclava negra empadronada durante el mes de diciembre de 1817, 166 843 individuos, incluyendo los 25 976 bozales declarados ese año en las aduanas de La Habana y Santiago de Cuba.

Siendo

$$P_x = 166\ 843; \quad I_m = 177$$

$$P_{1817} = 166\ 843 = \left( \frac{177 - 100}{100} \right) = 122\ 090$$

que se supuso sería la población de origen africano. Los valores intercensales sucesivos de  $P_x$  se calcularon entonces por intrapolación lineal ajustada a la coyuntura histórica. Los valores de  $E$  1790-1820, época de la trata legal se aceptaron como reales, ajustados a años calendario y con una adecuada corrección para tener en cuenta el fraude. Los fallecidos durante el año fueron calculados según la ecuación:

$$d_x = (P_x + E_x)m_x$$

donde  $m_x$  es la tasa de mortalidad general de la cohorte, estimada de acuerdo a la evidencia histórica que más adelante se discutirá.

Siguiendo el anterior ejemplo tendríamos:

$$P_{1817} = 122\ 090; \quad E = 33\ 000; \quad m_x = 0.08$$

Por consiguiente

$$\begin{aligned} d_x &= (122\ 090 + 33\ 000) 0.08 \\ &= 12\ 407 \end{aligned}$$

$$\begin{aligned} P_{1818} &= (122\ 090 + 33\ 000) - 12\ 407 \\ &= 142\ 683 \end{aligned}$$

Repitiéndose la operación para cada uno de los años de la serie.

Veamos ahora lo que aporta la información histórica. En 1839 Domingo del Monte<sup>46</sup> que era indudablemente un buen conocedor del mecanismo de la trata y de la esclavitud en Cuba afirmaba, basándose en previos cálculos de Saco<sup>47</sup> que de 350 000 esclavos que él suponía debían haber existido en 1832, solo 80 000 serían criollos,  $\approx 23\%$ , lo que corresponde exactamente con el *Im* obtenido para 1827,  $177v \times 100$  h. La concordancia es demasiado perfecta para no inspirar desconfianza e induce por tanto a suponer que Saco, o el propio Del Monte, siguieron el mismo razonamiento que se acaba de exponer.

Refiriéndose a una época algo más tardía, la segunda mitad del decenio cincuenta, García Arboleya<sup>48</sup> dice lo siguiente: “La procedencia de la población de color no está clasificada en la estadística; pero puede calcularse que *la mitad es criolla y la otra mitad africana* por lo que hace a los negros tanto libres como esclavos”. En comprobación de este aserto el cómputo censal de 1861 da un índice de masculinidad de 152 varones por 100 hembras. En 1864 los inventarios<sup>49</sup> de los ingenios *Dos Hermanos*, *San José* y *San Francisco* de las Villas, que pueden considerarse como una muestra representativa de las grandes plantaciones 80 por ciento de origen africano en cuanto a la composición de la dotación, y aun los criollos que aparecen en el inventario son casi todos menores de 19 años.

El supuesto teórico en que se fundamenta el método empleado es el siguiente: en toda población cerrada, sin apreciable migración, el número de varones y hembras será sensiblemente igual, siempre y cuando la esperanza de vida al nacer sea inferior a 50 años, pues de lo contrario la sobremortalidad masculina haría variar el índice de masculinidad, *Im* de 101 hasta 104. Si ocurre una desviación en cualquier sentido de los valores apuntados ello se deberá a factores exógenos, traumatismos demográficos tales como sangrientas guerras, emigraciones masivas, o como en el caso de la trata en Cuba, fuerte inmigración con abrumadora proporción de varones.

## El índice de masculinidad

Hay abundantes testimonios sobre la preponderancia de los varones en las dotaciones de los ingenios, en 1839 Domingo Del Monte<sup>50</sup> afirmaba que en estos el índice de masculinidad era 300% y en los cafetales de 150 %. En 1862 Juan Poey<sup>51</sup> señalaba que “en realidad son poquísimos los negros que pueden proceder, de entonces acá (1833) del contrabando”. La tendencia a importar de preferencia hombres a mujeres fue más acentuada aun en los tiempos de la trata

<sup>46</sup> Monte, Domingo Del: *loc. cit.* (39), p. 331.

<sup>47</sup> Saco, José A.: “Análisis [...] de una obra sobre el Brasil [...]” En: *Papeles*, etc. t. 2, p. 77.

<sup>48</sup> García De Arboleya, José: *Manual de la Isla de Cuba*, 2da. ed. corr. y aum., Imprenta el Tiempo, Habana, 1859, p. 115. El subrayado es nuestro.

<sup>49</sup> Biblioteca Nacional José Martí. *Fondo Rosalía Abreu*. Colección Cubana.

<sup>50</sup> Monte, Domingo Del: *loc. cit.* (39), p. 332.

<sup>51</sup> Poey, Juan: *Informes [...] sobre el proyecto de colonización africana*, Madrid, 1862, p. 12.

legal, en 1811 Arango y Parreño<sup>52</sup> en su alegato en favor de la trata ofrecía como argumento que

no hay una hacienda que tenga las hembras que corresponden al número de sus varones. Más diremos: que son poquísimos los que tienen hembras, porque así son nuestras cosas; porque hasta hace ahora poco era mal recibido entre nuestros moralistas tener los dos sexos en predios rústicos sin que precediera el matrimonio y no era pecaminoso condenar a perpetuo celibato a los que habían nacido y vivido en absoluta poligamia.

En 1795<sup>53</sup> en el Real Consulado de La Habana José Ricardo O’Farrill y el Dr. Antonio Morejón pidieron que solicitasen de la Corte medidas tendientes a facilitar la constitución de matrimonios esclavos en las plantaciones, así como la abrogación de la R. C. de 1787 que prohibía formalmente la introducción de hembras africanas en Cuba.

Encontraron oposición estas proposiciones [...] y la junta se abstuvo de toda gestión sobre este negocio hasta que llegó el caso de extender la representación de 10 de julio de 1799 [...] y es sin duda [que] con vista de ella expidió el Consejo de Indias, contemporáneamente con la R. C. de 22 de mayo de 1804 sobre comercio de Negros [la] otra *reservada* de la misma fecha.

Esta última autorizaba la importación legal de hembras pero debíase mantener secreta “para que los negros no exigiesen que se les diesen compañeras”.<sup>54</sup> El resultado de esta “tan cristiana” política lo constataba Humboldt<sup>55</sup> en 1804:

En las plantaciones de caña, excluyendo a los esclavos mulatos, las mujeres están en la relación de 1 a 4 con relación a los hombres, en toda la isla de 1 a 1.7 (170 v × 100 h); en las ciudades y las granjas donde los negros esclavos sirven como domésticos o trabajan a jornal por su cuenta o por la de su amo a la vez, la relación es de 1 a 1.2 (120 v × 100 h).

García Arboleya<sup>56</sup> al analizar los resultados del padrón general de 1855 ofrece la siguiente información: del total de 283 625 esclavos de campo, representan los varones 63.44% por ciento y las hembras 36.56 por ciento; en el total

<sup>52</sup> *Documentos de que hasta ahora se compone el expediente que principiaron las Cortes Extraordinarias sobre el tráfico y la esclavitud de los negros*. Madrid, 1814, p. 33-34.

<sup>53</sup> *Loc. cit.* (52), p. 115.

<sup>54</sup> O’Gaban, Bernardo: *Observaciones sobre la suerte de los negros y reclamación contra el tratado de 1817*, Imprenta del Universal, Madrid, 1821.

Citado en: *Proyecto de Inmigración africana para las islas de Cuba y Puerto Rico y el imperio del Brasil*, La Habana, 1860.

<sup>55</sup> Humboldt: *loc. cit.* (13), p. 121.

<sup>56</sup> *Loc. cit.* (48), p. 116-117.

de 65 121 esclavos urbanos los varones son 47.54% y las hembras 52.46%. Si consideramos la población esclava rural en edad laboral, de 12 a 60 años, el índice de masculinidad será 197 y supera todas las edades de 173. Cifras que confirman una vez más cuanto acabamos de exponer.

La aplicación del índice de masculinidad al conjunto de la población cubana del siglo xx ofrece interesantes resultados, pero es preciso tener en cuenta las causas que distorsionan los resultados como puede apreciarse en la Tabla 3. En 1899 el índice de masculinidad de la población cubana nativa era de 93 varones por 100 hembras, debido a las pérdidas de la guerra que acababa de terminar, el de los extranjeros era entonces de 606. En 1907 según el nuevo censo hay 96 varones por 100 hembras para los cubanos y 505 para los extranjeros, y finalmente en 1919, 99.4 varones por 100 hembras para los nativos y 323.7 para los extranjeros. ¡Veinte años había tardado en borrarse el traumatismo demográfico de la frustrada guerra de independencia! Estas deformaciones estructurales explican sobradamente la desviación que se observa de (-) 30.7% en 1899, que se reduce sin embargo a (-) 9.6% en 1907 y a (+) 7.3% en 1919. En el período comprendido entre la terminación de la Primera Guerra Mundial y la gran crisis del capitalismo se produce una considerable inmigración de mujeres españolas que vienen a insertarse en el servicio doméstico o a contraer matrimonio con peninsulares preestablecidos, la desviación es entonces de (+) 17.9%. Queda así demostrado que el índice de masculinidad para determinar el monto de la población alógena solo es aplicable cuando la inmigración tenga un fuerte índice de masculinidad, además de que la población receptora no haya sufrido ningún traumatismo demográfico capaz de alterar sensiblemente su composición por sexos. Por otra parte en el caso de referencia se aplicó el índice a una subpoblación de características homogéneas, el conjunto de los negros residentes en Cuba, y no al total de la población como fue necesario hacer con los censos del siglo xx, lo cual por supuesto da al método seguido el mayor grado de confiabilidad.

### Población nacida en el extranjero según el índice de masculinidad y según los censos de 1899, 1907, 1919 y 1931 (cantidades en miles)

Censos	1899	1907	1919	1931
Población total ( $P_x$ )	1 572	2 048	2 889	3 962
Índice de masculinidad $I_m =$ varones por 100 hembras	107.6	110.2	112.6	113.0
Población Extranjera virtual $P_{exj} = P_x \left( \frac{I_m - 100}{100} \right)$	119	209	364	515
Población censal extrajera	172	228	339	436
Desviación de la población extranjera virtual en %	(-)-30.7	(-)-9.6	(+)-7.3	(+)-17.8

## Tasa de mortalidad esclava

Para el cálculo de los fallecidos durante un año calendario,  $d_x$ , fueron seleccionadas varias tasas de mortalidad,  $m_x$ , basadas en distintos testimonios históricos que pasamos a reseñar.

En 1804 el barón de Humboldt<sup>57</sup> evaluaba la tasa bruta de mortalidad de los bozales a 70% anual, pero había ingenios en que la pérdida era de 150 a 180%

Yo oí discutir fríamente, dice el autor, si resultaba mejor para el propietario no agotar demasiado a sus esclavos y por consiguiente reemplazarlos menos a menudo, en lugar de sacar en unos pocos años todo el provecho posible, a cambio de tener que comprarlo con más frecuencia. Tales son las razones de la codicia, concluye Humboldt, cuando el hombre se sirve del hombre como de un animal de trabajo.

Según el sabio alemán la mortalidad media de los bozales, recién importados era de 100 a 120%, pero podría, según la experiencia en los ingenios mejor administrados, reducirse a un 60 u 80%. En Martinica en la misma época la tasa de mortalidad entre los esclavos era de 76%. Por otra parte, en 1821 el Dr. J. J. Oliver<sup>58</sup> establecía que en el partido de Alquizar, entonces predominantemente cafetalero, la mortalidad general entre los negros era de 43% anual, y entre los blancos de 39%. En 1830 Saco<sup>59</sup> evaluaba la tasa de despoblación en 50%, o sea más de 75% de mortalidad bruta. Para una época posterior, decenio treinta, Domingo del Monte<sup>60</sup> avanza cifras mucho más moderadas: 80% en los ingenios, 20% en los cafetales. Turnbull<sup>61</sup> que escribía por los mismos años y que utilizó la misma información evaluaba la mortalidad entre 100% y 150%.

Escribiendo en 1853, Mariano Torrente<sup>62</sup> afirmaba que “las bajas que se experimentan en la población de color se gradúan de 20% a 30% al año”, pero el autor se refiere a una estimación general, que tenía en cuenta la tasa de mortalidad, luego según esta fuente la mortalidad bruta sería del orden de 50% para el conjunto de las dotaciones. Si añadimos la sobremortalidad ecológica del bozal habría que aceptar una tasa de más de 70%. Si utilizamos información de otra índole, pero estrictamente comparable, la mortalidad de la tropa española en tiempos de paz, quinquenio 1855-59, según información publicada por

<sup>57</sup> Humboldt: *loc. cit.* (13) p. 130, 177, 178.

<sup>58</sup> Oliver, Dr. J. J.: “Topografía geológica y medida del partido de Alquizar”. En: Sagra, Ramón de la: *Anales de Ciencias*, etc. t. 1, Habana, 1827, p. 332.

<sup>59</sup> Saco, José A.: *Colección de Papeles...* p. 166. “No se sabe con certeza a cuánto asciende esta [pérdida] en los campos, pero hombres muy versados en los cálculos estadísticos la computan en un siete u ocho, por ciento”.

<sup>60</sup> Monte, Domingo del: *loc. cit.* (39). Respuestas 10 y 11.

<sup>61</sup> Turnbull, David: *Travels in the West, Cuba with notices of Porto Rico and the slave trade*. Londres, 1840, p. 150, 295.

<sup>62</sup> Torrente, Mariano: *Bosquejo económico político de la Isla de Cuba* [...] t. 2, Habana 1853, p. 403.

Sagra<sup>63</sup> y por Pezuela, vemos que la mortalidad general entre los soldados era de 74% anual, pero entre los oficiales de solo 31%. ¡Lindo ejemplo de mortalidad diferencial!

De esta información, que pudiera ampliarse considerablemente, se destaca en primer lugar la sobremortalidad del recién llegado, sea bozal o recluta peninsular, esta como la mortalidad prenatal es evidente y nadie la discute; según los años y la estación esta sobremortalidad ecológica pudiera evaluarse entre 25% y un 35% en más sobre la tasa “normal” para el conjunto de la población criolla, de 30% a 34% para todo el período que abarca la trata. A este primer suplemento hay que añadir la sobremortalidad social, más elevada en el ingenio que en el cafetal, y menos en este que en la ciudad; graduación sobre la cual todos los autores consultados parecen estar de acuerdo. Un tercer hecho fundamental, que no admite discrepancias, es que durante todo el período en que duró la esclavitud, el negro afectado a la plantación fue incapaz de reproducirse a sí mismo. La tasa de despoblación estará sujeta a grandes variaciones en el tiempo y el espacio, con visible tendencia a disminuir después de 1855. Hay evidente correlación entre el precio medio del bozal y la “mortalidad azucarera”. Del conjunto de la información disponible se desprende la convicción de que la tasa de mortalidad general, ponderada para toda la masa esclava aumentó desde 50% en los inicios de la plantación a 60% entre los años 1815-1835. El ascenso que indica la Tabla 3 en los años terminales responde al envejecimiento de las dotaciones. Téngase siempre presente que la tabla se refiere únicamente a la población nativa de África y no al conjunto de los esclavos. De los 136 000 africanos que estíbase aún existían en 1873 solo quedaban unos 13 000 al terminar el siglo<sup>64</sup> y menos de 8 000 en 1907.<sup>65</sup>

Las tasas brutas de mortalidad seleccionadas parecerán a algunos como muy elevadas aun teniendo en cuenta que se trata de bozales y no de criollos; un investigador tan acucioso y bien informado como Aimes<sup>66</sup> escribía, cierto es que hace 68 años: “La mayor evidencia demuestra que, como regla general, los negros estaban notablemente saludables y que además la tasa anual de mortalidad no debió exceder 25%”. Conclusión increíble, que solo se explica por la ingenuidad con que tanto él como medio siglo después, su otro compatriota Corwen, aceptaron los alegatos de los esclavistas hispano-cubanos. Aimes además, a pesar de sus finales escarceos demográficos confunde lamentablemente tasas de despoblación con tasas de mortalidad bruta. La reciente y demoledora crítica de Curtin<sup>67</sup> a los supuestos de Aimes hace innecesario insistir de nuevo

<sup>63</sup> Sagra, Ramón de la: *Cuba en 1860. Cuadro de sus adelantos en la población, etc.* París, 1862, p. 38. Las mismas cifras se encuentran en Pezuela, *Diccionario...*

<sup>64</sup> Estados Unidos. Oficina Del Director Del Censo De Cuba. *Informe sobre el censo de Cuba 1899.* Washington, 1900. p. 230. La cifra exacta es 12 953, 7 658 varones y 5295 hembras.

<sup>65</sup> Cuba. Oficina Nacional Del Censo Y Estadística Electoral. *Censo de la República de Cuba bajo la administración de los Estados Unidos, 1907.* Washington 1908, p. 338. La cifra exacta es 7 948 pero en ella están incluidos todos los nacidos en el continente africano.

<sup>66</sup> Aimes: *loc. cit.* (1). p. 243.

<sup>67</sup> Curtin: *loc. cit.* (3). p. 36-37.

sobre ellos. El análisis de Curtin es el más fino y exhaustivo realizado hasta ahora sobre el monto de la trata, pero se basa excesivamente sobre la evidencia censal. Nuestra íntima convicción es que en este caso como al evaluar el monto demográfico del siglo XIX, nos quedamos bastante por debajo de la realidad, pero carecemos por el momento de pruebas en qué sustanciar esta “corazonada”.

Pero aun no hemos respondido a la interrogante esencial:

¿Cuántos africanos fueron traídos contra su voluntad a Cuba?

Según Aimes, 527 828; según Curtin, 687 500 entre 1774 y 1865, añadiendo 70 000 para el período anterior tendremos 757 000 en total; según nuestra primera tabla de 1969, 816 378; según la estimación demográfica que ahora publicamos, 1 237 900 de 1774 a 1873; es decir, no menos de 1 310 000 infelices arrancados violentamente de sus hogares para hacer posible el desarrollo de la plantación. De este gran total corresponde a los siglos XVI y XVII apenas el 2%, al siglo XVIII 12.5%; el resto, 85.4% al siglo XIX. Por años la distribución sería aproximadamente 130 para el siglo XVI; 360 para el XVII; 1200 para el XVIII y 15 300 para el XIX.

**Tabla 1**  
Importación de esclavos africanos 1780-1873 según fuentes históricas

Fechas	Entradas	Total acumulado	Fuentes	Fechas	Entradas	Total acumulado	Fuentes
1780-84	6 000	—	(1)	1808	2 009	145 288	
1785-89	9 232	15 232	(2)	1809	1 452	146 740	
1790	3 177	18 409	(3)	1810	8 340	155 080	
1791	10 622	29 031		1811	7 939	163 018	
1792	10 670	39 701		1812	7 601	170 619	
1793	4 721	44 422		1813	5 962	716 581	
1794	5 205	49 627		1814	5 401	181 982	
1795	7 290	56 917		1815	12 289	194 271	
1796	7 139	64 056		1816	23 671	217 942	
1797	6 824	70 886		1817	28 301	246 243	(4)
1798	2 501	73 387		1818	24 576	270 819	
1799	6 148	79 535		1819	18 436	289 225	
1800	5 181	84 716		1820	21 110	310 365	
1801	2 073	86 789		30 de mayo de 1820			
1802	18 290	105 079		Fin de la trata legal			
1803	12 089	117 168		1821	6 145	316 500	(5)
1804	11 164	128 332		1822	4 500	321 000	(6)
1805	6 248	134 580		1823	2 000	323 000	(7)
1806	5 493	140 073		1824	7 000	330 000	
1807	3 206	143 279		1825	6 400	336 400	(8)

Fechas	Entradas	Total acumulado	Fuentes	Fechas	Entradas	Total acumulado	Fuentes
1826	4 500	340 900		1850	2 800	618 900	
1827	4 800	345 700		1851	4 500	623 400	
1828	10 600	356 300		1852	7 200	630 600	
1829	10 300	366 600		1853	12 000	642 600	
1830	11 700	378 300	(9)	1854	12 500	655 100	
1831	12 500	390 800	(10)	1855	5 800	660 900	
1832	9 800	400 600		1856	6 600	667 500	
1833	11 000	411 600		1857	9 400	676 900	
1834	13 600	425 200		1858	16 000	692 900	(14)
1835	36 000	461 200	(11)	1859	28 000	720 900	(15)
1836	26 100	487 300	(12)	1860	24 985	745 900	(16)
1837	25 200	512 500		1861	23 964	769 800	(17)
1838	25 200	537 700	(13)	1862	15 000	784 500	(18)
1839	22 500	560 200		1863	7 507	792 400	
1840	13 000	573 200		1864	6 807	799 200	
1841	10 600	583 800		1865	7 000	806 200	(19)
1842	2 800	586 600		1866	7 000	813 200	
1843	7 200	593 800		1867	7 000	820 200	
1844	9 000	602 800		1868	6 000	826 200	
1845	1 200	604 000		1869	5 000	831 200	
1846	1 500	605 500		1870	4 000	835 200	(20)
1847	1 300	606 800		1871	3 000	838 200	
1848	1 500	608 300		1872	2 000	840 200	
1849	7 800	616 100		1873	1 000	841 200	(21)

- (1) Ortiz, Fernando: "Los negros esclavos", *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, 1916, p. 84.
- (2) [Valle Hernández, A.] *Nota sobre la población de Cuba*, p. 119.
- (3) Años 1790-1820, Humboldt, A.: *Essai politique*, etc., p. 179-181; Aimes, Hubert, H. S.: *A history of slavery in Cuba 1511 to 1868*, New York. 1907, p. 269; Pezuela, J. de la: *Diccionario*, etc. t. 2. p. 284.

Las cifras que dan estos autores se refieren únicamente a las entradas por el puerto de La Habana, nosotros de acuerdo con la estimación de José A. Saco los aumentamos en 25% para tener en cuenta los demás puertos.

- (4) Las entradas por La Habana y Santiago de Cuba fueron 25 841, la cifra propuesta tiene en cuenta las habidas por otros puertos y no declarados.
- (5) Aimes: *loc. cit.*
- (6) De 1822 a 1834 Thrasher revisado en algunos años. Este autor utilizó los informes anuales de los comisionados ingleses en La Habana pero no siempre es fiel.
- (7) A partir de esta fecha las cifras de Aimes son mucho más bajas que las de Thrasher y salvo indicación contraria no han sido utilizadas. Para 1822-1827 Aimes da 22 500 entradas y Thrasher 29 900, pero en el próximo decenio las diferencias son aberrantes, 51 750 entradas contra 79 500 para el período 1828-1834.
- (8) Aimes 7000, Lloyd, *loc. cit.* (11) 39 000.

## El monto de la inmigración forzada en el siglo XIX

- (9) Aimes, 9 000; Thrasher, 11 700; Lloyd, *loc. cit.* (II), 40 500.
- (10) Aimes, 1831-37; sucesivamente 9 000, 6 750, 6 750, 8 250, 9 500, 10 750, 12 240.
- (11) De 1835 a 1665 la fuente principal es Lloyd, Christopher, *The Navy and cite Slave Trade*. Londres, 1949, p. 275-276. Este autor utiliza exclusivamente los *Parliamentary Papers*, 1841-48, v. 22, 4th Report p. 3 y sig; *Ibid* 1865, v. 5, pp. 465 y sig. Las cifras incluyen a Puerto Rico, pero como la población esclava de esta isla era aproximadamente el 10% de la de Cuba, se hizo el ajuste correspondiente. Véase Curtin, Ph. D.: *The Atlantic Slave Trade, A census*, The University of Wisconsin Press, Madison, 1969, p. 44.
- (12) Para el quinquenio 1835-1839, Saco, J. A.: *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo*, etc. 3ª ed. t. 4, Habana, 1938, p. 33, da un promedio anual de 12 600 para La Habana y otro tanto para el resto de la isla. El cálculo del autor se basa en los registros del puerto de La Habana, y puede considerarse como un mínimo aceptable.
- (13) De 1838 a 1854 los estimados de Aimes y Thrasher son respectivamente 1838: 10 494 e id; 1839: 9 350 y 10 995; 1840: 10 104 e id; 1841: 6 300 y 8 893; 1842: 2 500 y 3 630; 1843: 1 500 y 8 000; 1844: 3 000 y 10 000; 1845: 950 y 1 300; 1846: 500 y 1 419; 1847: 1 450 e id; 1848: 1 950 e id; 1849: 3 500 y 8 700; 1850: 2 500 y 3 500; 1851: 3 600 y 500; 1852: 4 500 y 7 924; 1853: 2 000 y 12 500; 1854: 6 000 y 10 300.
- (14) Corwin, A. F.: *Spain and abolition of slavery in Cuba, 1817-1886*, Univ. of Texas Press, Austin, 1967, p. 143. (Informe del cónsul inglés en La Habana). Lloyd, *loc. cit.* 16 992.
- (15) "Dispatch from M. Crawford, Her Majesty's Judge in the Mixed Commission Court at the Havana", feb. 5, 1861. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 63(1): 85-107, La Habana, enero-abril, 1972.
- (16) Lloyd: *loc. cit.*
- (17) Corwin: *loc. cit.* p. 143-44; Lloyd, *loc. cit.* 11254.
- (18) Lloyd: *loc. cit.*, también el año siguiente. La estimación puede ser baja y es bueno tener en cuenta la atinada observación de Corwin, *loc. cit.* p. 144: "the fact is that after the opening of the American Civil War a large number of slaves was being successfully imported into Cuba in part by unemployed American slavers no doubt, some proprietors, fearing the future consequences of the American conflict, wished to stock up slaves".
- (19) Sheer: Ob. cit. Curtin: *The Atlantic Slave Trade*, p. 40 da 12 000 entradas para este año. Todos los autores consultados dan por terminada la trata con la abolición de la esclavitud en Estados Unidos, 18 de diciembre de 1865, pero eso no fue así en Cuba, ni tenía por qué serlo. Hay suficiente evidencia que continuaron llegando expediciones, aunque tal vez más espaciadas. Es probable que nuestras cifras, conjeturales, sean algo bajas. El tiempo lo dirá.
- (20) Queriendo ser consecuente con los hacendados cubanos hemos supuesto que tanto la ley Moret como la *Constitución de Guáimaro* debieron de enfriar bastante el entusiasmo esclavista, pero un contrabando como la trata, como la droga en nuestros días, no podía desaparecer bruscamente.
- (21) Este es el año de la última expedición negrera de que hayamos podido encontrar rastro hasta ahora: *Gaceta de La Habana*, 20 de mayo de 1873, p. 3, col. 5.

**Tabla 2**

Importación de esclavos según los mejores estimados seleccionados por Curtin agrupados según las fechas censales 1801-1865

Períodos	Monto	Promedio anual	Supuesta tasa de despoblación %	Fuentes
1801-07	46 000	6 570	—	(1)
1808-16	57 800	6 420	—	(1)
1817-26	103 500	10 350	7.0	(1)
1827-40	176 500	12 610	5.0	(2)
1841-47	33 800	4 830	30.0	(3)
1848	20 000	2 000	30.0	(1)
1849-50	11 800	5 900	30.0	(4)
1851-60	123 300	12 330	30.0	(4)
1861-64	49 500	12 380	—	
1865	12 000	—	—	(5)

Fuente del cuadro:

Philip D. Curtin: *The Atlantic Slave Trade; A census*, University of Wisconsin Press, Madison, [1969] p. 40.

Fuentes primarias:

- (1) Aimes, H. Hubert S.: *A history of slavery in Cuba, 1511-1868*. N. Y. 1907, p. 269.
- (2) Saco, José A.: *Historia de la esclavitud de la raza americana en el Nuevo Mundo y en especial en los países hispano-americanos*, 3ª ed. La Habana, 1638, p. 4, p. 33-34.
- (3) Reino Unido de la Gran Bretaña: *Parliamentary Papers, 1847-48*, XXII (623), p. 8. Estimados del Foreign Office.
- (4) *Ibid*, 1865, V (412). Estimados del Foreign Office.
- (5) Cálculo de Sheer citado por Curtin.

**Tabla 3**

Estimación demográfica del monto de la trata de negros 1774-1873

x	$P_x$	$E_x$	$0 \rightarrow \omega$ $\Sigma E_x$	$P_x + E_x$ (1)+(2)	$m_x$ %	$d_x =$ $(P_x + E_x)m_x$ (4) (5) (6)	$P_{x+1} =$ $(P_x + E_x) - d_x$ (4) - (6) (7)
	(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)	(7)
1774	37 000(b)	2 000	—	39 000	50%	1 975	37 525
1775	37 500	2 000	4 000	39 500	“	2 000	37 500
1776	37 500	2 000	6 000	39 500	“	2 000	37 500
1777	37 500	2 500	8 500	40 000	“	2 000	38 000
1778	38 000	2 800	11 500	40 800	“	2 050	38 750
1779	38 750	3 000	14 300	41 750	“	2 080	39 670
1780	39 700	2 000	— (c)	41 700	“	2 080	39 620
1781	39 600	1 000	3 000	40 600	“	2 030	38 570
1782	38 600	1 000	4 000	39 600	“	1 980	37 720
1783	37 720	1 000	5 000	38 700	“	1 930	36 770
1784	36 800	1 500	6 500	38 300	“	1 900	36 400
1785	36 400	1 500	8 000	37 900	“	1 900	36 000
1786	36 000	1 800	9 800	37 800	“	1 900	35 900
1787	35 900	2 000	11 800	37 900	“	1 900	36 000
1788	36 000	1 500	13 300	37 500	“	1 900	35 600
1789	35 600	1 000	14 300	*31 600	“	1 800	34 800
1790	34 800	4 000	18 300	38 800	60%	2 300	36 500
1791	36 500	6 000	34 300	42 500	“	2 550	39 950
1792(d)	40 000	8 000	32 300	48 000	“	2 900	45 100
1793	45 100	10 000	42 300	55 100	“	3 300	51 800
1794	51 800	12 000	54 300	63 800	“	3 750	60 050
1795	60 000	12 000	66 300	72 000	“	4 300	67 700
1796	67 700	12 000	78 300	79 700	“	4 700	75 000
1797	75 000	10 000	88 300	85 000	“	5 200	79 800
1798	79 800	8 000	96 300	87 800	“	5 300	82 500
1799	82 500	10 000	106 300	92 500	“	5 500	87 000
1800	87 000	6 800	113 100	93 580	“	5 650	87 930
1801	87 930	4 000	117 100	91 930	70%	6 450	85 480
1802	85 480	20 000	137 100	105 480	“	7 350	98 130
1803	98 130	15 000	152 100	113 130	“	7 900	105 230
1804	105 230	14 000	166 100	119 230	“	8 350	110 880
1805	110 880	7 500	173 600	118 380	“	8 250	110 130
1806	110 130	6 500	180 100	116 630	“	8 100	108 530
1807	108 530	4 500	184 600	113 030	“	7 900	105 130
1808	105 130	3 000	187 600	108 130	“	7 600	100 530
1809	100 530	2 500	190 100	103 030	“	7 200	95 830
1810	95 830	10 000	200 100	105 830	“	7 350	98 480
1811	98 480	9 500	209 600	107 980	“	7 550	100 430

<b>x</b>	<b><math>P_x</math></b>	<b><math>E_x</math></b>	<b><math>0 \rightarrow \omega</math> <math>\Sigma E_x</math></b>	<b><math>P_x + E_x</math> (1)+(2)</b>	<b><math>m_x</math> %</b>	<b><math>d_x =</math> <math>(P_x + E_x)m_x</math></b>	<b><math>P_x + 1 =</math> <math>(P_x + E_x) - d_x</math></b>
	<b>(1)</b>	<b>(2)</b>	<b>(3)</b>	<b>(4)</b>	<b>(5)</b>	<b>(4) (5) (6)</b>	<b>(4) - (6) (7)</b>
1812	100 430	9 500	219 100	109 930	"	7 700	102 230
1813	102 230	9 000	228 100	111 230	"	7 750	103 480
1814	103480	8 500	236 600	111 980	"	7 750	104 230
1815	104 230	15 000	241 600	119 230	80%	9 540	109 690
1816	109 690	23 000	264 600	132 690	"	10 600	122 090
1817(e)	122 090	33 000	297 600	155 090	"	12 400	142 690
1818	142 690	28 000	325 600	170 690	"	13 600	157 090
1819	157 090	23 000	348 600	180 090	"	14 400	165 690
1820	165 690	25 000	373 600	190 690	"	15 200	175 490
1821	175 490	10 000	383 600	185 490	"	14 800	170 690
1822	170 690	15 000	398 600	185 690	"	14 800	710 890
1823	170 890	25 000	423 600	195 890	"	15 600	180 290
1824	180 290	28 000	451 600	208 290	"	16 600	191 690
1825	191 690	33 000	484 600	224 690	"	17 900	206 790
1826	206 790	35 000	519 600	241 790	"	19 300	222 490
1827(f)	222 490	35 000	554 600	257 490	"	20 600	236 890
1828	236 890	30 000	584 600	266 890	"	21 400	245 490
1829	245 490	28 000	612 600	273 490	"	21 800	251 690
1830	251 690	25 000	637 600	276 690	70%	19 300	257 390
1831	257 390	30 000	667 600	287 390	"	20 100	267 290
1832	267 290	28 000	695 000	295 290	"	20 600	274 690
1833	274 690	30 000	725 600	304 690	"	21 200	283 490
1834	283 490	35 000	760 600	318 490	"	22 200	296 290
1835	296 290	35 000	795 600	331290	"	23 200	308 090
1836	308 090	30 000	825 600	338 290	"	23 600	314 490
1837	314 490	30 000	855 600	344 490	"	24 000	320 490
1838	320 490	35 000	890 600	355 490	"	24 800	330 690
1839	330 690	30 000	920 600	360 690	"	25 200	335 490
1840	335 490	35 000	955 600	370 490	"	25 800	344 690
1841	344 690	35 000	990 600	379 690	"	26 600	353 090
1842	353 090	12 000	1 002 600	365 090	"	25 400	339 690
1843	339 690	10 000	1 012 600	340 690	"	23 800	316 890
1844	316 890	8 000	1 020 600	324 890	"	22 600	302 290
1845	302 290	2 000	1 022 600	304 290	"	21 200	283 090
1846(h)	283 090	2 000	1 024 600	285 090	"	20 000	265 090
1847	265 090	2 000	1 026 600	267 090	"	21 400	245 690
1848	245 690	2 000	1 028 600	247 690	"	17 300	230 390
1849	230 390	7 000	1 035 600	237 790	"	16 600	220 790
1850	220 790	3 000	1 038 600	223 790	60%	13 400	210 390
1851	210 390	4 000	1 042 600	214 790	"	12 800	201 990
1852	201 990	7 000	1 049 600	208 990	"	12 500	196 490
1853	196 490	12 000	1 061 600	208 490	"	12 500	195 990

El monto de la inmigración forzada en el siglo XIX

$x$	$P_x$	$E_x$	$0 \rightarrow \omega$ $\Sigma E_x$	$P_x + E_x$ (1)+(2)	$m_x$ %	$d_x =$ $(P_x + E_x)m_x$ (4) (5) (6)	$P_x + 1 =$ $(P_x + E_x) - d_x$ (4) - (6) (7)
	(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)	(7)
1854	195 990	14 000	1 075 600	209 990	"	12 600	197390
1855	197 390	8 000	1 083 600	205 390	"	12 300	193 090
1856	193 090	8 000	1 091 600	20 090	"	12 100	188 990
1857	189 000	10 000	1 1016 00	199 000	"	12 000	187 000
1858	187 000	15 000	1 116 600	202 000	"	12 100	189 100
1959	189 100	13 000	1 129 600	202 100	"	12 200	189 900
1860	189 900	12 000	1 141 600	201 900	"	12 200	189 700
1861(i)	189 700	15 000	1 156 600	204 700	"	12 300	192 400
1862	192 400	10 000	1 166 600	202 400	"	12 200	190 200
1863	190 200	8 000	1 174 600	198 200	"	11 900	186 300
1864	186 300	7 000	1 181 600	193 300	"	11 600	181 700
1865	181 700	7 000	1 188 600	188 700	"	11 300	177 400
1866	177 400	7 000	1 195 600	184 400	"	11 000	173 400
1867	173 400	7 000	1 202 600	180 400	"	10 800	169 600
1868	169 600	6 000	1 208 600	175 600	"	10 500	165 100
1869	165 100	5 000	1 213 600	170 000	"	10 200	159 900
1870	159 900	4 000	1 217 600	163 900	70%	11 400	152 500
1871	152 500	3 000	1 220 600	155 500	"	10 800	144 700
1872	144 700	2 000	1 222 600	146 700	"	10 200	136 500
1873	136 500	1 000	1 223 600	137 500	"	9 600	127 900

Simbología:

$x$  = años corrientes

$P_x$  = población de origen africano al comienzo del año indicado

$E_x$  = entradas durante el año indicado

$0 \rightarrow \omega$

$\Sigma E_x$  = total acumulado de entradas

$m_x$  = tasa de mortalidad general

$d_x$  = fallecidos durante el año indicado

$P_x + 1$  = población de origen africano al final del año indicado

Notas:

- (a) El padrón general de finales de ese año da 38 609 esclavos negros con un índice de masculinidad de 186 v.  $\times$  100 h. Según la hipótesis inicial el número de bozales sería: (38 609). (0.86) = 33.203 + 10% por subregistro  $\approx$  37 000.
- (b) Las cifras de esta columna se han redondeado para subrayar su carácter aproximativo.
- (c) Se interrumpe la suma en esta fecha a fines de comparabilidad de la Tabla.
- (d) El segundo padrón general de fines de este año da 72 455 esclavos negros, 135 v.  $\times$  100 h.; bozales según hipótesis anterior: (72 455) (35) = 25 399 + 40% por subregistro según Humboldt = 35 600. No se trató de forzar el ajuste a esa cifra porque el padrón no enumera los esclavos

aun no vendidos —domiciliados— que eran varios miles, así como los que estaban de tránsito. Este saldo se repartirá en los años sucesivos.

- (e) El tercer padrón general cuyos resultados hayan llegado hasta nosotros da para diciembre de 1817, 166 843 esclavos negros, 177 v.  $\times$  100 h.;  $\simeq$  134 000 bozales. No se incluyeron en el cómputo los 25 976 declarados en las aduanas de La Habana y Santiago de Cuba, y que en su mayoría aun debían de estar en los barracones. Este padrón, aunque adolece de sobrenumeración en algunos distritos se le considera junto con el de 1841 como uno de los mejores de la época colonial.
- (f) El padrón general de 1827 da un total de 286 942 pardos y morenos esclavos, el índice de masculinidad es 177 v.  $\times$  100 h., pero como están incluidos los mulatos que se pueden considerar todos como criollos, esto hace bajar apreciablemente el índice. Suponiendo que la proporción de mulatos esclavos fuese la misma que en 1617, 19%, el índice de masculinidad sería 192 v.  $\times$  100 h. y, los supuestos bozales 258 300; cifra que parece excesiva, así se ajustó el monto al índice del padrón de 1841.
- (g) El padrón de 1841, el quinto conocido, da un total de 436 495 esclavos, de ellos 425 521 negros; el índice de masculinidad entre ellos es de 183 v  $\times$  100 h; los bozales serían, por consiguiente, 352 700. Este padrón se considera como el más exacto de todo el período esclavista.
- (h) Este padrón se ha considerado siempre espurio y sin duda lo fue, pero no hasta el extremo en que se ha dicho. La población esclava es de 323 759 individuos y de ella los negros 310 968; la disminución con relación al padrón anterior es de 101 762 individuos lo cual pareció a todos los historiadores un signo evidente de ocultación masiva de esclavos, hubo sin duda ocultación, pero el análisis demográfico demuestra que fue sin dudas mucho menor. El índice de masculinidad es de 166 v  $\times$  100 h, luego los supuestos bozales serían 213 642, nosotros añadimos el 25% para compensar la afirmada subenumeración, pero si nos hubiéramos atenido a las importaciones “históricas” tal como aparecen en la Tabla 1 el total de bozales sería de 241 500 y la sobreenumeración de solo 13%. ¡Y si se aceptasen las cifras de Aimes, el tan vituperado censo de O'Donnell sería el más exacto de todos los censos cubanos...!
- (i) El cómputo censal de 1861 da 367 368 esclavos, el índice de masculinidad es 152 v  $\times$  100 h, los supuestos bozales serían entonces 190 084, cifra a la cual se ajustó la tabla a pesar de la calidad dudosa de este, nuestro primer cómputo censal.

Tomado de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*,  
65 (1): 77-110, La Habana, enero-abril, 1974.



# Pugna entre independentistas y anexo-reformistas antes de la revolución de Yara<sup>1</sup>

César García del Pino

ARQUEÓLOGO, HISTORIADOR E INVESTIGADOR

*Tal vez tan pocas cosas nos puedan ayudar a ser revolucionarios como recordar hasta qué grado de infamia se había llegado, hasta qué grado de falseamiento de la verdad, hasta qué grado de cinismo en el propósito de destruir la conciencia de un pueblo, su camino, su destino; hasta qué grado de ignorancia criminal de los méritos y virtudes y la capacidad de este pueblo —pueblo que hizo sacrificios como muy pocos pueblos hicieron en el mundo— para arrebatarle la confianza en sí mismo, la fe en su destino.*

FIDEL

(Discurso en *La Demajagua*), 10-X-1968)

EL FIN de la guerra de Secesión, con la victoria de los estados unionistas, constituyó un golpe irreparable para la sacarocracia esclavista cubana. Sus aspiraciones anexionistas —basadas en el propósito de asegurarse en la posesión de sus negradas— desaparecían, “acaso para siempre, con el vencimiento de los estados confederados y la abolición de la esclavitud en todos los de la restaurada Unión Americana”.<sup>2</sup>

Acosada además por la contradicción existente entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el trabajo esclavo, se vio urgida a buscar una solución definitiva a sus problemas, que le permitiera salvar las fortunas invertidas en grandes dotaciones. La fórmula escogida para “mantener los intereses creados que eran la gente esclava de otra esclava gente”,<sup>3</sup> fue la que durante lustros propugnara su viejo ideólogo José Antonio Saco: el reformismo, añadiéndole la abolición mediante indemnización que pretendían endosar a España.

El momento les era propicio. Gobernaba a España el partido Unión Liberal y a Cuba uno de los prohombres del mismo, el general Domingo Dulce, casado con riquísima criolla. El capitán general, “almibarado, con los fecundos

<sup>1</sup> Parte del libro *Carlos García, comandante general de Vuelta Abajo*.

<sup>2</sup> Sanguily, Manuel: *Frente a la dominación española*, La Habana, 1941, p. 198.

<sup>3</sup> Arnao, Juan: *Páginas para la Historia de la Isla de Cuba*, La Habana, 1900, p. 176.

ingenios de la condesa de Santovenia”,<sup>4</sup> que lo convertían en un sacarócrata más, favorecía las actividades y proyectos de aquella gente. Pero más aún. Los apóstoles del reformismo tenían en Madrid otro poderoso valedor, el general Serrano —“el general bonito”— casado, también, con una cubana adinerada, la trinitaria condesa de San Antonio, emparentada con el acaudalado clan de los Borrell. Serrano era el segundo hombre de la Unión Liberal y en aquella época, con cortos intervalos, fue sucesivamente secretario de Estado y presidente del Senado, en el que dijo: “¿no es tiempo ya de que se hagan a esas provincias las concesiones que reclama el progreso y los adelantos de los tiempos?”.<sup>5</sup>

Estas pujantes, e interesadas, influencias, fueron las promotoras del acuerdo del gobierno autorizando

al ministro de Ultramar para abrir una información sobre las bases en que debían fundarse las leyes especiales que, al cumplir el art. 80 de la Constitución, habían de presentarse a las Cortes para el gobierno de la provincia de Cuba y Puerto Rico, y sobre otros particulares.<sup>6</sup>

Lo anterior se cumplimentó por Real Decreto, de noviembre 25 de 1865, que disponía la creación de una Junta de Información. Alcanzada esta ansiada meta, se lanzaron los reformistas a la elección de sus representantes ante aquel organismo del que esperaban la solución de sus dificultades. Movilizaron sus fuerzas de manera que

...aparecían todos los ayuntamientos de los pueblos en presentación de su grey autorizando á sus apoderados elegidos entre los considerados más aptos para la importante demanda. Había que hablar al soberano y se necesitaban hombres de pro para prosternarse á los RR. piés de la coronada Majestad á pedir la gracia, que por ser una bella dama era más un acto de cortés galantería que de humillación. El resultado ya lo sabemos.<sup>7</sup> [sic]

Efectivamente, el resultado fue totalmente contrario al esperado. Caída del poder la Unión Liberal —en una de las periódicas crisis que caracterizaron el reinado de Isabel II, provocadas, unas veces por las que un político español calificara en letras de molde “*libidinosas veleidades*”<sup>8</sup> de la soberana y, otras, por mezquinas intrigas de la camarilla palaciega— fue sustituida por un gobierno moderado nada afecto a la sacarocracia cubana y vinculado a los intereses negros, empeñados en que no se alterase el *statu quo*.

Para los reformistas el fracaso de la Junta de Información fue un gran fiasco que les afectó profundamente, pues no solo veían derrumbarse todas sus

<sup>4</sup> *Ibidem*. p. 175.

<sup>5</sup> Pirala, Antonio: *Anales de la Guerra de Cuba*, Madrid, 1895, t. I, p. 199.

<sup>6</sup> *Ibidem*. p. 195.

<sup>7</sup> *Loc. cit.* (2), p. 177.

<sup>8</sup> Villa-Urrutia, Wenceslao De: *El General Serrano, Duque de la Torre*, Madrid, 1929, p. 117.

esperanzas y se sentían burlados por el nuevo gravamen del impuesto directo, sino que los hechos habían venido a dar la razón a sus rivales independentistas, que no habían cesado de pregonar que nada podía esperarse de la metrópoli y que la única solución a los problemas de Cuba —que no eran los de una sola clase— era la insurrección.

La versión de que el fracaso de la Junta de Información fue la génesis de la Guerra de los Diez Años es una falacia que lanzaron a la circulación los plumíferos del reformismo vergonzante y que han mantenido vigente, hasta nuestros días, los historiadores burgueses.

Desde hacía años los independentistas y los anexo-reformistas constituían dos campos separados y hostiles, si bien esta hostilidad la velaba, a veces, el afán de unos y otros por aprovecharse de los trabajos de sus antagonistas.

A tal extremo llegaba la lucha entre ambas tendencias que Lersundi afirmaba “que la pugna y división” entre anexionistas e independentistas aseguró por años la paz en Cuba.<sup>9</sup>

En la práctica constituían un partido formado por un ala derecha, conservadora y oportunista, nada dispuesta a recurrir a la violencia, y un ala izquierda, abolicionista y revolucionaria, presta siempre a apelar a las armas. La piedra de toque, el abismo que separaba a ambas fracciones, era la posición ante la esclavitud.

Contrastaba el espíritu de sacrificio de los independentistas, con el egoísmo de los anexionistas. Aquellos ponían, desprendidamente, sus intereses al servicio de sus ideales. Estos se hacían de una ideología —cambiante, camaleónica— a la medida de sus necesidades, con el alto fin de preservar sus intereses.

Tan distintas eran sus actitudes y las causas que los movían, que llevaron a un historiador español a escribir: “Se comprende el partido que proclamaba la independencia, pero no el de la anexión. En el primero cabía dignidad, el oprobio cubría al segundo”.<sup>10</sup>

De la misma manera que la burguesía europea contemporánea, amedrentada por el proletariado que se erguía a sus espaldas, renunciaba a la lucha revolucionaria y se aliaba a la reacción, los anexionistas, temerosos de que los independentistas se aprovecharan de cualquier movimiento iniciado por ellos para llevarlo hasta sus últimas consecuencias, preferían conciliarse con la metrópoli. Su eterno temor al radicalismo de los independentistas sirvió de freno a todas sus empresas.

Ya en el seno de la conspiración de Pintó (1855) se hallaban mezclados independentistas y anexionistas, lidiando entre sí por el control de la misma. Los primeros lo esperaban todo de la lucha armada y confiaban que una vez comenzada, “la guerra sería por la independencia, mas no por la anexión”,<sup>11</sup> declaró el delator de aquel movimiento, Claudio Maestro, posible agente de la policía española infiltrado, hábilmente, en las filas separatistas.<sup>12</sup>

<sup>9</sup> Pirala, Antonio: *Historia Contemporánea. Segunda parte de la Guerra Civil*, Madrid, 1893, t. IV, p. 237.

<sup>10</sup> *Ibidem.* p. 296.

<sup>11</sup> Archivo General De Indias. *Cuba*, Legajo 1047-A, 3, f. 376.

<sup>12</sup> Morales y Morales, Vidal: *Iniciadores y Primeros Mártires de la Revolución Cubana*, La Habana, 1963, t. II, p. 283 y sig.

Ya con anterioridad este sujeto, a quien incautamente los conspiradores utilizaron como correo, había expuesto que la Junta de New York se encontraba dividida, “unos por la anexión y otros por la independencia que era el partido de López”.<sup>13</sup> A tales extremos llegaban la escisión y los recelos, que cuando arribó de aquella ciudad José Machado,

...con la orden de que levantaran las partidas, y como se dudó de él por acuerdo de la junta (de La Habana) lo mandó *Pintó* (a Maestro) a ver a D. Porfirio (Valiente) y la junta, (de New York) y saber de quién emanaban las órdenes pues *Machado* era Lopista.<sup>14</sup>

Lo dicho por Maestro lo confirmó el patriota José Elías Hernández en su correspondencia con Domingo Goicuría y Aurelio Arango.

En carta al primero, fecha abril 21 de 1854, expresa:

V. sabe muy bien q<sup>e</sup> la suerte de Cuba depende hoy de que veamos a los hombres y a las cosas como son verdaderamente, y de q<sup>e</sup> marchemos con la revolución p. el camino más corto, sin detenernos ante consideraciones de ninguna clase.<sup>15</sup> (sic)

Refiriéndose a la Junta de New York, añade:

...yo no he procedido siempre de acuerdo con V. con ntros. compañeros Be-tancourt y Valiente. Lo q<sup>e</sup> he hecho ha sido sufrir la Ley de una mayoría *ilejiti-ma* procurando sin embargo sostener y aumentar con todos el prestigio de la Junta p<sup>a</sup> evitar perjuicios a la causa de Cuba, pues esperaba que la Junta con sus recursos físicos y morales podría contribuir a nuestra causa independen-tista más pronto q<sup>e</sup> otros. Y no he tenido con mis compañeros la armonía q<sup>e</sup> V., p. haberlos visto desviándose con frecuencia del camino que conduce a la revolución armada, trillando más el de la diplomacia y contrariando directa o indirectamente las medidas revolucionarias que se han propuesto. Cuba necesita hoy hombres revolucionarios, que no teman a la revolución y a sus consecuencias. [sic]

Días más tarde, abril 30, escribía a Aurelio Arango:

Creo que nada se hará, porque mis compañeros se ocupan más en filosofar, diplomatar y estudiar el modo de conservarse, que de lo más interesante. Gaspar está hecho un autómatas y Porfirio es el que lo maneja, lo tiene completamente magnetizado.<sup>16</sup>

<sup>13</sup> *Loc. cit.* (10). f. 243 v

<sup>14</sup> *Ibidem.*

<sup>15</sup> *Ibidem.* f. 349 v. y sig.

<sup>16</sup> *Ibidem.* f. 351 v.

Más adelante agrega:

Amigo, nunca puede olvidarseme q<sup>e</sup> hasta Anita conoció q<sup>e</sup> alguno se había alegrado por la muerte de nuestro inolvidable. Yo conocí más q<sup>e</sup> ella, y estoy seguro de que harían cualquier cosa por tal de que yo desapareciese también.(sic)

Las líneas anteriores revelan el grado de virulencia a que habían llegado las relaciones entre ambos grupos, a los que, sin embargo, las circunstancias obligaban a convivir en una extraña simbiosis política.

La musa popular asociaba a la gente de acción, independentista por antonomasia, con la patria, según se desprende de unas décimas que circularon en La Habana con motivo de la ejecución del traidor Castañeda, vaticinando igual final “al que la patria traiciona”.<sup>17</sup>

Cuatro años después de estos sucesos era designado capitán general de Cuba el general Serrano, a quien relevaba, en 1864, el general Dulce. Este período es de auge para los anexo-reformistas. Solo viene a enturbiar su satisfacción la guerra civil norteamericana que, aunque motivada por cuestiones económicas, tiene como razón aparente la abolición de la esclavitud. Esto inquieta a

...las clases adineradas de la Isla, quienes aspiraban a que la esclavitud continuase en los Estados Unidos con la bien fundada esperanza de que su mantenimiento en ese país habría de retrasar el día en que la nefanda institución fuese suprimida en Cuba.<sup>18</sup>

Por esa razón deseaban el triunfo de los confederados y cooperaron en lo posible, con la causa de la secesión. Pero frente a ellos, una vez más, los partidarios de la independencia se declaraban simpatizantes de los unionistas y confiaban en su éxito, “con la esperanza de que su victoria facilitaría la independencia de Cuba al poner fin a la esclavitud en los Estados Unidos”.<sup>19</sup>

Durante estos años no cejaron los independentistas en sus empeños, ni abandonaron los trabajos revolucionarios.

A principios de abril de 1859, zarpaba de New York el bergantín-goleta *African*, mandado por el capitán Button, conduciendo 34 expedicionarios, a las órdenes de José Elías Hernández, 240 fusiles y gran cantidad de municiones.<sup>20</sup> El propósito era desembarcar en Nuevas Grandes, pero los hizo fracasar la mala fe del capitán —cosa corriente en estas empresas dado el carácter inescrupuloso de estos aventureros que, una vez cobrado el importe

<sup>17</sup> *Ibidem*. f 81. Véase Apéndice I

<sup>18</sup> Portell Vilá Herminio: *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*, La Habana, 1939, t. II, p. 139.

<sup>19</sup> *Ibidem*.

<sup>20</sup> *Gaceta de La Habana*, abril 29 de 1859, p. 1, col. I.

del viaje, solo pensaban en deshacerse de los expedicionarios— y posteriormente la

...persecución del crucero español *Blasco de Garay* para escapar del cual el *African* se refugió en Port-au-Prince, Haití, en cuyo puerto le bloqueó la salida, por espacio de varias semanas, el buque de guerra español.<sup>21</sup>

En 1862 un grupo de patriotas de La Habana decidió constituirse en

...agrupación política organizada que, difundiendo la idea de independencia, fuera preparando adeptos que, en un día indeterminado, pero ciertamente venidero, estuvieran preparados para todo evento, es decir para fomentar la revolución.<sup>22</sup> Organizóse el Club como centro político, como núcleo de conspiradores; púsose enseguida en directa comunicación con una Junta Revolucionaria Cubana que existía en New York y que dirigía el Sr. Villaverde, y como en aquellos días llegase a esta capital un folleto en francés escrito por Pelletan, titulado “La Termithe”, en cuyo folleto el ilustre publicista francés hacía un brillante paralelo entre el trabajo subterráneo de esa clase de hormigas y el trabajo oculto de los propagandistas de las ideas de libertad que minaban el imperio en Francia: la lectura y comentarios que de este folleto se hizo por los miembros de la naciente asociación, fue causa de que se diera a esta el nombre de Club de la Bibijagua, dadas la semejanza de propósitos que los identificaba con el autor del folleto y la circunstancia de ser nuestra tropical bibijagua un trabajador subterráneo constante y sigiloso: este nombre que empezó a usarse como un mote humorístico, llegó más tarde a considerarse en serio y a usarse hasta en algún documento de importancia.<sup>23</sup>

Desdichadamente desconocemos la nómina de aquella organización. Unos pocos nombres han llegado hasta nosotros: J. I. Torralbas —quien salvara para la historia el conocimiento de la existencia del club— Sixto María de Guereca, José María Aguirre —que alcanzaría el grado de mayor general del Ejército Libertador— Medina, Mestre, Corral, Fuertes (El Bachiller), Campos, Moré, Tovar, Fernández y el negro Antolín, “serio, circunspecto, grave”, eficaz enlace que recorría

...tranquilo las calles de la ciudad con una pequeña canasta en la que solía llevar algunos boniatos o algo por el estilo, llevando oculta alguna comunicación, algún periódico, recogiendo aquí y allí alguna noticia [...] siempre discreto.<sup>24</sup>

<sup>21</sup> *Loc. cit.* (17). p. 126

<sup>22</sup> *Cuba. y América.* La Habana, abril 5 de 1899, p. 20.

<sup>23</sup> *Ibidem.* p. 22.

<sup>24</sup> *Ibidem.*

El mayor mérito de las “bibijaguas” consistió, quizá, en haber podido burlar, durante años, la eficaz vigilancia de la policía de manera que “aún después del grito de Yara siguió funcionando” el club.

En la primavera de 1865 otros revolucionarios participaban en la llamada *Conspiración de las centurias*, que, si no estaba libre de elementos reformistas —prestos siempre a intervenir en las conspiraciones, con el ánimo de frenarlas— se nutría, evidentemente, de elementos independentistas.

Una de las centurias la mandaba Ramón Ignacio Arnao, otra José de Armas y Céspedes, que en 1871 escribía:

Por cierto, que en la mía figuraban Ignacio Agramonte y Loinaz y su hermano Enrique, José María Aurrecochea, Luis Junco, Melchor Bernal, Eugenio Entenza y otros muchos que se encuentran en la insurrección o han muerto en ella heroicamente.<sup>25</sup>

Posiblemente sea de esta época una foto de Agramonte “y algunos estudiantes”, uno de los cuales sostiene un fusil.<sup>26</sup>

Al producirse el relevo de Dulce por Lersundi —consecuencia de una maniobra de O'Donnell para contrarrestar otra, de Prim, que hubiera llevado a Lersundi, como transacción, a la presidencia del Consejo de ministros—<sup>27</sup> coincidió su viaje con el de algunos comisionados a la Junta de Información. Esto dio lugar a un ruidoso suceso que Armas narra del siguiente modo:

Por cierto, que la salida de Nicolás Azcárate para desempeñar su cargo de Comisionado, ofreció un incidente que conviene recordar en estos instantes. Azcárate salía en el vapor americano y el general Dulce en otro vapor. Ignacio Agramonte y yo, que éramos amigos personales, aunque irreconciliables enemigos políticos, del propio Azcárate, fuimos a despedirlo al vapor americano. Al volver a tierra nos invitaron Mestre y otras personas que habían ido al mismo objeto en el vaporcito *Guanabacoa*, a que entrásemos en él para acompañar al americano hasta la boca del Morro. Aceptamos la invitación poniendo por condición que no se emplearía aquel vaporcito en demostraciones a Dulce, mientras estuviésemos en él. Acompañamos en efecto a Nicolás Azcárate hasta la boca del Morro, y tornábamos a tierra cuando encontramos al buque del general Dulce que también estaba en marcha para salir. Al enfrentarnos con él prorrumpieron Mestre, Echeverría y todos los demás pasajeros del *Guanabacoa*, a excepción de nosotros dos, en vivas a Dulce, a España y a Cuba española, y Mestre ordenó que siguiese también el *Guanabacoa* a Dulce hasta donde habíamos dejado a Azcárate. Así se hizo, continuando los referidos vítores.

<sup>25</sup> *La Patria*. Nueva Orleans, marzo 20 de 1871, p. 4, col. 1.

<sup>26</sup> Betancourt Agramonte, Eugenio: *Ignacio Agramonte y la Revolución Cubana*, La Habana, 1928, p. 16.

<sup>27</sup> *Loc. cit.* (2), p. 179.

Agramonte desesperado comenzó a gritar entonces con voz de trueno acompañado por mí: ¡Muera Dulce! ¡Muera España! y ¡viva Cuba Libre! con gran escándalo de todos y especialmente de Antonio González de Mendoza. Llegados a tierra llamamos a Mestres y Echeverría, y le dijimos enérgicamente que había faltado al compromiso que tenían contraído con nosotros y que queríamos quedase consignado cómo sin nuestra voluntad habían figurado nuestras personas en aquella vocería española.<sup>28</sup>

Con motivo del viaje de Azcárate, Armas compuso un soneto en el que, amistosamente, le reprochaba su posición y le profetizaba el fracaso de su gestión.<sup>29</sup>

No fue el enérgico soneto de Armas el único poema que, en aquellos días, se escribió con el propósito de despedir “A los Comisionados que van a Madrid”, como se titulaban unas festivas anónimas quintillas que ponían en solfa a los “cándidos” cruzados del reformismo.<sup>30</sup>

Simultáneamente con estos hechos, ocurrían otros que contribuían a alentar a los independentistas. La política aventurera de la Unión Liberal había conducido a la insensata anexión de Santo Domingo y a la absurda guerra del Pacífico.

La primera, permitió a los cubanos ser testigos de cómo un pueblo menos numeroso que el nuestro y que habitaba un territorio más pobre y reducido, había derrotado a España. (Simultáneamente pasaban por La Habana las otrora lucidas tropas del Segundo Imperio, vencidas por Juárez. Prueba patente de la impotencia de los ejércitos europeos, cuando de lidiar con pueblos americanos se trataba.)

La guerra del Pacífico produjo efectos de otro tipo. Aquella contienda obró el milagro de recordar a los gobiernos amenazados, la existencia de sus hermanos de las Antillas que se encontraban aún sometidos al poder de la vieja metrópoli.

Chile, desde un principio, se había ocupado de distraer la atención de las fuerzas españolas con la amenaza de traer la guerra al Atlántico con corsarios que atacasen el comercio y las colonias de España. Más tarde ese plan se extendió en el sentido de provocar la revolución en Cuba y en Puerto Rico, y a ese fin fue enviado a los Estados Unidos el ilustre historiador y estadista Benjamín Vicuña Mackenna, con el carácter de agente confidencial.<sup>31</sup>

De acuerdo con sus instrucciones,<sup>32</sup> el enviado chileno estableció contacto en New York con la

Sociedad republicana de Cuba y Puerto Rico cuyo presidente el patriota cubano don Juan Manuel Macías, era el único que de una manera resuelta

<sup>28</sup> *Loc. cit.* (24).

<sup>29</sup> *Ibidem.* Véase Apéndice II.

<sup>30</sup> *Loc. cit.* (21), julio 20 de 1900. Véase Apéndice III.

<sup>31</sup> *Loc. cit.* (17), p. 186.

<sup>32</sup> Vicuña Mackenna, Benjamín: “La independencia de Cuba y Puerto”, *Revista Cubana*, 3(8-9): 324, La Habana, agosto-septiembre, 1935.

daba a luz sus propósitos y respondía con su nombre. Los otros estaban afiliados secretamente porque sabían que volviendo a Cuba habían de ir al palo, como conspiradores contumaces, si no guardaban en sus planes y aun en sus simpatías: el más absoluto incógnito.<sup>33</sup>

Dicha sociedad era filial en New York del *Partido revolucionario o independiente*,<sup>34</sup> tan opuesto a los anexo-reformistas como a los integristas.<sup>35</sup>

Macías comenzó a publicar la *Voz de América*, como órgano del independentismo, que se introducía en Cuba clandestinamente,

...no solo era enviada con diversos disfraces en los vapores de la carrera de Habana, sino en los pailebots y otros buques menores que se dirigían a puertos subalternos [...] Habíase prohibido la circulación de este periódico con la pena de presidio al que se encontrase leyéndolo, y por su parte los diarios peninsulares de La Habana le hacían una cruda guerra, usando unas veces el lenguaje de la ira, otras el de un afectado menosprecio.<sup>36</sup>

Fruto de esta propaganda fue el levantamiento de un grupo de jóvenes en Las Villas, en los primeros días de marzo de 1866, que sostuvieron un encuentro con las tropas coloniales. “Su grito era ¡Viva la independencia!”<sup>37</sup>

Un mes más tarde se producía lo que Pirala califica de

...escándalo producido por los *tacos del Louvre* en la noche del 18 de abril, con motivo de la gran función celebrada en el teatro de Tacón, a beneficio de la viuda del patriota cubano Zambrana.<sup>38</sup>

Estos graves sucesos —verdadero antecedente de lo ocurrido tres años después en Villanueva— confirmaron la existencia de dos partidos irreconciliables, cuyas diferencias solo podrían zanjarse en el campo de batalla. No necesitaban los reformistas —inmersos, en esos momentos, en sus trajines electorales— ser zahoríes para comprender que estaban siendo rebasados por la historia. Mientras ellos jugaban a las elecciones, los dos partidos extremos se aprestaban a dirimir, por las armas, la suerte de Cuba.

Según un corresponsal de la *Voz de América*, el “escándalo” se debió a que

Como estaba dispuesto en el programa, salió a leer unos versos un joven habanero llamado Torroella, y a la conclusión de cada estrofa, los españoles, de las altas y bajas localidades, empezaron a burlarse de él con

<sup>33</sup> *Ibidem.* p. 63.

<sup>34</sup> *Ibidem.* p. 65.

<sup>35</sup> *Ibidem.* p. 62.

<sup>36</sup> *Ibidem.* p. 72.

<sup>37</sup> *Ibidem.* p. 72 y 328.

<sup>38</sup> *Loc. cit.* (8). t. 11, p. 185.

palabras, risotadas y silbidos, lo cual fue suficiente para que los hijos del país contestasen con aclamaciones que no fueron del agrado de los provocadores. ¡Ay, amigo! ¡qué gritos! El teatro se convirtió en una plaza de toros, y de cuando en cuando se oía, por un lado: “¡Viva Cuba!” y por otro: “¡Muera España!”. Fue sitiado el teatro por la caballería, y los salvaguardias y otros agentes de policía trataban en vano de contener el tumulto. Entraron los gendarmes con sus caballos hasta el patio del teatro; pero quiso Dios o el diablo, que esta vez también los peninsulares se retiraran con prudencia, que de lo contrario es seguro que hubiera corrido la sangre con abundancia. En las inmediaciones me consta que había más de cien hombres armados de puñales que venían de los barrios de Jesús María y de San Lázaro, que son distritos en La Habana en donde no habita más que el verdadero pueblo.

Debo decir a usted, que hubo uno que se atrevió a gritar: “¡Viva Chile!” lo cual en cualquiera circunstancia es aquí cosa en extremo grave.

Apaciguado el motín se arreglaron varios desafíos de los que tengo noticias se han llevado a cabo ya algunos y están por efectuarse otros. Uno de los duelos terminó por un balazo con que un hijo del país atravesó el hombro a un oficial del ejército; otro hizo que un joven del país degollase a sable a un señor coronel de artillería.<sup>39</sup>

Simultáneamente con estos acontecimientos circulaba una proclama, dirigida a los “hijos del pueblo”, que, en una de sus partes, decía:

...nada tenéis que esperar ya; esos ricos, esos amos de ingenio, esos peperiodistas, esos reformistas, esos miserables de todo género que no hacen más que hallar buena la suerte bajo la bandera de España, todos esos son nuestros enemigos, son unos parias que aspiran a gozar del día que pasa, y nada más. Vuestros hermanos murieron en los cadalsos por redimiros y esos mismos detuvieron la revolución: alejaos de ellos: tened fe en vuestra causa; hijos de Puerto Príncipe y de Villa Clara; cubanos, blancos, negros, mulatos, hombres que seáis hombres, tomad las armas, *incendiad, destruid, mataad, ahorcad*; no tengáis miedo: llegada ya es la hora de la lucha, del sacrificio y de la venganza.<sup>40</sup>

Era en este ambiente que se habían efectuado las elecciones para comisionados a la Junta de Información, de sus resultados —tras un demoledor análisis de la personalidad de los elegidos— hacía un contemporáneo el siguiente comentario:

...se disputaban las elecciones. Dos partidos, el español y el confesionista; en todas partes ha triunfado la candidatura del último, es decir, del

<sup>39</sup> *Loc. cit.* (31), p. 76.

<sup>40</sup> *Ibidem.* p. 77.

partido liberal, relativamente hablando; *luego el partido español está vencido porque es inferior*, y si después de esto se considera *que el partido republicano, que permanece en el retraimiento*, es incomparablemente *más potente y numeroso*, puesto que se compone de la *inmensa mayoría de los cubanos*, ¿qué se deduce respecto a la suerte del poder español en estas regiones, el día que emprendamos a mano armada la regeneración política y social de nuestros hermanos?<sup>41</sup>

El 31 de marzo, la *Voz de América* publicó un editorial donde, so capa de hacer un llamamiento a los reformistas, se esclarecía lo frágil y erróneo de la posición por ellos asumida y se les vaticinaba:

Pero si el partido reformista daña de esa suerte a su patria y se coloca en un triste antagonismo, con el partido que arrastra las masas, la juventud, todos los elementos activos, en fin, de la sociedad, se daña también a sí mismo y se suicida. Los partidos medios son siempre víctimas de su irresolución, de su fe convencional, de sus vacilaciones para escoger la hora oportuna. Llega esa hora, y acostumbrados a aplazarlo todo, encuéntrales desprevenidos, y si la lucha se traba, son de seguro la víctima de los dos elementos que se combaten. Esta es la historia de todos los partidos, y en Cuba, donde la cuestión no es de tal o cual principio si no de existencia, de nacionalidad y de independencia, un partido (así) no es solo un absurdo, es casi un crimen.<sup>42</sup>

En esa época fueron reforzados los conspiradores newyorkinos por el general Manuel de Quesada, “quien comenzaba sus trabajos en el intento de llevar una expedición a Cuba”.<sup>43</sup>

Toda esta situación había creado un clima en la Isla, que no era desconocido para las autoridades. En agosto 15 de 1866, el capitán general —que tropezaba con grandes dificultades para obtener un donativo, destinado a sufragar los gastos de la guerra con Chile y Perú— decía en carta reservada al ministro de Ultramar:

La guerra del Pacífico es impopular para los naturales de esta Isla a causa de las simpatías que sienten por las repúblicas hispano-americanas en razón a su identidad de origen y de sentimientos, y porque en este hemisferio predomina siempre la idea de conseguir su completa emancipación.<sup>44</sup>

El 27 de abril de 1867 terminó lo que el más representativo de los escritores reformistas calificaba de “comedia”.<sup>45</sup> Morales Lemus regresaba burlado y

<sup>41</sup> *Ibidem*. p. 329.

<sup>42</sup> *Ibidem*. p. 331.

<sup>43</sup> *Loc. cit.* (2), p. 179.

<sup>44</sup> *Loc. cit.* (10). Legajo 2269, 4.

<sup>45</sup> Piñeyro Enrique: *Morales Lemus y la Revolución de Cuba*, La Habana, 1939, p. 62.

escarnecido, “con el protocolo de los lamentos empapado en lágrimas, escuálido, él, melancólico y sombrío.”<sup>46</sup>

Juan Arnao, ingenuamente, lo creyó curado de sus ideas reformistas y lo puso en relación con el general Quesada.<sup>47</sup> De acuerdo con la mejor tradición de su partido y con su facundia de letrado, el incorregible Morales Lemus prometió “una suma considerable para los preliminares de una expedición formidable”.<sup>48</sup>

Efectivamente, en cuanto Morales Lemus llegó a La Habana comenzó a conspirar en unión de sus correligionarios, pero no para promover la independencia de Cuba, eso siempre, por cálculo —valga el juego de palabras— quedaba fuera de sus cálculos, sino para contribuir a que conquistasen el poder en España sus amigos de la Unión Liberal.

Para este partido las cosas iban de mal en peor. Serrano, perdida su posición de usufructuario del real lecho, se había visto preso y desterrado. Nuevos favoritos —por más jóvenes o, simplemente, por nuevo— influían en el capricho regio y llevaban las aguas al molino de los moderados.

Esta situación debe haber sido para Serrano —de quien Cánovas decía que era “un ambicioso incorregible”—<sup>49</sup> insoportable. No solo se encontraba eliminado del poder en España, sino que la fortuna de su mujer, en Cuba, se hallaba amenazada.

La muerte de O'Donnell, en noviembre de 1867, le abrió nuevas perspectivas. Muerto el viejo caudillo, venían a sus manos las riendas de la Unión Liberal. Ni tardo, ni perezoso mudó su fidelidad de Isabel II al duque de Montpensier, que aspiraba —como buen Orleans— a sustituirla en el solio. Este cambio le convertiría, virtualmente, en el poder tras el trono. Un gobierno producto de una pseudorrevolución, que cargase todos los errores —y horrores— del pasado a la cuenta de la sensual reina y siguiese una política medianamente liberal, con gestos como la abolición de la esclavitud —que pagaría, en parte, el pueblo español— en sus colonias, se ganaría la simpatía de los elementos más avanzados de la sociedad española y, una vez realizada la asimilación de Cuba, con el apoyo de los votos y los millones de la sacarocracia cubana, era casi imbatible.

Para nuestros sacarócratas la tentación debe haber sido irresistible. Aquel nuevo orden de cosas que vislumbraban en el futuro, colmaba sus ambiciones. Si lograban llegar a las corrompidas cortes españolas, constituirían el grupo de poder más fuerte dentro de las mismas y obtendrían —como en los tiempos del conde de Jaruco y de Arango y Parreño— todas las leyes beneficiosas que necesitasen. Paradójicamente, aquel “futuro” representaba una marcha atrás, en el reloj de la historia, de más de medio siglo.

Se apeló al dinero cubano para financiar la revuelta en España y una de las mayores contribuyentes fue la esposa de Dulce, la condesa de Santovenia.

Su abogado director en Cuba, el letrado Morales Lemus, juez del Real Consejo de Administración nos transmitió la noticia de haber girado a aquella

<sup>46</sup> *Loc. cit.* (2). p. 180

<sup>47</sup> Céspedes y Quesada, Carlos Manuel de. *Manuel de Quesada y Loynaz*. LaHabana, 1925, p. 8.

<sup>48</sup> *Loc. cit.* (2). p. 181.

<sup>49</sup> *Loc. cit.* (7). p. 214.

señora y su consorte letras por valor de \$800, 000, que sirvieron para comprar la tropa y allanar los obstáculos en la atrevida obra de la dicha expulsión de la reina.<sup>50</sup>

Por su parte “el general Serrano también cooperó con una gran suma para la empresa acometida que se dice haber salido de la caja de una cubana”,<sup>51</sup> su esposa.

En julio de 1868 Serrano, a quien se había levantado el destierro, y los demás generales que constituían la plana mayor del unionismo fueron reducidos a prisión, a la vez que se desterraba a los duques de Montpensier.

Los generales arrestados fueron encerrados en las prisiones de San Francisco, en las que se introdujo, audazmente, a pesar de hallarse las mismas “sumamente vigiladas”, el habanero Benjamín Fernández Vallín a conferenciar con los prisioneros.<sup>52</sup>

Benjamín Fernández Vallín y Álvarez Albuérne parece haber sido el hombre de acción más decidido del partido reformista. Miembro de una familia perteneciente a la sacarocracia —emparentada con el clan de los Alfonso, Madan, Aldama, Güell y Poey—<sup>53</sup> era hermano de Constantino Fernández Vallín —posteriormente premiado con el marquesado de Muros por sus brillantes servicios a la causa del asimilismo— quien en “Madrid le preparó amplias habitaciones para hospedarlo, como lo hospedó en su casa” a José Antonio Saco, cuando este concurrió a la villa y corte para participar en las sesiones de la Junta de Información.<sup>54</sup>

Benjamín, que escribía en la prensa madrileña, se había visto envuelto en una polémica, sobre cuestiones cubanas, con el director del *Diario de la Marina*, Isidoro Araújo de Lira y Alcalde.<sup>55</sup> Como consecuencia Fernández Vallín vino a La Habana y se batió, a pistola, con Araújo, quien al “tercer disparo cayó muerto, herido en el costado derecho”.<sup>56</sup> Este lance que Cervantes sitúa en 1863, según Calcagno tuvo lugar en 1861.<sup>57</sup>

A Serrano y sus compañeros de prisión el gobierno, para alejarlos de la Península, los confinó a Canarias. Se les condujo a Cádiz, para de allí embarcarlos al lugar de su destino, y en esta ciudad Serrano pudo ganarse la adhesión del jefe de la escuadra, general Topete, acordándose, en principio, la forma en que debía efectuarse el levantamiento.<sup>58</sup>

<sup>50</sup> *Loc. cit.* (2), p. 178.

<sup>51</sup> *Ibidem.* p. 179.

<sup>52</sup> *Loc. cit.* (8), t. 11, p. 134.

<sup>53</sup> Santa Cruz y Mallén, Francisco Xavier de: *Historia de familias cubanas*. La Habana, 1942, t. III, p. 8 y sig.

<sup>54</sup> *Loc. cit.* (21), julio 20 de 1900, p. 16. Carta de Nicolás Azcárate a Vidal Morales, fecha abril 13 de 1891.

<sup>55</sup> Barras y Prado, Antonio de las. *La Habana a mediados del siglo XIX*. Madrid. 1925, p. 193.

<sup>56</sup> Cervantes, Agustín: *Los Duelos en Cuba*, La Habana, 1894, p. 6.

<sup>57</sup> Calcagno, Francisco: *Diccionario Biográfico Cubano*, New York, 1818, p. 372.

<sup>58</sup> *Loc. Cit.* (8), t. II, p. 135.

“El día 20 de agosto salió Vallín para Canarias, con objeto de transmitir instrucciones verbales a los generales desterrados.”<sup>59</sup> Fue seguido, el 8 de septiembre, por Adelardo López de Ayala en el vapor *Buenaventura*, destinado a repatriar a los primates del unionismo de su forzoso lugar de veraneo.<sup>60</sup>

Cuando surgió la necesidad de fondos para fletar el *Buenaventura*, los complotados acudieron al trinitario conde de Casa Brunet, quien los facilitó.<sup>61</sup> Pudiera decirse que aquella empresa rodó sobre rieles de oro cubano.

Precipitados los acontecimientos, el 18 de septiembre se pronunciaba la escuadra en Cádiz, iniciando un movimiento que se extendió rápidamente por toda España, ya que contaba con el apoyo, interesado, de la mayor parte del generalato y el, candoroso, del pueblo, que creía que aquello sería una verdadera revolución.

“El 6 de octubre ya se sabía en La Habana la caída de Isabel II, en España, y el establecimiento del gobierno provisional”.<sup>62</sup>

La noticia debe haber regocijado a

...los sacarócratas habaneros y sus dependientes, creían tener casi logrados sus viejos sueños asimilistas; ponían todas sus esperanzas en el movimiento que había expulsado del trono a Isabel II y confiaban en obtener, en breve plazo, el status de provincia española.<sup>63</sup>

De este ensueño vendría a despertarlos el toque a rebato de la campana de *La Demajagua*.

<sup>59</sup> Poch Noguera, José: *Prim*. Barcelona, 1965, p. 153.

<sup>60</sup> *Ibidem*. p. 154.

<sup>61</sup> *Loc. cit.* (8), t. II, p. 143.

<sup>62</sup> *Loc. cit.* (17), p. 204.

<sup>63</sup> García Del Pino, César: “*El Laborante*: Carlos Sauvalle y José Martí. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 60(2): 168, La Habana, mayo-agosto, 1969.

## Apéndice I

### La muerte de Castañeda

*Después de tantos horrores  
y tan repetidos males se han aguzado puñales  
para pechos de traidores.  
El gobierno tiene flores  
que en premio de sangre abona  
forma con ellas corona  
que el crimen en lauro trueca,  
pero ese lauro se seca  
se seca en Marte y Belona.*

*Ya nadie al traidor encubre  
ni habrá quien salvarle pueda  
pues si viene un Castañeda  
vendrá otro doce de octubre  
así mismo se descubre  
el que la patria traiciona  
y si el gobierno se encona  
le zurraremos la badana  
y cada café de La Habana  
será otro Marte y Belona.*

## Apéndice II

### A Nicolás Azcárate en su partida para España

*Ardiendo de la patria en vivo fuego  
Vas a pedir su libertad a España  
Yo expuesto aquí del déspota a la saña  
La orgullosa cerviz jamás doblego.*

*El humo de la gloria ¿te hará ciego,  
O tu alma noble a tu razón engaña?  
¿No ves que un pueblo cuyo honor se empaña  
No ha de deber su libertad al ruego?*

*Feliz por el amor y la riqueza  
De este suelo de llanto te separas:  
Te volverás; y lleno de tristeza,*

*Sin fe en un Reino corrompido y falso,  
Verás de Cuba las sangrientas aras,  
¿Y a mí lidiando o muerto en el cadalso!*

## Apéndice III

### A los comisionados que van a Madrid

*Señores  
los del sufragio  
Popular, hablo sin chanza,  
Sois el arca de la alianza,  
De redención el presagio  
Nuestro iris de esperanza.*

*Por vosotros la fusión  
De americano y gorrión  
Pronto se habrá de admirar,  
Que tal es la pretensión  
Del ministro de Ultramar.*

*El ministro a España os llama  
Porque dicen que nos ama  
Con cariño sin igual,  
(El nuestro también es tal  
Que al suelo se nos derrama).*

*Y al mirar que Cuba implora  
De España la compasión,  
Como tanto nos adora  
Y nuestras cosas ignora  
Promueve una información.*

*Yo no sé si es ignorancia  
O supina mala fe;  
Si lo primero ¿por qué  
Se titula con jactancia  
Nuestro ministro? no sé.*

*Si esto es ciencia no le abona  
Si no sabe lo de acá  
Que me diga Félix Bona  
¿Cómo el ministro dará  
Consejos a la Corona?*

*Pero en fin quédense a un lado  
Cuestiones de alta política  
Porque a mi mente raquílica  
A la verdad no le es dado  
Ejercitarse en la crítica.*

*El ministro quiere oír  
De nuestros labios leales  
Los datos que han de servir  
Para poder escribir  
Nuestras leyes especiales.*

*Y Cuba os nombra al intento  
Un tributo de homenaje  
Rindiendo a vuestro talento.  
No os demoréis un momento.  
Adiós, señores ¡buen viaje!*

*Vais a la patria del Cid,  
A la ínclita Madrid,  
Tierra de nobles guerreros,  
De frailes y de toreros.  
Partid, señores, partid.*

*Partid pronto, pues ya tarda  
De nuestra dicha la aurora,  
Partid, partid sin demora,  
Que para el pobre que aguarda  
Es un siglo cada hora.*

*Partid porque no ignoráis  
Que el porvenir es misterio,  
Y hay temor fundado y serio  
De que, si pronto no vais,  
Habrá otro ministerio.*

*Un astrónomo alemán  
Que ha estudiado con afán  
De la ciencia los secretos  
Y las leyes a que están  
Los ministerios sujetos.*

*Sostiene, sin duda alguna,  
Que a cada cuarto de luna  
Cambia en España el gobierno.  
¡Partid, por el Dios eterno!  
No juguéis con la fortuna.*

*La ocasión la pintan calva;  
Por eso bien lo advertís,  
Nuestra dicha está en un tris.*

*Si voláis, Cuba se salva;  
¡Si os tardáis, pobre país!*

*Pues si a merced del favor  
El poder escala alguno,  
En su debut de rigor,  
Deja sin valor alguno  
Los actos del anterior.*

*Y como ya se barrunta  
De Cánovas la caída,  
Si al llegar lo halláis sin vida,  
¡Adiós reforma, adiós junta,  
Adiós ilusión perdida!*

*Cuba cuya dicha sola  
Se cifra en ser española;  
Cuba que admira y respeta  
La refulgente aureola  
Del pueblo que la sujeta;*

*Que adora con efusión  
A la arrogante nación,  
Al pueblo espléndido y noble,  
Grande y fuerte como un roble,  
Valiente como un león;*

*Cuba que miró a la España  
En gigantesca campaña  
Que no llegó a siete leguas,  
Zurrar al moro sin treguas,  
Burlándose de su saña;*

*Cuba que la vio después  
Sacar corriendo los pies  
Del territorio salvaje,  
Que sin mirar su interés  
Le negó su vasallaje;*

*Cuba siempre lloraría,  
Señores, vuestra tardanza;*

*Con razón os culparía,  
Y a la cara os echaría,  
El fiasco de su esperanza.*

*Calumnian con insolencia  
A Cuba los que decantan  
Que anhelan su independencia,  
Pues libre está su conciencia  
Del crimen que le levantan.*

*Del crimen, sí, porque fuera  
La ingratitud más punible,  
Pagar de tan ruin manera  
Los bienes que recibiera  
En escala inconcebible.*

*Cuba a su madre amorosa  
Debe eterna gratitud,  
Porque le trajo una cosa  
Grande, sublime, gloriosa,  
Hablo de la esclavitud.*

*Porque en prueba del amor  
Que arde constante en su pecho,  
Le quitó todo derecho.  
¿Habrá elocuencia mayor  
¿Que la que ofrece tal hecho?*

*Porque siguiendo al que dijo:  
“Fortuna te de Dios hijo;  
Que el saber poco te vale”,  
Estorba, en su afán prolijo  
Que aquí el saber se propale;*

*Porque deja a sus vasallos  
Que bailen a su talante,  
Siendo su empeño constante  
Que la afición a los gallos  
Vaya adelante, adelante;*

*Porque da cada quincena  
Al pueblo una lotería,  
Y el pueblo en ella confía,  
Y abandona su faena,  
Y en el ocio pasa el día;*

*Porque madre diligente,  
Jamás, jamás nos consiente  
Destinos desempeñar,*

*Y solo interinamente  
Nos lo permite ocupar;*

*Porque nos manda empleados  
De ciencia y virtud dechados  
Y nos remite a montones,  
Gallegos bien educados,  
Aurigas de carretones;*

*Porque nos hace pagar  
Una fuerza militar  
Que está siempre en pie de guerra,  
Y que chupa sin cesar  
Cuanto aquí suda la tierra;*

*Porque nos sustrae su celo  
A influencias mil, malditas,  
Y además con santo anhelo,  
Para enseñarnos el cielo  
Nos trajo los jesuitas;*

*¿Porque en fin... pero a que más?  
Es tan larga la cadena  
De méritos que quizás  
Mi pluma que ahora se estrena,  
No concluyera jamás.*

*Calculad pues, cual será  
De su intelecto el desorden  
Al ver que se acerca ya  
El momento en que tendrá  
Libertades de real orden.*

*Volad por tanto a Madrid  
Y allá la espada esgrimid  
Porque la reforma cuaje,  
Mas, ved que es tarde!... ¡partid!  
¡Adiós, señores! buen viaje!*

Habana, mayo de 1866

Tomado de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*,  
66 (3): 61-85, La Habana, septiembre-diciembre, 1975.



# Aspecto jurídico del 27 de noviembre de 1871

Luis F. Le Roy y Gálvez

PROFESOR, QUÍMICO, HISTORIADOR E INVESTIGADOR

## Los hechos hasta el primer consejo de guerra

EN LA TARDE del 27 de noviembre de 1871, fueron pasados por las armas ocho estudiantes de primer año de Medicina, cuyas edades estaban comprendidas entre dieciséis y veintiún años. Se les acusaba concretamente de haber profanado el nicho sepulcral de un periodista español llamado Gonzalo Castañón, muerto por un patriota cubano, en Cayo Hueso, el 31 de enero de 1870.

La acusación era falsa. Los estudiantes no habían incurrido en ninguna profanación, ni jurídica ni moralmente. Se habían limitado a arañar con el diamante de una sortija el cristal que cubría la lápida del nicho donde estaba depositado el féretro, y a escribir en las paredes frases obscenas y revolucionarias. Además, cuatro estudiantes se habían subido al carro en que se transportaban los cadáveres al anfiteatro anatómico, que lindaba con el cementerio, llamado de Espada, y se habían paseado en él por la plazoleta situada a la entrada de la Necrópolis, en la calzada de San Lázaro, gritando “¡Viva Cuba Libre!”

Pero bueno es señalar que estos jóvenes revoltosos no eran pueriles ni inocentes en sus travesuras estudiantiles. El nicho escogido por ellos para sus actos irrespetuosos era el santo sepulcro de los fanáticos defensores de la llamada integridad nacional, de aquellos que querían a Cuba española, para su beneficio y usufructo.

En ese lugar, considerado sacrosanto, reposaban los restos de Castañón, propietario y director en vida del diario *La Voz de Cuba*, desde donde se excitaba hasta el paroxismo el odio anticubano de los llamados *voluntarios*, gente tosca, primitiva, y explotada por los ricachos españoles, que los utilizaban como tropa de choque, al margen del ejército regular, contra la insurgencia y las actividades subversivas que tenían lugar sobre todo en la capital, y que más de una vez habían tenido por escenario a la españolísima y conservadora Universidad de La Habana. Esos actos insurgentes, ya registrados allí desde 1851, ponían en evidencia que existía dentro de la Universidad un fermento de rebeldía política contra la metrópoli, en un sector no despreciable del estudiantado, y que había dado lugar a que el gobernador y capitán general, conde de Valmaseda, dijese en un documento oficial, en octubre de 1871, que la Universidad estaba reputada como un centro de laborantismo e insurrección, añadiendo además que

cuando estalló la insurrección de Yara, multitud de estudiantes de los últimos años abandonaron las aulas y se lanzaron a la manigua.

Cuando tuvieron lugar las travesuras subversivas de los estudiantes en el cementerio, ocupaba el gobierno político de La Habana un sujeto sin escrúpulos, llamado Dionisio López Roberts. El rasgo típico de su personalidad era una insaciable avidez por el dinero. Aprovechándose de su jerarquía, arrestaba bajo el más insignificante pretexto a cualesquiera personas que pudieran después obtener su libertad a cambio de plata. Últimamente había esquilnado a infelices chinos, a quienes acusaba de vagabundos, y a indefensas prostitutas que se hallaban sin la protección de sus *souteners*. Sus extorsiones escandalosas, sobre todo en lo relativo a los chinos, habían llegado a noticia de Madrid, donde el gobierno central había decretado su relevo en el cargo; aunque en la fecha de los sucesos aún no se había hecho efectiva la sustitución.

Este truhan con mando en el gobierno vio en los juegos intencionados de los estudiantes la oportunidad brillante de una jugosa entrada. Bastaba arrestar a estos para luego negociar con los padres la libertad de sus hijos sobre la base de un pago inmediato y amplio de dinero. Era la última fechoría que podía realizar desde su privilegiada posición de gobernador político y civil de la ciudad.

Su maniobra se le facilitaba extraordinariamente por cuanto los voluntarios, enterados de los sucesos del cementerio y considerando esos hechos como una afrenta sacrílega a la memoria de su ídolo, comenzaban a agitarse y demandar venganza y escarmiento ejemplarizante contra esos burguesitos que denostaban la integridad nacional en el propio cementerio y por extensión, al respetable cuerpo de voluntarios, del que Castañón, en vida, había sido su guía ideológica.

Para iniciar su plan, se personó dos días después de los hechos, el sábado veinticinco de noviembre, a primera hora de la mañana, en el cementerio de Espada, y recorrió los distintos patios informándose de todo con el celador o guardián de la necrópolis. Cuando llegó el capellán, no aceptó las explicaciones que le dio, encaminadas a encubrir a los estudiantes y, sin duda también, a no verse envuelto en la intriga del gobernador.

Inmediatamente después, se dirigió al anfiteatro anatómico, contiguo al cementerio por su parte que hoy es la calle Aramburu. En esos momentos, explicaba su clase de Anatomía Segundo Curso a los alumnos del segundo año el catedrático Juan Manuel Sánchez de Bustamante y García del Barrio, y allí pretendió reducir a prisión a todos los alumnos del aula. Pero, constándole al profesor que ninguno de sus alumnos había estado en el cementerio la tarde de la presunta profanación y, estando al corriente de los turbios manejos del gobernador, siempre encaminados a saciar su codicia, se enfrentó resueltamente a la autoridad, desestimó la acusación e impidió con su conducta levantada y viril que el infame funcionario llevase su plan a vías de hecho.

Por la tarde, López Roberts hizo lo mismo en el aula del doctor Pablo Valencia y García, que daba su clase de Anatomía Primer Curso a los alumnos de ese año. Allí repitió su acusación y los calificó a todos de profanadores. Y esta vez fue afortunado en sus propósitos. El catedrático, pusilánime, servil ante la

autoridad, sabiendo que algunos de sus alumnos habían estado en el cementerio la tarde de los hechos y, conociendo, posiblemente, el carácter político, la naturaleza subversiva de esos hechos, secundó y le hizo el juego al gobernador. En el difícil trance en que fue puesto, prevaleció el integrista sobre el profesor e innoblemente se prestó a acusar, desamparando a sus alumnos y dejándolos a merced de este sujeto a quien Martí, en uno de sus artículos y no obstante su mesura y comedimiento en la expresión, calificaría como “desvergonzado funcionario”. Seguidamente, y pese a las protestas de inocencia de los alumnos, los arrestó a todos, cuarenta y cinco en total, y los condujo personalmente, auxiliado por una compañía de voluntarios, con gran despliegue de aparato y teatralidad, a todo lo largo de la calzada de San Lázaro, hasta Prado No. 1, donde se hallaba la cárcel. ¿Qué español, voluntario o no, después de esta detención en masa hecha por el propio gobernador político en persona, y conducidos espectacularmente, un sábado en la tarde, por una calzada importante de la urbe, qué integrista podía poner en duda la imputación de profanadores, hasta ese momento nada más que rumorada contra los estudiantes?

Para desgracia de estos, se hallaba al frente de la gobernación y capitanía general de Cuba un segundo cabo, recién llegado a la Isla dos meses antes, inexperto en el arte de manejar a los voluntarios y lleno de fatuidad por estar sustituyendo interinamente al capitán general en propiedad, conde de Valmaseda, que se hallaba en campaña, luchando contra los insurrectos en la provincia de Oriente. Este general, que se llamaba Romualdo Crespo y de la Guerra, había convocado para una gran concentración de masas, en forma de desfile o parada militar, a todos los cuerpos de voluntarios. Imprudentemente, les daba oportunidad de congregarse a más de diez mil hombres armados, fanatizados por el integrismo y con sus cerebros sobreexcitados por el alcohol, en los que bastaba una incitación para lanzarlos a exigir tumultuariamente las cabezas de los estudiantes. Y así, en efecto, ocurrió, por lo que se vio precisado el acobardado e imprudente segundo cabo a transigir con la formación de un consejo de guerra verbal que juzgase a los cuarenta y cinco estudiantes detenidos en la cárcel bajo el cargo infamante y falso de haber profanado el nicho sepulcral donde reposaban los restos de Castañón.

Se efectuaron dos consejos de guerra, uno a continuación del otro. De estos dos, el segundo tuvo una constitución arbitraria y jurídicamente objetable y fue el que sancionó a los causados del modo siguiente: ocho a fusilamiento, treinta y uno a presidio, cuatro a reclusión carcelaria y dos que fueron libremente absueltos. Veamos ahora cómo funcionaron esos tribunales, y el aspecto jurídico de sus sentencias.

### **Primer consejo de guerra**

El primer consejo de guerra se constituyó con seis miembros, todos ellos oficiales del ejército regular español. No se conocen los nombres de los jueces, excepto el de uno que, según la versión más o menos novelada de su conducta, se llamaba Víctor Miravalles y Santa Olalla y era capitán del ejército en uso de

licencia. Según la referida versión, existente entre los papeles inéditos del profesor Luciano Martínez Echemendía —padre de Rubén Martínez Villena— este digno oficial se negó a firmar la benigna sentencia impuesta por el consejo y, por ello, para sustraerse de las iras de los voluntarios amotinados, tuvo que escurrirse de la sala y escapar por los tejados, de casa en casa, para huir de la furia de la turba que quería apoderarse de él. Un episodio muy rocambolesco que, sin embargo, pudo ocurrir de verdad, habida cuenta del grado de excitación y furor homicida de aquella turba armada, dispuesta a todo por su fanatismo y por el alcohol.

En este primer consejo de guerra, los cuarenta y cinco estudiantes tuvieron al capitán del ejército Federico Capdevila y Miñano que actuó en el seno del consejo como abogado defensor. El texto de su defensa lo llevó escrito y lo leyó ante los jueces, y por ese detalle es que su contenido ha llegado hasta nosotros.

No se conoce a ciencia cierta cuál fue el fallo que dictó este primer consejo de guerra. Según unos, la sentencia fue absolutoria por falta de pruebas. Según otros, la sanción fue la que, supuestamente cometida la profanación, imponía el código penal vigente en el país en esos momentos.

Respecto a este punto concreto, debe señalarse que el código penal que en 1871 regía en Cuba no era el del año 1870, como equivocadamente afirma Fermín Valdés Domínguez en su célebre libro, pues este código hecho para España no tuvo vigencia en Cuba hasta nueve años más tarde, por aplicación del real decreto de veintitrés de mayo de 1879, que mandaba observar el código penal reformado de diecisiete de junio de 1870 en las islas de Cuba y Puerto Rico, y la Ley Provisional de Enjuiciamiento Criminal para la aplicación de dicho código.<sup>1</sup>

Cuando tuvieron lugar en La Habana los sucesos que culminaron en el proceso del 27 de noviembre de 1871, regía en Cuba el código penal español de 1850.<sup>2</sup> En este código, el artículo que castigaba las profanaciones de sepulturas se hallaba incluido entre los delitos contra la religión, y decía así, copiado textualmente: “Art. 138: El que exhumare cadáveres humanos, los mutilare, o profanare de cualquier otra manera, será castigado con la pena de prisión correccional.”<sup>3</sup> Obsérvese que en este artículo solo se habla de prisión correccional, y no se menciona para nada la imposición de una multa.

En el código penal español que vino después, el de 1870,<sup>4</sup> que como ya se indicó, no tuvo vigencia en Cuba hasta 1879 y que, por consiguiente, no se aplicó cuando los sucesos de los estudiantes en 1871, decía textualmente así:

Art. 350. El que violare sepulcros o sepulturas, practicando cualesquiera actos que tiendan directamente a faltar el respeto a la memoria de los

<sup>1</sup> *Colección Legislatura de España*, t. 122, 2da. parte (1879), p. 927 y sigs; y *Gaceta de la Habana* de 11 de julio de 1879 y sigs.

<sup>2</sup> *Ibidem*. t. 50 (1850), p. 366 y sigs.

<sup>3</sup> *Ibidem*. p. 102.

<sup>4</sup> *Colección Legislatura de España*, t. 103 (1870), p. 905 y sigs.

muertos, será condenado con las penas de arresto mayor y multa de 125 a 1,250 pesetas.<sup>5</sup>

Si se compara esta redacción oficial del artículo en cuestión con la que trae Valdés-Domínguez en todas las ediciones de su libro,<sup>6</sup> se advertirá que está mal copiada. Asimismo, el historiador español Antonio Piralá en sus *Anales de la guerra de Cuba*,<sup>7</sup> siguiendo en esta parte de su obra a Valdés-Domínguez, lo incluye, por equivocación, tomando el texto según lo trae este en su célebre libro. Y el capitán español Nicolás Estévanez Murphy en sus *Memorias* —el mismo que, según frase hecha, “rompió su espada” en la acera del Louvre, en señal de protesta por el fusilamiento de los estudiantes—<sup>8</sup> incurre también en el mismo error, al afirmar que se aplicó sanción correccional y multa, con lo que implícitamente está suponiendo la vigencia del código de 1870 en Cuba en esos momentos.

Debe señalarse, e insistirse enfáticamente en ello, que la gran laguna que se tiene en el conocimiento cabal del aspecto jurídico del proceso seguido contra los estudiantes estriba en que no se dispone para su análisis, ni del sumario ni de los autos de los dos consejos de guerra. Esto origina que, con respecto al primer consejo, no se conozcan los nombres de los seis oficiales que lo constituyeron, ni quiénes fueron el presidente y el fiscal, ni cuál fue la sanción que se dictó; es decir, si fue un fallo absolutorio por falta de pruebas, o si fue, como se cree, con más fundamento psicológico, una pena correccional según imponía el código de 1850. En cuanto al segundo, que se ignoren las formalidades de aquella farsa jurídica, si en ella los estudiantes tuvieron oficiales defensores de oficio, si se llamó a declarar al capellán y al celador del cementerio, qué fue lo que dijeron los acusados, y cómo se establecieron las sentencias.

Se sabe, documentalmente, que en 1892 existían en la capitanía general de La Habana los papeles de la causa incoada contra los estudiantes de Medicina. En el Archivo Nacional se encuentra el oficio original, escrito en papel timbrado de esa dependencia, dirigida al gobernador militar de la plaza de La Habana, acusándole recibo con fecha veinticuatro de marzo de 1892 del legajo que titula *Causa instruida contra los estudiantes D. Alonso Álvarez de la Campa y otros por haber profanado el sepulcro de D. Gonzalo Castañón*.

Se conserva el oficio, cuya carátula reproduzco en mi libro, pero no así los demás documentos que debían estar unidos a la citada comunicación.

<sup>5</sup> *Ibidem*. p. 979.

<sup>6</sup> Madrid 1873, p. 68. La Habana, 1ra. y 2da. ed. (1887), p. 102 y 116. Santiago de Cuba, 1890, p. 135. La Habana, 1909, p. 109.

<sup>7</sup> *Ibidem*. t. 2, Madrid, 1896, p. 300, nota (1). Da el artículo como 250 por 350, evidentemente una errata tipográfica.

<sup>8</sup> Sin duda, alguien hizo alusión a que Estévanez renunció a su carrera militar y rehusó reingresar en la milicia, y lo expresó en una metáfora de caballero andante diciendo: “rompió su espada en señal de protesta”. Más tarde este lenguaje figurado fue interpretado literalmente y se dio como cosa sucedida.

Cuando en 1898, después de firmado el Tratado de París que puso fin a la guerra cubano-hispano-americana, comenzó escalonadamente la evacuación española de la Isla, se trasladaron a España una enorme cantidad de documentos de los años 1868 a 1883, además del despojo de gran número de legajos que se sustrajeron del Archivo General con destino a la Península. Yo he tratado en vano de localizar estos documentos. No creo que se hayan destruido, ni que se oculten al investigador, sino, simplemente, que no se está sobre la pista de cómo encontrarlos.

## Segundo consejo de guerra

Inconforme los voluntarios con el fallo del primer consejo, porque querían de todos modos que hubiese fusilamientos, exigieron tumultuariamente la anulación del dictamen del primero, y la formación de un segundo consejo de guerra con mayoría de capitanes de Voluntarios.

Gracias a los testimonios de condena que se conservan en el Archivo Nacional, en el fondo *Bienes Embargados*, legajo 167, se conoce cómo se integró este segundo consejo. Lo presidió el coronel del ejército Alejandro Jaquetot y actuó como fiscal el comandante, también del ejército, Mariano Pérez Alcalde. En lo que atañe a los jueces, estos fueron quince en total: seis vocales veteranos del ejército regular y nueve capitanes de los cuerpos de Voluntarios. Con esta superioridad numérica, se podía asegurar, anticipadamente, que el fallo sería el que quisieran estos últimos.

Las formalidades de este segundo consejo de guerra no se conocen documentalmente, por no haberse hallado los autos del proceso. Pero, tratándose de una verdadera farsa jurídica, de un simulacro de juicio con escarnio de la justicia, no importa mucho conocer los pormenores de orden interior, sino solamente la sentencia dictada por el Tribunal, y que se tiene en los testimonios de condena del Archivo Nacional, en la prensa de la capital que la dio a conocer de inmediato, y oficialmente por la *Gaceta de La Habana*, que tardó más de dos meses en publicarla, el dos de febrero de 1872.

De los cuarenta y cinco estudiantes, ocho fueron condenados a ser pasados por las armas. Sus nombres, edades y lugar de origen se dan a continuación: Alonso Álvarez de la Campa y Gamba, habanero, 16 años; José de Marcos y Medina, habanero, 20 años; Juan Pascual Rodríguez y Pérez, habanero, 21 años; Anacleto Bermúdez y González de Piñera, habanero, 20 años; Ángel Laborde y Perera, habanero, 17 años; Eladio González Toledo, del pueblo de Quivicán, provincia de La Habana, 20 años; Carlos Verdugo y Martínez, matancero, 17 años; Carlos de la Torre y Madrigal, camagüeyano, 20 años.

De los treinta y siete restantes, dos alumnos fueron libremente absueltos; y de los treinta y cinco que quedaron, se separaron a cuatro, a quienes se les sancionó a seis meses de cárcel.

En cuanto a los otros treinta y uno que quedaban, aquellos que en su talón de matrícula aparecían con veinte años de edad o más, se les sancionó a seis años de presidio; y los que aparecían inscriptos con menos de veinte años de

edad, a cuatro años de presidio. Estos infelices condenados a presidio fueron a quienes se les destinó con cadenas y grilletes a picar piedras en las canteras de San Lázaro.

No sabemos qué norma se siguió para sancionar a cuatro estudiantes a seis meses de cárcel. De estos, dos eran españoles y los otros dos cubanos. Estos últimos se llamaban Francisco Codina y Polanco, natural de Vicana, provincia de Oriente, de dieciocho años y Alberto Pascual y Diez-Argüelles, natural de Cárdenas, provincia de Matanzas, de dieciséis años. Ciertamente, la edad no parece haber sido el criterio seguido, pues muchos de los sancionados a cuatro años tenían dieciocho años y uno de estos, José Ramírez Tovar solo contaba quince.

En cuanto a los dos libremente absueltos, sus casos merecen ser considerados más detenidamente. En el texto del testimonio de condena de los estudiantes se mencionan a esos dos de este modo: "... poniéndose en libertad a don Octavio Smith y al detenido don Ildefonso Alonso y Maza". Aquí, ante todo, véase cómo al segundo de los dos se le aplica el término de detenido que es sinónimo de arrestado, es decir, se establece de modo expreso que no se le incluyó en el proceso.

Respecto a Octavio Smith, puede asegurarse que no era americano en el sentido corriente y usual de la palabra. Había nacido en Cárdenas, provincia de Matanzas y tenía cuando el proceso catorce años de edad. Su padre, Carlos Smith y Laret era habanero, residente en Cárdenas. La madre, en cambio, sí era norteamericana; se llamaba Carolina Guenard y Ferrer y era natural de Nueva Orleans, Louisiana. Y sabiendo que en todas partes y en todo tiempo se ha aplicado a menudo en la formulación de sanciones oficiales el *jus sanguinis* de preferencia al *jus soli*, cabe pensar que se considerase a ese menor como americano, por transmisión de la ciudadanía de la madre. Sin embargo, en el seno de la familia Smith siempre existió la tradición de que fue el rector del colegio de los jesuitas en La Habana —el Colegio de Belén— donde este casi niño se había graduado de bachiller a los trece años, quien movió su poderosa influencia cerca de las autoridades españolas para que el muchacho saliera absuelto.

Pero, sin necesidad de recurrir a estas consideraciones, hay el hecho de la edad que en esos momentos tenía Octavio Smith, sus solo catorce años. Y este detalle es determinante, porque según el código penal español de 1850, que ya hemos dicho que en 1871 regía en Cuba como doctrina legal, se establecía textualmente en su artículo 8, inciso 3 que: "Están exentos de responsabilidad criminal el mayor de 9 años y menor de 15, a no ser que hayan obrado con discernimiento."

## Reconstrucción hipotética de las sentencias

Si se quisiera conjeturar —ya que en ausencia de los autos no es posible otra cosa— cómo se establecieron las sanciones acordadas por el segundo consejo de guerra nos atreveríamos a decir:

*Primero:* de los cuarenta y cinco alumnos que se hallaban en la cárcel, se eliminaron a dos que resultaron absueltos. Fueron estos el cardenense de catorce años Octavio Smith y Guenard, y el español de veinte años, y al decir de Valdés Domínguez, voluntario, Ildefonso Alonso y de la Maza.

*Segundo:* A los cuarenta y tres restantes se les quintó para determinar el máximo de los que debían sufrir la pena capital. Esto fijó el número de fusilamientos en ocho, pero sin precisarse en esa fase del proceso quiénes debían ser pasados por las armas.

*Tercero:* Cuatro estudiantes fueron en esos momentos separados con sus nombres y apellidos y sancionados a seis meses de cárcel. Fueron estos dos españoles y dos nativos del país. Los dos primeros se llamaban Benito Otaola e Iñiguez de Onsoño, peninsular, de veintidós años; el otro, Eduardo Tacoronte y Hernández, próximo a cumplir veintiséis años; los cubanos eran Francisco Codina y Polanco, oriental, de dieciocho años y Alberto Pascual y Diez-Argüelles, cardenense de dieciséis años. No sabemos el porqué de esta selección.

*Cuarto:* De los treinta y nueve estudiantes que quedaban, se escogió a los ocho que debían morir del modo siguiente: cinco fueron determinados porque admitieron en sus declaraciones haber estado en el cementerio la tarde de la presunta profanación; Alonso Álvarez de la Campa, el más joven de ese grupo, de dieciséis años —de quien se dijo que había arrancado una flor del jardín del cementerio—, afirmación clásica y excesivamente candorosa. Los cuatro restantes fueron los que se subieron al carro de los muertos y se pasearon por la plazuela que estaba frente a la necrópolis: Anacleto Bermúdez, José de Marcos y Medina, Ángel Laborde y Juan Pascual Rodríguez. Los tres que faltaban para completar el cómputo de ocho fueron sacados a la suerte entre los que quedaban. En este espantoso sorteo de la muerte salieron Eladio González, Carlos de la Torre Madrigal y Carlos Verdugo. Este último, de diecisiete años, ni siquiera estaba en La Habana el día de los juegos subversivos de sus condiscípulos. Ese día se hallaba con sus padres en Matanzas. Sin embargo, se le fusiló como a los demás.

*Quinto:* De los treinta y uno restantes, once fueron sancionados a seis años de presidio. Eran los que aparecían como de veinte años de edad o más. Los de menos de veinte, que eran en número de veinte, a cuatro años.

## **Radicación de la causa**

Para que dentro de la arbitrariedad de aquel proceso el fallo tuviese al menos un viso de congruencia jurídica, la causa se radicó como delito de infidencia, forma delictiva en que se podían aplicar penas de muerte. Esta radicación se conoce por el testimonio del oidor de la Audiencia Pretorial de La Habana, Gabriel Estrella. Dicho magistrado, servil a las autoridades superiores, puso especial interés en que una iniciativa que dice haber tomado en el juicio contra los estudiantes llegase a conocimiento del ex ministro de Ultramar, Adelardo López de Ayala. Es así que, hacia el final de una carta repugnante escrita por el capitán de Voluntarios Ramón López de Ayala, hermano del anterior y que fue el oficial que dirigió el pelotón de fusilamiento, se lee el siguiente pasaje:

Estrella, que está presente y a quien he leído algunos párrafos de esta carta, tiene empeño en que consigne en ella, que él fue el autor de las soluciones

sobre los dos puntos más difíciles de los sucesos que he referido. La primera, aconsejar al General Crespo, a las dos de la madrugada, que formara el Consejo de Guerra, dando en él una gran participación a los voluntarios, cosa que inmediatamente se hizo y que satisfizo a las comisiones que no se habían atrevido a pedirlo. Otra, la de calificar de infidencia el delito de los estudiantes, a lo que se oponía el Auditor y otros fundados en el Código y otras leyes civiles. Cumplo su encargo, consignándolo de este modo.<sup>9</sup>

Este Gabriel Estrella había arribado a La Habana el cuatro de enero de 1869, en unión del general Domingo Dulce Garay, nombrado gobernador y capitán general, obligado a renunciar por la fuerza de los voluntarios amotinados, cinco meses más tarde; Dionisio López Roberts, designado gobernador político de La Habana, y todavía sin poder llamarse conde de la Romera, pues en esa fecha aún no se había tramitado la carta sucesoria por muerte de su suegro; el que después fue capitán de Voluntarios y dirigió el pelotón que fusiló a los ocho estudiantes, Ramón López de Ayala; y, finalmente, el más tarde secretario del gobierno político de La Habana y posteriormente historiador integrista, autor de *Las insurrecciones en Cuba*, Justo Zaragoza. Una verdadera constelación de *beneméritos*.

## El decreto sobre infidencia

Este decreto había sido establecido por el gobernador y capitán general Domingo Dulce el doce de febrero de 1869, a consecuencia de los sucesos del teatro *Villanueva*, y todavía estaba vigente en 1871.

Dicho decreto, que se publicó en la *Gaceta de La Habana* en tres días sucesivos, doce, trece y catorce de febrero de 1869 establecía, ante todo, como artículo primero, que los delitos de infidencia serían juzgados por consejos de guerra ordinarios,<sup>10</sup> y para la mejor inteligencia del referido decreto, la *Gaceta* del día catorce, repetida los días quince y dieciséis, detallaba por secretaría cuáles acciones se comprendían en esta denominación. Bajo la palabra *infidencia* se abarcaba una serie de delitos que se enumeraban con los nombres de:<sup>11</sup> traición

<sup>9</sup> Pirala, Antonio: *Anales de la guerra de Cuba*, Madrid, 1896. t. 2, p. 314, al pie de la página.

<sup>10</sup> En uso de las facultades extraordinarias de que me ha revestido el Gobierno Provisional de la Nación, decreto lo siguiente:

*Artículo 1º* Los delitos de infidencia serán juzgados por consejo de guerra ordinarios; *Artículo 2º*. Las causas, incoadas ya, seguirán los trámites que marcan las leyes para los tribunales de Justicia; *Artículo 3º* Toda agresión de obra o de palabra contra cualquiera de los delegados del Gobierno será considerada como delito atentatorio a la Autoridad y quedará sujeto su autor a los Consejos de Guerra. Habana 12 de febrero de 1869. *Domingo Dulce*.

<sup>11</sup> *Secretaría*. Para mejor inteligencia del Decreto publicado el día de ayer (12 de Febrero) se hace saber, que bajo la *palabra infidencia* de que se hizo uso en el artículo 1º están comprendidos los delitos siguientes: Traición o lesa nación, etc. (en el texto). También se hace saber que los robos en des poblado, sea cualquiera el número de ladrones, y en poblados pasando estos de tres serán juzgados por los Consejos de Guerra, lo mismo que los portadores de armas prohibidas. Lo que de orden del Excmo. Sr. Gobernador Superior político se inserta en la *Gaceta* para conocimiento general. Habana 13 de Febrero de 1869. El Secretario. *José María Díaz*.

o lesa nación; rebelión, insurrección; conspiración, sedición, receptación de rebeldes y criminales; inteligencia con los enemigos; coalición de jornaleros, ligas, expresiones, gritos o voces subversivas o sediciosas; propalación de noticias alarmantes; y la última, que por su amplitud y vaguedad daba cabida a lo que se quisiese encasillar bajo ese acápite, decía textualmente: “Manifestaciones, alegorías y todo lo demás que con fines políticos tienda a perturbar la tranquilidad y el orden público, o que de algún modo ataque la integridad nacional.” Las expresiones, *todo lo demás, y/o de algún modo*, franqueaban la entrada a cuanto quisieran los fanáticos integristas encasillar bajo la denominación de delito de infidencia.

Veán ustedes, pues, que no fue difícil de enmarcar la causa contra los estudiantes como delito de infidencia. Lo que resultó imposible fue probar la comisión del delito de profanación, del que se derivaba su encasillamiento como delito de infidencia, ya que dicha profanación no tuvo lugar en ningún momento. Y en esto, precisamente, consiste la monstruosidad del crimen cometido.

## La ejecución

A la una de la tarde firmó el consejo la sentencia. Una comisión que presidía el capitán de Voluntarios y miembro del consejo de guerra, José Gener y Batet, la llevó al acobardado general Crespo para que tuviese fuerza ejecutiva. Y con el dictamen del auditor de guerra, estampó su firma, como gobernador y capitán general interino, y con ella la sanción de España, que él representaba, en aquel repugnante asesinato jurídico.

El capitán Gener, salvando la distancia que mediaba entre el palacio de gobierno —hoy Museo de la Ciudad— y el edificio del gobierno político, abrió uno de los balcones de este último y desde allí leyó a la multitud de los voluntarios congregados en la Plaza de Armas la parte de la sentencia que contenía las ocho penas capitales.

Poco antes de las cuatro de la tarde entraron en capilla los infelices condenados a fusilamiento. Allí escribieron las líneas de despedida a sus familiares. A continuación se les condujo, con las manos amarradas a la espalda, a la explanada de La Punta, en el litoral habanero. Y en ese lugar, frente a los paños de pared formados por las ventanas del edificio utilizado como depósito del Cuerpo de Ingenieros, se les colocó de dos en dos, de rodillas con la cara a la pared, y se les fusiló por la espalda como a traidores. Después de las cuatro es que fueron ejecutados.

## Repercusión universitaria

El fusilamiento de los ocho estudiantes y la condena a presidio de los treinta y uno de los sobrevivientes no tuvo repercusión alguna en la españolísima Universidad de La Habana. Las clases no se interrumpieron en ningún momento, la vida universitaria continuó su curso normalmente, y el hecho monstruoso se rodeó del más absoluto silencio oficial en los predios universitarios de la época.

En vano sería para un investigador de hoy procurar documentarse sobre esos trágicos sucesos a través de fuentes históricas de procedencia universitaria. Ni en los libros de los claustros, ni en las memorias, anuarios ni en los discursos inaugurales de los cursos académicos se halla la más insignificante alusión a lo sucedido. Y el autor del *Elogio* de Sánchez Bustamente (1883) ni remotamente roza la intervención de su biografiado en aquellos hechos.

La única repercusión que tuvo este crimen inaudito en las cosas de la Universidad fue el inmediato traslado del anfiteatro anatómico del edificio que ocupaba en la calzada de San Lázaro a un local que, aún sin estar concluido de arreglar, se adaptó a toda prisa en un destartalado caserón situado en la calle de San Isidro entre las de Picota y Compostela.

## Indulto de los sancionados a presidio

El repudio unánime que tuvo en todas partes el fusilamiento de los estudiantes y el clamor general pidiendo el indulto de los treinta y un condenados a presidio y seis a cárcel, encontró al fin eco en España, y el rey Amadeo I de Saboya firmó el indulto en Madrid con fecha nueve de mayo de 1872.

Las autoridades españolas en la isla no se atrevieron a publicar el decreto en la *Gaceta de La Habana*. Este solo vio la luz en la *Gaceta de Madrid* del día diez. En su texto tácitamente se daba por cometida la profanación y se les perdonaba por

...el indudable arrepentimiento de los jóvenes penados. Hijos leales y buenos españoles, que en un momento funesto de extravío, faltaron a los sagrados deberes y ofendieron altísimos sentimientos.

Es esto lo que se dice en el párrafo único considerativo.

## Responsabilidad de España

España, como nación, naturalmente nada tuvo que ver con el proceso, condena y ejecución de aquel vil asesinato colectivo. Pero la España oficial no protestó del crimen. Ni tampoco enjuició ni castigó a los culpables de aquellos sucesos. Los dos máximos responsables, el gobernador político Dionisio López Roberts y el segundo cabo, general Romualdo Crespo de la Guerra, no tuvieron en España ningún contratiempo en sus carreras políticas. El primero fue senador del reino; al segundo se le dio la gobernación de las Islas Baleares. El crimen del veintisiete de noviembre pudo tener lugar por la forma como España gobernaba en Cuba.

Resumiendo, podemos enumerar que: 1º Nunca protestó como nación del crimen cometido. 2º Jamás castigó a los culpables; por el contrario, viabilizó sus ascensos como hombres públicos. 3º Se identificó a través de su rey con lo actuado por el segundo consejo de guerra, toda vez que el indulto concedido daba oficialmente por cometido el delito, cohonestando de ese modo aquella

sanción monstruosa, porque no puede suponerse ignorante de lo que realmente ocurrió. 4º Desestimó la revisión del proceso, cuando en 1887 fue pedida en Madrid por el diputado a Cortes Miguel Figueroa. 5º Ignoró asimismo las gestiones hechas en igual sentido por el diplomático cubano Manuel Secades Japón en 1934. Esta persistencia y obstinación de la postura de España en no reconocer y admitir que el fusilamiento de los estudiantes el veintisiete de noviembre de 1871 constituyó un asesinato con ropaje de legalidad, la ha situado siempre en posición de contumaz.

Al haberse negado la España oficial a conceder esa rehabilitación legal y moral que tanto la habría enaltecido, la madre patria ha hecho buenas las palabras admonitorias del capitán Capdevila en su valerosa defensa de los estudiantes, cuando habla del “borrón que no habrá mano hábil que lo haga desaparecer”. Y ha convertido en lapidarias las que, con clara visión de futuro estampó Estévez como triste y amargo comentario en sus *Memorias*.

Pasarán los años y los siglos, y cuando nadie se acuerde, ni aun la Historia, de la existencia de los voluntarios, subsistirá el borrón, la mancha indeleble que echaron torpemente sobre España los cobardes asesinos. Y caerá también sobre el honrado ejército español, por no haber querido o no haber podido refrenar los desmanes de las fieras.

Tomado de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*,  
67 (3): 93-108, La Habana, septiembre-diciembre, 1976.



# Ramiro Guerra: recuento y significación

Julio Le Riverend

HISTORIADOR, INVESTIGADOR Y DIRECTOR  
DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ (1977-1988)

AL CUMPLIRSE el centenario del nacimiento del doctor Ramiro Guerra Sánchez se nos franquea una oportunidad para apreciar el sentido de su obra y el lugar que ocupa en la historiografía cubana. No ha de intentar la *Revista de la BNJM* una valoración exhaustiva, ni minuciosa. Todo ello, en dirección y hondura, que no es poco, debe ser cosa de más dedicación, pues libros y modo de historiar han dejado huella digna de recordarse y poseen muchos elementos de positivo nexo con la necesidad de ver críticamente el pasado y el presente planteada a lo largo de la república neocolonial.

No se podría en este lugar y espacio realizar un análisis de su personalidad total y de las relaciones de sus diversas ideas y actividades (pedagógicas, periodísticas, culturales) con la notoria aportación historiográfica que resume lo más valioso de sus afanes científicos. A lo largo de tiempos borrascosos y movidas situaciones, el encadenamiento de todo lo que nos dio como fruto de su vida laboriosa requiere mucho más que algunas páginas de aceleradas impresiones. Mas, si no se ha hecho tal estudio, unas apretadas consideraciones y un juicio indispensable bien pueden servir para rendirle el homenaje debido en esta ocasión:

1. De origen campesino, nativo del sur agrícola de la antigua provincia de La Habana, Ramiro Guerra conservó un gran amor por la buena tierra cubana que tanto fruto puede dar y ha dado. Allí junto a los plantíos que sus antepasados y familiares cultivaron en calidad de propietarios y de arrendatarios desde 1857, pasó su niñez y adolescencia, presenciando la devastación resultante de la guerra de independencia de 1895-98. Conoció la miseria y los horrores de la reconcentración decretada por Weyler. Viva estela dejaron en su memoria esos días de dramática formación. Traspuesto su septuagésimo aniversario, todavía le llamaban aquellos campos y escapaba a la vigilancia de los suyos para verlos, saber cómo andaban las cosechas y rememorar sus días primeros. Por esa enraizada fuerza del amor a la tierra, en su obra se destacan especialmente dos libros, diferentes, aunque profundamente vinculados: *Azúcar y población en las Antillas*, y *Mudos testigos*, a los cuales dedicaremos algunos comentarios más adelante.

El proceso de instauración de la república (1898-1902) constituyó un cambio político que proporcionó perspectivas nuevas a su juvenil inteligencia. Necesitábanse maestros, pues la dominación colonial había mantenido a la patria en una afrentosa carencia de enseñanza. Alertado y conmovido por la historia de aquellos años, puso al servicio de una esperanza los estudios que, más por sí que por otros, había adquirido, y se enroló en el movimiento de 1900 para la preparación urgente de maestros. Los tiempos aquellos presenciaron la acelerada formación de algunos centenares de jóvenes, ilusionados entonces por las apariencias de independencia y democracia. Fueron numerosos entre esos creadores de la escuela pública, los que ejercieron un magisterio, capaz de mantener en la diaria labor del aula sentimientos de arraigado patriotismo, librando durante más de veinticinco años una honrosa batalla defensiva, digna de ser recordada en nuestros días. Entre ellos estaba Ramiro Guerra, que comenzó una empeñosa labor educativa que no cesaría hasta 1927 en la escuela primaria, y que proseguiría hasta 1930 en la Universidad de La Habana. En el camino de una esforzada práctica en escuelas rurales y urbanas, adquirió sólidos conocimientos técnicos y teóricos de la pedagogía y desempeñó cargos de importancia en el sistema educacional.

De esos años que corren hasta 1920, son sus primeras aproximaciones a la historia dispersas en publicaciones periódicas. Quejábanse entonces de la ausencia de textos y de cursos de historia de Cuba muchos de los cubanos más notorios, en quienes la supervivencia colonial y la penetración extranjera provocaban una justa réplica nacionalista. En esa sazón, al calor de sentimientos patrióticos poderosos, crecieron los fundamentos de su pericia de historiador.

En 1921 comenzó la publicación de una magna *Historia de Cuba*.<sup>1</sup> Era un acontecimiento notable en nuestra historiografía. Desde mediados del siglo XIX no se emprendía un proyecto de parejo aliento: los movimientos por la independencia nacional planteaban entonces otras realizaciones, cuyo contenido social sería imprescindible para futuros emprendimientos historiográficos. Esta obra de Guerra detenida en su segundo volumen, tenía además otra significación, pues incorporaba al laboreo histórico numerosos trabajos posteriores a 1900. Utilizaba especialmente las colecciones de documentos inéditos publicados en España desde el último tercio del siglo XIX, destacándose como la primera obra en su género aparecida en el país, y logrado esfuerzo de una técnica investigativa moderna. Recordemos aquí que los problemas historiográficos del descubrimiento y la conquista no habían vuelto a tratarse en la bibliografía cubana desde los años 1890-94 en que Sanguily y otros autores debatieron públicamente sobre ellos y divulgaron algunas de las más importantes aportaciones de los especialistas extranjeros en el marco de la conmemoración del IV Centenario de la hazaña de Colón. Años después, Ramiro Guerra ocupó una cátedra en la Universidad de La Habana en cuyo desempeño trabajó algún tiempo, y de su paso por ella es prueba la *Introducción a la historia de la colonización española de América*.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> *Historia de Cuba*, La Habana, 1921-1925. 2 t.

<sup>2</sup> *Introducción a la historia de la colonización española de América*, fascículo primero, La Habana, 1930.

En esas obras que forman un ciclo, del cual se desprendería su más importante libro, *Azúcar y población en las Antillas*,<sup>3</sup> se revela la influencia del positivismo, como puede apreciarse en la introducción del primer tomo de la *Historia*. Subrayemos que, de un lado, las leyes del acontecer social se reducen a generalizaciones asistemáticas de la experiencia histórica y, de otro, aparece la búsqueda de la objetividad como virtud inmanente de los hechos puestos de relieve por el historiador, pero todo ello se inscribe en un desarrollo historiográfico hasta ese momento limitado a lo político-narrativo. Guerra introduce en el cuadro de la historia general de Cuba los hechos económicos sociales y culturales y su génesis; así como sus relaciones a la manera de componentes o partes de la totalidad del proceso; aún más, reflejando la propensión positivista de indagar en el “ser nacional”, propone explicaciones de la psicología social cubana. En suma, persigue la aprehensión total del proceso histórico, con lo cual deja abierto un camino todavía hoy por recorrer, pero como exigencia marxista-leninista de una visión integrada de la sociedad. Cualesquiera que fuesen nuestras observaciones críticas acerca del positivismo, ese afán de exponer en un agrupamiento coherente y total lo concreto fue, como sucedió en el caso de Fernando Ortiz y de Enrique José Varona, aplicado a temáticas diferentes, pero metodológicamente similares, una adición de primera categoría al desarrollo científico de la cultura cubana.

En efecto, ese rasgo propició el ejercicio de un análisis social que se proyectaría más allá de los límites que el desarrollo de Europa en su ámbito concedía al positivismo, pues eran otras las condiciones de Cuba. Un dominio inmediato del proceso de formación cubana, de alguna manera permitiría a un historiador situarse justamente en lo nacional. Para decirlo en términos directos, la indagación revelaba progresivamente tanto el desgarramiento histórico engendrado por las condiciones coloniales como la profundidad de la mutilación del desarrollo nacional. Pero no había una vinculación automática entre lo uno, el saber, y lo otro, la conciencia patriótica. La realidad del devenir neocolonial completaría el enlace entre los sentimientos y las experiencias sobre los problemas más graves del país. Y ello, es obvio, no podría producirse sino después de 1921, al desatarse la primera gran crisis de la estructura creada por la dominación imperialista. Este proceso de maduración se constata tanto en los intelectuales de la generación de Guerra, como en los jóvenes nacidos alrededor del año 1902.

2. Las reflexiones sobre la historia colonial generaron en él la necesidad de conocer otras colonizaciones en Las Antillas, particularmente la británica. Al descubrir que el estudio comparado del Caribe podría servirle para iluminar el pasado de Cuba, Guerra abrió otro camino que se nos muestra hoy día en toda su riqueza de posibilidades para una investigación de lo propio y lo común de nuestra historia. No incurrió él en el facilismo de las conclusiones. Por lo

<sup>3</sup> *Azúcar y población en las Antillas*, La Habana, 1927; hay ediciones posteriores: La Habana, 1934, 1935, 1944, 1961, 1970; traducida al inglés, New Haven, 1961.

contrario, mostró que nuestra tierra, aun cuando su desarrollo se hubiese centrado en la industria azucarera, no adquirió los caracteres de una plantación colonial. Su énfasis en la formación de una clase terrateniente nativa y presente, no ausentista y con vocación de hacer un país para ella, lo demuestra. Ahí residía, en verdad, la prueba histórica de la posibilidad de un pleno desarrollo nacional. Lo dice por lo claro en el capítulo II de *Azúcar y población en las Antillas*, subrayando una vez más cómo su origen campesino y su saber histórico se unían para hacer de los terratenientes la clase digna de fortalecerse, ante el hecho del latifundismo que transformaba en sujetos del poder extranjero a los que debieron ser herederos del espíritu y el proyecto nacionales. Tales son las observaciones básicas para la comprensión de su obra más oportuna y trascendente. Huelga decir que los efectos de la crisis de 1920-1923 y la recesión progresiva desde 1925 abrirían una excepcional perspectiva de reflexión. Los años aquellos constituyeron un período en que aparecen los nuevos caracteres del movimiento nacional liberador con la participación de grupos de la burguesía más progresista, de la pequeña burguesía intelectual y del proletariado. Es sabido cómo se escindieron esas fuerzas alrededor de los años 1927-30 por razón de su diferente capacidad de enfrentar los problemas con adecuada proyección de futuro.

Hay, a nuestro modo de ver, una estrecha relación entre ese proceso nacional y la obra que estamos comentando. Los años transcurridos desde 1927 nos muestran que la obra de Guerra pudo haber servido de alerta a la burguesía: nacional, terrateniente, en trance de naufragio provocado por la penetración imperialista. Claro está que esa clase, por su debilidad y porque la crisis planteaba desde entonces la posibilidad de un movimiento nacional popular al cual temía, no escuchó la voz de Ramiro Guerra, lo cual revela su ya frágil raíz, tras los efectos desnacionalizadores de la quiebra de bancos y de empresas cubanas en 1920-21. Hasta 1937-38 no se realizaron algunas de las medidas propuestas por el autor diez años antes para defender, fortalecer y multiplicar a los terratenientes medios y pequeños. El propio Guerra en el prólogo a la tercera edición (1944) de *Azúcar y población en las Antillas* traza un balance entre sus previsiones y la legislación recién aprobada, concluyendo que el programa había sido realizado. Sobre todo, subrayaba que el crecimiento del latifundio había quedado detenido. En verdad, durante los años transcurridos desde su llamado, la dominación económica había consolidado las estructuras engendradas por las inversiones imperialistas y la legislación ya no tenía más función que la de estancar todo crecimiento. Hoy sabemos que el latifundismo se expandió a otros sectores básicos acrecentando su poder, sin que se alteraran sustancialmente las condiciones existentes en la industria azucarera. Era tarde, ciertamente, para mostrarle a la burguesía cubana los medios y la oportunidad de librarse del desastre. El propio Guerra en su obra sobre la industria azucarera (1940), de la que trataremos más adelante, constató, sin embargo, que los ingresos de la mayoría de los colonos cañeros eran insuficientes. De modo que él mismo mostraba con su indudable autoridad la falta de cumplimiento del programa de fortalecimiento de una cuantiosa capa de agricultores.

El libro de Ramiro Guerra tuvo profunda trascendencia para los elementos más radicales del movimiento nacional. Al cabo, su publicación de 1927 coincidió con una acentuada lucha ideológica en el seno de la pequeña burguesía y de la clase obrera, caracterizada por la difusión del marxismo y de su práctica política. *Azúcar y población en las Antillas* analizó por primera vez de una manera concreta, histórica y presente, el fenómeno del latifundio y, por ende, aportó elementos valiosos al pensamiento revolucionario contra el imperialismo. Además, subrayó la necesidad de aplicar una política agraria en congruencia con el criterio de que la propiedad de la tierra, una vez retenida en manos cubanas, garantizaba a la nación y generaba poderosas fuerzas de reforma.

Aun más allá, la obra de Guerra estimulaba la discusión de los problemas básicos de la economía semicolonial del país, partiendo de datos y de situaciones inmediatas, que vinculaban su texto a la experiencia internacional sobre la dominación imperialista. Esa experiencia había trascendido, a través de las organizaciones comunistas y, particularmente, de los trabajos relampagueantes y macizos de Julio A. Mella. Con el estudio de Guerra, adquirió el carácter de un tema central de lo cubano, digamos como caso, abierto a una discusión ineludible. La conspiración del silencio sobre la herida más grave que se le infería a la república, el delicado desconocimiento de esa tragedia nacional, una y otro, promovidos por los imperialistas y sus amanuenses, quedaban despedazados por la valiosísima monografía de Ramiro Guerra, la cual, alentada por su nacionalismo patriótico iba, incluso, más allá de los límites que él se propuso. El testimonio de Raúl Roa es en tal sentido de esencial significación.

La argumentación ant imperialista quedó inscrita en la cultura cubana de tal modo que sería imposible desconocerla, salvo para los imperialistas mismos y sus aliados.

3. Alejado de Cuba en 1933, Ramiro Guerra no cesó de estudiar las cuestiones apremiantes de la industria azucarera que, por razón de la política comercial restrictiva de la cuota de Cuba aplicada por el Congreso de Estados Unidos, salió más mal parada de la depresión general capitalista de los años 1929-32. Sin embargo, de inmediato, su nueva obra versaba sobre la política expansionista norteamericana desde la constitución de los Estados Unidos a fines del siglo XVIII hasta la política del “Buen Vecino”. Retornaba a un tema esbozado en su libro *En el camino de la independencia*.<sup>4</sup>

*La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*<sup>5</sup> constituye en escala internacional uno de los estudios más concienzudos del proceso de formación del poderío yanqui desde hace dos siglos. Su análisis de las fases anteriores a 1898 ilustra de modo muy claro los aspectos políticos del paso a la etapa imperialista. En su introducción,

<sup>4</sup> *En el camino de la independencia*; estudio histórico sobre la rivalidad de los Estados Unidos y la Gran Bretaña en sus relaciones con la independencia de Cuba, con un apéndice titulado “De Monroe a Platt”, La Habana, 1930.

<sup>5</sup> *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*, La Habana, 1935; reeditado, La Habana, 1964.

se observan los elementos básicos de las concepciones de Ramiro Guerra acerca de ese proceso. En primer lugar, considera que hay un desarrollo, digamos lineal, en la historia del expansionismo norteamericano que comienza a fines del siglo XVIII apoderándose de las tierras del oeste de los Montes Apalaches hasta el río Mississippi. Por otro lado, prueba que los graves problemas internos del desarrollo preimperialista no debilitaron la política agresiva de los gobiernos, la cual, por lo contrario, se definió como un proyecto nacional —único— de las clases dominantes cuando se realizó la unidad de estructura económico-social al terminar la Guerra de Secesión (1860-65). Podía entonces volverse toda la fuerza creciente del país hacia los cuatro puntos cardinales, particularmente en dirección a la América Latina. Señala, con justeza, las ideas de Martí, y hay como un eco de la palabra del Maestro cuando dice que las adquisiciones territoriales norteamericanas en 1898 son “quizás meros puntos de apoyo para nuevas conquistas”. Desarrolla con ideas y hechos muy precisos, hasta los mismos días en que redacta su obra, el análisis de la inutilidad de juzgar la política norteamericana partiendo de las declaraciones oficiales.

Obra de lectura indispensable en su tiempo y hoy día, *La expansión territorial de los Estados Unidos...* puede considerarse como una continuación de su primera etapa historiográfica. No empece a sus méritos el hecho de que en algún que otro momento ponga entre comillas la frase “imperialismo yanqui”. Bien sabía él que se trataba de eso, y lo describía desde su más lejana germinación.

Así como *Azúcar y población en las Antillas* coincidió con un momento revelador de las vigorosas fuerzas del pueblo cubano, esta otra se halla asociada cronológicamente a los trabajos de Emilio Roig de Leuchsenring, particularmente su perdurable *Historia de la Enmienda Platt* (1933), y con el *Contrapunto cubano del tabaco y el azúcar* (1940) de Fernando Ortiz. Sería aventurado parangonarlas, mas precisa decir que son tres obras básicas y también oportunas de la cultura cubana al momento de producirse una nueva coyuntura revolucionaria tras de la derrota del pueblo en 1934-35. En cierto modo, dejando a un lado cualidades formales y manera de historiar, son complementarias desde el punto de mira fundamental, o sea, de su contenido. Las obras de esos tres memorables maestros mostraban las posibilidades extraordinarias que tenía la nueva historiografía nacional, la que corresponde realizar a la Revolución. Una, la de Guerra, revela la profundidad histórica del fenómeno de la dominación yanqui en América Latina; la otra, nacida del pensamiento antimperialista consecuente de Roig de Leuchsenring, dilucidaba con precisión el mecanismo de la dominación política de Cuba; y la de Ortiz sintetizaba, en la perspectiva de la identidad cultural cubana, todos los elementos de las condiciones creadas en el país por esa dominación.

4. Al paso de esta publicación, volvió a retomar la historiografía cubana del modo que él sabía hacerlo. Publicó su *Manual de historia de Cuba*<sup>6</sup> que abarca

<sup>6</sup> *Manual de historia de Cuba*; (económica, social y política), La Habana, 1938; reediciones: La Habana, 1962, 1964 y 1971.

hasta 1867. Por la abundancia de la información, por la riqueza y variedad de temas que aborda y la interpretación científica de numerosos momentos del pasado que logra en sus páginas, constituye una aportación extraordinaria. Con razón, Carlos Rafael Rodríguez, en un esclarecedor ensayo titulado *El marxismo en la historia de Cuba* (1944), la señaló hace años como cima de la historiografía de Ramiro Guerra.

Ramiro Guerra proporcionó una magnífica guía a profesores, investigadores y estudiantes. En este caso, como había sucedido con la *Historia*, el autor mostró nuevas posibilidades historiográficas. Un gran resumen de lo sabido hasta entonces constituía uno de los vacíos más requeridos de atención y también uno de los más difíciles de superar. Lo hizo Ramiro Guerra, con notable sabiduría e innumerables contribuciones personales, pues incorporó como un elemento importante de la totalidad del proceso cubano los mecanismos e intereses económicos, llevando el juicio historiográfico hasta el punto en que se requería ineludiblemente pasar a una visión marxista, integradora de los diversos fenómenos sociales del pasado y el presente. Aun hoy día, es de suma utilidad; en su tiempo, inspiró inmediatamente los programas del examen de ingreso a la carrera universitaria de Ciencias Comerciales. Posiblemente, este libro concentró los cuantiosos materiales que había acumulado para su magno proyecto de una historia en varios volúmenes, de los cuales solamente publicó los dos primeros.

Posteriormente —habían transcurrido diez años— dio a la imprenta su estudio sobre la *Guerra de los Diez Años* en dos tomos.<sup>7</sup> Continuaba el relato donde había quedado el *Manual*, esto es, en 1868, al producirse la primera gran insurrección liberadora que duró más de diez años. Sin duda, el tomo primero constituye un magnífico aporte original a la historiografía cubana, particularmente por el análisis de la estructura económica y demográfica de las regiones en que se forman y actúan los caudillos revolucionarios de Oriente y Camagüey. También en este caso, su aparición vino vinculada cronológicamente a una obra singular, la de Raúl Cepero Bonilla, cuyo análisis marxista del problema de las relaciones entre las clases sociales, la producción azucarera y la abolición de la esclavitud en el seno de aquella revolución iniciadora, entronca con la búsqueda de Ramiro Guerra sin que ello suponga una filiación deliberada entre ambas.

5. Dos fueron los libros de Ramiro Guerra que interrumpieron en la década de los cuarenta su labor específicamente historiográfica. Se trata de *La industria azucarera*,<sup>8</sup> que puede ser todavía una interesante fuente descriptiva de la situación en ese aspecto fundamental de la economía neocolonial tal como era y se debatía al vaivén de la crisis estructural antes de 1940. La intención de Ramiro Guerra no fue más allá de una especie de resumen que intentaba, claro está, ofrecer lo más característico de las condiciones existentes desde la gran depresión

<sup>7</sup> *Guerra de los Diez Años, 1868-1878*, La Habana, 1950-52. 2 t. reeditado, 1960.

<sup>8</sup> *La industria azucarera de Cuba*, La Habana, 1940.

desencadenada en 1929. Sin duda, este corte cronológico, en las vísperas de la Segunda Guerra Mundial, nos facilita hoy día una información de sumo valor previa a los análisis realizados en los años siguientes desde posiciones marxistas por Jacinto Torras, de un lado, y, a partir del desarrollismo burgués, por los investigadores del Banco Nacional y de la Junta Nacional de Economía, de otro.<sup>9</sup>

De esta etapa es igualmente su libro titulado *Filosofía de la producción cubana*.<sup>10</sup> De menos riqueza que sus otros anteriores, parece aceptar sin una sustanciación adecuada lo sucedido en la economía del país desde 1898. En verdad, se percibe un esfuerzo por desentrañar el juego de lo ocasional y las tendencias históricas profundas de la evolución de la industria azucarera, pero su proyecto, basado en una consideración estricta —fáctica— de las alternativas observadas en un período de medio siglo, queda lejos del objetivo que motivaba el título de la obra. De modo que la conclusión más general, o sea, la constatación de un progreso económico durante esos años, no aparece argumentada como era necesario.

6. Entre las últimas obras históricas de Ramiro Guerra, se destaca *Mudos testigos*.<sup>11</sup> Relata en sus páginas la historia del cafetal *Jesús Nazareno* situado en el municipio de Batabanó, al sur de La Habana, donde su familia —los Guerra— aparece desde 1857 tras de un largo vecinamiento en otras tierras habaneras más de un siglo antes. La ruina del comercio de café marcó la decadencia de aquella propiedad, repartida entonces y aún más después, entre numerosos miembros de la familia allí vinculados. Hacia 1885 la supervivencia del ingenio *Andrea*, único de los trapiches antiguos que pudo ser ampliado y mejorado, propició la siembra de la caña en esas tierras azotadas por una crisis progresiva que duró alrededor de treinta años. Como caso específico, las vicisitudes de aquellos cultivadores, la mayor parte de los cuales no poseían esclavos y, si acaso, empleaba alguna mano de obra libre, constituye en una interesante lección de historia agraria, centrada en las propiedades de tipo medio y pequeño. No faltan en sus páginas, claro está, los episodios de la Guerra de Independencia en que participaron muchos de sus parientes y él mismo adolescente, mientras se producían nuevas ruinas y devastaciones.

No escapaba a Ramiro Guerra que esta crónica familiar iba más allá de lo anecdótico personal, y así lo expresa en la introducción. Si se escribieran muchos relatos semejantes, nos dice, se arrojaría “viva luz sobre la manera de ser y de vivir del pueblo de Cuba y sobre el fondo inmanente de su historia.” Lo subrayado destaca el papel primordial que asignaba al campo y a su población libre y estable. Incitarían esos estudios, añade, a “meditar sobre problemas muy importantes de la vida campesina y, respecto del carácter peculiar de los vínculos que unen al hombre con la tierra que labra”.

<sup>9</sup> Torras publicó numerosos artículos en el periódico *Hoy*; también publicó en las revistas *Fundamentos* y *Dialéctica*; las publicaciones de la Junta Nacional de Economía son posteriores a la Segunda Guerra Mundial, así como las del Banco Nacional de Cuba.

<sup>10</sup> *Filosofía de la producción cubana*, La Habana, 1944.

<sup>11</sup> *Mudos testigos; crónica del ex cafetal Jesús Nazareno*, La Habana, 1944.

Esas evidentes aspiraciones a la trascendencia son, en suma, el reflejo de su característica fidelidad al espíritu y la función del campesino —su origen de clase—, así como del amor también tradicional a la familia, la más cercana como la más lejana. Esta obra en la que hay párrafos de una dulce y vigorosa belleza sobre la campiña cubana, que nos recuerdan muchas de las páginas similares del conde de Pozos Dulces a mediados del siglo XIX, tiene por todo ello una relación indudable con *Azúcar y población en las Antillas*. Ambas revelan el amor por la tierra como constante fuerza de su pensamiento y de su vida, pero esta última es obra de una madurez científica que le imponía deberes y *Mudos testigos* fue la vuelta, ya anciano a la prístina verdad, nunca olvidada, de sus orígenes, cuando la propiedad de la tierra por cultivo directo alimentaba la vida útil de sus antepasados desde el alborar del siglo XVIII. Justo era que le dolieran los tiempos suyos en que las condiciones del país eliminaban progresivamente a los verdaderos labradores, alzados sobre el surco que fertilizaban con su trabajo.

De un carácter más autobiográfico es su último libro, *Por las veredas del pasado*,<sup>12</sup> que se detiene en 1903, porque a partir de entonces, ya no sería, nos explica, historia de él y de su esposa, sino también la de sus hijos, sus nietos y biznietos y de cuantos descendientes le seguirían. Cuando la publicó trasponía ya los setenta y siete años de edad. Empezaría poco después el proyecto de una historia de la etapa republicana iniciado en 1902, pero las páginas que pudo terminar no son muchas.

Falleció en La Habana el veintinueve de octubre de 1970. La tierra suya, bienquerida de modo profundo y, a la par, refrenado, lo acogió de una vez y para siempre en un abrazo final, como él, sin duda, lo había deseado.

7. Habría mucho bueno que analizar de sus ideas pedagógicas y de sus páginas sobre la educación en Cuba, en las cuales no son pocas sus referencias a la falta de escuelas rurales.<sup>13</sup> Bástenos mencionar el trabajo de García Alzola que aparece en este número de la *Revista*.<sup>14</sup> No olvidemos que en los días primeros de la nueva conciencia crítica su ensayo sobre el deterioro acelerado de la política educacional fue también una alerta, cuya resonancia puede advertirse en otros testimonios de la época.<sup>15</sup> Para su generación, se diluía la esperanza de una reforma profunda del país a través de la escuela y la cultura.

<sup>12</sup> *Por las veredas del pasado, 1880-1902*, La Habana, 1957.

<sup>13</sup> Este tema aparece bien subrayado en *La defensa nacional y la escuela*, La Habana, 1922. tercera parte.

<sup>14</sup> [N. de la E.] García Alzola, Ernesto: “Ramiro Guerra como crítico de la educación cubana”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 71 (1): 93-111; La Habana, enero-abril, 1980. (Homenaje a Ramiro Guerra).

<sup>15</sup> Aun cuando los testimonios sobre la creciente depauperación de la escuela pública fueron numerosos, indiquemos que en su discurso *La decadencia cubana* (1924) Fernando Ortiz utiliza como fuente primera el informe presentado por Ramiro Guerra a la Asociación Pedagógica Universitaria y publicado con el título *Un programa nacional de acción pedagógica*, La Habana, 1923. Si se comparan estos dos textos con el de Carlos M. Trelles, *La instrucción primaria de Cuba comparada* (1924), se observará de inmediato la calidad patriótica de aquellos y la proclividad de este a exaltar el ejemplo norteamericano e intercalar insinuaciones racistas.

No es cosa de referirnos a su colaboración en la prensa que caracterizó como una forma anticipada de dar a conocer sus libros o de complementarlos.<sup>16</sup> Muchas de las crónicas dispersas y las conferencias de categoría monográfica todavía hoy podrían leerse con provecho para apreciar el pensamiento de reforma que las clases y grupos dominantes desoyeron, como si le conocieran las entrañas de cubanía que, por fuerza, objetivamente, rechazaban la entrega de la gran burguesía terrateniente al imperialismo. Tal silencio de la más poderosa oligarquía no era único en la historia de Cuba: en otro contexto, se asemeja a la indiferencia mostrada por los esclavistas ante las ideas premonitorias de Saco en la cuarta década del siglo XIX.

8. La obra de Ramiro Guerra, especialmente su historiografía, que es lo más importante de sus desvelos científicos, reorientó decisivamente las investigaciones en los momentos precisos, cuando todavía la historia se consideraba, al decir de Cepero Bonilla, “un mero despliegue de erudición o un género literario”, términos que revelan concepciones insuficientes del contenido del pasado. Este juicio se deduce de una apreciación total de las obras por él publicadas, tomándolas en su variado conjunto, escalonadas a lo largo de los momentos más críticos de las estructuras neocoloniales de Cuba forjadas desde 1898 por el imperialismo. Constatamos de esta manera la existencia de una dirección ideológica nacionalista que brota una y otra vez, partiendo del hondo arraigo en la tierra y en medio de quehaceres diferentes y hasta contradictorios. No es excesivo afirmar que su obra es en términos de futuro, uno de los más netos y, a la par valiosos ejemplos, de las dificultades que encontró la generación comprimida entre la segunda guerra de independencia y la república hemipléjica de 1902, para dilucidar su propio destino y entender a la patria cercenada.<sup>17</sup>

Ramiro Guerra fue un magno historiador cuya vida y obra, además de su calidad científica indudable y su fuerza indicadora, posee un valor testimonial extraordinario sobre la época en que discurre. Al cabo, le sucedió lo que a otros historiadores: su escritura sobre el presente también adquiere valor autobiográfico. Como algunos contemporáneos, comenzó su labor en el inicio de la república neocolonial y la terminó cuando ya la nueva aurora nacía para quienes al calor de otras circunstancias habían logrado encontrar el camino.

<sup>16</sup> Además de *Azúcar y población en las Antillas* y las obras citadas en las notas 4 y 13, también tenían ese carácter *Un cuarto de siglo de evolución cubana*, La Habana, 1924; *Fundación del sistema de escuelas públicas de Cuba, 1900-1901*, La Habana, 1954; *La escuela primaria en el siglo XX: proceso histórico de la misma en Estados Unidos, Gran Bretaña y Cuba*, La Habana, 1955. Las tres últimas son recopilaciones tardías, pero unas y otras muestran que sus artículos periodísticos tienen una unidad e ilación superiores, como si fueran partes de libros.

<sup>17</sup> He abordado este problema en el prólogo a la *Órbita de Fernando Ortiz*, La Habana, 1973. Ciertamente, los elementos progresistas de la burguesía media no hallaron una explicación de conjunto, aunque diagnosticaron la situación neocolonial certeramente en numerosos aspectos. De ese modo contribuyeron a la formación de un movimiento de crítica sumamente importante para la primera generación republicana.

Por eso, estamos llamados a valorar con justeza aquello que todavía hoy constituye un mensaje inteligible llegado desde los años en que germinaba ya, con asiduo empeño, la historia que estamos haciendo todos los días. No fue Guerra de los que legaron un manojito de obras efímeras. Un lugar en el proceso pugnaz, formativo de la cultura propia de la nación dueña de sí, le está dado para siempre. Reconocerlo, sin adhesiones ni rechazos superficiales, para superar sus resultados, asimilándolos a nuestro quehacer, sería el mejor homenaje que podría hacerle la nueva historiografía, la que se define y crece con el crecer socialista del pueblo.

Tomado de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*,  
71 (1): 113-126, La Habana, enero-abril, 1980.



Mesa redonda "Revalorización de la Historia de Cuba". De izquierda a derecha:  
Elías Entralgo, María Teresa Freyre de Andrade (moderadora) y Julio Le Riverend.  
Biblioteca Nacional José Martí, 17 de septiembre de 1960

# Los cimarrones en el Caribe

José Luciano Franco

PROFESOR, HISTORIADOR, INVESTIGADOR Y PERIODISTA

LA PRIMERA acción de los esclavos *cimarrones* se produjo en Santo Domingo, el veintiséis de diciembre de 1522, en el ingenio azucarero del almirante y gobernador don Diego Colón. Los rebeldes se batieron valerosamente contra los españoles, pero fueron vencidos. El almirante hizo ahorcar a la mayor parte de los que sobrevivieron a los combates. En el continente, en 1529, los negros esclavos sublevados destruyeron Santa Marta. En 1531, se registraron en Panamá disturbios a causa de la continua protesta de los esclavos africanos.

Y como el mayor obstáculo para alcanzar el perfeccionamiento de la cruel explotación del trabajador africano por la sociedad colonial esclavista era la airada protesta de los cimarrones, no cesaban de adoptarse medidas desde la metrópoli europea para impedir su desarrollo. Y desde Lisboa, el catorce de septiembre de 1619, ordenaba el rey Felipe III:

Porque en casos de motines, sediciones y rebeldías, con actos de salteamientos y de famosos ladrones, que suceden en las Indias con negros *cimarrones*, no conviene hacer proceso ordinario criminal, y se debe castigar las cabezas ejemplarmente, y reducir a los demás a la esclavitud y servidumbre, pues son de condición esclavos fugitivos de sus amos, haciendo justicia en la causa, y excusando tiempo y proceso.<sup>1</sup>

En las colonias del Caribe, como en las continentales, españolas, inglesas, francesas, holandesas y portuguesas, para combatir a los cimarrones, hubo de crearse grupos armados de “cazadores de negros”, que en Cuba se denominaron *rancheadores*, quienes multiplicaron los suplicios y torturas señalados en las llamadas Leyes de Indias o en el Código Negro, de Luis XIV. Y llegaron a tal extremo, que el rey Felipe IV, en Madrid, el veintiuno de julio de 1623 se vio precisado a ordenar:

Los rancheadores nombrados por las Justicias para ranchar Negros Cimarrones entran con este título en las casas de los Morenos horros de la isla de Cuba, y otras partes, así en Ciudades, como en estancias, donde hacen sus labranzas quietos y pacíficos y sin poderlos resistir les hacen

<sup>1</sup> “De los mulatos, negros, berberiscos e hijos de indios”. En *Recopilación de leyes de los reinos de las Indias*, Ed. Boix, Madrid, 1841, t. 2, Libro VII, Título V, Ley XXVI, p. 325.

muchas extorsiones, y molestias, con grande libertad, de día y de noche, llevándose los caballos, bestias de servicio, y otras cosas necesarias a sus labranzas. Mandamos a los Gobernadores que provean de remedio conveniente a los daños referidos, y hagan justicia a los Morenos, para que no reciban molestias, ni vejación de los rancheadores.<sup>2</sup>

En la *Revista de Historia de América* (México, D. F., diciembre de 1949) Juan Bernardo de Quirós señala con justeza, en comentario acertado a la obra del profesor Eugenio Petit Núñez, *La condición jurídica, social, económica y política de los negros durante el coloniaje en la Banda Oriental*, la tragedia infinita del africano en el Nuevo Mundo.

No es de extrañar, por tanto, que tan recia sea la historia del espartaquismo en América, ya en su forma primaria y pasiva del alzamiento, de la huida del negro al campo, hecho *cimarrón*, que reunidos en poblados a su modo y costumbre defendió valientemente un nuevo sojuzgamiento, como en el caso de los Palmares de Brasil, los palenques de Cuba, los refugiados en los volcanes de México, los *kromantis* de Jamaica, los *busnegros* de Surinam, ya, después en consecuencia de estado y condición, en verdaderas insurrecciones en contra del blanco y la esclavitud, de la explotación de raza y clase, y que al “amparo de la ley de los franceses”, en pos de igualdad y libertad humana, llevó al triunfo en el caso de Haití, como el fracaso de los levantamientos de las serranías de Coro en Venezuela, del Te en el Río de la Plata, de los mineros del Cobre en Cuba y de los portuarios y empleados de fortificaciones de Cartagena, la gran puerta de entrada del negro en América del Sur.

En Puerto Rico —escribe Luis M. Díaz Soler, (*Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico*)—

...en 1527 se rebeló la población esclava contra los españoles ocasionando daños a la isla, la cual presentaba algunos signos alarmantes de despoblación. Ese acto, que tuvo mayores repercusiones que efectos inmediatos, fue la primera manifestación de disgusto expresada por los negros esclavos de Puerto Rico. El cronista Antonio de Herrera, al, referirse a esa insurrección, apuntaba que los colonos de Santo Domingo eran los más preocupados con los acontecimientos de Puerto Rico. Su mayor tribulación era la carencia de fortificaciones adecuadas para defenderse de ataques militares. Comprendiendo Su Majestad la ansiedad de los colonos de La Española, decidió emprender las construcciones necesarias para la defensa de los españoles, quienes estaban temerosos de ser víctimas de una insurrección como la de los *indios y negros alzados en la isla de San Juan*, para lo cual mandaba que se informasen *si para la seguridad de los vecinos*

<sup>2</sup> *Ibidem*. Ley XIX, p. 322-323.

*convendría que se hiciese la fortaleza que tantas veces se había acordado.* Los vecinos de Puerto Rico achacaban los alzamientos a la introducción de negros de mala casta y solicitaron del rey la suspensión del envío de negros jelofes y berberiscos.

El veintitrés de julio de 1546, la Audiencia de Santo Domingo se dirigió al monarca español para informarle de la actividad de los negros cimarrones y de las medidas adoptadas para impedir la costumbre que tenían los esclavos de alzarse. La realidad era que en la isla La Española, que ocupa hoy la República Dominicana y Haití, los cimarrones sumaban más de siete mil, refugiados en las montañas.

En todo el continente ocurrían levantamientos de esclavos y también abundaban los cimarrones. En la villa de San Pedro, en Honduras, en 1548 se rebelaron los esclavos, y los españoles tuvieron que enviar tropas de refuerzo de otras colonias cercanas para dominarlos.

A México, Honduras, Guatemala, Nueva Granada y Venezuela llevaron los españoles millares de negros directamente desde África o sacados de Santo Domingo, Jamaica, Puerto Rico y Cuba. En 1570, la población negra de México era, según los cálculos de Gonzalo Aguirre Beltrán,<sup>3</sup> de 20 569 esclavos, de los cuales había dos mil huidos y cimarrones.

Hemos fijado un número de cimarrones inferior al de los españoles no censados en las mismas tablas de Latorre, para no pecar de exceso. Sin embargo, es posible que nos hayamos quedado cortos. En Pachuca, Guanajuato, Huaspaltepec, Alvarado, Coatzacoalcos, etc, las autoridades virreinales se encontraban ya en lucha con los negros rebeldes a la esclavitud.<sup>4</sup>

Según los datos suministrados por Rubén Darío Carles (*200 años del período colonial en Panamá*) en 1575 había, entre Nombre de Dios, Panamá, Veragua y Natá, dos mil quinientos negros cimarrones.

En Norteamérica, las protestas, alzamientos y fuga de los negros esclavos fueron tan frecuentes como en el resto de los países del Nuevo Mundo. En 1526, en la colonia fundada por Lucas Vázquez de Ayllón, junto al río Pedee, en lo que es hoy South Carolina, el centenar de esclavos africanos se convirtió en cimarrones para unirse a los indios rebeldes que hostilizaban a los colonizadores. A fines del siglo XVIII, constituida ya la nueva república de Estados Unidos, ante el considerable aumento de los cimarrones, el diecinueve de mayo de 1797 se firmó un convenio entre el gobernador español de la Florida, Enrique White, y el comisionado norteamericano Seagrove, para la mutua entrega de los negros prófugos de ambos países.

<sup>3</sup> Aguirre Beltrán, Gonzalo: *La población negra de México: 1519-1810, estudio etno-histórico*. México, D. F., Eds. Fuente Cultural [1946].

<sup>4</sup> *Ibidem*.

Los cimarrones, en la costa occidental de Estados Unidos, en su cruzamiento con los aborígenes, originaron en las islas Gulla, en la costa de las Carolinas, la constitución de uno de los pocos grupos negros que conservaron cierta pureza de su cultura, inmune al contacto con los blancos. Su organización social, religión, lenguaje... conservaron los patrones africanos primitivos.



EL ORIGEN de la palabra *cimarrón* ha sido ampliamente discutido, pero lo cierto es que se aplicó en Cuba, primeramente, a los aborígenes que huían de la brutalidad de los colonizadores. Y de ello da fe la Real Cédula fechada en Ocaña a once de marzo de 1531, en la cual, en contestación a una información del gobernador de la isla Fernandina, la reina dice:

Mucho he holgado de lo que decís que la isla al presente está muy pacífica de indios *cimarrones*, y que un español sin temor puede andar por ella y os tengo ese servicio el buen recaudo que en esto se ha dado.

Los negros esclavos siguieron en la protesta rebelde a los aborígenes cubanos, se convirtieron en cimarrones y aprendieron a levantar palenques o refugios en bosques y montañas donde construían ranchos y bohíos. Y el temor constante de los conquistadores ante la realidad que palpaban de las relaciones fraternales entre los indios encomendados y los negros esclavos, se refleja en una carta de las autoridades coloniales (Santiago de Cuba, veintidós de abril de 1540) al informar al soberano español:

Convendría que V. M. cada año eche de sisa 300 pesos para acabar con los *cimarrones* y con ellos algunos negros de mala intención como han ayuntado seis o siete negros que están presos por ello.

Desde los primeros días de la colonización y conquista de la isla de Cuba, los indios encomendados y los esclavos negros se rebelaron contra la servidumbre que les imponía el europeo cruel y sanguinario. Huían a las montañas para defenderse de los rancheadores —cazadores de cimarrones— quienes, acompañados de perros feroces, los perseguían hasta los refugios o palenques más escondidos.

Los palenques —refugio secular de la libertad levantado por los cimarrones—, al iniciar Carlos Manuel de Céspedes el diez de octubre de 1868 la lucha armada por la independencia de la patria esclavizada, se incorporaron masivamente a la batalla por la liberación nacional. La experiencia adquirida por los apalencados orientales en su constante bregar contra el régimen esclavista, se puso al servicio de la causa mambisa. En los viejos palenques se mantuvieron durante los diez años que duró la primera guerra de independencia los campamentos mambises, y se levantaron allí talleres y hospitales de sangre. Y, además, iniciaron a los jefes cubanos más responsables en el secreto del tráfico clandestino de blandras con Jamaica, Santo Domingo, Haití y las Bahamas, indispensable para las comunicaciones con el exterior y recibir aquellos

productos necesarios para mantenerla contra el colonialismo hispano, aporte que reconoce Carlos Manuel de Céspedes, líder de la revolución cubana, en el decreto que hubo de dictar en Bayamo, el veintisiete de diciembre de 1868, declarando a los cimarrones apalencados incorporados a la lucha revolucionaria.

Así como en Cuba los esclavos que huían a las montañas de los horrores de la servidumbre —cimarrones— construían toscos refugios que llamaban palenques, en Brasil, la palabra *quilombo* (que quiere decir *nobunda* en la lengua africana hablada en Angola) señalaba el lugar de los montes y selvas donde se acogían a los esclavos fugitivos. El más famoso de todos los quilombos de Brasil fue el de los Palmares. Se mantuvo durante sesenta y cinco años (1630-1695) y resistió las numerosas expediciones enviadas por los blancos para destruirlo desde 1644. Estaba situado en la sierra de Barriga, en la antigua capitanía de Pernambuco.

En la isla de Santo Domingo, desde el siglo xvi los negros huidos de la servidumbre —cimarrones— se refugiaban en bosques y montañas y constituían pequeñas rancherías y hasta poblaciones que, como la del Bahoruco —dirigida en 1719 por un tal Michel— vinieron a ser serias amenazas para los dueños de esclavos. Un millar de cimarrones en los finales del siglo xvii se convirtió en tres mil en 1751.

Cuando encontraban los esclavos el camino de la libertad, al unirse en grupos combativos, o cimarrones, creaban verdaderos estados de pánico entre los colonos. Y de ello da una idea el decreto del Consejo de Leogane de dieciséis de marzo de 1705, que prohíbe a los esclavos celebrar reuniones. Así como Michel fue el alma de la resistencia a la servidumbre en las montañas del Bahoruco, en 1734, Polydor representó un papel análogo en el distrito de Treu; Noel, en 1775, organiza la resistencia armada de los cimarrones en Fort Dauphin, cuya rebeldía continuaron, en años sucesivos, Telémaque Cangas, Isaac y Pyrrhus-Candide. Las expediciones punitivas de la gendarmería colonial contra los cimarrones fracasaron todas de 1622 a 1784. Pero de todos los cimarrones, ninguno tuvo una reputación más grande y merecida que François Macandal, ejecutado en 1758. Macandal, africano, fue largo tiempo esclavo de la habitación de Lenormand de Mézy, en el norte de Santo Domingo. Un accidente en un trapiche azucarero —perdió una mano atrapada por el molino— lo convirtió en guardián del ganado. Huyó y se refugió en las montañas. Es indudable que era un ferviente adepto del vodú. Muy pronto tuvo un gran ascendiente entre los cimarrones. Historiadores haitianos y franceses, tales como Jean Price-Mars, Dantés Bellegarde y Pierre de Vaissiere, entre otros, concuerdan en afirmar que Macandal fue algo más que un simple jefe de bandas de cimarrones.

En las Guayanas, principalmente en Surinam, ocupada por los holandeses desde 1580, los cimarrones, los *Bush Negroes*, como le dicen los europeos, pero conocidos por los trabajos de Norton C. Kahn y Melville J. y Frances S. Herskovits, quienes han estudiado la vida social y el folklore de los negros rebeldes de esta zona, como cultura *dyuka*, lograron destruir las cadenas que el régimen esclavista les había impuesto.

Existen en la Guayana numerosas tribus de hombres de color escapados de las colonias europeas. Prefieren la vida de los bosques a las cadenas de

la esclavitud. La colonia holandesa de Surinam sostuvo largo tiempo la guerra contra esos esclavos rebeldes; los tratados intervinieron y desde algunos años antes de la abolición de la esclavitud, se convino por ambas partes vivir en paz. Los cimarrones no atacaron más las tierras de la colonia; esta les reconoció su independencia.<sup>5</sup>

La isla de Martinica fue una de las primeras colonias francesas del Caribe. En 1654, los colonizadores franceses estuvieron al borde de una derrota que los hubiera obligado a abandonarla, ante la guerra de liberación emprendida por los aborígenes. Y el gobernador, Du Parquet, tuvo que enfrentarse a la sublevación de los caribes.

Pero ese no era el único peligro —comenta Sidney Daney— sobrevino otro que puso a la isla a dos dedos de su pérdida. Los negros africanos, ya en gran cantidad eran, desde hacía algún tiempo, atraídos por los caribes a los bosques donde vivían en un estado de vagancia, llamados, en las colonias cimarrones. Esos negros, aprovechando la irrupción de los salvajes, que habían hecho huir a los habitantes hacia el fuerte de Saint Pierre, se unieron a los que habían abandonado a sus amos, formaron bandas, unos se juntaron a los caribes, otros se dedicaron a saquear, quemar, matar y cometer las más horribles atrocidades.<sup>6</sup>

Du Parquet y los demás colonos franceses asediados por cimarrones y caribes fueron salvados de su total aniquilamiento gracias a los auxilios que les prestaron los barcos de una escuadra holandesa que, atraídos por el incendio que se divisaba desde el mar, desembarcaron varios centenares de soldados que hicieron huir a los atacantes.

Pero la actividad de los cimarrones se extiende a las otras colonias del Caribe, y señala el autor antes citado que “Houel, gobernador de Guadalupe, informa al rey el 13 de marzo que, en Grande Terre, entonces deshabitada, se podían contar más de treinta cimarrones”.

G. Debien, en un trabajo publicado en *Caribbean Studies*<sup>7</sup> asegura que en 1726 los seiscientos cimarrones de Guadalupe se dividían en cuatro bandas y “nunca se vieron sino en grupos de 60 a 80 esclavos”. Y tomada por él de un manuscrito de la Biblioteca de la Francia de Ultramar, nos da esta información sobre otra de las pequeñas Antillas:

En Santa Lucía, ocupada por los ingleses en la época de la guerra de América, se debió establecer un comisario de policía en cada barrio para perseguir a los cimarrones, más desarrollados que antes de la guerra y no cesan de aumentar hasta 1784.

<sup>5</sup> Cerphern, A. I.: *La Guyana, Civilization et barbarie. Costumes et paysages*, París, 1854.

<sup>6</sup> Daney, Sidney: *Historie de la Martinique depuis la Colonization jusq' en 1815*, Martinique, 1846.

<sup>7</sup> *Caribbean Studies*. (Puerto Rico) 6(3); octubre 1966.

El 18 Pluvioso del año II (cuatro de febrero de 1794) la Convención Francesa vota, dentro del mayor entusiasmo, la abolición de la esclavitud. La noticia produjo una profunda conmoción en todas las islas del Caribe, en las que los cimarrones mantenían la secular protesta guerrillera contra el colonialismo negro.

En Granada, la pequeña isla del Caribe, estalló la insurrección —debida en parte a la propaganda revolucionaria lanzada desde Guadalupe por Víctor Hughes, comisario de la Convención Francesa el dos de marzo de 1795 y, como era natural, contó con el apoyo de los cimarrones. Al frente del alzamiento se puso a un plantador negro llenado Julien Fedon, quien al frente de los esclavos sublevados, rodeó la ciudad de Granville y mató a cuantos ingleses encontró a su paso. Logra capturar al teniente gobernador y demás autoridades. Los rebeldes se fortificaron en la hacienda de Fedon, en Morne Quaqua, cerca del Grand Étang.

Se tardó casi tres meses en sofocar aquel alzamiento. No pudo llegar ayuda de la isla vecina de San Vicente, que sufría la angustia de la rebelión de caribes y cimarrones, ni de Santa Lucía, donde Jervis tenía que habérselas con otra insurrección de los cimarrones. Pero, después de la llegada de Sir Ralph Abercromby, los reductos rebeldes cayeron uno tras otro.

Martinica y Guadalupe fueron teatro de las luchas sangrientas entre los realistas propietarios de tierras y los republicanos que contaron en las primeras filas de combate a los negros cimarrones. El trece de abril de 1794, la escuadra inglesa del almirante Jervis destruye la resistencia republicana de la Martinica, se apodera de la Guadalupe, restablece en todo su vigor el régimen anterior a 1789 y quedan abolidas todas las mejoras que los cimarrones habían obtenido con la revolución.

Los generales Pelage, Delgrés e Ignace —oficiales de color— después de las desastrosas administraciones que los colonos realistas habían impuesto, intentaron restaurar en Guadalupe la libertad republicana. La reacción bonapartista envía una flota y un ejército contra la Guadalupe, al mando de Richepanse. Ignace y Delgrés que le hacen frente, fueron derrotados. El veinte de mayo de 1802, Richepanse restablece la esclavitud y la trata de negros. Los cimarrones reanudan la lucha por su total liberación.

Guadalupe y Martinica se libraron de la brutalidad y horrores del régimen, al decretar la República francesa, el veintisiete de abril de 1848, la abolición de la esclavitud en sus colonias. Este decreto, una de las conquistas de la revolución de 1848, que fue precedida por la campaña abolicionista liderada por Víctor Schoelcher, provocó una gran agitación entre los esclavos de otras islas del Caribe. En Ponce, Puerto Rico, fue denunciada una proyectada rebelión de los esclavos en las haciendas, y el gobernador español, general Juan Prim, procedió con inusitada crueldad a castigar a los que solo demandaban un trato más humano. Los cabecillas principales fueron apresados y ajusticiados el veintiséis de junio de 1848.

También, ese mismo año, hubo un alzamiento general de esclavos en la isla de Santa Cruz, en las islas Vírgenes y colonia danesa. Para auxiliar a las

autoridades coloniales danesas, el general Prim envió desde Puerto Rico a la citada isla antillana tropas españolas que aplastaron la rebelión. En los combates murieron ciento treinta y un negros, y los cimarrones sometidos sufrieron las más severas penas.



LOS INGLESES luchaban por arrancar la isla de Jamaica al dominio de España. El tres de mayo de 1655, un ejército al mando de Prim y Venables desembarcó en Jamaica. Los españoles opusieron una tenaz resistencia, pero tuvieron que abandonar poco a poco cada una de las zonas. En 1670 se retiraron a Cuba en virtud de la paz firmada entre ambas naciones los últimos defensores españoles, pero, antes, dejaron en las montañas azules a los esclavos negros en libertad, que se convirtieron en cimarrones y gozaron de una completa independencia.

Tomaron entre ellos una especie de organización, eligieron un jefe, sembraron maíz en los terrenos más inaccesibles de sus guaridas e interín llegó la cosecha, vivieron con los productos de su caza y con los frutos silvestres que hallaron en las montañas; pero no bastándoles aquellos recursos empezaron a bajar a las llanuras y saquearon los establecimientos dispersos de los nuevos colonos. Estos les declararon una guerra cruel, y emplearon todos los ardides y suplicios inimaginables para amedrentarlos, con cuyo motivo algunos de ellos se sometieron y fueron distribuidos en los ingenios; pero los más continuaron pertrechados en las inexpugnables fortalezas elevadas por la naturaleza. Hízose una expedición sin embargo para desalojarlos y exterminarlos; pero postrados los soldados por las marchas a través de los bosques y precipicios, se resistieron a perseguir por más tiempo a un enemigo invisible, y fue preciso por tanto renunciar al exterminio general que se había intentado.

Entretanto, los cimarrones que se habían en un principio sometido, aprovecharon su permanencia en medio de los esclavos para inspirarles ideas de independencia; sedujeron a un gran número y huyeron otra vez con ellos a las montañas, de suerte que las fuerzas de los enemigos debían un aumento a su misma sumisión. Habiendo aumentado el número de los fugitivos, los cimarrones se hicieron formidables. En 1690 se dividieron en diferentes cuerpos, bajaron a las llanuras, atacaron los ingenios, se hicieron espantosos destrozos. Cuando acudían las tropas ya el enemigo había desaparecido, porque evitaba cuidadosamente todo encuentro haciendo únicamente una guerra de guerrillas.<sup>8</sup>

La fuerza de los cimarrones llegó a un grado tal que para defenderse de sus ataques en 1734 el gobierno de Jamaica tuvo que levantar fuertes y cuarteles en los terrenos aledaños al territorio montañoso ocupado por ellos, y enviar

<sup>8</sup> Regnault, Elias: *Historia de las Antillas*, Barcelona, 1846.

una expedición miliar con el propósito de aniquilar la resistencia. Pero eran tales la habilidad y destreza de los cimarrones en la guerra de guerrillas, y el saber utilizar correctamente el profundo conocimiento de la topografía de la zona montañosa que les servía de refugio, que los ingleses tuvieron que abandonar la empresa. Trajeron entonces a indios de Nicaragua y los emplearon en el ataque, mezclados con mercenarios negros de otras colonias, mandados por oficiales ingleses, que tuvieron que retirarse ante el peligro de ser aniquilados.

En tales circunstancias, llegó a Jamaica (1738) el nuevo gobernador, Lord Trelarony, quien tardó poco en quedar convencido de las medidas adoptadas por sus predecesores y decidió, previa consulta con, las demás autoridades coloniales, pactar con los cimarrones. Y el tratado de paz entre las autoridades coloniales y los *kromantis* fue solemnemente firmado el primero de marzo de 1738.

El gobernador envió comisionados para entrevistarse con los caudillos de los cimarrones e iniciar las negociaciones. Así, lo describe Patrick Leigh Fernor:

*Las chaquetas rojas* se detuvieron al pie de las montañas de los cimarrones y fue enviado un tal doctor Russel como parlamentario. Este, gritando con todas las fuerzas de sus pulmones formuló la oferta de paz en dirección de las frondosas laderas, sabiendo que centenares de invisibles cimarrones estaban ocultos, la mano en el gatillo de los mosquetes, bajo las hojas que ocultaban las rocas. Dos negros emergieron con cautela y, después de asegurarse de las intenciones pacíficas del adversario, volvieron a llamar a su caudillo en la lengua kromanti. La maleza se animó con la aparición de guerreros negros, el doctor y el viejo Cudjoe, el jefe cimarrón, se adelantaron al encuentro uno de otro. El doctor Russel tendió la mano en signo de amistad y el viejo Cudjoe, cogiéndola la besó. El siguiente signo de concordia fue el intercambio de sombreros[...] Cudjoe llamó a sus principales seguidores, los capitanes Accompong, Johnny, Cuffee y Quacke. Acercóse el coronel Guthrie con su estado mayor y tuvo lugar un general abrazo e intercambio de sombreros entre los cimarrones y los oficiales británicos.<sup>9</sup>

Firmóse un tratado bajo un algodónero en Trelarony Town:

Considerando que la paz y la amistad entre los hombres, y el evitar la efusión de sangre —rezaba el documento— son cosas agradables a Dios y están de acuerdo con la razón y son deseadas por todos los buenos; y considerando que Su Majestad Jorge II, Rey de la Gran Bretaña, Francia e Irlanda y de Jamaica, Señor Defensor de la Fe, etc. ha otorgado poderes y autoridad a John Guthrie y Francis Sadler, caballeros, para negociar y concertar un tratado de paz y amistad con el mencionado capitán Cudjoe y el resto de sus oficiales, adherentes y demás de sus hombres.

Los términos eran que todas las hostilidades debían cesar para siempre. A los cimarrones se les garantizaba la libertad y los dos mil quinientos acres de tierra situados entre Trelarony Town y la región de los Cockpits, a perpetuidad, para ellos y sus descendientes. Todos los fugitivos serían restituidos y los cimarrones juraban acudir en ayuda del rey en caso de rebelión interna o invasión del exterior. Fue estipulada la sucesión a la jefatura. La administración de la justicia, excepto para los casos de la última pena, quedaba en manos del jefe cimarrón, y un representante o consejero blanco —una especie de embajador— residiría permanentemente en las capitales cimarronas de Relarony (o Maroon Town, de las que hay varias esparcidas por la isla) y Accompong. La armonía fue general y todo el asunto representó un gran triunfo de los cimarrones.

Durante casi sesenta años, el pacto se cumplió cabalmente. Pero, en 1795, comenzaron los conflictos. Los ingleses se apoderaron de tierras pertenecientes a los cimarrones. Dos delegados de estos fueron públicamente flagelados en Montengo Bay por manos de un esclavo de la magistratura. Los cimarrones desatendidos en sus justas demandas, tuvieron que recurrir a las armas. Las milicias al mando del general Palmer atemorizaron a los cimarrones, que al fin celebraron un nuevo convenio con las autoridades coloniales. El arreglo final se impuso a los negros, más que por las armas británicas, por los perros de presa que don Luis de las Casas, capitán general y gobernador de la isla de Cuba, facilitó al coronel Guarreal, enviado por Lord Balcares, gobernador de Jamaica, a La Habana, con ese fin, y a los expertos rancheadores, verdaderos cazadores, quienes llenaron de terror los palenques jamaicanos.

Según afirma en su *Memoria* don Manuel Mariano Acosta,<sup>10</sup> el principal rancheador enviado a Jamaica era don Francisco Jaime de Bejucal y un tal Cabrera, de Guanabacoa. Cada uno de ellos llevaba consigo treinta y dos compañeros y fueron naturales de Bejucal todos los que acompañaron al citado Jaime; por cuya razón parece justo que el lauro de estos valientes se consigne en la pequeña y modesta historia de nuestra ciudad. Iban igualmente como auxiliares de las dos partidas ochenta perros lebreles, que suelen llamar de *busca o rastreadores*.

Sin embargo, la lucha de los africanos y sus descendientes por romper las cadenas de la esclavitud primero y, después, pasado el período heroico de los cimarrones, para alcanzar los más elementales derechos humanos, continuó llevándose a cabo en todas las colonias europeas del inquieto Caribe, sin tregua ni descanso hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

Tomado de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*,  
71 (3): 7-20, La Habana, septiembre-diciembre, 1980.



<sup>10</sup> Acosta, Manuel Mariano: “Memoria Sobre La Ciudad de San Felipe Y Santiago del Bejucal”. En Cowley, Rafael Ángel: *Los tres primeros historiadores de la isla de Cuba*, Habana, A. Pego, 1876-77, t. 1, [p. 520]-588.

# Pendientes aborígenes cubanos

Manuel Rivero de la Calle

ANTROPÓLOGO, ARQUEÓLOGO, ESPELEÓLOGO Y PROFESOR

RECIENTEMENTE miembros del Grupo Humboldt de Matanzas realizaron en la Cueva de la Pluma, Cumbre Alta, Matanzas, el hallazgo de un entierro supuestamente Ciboney que, como ofrenda, tenía un collar formado por veinticinco cuentas de concha y dos pendientes hechos en dientes de foca tropical (*Monachus tropicalis*, Gray). La importancia de ser la primera vez que en Cuba se da a conocer la existencia de este animal en un residuario aborigen nos ha motivado a preparar este trabajo que también presenta el estudio de dos dientes de *Canis* sp., perforados, con decoración incisa, procedentes de sitios arqueológicos de la antigua provincia de Oriente.

En una cueva de Cabo San Rafael, provincia de Altagracia, República Dominicana, también se dio a conocer hace muy poco tiempo el descubrimiento de un collar taíno compuesto por más de cuatro mil cuentas, elaborado en dientes de perro, de foca tropical y de la ballena piloto (*Globicephala* sp.), donde igualmente se reporta por primera vez para dicho país estos dos últimos mamíferos en el pasado precolombino.

Pendientes de collares en caninos de perro, similares a los que nos ocupan, han sido hallados frecuentemente en yacimientos arqueológicos de la cultura taína en la hermana república de Santo Domingo (Rímoli, R., s.f). Para nuestro archipiélago, el primer reporte sobre un diente, perforado de *Canis* sp., lo ofrece el arqueólogo norteamericano Mark R. Harrington en una escueta nota en la que anuncia la existencia de “un diente de perro, perforado”, encontrado en el asiento No. 7, en Monte Cristo, Maisí, el cual apareció asociado a un ajuar de la cultura taína; reportó además este autor restos de este mamífero indígena en capas no alteradas del Gran Muro de San Lucas, también en Maisí, actual provincia de Guantánamo (Harrington, 1935).

Posteriormente, el doctor Rouse, al dar a conocer las excavaciones efectuadas por él y el doctor Carlos García Robiou, en Aguas Gordas, en 1942, informa del hallazgo realizado en dicho sitio por Orencio Miguel Alonso de un diente de perro, el cual aparece ilustrado en la lámina siete, letra A, de su libro *Archeology of Maniabon Hills, Cuba*. Nosotros, al estudiar la foto, ya que no hemos podido trabajar con la pieza original, pensamos que, por su tamaño de cincuenta milímetros no pertenece a cánido, sino, más bien corresponde a un diente de cocodrilo, incluso por su forma, como lo es otro pendiente encontrado en Río Seco 14, Banes, y del cual preparó una copia el doctor René

Herrera Fritot.<sup>1</sup> La pieza original se conserva en el Museo de Arqueología de la Universidad de Oriente, en la ciudad de Santiago de Cuba. Tanto el espécimen de Aguas Gordas como el de Río Seco 14, se encuentran tallados, aunque con distintas decoraciones.

El doctor I. Rouse, en su obra ya clásica, da a conocer también una pieza encontrada en el sitio subtaíno de Varela 3, que es posiblemente un asa de una cazuela, y que representa un simpático perro con la cola levantada.

Aunque la existencia del perro indígena ha sido objeto de grandes discusiones, nosotros, ya en 1966, hemos señalado que

En Cuba hay que aceptar, sin lugar a dudas, la existencia de un perro doméstico, al que llamó Colón “el perro que nunca ladró” y que ha sido denominado luego “perro mudo”. Este perro fue muy bien descrito por Oviedo, y algunos cráneos y otros huesos han sido encontrados en Haití, y aceptados por el zoológico Miller como similares a los de los perros domésticos de algunos indios sudamericanos. También en Cuba se han encontrado, pero las dificultades para su estudio son grandes, porque solamente se han hallado fragmentos muy incompletos de sus restos óseos.

El doctor Felipe Martínez Arango, profesor titular de la Universidad de Oriente, ha realizado, importantes hallazgos de dientes de cánidos, producto de sus excavaciones arqueológicas en innumerables sitios de las provincias orientales entre los que merecen citarse los siguientes:

Diente con perforación, encontrado en el nivel subtaíno temprano de Damajayabo, provincia de Santiago de Cuba;

Diente procedente del sitio subtaíno tardío de Loma de Los Mates, Barrio de Alcalá, provincia de Holguín;

Diente procedente de Ventas de Casanova, provincia Granma, encontrado en capas correspondientes al nivel tardío de la cultura subtaína;

Diente tallado, hallado en el sitio taíno de Mariana, Guaibánó, provincia de Guantánamo, durante excavaciones realizadas en el año 1974. Es un ejemplar muy curioso, pues presenta una talla en la porción de la raíz, que está constituida por tres incisiones en forma circular.

Merece citarse igualmente los abundantes restos de cánidos encontrados en el año 1956 por el Grupo de Jóvenes Arqueólogos aficionados de Holguín, en unas excavaciones realizadas en la cueva sepulcral de la cultura subtaína

<sup>1</sup> Ha sido catalogada con el número 5866 del departamento de Arqueología del Instituto de Ciencias Sociales de la Academia de Ciencias de Cuba.

denominada Cueva Bélica, situada en la finca El Coco, barrio de Güirabo, a unos seis kilómetros al sudoeste de la ciudad de Holguín. En un informe a la prensa preparado por el arqueólogo Milton Pino de la Academia de Ciencias de Cuba, expresó lo siguiente refiriéndose a tan importante descubrimiento:

Un hallazgo que llama mucho la atención de los investigadores, es la presencia de mandíbulas de perros conjuntamente con los demás restos; lo curioso es que dichas mandíbulas y un pequeño cráneo que fue encontrado, datan de la misma época, es decir que fueron arrojados allí junto con los restos humanos, quien sabe si con algún fin de tipo fetichista o ritual.

Recientemente se han realizado nuevos hallazgos de cánidos en sitios no ceramistas, como el de la Cueva de los Perros, en la margen este del abra del río Canímar. En estos momentos, el paleontólogo Oscar Arredondo de la Mata está haciendo estudios sobre estos nuevos hallazgos de cánidos, así como de otros encontrados en fechas más lejanas.

La existencia en nuestro país de restos de la foca tropical en residuarios aborígenes no se había reportado hasta el presente. Este hallazgo que hoy damos a conocer, así como el realizado recientemente en Santo Domingo, amplía el conocimiento sobre la distribución de esta especie de la fauna indígena en el área del Caribe. La presencia de dientes de la foca tropical en la Cueva de La Pluma, nos está demostrando que este mamífero era conocido por los aborígenes, y es posible que, asimismo, hayan sido capturados por ellos, como también lo era el enorme manatí (*Trichechus manatus manatus*).

Nosotros podemos expresar en relación a este hallazgo en Cuba lo mismo que ha dicho el investigador Rímoli sobre el descubrimiento de este mamífero en La Española:

Aparentemente la foca tropical fue una especie de baja población en las costas de la Isla, debido a que es por vez primera cuando se encuentran restos de ella, asociados a materiales arqueológicos.

Según este autor, la única noticia que se tenía en La Española sobre la existencia de focas se extrae del libro *La vida del Almirante de las Indias Don Cristóbal Colón*, escrita por su hijo Fernando, el cual, al narrar lo relativo al segundo viaje, describe la matanza realizada de ocho de estos animales que dormían en la arena de una isleta que el Almirante denominó Altovelo. Sin embargo, no se habían encontrado evidencias paleontológicas de focas en el pasado de esta isla, hasta que se tuvo conocimiento de ellas por el collar que fue encontrado en Cabo San Rafael. Curiosamente, es también en una cueva cubana y, aproximadamente en la misma fecha, que se descubre en Cuba sus restos, y formando parte también de un collar.

La investigadora Silvia Bota, en su trabajo *Especies en peligro. Tiempos difíciles para focas tropicales*, recoge más de veinte reportes sobre la presencia en las

islas caribeñas de este curioso mamífero. Algunos son tan patéticos como el de Sir Hans Sloane cuando nos dice:

Las islas Bahamas están llenas de focas. A veces los pescadores capturan cien en una noche. Las fríen o las derriten, y les extraen el aceite para las lámparas de la Isla.

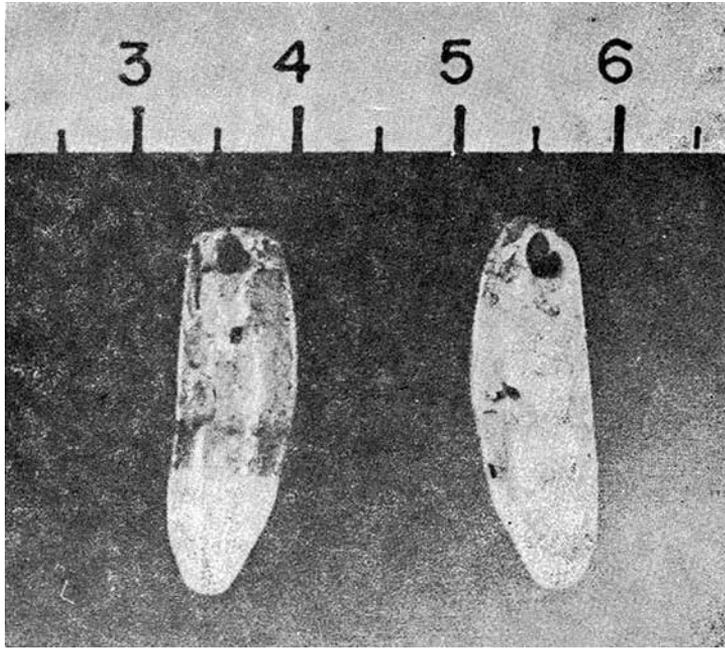
La profesora Bota narra también cómo un ejemplar enviado por nuestro sabio naturalista Felipe Poey y Aloy a la Smithsonian Institution, en 1883, por tener incluido el cráneo, pudo servir esta pieza anatómica para que fuera descrito e ilustrado, ya que el tipo de la especie está constituido por una piel imperfecta, sin cráneo, que fue descrita por Gray en 1850, bajo el nombre de *Phoca tropicalis*, la cual se conserva en el Museo Británico. Como dato curioso, anotamos que, según Luis Varona Calvo, la presencia de la foca es citada en 1667 en las Antillas Menores, hasta la isla de Guadalupe, y este autor se pregunta, con razón, si ya la especie está extinta.

### **Estado de los dientes de foca; descripción de las piezas dentarias de *Monachus tropicalis***

Espécimen No. 1. Incisivo lateral superior. Carece de decoración, pero posee una perforación en la zona subapical, para ser colgado, la cual es paralela al eje anteroposterior del diente. Presenta pérdidas de esmalte en las caras lingual y labial, así como en los alrededores de la perforación. Debido al desgaste, se aprecia una ligera truncadura en el extremo libre del diente. Por la parte apical, la pieza está cortada y, vista al microscopio, se observan pequeñísimos surcos de las huellas del trabajo indígena. Queda también visible el orificio por donde el nervio del diente penetraba en el mismo. Igualmente se puede apreciar a través de la perforación la cavidad que contenía la pulpa dentaria. En la imagen radiográfica se observa que dicha cavidad llega hasta cerca del cuello del diente.

La perforación para colgarlo es ligeramente bicónica, está realizada casi en el mismo eje longitudinal y la zona fue preparada con anterioridad, ya que está ligeramente aplanada por sus extremos.

Espécimen No. 2. Incisivo lateral superior. Carece igualmente de decoración y, como la pieza anterior, presenta una perforación para ser colgada. El orificio está también en la zona subapical y es, asimismo, paralelo al eje anteroposterior del diente. A diferencia del ejemplar número uno, la perforación es muy irregular por uno de sus extremos, ya que presenta un intento fallido de una perforación anterior que no llegó a terminarse porque con toda seguridad el aborígen debió de haberse dado cuenta de su errónea dirección. En este lado de la perforación se observa una pequeña depresión, a manera de una campana invertida, que sirvió de base para iniciar la misma, la cual debió de haberse trabajado también por el otro lado, como lo demuestran las huellas que se aprecian con el estudio microscópico.



De la misma manera que en el ejemplar anterior, se observa también el orificio de entrada del nervio dentario y la cavidad que contenía la pulpa dentaria que, en este caso, nos parece en la imagen radiográfica un poco más ancha. Falta n capas de esmalte en una de las caras laterales de la pieza, tanto en la zona de la corona, como en la de la raíz.

El extremo libre del diente o punta, está igualmente truncado, al parecer por el desgaste natural de la misma, y presenta dos pequeñas líneas microscópicas transversales, posiblemente debidas al trabajo indígena, o por algo duro que el animal sostuvo en sus incisivos y que le imprimió esas marcas. En la truncadura se aprecia una zona central, de forma circular, más oscura, que debe corresponder a la dentina y que, en el espécimen No. 1 apenas se insinúa, por ser la misma más pequeña. A continuación, ofrecemos las medidas de ambos ejemplares.

Tabla No. 1  
*Medidas de los incisivos superiores de la foca tropical (en mm)*

	No. 1	No. 2
Longitud total	23,3	23,3
Longitud de la corona	7,8	7,7
Longitud de la raíz	15,5	15,6
Diámetro anteposterior a nivel del cuello	7,3	7,1
Diámetro linguo-labial a nivel del cuello	7,3	7,3

## Estudio de los dientes de cánidos

En este trabajo presentamos el estudio de dos pendientes hechos en dientes de cánidos, uno pertenece a la colección de Conrado Rojas Legrá, de la ciudad de Guantánamo y, el otro al departamento de Arqueología del Instituto de Ciencias Sociales de la Academia de Ciencias de Cuba, catalogado con el número 7203.

El pendiente de la colección de Conrado Rojas corresponde a un canino superior izquierdo, al cual le falta la mitad anterior o frontal. En la parte subapical de la raíz presenta una perforación para colgar, la cual es de forma bicónica muy abierta. El hecho de que la cavidad de la pulpa dentaria está tan cerca y que la pared de la pieza sea pequeña debió haber facilitado extraordinariamente el trabajo de la perforación. Dicha cavidad, que es de tamaño mediano, recorre el diente en toda su extensión.

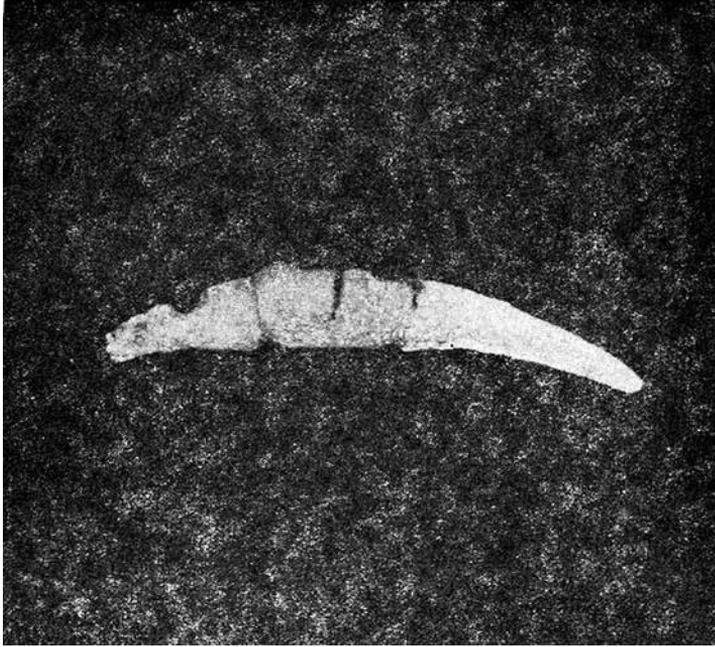
La raíz se encuentra tallada por ambas caras, presentando una figura que nos recuerda el denominado dibujo en forma de “grano de café”, es decir, que se trata de un óvalo de una altura máxima de 11,1 mm, con una incisión central que no llega a tocar la línea de la incisión oval. A pesar de que la pieza se encuentra algo deteriorada, vista al microscopio, se observa las huellas del trabajo del artista indígena.

El pendiente No. 7203, de la Colección de la Academia de Ciencias, corresponde a un canino superior izquierdo y procede de la localidad de la Loma de La Campana, Banes, Holguín, sitio que ha sido clasificado como subtaíno. Presenta una perforación cerca de la región apical y en la región de la raíz tiene cuatro incisiones circulares, en forma de anillos, que por la cara anterior del diente están más borrosas debido al desgaste de la pieza. Entre la primera y segunda incisiones hay una separación de 1,9 mm; entre la segunda y tercera, de 2,1 y entre esta última y la cuarta, de 6,6, por lo que el total del área trabajada tiene una longitud de 6,6 mm.

Tabla No. 2

*Mediciones de los colgantes elaborados en dientes de Canis sp. (mm)*

	<b>Colección C. de Rojas (Guantánamo)</b>	<b>Colección Academia de Ciencias</b>
	<b>Caninos superiores izquierdos</b>	
Longitud total	33,8	34,5
Longitud de la corona	15,8	14,3
Longitud de la raíz	18,0	20,2
Diámetro antero/posterior (a nivel del cuello)	6,9	6,9
Diámetro transversal (a nivel del cuello)	6,1	6,0



## Discusiones y conclusiones

El hallazgo de los dos incisivos de la foca tropical, *Monachus tropicalis* (Gray), constituye el primer reporte para nuestro país de esta especie en residuario aborígen. Poseemos hasta el presente muy poca información de estas piezas. Conocemos que formaban parte de un collar de veinticinco cuentas de conchas, que acompañaban a un entierro descubierto en el año 1976 por el Grupo Humboldt, de Matanzas, en el Salón del Sol, Cueva de la Pluma, Cumbre Alta, provincia de Matanzas. Los restos humanos, según una información preliminar, brindada por el doctor Ercilio Vento Canosa, están constituidos por varios individuos adultos, masculinos y femeninos, y algunos restos infantiles muy deteriorados. Los cráneos carecen de deformación, por lo que tentativamente han sido atribuidos a la Cultura Ciboney y por ello, también, el escaso ajuar acompañante.

Es de destacar lo raro que han sido hasta el presente los hallazgos de este tipo pinnípedo en nuestro archipiélago, y el descubrimiento resalta el interés que pudiera tener el realizar en el futuro un estudio más minucioso de la infinidad de cuevas y sitios arqueológicos que existen en toda la costa norte de Cuba, en el tramo comprendido desde la ciudad de La Habana hasta la playa de Varadero, en la provincia de Matanzas.

Quizás la aparición de la foca pudiera ser una explicación del porqué de la existencia en sitios similares, y aun más antiguos, de enormes cuchillos de sílex, como los encontrados por el doctor Antonio Núñez Jiménez en el sitio de Seboruco, en Mayarí, provincia de Holguín, en el año 1948.

La importancia de este descubrimiento fue señalada por el arqueólogo Ramón Dacal y por mí en 1972, al evaluar las actividades arqueológicas realizadas por la Sociedad Espeleológica de Cuba durante el período comprendido de 1940 a 1972.

Recientemente, en 1978, un grupo de arqueólogos de la Academia de Ciencias de Cuba descubrió en Seboruco nuevas herramientas que, al igual que las anteriores, pudieran haber servido para preparar las carnes de este pinnípedo y otras especies marinas, como ya han señalado con anterioridad varios arqueólogos, entre ellos el compañero Milton Pino Rodríguez.

En cuanto a los dos pendientes de cánidos, nos confirman, una vez más, la presencia de este mamífero carnívoros en nuestros sitios arqueológicos. El que aparece tallado, proveniente de la zona del abra de Mariana, en Guaibánó, provincia de Guantánamo, guarda cierta similitud con la decoración incisa que presentan algunos de los pendientes del collar taíno de Cabo San Rafael, de la República Dominicana y, coincidentemente, ambos aparecen asociados a evidencias taínas.

Todos estos hallazgos amplían nuestro conocimiento sobre la distribución de la fauna indígena en el archipiélago cubano, y muestran, una vez más, la habilidad que tenían nuestros primitivos habitantes para trabajar, no solamente la concha, la piedra, la madera, sino, también, este tipo de material dentario.

Tomado de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*,  
72 (1): 49-59, La Habana, enero-abril, 1981. il.



# Una sublevación de indios en 1758

Olga Portuondo Zúñiga

HISTORIADORA, ENSAYISTA Y PROFESORA UNIVERSITARIA

**T**ODOS conocemos la despiadada explotación a que fueron sometidas nuestras comunidades indígenas a la llegada del conquistador y colonizador español. De ahí que al agotarse los yacimientos auríferos, los naturales estuvieran casi totalmente extinguidos, diezmados por el extenuante trabajo de extracción del mineral, por las enfermedades traídas por los conquistadores, por las persecuciones o por la autoeliminación —al no encontrar otra salida para su cruel estado.

Con algunas comunidades dispersas y sometidas a la obediencia, se crearon en la parte oriental de la Isla dos reducciones de indios: la de San Pablo de Jiguaní y la de San Luis del Caney. En ambas, como en los lavaderos de oro, los peninsulares aplicaron la misma rudimentaria organización política indígena: caciques, ahora conversos, como Miguel y Alonso Rodríguez, que representaron a sus pobladores ante la Corona.

Fundado a fines del siglo xvi o principios del siglo xvii, el pueblo de “los Caneis”, a cuatro kilómetros al noroeste de Santiago de Cuba era, respecto de esta ciudad, lo que el también poblado de indios de Guanabacoa, con relación a la capital de la Isla.<sup>1</sup> El Caney pareció disfrutar de relativa tranquilidad en los primeros años de su creación; pero poco tiempo duró esta, pues no les bastó a los castellanos y a su progenie el haber llevado a los indígenas a aquellas aldeas artificiales. Ya desde 1655 encontramos que los habitantes del pueblo reclaman su derecho a las tierras que pertenecieron a sus antepasados y, en carta al monarca, piden el deslinde definitivo de sus propiedades en razón de la frecuente usurpación de que son objeto por los vecinos de Santiago de Cuba:

Señor:

Marcos Rodríguez Casique de los naturales del pueblo de los Caneis que esta distante una legua de la ciudad de Santiago de Cuba Ysla de la Havana así en mi nombre como de los demás Vecinos y avistantes del dicho pueblo hago saver a V. Magestad, como por causa de muchas estancias que los Vecinos de la dicha ciudad de Cuba anydo fundando serca del dicho nuestro pueblo de los caney, y como personas poderosas nos an acordado tanto los limites de dicho pueblo que no nos a quedado tierras para las Siembrar

<sup>1</sup> Pezuela, Jacobo de la. *Diccionario geográfico, estadístico, histórico, de la isla de Cuba*. Madrid, Impr. del Establecimiento de Mellado, 1863-1866. v, IV, p. 478.

del sustento de nuestras familias por cuia causa algunos de los dichos naturales an desanparado y desanparan e dicho pueblo y se ban a tierras estrañas y siendo todo esto un grave Daño nuestro no menos lo viene a ser Ynportante a la dicha ciudad de santiago de cuba pues demás de las montonas con que de ordinario socoriamos de caneis y en abrir caminos vizar las costas desarmar y otras cosas mui importantes al Real servicio de V. Magestad aque sienpre abemos acudido con muy aprontitud y como leales basallos de V. Magestad en atendencia de lo qual y que estas tierras fueron de nuestros ante pasados sea de sivier V. Magestad demandar que nos señale la tierra que paresiere Bastante serca del dicho Pueblo para nuestras Labransas y Rosas y asi mismo los montes y partes que paresiere conbeniente para las monterias pues siendolas mas dellas realengas algunos Vesinos y señores de hatos como poderosos an aprehendido más posecion de la que tienen y como a pobres nos prohiben de lo que no son legitimamente Dueños assi mismo.<sup>2</sup> (sic)

Creemos que el reclamo del entonces cacique Marcos Rodríguez resulta har-to elocuente y —aunque utiliza las vías metropolitanas— no nos revela al devoto sumiso que trasciende de los escritos recogidos en las *Crónicas* de Barcardí.<sup>3</sup>

A pesar de que el Rey dispuso en el Consejo de noviembre del propio año que se devolvieran las tierras al cacique, el Cabildo de la ciudad de Santiago de Cuba no prestó mayor atención a este dictamen y su cumplimiento.

Si en algún momento Marcos Rodríguez recurrió al auxilio de la Iglesia, esta no haría más que aprovecharse de la situación. El Cabildo eclesiástico santiaguero también sacó buenos dividendos en la expoliación económica del pequeño poblado mediante el cobro por “el pasto espiritual”.<sup>4</sup>

Pero este no fue sino uno de los primeros episodios de la escalada hacia la usurpación y el despojo de sus ya escasas y míseras tierras, para obligarlos a emigrar a las regiones inhóspitas y semidespobladas del oriente de la jurisdicción.<sup>5</sup>

Gracias a la visita episcopal realizada en 1756 por Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, obispo de Cuba, tenemos una descripción general del pueblo del Caney en los años en que se produce la sublevación objeto de este artículo. Morell refiere que el poblado tenía unos quinientos habitantes, de los cuales la mayoría era mestiza, agrupados en ochenta y tres familias que habitaban casas de

<sup>2</sup> “Carta de Marcos Rodríguez al Rey de fecha 10 de mayo de 1655”. Cuba. Archivo Nacional. Academia de la Historia. Donativo Dr. N. Carbonell. Sig. 722/91.

<sup>3</sup> Baralt, L. A.: “Apuntes históricos del pueblo de indios San Luis de los Caneyes”. En Bacardí Moreau, Emilio: *Crónicas de Santiago de Cuba*, Santiago de Cuba, Tip. de Arroyo Hnos., 1923-1925. t. II, p. 10-12.

<sup>4</sup> *Ibidem*. p. 10.

<sup>5</sup> Boti, asegura que las regiones guantanameras que en el siglo XVIII formaban parte de la Jurisdicción de Cuba habían sido pobladas en parte con la emigración de los indios de San Luis del Caney. En Boti, Regino: *Guantánamo; breves apuntes acerca de los orígenes y fundación de esta ciudad*, Impr. El Resumen, Guantánamo, 1912.

paja, excepto doce que eran de tejas. El poblado en cuestión lo formaban ocho calles y quince cuadras, y estaba situado en un terreno muy desigual pero salubre. Sus hombres integraban una compañía de milicias con ciento veintiséis miembros y sus respectivos oficiales.<sup>6</sup>

Morell indica en su informe la grave miseria de estos naturales pues cuenta que “algunos viven, y mueren bajo los arboles.”<sup>7</sup> ¿A qué se debía que aun en su reducción, los indios no tuvieran ni para subsistir? Cuando los criollos propietarios de hatos y corrales necesitaron más tierras, dada la demanda de la producción exportable a las colonias extranjeras y las exigencias del consumo interno debido al acelerado crecimiento demográfico de la ciudad, aprovechándose de su privilegiada situación política en el Cabildo santiaguero y de las indefiniciones e incoherencias del régimen jurídico español para el otorgamiento de la propiedad de la tierra, practicaron con mayor intensidad la geofagia sobre los terrenos otorgados a los indígenas en las zonas próximas al Caney.<sup>8</sup> Precisamente, Morell señala en su informe que ya entonces existían en torno al poblado ocho ingenios, setenta y cinco estancias y un “hatico”.<sup>9</sup>

No es de extrañar que Morell de Santa Cruz, siempre tan ansioso de aplacar los espíritus insurrectos, concurriera a visitar El Caney —como ya lo había hecho en 1731, siendo Dean de la catedral, con los cobreros de Santiago del Prado— a fin de calmar los ánimos mediante pequeñas dádivas que no aliviaban su precaria situación.<sup>10</sup>

Corrían los años del largo gobierno en el Departamento Oriental de Lorenzo de Madariaga (1754-1763) quien, tal y como sus predecesores, transigía con el comercio ilegal, no obstante, las restricciones que imponía la Real Compañía de Comercio de La Habana y, su monopolio tabacalero. En las proximidades de Santiago de Cuba prosperaban las vegas de tabaco de pequeños propietarios o arrendatarios, la producción azucarera y ganadera; todo ello provocaba nuevas apropiaciones de tierras en detrimento de los subestimados indios. Haciéndose eco de estas necesidades, Francisco Cagigal de la Vega, a la sazón capitán

<sup>6</sup> “Visita episcopal de Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, obispo de Cuba. Año de 1756”. Sevilla. Archivo General de Indias. *Indiferente General*. Leg. 901-A.

<sup>7</sup> *Ibidem*.

<sup>8</sup> En las Actas Capitulares de Santiago de Cuba encontramos repetidas muestras de cómo se les arrebatava sistemáticamente sus tierras a los naturales de San Luis del Caney. Por ejemplo, el 23 de agosto de 1748, don Felipe Mustelier, alguacil mayor del Real Fisco de Cruzada, dueño de los ingenios San Antonio y Nuestra Señora de la Candelaria de Guaninicum, presentó un escrito al Cabildo para el reseñalamiento de sus tierras con la de la Reserva de Indios. El protector de indios José de Palacios de Saldurtum, que debía estar presente en la operación —junto a los demás circunvecinos que concurrirían con sus títulos— era, como Mustelier, de los más ricos hacendados y miembro de la oligarquía santiaguera. ¿Qué resultados podían esperarse de este deslinde? Archivo General del Poder Popular de Santiago de Cuba. Fondo del Historiador de la Ciudad de Santiago de Cuba. Actas Capitulares, t. 3, f. 325.

<sup>9</sup> *Loc. cit.* (6).

<sup>10</sup> Siete días estuvo el obispo Morell en El Caney predicando sermones. Fundó —según él— dos escuelas, una de hembras y otra de varones; compró una casa de tejas sin paredes para hospital, dejando encargado al alcalde primero de la terminación de la obra. *Ibidem*.

general de la Isla, dictó una nueva reducción de los descendientes de aquellos infelices, desahuciados de sus propios predios.

La injusticia de que eran objeto y la posible influencia de la lucha de los negros esclavos de El Cobre, llevaron a los naturales del Caney a no ver otra disyuntiva que la de la sublevación, la cual se produjo en el mes de mayo de 1758.

Lorenzo de Madariaga, en carta al capitán general de la Isla, describió los hechos:

Muy Señor mío: en cumplimiento de Vs. disposiciones he solicitado la reducción de los naturales del Pueblo del Caney, que se hallaban muchos dispersos, por varios parages de esta Jurisdicción y para su maior Subsistencia, beneficio y Felicidad proporcione las disposiciones necesarias al fin de que cada vesino fabricase casas separadas y estancia que le produjese sus menesteres; cuias providencias con practicarse con la maior suavidad, y prudencia, deviendoles ser de suma gratitud, pues a ellos solos, gira el interes de sus efextos, les movio a exceso extraordinario arrojándose en tumulto a extraher violentamente de la carsel de dicho Pueblo dos reos que allí existían arrestados, tomando las Armas; esponton, caja y vander, y retirandose a un zerro inmediato; De lo qual noticiado yo apreste la Gente necesaria parte a tropa arreglada, y parte de paisanos, con lo que entre otras providencias hiseles abansase, lograndose su desbarante, fuga y abandono de algunas Armas, Vandera y Esponton, y ultimamente la presentación de todos los dichos naturales, de los que competentemente han sido castigados los onze mas fervorosos en el hecho, y llegados a las quatro Cabezas principales, que estas no han podido ser havidos, sin embargo de las activas diligencias, que en su solicitud se practican cuios nombres se contienen en la memoria adjunta que yncluyo, para que V. S. se sirva dar sus expedientes, a fin de que aportando todos o alguno de ellos a esa Jurisdision sean aprehendidos y remitidos a este tribunal. Los demás naturales se hallan en dicho Pueblo en toda obediencia y subordinación persuadiendome su aplicasion que será especial su reforma.<sup>11</sup> (sic)

El resultado, de esta confrontación fue desfavorable para los descendientes indígenas: la fuerza represiva y los intereses implicados eran demasiado poderosos. Como se puede apreciar, el pueblo fue sometido, los once insurrectos que más se destacaron fueron castigados y los cuatro cabezas principales —aún en rebeldía— circulados para suministrarles un ejemplar castigo.

La descripción que se hace de los jefes nos demuestra exhaustivamente la integración de este movimiento insurrecto: Juan Manuel Ortiz, de color mulato, alto de cuerpo y delgado, como de cuarenta y seis años de edad; Joaquín de Almenares, indio claro, alto, grueso, poca barba, como de veintiocho años;

<sup>11</sup> Cuba. Archivo Nacional. *Correspondencia de los Capitanes Generales*. Leg. 9/35. Copia de carta a Francisco Cagigal de 16 de mayo de 1758.

Joseph Isidro de los Reyes (alias Paneque), indio pequeño, delgado, cara menuda, como de sesenta años, y Lázaro Carvajal, indio claro, pequeño, grueso, cano y como de sesenta y cinco años.<sup>12</sup>

Ahora nos es dable explicar por qué fueron desapareciendo los indios, hasta de las reducciones. No podemos engañarnos con la existencia de los llamados “protectores de indio”, individuos designados por el Cabildo para que supuestamente los representaran ante él, pues estos provenían de la nobleza terrateniente santiaguera y a ella respondían.

Todavía en la primera mitad del siglo XIX, los naturales de El Caney seguirían reclamando infructuosamente sus derechos, sin otro resultado que la burla y el menosprecio de españoles y criollos.<sup>13</sup>

Aunque sin éxito, la insurrección de 1758 nos da un índice de cómo aún a mediados del siglo XVIII se mantenía la rebeldía de nuestros aborígenes contradiciendo la realidad lo planteado por la historiografía tradicional.

Tomado de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*,  
72 (1): 199-204, La Habana, enero-abril, 1981.



<sup>12</sup> *Ibidem*.

<sup>13</sup> En 1849, según Rousset, la Junta Superior de Hacienda informó a la Corte que la raza india se había extinguido, y el Estado se incautó de lo que quedaba de sus tierras; a pesar de las protestas de los descendientes indígenas, estas jamás se devolvieron. Rousset, Ricardo V.: *Historial de Cuba*, Librería Cervantes, La Habana, 1918, t. 3, p. 175.

# La Cecilia Valdés de *La Siempreviva*

Roberto Friel

POETA, ENSAYISTA E INVESTIGADOR

MESSES antes de salir a luz el primer tomo de *Cecilia Valdés*, en el propio 1839 publicó Cirilo Villaverde una novela de igual nombre en la revista habanera *La Siempreviva* (Tomo segundo, entregas primera y tercera). Acompañando a la misma insertaron una nota los editores en que destacaban su carácter de boceto, de anticipo de la novela de próxima aparición.

Cuando la novela se reimprimió en los números de junio, julio y agosto de 1909 de *Cuba Intelectual*, José A. Rodríguez García la bautizó con el título de *La primitiva Cecilia Valdés* por el que desde entonces se la conoce. Sin embargo, en el prólogo de la primera edición crítica de *Cecilia Valdés* (Lex, 1953), Esteban Rodríguez Herrera tras calificarla como *cuento*, tras referirse a un deteriorado cuadernillo manuscrito de Villaverde consultado por él, en que figuraban las dos partes conocidas y una intermedia, inédita; que pudo transcribir, escribe lo siguiente:

De todo lo anterior hay que concluir que no hubo tal *novela primitiva* con el título de “Cecilia Valdés”, como acogió en las páginas de su revista el señor José A. Rodríguez García, publicando, además, una parte de la misma en 12 páginas según ya hemos dicho. Lo que él reprodujo en “Cuba Intelectual” no fue otra cosa que “el boceto de ella”, para que los lectores de *La Siempreviva* juzgasen de la novela conocido el argumento de la obra, que bien pronto vería la luz pública. Como así fue en efecto. (Ob. cit. p. XXIII).

Rodríguez Herrera pasa por alto ciertas cosas, confunde algunas y no precisa otras. En primer término, hay que repetir, aunque sea archiconocido que el vocablo novela tuvo hasta gran parte del siglo XIX un significado distinto del que adquirió después. Novela era tanto la narración de cierta extensión como la de gran extensión, o cual señalara en alguna parte Domingo del Monte, tanto aquella que los franceses llaman *nouvelle* como las que llaman *roman*. No solo en la nota, en los índices de *La Siempreviva* los editores clasifican como novela el texto de Villaverde, con perfecto derecho de acuerdo con los criterios de la época. Rodríguez García no la llama “La novela primitiva”; la llama “la primitiva Cecilia Valdés” lo que es atinado considerando que fue el primer texto publicado con ese título, que fue la primera vez que los lectores se pusieron en contacto con el personaje de igual nombre y su mundo.

En segundo lugar, al enjuiciar lo publicado en *La Siempreviva* se ha de prestar mayor atención a la obra que a la nota de los editores. Es cierto lo que ellos afirman, pero también lo es cuanto la obra afirma y ellos callan. Ella tiene autonomía, constituye una unidad en sí, con un final cerrado a pesar de las apariencias. Cuando se la compara con el tomo de 1839 se hace patente el talento narrativo de Villaverde y la flexibilidad de su escritura. Los mismos párrafos conducen a párrafos diferentes en la *novela* y en la novela, con rumbos distintos para la acción ulterior de una y otra.

Con relación al cuadernillo manuscrito, propiedad del doctor E. Santovenia, Rodríguez Herrera olvida decir si contenía otras escrituras además de las tres partes o capítulos ya mencionados. Ignoramos si en él asentó Villaverde la escritura matriz, primigenia, de su obra. La *novela* procede de él, pero es dudoso que la mayor parte del material del primer tomo, dada su extensión, proceda también de él. De todas formas, se sabe que fue en 1838 cuando Cirilo Villaverde escribió originalmente sobre Cecilia Valdés.

Lo que primero llama la atención en el relato de *La Siempreviva* es el tono de los párrafos iniciales; el tono y el contenido que corresponden más bien a un artículo de crítica social y literaria que a una novela.

Hemos oído hablar tanto y tanto contra la sociedad a los escritores franceses señaladamente, y a algunos otros imitadores de su literatura, que se nos antoja ver en ella un endriago, una esfinge, un monstruo descomunal que se devora a sí mismo, como la tortuga fuera de su elemento.

Pero lo más gracioso del caso es que esos mismos escritores, por cierto, parte la más noble y sublime de la sociedad, son los primeros en atacarla, después de haberla corrompido con sus escritos, después de arrastrarla por las greñas en el lodo. La sociedad en general, tomada esta palabra en abstracto, en su sentido propio, casi nunca es injusta en sus fallos; podrá serlo una fracción de sus individuos, los hechos diarios lo comprueban, mas no toda ella.

Por el tenor de estos párrafos, los dos siguientes, en que se hace o se pretende hacer una defensa de la sociedad en sus juicios y castigos, hasta llegar al párrafo quinto en que se precisa la causa de las reflexiones precedentes.

Y reduciéndonos ahora al asunto de que vamos a tratar, ¿contra quién se quejará, a quién echará la culpa el pobre huérfano que no conoció a sus padres?

¿De dónde viene la falta que él llora en su oscura existencia? ¿De aquellos? ¿De sus abuelos? ¿De la sociedad que ha cuidado de su infancia, que le dio el pecho cuando lloraba y cubrió sus carnes contra los rigores de la intemperie? Los que le dieron el ser sorbieron en la copa los dejos amargos de una mala acción y le dejaron en herencia los sedimentos; pero ellos no tuvieron toda la culpa. Los hombres convirtieron la caridad pública en capa de maldades, y la madre desnaturalizada pudo, desde luego, abandonar

su niño en el torno, segura de que no perecería, de que sus gritos no turbarían su sueño, ni le zumbarían en los oídos por las calles.

El tono, como se ve, continúa siendo de artículo, extraña manera de dar inicio a una narración. Parece que Villaverde se dio cuenta de esto, de lo inadecuado de esta predicación social al comienzo de la obra y la suprimió en el tomo primero de *Cecilia Valdés*, el cual empieza por el quinto párrafo, modificado, de la narración de *La Siempreviva*.

En el sexto párrafo, un cambio: se emplea ahora el tono propio de la infidencia, de la relación.

Ocurriánnos estas reflexiones, porque nos acordamos que, siendo aun estudiantes de filosofía, por los años de 1826 a 1827, casi diariamente nos encontrábamos al paso por la plazuela de Santa Catalina con una niña que entonces apenas tendría arriba de diez años de edad. Hay ciertas fisonomías, y de mujeres señaladamente, que se fijan de tal modo en la imaginación del que las observa con interés, que no es bastante a borrarlas el transcurso del tiempo; y como tenga aquel recorte, aquella suavidad de contornos, aquel acabamiento que distingue a las estatuas griegas, y que para desgracia nuestra abundan en los países meridionales, siempre las lleva uno presente para establecer términos de comparación, en lo que regularmente se decide por la que mora y se engrandece en la fantasía.

Es decir, tal y como nos presenta las cosas el autor, se trata de un ser de carne y hueso, visto y conocido por él, cuyo retrato nos hace a continuación.

Y verdaderamente el rostro de esta niña singular era un modelo acabado de belleza. Su cabeza, un tanto comprimida de las sienas, poblada de una cabellera negra, lustrosa como las alas del totí y espesísima, que desataba en hermosos tirabuzones, parecía una de las muchas que se atribuyen al diestro pincel de Urbino. A esto se agrega que la frente ancha y tersa, las cejas arqueadas formando casi ángulo en el punto con dos ojos negros y grandes relampagueando bajo las luengas pestañas, le comunicaban cierta animación y bizarría difícil de tratar. ¡Oh!, y su mirada era rápida, penetrante, dura si se quiere; pero, aquella su boquilla encajada, aquel labio superior casi siempre soliviantado, como para dejar entrever unos dientes chiquitos, parejos y blancos, lo echaban todo a perder; no porque le quitasen la expresión de gloria anunciada en su sonrisa, sino porque quién iba a temer un desaire, una repulsa agria de una niña cuyos labios parecían dispuestos a disculpar cualquier atrevimiento en gracia de sus perfecciones.

Era más bien delgadita que encarnada; para su edad, más bien baja que crecida; y su cuello visto de espaldas, angosto de arriba y ancho hacia los hombros, formaba una armonía encantadora con el estrecho y flexible talle, que no hallamos poder compararle sino con la base de una copa. Su

viveza, alegría y jovialidad eran proverbiales entre las amiguitas de sus juegos y correrías, que tenía muchas y de todos tamaños. (...)

Era tan pura, tan delicada, tan juguetona la linda Cecilia, que parecía el pensamiento de un niño, la creación ideal del poeta enamorado; cándida criatura en cabello que entraba en la vida por una puerta al parecer de oro, y que vivía sin saber que vivía. Las calles de la ciudad, las plazas, las tabernas, los baratillos, las tiendas de ropas, como lo hemos apuntado anteriormente, fueron su escuela; y en tales lugares, por descontado, su tierno corazón, formado acaso para abrigar todas las virtudes que hermosean la existencia de una mujer buena, recibió las lecciones más perversas, se nutrió con los excesos de lascivia e impudicia que ofrece todos los días un pueblo soez y desmoralizado.

Este es el retrato básico de Cecilia Valdés que, aunque extenso, vale la pena haberlo copiado porque permanece casi sin alteraciones hasta la edición de 1882. Las claves del personaje ya están aquí, en lo transcrito y en lo omitido; los tres sinos a los que ha de hacer frente Cecilia Valdés. El sino de la mujer bella, inseparable de los infortunios, constante de la obra de Villaverde; el sino del expósito y el sino de la criatura engendrada por cruces de sangres. Para la época de Villaverde, expósitos y mestizos eran culpables de raíz y esa culpa inicial originaba fatalmente culpas mayores a través de la vida.

Cecilia Valdés es mestiza y por su color morenito se le apoda *la virgencita de bronce*. Su linaje es oscuro, objeto de murmuraciones. Se dice, entre otras cosas, que es hija ilegítima de un caballero y de una pardita. El decir procede de una comadre, mulata medio bruja (El texto de *La Siempreviva* está incompleto, pues como se aclara en el tomo primero, esta comadre es la propia Chepilla, abuela de Cecilia).

Esta primera Cecilia, esta niña que deambula por las calles de La Habana a muchas horas del día y de la noche, es tanto un ser de carne y hueso como un ente de la picaresca. Porque el relato pasa insensiblemente del tono de relación, de crónica, al de la picaresca cuando muestra la infancia de Cecilia. Tal y como la describe Villaverde esta infancia queda inmersa en el ámbito de la picaresca habanera de entonces, aunque alguna de las maldades de Cecilia remiten al *Lazarillo de Tormes* (tratamiento del ciego). Pero Cecilia le pertenece toda entera a Villaverde, aunque se nos haga evidente que ha surgido a la sombra de la Preciosa de Cervantes y de la Esmeralda de Hugo, vale decir, es criatura del realismo y del romanticismo, esto en su génesis.

Pero, ¿no era Cecilia una niña de carne y hueso conocida por el autor? Entonces, ¿a qué buscarle filiaciones literarias, a qué hablar de ellas? Porque las tiene, porque ese conocimiento real, casi diario que el autor declara, hay que ponerlo en entredicho, hay que comentarlo como se hará en el lugar oportuno.

La niña Cecilia Valdés es criatura de fugas, de errancias. Ha tomado la ciudad por suya y siempre que puede, se escapa del hogar y se dedica a recorrerla. Se espanta el autor, el cronista, de que niña tan bella ande a todas horas recorriendo calles y plazas. ¿Quién vela por ella, dónde vive, cuál es su familia?

pregunta y no puede responder; pero el novelista sí conoce las respuestas y las da ampliamente.

No tiene padre ni madre conocidos (es hija de la casa cuna) y vive con la abuela apodada Chepilla en una casita miserable. La abuela es mestiza, de color atezado, y desde un principio insiste el autor en señalar que, por su aspecto físico, parece una bruja. Pero es ser de bondades, que anda en trance expiatorio de culpas pasadas. Es mujer de subida religiosidad, según la época, sola y necesitada de cariño. No tiene otro ser humano que le haga compañía, sino la nieta díscola y errante. La regaña, pero no la castiga por sus faltas, pues confía en que, perdonándola, a su vez le serán perdonados a ella sus pecados en el más allá.

Su hogar es pobrísimo, lleno de trastos, de cosas viejas. La religiosidad de la anciana le ha hecho colocar en las paredes y otros lugares estampas de santos y profusos letreros de contenido religioso. Hay un nicho en que se venera a la Mater Dolorosa. Todo el hogar está presidido por la hipertrofia religiosa de Chepilla. Los muebles son pocos y desvencijados en su mayoría. Hay animales, palomas, gallinas, patos (estos últimos desaparecerán en las otras lecciones de *Cecilia Valdés*).

Ya conocemos a la familia de Cecilia y ya conocemos su hogar. Conociéndolos, podemos entender por qué Cecilia se escapa de él cada vez que puede. No tratamos de imponer nuestra visión y nuestro criterio actuales a los de aquella época, pero tampoco podemos callar lo que está a la vista. Aquel no es hogar para criar a ningún niño normal. Es una atmósfera asfixiante, es como un cilicio de ámbito, válganos la frase. No pretendemos cosa tan disparatada como que Chepilla conociera a Juan Jacobo Rousseau y a su *Emilio*. Ella es mujer humilde, que a duras penas sobrevive, casi de modo milagroso. Pero ella con su estatismo, con su letanía de rezos a todas horas no es la persona idónea para criar a ningún niño. Además, un niño no tiene pecados que expiar, sino faltas propias de su edad. Cecilia es díscola, ya lo hemos apuntado, pero, aunque no lo fuera no habría de sentirse a gusto entre aquellas cuatro paredes. Chepilla necesita cariño, necesita ser amada, dice el autor, pero Cecilia también los necesita, y además cuidados, pues es la vida que empieza y la vida del mañana.

Cierto que Cecilia asegura que la abuela es “una viejecita muy buena, y que me quiere mucho, y me deja hacer cuanto yo quiero”; pero dejar que un niño, aun el mejor de ellos, haga cuanto quiere, no es señal infalible de amor sino de mucha irresponsabilidad en quien lo educa.

Las niñas han de criarse en la casa, han de ir a la escuela, sentencia la época. Pero la época calla que la de Cecilia en realidad no es casa, ni la abuela es buena educadora ni, por lo que se ve, se ha preocupado por mandarla a ninguna escuela; tan solo, sí, porque la acompañe a oír la misa en la iglesia de Paula.

Ahora entendemos mejor que nunca las errancias infantiles de Cecilia Valdés. En una de ellas topa con la mansión de los Gamboa. Dos jovencitas más o menos de su edad asomadas a una ventana de la casa la llaman, la hacen entrar, se la presentan a la madre, todo para verla de cerca, para admirarla, pues les ha parecido muy bella. Sí, lo es y madre e hijas la acribillan a preguntas sobre ella,

sobre su familia, su casa, en fin, sobre su vida. Lo que Cecilia piensa de este interrogatorio provoca un comentario del autor.

—¡Ave María purísima!— exclamó la niña doblando la cabeza sobre el hombro derecho y mirando a las tres mujeres de arriba a abajo con har-  
to... descaro, íbamos a decir, pero nos parece algo dura la expresión.  
—¡Ay! ¡Jesús! ¡Que gente tan preguntona!

Paralipse llaman los retóricos a esta figura que ha empleado Villaverde, que consiste en fingir callar lo que se dice. ¿Descaro? Él ha ilustrado una figura de la picaresca llena de fuerza y vida. Pero aun así, aun cuando la época y la calle transformen a Cecilia, todavía conserva cierto pudor. Ella, que hurta bollos, chicharrones, cuanta cosa de comer puede haber, se niega a aceptar en principio los dulces y el raso para zapatos que las Gamboa le obsequian. Los acepta para que la dejen tranquila, para que la dejen irse. Antes, el padre, el dueño de la casa, que no ha simpatizado con ella, y a quien Cecilia ha declarado conocer, ha ordenado que la dejen tranquila. Y cuando se marcha de la casa, ve a un joven que también conoce, un estudiante que la persigue por las calles cada vez que la encuentra y que sabe su nombre. Esta visita fortuita de Cecilia a casa de los Gamboa va a servir para comprobar que ya desde esta versión tenía en mente Villaverde emplear en su obra el recurso novelístico de los parecidos, de la confusión de personas. Ida Cecilia, los Gamboa empiezan a comentar que se parece a este o a aquel miembro de la familia, pero todo se queda ahí, sin mayor trascendencia. Únicamente por la edición de 1882 se podía sospechar que desde los inicios el autor quería convertir a Adela Gamboa en el sosia de Cecilia Valdés.

Y esta visita de Cecilia a los Gamboa va a servir para que ella se la cuente en detalle a Chepilla. Esta se alarma cuando la niña se refiere al hombre que mandó dejarla tranquila. A este hombre Cecilia lo ha visto hablando con su abuela; este hombre la regaña cuando la encuentra en la calle. Chepilla le ordena que no vuelva más a esa casa, que hay allí una bruja que se come a las niñas bonitas. De aquí pasa Chepilla a relatarle el final de una niña desobediente llamada Narcisa. Ese cuento, que nosotros llamaremos “El diablo violinista”, parece del todo inocente; parece no tener mayor relación con la novela, pero sí la tiene como se revelará también en 1882.

Cuenta Cecilia, cuenta Chepilla, y lo que cuentan se recoge en el texto de *La Siempreviva*, y después, en las dos ediciones ulteriores, los otros personajes así mismo contarán, siempre referirán cosas de distinta importancia, porque el narrar de los personajes ocupa no poco espacio en *Cecilia Valdés*, sobre todo en la edición del 82.

Hay otros rasgos de Cecilia Valdés, el personaje, que también se encuentran en este relato y que no resulta pertinente discutirlos por extenso en este momento. Valga apuntarlos. El primero es la soledad de Cecilia Valdés. Parece un despropósito hablar de soledad con relación a ella, pero la letra del cantarillo popular que Villaverde coloca de epígrafe al frente de la narración —“sola soy,

sola nací” (...)—, no es una gratuidad sino una de las claves del personaje. Habrá que esperar a que se publique la obra completa para poder darse cuenta de ello.

Otra de las clases a señalar es lo que en este trabajo denominaremos *el cecilismo*, es decir, una extraordinaria: capacidad de ensoñación y rebeldía en el personaje, unida a un narciso exacerbado por el medio (exacerbado y asediado) y a una ingenuidad y desamparo últimos revestidos de aparente seguridad y resolución. En esta versión, el narcisismo es más desorbitado, menos inocente, aun de niña, aun a los diez u once años de edad con que nos la presenta Villaverde.

Siguiendo el modelo de las mujeres músicas de Walter Scott, Villaverde convierte a esta primera Cecilia en un ser más refinado culturalmente que en la versión definitiva, punteadora de arpa y excepcional cantadora de boleros. Esto desaparece al cabo; lo que sí permanece hasta el final es la adolescencia de la heroína. Sobre esto queremos llamar la atención. La Cecilia Valdés de la edición de 1882 tiene dieciocho años de edad en 1830, y las dos de 1839 solo catorce, pero adolescentes son las tres, representativas de tales en sus contradicciones de vida. Son amores de adolescentes los que describe Villaverde con relación a Cecilia en cualquiera de las versiones. Es importante no perder de vista esto, aunque más de un crítico lo haya soslayado.

El galán Leocadio Gamboa, es otro adolescente. La diferencia de edades entre él y Cecilia es mayor ahora que, en la lección del 82. También aquí es hijo de familia rica; también aquí se le destina al foro; y aquí también es jugador, mujeriego, botarate, elegante, “el primer petimetre de la Habana”, el primer don Juan, añadimos nosotros. En unos cuantos párrafos se hace su retrato, se ilustran sus devaneos amorosos. Se le presenta frecuentando todas las capas de la sociedad habanera, y no por ser un demócrata sino para satisfacer sus caprichos, para humillar a los pobres. Lo que se cuenta de él lo sitúa más cerca del Leonardo Gamboa del 82 que del Leonardo del primer tomo. Él va a ser el seductor de Cecilia. Deslumbrado por su belleza y sus gracias, la enamora y hace que se fugue con él. Chepilla muere y aquí concluye el relato con la promesa del autor de contarnos nuevos pasos de Cecilia Valdés si alguna vez da con ella. Como se ve, a pesar de las palabras de los editores, lo publicado en *La Siempreviva* posee unidad en sí.

Al final del primer capítulo, que concluye con la imagen de Cecilia abrazando a Cepilla, prometió el autor revelarnos los antecedentes de esta, su vida anterior. El capítulo en que esto se narra Villaverde nunca lo publicó por razones que ignoramos.

Una vez leído se comprueba que en cuanto a calidad literaria es inferior a los otros dos. Sirve igualmente para demostrar otra tendencia en la manera de novelar de Villaverde. Los lectores de la novela completa se asombran de las veces que Villaverde deja en suspenso la acción para hacer interpolaciones, digresiones que él considera necesarias. La de más nota es dejar a Cecilia y a otros personajes a la salida de un baile al final del capítulo último de la segunda parte y retomarlos al inicio de la cuarta parte. Aquí iba a ocurrir algo parecido si se hubiera publicado el capítulo inédito.

Este se dedica a la juventud y madurez de Chepilla. Esa mujer libre tuvo una hija llamada Susana (que en 1882 será Charito Alarcón); fue abandonada por el padre de la niña. Tuvo que trabajar, convertirse en partera, confeccionadora de tortillas, maestra de primeras letras, florista. Crece Susana y se convierte en una hermosa joven, que es seducida por un caballero rico con el que se fuga. Al año siguiente, una vieja amiga de “Chepilla la gordiflona” como la apodaban viene a buscarla una noche para que partee a una joven parda muy misteriosa a quien ha hospedado por dinero en su casa. Chepilla va. La joven ya ha dado a luz y resulta ser Susana, su hija. Un caballero amigo del amante de Susana le arrebató la niña y ordena que la expongan en la puerta de la iglesia del Ángel. El padre manda a rescatar la niña; pero Susana ya ha perdido la razón. Todo esto lo sabe Chepilla después de recobrar el sentido, por una nodriza negra a quien se dio la libertad para que amamantara a la recién nacida, Cecilia Valdés. Esta nodriza negra es un claro antecedente de la María de Regla de 1882, y casi tan bachillera como ella.

Este capítulo, certeramente suprimido por Villaverde, acercaba su obra a *El arrepentimiento tardío*, narración de *El Observador Parlante* (José Quintín Sutzarte) publicada en el primer número de la *La Siempreviva*.

Tomado de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*,  
73 (3): 43-52, La Habana, septiembre-diciembre, 1982.



# Las clases sociales en Cuba y la Revolución Martiana

Eduardo Torres-Cuevas

HISTORIADOR, PROFESOR UNIVERSITARIO Y DIRECTOR  
DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE CUBA JOSÉ MARTÍ (2007-2019)

*Una lección clara de nuestra historia tanto en el pasado como en el presente siglo, en la colonia o la neocolonia, antes y después de las guerras de independencia, es que las clases explotadoras de nuestro país y los Estados Unidos fueron siempre poderosos obstáculos a la liberación de Cuba.*

FIDEL CASTRO

EL HECHO de haberse fundado en 1892, por emigrados cubanos, el primer partido para la Revolución, y que su creador, ideólogo y dirigente máximo, nuestro José Martí, tuviera una extraordinaria penetración en la situación económica, política y social, nacional e internacional, ha sido fuente inevitable e ineludible de profundas meditaciones y de importantes trabajos. Quizás uno de los problemas que, lógicamente, más preocupa últimamente es el referente a la posición de las distintas clases sociales ante el movimiento de liberación nacional y, por ende, la composición de clase del primer partido para la Revolución Cubana.

En primer lugar, la clase dominante, la alta burguesía establecida en Cuba, cubana o española, no era *revolucionaria*, sino *reformista*, si se le toma como clase social en su conjunto.

En este caso entendemos por *reformista* a todas las variantes políticas —autonomismo, anexionismo, integrismo— que se manifiestan en esta época y que son opuestas al independentismo.<sup>1</sup> Todas ellas tienen como elemento esencial y común su carácter antinacional debido a oponerse a la formación de la nación cubana y solo pueden diferenciarse en la forma que debe adquirir

<sup>1</sup> El concepto reformista utilizado aquí, no debe confundirse con la actitud política de la burguesía esclavista cubana durante los primeros sesenta y siete años del siglo XIX y que se conoce con el mismo término pero que tuvo un contenido distinto en tanto respondía a situaciones e intereses diferentes a los que en este período se expresan. Estas diferencias cuyo origen está en los cambios estructurales que se están operando en la sociedad cubana, explican que reformistas de la etapa esclavista como José Antonio Saco y Nicolás Azcárate, se niegan a participar en el movimiento autonomista; por estas mismas razones, debe entenderse que el integrismo españolista, ahora, tendrá que ser, en lo tocante a lo económico, “reformista” aunque no lo sea en lo político, situación de la cual emanan sus privilegios.

esa dependencia de las naciones extranjeras: “Con España pero con condiciones” (autonomismo); “Con España sin condiciones” (integrismo); “Si España no puede garantizar la estabilidad económica y política de la clase dominante en Cuba, entonces con Estados Unidos” (anexionismo). Esta última variante antinacional se manifestó, a finales de la guerra de independencia, en tres nuevas opciones: “Cuba debe ser un estado más de la unión norteamericana”; “Cuba debe ser un protectorado de Estados Unidos”; “Cuba debe ser una república dependiente económica y políticamente del imperialismo yanqui, neocolonial”.

Estas opciones reformistas son, por sus contenidos políticos y sus raíces económicas, esencialmente de la alta burguesía hispano-cubana. Esto no excluye que muchas de las personas arrastradas o involucradas en esas tendencias pertenecieran a la pequeña y mediana burguesía y, aún a sectores o capas de otras procedencias, por cuanto el universo ideológico burgués cubano lo conformaba la clase dominante desde el punto de vista económico y, dentro de ella, el sector más poderoso.

La raíz antinacional de estas tendencias estaba en la deformación estructural cubana —economía fundamentalmente exportadora de una materia prima, azúcar y la debilidad del mercado interno—.

Lo lamentable es que —puesta al servicio de los intereses de clase dominantes— una parte importante de la intelectualidad de la época, desempeñó el papel de ideólogos, ya fuera de una manera teórica o propagandística, de estas corrientes. Contra todas ellas luchó Martí en la más formidable batalla ideológica que se librara a finales del siglo XIX en el ámbito nacional cubano y en el latinoamericano por extensión. Esta batalla ideológica por la liberación nacional, librada por Martí, era, por su trasfondo económico, una manifestación de la lucha de clases y de los compromisos clasistas de los contrincantes.

El hecho de que la alta burguesía hispano-cubana no fuera revolucionaria, y por ello no fuese independentista, sino solo reformista, no es una excepción histórica, sino que en ello se cumple una de las regularidades indicadas por Lenin, referente a la proyección de esta clase social en el mundo de la época contemporánea. Señala Vladimir Ilich Lenin:

La burguesía de los países oprimidos, aunque apoye a los movimientos nacionales, al mismo tiempo lucha de acuerdo con la burguesía imperialista, es decir, juntamente con ella, contra todos los movimientos revolucionarios y contra todas las clases revolucionarias.<sup>2</sup>

El doctor Carlos Rafael Rodríguez observa cómo para Lenin la gran burguesía de los países coloniales “en cualquiera de sus capas (industrial, agraria, importadora y bancaria)” no podía constituir una fuerza democrática.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Rodríguez, Carlos Rafael: “Lenin y la cuestión colonial”. En: *Casa de las Américas*, 59: 25, La Habana, marzo-abril, 1970.

<sup>3</sup> *Ibidem*. p. 24.

¿Existe alguna razón para considerar a la alta burguesía cubana una excepción dentro de esta tendencia generalizada? ¿Fue democrático-revolucionaria, en 1895, la burguesía en Cuba o alguna de sus capas? En consecuencia ¿el proyecto independentista de Martí no tenía que convertirse en un movimiento revolucionario como único medio de garantía de la propia independencia?

## La burguesía hispano-cubana y sus opciones políticas

Para un análisis de la situación política de esta clase social se hace necesario remitirnos al período inmediatamente posterior al fin de la guerra del 68. Es por esa época que surgen las dos agrupaciones *políticas* dominantes y legales actuantes hasta finalizar la dominación española: el Partido Liberal, posteriormente llamado Autonomista y el Partido Unión Constitucional.

En sus programas sociales ambos partidos diferían en un punto capital: el relativo a la abolición de la esclavitud. Mientras el Liberal Autonomista planteaba la abolición indemnizada, el llamado conservador, es decir, Unión Constitucional, se declaraba a favor de la abolición inmediata y sin indemnización.<sup>4</sup> Para algunos autores del período neocolonial, las afirmaciones de los autonomistas han sido fuentes suficientes de aceptación acrítica. Según los autonomistas su partido era el partido de los intereses cubanos, mientras Unión Constitucional lo era de los españoles. Solo en la expresión de sus masas y en la composición de las mismas esto fue así, pero no en cuanto a la composición de sus juntas centrales de dirección, ni en los programas y objetivos elaborados por estas últimas.

Creemos, por tanto, necesario introducir aquí una diferenciación. Uno fue el objetivo con que cada Junta Central concibió su partido y otra, la interpretación con que fueron presentados a sus masas respectivas y que quedó como imagen idílica de los autonomistas.

Difícil sería la labor de Martí para romper esta visión de los autonomistas, quienes hacían ver que representaban los intereses del pueblo cubano:

A la realidad estamos aquí, y hemos de estar allá todos, y no a la combinación ya extinta, con nombre de autonomismo, de las diversas fuerzas públicas que, a falta de vigilancia y acción, *hubieran podido convertirse en Cuba en el funesto imperio de una oligarquía criolla, sin el poder siquiera de la inmoral riqueza con que en otro tiempo se empezó a fundar*, y cuya existencia solo se hubiera podido mantener por la liga encubierta con el poder español, o por la

<sup>4</sup> El hecho que ante el movimiento revolucionario —particularmente el estallido de la llamada “Guerra Chiquita”— los autonomistas adoptaran el “el mal menor”, es decir, aceptar la abolición de la esclavitud, no cambia el sentido de su posición. Por una parte, el patronato, fue, en parte, esa abolición paulatina e indemnizada y, por otra, la nueva posición —aparentemente a favor de la abolición— les permitió alegar que la misma se debía sus gestiones. Fue Martí quien desenmascaró a los autonomistas al señalar que la abolición de la esclavitud se debió más al temor de España —y agregamos nosotros, y de la propia burguesía— al movimiento independentista que a las gestiones y ruegos de los autonomistas, que encubrían así el verdadero carácter de la abolición.

entrega del país a una civilización extraña [Se refiere a Estados Unidos], que niega a Cuba la capacidad probada para el gobierno libre y declara necesitar de ella para fines sociales y estratégicos hostiles a la paz y albedrío del país. Ese era el peligro del autonomismo, y para salvar a los cubanos de él, autonomistas o no, hemos acá fuera, trabajado y vivido.<sup>5</sup>

La razón de ser del Partido Autonomista tuvo, en otro sentido, dos causas distintas. Una para el gobierno español y otra para su Junta Central. El motivo español-colonialista, impulsor de la creación de ese partido, fue expresado por el general Camilo Polavieja:

El Partido Autonomista nació respondiendo a la necesidad de crear en el *orden político* un organismo intermedio entre separatistas e integristas, una agrupación que, sin herir de una manera profunda en lo esencial la doctrina de estos, o sea el mantenimiento de la integridad del territorio, *alentase la esperanza haciéndoles confiar en que lograrían por la evolución lo que no habían podido conseguir por la revolución.*<sup>6</sup>

Se trata, pues, de una sencilla fórmula española para engañar a incautos; sustituir la Revolución por la falsa imagen de la evolución pacífica.

Lo interesante de este hecho lo constituye que la Junta Central autonomista nunca se llamó a engaño. Uno de sus dirigentes, Ricardo del Monte, al referirse a la fundación del Partido Autonomista, dice:

Advertimos de que el Gobierno General [...] no estaba dispuesto a consentir que se proclamase la Autonomía.<sup>7</sup>

Dado el caso, las reglas del juego estaban claras para ambas partes, la española y la autonomista, aunque con un fin común: engañar al pueblo cubano, narcotizarlo con una fórmula cuya inutilidad para el pueblo y utilidad para el poder colonial y para la oligarquía nativa se sabían de antemano. Los autonomistas nunca dejaron de proclamar sus principios “evolucionistas” en realidad, contrarrevolucionarios, en tanto iban dirigidos a evitar el movimiento de liberación nacional.

Pero, ¿cuál era la razón de ser del Partido Autonomista, para su Junta Central? Defender los intereses de un sector de los hacendados azucareros cubanos.

Esto es evidente, de forma particular, en su *Manifiesto al País*, del 1.º de agosto de 1878, en la parte subtitulada *Cuestión económica*. Ella resume las aspiraciones de esta capa de la alta burguesía: supresión del derecho de exportación; reforma

<sup>5</sup> Martí, José: “El lenguaje reciente de ciertos autonomistas”, (*Patria*, 22 de septiembre de 1894). En su: *Obras Completas*. 2ª. ed. La Habana, p. 404.

<sup>6</sup> Estévez Romero, Luis: *Desde el Zanjón hasta Baire*, Ed. Ciencias Sociales, t. I, La Habana, 1974, p. 58.

<sup>7</sup> Guiral Moreno, Mario: “Autonomismo”. En: *Los grandes movimientos políticos cubanos de la colonia*, Municipio de La Habana, 1943, p. 82. (Cuadernos de historia habanera). p. 82.

arancelaria; rebaja de los derechos pagados en las aduanas de la península por los *azúcares y mieles de Cuba*; y, con especial énfasis,

tratados comerciales entre España y las naciones extranjeras, *particularmente con Estados Unidos*, sobre la base de la más completa reciprocidad arancelaria entre aquellas y Cuba, y otorgando a todos los productos extranjeros en las aduanas y puertos de la isla las mismas franquicias y privilegios que aquellas concedan a nuestras producciones en los suyos.<sup>8</sup>

Por su parte, el Partido Unión Constitucional no era simplemente el partido de los llamados “españoles sin condición”, al contrario, fue concebido para defender los intereses de otro sector de la alta burguesía azucarera. Por ello, su programa coincide con el autonomista en los puntos anteriores y llega a incluir, además, el referente a la concertación de un tratado con Estados Unidos:

mercado principal de nuestros frutos, sobre la base de amplia reciprocidad que favorezcan los intereses agrícolas, mercantiles y fabriles de Cuba.<sup>9</sup>

¿En qué estriban las diferencias entre ambos partidos?

Una de las diferencias está dada, en que en Unión Constitucional están también representados los intereses de otras capas de la alta burguesía hispano-cubana. El programa del partido conservador incluía las demandas de los dueños de las fábricas de tabaco y cigarros, de los de la industria de consumo y de los comerciantes, capas estas en las cuales primaban los españoles. De ahí que el programa expresase los intereses de las mismas:

Aplicación de medidas que faciliten nuestro comercio con los puertos nacionales [españoles] hasta llegar a la declaratoria de cabotaje.

Especial defensa de la producción agrícola y de la industria manufacturera de nuestro tabaco”<sup>10</sup>

Como puede verse coincide con el autonomista, en lo relativo a los propósitos comunes de todos los hacendados azucareros hispano-cubanos: supresión de los derechos de exportación; celebración de tratados comerciales entre España y las potencias extranjeras, en particular con Estados Unidos. Pero difiere de aquel en que tiene en cuenta los intereses de otros sectores no azucareros de la burguesía hispano-cubana; solicitaba la concertación de tratados no referidos exclusivamente —como expresaba el programa autonomista— a los productos derivados de la caña, si no que los mismo “favorezcan lo intereses agrícolas, mercantiles y fabriles de Cuba”, reclama medidas favorables al “comercio interno” del país, en especial entre los puertos españoles y los cubanos.

<sup>8</sup> Estévez Romero, Luis: ob. cit., p. 57.

<sup>9</sup> *Ibidem*. p. 74.

<sup>10</sup> *Ibidem*. p. 74.

Un singular énfasis tiene la “defensa de la producción agrícola y de la industria manufacturera de nuestro tabaco”.<sup>11</sup>

Mas el aspecto de mayor importancia que diferencia al partido de los autonomistas del llamado conservador es que ambos responden a grupos desiguales dentro de la propia capa azucarera de la burguesía hispano-cubana. Esta desigualdad era esencial. Tanto para entender la actitud de un partido como la del otro.

A partir de la década del año sesenta del siglo XIX, se observa un fenómeno de trascendencia dentro de los productores azucareros. Este fenómeno era la concentración de la propiedad y, con ella, la transformación paulatina de la industria azucarera. Ya en 1865 el conde de Pozos Dulces, un hacendado arruinado y vocero de los reformistas cubanos de esa etapa, escribía:

Los hacendados no pueden conservar sus capitales, pasando estos a manos de los comerciantes e industriales.<sup>12</sup>

El proceso de concentración de la propiedad y de la riqueza se vio profundamente acelerado por la Guerra de los Diez Años, al aprovechar tal coyuntura los sectores españoles de mayores posibilidades económicas, en Cuba, para enriquecerse con la guerra y despojar a los cubanos de sus propiedades, mediante la Comisión de Bienes Embargados, de las actividades del Casino Español y, sobre todo, de su participación en los jugosos negocios que traían consigo las operaciones militares y el mantenimiento de un ejército numeroso en Cuba. A ello se unió el alto precio del azúcar en algunos de esos años. Como la guerra solo se desarrolló en los departamentos orientales de la Isla, ella no afectó a estos productores, al contrario, los benefició.

De esta forma un grupo de españoles se enriqueció o aumentó sus riquezas de manera acelerada. No se puede excluir de este fenómeno a algunos productores cubanos, quienes se pusieron al lado de España y explotaron, al igual que este grupo de españoles, el negocio de la guerra. Así, cuando la guerra terminó, mientras Oriente y Camagüey se encontraban en la ruina y una parte considerable de los antiguos productores de occidente incapacitados para modernizar sus propiedades de forma tal, de hacerlas competitivas; un puñado de dueños de ingenios, comerciantes o personas que hasta entonces no aparecían entre los propietarios de la Isla, de origen español o cubano pero vinculados políticamente al poder colonial, se habían enriquecido de tal forma, que podían asumir un cambio en la estructura tradicional de la industria azucarera. Este grupo había logrado una acumulación considerable de capital, la cual les permitía modernizar su industria y, además, abolir la esclavitud sin necesidad de indemnización. Por ello, el punto de diferenciación entre ambos programas — Autonomista y Unión Constitucional— era el problema de la modernización azucarera y, dentro de este, en los primeros años posteriores a la Guerra de los

<sup>11</sup> *Ibidem.* p. 74.

<sup>12</sup> Cepero, Bonilla, Raúl: *Azúcar y abolición*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1971, p. 265.

Diez Años, el problema de la abolición de la esclavitud. Los dos partidos abogan por la aplicación de la Ley Moret, la cual preveía la eliminación de la esclavitud, pero en el autonomista se aclara, tal y como expresa la ley, que la abolición debe ser indemnizada; mientras en el otro, el de Unión Constitucional, se solicita fuera “sin indemnización pecuniaria a los propietarios”.<sup>13</sup>

La forma en que Unión Constitucional se planten el problema tiene un fin indudable: destruir el resto de los competidores azucareros, casi todos de origen cubano y herederos de la otrora todopoderosa oligarquía esclavista y azucarera cubana, que no ha llegado a la acumulación de capitales suficientes. Efectivamente, cuando en la década del ochenta se eliminó la esclavitud, el proceso de concentración de la industria azucarera se aceleró aún más. Si tomamos como base el año 1861, se puede observar este proceso:

Año	Unidades productivas	Diferencia
1861	1365	—
1877	1191	-174
1890	900	-291
1894	450	-450
1899	207	-243

FUENTES: Censos y revistas.

Como se puede observar, entre 1877 —casi finalizando la Guerra de los Diez Años— y 1894 —año anterior al inicio de la Guerra del 95— desaparecieron más del 50 por ciento de los ingenios existentes en Cuba. A finales del siglo solo existía un 18 por ciento de las unidades productivas del año 1861, pero muchas de estas, modernas y capaces de producir más eficientemente y en cantidades muy superiores a los viejos ingenios.

De esta acumulación de capitales y concentración de la propiedad industrial en un reducido grupo de dueños de ingenios, surgió la transformación económica de finales del siglo XIX —la más importante transformación económica producida en Cuba antes del triunfo de la Revolución Cubana— que tuvo el sello del capitalismo. La transformación del ingenio en central, del trabajo esclavo en trabajo libre —más justamente de la esclavitud abierta y desnuda del africano por la esclavitud encubierta del obrero asalariado—, y la formación del colonato en la agricultura cubana, son solo formas del proceso de formación de estructuras capitalistas en la agricultura y la industria cubanas. Este proceso tuvo la característica de la formación de un verdadero grupo oligárquico de proyecciones antinacionales y que como todo proceso de acumulación capitalista, implicó la ruina de todos sus competidores y la explotación desmedida de todos los sectores populares —tanto en la explotación económica del obrero y del campesino como de la explotación socio-política de todo el pueblo—. Por

<sup>13</sup> Estévez Romero, Luis: ob. cit., p. 74.

otra parte, en realidad este grupo estaba constituido por españoles y cubanos enriquecidos entre 1860 y 1880. Entre los factores para enriquecerse había estado la expropiación de las antiguas propiedades cubanas y la explotación en beneficio propio de la Guerra de los Diez Años. Por ello, preferimos llamarla burguesía hispano-cubana. El hecho de que muchas firmas de origen español, por aquel tiempo, establecidas en Cuba se convirtan en firmas cubanas al pasar de padres españoles a hijos cubanos —por lo que en la neocolonia son compañías cubanas— no disminuye la importancia política y económico de estas circunstancias en tiempos de Martí.

A toda esta situación se unía lo siguiente: Cuba fue desplazada como primer productor azucarero en el período de entre guerras, y su exportación tenía un solo mercado imperante: Estados Unidos.

La disminución de los precios del azúcar trajo como consecuencia la necesidad de producir más y más barato. Para ello era necesario modernizar la industria con maquinarias más modernas... y eran necesarios grandes capitales. Solo los poseedores de los mismos pudieron obtener el triunfo en esta batalla industrialista. Estos grandes capitales pudieron ser invertidos en la aplicación de las patentes industriales de Stewart y Mac Donald. En la nueva unidad productiva, el central, se introdujo el tacho al vacío y el aparato centrífugo, los cuales permitieron purificar y cristalizar el azúcar de caña. Con este nuevo sistema de producción se fabricaba más azúcar, más barata y su calidad podía modificarse según el estado de los mercados. Todo ello llevó a que la situación de un número considerable de productores con ingenios de tecnología atrasada para estos tiempos, se hiciera definitivamente insostenible y sus nombres dejaron de figurar como parte integrante del bloque azucarero.

De todo este proceso importa destacar, para los fines de este trabajo, lo siguiente: en el Partido Unión Constitucional se concentraban aquellos quienes tenían mayores posibilidades económicas, principalmente de origen español, pero también cubanos, y que debían su riqueza en gran medida, a la explotación de la guerra; a su vez, en el Partido Autonomista tenían su plaza sentada los productores ya históricos, en estos momentos, y entre quienes se encuentran muchos que están en ruina, o en proceso de ruina, o condenados a la ruina o en difícil situación, provocada, entre otras cosas, por el propio proceso de modernización de la industria y la agricultura azucareras. Por ello el lenguaje autonomista tenía un mayor acento crítico; por ello, este partido logró captar los sectores y capas sociales medios de la población: por ello, este partido daba una imagen menos elitista que Unión Constitucional; y, por ello, en fin, su lenguaje era más peligroso que el de Unión Constitucional, pues perseguía aunar al pueblo cubano alrededor de los intereses de este sector de la burguesía azucarera, con dificultades en el proceso de readaptación a las nuevas condiciones. Para Martí, el Partido Unión Constitucional no significaba ningún peligro para la causa independentista y con ello, para la revolución, en tanto, su manifestación ideológica se contraponía de manera abierta a la separación de Cuba de España e, incluso, el integrismo y acción económica de sus principales miembros, podía provocar la unión del resto del pueblo cubano en contra de

sus posiciones. Pero el autonomismo era especialmente peligroso justamente porque por necesidad tenía que ser crítico con la política española.

Las principales figuras autonomistas señalaron la diferenciación existente entre ambos sectores azucareros, y cuando lo hacían era con el acento amargo de la derrota. Rafael Montoro expresaría al respecto:

En lo económico se producía, como efecto inevitable de la general sacudida [se refiere a la Guerra de los Diez Años], una transferencia más o menos ilegítima de la riqueza que dejó de estar representada por los elementos de arraigo, poseedores del suelo.<sup>14</sup>

Y José Silverio Jorrín escribía:

En el actual brevísimo período de transición los ingenios pequeños y medios son absorbidos por la vorágine de colosales fábricas, concentrándose así la riqueza territorial en poquísimas manos y cayendo en honda miseria los que antes eran acomodados terratenientes.<sup>15</sup>

Estas fricciones internas de una misma clase que sufría el proceso típicamente capitalista de concentración de la riqueza, no acercaron a ninguna de sus partes al movimiento independentista.

Como confirmación de lo hasta aquí dicho véase la relación de figuras que firman el manifiesto del Partido Unión Constitucional. Tomemos algunos simples ejemplos. Este partido fue constituido en la residencia del conde de Casa Moré, José Eugenio Moré, nacido en Colombia, pero de arraigados sentimientos pro-españoles y una de las principales figuras del integrista durante la Guerra de los Diez Años. Su fortuna era considerada, en la década del setenta del siglo XIX la mayor de Cuba. Entre sus propiedades se encontraban los Ingenios San Jacinto, La Pepilla, El Indio y San Ignacio. A esto se unían sus acciones en numerosas compañías entre las cuales se destacan los ferrocarriles de Sagua la Grande y la importante firma Moré y Ajuria. Moré fue la principal figura del partido conservador en sus inicios.

Al grupo unionista también pertenecían el marqués de Almedares, dueño de los ingenios Luisa, Serafina, Antillas y Unión; el conde de Barreto, dueño de los ingenios Central y Pilar; el marqués de Campo Florido, dueño de los ingenios Encarnación y Tivo-Tivo; Manuel Ajuria, condueño con el conde de Casa Moré de los ingenios San Julián, Manzanares e Indio. La lista de fundadores de Unión Constitucional incluye a otros poseedores de prominentes fortunas como son los casos de: el conde de la Reunión, el conde de la Mortera, José Ricardo O'Farril, y José Barbón. Junto a estos nombres vinculados al azúcar están los de Leopoldo Carvajal, dueño de una de las principales fábricas de tabacos, Cosme Herrera, vinculado al comercio y a la industria.

<sup>14</sup> Cepero Bonilla, Raúl: ob. cit., p. 264-265.

<sup>15</sup> *Ibidem*. p 266.

¡Y a esto es a lo que Luis Estévez y Romero llamó “españoles sin condición”! Como se puede observar es en realidad, una agrupación política controlada por el sector más poderoso de la capa azucarera de la burguesía hispano-cubana unida a los grupos comerciantes e industriales no azucareros que aliada al poder colonial se erige en su defensor utilizando como fuerza de choque a la masa de peninsulares residentes en Cuba.

Por otra parte, en el Partido Autonomista podemos encontrar numerosos dueños de ingenios, a principios de nuestro siglo. Como por ejemplo, citaremos aquí las figuras de José María Gálvez, presidente del partido, dueño del ingenio Dos Mercedes; Antonio Govín, secretario del partido, dueño de los ingenios Niágara y Maravilla; Rafael Fernández de Castro, dueño del ingenio Lotería; Emilio Terry dueño de los ingenios Tinguaro, Teresa, Reparado y Esperanza; Gonzalo y José Silverio Jorrín, propietarios de los ingenios Vista Hermosa, Julia y Dos Hermanos. Al lado de estos dueños de ingenios se encuentran en el Partido Autonomista, importantes abogados de firmas azucareras como el caso de Eliseo Giberga. También componen la alta dirigencia autonomista, miembros de familias tradicionalmente azucareras, pero que ya han perdido el poderío económico de antaño (Esteban Montalvo, Cárdenas). De igual forma encontramos banqueros ligados a la industria azucarera, Carlos de Zaldo. Todo ello demuestra como este partido es la expresión de otro sector de la capa azucarera de la burguesía hispano-cubana, en la cual tienen peso los productores históricos cubanos.

Estos dos partidos eran las instituciones políticas del período que va desde finales de la Guerra de los Diez Años hasta la terminación de la dominación española. Justamente es el período en el cual Martí está preparando la *guerra necesaria*, y el de incubación, creación y desarrollo del Partido revolucionario Cubano, es también, el período en que se forman las ideas definitivas de nuestro Héroe Nacional sobre la realidad cubana, latinoamericana y norteamericana, y en el que se librará, como consecuencia del proyecto revolucionario martiano, la guerra de liberación nacional.

Vinculada a la dominación española y al responder a intereses de clase muy concretos, la ideología predominante en los dos partidos políticos existentes en Cuba, no se dirigían a la liberación nacional, ni a la defensa de los intereses del pueblo y, por tanto, no respondía a una concepción democrático-popular, alejándose incluso de los moldes de la democracia burguesa; sus ideólogos eran esencialmente pro-españoles, condicionalmente integristas, y potencialmente anexionistas. Al hacer esta afirmación excluimos de ella a un grupo de intelectuales cubanos que formaron una especie de izquierda autonomista y que, en algunos casos, aprovecharon las prerrogativas del partido para expresar ideas dignas de tenerse en consideración a la hora de estudiar el pensamiento progresista cubano. Mas ellos no constituyeron la verdadera dirigencia autonomista. Sus principales figuras nunca negaron la esencia antinacional del partido. Antonio Gavin, secretario del mismo, se expresó así:

Por manera, que la suerte de la autonomía y la de España están indisolublemente unidas.<sup>16</sup>

El carácter potencialmente anexionista de muchos autonomistas estaba determinado por la dependencia con respecto al mercado norteamericano del azúcar producida en los ingenios de la burguesía hispano-cubana. Véase el cuadro p. 19.

El autonomista y destacado hacendado azucarero cubano, Rafael Fernández de Castro, expresó de forma tajante y lapidaria, la concepción de su clase de la siguiente forma:

Sin azúcar no se concibe la Isla de Cuba y sin el consumo de ese producto por los Estados Unidos no se concibe nuestra existencia como pueblo culto [...]. El azúcar, es el cordón umbilical que nos une a la república vecina. El día que no recibamos los millones yankees, en cambio de nuestros azúcares, dejaremos de existir para la vida culta.<sup>17</sup>

En estas palabras se encierra la filosofía de los productores cubano-españoles y es la base de su pensamiento político. Ellas demuestran la convicción de su necesidad vital de dependencia, pero sobre todo, su esencial antinacional.

**Producción azucarera cubana y exportación a Estados Unidos y España**  
Unidad: Tonelada Métrica

Año	Producción	Exportaciones Estados Unidos	Exportaciones España
1869	718 745	399 974	29 048
1879	775 368	562 890	21 703
1880	618 654	504 711	17 923
1885	628 990	516 218	36 934
1890	636 239	513 335	51 968
1865	983 265	843 910	26 956
1899	333 237	321 816	7 912

FUENTE: Moreno Fragnals, Manuel: *Complejo económico social cubano del azúcar*, Ed. Ciencias Sociales, t. III, La Habana, 1978.

Este criterio de clase fue también expresado por el órgano oficial del Partido Autonomista, el periódico *El País*, en fecha tan temprana como 1886:

Nuestra metrópoli política es España; pero fuerza es reconocer que en ella no está el porvenir de nuestra riqueza ni la prensa de nuestra prosperidad, sino en los Estados Unidos, que, por obra de la naturaleza y de los hombres, debemos considerar como nuestra metrópoli mercantil...<sup>18</sup>

<sup>17</sup> Citado por Le Riverend, Julio: *Historia de la Economía de Cuba*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1971, p. 538.

<sup>18</sup> Cepero Bonilla, Raúl: ob. cit., p. 251.

Acerca de estos planteamientos de los distintos sectores de la burguesía azucarera no discrepaban ni tirios ni troyanos, ni cubanos ni españoles. Tanto el programa de un partido como el del otro, demuestran la importancia que tenía para esta clase social las relaciones con Estados Unidos y, a su vez, esos programas demuestran que ambos partidos, en este aspecto, respondían a los intereses de la burguesía hispanocubana exportadora. Por esta misma razón, esta clase social se autoexcluirá del Partido Revolucionario Cubano.

Lo interesante es lo siguiente: hasta en la misma España, algunos sectores criticaron esta tendencia a la dependencia comercial y vieron cómo la burguesía hispano-cubana azucarera era cada vez más propensa a facilitarle el camino al dominio norteamericano:

Los productores cubanos han cometido un error gravísimo que pagarán duramente. Abandonando la navegación e industria propias, así como los mercados de Europa y Sur América, han querido hacer de los Estados Unidos su metrópoli comercial. De este modo se han labrado ellos mismos la condena de su esclavitud facilitando el cumplimiento del programa bosquejado por John Quincy Adams y planteado abiertamente por Monroe: o sea la preponderancia política y comercial de los Estados Unidos en el continente americano.<sup>19</sup>

Efectivamente la burguesía hispano-cubana pagaría caro esta dependencia. A principios de nuestro siglo xx —y particularmente después del año 1917— las compañías yanquis se apoderan de la mayoría de nuestros ingenios y centrales y construyen otros nuevos. Si a finales del siglo xix las inversiones norteamericanas en Cuba no sobrepasaban la cifra de los 80 millones de dólares, ya en 1925 el capital estadounidense invertido en Cuba alcanzó la astronómica cifra de 1 360 millones, de los cuales 750 estaban invertidos en el sector azucarero. El camino hacia la desnacionalización de la industria y la agricultura cubanas había sido abierto por la intervención yanqui en 1899. El Tratado de Reciprocidad —instrumento de dominación económica de Estados Unidos en Cuba firmado en 1902, fue la llave que abrió las puertas al capital yanqui, sentó las bases para la destrucción de la industria autóctona. La burguesía hispano-cubana se había suicidado como clase independiente y había colocado las bases no ya de la dependencia comercial sino de su aniquilación como clase poseedora. Las intenciones norteamericanas quedan claras en las palabras del presidente Theodoro Roosevelt, en el mensaje al Congreso apoyando el tratado de reciprocidad —que de reciprocidad no tenía nada—:

Insisto en aconsejar el planteamiento de la reciprocidad con Cuba, no solo por favorecer eficazísimamente nuestros intereses, dominar el mercado

<sup>19</sup> Réplica de la Junta Directiva del Círculo de Hacendados y Agricultores de la Isla de Cuba al folleto “La cuestión cubana”, *La Lucha*, La Habana, 1891, p. 37 (Colección Facticia Vidal Morales, 082 Morales, t. 19, no. 8). Colección existente en la Sala Cubana de la Biblioteca Nacional José Martí.

cubano, e imponer nuestra supremacía en todas las tierras y mares tropicales que se hallan al sur de nosotros.<sup>20</sup>

Lo más destacable de este proceso es que justamente es nuestro José Martí —que estudia la realidad cubana desde posiciones muy diferentes a las de la burguesía— quien comprendió el peligro que la dependencia comercial, implicaba: “es mortal para un pueblo tener todo su tráfico ligado a un solo pueblo”; “el influjo económico de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político”; “el pueblo que quiere morir vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse vende a más de uno”, “el pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve”.<sup>21</sup>

Este punto de vista llevó a Martí a la conclusión de que la caída económica de Cuba en el área de influencia norteamericana se convertía en el punto de partida de la dominación política y económica de nuestra América:

“En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial [...] mero fortín de la Roma Americana y si libres [...] serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española [...]”<sup>22</sup>

Como puede constatarse las concepciones de la burguesía cubana eran diametralmente opuestas a la de nuestro José Martí. Por lo anterior, cuando Martí crea, en 1892, el Partido Revolucionario Cubano uno de los aspectos esenciales del mismo era luchar contra el anexionismo y contra sus manifestaciones, porque la aneación era para Martí fruto de la actitud de los ricos cubanos propensos a entregar el país a un poder extraño y rapaz. Esta es la raíz del anexionismo en esta fase de nuestra historia, y así lo comprendió nuestro Héroe Nacional independientemente de que también existieran anexionistas ingenuos, arrastrados por la propaganda del norte y que prefieren el otro vino, el que no es suyo, porque no es amargo.

Los dos partidos dependientes de la burguesía hispano-cubana, con sus estructuras jerarquizadas, con sus organizaciones nacionales y con el disfrute de la protección legal, contaban para su propaganda con sus importantes órganos de prensa, particulannente los periódicos *El Triunfo* y *El País*, dependientes de los autonomistas y el *Diario de la Marina*, relacionado con los círculos de dirección de los integristas de Unión Constitucional. Posteriormente, en la redacción del *Diario de la Marina* surgió otro partido integrista que llevó por nombre el de Reformista.

Hasta aquí hemos visto algunos aspectos de las organizaciones políticas de la burguesía hispano-cubana en los tiempos en los que Martí unía las fuerzas independentistas y formaba, en 1892, su partido, el “Partido del Pueblo Cubano”,

<sup>20</sup> Pichardo, Hortensia: *Documentos para la Historia de Cuba*, Editorial Ciencias Sociales, t. II, La Habana, 1969, p. 212.

<sup>21</sup> Martí, José: “La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América”: (*La Revista Ilustrada*, mayo de 1891). En: ob. cit., vol. II, t. I, p. 262.

<sup>22</sup> Martí, José: “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El Alma de la Revolución y el deber de Cuba en América”, (*Patria*, 17 de abril de 1894). En: ob. cit., vol. I, t. I, p. 352.

como lo llamaría él, con una adecuada acepción del término “pueblo”. Veamos, ahora, el trasfondo de estas instituciones *políticas* en las instituciones *económicas* y clasistas de la época.

## Organizaciones económicas y sectoriales de la burguesía hispano-cubana

Al referirnos a las organizaciones *políticas*, contra las cuales Martí libra la más formidable batalla ideológica, tratábamos de demostrar que las mismas respondían a los intereses de las distintas capas y sectores de la burguesía hispano-cubana, y por otra parte, componían el juego colonialista español, independientemente que en su demagogia política crearan, especialmente el autonomista, un clima de opinión favorable a sus puntos de vista.

Sin embargo, los centros de irradiación de la política en el país de los cuales dependían, en cierta forma los partidos políticos, eran las organizaciones aglutinantes de los intereses comunes de las diferentes capas de la burguesía hispano-cubana.

La capa más poderosa lo era sin duda, la azucarera; contaba con una larga tradición política, con los más importantes capitales de la Isla y con las más sólidas relaciones nacionales e internacionales. El 20 de enero de 1878 surgió la institución que agrupó a esta capa económica de la burguesía hispano-cubana, el *Círculo de Hacendados de la Isla de Cuba*. El surgimiento de esta organización estuvo vinculado a la política de concesiones a los grandes propietarios llevada a cabo por el general español Arsenio Martínez Campos, que llevaría a la firma del Pacto del Zanjón, pocos días después de constituido el Círculo. Un año después, el 1.º de enero de 1879, salía a la luz el órgano de esta institución, la *Revista de Agricultura* cuyo primer director lo sería el autonomista Francisco Zayas. Después de producirse la separación de la fase agrícola de la industrial en la producción azucarera, el Círculo cambió su nombre para poder abarcar ambos sectores; así en 1890 comenzó a denominarse *Círculo de Hacendados y Agricultores de la Isla Cuba*.

La primera Junta Directiva del Círculo de Hacendados estuvo constituida en lo fundamental por aquellos que se habían enriquecido en el último período y que integraban las mayores fortunas azucareras en ese momento. Su presidente lo fue José Eugenio Moré, el conde de Casa Moré, quien sería precisamente la figura central en la creación del Partido Unión Constitucional. Su vicepresidente lo sería Francisco Feliciano Ibáñez, conde de Ibáñez, español, destacado miembro del Casino Español y del Cuerpo de Voluntarios de La Habana, lo cual le permitió aumentar sus riquezas durante la Guerra de los Diez Años. Entre sus “negocios” posteriores estaría la vicepresidencia de la Junta Central de los Libertos.

A esta primera directiva del Círculo pertenecían, como vocales, los dueños de ingenios Francisco Zayas, Enrique Diago, Ricardo Alfonso, Mamerto Pulido y Manuel Calvo, todos muy destacados en las actividades anticubanas durante la guerra del 68 y enriquecidos con la especulación de los bienes embargados

a los cubanos y el negocio de la guerra. Estos grandes propietarios de hogaño, nada tenían que ver con la tradicional aristocracia de antaño, aunque a ellos se habían unido algunos grandes propietarios de la tradicional burguesía cubana esclavista.

Como vemos la composición de la Junta Directiva era diversa, hay integrantes del Partido Unión Constitucional y, a su vez, personas que se vincularon con el Partido Autonomista; de igual forma se encuentran mezclados en él españoles y cubanos. Solo existe una constante, ser hacendado. Solo se defiende un interés, el de los hacendados. Cuba y, hasta la misma España, como se verá más adelante, son secundarios ante los intereses de clase de esta capa de la burguesía.

Posteriormente integrarán la Junta Directiva del Círculo otros importantes hacendados, pero en la medida en que la mayoría eran los que estaban en proceso de ruina o tenían serias dificultades para alcanzar la transformación económica, este grupo tuvo una fuerza mayor dentro de la institución a partir del año 1884.

El círculo de Hacendados era una institución en defensa de los intereses de los hacendados ganaderos. Por ello, marcaba las posiciones de sus componentes ante los principales problemas de Cuba. Los miembros del Círculo giraron, en lo político, entre los partidos Unión Constitucional y Autonomista, pero como ya hemos visto era potencialmente anexionista. Es importante destacar aquí que el Círculo se mostró hostil al movimiento independentista, y con ello, a la obra martiana. A los pocos días de estallar la Revolución el 24 de febrero de 1895, la *Revista de Agricultura* publica una declaración del Círculo para condenarlos ante la historia:

La clase de hacendados y agricultores, formada en su mayoría por hombres de arraigo y trabajo, que merced a sus viriles esfuerzos han logrado progresar a través de numerosos obstáculos, no puede menos *que condenar el movimiento revolucionario que acaba de manifestarse en algunos puntos de la Isla*, y cuyos resultados, a no contenerse con la sensatez y patriotismo de la mayoría de los habitantes de Cuba, no serían otros que detener el momento en que la evolución alcanza un período de avance positivo [...] y sembrar la ruina y la desolación en los fértiles campos de Cuba.<sup>23</sup>

Esta fue la posición de los dueños de ingenios y centrales, ante la obra de Martí y ante el movimiento de liberación nacional. Mientras la isla de Cuba se caracterizaba por el mayor atraso y su pueblo vivía en la peor miseria, este grupo aumentaba sus riquezas. Por eso, para ellos era ese un momento de “avance positivo” que la Revolución venía a interrumpir.

El capital no tiene patria. Esto lo demostraron los señores del Círculo de Hacendados. Si en las declaraciones anteriores se mostraban fieles a España, esto no era por ningún sentimiento a favor de la misma. Ni se manifestaron

<sup>23</sup> *Revista de Agricultura*: 1895.

definitivamente como cubanos ni como españoles. Cuando en 1896 la Campaña de Invasión —efectuada por Máximo Gómez y Antonio Maceo— culminó exitosamente con la llegada de las fuerzas mambisas a la zona más occidental de la Isla, y el fuego de la “tea mambisa” se sintió en los cañaverales e ingenios de la burguesía hispano-cubana, buscaron otras opciones políticas. Toda una pléyade de hacendados cubanos cambió de orientación rápidamente. España había demostrado que no podía dominar la insurrección del pueblo cubano militarmente. Fue entonces cuando intentaron penetrar el movimiento independentista. Un ejemplo típico de este cambio lo constituye el llamado Círculo de París, donde actuaron los hermanos Terry y Luis Estévez y Romero. Otro ejemplo lo constituye la camarilla de ex-autonomista que rodearon a Tomás Estrada Palma: comenzaron a tratar de cambiar el rumbo popular de la revolución por el predominio de sus concepciones de clase.

Las gestiones de importantes figuras del bloque azucarero pasados supuestamente al independentismo a partir del año citado, se encaminaron a presionar para evitar que se mantuviera la política seguida por el ejército libertador de la “tea incendiaria”. Este problema adquirió las connotaciones de un problema de clase. Máximo Gómez había ordenado al respecto:

... y sobre todo ¡los ingenios! Es una vergüenza que los dejen moler, cuando para impedirlo no se necesitan fuerzas [...]. Ofrezcan ascensos y recompensas a los que más destruyan de ese material, con el cual se han fundido las cadenas para la infeliz Cuba”.<sup>24</sup>

Los productores azucareros supuestamente pasados al independentismo habían logrado, en aquellos momentos, encontrar oídos receptivos en Tomás Estrada Palma quien, muerto Martí, ocupaba la dirección del Partido Revolucionario Cubano. Desde esta posición Estrada Palma constituyó la camarilla antes señalada con elementos azucareros y provenientes del autonomismo (Giberga, González Lanuza, de Zaldo, Terry y otros). Captado el nuevo Delegado del Partido para la causa de la burguesía azucarera, trató este de convencer al Generalísimo Máximo Gómez para que les permitiera a los hacendados hacer la zafra sin peligros de sus propiedades. Gómez se negó enérgicamente, y se entabló una polémica entre ambos. Esta discusión quedó definida cuando el capitán general de la Isla, Valeriano Weyler, dictó un bando para prohibir la zafra de 1897. Fue un grave error político del gobierno español. Para los dueños de ingenios no quedó alternativa; inmediatamente aumentaron sus gestiones con el gobierno de Estados Unidos y se adhirieron a las declaraciones intervencionistas del presidente Cleveland, primero, y después, a las acciones imperialistas del presidente Mc Kinley. Fue entonces cuando convirtieron su potencial anexionismo en acto pronorteamericano. En los momentos de la intervención norteamericana, cuando se discutía la forma a adquirir por la nueva dominación, negaron, cual Pedro a Jesús, el apoyo que le habían dado a España. En la

circular del Círculo de Hacendados del 3 de febrero de 1899, su anexionismo se hace manifiesto, solo que en ella aún no está determinada la forma que debe tomar esa dependencia; a la par, intentan dar la visión de que habían estado opuestos a España:

Redimidos de los gravámenes que para nuestra hacienda pública representaban las enormes deudas que nos habían impuesto [...], emancipada de una tutela dispendiosa que tenía por base la explotación administrativa en favor de la burocracia militar y civil metro-política y por fundamento un régimen financiero que descansaba en la servidumbre económica del país; dueña y señora de los recursos naturales con que cuenta y de las riquezas que atesora, ya sea como estrella solitaria en medio del mar de las Antillas, en forma de Estado independiente, ya sea como astro unido a la constelación americana, en forma de Estado autónomo, dentro de la Gran República, es un hecho que Cuba puede proclamarse libre de las causas esenciales de su desastre...

Y, precisamente estos que combatieron el movimiento decadentista, se consideran, gracias a sus capitales, los que deben decidir los destinos de Cuba en contubernio con el imperialismo yanqui:

Los dueños de la tierra y poseedores de la industria fundamental del país *son los llamados a caracterizar el imperio con el prestigio que les dan las propiedades que representan, valuadas en miles de millones de pesos.*<sup>25</sup>

Como puede observarse, al ser destruido el poder colonial español en Cuba, quienes lo habían apoyado se pasaron rápidamente al lado norteamericano y, lo que es igualmente grave, asumieron la actitud de considerarse destinados a seguir determinando el rumbo del país, con los avales no del prestigio patriótico, el cual no tenían, sino del “prestigio” de la riqueza y el poder económico.

La segunda capa importante de la burguesía hispano-cubana se agrupaba en la *Unión de fabricantes de Tabaco* construida en 1884, y a la que se le unió, en 1896, la *Asociación de Cigarreros*. Esta capa estaba formada, como su nombre lo indica, por los dueños de las fábricas de tabacos existentes en Cuba (H. de Cabañas y Carbajal, Partagás, H. Upmann, etc.).

Los fabricantes de tabacos y cigarros se sintieron siempre marginados por la capa azucarera de la clase; tuvieron su expresión política en el Partido Unión Constitucional, y formaban su ala moderada, la cual con posterioridad apoyó la creación del llamado Partido Reformista, creado, como ya dijimos, en la redacción del *Diario de la Marina*. Si bien la burguesía tabacalera fue, en su expresión política, proespañola, en la etapa final de la época colonial quedó supeditada a las estructuras económicas norteamericanas. Ya a principios del siglo xx este grupo libraba una desesperada batalla para no desaparecer en

<sup>25</sup> *Ibidem*. p. 139-140.

manos de los monopolios yanquis. El trust norteamericano *American Tobacco Co.* adquirió una serie de firmas hispano-cubanas. Operó el trust basado en que los propietarios hispano-cubanos que les vendían sus fábricas no podían establecer nuevas fábricas ni relacionarse con el negocio tabacalero, eliminando, de esta forma toda posible competencia:

En 1903, la mayor parte de las marcas estaban en manos del trust y durante los primeros años de la República este controlaba un 85-90 % de la exportación total de tabaco torcido.<sup>26</sup>

Como los productores azucareros, los fabricantes de tabacos y cigarros terminaron absorbidos por los monopolios yanquis, solo que más tempranamente.

Es especialmente importante diferenciar de este grupo a los dueños de las fábricas de tabacos situadas fuera de Cuba. Por su origen e intereses este reducido grupo no dependían de las mismas relaciones que el bloque reaccionario de fabricantes de tabaco ubicado en Cuba. Por el contrario se tenía que enfrentar a las presiones que el bloque en Cuba hacía con el gobierno de Estados Unidos, ya que estas fábricas estaban situadas, en lo fundamental en Tampa, Cayo Hueso, y otros lugares de la península de la Florida. En más de una ocasión las representaciones y cónsules españoles en Estados Unidos, presionaron a las autoridades norteamericanas, que gustosamente accedían a sus peticiones, para que intervinieran en contra de los fabricantes cubanos de la emigración. En más de una ocasión los obreros tuvieron que actuar en defensa de estos fabricantes. En realidad muchas de estas fábricas de tabacos eran pequeñas empresas, lo que ayudó a crear un especial clima de relaciones no exentas de enfrentamientos. Los fabricantes ante una masa obrera revolucionaria y combativa, decididamente independentista, ofrecían poca e ineficaz resistencia al desarrollo del movimiento independentista. Y los más inteligentes, si no de sentimiento, por lo menos con un interés bien dirigido, se adhirieron a la causa de la independencia, aunque, como es lógico es difícil poder determinar qué había de interés y qué de sentimiento.

El hecho de que algunos de los fabricantes de tabacos de este grupo hubieran sido, en sus orígenes, trabajadores, unido a su condición de emigrados y a no estar atados a las limitaciones que imponía el régimen español de tratados y relaciones comerciales, les dio mayor sentido de amplitud política y los mantuvo más cercanos a la causa independentista —sin que es este caso implicara ideas revolucionarias— que a las posiciones de la burguesía tabacalera establecida en Cuba.

Cuando tiempo después se habló de las relaciones de la burguesía cubana con el movimiento independentista se utilizó, el nombre y las actividades de aquellos fabricantes en el exilio que habían prestado algún tipo de contribución.

<sup>26</sup> Le Riverend, Julio: *Historia Económica de Cuba*, 2a. ed., Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1965, p. 227.

La realidad histórica era que la burguesía hispano-cubana fue antindependen-  
tista. Estos fabricantes a los que se hacía referencia no formaban parte del blo-  
que oligárquico hispano-cubano establecido en Cuba.

El tercer bloque económico de la burguesía hispano-cubana se agrupó, pri-  
mero, en la *Junta General de Comercio o Liga de Comerciantes*, establecida el 1.º  
de marzo de 1876, la cual se transformó en la *Cámara de Comercio, Industria y*  
*Navegación*, en 1886.

Este bloque estaba compuesto por tres capas de la burguesía: los industria-  
les no azucareros ni tabacaleros, dedicados a la producción de artículos de  
consumo interno para el país; los comerciantes importadores-exportadores y  
los comerciantes almacenistas y al detalle.

Un caso de especial interés lo constituyen los dueños de fábricas no azucareras  
ni tabacaleras (fábricas de perfumes, jabones, licores y bebidas, cervezas, etc.).  
Las principales fábricas de la industria de consumo se habían establecido en  
Cuba a partir de la década de los años ochocientos sesenta y su desarrollo estuvo  
ligado con el proceso de disolución de las relaciones esclavistas y desarrollo de  
las capitalistas. Tenía esta capa la característica de que la mayor y más signifi-  
cativa parte de la misma era de origen español, recién llegados a Cuba y sin nin-  
gún arraigo en el país. Dependientes de las necesidades de un mercado interno,  
la burguesía industrialista era débil en lo económico, debido a la política de la  
capa preponderante de la burguesía hispano-cubana, la azucarera —la cual no  
se había mostrado interesada en un desarrollo armónico de la economía del  
país, sino solo de la producción dependiente de las relaciones de exportación—.  
Estos industriales vieron cortadas sus posibilidades de desarrollo durante el si-  
glo XIX, primero por la existencia de la esclavitud —que impedía el desarrollo de  
la manufactura por no tener posibilidades para el consumo la gran masa pro-  
ductora, los esclavos—, y con posterioridad, por el bajo poder adquisitivo de la  
mayoría de la población. Para la clase dominante, era suficiente la importación  
de los productos que dejaran satisfecho su gusto refinado y europeo.

Estos industriales emergieron de entre numerosos pequeños productores,  
algunos simplemente caseros. Su historia puede verse a través de dos fami-  
lias que representan la evolución de esta capa: Sabatés y Crusellas. En 1860 se  
establecen en La Habana, como fabricantes de jabones y velas, los hermanos  
españoles Juan y José Sabatés y Costa; tres años después iniciaron sus activida-  
des los competidores de los anteriores, los también hermanos españoles Juan  
y José Crusellas y Vidal, estos como fabricantes de jabones, perfumes, velas de  
sebo y agua de tocador. Mientras los Sabatés, asociados con otros españoles,  
se mantenían dentro de la línea inicial de fabricantes de jabones, los Crusellas  
intentan, a través de varias asociaciones con españoles también, extender sus  
esferas de acción a otras ramas productivas, como son los casos de la produc-  
ción de aguas gaseosas y minerales, bebidas alcohólicas preparadas con zumos  
de frutas —las, por entonces, muy gustadas “sidras achampañadas” o “cham-  
pañas”— y cervezas. En la producción de cervezas se asociaron con Edgardo  
Carbonne y con Andrés Fernández Morell —propietario de una firma que se  
mantendría durante cierto tiempo, nueva Fábrica de Hielo y de la marca

Cerveza la Imperial—, para la creación de la Compañía de Cervezas La Tropical, situada en Puentes Grandes. Ya en la década del ochocientos ochenta, la firma Crusellas oferta en el mercado productos que mantendrán sus nombres hasta el triunfo de la Revolución Cubana, en 1959: los jabones Hiel de Vaca y Candado, y la Rhum Quinquina.

En los primeros treinta años del siglo xx ambas firmas —Sabatés y Crusellas— acapararon el mercado cubano de jabones y perfumes. Crusellas, mientras mantenía el negocio de jabones bajo la firma Crusellas y Cía S. en C., comenzó, en 1917, el monopolio del mercado nacional de perfumes con la creación de la gran empresa Compañía Nacional de Perfumería S. A. Pero la historia de estas empresas iniciadas por españoles, heredadas y desarrolladas por sus descendientes cubanos, no escapó a la absorción imperialista norteamericana, que hemos visto en el caso de las industrias azucarera y tabacalera. En 1929 el monopolio yanqui Colgate-Palmolive-Peet Co. Absorbe a Crusellas y Cía y en 1933 a la Compañía Nacional de Perfumería S. A. La suerte de Sabatés S. A., fue idéntica. El monopolio yanqui Procter & Gamble se apoderó de la misma.<sup>27</sup> Nuevamente las empresas nacidas en Cuba pero de dueños españoles, en la época que estudiamos, que aprovecharon la coyuntura en la cual los cubanos habían quedado en la ruina o en la imposibilidad de efectuar grandes inversiones, desaparecían en manos de un tercero, los monopolios yanquis. La visión de Martí del fenómeno imperialista había sido correcta; errónea la de la burguesía hispano-cubana.

La segunda capa integrada en la *Cámara de Comercio, Industria y Navegación* la constituían, los comerciantes importadores-exportadores, que posteriormente van a escindirse en la *Liga de Comerciantes Importadores*. La misma estaba formada, en lo más representativo, por españoles que precisamente se habían caracterizado por una actitud de intransigencia política proespañola durante la Guerra de los Diez Años. Muchas de las principales figuras de esta capa debían gran imparte de su riqueza a su participación en los jugosos negocios que traía consigo la propia guerra. Un estudio penetrante de la actitud de los comerciantes españoles —sobre todo los grandes comerciantes— deja al desnudo que su posición política se explica más que por su nacionalidad, por sus estrechas relaciones económicas con el régimen español y las ventajas que obtenía de la explotación de sus privilegios nacidos de esa nacionalidad. Estos comerciantes eran herederos ideológicos del tradicional grupo de peninsulares que desde el siglo xviii llegaron a Cuba para desde la posición de dominación de la esfera comercial obtener la mayor ganancia posible a costa de los productores cubanos. Desde tiempos del gobierno de Miguel Tacón y Rosique (1834-1838), estos comerciantes unieron a su negocio la activa participación en la política de la Isla desde posiciones dominantes. Ya en estos tiempos de finales del siglo xix las tradicionales familias de grandes comerciantes habían pasado a ser productores y esta capa de la burguesía estaba formada, entre otras figuras, por

<sup>27</sup> Un documentado estudio del proceso de estas empresas puede encontrarse en: *Monopolios norteamericanos en Cuba. Contribución al estudio de la penetración imperialista*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973. (“El monopolio en la industria del jabón y del perfume” de Jesús Chía).

personas relativamente nuevas dentro de la misma surgidas durante la guerra del 68. Estos nuevos comerciantes no habían tenido ninguna relación con el país anteriormente y se mostraban fanáticos e irracionales ante los cubanos, aunque esa irracionalidad, significativamente, no se manifestó en los negocios.

Entre las personalidades más destacadas de estos comerciantes se encontraban los antiguos coroneles del Cuerpo de Voluntarios españoles de La Habana, Ramón de Herrera —traficante de productos para el ejército español y una de las más destacadas figuras de la Cámara de Comercio—, Bonifacio Blesa Jiménez —dedicado al giro de ropas—, Nicolás Valdivieso y los ex tenientes coroneles José Segundo Álvarez y Pedro Sotolongo. Indudablemente, el Cuerpo de Voluntarios no solo fue un arma militar contra el movimiento de liberación nacional, sino también un arma económica contra los propietarios cubanos y un medio de enriquecimiento —la violencia también es una categoría económica—. Otros destacados comerciantes surgidos durante la guerra del 68 fueron Fernando Illas y Segundo Rigal —presidente de la sociedad Rigal, Dardet y Compañía que exportaba azúcar y otros productos—. Estos dos importantes comerciantes del período de 1878 a 1895, estuvieron vinculados con el Consejo Administrativo de Bienes Embargados, organización creada por el gobierno español para despojar a los propietarios cubanos de sus bienes por estar vinculados al movimiento independentista.

Otros comerciantes, como es el caso de Dionisio López Roberts, habían estado relacionados con el aparato político administrativo colonial y, en el caso de López Roberts, debe destacarse que fue el hombre que intentó un negocio de extorsión contra los padres de los estudiantes de medicina fusilados en 1871. El negocio consistió en exigirles dinero a los padres de los estudiantes a cambio de la vida de sus hijos injustamente acusados.<sup>28</sup> ¡Así llegaron a sus respetables posiciones sociales muchos de los comerciantes de esta época!

La tercera capa constitutiva de la Cámara estaba formada por los comerciantes al detalle (ferreteros, tenderos, etc.), también en su mayoría españoles. Era numéricamente mayor que el resto de las capas de la burguesía representadas en la Cámara, pero económicamente muy débil. En realidad estos comerciantes no integraban la alta burguesía hispano-cubana sino la mediana y pequeña burguesía.

La mayoría de las principales figuras de la *Cámara de Comercio, Industria y Navegación* mantuvieron una posición integrista, decididamente proespañola. Les faltó verdadero poder económico y, por ende, personalidad propia dentro de la clase burguesa.

A manera de síntesis podemos señalar que las distintas capas de la burguesía hispano-cubana no asumieron nunca, como clase, una posición a favor del movimiento independentista, en tanto los intereses de su mayoría dependían de su condición de productores para la exportación. Los dos núcleos fundamentales de esta clase social, azucareros y fabricantes de tabacos, arrastraron

<sup>28</sup> La historia de este increíble intento de extorsión puede verse en: Le Roy y Gálvez, Luis Felipe: *A cien años del 71. El fusilamiento de los estudiantes*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1971.

tras sí al resto de su clase. La única ocasión en la cual se observa un cambio en las posiciones antinacionales de algunos miembros de esta clase social fue al producirse la demostración de impotencia militar dada por España, al no poder detener la columna invasora mambisa en 1896. Pero en aquel momento la tendencia fundamental fue colocarse bajo la protección norteamericana, es decir, el resurgimiento del anexionismo, la famosa variante en momentos de crisis de esa clase social. Esta actitud la había previsto Martí. Según nuestro Héroe Nacional, los autonomistas y la clase social generadora de ese movimiento:

solo se había podido mantener por la liga encubierta con el poder colonial, o por la entrega del país a una civilización extraña [...] el yanqui aniquilador y rapaz.<sup>29</sup>

Es, por tanto, la burguesía cubana la que no podía asumir el proyecto revolucionario martiano —proyecto que partía de la igualdad de todas las clases ante el deber con la patria; pero esa igualdad es la que negaba esta clase social que no quería compartir ningún empeño con el resto del pueblo cubano—. Por otra parte, el Partido Revolucionario Cubano, por su carácter y el de la empresa ante la cual se colocaba, liberar a Cuba de España —como primera fase—, implicaba la unión de todas las fuerzas sociales del país, para dar así su carácter pluriclasista a los Estatutos del Partido. La actitud contraria a la liberación nacional y las concepciones elitistas, racistas, antipopulares y económicas antinacionales de la burguesía cubana, la llevaron no solo a marginarse del movimiento independentista sino, además, a combatirlo. El análisis de esta actitud clasista y el conocimiento de la historia y la realidad de la burguesía hispano-cubana marcan, en el pensamiento martiano, de concepciones diametralmente opuestas a estas, un evidente rechazo y un interés en desmitificar a esta clase. Porque lo más peligroso no era su pasado político, sino su actitud hacia el porvenir. Lo más peligroso no era su autonomismo o su integrista, sino su potencial anexionismo. De esta autoexclusión de la clase económicamente dominante en Cuba del proyecto revolucionario, habló el propio Martí:

Para todos será el beneficio de la revolución a que hayan contribuido todos, y por una ley que no está en manos de hombre evitar, *los que se excluyan de la revolución, por arrogancia de señorío o por reparos sociales, serán, en lo que no choque con el derecho humano, excluidos del honor e influjo de ella.*<sup>30</sup>

Cabe la pregunta: ¿qué capas, sectores y clases sociales apoyaron el proyecto independentista?

<sup>29</sup> *Loc. cit* (5), p. 404.

<sup>30</sup> Martí, José : “El lenguaje reciente de ciertos autonomistas”, en: ob. cit., vol. I, t. I, p. 404.

## Clases sociales y liberación nacional

Lenin observa, con relación al problema de las colonias, y en particular el fenómeno asiático, que en estos países el sector social “capaz aún de una obra históricamente progresista, es el campesinado”. El hecho de ser la clase obrera en los mismos numéricamente pequeña y de retraso económico de estos países, coloca al campesinado como un elemento potencialmente revolucionario.

Martí, a partir del conocimiento de la realidad concreta cubana, de nuestras tradiciones históricas y revolucionarias, configura un plan de liberación nacional, junto a Máximo Gómez, basado en la creación de un Ejército Libertador, el cual, por su natural composición estaría en esencia formado por campesinos y obreros agrícolas. Este ejército debía de ser la garantía de la ejecución del proyecto revolucionario de liberación nacional y republicano-democrático-popular martiano, la garantía de su república antioligárquica, “con todos y para el bien de todos”; que no fuera “el funesto imperio de la oligarquía criolla”.<sup>31</sup>

La clase obrera, pese a ser escasa en número, fue también el soporte más firme y estable del proyecto martiano, tanto en el exilio como en Cuba. Fue entre los obreros que el Partido Revolucionario Cubano fructificó, creció y cumplió parte de la tarea histórica para la que su creador lo había preparado.

Diego Vicente Tejera, de ideas socialistas, y colaborador de Martí, se expresó así, al valorar la actitud de los obreros ante el movimiento independentista:

Pero en los actuales momentos, no debemos hacer sino simple obra de preparación. Por justa y noble que sea la lucha que hemos de emprender mañana contra los explotadores del trabajo obrero, hay para nosotros —hoy— otra lucha más urgente, más vital, más santa si se quiere, que exige la consagración absoluta de todas nuestras energías: esa en que estamos empeñados para barrer de Cuba, con el dominio español, el régimen antiguo; esa que ha de darnos una patria, es decir, el suelo en que fundar la realización de nuestras más bellas esperanzas [...] el obrero cubano, antes, mucho antes que su propia miserable condición como trabajador, ha sentido la miserable condición de Cuba como colonia, y sus primeras manifestaciones en la vida pública no han sido para proclamar derechos dentro de la misma sociedad cubana, sino para establecer su derecho primordial de figurar como hombre libre en la faz de las naciones. Con ese instinto político de que está dando muestras admirables, comprendió que ante todo había que hacer patria, y se ha visto acallar sus sentimientos de clase postergada para dar mayor rigor a su protesta de colono escarncido. *El obrero cubano fue el primero que acogió los planes libertadores de Martí; en él como base inquebrantable, se apoyó el agitador para la creación del famoso “partido revolucionario”, que inició la guerra y la sostiene con*

<sup>31</sup> *Ibidem.* p. 404.

fervor que no desmaya, y el oro, producto de su incesante trabajar, no ha dejado un momento de convertirse en plomo que disparar contra el pecho del tirano”.<sup>32</sup>

Si los obreros cubanos en la emigración conocieron de la prédica martiana, los de la Isla, sin conocerla, apoyaron la idea de redención nacional. En el Congreso Regional Obrero de la Isla de Cuba, efectuado en 1892, a pesar de adoptar, en la declaración final, las ideas del “socialismo revolucionario” —término con el cual se definían los anarquistas—, dejan los obreros establecida su posición ante el problema de la liberación nacional:

Que si bien hace [el Congreso] la anterior afirmación en su sentido más absoluto, también declara que la introducción de esas ideas en la masa trabajadora de Cuba no viene, no puede venir a ser un nuevo obstáculo para el triunfo de las aspiraciones de emancipación de este pueblo, por cuanto sería absurdo que el hombre que aspira a su libertad individual, se opusiera a la libertad a que ese pueblo aspire, sea esa libertad relativa que consiste en emanciparse de la tutela de otro pueblo.<sup>33</sup>

Una participación especialmente activa en la preparación de la guerra de liberación nacional, la tuvo una parte de la pequeña burguesía. En Cuba, la misma estaba constituida esencialmente por profesionales (médicos, abogados, etc.), pequeños propietarios urbanos y rurales y burócratas. La misma estaba dividida entre españoles —que controlaban fundamentalmente el comercio minorista y la burocracia colonial— y cubanos —profesionales, artesanos y personas vinculadas a las firmas azucareras, bancarias y de otros géneros hispanocubanas—. Por lo general, los españoles eran hombres de escasa cultura, buscadores de fortuna, mientras los criollos habían obtenido algún título universitario o poseían cierta preparación. Esta pequeña burguesía fue la masa activa en las polémicas políticas y en las direcciones de los partidos políticos. Fue en realidad, una importante fuerza en las luchas políticas. Como clase, su actitud fue variable. Giraba entre la dependencia política a un sector de la alta burguesía y una relativa independencia de criterio. Es de observar que las figuras más destacadas de esta capa social encontraban su vínculo de unión en la comunidad de inquietudes y en las respuestas dadas a las mismas. No obstante, los más expresivos intelectuales de aquella época, no provenían o no estaban vinculados ni ideológicamente ni económicamente a ninguna capa o sector de la burguesía. Ni un José Martí, expresión positiva de la crisis cubana, ni un Julián del Casal, expresión nihilista de la misma, responden a los intereses de esa clase; ambos eran de origen humilde, se proyectan en consonancia con ese origen y expresan su universo ideológico en forma diametralmente opuesta a la de la clase dominante.

<sup>32</sup> Torres-Cuevas, Eduardo: “Diego Vicente Tejera. Un socialismo ingenuo para una sociedad nueva”, *Bohemia*, 67(9):90-91, La Habana, 28 de febrero, 1975.

<sup>33</sup> Pichardo, Hortensia: *Documentos para la Historia de Cuba*, Editora del Consejo Nacional de Universidades, t. I, La Habana, 1965, p. 435.

La polémica entre positivistas y hegelianos fue también expresión de las necesidades teóricas de la pequeña burguesía. Fue la polémica entre quienes justifican la realidad y quienes se acercan críticamente a la misma. Mientras los hegelianos adoptan las posiciones esencialmente idealistas; los positivistas, como Enrique José Varona, Felipe Poey y Manuel Sanguily, expresan una concepción:

Agnóstico, anticlerical, cientifizante y liberaloide —filosofía cortada a la medida para la democracia burguesa de la época de plenitud del régimen capitalista— el positivismo es un arma valiosísima en el debate planteado por el pensamiento anticolonialista al pensamiento colonialista y especialmente eficaz en el desenmascaramiento ideológico de su variante autonomista.<sup>34</sup>

Porque la alta burguesía cubana, más justamente, como se ha visto, hispano-cubana, había, por intereses de clase, renunciado, como clase, a la expresión ideológica nacionalista burguesa, es la pequeña burguesía la que aporta ideólogos capaces de defender esa posición. Y en algunos ideólogos provenientes de esa capa social llega a asumirse el proyecto de liberación nacional al asumir así los elementos positivos del nacionalismo burgués —nacionalismo de pequeño país y no de gran nación; nacionalismo de país colonizado y no de país colonizador—. Por tanto, la existencia de tal expresión ideológica no demuestra que la alta burguesía tuviese una posición nacionalista, sino que, justamente por no tenerla, parte de la pequeña burguesía ha asumido la responsabilidad histórica que le correspondía asumir a la burguesía y a la cual se ha negado.

Desde el ángulo de las manifestaciones y de las organizaciones sociales en Cuba durante este período de preparación de la “guerra necesaria”, podemos encontrar una clara compartimentación social, expresada en las asociaciones que por aquel tiempo, surgen y se desarrollan. Uno de los elementos básicos para la compartimentación social, en esta sociedad, es el racismo. Solo a manera de ejemplo veamos las instituciones sociales.

Los españoles ricos y sus acólitos se reunían en los llamados *casinos*; mientras que los criollos, blancos y ricos, lo hacían en los *liceos*.

Los españoles pobres o empleados, es decir, los no ricos, tenían sus vínculos de unión en los llamados *centros*, donde asociaban a los naturales de una misma provincia (Centro Gallego, Centro Asturiano) o a los que trabajaban en una misma rama (Centro de dependientes). Los *centros*, como es lógico, estaban dirigidos por las figuras más importantes nacidas en esas provincias españolas residentes en Cuba. Los mismos constituían lugares de reunión, de actividades culturales y de recreación.

Los cubanos humildes, blancos, negros y mulatos, formaban por todo el país las llamadas *sociedades*, caracterizadas por agrupar a los hombres por el color de la piel o por sus posibilidades económicas.

<sup>34</sup> Roa, Raúl: *Aventuras, venturas y desventuras de un mambí*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970, p. 162.

Esta compartimentación social demuestra los prejuicios de una época, pero no las relaciones “ocultas” que determinan la política en el país. En los núcleos españoles se fomentó el integrismo; mientras, en las sociedades y liceos constituidos por la pequeña y mediana burguesía y los criollos ricos, se desarrolló un racismo desnaturalizado y contra el cual tuvo que enfrentarse José Martí. En las sociedades formadas por los pobres, independiente del color de la piel, corría un hálito independentista entre música y conferencias. En estas sociedades la cultura nacional-popular se preservó, adquirió fuerza, tornó nuevos rumbos sincréticos, enterró las fronteras socioculturales creadas por la esclavitud, y se abrió en la república al imponerse al afrancesamiento o la norteamericanización de la burguesía cubana, para darle a nuestro pueblo su expresión, su modo de ser, de no ser y de pensar.

Esta división social, estrictamente compartimentada, contribuyó a hacer más difícil el trabajo de unidad del pueblo cubano contra el colonialismo español.

### **La necesaria revolución martiana**

La tendencia económica de la burguesía hispano-cubana, su incapacidad política y su necesidad de mantener la estamentación social en Cuba, la eliminó como clase capaz de encabezar un movimiento de liberación nacional. Por tanto, se autoexcluyó del proyecto martiano y del Partido Revolucionario Cubano en su etapa martiana.

El dominio económico y social que tenía en Cuba, apoyado por el pacto con las fuerzas coloniales de la metrópoli (en su aparato represivo) hacía difícil el mantener una campaña pública en favor de la independencia. Esta es una de las causas por las cuales el Partido Revolucionario Cubano tuvo que organizarse en los grupos de la emigración cubana.

Por ello, la dirigencia de la Revolución del 95 no era burguesa como clase impulsora. Sus tres principales figuras: José Martí, el más profundo pensador cubano del siglo XIX, provenía de un sector social humilde; Máximo Gómez, su jefe militar, procedía del campesinado pobre y se mostró intransigente en la política de la “Tea incendiaria” con las propiedades de la burguesía hispano-cubana; y Antonio Maceo, también campesino, había liderado a los sectores más humildes orientales (exesclavos, negros y mulatos libres, campesinos) durante la Guerra de los Diez Años.

Lo interesante, en este sentido, es la coincidencia del pensamiento de los tres en los problemas centrales y en los peligros que afrontaba la sociedad cubana de la época. La visión de Martí, Gómez y Maceo acerca de la necesidad de la liberación nacional, sus constantes críticas a la actitud de la burguesía cubana, el rechazo al autonomismo y, sobre todo, los criterios con respecto al peligro que representaba para la independencia de Cuba Estados Unidos, son elementos centrales en el pensamiento de los tres, independientemente que Martí pudiera “por vivir en el monstruo” y poseer una mayor preparación, conocerlo con más profundidad.

En relación a este último problema, el peligro yanqui, Martí pudo observar el nuevo fenómeno de la formación del imperialismo norteamericano; su lucha, tal y como señalara en su discurso por el tercer aniversario del Partido Revolucionario Cubano y en la carta inconclusa a Manuel Mercado, consistió no solo en la liberación de Cuba y Puerto Rico de su antigua metrópoli colonialista sino, también, en impedir a tiempo, es decir antes de que Estados Unidos estuviera en condiciones de lanzarse sobre nuestras tierras de América, la dominación de ese país sobre nuestra patria y el resto del continente.

Lenin, al estudiar el problema colonial y las características de los movimientos de liberación nacionales, observa algo que el proyecto revolucionario de Martí contenía. Decía Lenin:

La continuación de la política de liberación nacional de las colonias las conducirá *inevitablemente* a librar guerras *nacionales* contra el imperialismo.<sup>35</sup>

El proyecto martiano quizás sea la primera confirmación histórica de la afirmación leninista de que en la época de gestación y desarrollo del imperialismo, la lucha anticolonialista se convierte, “inevitablemente”, en lucha antimperialista. No porque necesariamente se tenga pleno conocimiento del fenómeno imperialista, sino porque la esencia y la acción misma imperialista imponen una respuesta de sumisión o una de rechazo.

El haber tomado la realidad cubana, latinoamericana y norteamericana como punto de partida para su proyecto revolucionario y su posición “con los pobres de la tierra” le permitieron a Martí comprender la esencia de su época, la de formación del imperialismo yanqui y, por tanto, proyectarse de acuerdo a lo que, años después, y en una base científica y teórica expresaría Lenin. La realidad cubana confirma la teoría leninista y, la teoría leninista, confirma lo acertado del proyecto martiano.

La grandeza de Martí está en no asumir su realidad desde las posiciones claudicantes de la burguesía cubana, sino que su pensamiento y acción fueron expresión de los intereses nacionales y populares frente a la superestructura colonial, a la oligarquía hispano-cubana, al desarrollo de una estructura económica dependiente vinculada al fenómeno del naciente imperialismo yanqui, con el corolario, que necesariamente vendría después el neocolonialismo. Este fue el contenido profundamente revolucionario del Partido Revolucionario Cubano.

Por su parte, la actitud de la burguesía cubana se ajusta perfectamente a lo señalado por Lenin acerca de esta clase en los países coloniales. Al referirse a los cambios operados en China, en 1908, con el ascenso al poder de Yuan-Shi Kai observa que “la burguesía monárquica liberal apenas si ha tenido tiempo de convertirse en republicana liberal. Ello es justamente lo que pasó con la burguesía autonomista cubana a finales de la Guerra del 95. De autonomistas-monárquicos-liberales-proespañoles pasaron a ser, “apenas sin tiempo” republicanos liberales pronorteamericanos.

<sup>35</sup> *Loc. cit.* (2) p. 16.

Nuestro Martí preveía los peligros internos y externos. Desde el punto de vista interno la república no debía estar en manos de los enemigos de la república:

La continuación de la revolución no puede ser la continuación de los métodos y el espíritu de la autonomía: porque la autonomía no nació en Cuba como hija de la revolución sino contra ella.<sup>36</sup>

La república a la cual se refiere Martí no debía ser el predominio de la clase de los grandes propietarios:

La república, en Puerto Rico como en Cuba, no será el predominio injusto de una clase de cubanos sobre los demás, sino el equilibrio abierto y sincero de todas las fuerzas del país y del pensamiento y deseo de los cubanos todos.<sup>37</sup>

Para evitar confusiones aclara, en el órgano oficial del Partido, el periódico *Patria*, que “independencia es una cosa, y revolución es otra”.

Estas palabras se relacionan de manera directa con las planteadas a Carlos Baliño, el incansable luchador proletario:

La revolución no es la que vamos a iniciar en la manigua sino la que vamos a desarrollar en la República.<sup>38</sup>

El carácter antioligárquico de la Revolución martiana estaba indisolublemente ligado al carácter antimperialista de la misma. Y, esa posición antioligárquica, le hizo escribir cosas tan hermosas como estas:

Es preferible el bien de muchos a la opulencia de pocos.<sup>39</sup>

Porque:

El progreso no es verdad sino cuando invadiendo las masas, penetra en ellas y parte de ellas.<sup>40</sup>  
¡Cuánta batalla ganada supone la riqueza! ¡Y cuánto decoro perdido!<sup>41</sup>  
No es rico el pueblo donde hay algunos hombres ricos, sino aquel donde cada uno tiene un poco de riqueza.<sup>42</sup>

<sup>36</sup> *Ibidem*. p. 12.

<sup>37</sup> Martí, José: “La agitación autonomista”, en: ob. cit., vol. I, t. I, p. 393.

<sup>38</sup> *Ibidem*. p. 394.

<sup>39</sup> Mella, Julio Antonio: *Ensayos Revolucionarios*, La Habana, 1960, p. 92.

<sup>40</sup> Martí, José: “*El Proletario de Castillo Velasco*” (*Revista Universal*, 12 de octubre de 1875), en: ob. cit., vol. II, t. I, p. 807.

<sup>41</sup> Martí, José: “Reflexiones destinadas a preceder los informes traídos por los jefes políticos de Guatemala a las Conferencias de mayo de 1878”, en: ob. cit., vol. II, t. I, p. 299.

<sup>42</sup> Martí, José: “Cecilio Acosta” (*Revista Venezolana*, 15 de julio de 1881), en: ob. cit., vol. II, t. I, p. 24.

El estudio martiano de la realidad concreta cubana, latinoamericana y norteamericana, lo lleva a conclusiones que en la práctica confirman las observaciones leninistas con respecto al problema colonial. Se confirma en aquellos aspectos comunes a todo el llamado “tercer mundo”, y, las diferencias que se observan, son el lógico resultado de las diferencias concretas de los fenómenos asiáticos estudiados por Lenin, y latinoamericanos, vividos y estudiados por Martí.

En seis aspectos confirma la realidad cubana de finales del siglo XIX —época de gestación de los primeros rasgos del imperialismo— y el proyecto martiano, las ideas leninistas:

- El carácter reaccionario de la alta burguesía de los países ocupados colonialmente.
- La necesaria conversión de los proyectos de liberación nacionales en proyectos antimperialistas, por un lado, y la alianza de las oligarquías reaccionarias con las fuerzas colonialistas y/o imperialistas, por otro.
- La necesidad de la unión popular en las luchas anticoloniales y antimperialistas, que supla la incapacidad de dirección, o la ausencia en la misma, de la alta burguesía en la consecución de la liberación nacional y de la creación, por lo menos, de una democracia burguesa.
- El carácter popular de las luchas anticoloniales y antimperialistas, que puede convertir el proyecto democrático en democracia popular.
- El papel del campesinado como fuerza revolucionaria, en la formación de los ejércitos populares de liberación nacional.
- La participación de una parte importante de la pequeña burguesía en el movimiento de liberación y en la opción democrático-popular.

Para los que gustan de analizar las revoluciones y los movimientos de liberación nacionales en abstracto, y para los miopes políticos, Lenin escribía:

Crear que es concebible la revolución social sin sublevaciones de las pequeñas naciones en las colonias y en Europa, sin estallidos revolucionarios de una parte de la pequeña burguesía, con todos sus prejuicios, sin el movimiento de las masas políticamente no conscientes, proletarias o semiproletarias, contra la opresión terrateniente, clerical, monárquica, nacional, etc., creer eso, equivale a renegar de la revolución...

Quien espera una revolución social “pura” no llegará a verla jamás, es un revolucionario de palabra y no comprende lo que es una verdadera revolución.<sup>43</sup>

La Revolución Cubana, genialmente expresada en las ideas de Martí, partía de la realidad de su mundo y de la experiencia particular del movimiento revolucionario cubano. Si su contenido tenía una proyección radical, democrática,

<sup>43</sup> Martí, José: ob. cit., p. 1869.

popular, anticolonialista y antimperialista es porque las fuerzas populares impulsaban el movimiento de liberación nacional. La burguesía cubana se autoexcluyó de ese movimiento. Ello explica que, pese a que el Partido Revolucionario Cubano era estatutariamente pluriclasista, la realidad le diera un contenido popular. José Martí pudo concebir un proyecto revolucionario anticolonialista, antioligárquico y antimperialista porque su pensamiento no partía de las premisas económicas, sociales y políticas de la burguesía cubana. Ello era posible por su posición “con los pobres de la tierra”, que es también una definición de clase; esta posición lo lleva a analizar la sociedad desde el ángulo de los humildes y no de los explotadores.

El carácter *inevitable* de la conversión de la lucha anticolonialista en lucha antimperialista y el carácter reaccionario y antinacional de la alta burguesía hispano-cubana, en los tiempos de Martí, le dan al proceso revolucionario cubano una unidad, desde sus orígenes hasta nuestros días. El movimiento revolucionario, nacido en La Demajagua, en 1868, como movimiento anticolonial y antiesclavista, adquiere con Martí —que se apoya en esas raíces para proyectarse hacia el futuro— el doble carácter de popular y antimperialista. Martí es la expresión máxima del pensamiento anticolonialista cubano, pero es, a la vez, la primera expresión del pensamiento antimperialista nacional. Por ello, con razón Fidel pudo expresar que en Cuba ha existido una sola revolución: la que nacida en La Demajagua, adquirió su fisonomía popular y antimperialista con Martí y el Partido Revolucionario Cubano y triunfa, bajo la dirección del propio Fidel, sesenta años después del inicio de las acciones imperialistas en Cuba. Si justamente un primero de enero de 1899 se inicia la dominación imperialista en Cuba y se frustra el proyecto martiano, otro primero de enero, sesenta años después en 1959, triunfa el ideal martiano y se inicia el proceso que llevará, al fin, a la desaparición del dominio imperialista en Cuba y a la supresión de la supremacía burguesa sobre el resto de la sociedad.

Tomado de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*,  
74 (1): 5-44, La Habana, enero-abril, 1983.



# La historiografía de temática social (1659-1984)

Oscar Zanetti Lecuona

HISTORIADOR E INVESTIGADOR

EN LAS ÚLTIMAS décadas, la investigación de los fenómenos de la esfera social ha ganado cada vez un mayor espacio dentro de la producción historiográfica mundial. Ante la creciente importancia y sistematicidad de los estudios históricos relativos a clases y grupos sociales, al modo de vida, las costumbres, etcétera, se ha proclamado —principalmente en Francia y los países anglosajones— el nacimiento de la “Historia Social” como una nueva disciplina histórica especializada. Se trata de un nacimiento incierto, al menos por su equívoca partida de bautismo, pues siendo toda la historia humana, por naturaleza, historia social, la denominación propuesta lejos de precisar, confunde los marcos del objeto de investigación. Ello ha suscitado naturalmente un enconado debate al cual esta ponencia no intenta en modo alguno asomarse.<sup>1</sup> Nuestro propósito es solo reseñar el avance de la historiografía cubana en un ámbito específico —el de los fenómenos sociales en sentido estricto— que, junto al económico, el político y el cultural, constituye una de las vertientes fundamentales de nuestra historia nacional.

La historiografía del período revolucionario no ha estado huérfana de antecedentes en este terreno. Investigadores como Elías Entralgo, Fernando Ortiz y José Rivera Muñiz —por solo mencionar algunos— dedicaron parte de sus esfuerzos al estudio de los problemas de la composición étnica de la sociedad cubana, la presencia negra, la actividad histórica del proletariado y otros temas sociales.<sup>2</sup> Se conformó así una base que, aunque muy desigual y endeble, sirvió de punto de partida a los trabajos que habremos de considerar. Al desarrollar nuestro análisis hemos preferido no constreñirnos a la consideración de los estudios históricos sobre la estructura social y las clases —que conforman la materia esencial de esta área de investigación— sino ampliar nuestra perspectiva, incluyendo las obras sobre la historia de la población y otros fenómenos sociales con el objetivo de ofrecer un panorama más completo de lo hasta ahora realizado.

<sup>1</sup> Los puntos de vista fundamentales de esta polémica pueden encontrarse en F. H. Cardoso, H. Cardoso y H. Pérez Brignoli: *Los métodos de la historia* (México, Grijalbo, 1977), en *L'Histoire sociale. Sources et methodes P. U. F.* (París, 1967), así como en el número especial del *Journal of Social History*, publicado en 1976.

<sup>2</sup> Emilio Roig de Leuchsenring y Enrique Gay-Calbó incursionaron también en este terreno, así como José Luciano Franco.

## Historia de la población

País de inmigración y, aun más, de esclavitud, los problemas de población han ocupado siempre un lugar relevante en nuestra historiografía. Sin embargo, rara vez los fenómenos histórico-demográfico fueron objeto de estudio específico; sino que se les abordó en el contexto de indagaciones más amplias y generalizadoras. La historia demográfica cubana es pues resultado del quehacer de los últimos veinticinco años, y su aparición se asocia íntimamente a la obra de Juan Pérez de la Riva.

Los *movimientos migratorios* y, particularmente, la inmigración han tenido la primacía dentro de este campo de estudios. En el haber personal de Pérez de la Riva se cuenta una voluminosa monografía, aún inédita, sobre los culíes chinos, de la cual solo han visto la luz algunos capítulos y secciones.<sup>3</sup> Se trata de un estudio integral de esta corriente migratoria —una de las principales en el siglo XIX— que no solo aborda su aspecto estrictamente demográfico en cuanto a aporte humano a nuestra población, sino, que se extiende en la consideración del status social del inmigrante que, en virtud del sistema de contrata, quedaba reducido a una condición semi servil. Forma fundamental de inmigración forzada, la trata negrera ha merecido la atención de un mayor número de investigadores. José Luciano Franco bajo el título de *Comercio clandestino de esclavos*, presenta en realidad un estudio histórico general de este siniestro tráfico en lo relativo a Cuba. Abarcando tanto su etapa legal como la ilegal, Franco fija su atención en los factores involucrados en el comercio esclavista, sus procedimientos y nexos con la política colonial, así como en su condicionamiento internacional. Otros autores han incidido sobre diversos aspectos de este fenómeno. Moreno Fraguas, que dedica un capítulo de *El ingenio* a la principal época de la trata, propone una subperiodización en la misma y fundamenta el papel decisivo de los comerciantes hispano-cubanos en su desarrollo. La antigua e inconclusa polémica en torno al monto demográfico de la migración esclavista, ha sido reavivada por Pérez de la Riva quien dedicó algunos artículos a la estimación del número de africanos traídos a Cuba; mediante la aplicación de las técnicas del análisis demográfico.<sup>4</sup>

Las principales corrientes inmigratorias del período republicano, la española y la antillana, fueron objeto de sendos estudios por parte de Pérez de la Riva.<sup>5</sup> El segundo de ellos, *Cuba y la inmigración antillana*, puede considerarse

<sup>3</sup> “Demografía de los culíes chinos en Cuba (1853-74)”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 57, núm. 4, La Habana, octubre-diciembre, 1966; “Aspectos económicos del tráfico de culíes chinos a Cuba, 1853-1874”, *Universidad de La Habana*, La Habana, mayo-julio, 1965. Estos dos trabajos así como “La situación legal del culí en Cuba” se encuentran compilados en *El barracón y otros ensayos*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

<sup>4</sup> *¿Cuántos africanos fueron traídos a Cuba?* Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1977 y “El monto de la inmigración forzada en el siglo XIX”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 65, núm. 1, La Habana, enero-abril, 1974.

<sup>5</sup> “Los recursos humanos de Cuba al comenzar el siglo. Inmigración, economía y nacionalidad” (En: *La república neocolonial. Anuario de estudios cubanos*, Editorial Ciencias Sociales, t. II, La Habana, 1979.

un verdadero clásico en su género, no solo por el virtuosismo con que elabora el aspecto estrictamente demográfico de la inmigración de braceros, sino por la profunda y esclarecedora consideración de sus condicionantes y de sus implicaciones socioculturales. El problema de los efectos de la inmigración antillana sobre los niveles salariales del país y la integración de sus componentes en el proletariado, es discutido también por Jorge Ibarra y examinada por los autores de *United Fruit Co.; un caso del dominio imperialista en Cuba* en el contexto particular de una plantación imperialista.<sup>6</sup> En este sentido, las diversas pesquisas coincidentes en el criterio de que la historiografía anterior —principalmente Ramiro Guerra— tendió a sobrestimar los efectos depresivos de la inmigración antillana en materia salarial.

Migraciones menores como la de los franceses salidos de Haití durante la revolución de independencia, los gallegos contratados a mediados del siglo XIX, los indostanos y los puertorriqueños, han captado también la atención de distintos historiadores.<sup>7</sup> Por todo ello puede afirmarse que prácticamente ninguna inmigración significativa ha sido pasada por alto durante este cuarto de siglo. El tema, sin embargo, está aún muy distante de quedar agotado y espera tanto monografías más exhaustivas como un esfuerzo de síntesis que establezca toda su dimensión histórica; el papel de los componentes inmigratorios en la formación de nuestra población.

Una situación distinta presentan los estudios sobre *poblamiento*. La historia de la distribución física de la población en nuestro marco geográfico, vinculada con la explotación económica de este y su cambiante división política administrativa, apenas se ha comenzado. Un ambicioso proyecto de Pérez de la Riva en este sentido quedó trunco en una fase temprana de realización.<sup>8</sup> Aunque la idea parece haber encontrado seguidores, todavía no se han presentado resultados que acusen una impresión de la problemática con sentido totalizador. Algo se ha avanzado, no obstante, en el conocimiento del proceso urbanizador mediante los trabajos —disímiles en su concepción— de Hortensia Pichardo y Carlos Venegas y las contribuciones de Carmen Gavira.<sup>9</sup> El importante problema

<sup>6</sup> Ibarra, Jorge: *La inmigración antillana: ¿desproletarización del proletariado cubano...?* Ponencia presentada en el IV Encuentro de historiadores latinoamericanos y del Caribe, Bayamo, 1983; *United Fruit Co., un caso...* Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1976. Cap. IX.

<sup>7</sup> Berenguer Cala, Jorge: *La inmigración francesa de la jurisdicción de Cuba*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1980; Pérez de la Riva, Juan: “La implantación francesa en la cuenca superior del Cauto”. (En: *El barracón...*, ob. cit., p. 361; López Valdés, Rafael: “La inmigración indostana a Cuba”. Santiago. (Santiago de Cuba) núm. 25, marzo 1977; Peraza, Norma: “‘Esclavos’ gallegos en Cuba”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 71, núm. 3, La Habana, septiembre-diciembre, 1980; Fernández Soriano, Armando: “La inmigración puertorriqueña a Cuba”. Ponencia presentada al IV Encuentro de historiadores de Latinoamérica y el Caribe, Bayamo, 1983 (inédita).

<sup>8</sup> “La conquista del espacio cubano”. Algunas ideas básicas sobre este proyecto pueden encontrarse en el conversatorio del mismo título publicado en *Universidad de La Habana* (núm. 207, La Habana, enero-marzo, 1978), así como en el artículo “El país de La Habana en los albores del siglo XIX según Antonio del Valle Hernández” (*Economía y desarrollo*, núm. 23, La Habana, mayo-junio, 1974).

<sup>9</sup> Venegas, Carlos: *Dos etapas en la colonización y la expansión urbana*, Editora Política, La Habana, 1979; Pichardo Hortensia. “La fundación de las primeras villas de la Isla”, *Revista de la Biblioteca*

histórico del poblamiento, que por su amplitud y complejidad exige una investigación multidisciplinaria, puede recibir un notable aporte del desarrollo de las historias regionales, en la medida que estas sean capaces —escapando al localismo— de contribuir a la elaboración de una visión del todo desde las partes.

El tema por antonomasia de la demografía histórica —la evolución del régimen demográfico— ha sido paradójicamente el menos atendido. Aunque las estadísticas vitales republicanas provenientes del registro civil son prácticamente inservibles y algunos registros parroquiales se han perdido, la investigación está muy por debajo de las posibilidades que ofrecen sus fuentes. Solo un estudio sobre la parroquia de Santa María del Rosario —debido a un historiador visitante—, limitado en su concepción y método ha visto la luz en estos años.<sup>10</sup> Investigadores de la Universidad de La Habana explotaron los registros parroquiales de El Cano e Isla de Pinos —en el primer caso por el método de reconstrucción de familias—, pero los resultados de su trabajo nunca fueron publicados. En consecuencia, seguimos ignorando la evolución histórica de nuestras variables demográficas fundamentales, así como el papel del movimiento natural en el crecimiento de la población cubana y su correlación con el proceso económico y político, las epidemias, etcétera. El abandono de esta materia es tanto más preocupante, porque la historiografía regional, que en otros sentidos ha dado sólidos pasos en su modernización y desarrollo, permanece de espaldas al estudio de esta cuestión, siendo ella precisamente, la que mayores posibilidades tiene para su realización. La explotación de la potencialidad informativa de los registros parroquiales ofrecería una comprensión más completa del desarrollo histórico regional, a la vez que sentaría las bases para la determinación de los patrones históricos de comportamiento demográfico de la población cubana.

## La estructura social y las clases

Las investigaciones en torno a las estructuras socio-clasistas revisten una importancia trascendental para el desarrollo del conocimiento histórico, a la vez que constituyen un elemento indispensable en cualquier operación de síntesis. Sin embargo, forzoso es reconocer que nuestro progreso historiográfico en este terreno manifiesta un relativo retraso. No es atribuible esta situación a incomprensión o descuido por parte de nuestros historiadores, sino más bien a dificultades objetivas provenientes de la complejidad real, teórica y empírica, de esta problemática.

Las etapas tempranas de nuestra historia (siglo XVIII), corresponden a una sociedad en formación, caracterizada por la superposición y entrelazamiento de diversas relaciones de producción y un agrupamiento social-clasista

*Nacional José Martí*, año 74, núm. 3, La Habana, septiembre-diciembre, 1983; Gavira, Carmen: "La configuración del espacio colonial urbano", en *Ibid*, año 73, núm. 1-2, La Habana, enero-agosto, 1982.

<sup>10</sup> Bourde, Guy: "Fuentes y métodos de la historia de demografía en Cuba", *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 65, núm. 1, La Habana, enero-abril, 1974.

francamente embrionario. El posterior predominio de las relaciones esclavistas de producción vinculadas en su contexto mundial al modo de producción capitalista, lejos de simplificar complica aún más la realidad social, cuyos rasgos fundamentales se ven además oscurecidos por la incidencia de factores raciales y nacionales. Por último, cuando la formación social capitalista queda claramente definida, es como resultado de un desarrollo capitalista insuficiente y deforme, que afecta el grado de difusión y penetración de la relación de producción esencial del sistema y distorsiona su estructura socioclasista. Al abordar esta compleja realidad con el fecundo instrumento que para su estudio ofrece la teoría marxista-leninista de las clases sociales, el historiador tiene que aplicar su aparato conceptual y simultáneamente ajustarlo a las particularidades del fenómeno investigado.

Atender al fundamento dialéctico de la concepción materialista de la historia, resulta pues condición necesaria para develar la esencia del inextricable fenómeno histórico de nuestra estructura social, lo cual entraña un arduo esfuerzo para el investigador.<sup>11</sup>

A la elevada exigencia teórica de esta indagación, deben añadirse los requerimientos que imponen en el plano empírico las fuentes históricas. Los padrones y censos —fuente principal de estos estudios no solo son insuficientes y, en muchos casos, de baja calidad, sino que por lo general utilizan agrupaciones estadísticas poco significativas desde el punto de vista socioclasista. Ello plantea la necesidad de transformar las categorías censales —de estructura ocupacional, por ejemplo—, en categorías analíticas, para lo cual la fuente no siempre ofrece los recursos informativos indispensables. En esta dirección han desplegado su actividad algunos investigadores cuyos resultados, no por modestos, dejan de ser prometedores.<sup>12</sup>

Los estudios histórico particulares *sobre clases sociales*, han sido incomparablemente más numerosos que las investigaciones generales sobre estructura social. El caso más evidente es el de la clase obrera, en torno a la cual se ha desarrollado una intensa labor historiográfica cuyos resultados justifican que se le haya tratado como un tema particular en el balance de este cuarto de siglo, por lo cual no abundaremos en dicha materia. La investigación histórica del fenómeno clasista ha puesto su acento en los aspectos de la organización, luchas y proyecciones ideológico-políticas de las clases, quedando relativamente rezagado, en cambio, el pesquisaje de sus características socio-económicas. El proletariado resulta nuevamente un buen ejemplo. En contraste con los múltiples trabajos sobre organizaciones sindicales, huelgas, prensa obrera,

<sup>11</sup> Un buen ejemplo de este esfuerzo puede encontrarse en el trabajo de Carlos Rafael Rodríguez “Cuba en el tránsito al socialismo” (En: *Letra con filo*, Editorial Ciencias Sociales, t. 2, La Habana, 1983) donde traza los contornos fundamentales de la estructura socioclasista de la etapa prerrevolucionaria.

<sup>12</sup> El trabajo de Fe Iglesias “Población y clases sociales en la segunda mitad del siglo XIX”, (*Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 73, núm. 3, La Habana, septiembre-diciembre, 1982), constituye una muestra de este tipo de esfuerzo. Hay otros trabajos particulares de la misma autora sobre censos de 1862 y 1877.

corrientes ideológicas, organización política, etcétera, las investigaciones, sobre la distribución sectorial de la clase obrera, su composición ocupacional, la evolución histórica del salario y las condiciones de vida, niveles de instrucción y otros temas son realmente muy escasas. Existen sin duda notorias dificultades en materia de fuentes pero estas no llegan al extremo de bloquear completamente las posibilidades de investigación. Entre los esfuerzos desplegados en esa dirección debe mencionarse, por su mayor amplitud la obra de Carlos del Toro, *Algunos aspectos económicos, sociales y políticos del movimiento obrero cubano*, donde se sistematizan los escasos datos ofrecidos por la estadística oficial sobre la estructura ocupacional, salarios, seguridad social y otros elementos de la situación de la clase obrera en la última etapa neocolonial. Junto a este intento de síntesis, los restantes consisten en pequeños estudios o artículos dedicados a sectores o etapas específicas, o capítulos de obras con más amplio objeto.<sup>13</sup>

En comparación con el proletariado, los estudios sobre otras clases sociales resultan más escasos. Para el campesinado la valiosa obra de Antero Regalado, *Las luchas campesinas en Cuba*, es aún la pieza bibliográfica fundamental, pero por su carácter e intención se trata de una síntesis preliminar una de cuyas virtudes fundamentales es la de presentar en toda su amplitud y riqueza un importante campo de investigación. Justo es reconocer que en él se han adentrado algunos estudiosos, pero se trata por lo general de pequeños trabajos aislados cuyos resultados fragmentarios no llegan a conformar un verdadero frente en el avance cognoscitivo.<sup>14</sup> Un cuadro similar presentan las pesquisas sobre las capas medias urbanas, prácticamente abandonadas, con excepción del sector estudiantil. En esta área se han ejecutado algunos estudios de notable importancia, como la obra de Ladislao González Carvajal sobre el Ala Izquierda Estudiantil, aunque aquí —como en el caso del proletariado— el énfasis descansa también en los aspectos organizativos y políticos.<sup>15</sup> Los estudios publicados sobre la burguesía y sus sectores son realmente muy raros, aunque existen algunas tesis de licenciaturas inéditas sobre esta temática.

<sup>13</sup> El artículo de E. Trimiño “La clase obrera, en vísperas de la Revolución (*Islas*. Universidad Central de Las Villas, núm. 54, mayo-agosto, 1976) realiza un serio intento de caracterización socioeconómica del proletariado sobre la base del censo de 1953, fuente que también aprovecha Sara Chantez en su estudio “Condiciones de vida de la clase obrera en el período prerrevolucionario” (*Islas*. Universidad Central de Las Villas, núm. 69, mayo-agosto, 1981).

<sup>14</sup> Puede verse: Akulai, V. y P. Rodríguez Frago: “La situación socioeconómica del campesinado en vísperas del triunfo de la Revolución”. *Islas*. (Universidad Central de las Villas) Núm. 54, mayo-agosto, 1976; Chailloux, Graciela: “El movimiento campesino 1950-1975”. Rodríguez Frago, P.: “Análisis de dos tipos sociopolíticos de organización agraria en Cuba prerrevolucionaria”. Oquendo, L.: “Estudio de las transformaciones operadas en el campesinado de 1898 a 1918”. Todos en la serie: *Clases y lucha de clases en la sociedad neocolonial cubana (3)*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1981. Las transformaciones más recientes del campesinado han sido abordadas por José Acosta en distintos artículos, entre ellos “Las leyes de reforma agraria y el sector privado campesino” (*Economía y Desarrollo*, núm. 12, La Habana, julio-agosto, 1982).

<sup>15</sup> González Carvajal, Ladislao: *El Ala Izquierda Estudiantil y su época*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1976; Pérez Rojas, Niurka: *El movimiento estudiantil universitario de 1934 a 1940*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

El panorama de los estudios socioclasistas sobre el período colonial presenta sus particularidades. La esclavitud ha captado la atención de un buen número de historiadores, una parte de cuyos resultados puede apreciarse en los trabajos presentados al seminario científico convocado por la Academia de Ciencias en ocasión del centenario de la abolición, así, como en el número que por igual razón dedicara al tema la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*.<sup>16</sup> Sin embargo, la mayor parte de estas indagaciones se concentran en los aspectos económicos, políticos e ideológicos del sistema esclavista, mientras los esclavos, como clase, permanecen relativamente poco estudiados. No pueden pasarse por alto en este último sentido trabajos como el capítulo dedicado por Moreno Fraguinals en su obra ya citada a la condición social del esclavo de ingenio. El estudio de las rebeliones de esclavos tiene un antiguo y apasionado cultivador en José Luciano Franco, a quien se han sumado otros autores con trabajos de sabor más bien local.<sup>17</sup>

Párrafo aparte merece la sistemática dedicación de Pedro Deschamps Chapeaux a la investigación de la pequeña burguesía negra de las ciudades, cuyo resultado mayor, *El negro en la economía habanera del siglo XIX*, constituye un singular aporte al mejor conocimiento de la realidad social de la colonia. Llegando al plano de lo anecdótico, algunos de estos trabajos se enlazan con los de Pérez de la Riva sobre los culíes chinos para conformar un testimonio vívido, y en ocasiones patético, de la trayectoria vital de hombres cuya existencia ha escapado a las páginas de la historiografía burguesa tradicional.<sup>18</sup>

Las incursiones en el tema de las clases dominantes del período colonial desde un punto de vista estrictamente socioclasista —no así en los dominios de la economía, la política y la ideología— han sido realmente escasas, aunque las publicaciones en revistas especializadas sugieren que no se trata de un terreno totalmente abandonado.<sup>19</sup>

## Otros temas sociales

El amplio ámbito de la vida social da cabida a una problemática que no se agota en los aspectos socioclasistas o demográficos, aunque estos —específicamente los primeros— actúen como sus condicionantes generales. Tal es el caso de la condición social de la mujer contemplada en su perspectiva histórica, asunto

<sup>16</sup> *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 71, núm. 3, La Habana, septiembre-diciembre, 1980. Este número contiene trabajos de J. L. Franco, J. Le Riverend, H. Pichardo, Ma. del C. Barcia, F. Iglesias y otros autores.

<sup>17</sup> Véase, entre otros: *Los palenques de negros cimarrones* (DOR, La Habana, 1973) y *Las minas de Santiago de Prado* (Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975). Entre los trabajos pueden verse *Triunvirato: historia de un rincón azucarero*, de R. Vázquez. (DOR, La Habana, 1972) y “Noticias sobre sublevaciones y conspiraciones de esclavos: cafetal El Salvador 1833” de J. Iduarte (*Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 73, núms. 1-2, enero-agosto, La Habana, 1982).

<sup>18</sup> Deschamps, Pedro y Juan Pérez de la Riva: *Contribución a la historia de la gente sin historia*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1974.

<sup>19</sup> Sorhegui, A.: “El surgimiento de una aristocracia colonial en el occidente de Cuba durante el siglo XVI”: *Santiago*, núm. 37, marzo, Santiago de Cuba, 1980.

que atrae hoy día la atención de numerosos investigadores en todo el mundo. No puede considerarse este un tema ausente de nuestra más reciente historiografía, aunque su elaboración quede bastante por debajo de su importancia. Estudios sobre el empleo femenino, la situación social de la mujer en momentos históricos particulares, apuntes sobre la evolución del movimiento femenino, biografía de sobresalientes personalidades femeninas; aunque esporádicos y fragmentarios, indican las posibilidades de un tema que amerita un esfuerzo investigativo de mayor sistematicidad y más largo aliento.<sup>20</sup> Los problemas de la evolución de las condiciones materiales de existencia y el modo de vida, no han recibido una atención que corresponda a su importancia. Algunos estudios históricos sobre la vivienda o tipos históricos de vivienda —el barracón, por ejemplo—, intentos por definir ciertos contornos de la vida cotidiana en un momento específico, apreciaciones acerca del modo de vida en obras cuyo objetivo central es otro, tal es la magra cosecha que obtendrá quien escarbe en este terreno.<sup>21</sup> No hay dudas acerca de la trascendencia historiográfica de esta materia. Aunque algunos de sus temas demandan investigaciones complejas y engorrosas, sus resultados, constituirían aportes inestimables al conocimiento del pasado colonial. Piénsese solo en lo que significaría poder disponer de series de índices del costo de la vida, aunque solo fuera para el período republicano neocolonial.

Los estudios históricos de carácter sociocultural no han carecido de culti- vadores, pero en esta esfera el peso se carga más bien hacia lo estrictamente cultural. La cuestión de las raíces socio-históricas de nuestra cultura ha ofrecido temas para diversas indagaciones, tanto institucionales; realizadas en la década del sesenta y parte de la del setenta por el Instituto de Etnología y Folklore, como individuales en los casos de José Luciano Franco, Enrique Sosa y Rafael López Valdés, entre otros.<sup>22</sup> Tampoco han escapado a la investigación

<sup>20</sup> Pueden verse, entre otros, los siguientes trabajos: Pavón, E.: "El empleo femenino en Cuba". *Santiago*, núm. 20, Santiago de Cuba, diciembre, 1975; Martínez Guayanes, M.: "La situación de la mujer en Cuba en 1953". *Santiago*, núm. 15, Santiago de Cuba, septiembre, 1974. Alvarez, R.: *La 'reeducación' de la mujer cubana en la colonia*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1976; Sarabia, Nidia: *Ana Betancourt*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana 1970. Se viene desarrollando igualmente un notable esfuerzo investigativo sobre la historia del movimiento juvenil, particularmente por la comisión de historia de la UJC, pero no lo incluimos en este recuento porque será objeto de una ponencia aparte en este mismo forum.

<sup>21</sup> Fernández Nuñez, J. M.: *La vivienda en Cuba*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1976; Segre, R.: *La vivienda en Cuba en el siglo XIX: república y revolución*; de esta obra existe una edición mexicana de la Editorial Concepto, la edición cubana, más amplia, se halla en proceso de impresión. Una perspectiva interesante, más particular, desarrolla Pilar Fernández en "La vivienda obrera durante el machadato: el reparto Lutgardita" (*Universidad de La Habana*, núm. 217, La Habana, 1982). Véase también: Poumier, M. *Apuntes sobre la vida cotidiana en Cuba en 1898*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1975.

<sup>22</sup> Franco, J. L.: *La diáspora africana en el Nuevo Mundo*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975; Sosa, E.: *Los ñáñigos*, Casa de las Américas, La Habana, 1982; López Valdés R.: "Problemas del estudio de los componentes africanos en la historia étnica de Cuba", *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 71, núm. 3, La Habana, 1980; Alén, O.: "Las sociedades de tumba francesa", *Santiago*, núm. 25, Santiago de Cuba, marzo, 1977.

algunas sociedades e instituciones sociales como la masonería o la iglesia católica.<sup>23</sup>

Un tema de indiscutible significación social como el de las enfermedades y la salud apenas ha sido abordado. Aunque el Ministerio de Salud Pública mantiene una oficina trabajando en la historia de este sector, sus labores han estado enfocadas hacia los aspectos profesionales o científicos de la medicina, resultando muy escasos los trabajos dedicados al conocimiento histórico de la incidencia de algunas enfermedades y en particular, de las epidemias, de tanta importancia en la vida social de la colonia.<sup>24</sup> El tema de las patologías sociales, es decir, el *bandolerismo*, la delincuencia y, asuntos conexos no ha corrido mejor suerte. Algún artículo perdido en las páginas de una revista, o alusiones en textos más generales, es el pobre resultado de la escasa atención a un tema de notable significación, no solo en nuestra época colonial; sino también algunas etapas del presente siglo.<sup>25</sup>

La revisión temática podría extenderse aún más, pero lo hasta aquí reseñado resulta suficiente para la caracterización que se pretende. Ciertamente es que la búsqueda apresurada en un campo de límites inciertos, nos obliga a confesarnos de antemano reos de olvidos involuntarios. Tampoco han podido evaluarse los aportes de colegas a cuyo esfuerzo no le cupo en suerte llegar a este balance convertido en letra impresa. Olvidos o desconocimiento asignan, por tanto, un inevitable margen de error a nuestras apreciaciones, pero no al extremo de invalidar una conclusión que es de por sí evidente.

La historiografía cubana ha conseguido en los últimos veinticinco años, un ostensible progreso en el conocimiento de los aspectos sociales de nuestra historia, sobre todo si se tiene en cuenta su menguado punto de partida. Se trata, sin embargo, de un avance irregular, que si bien alcanzó a penetrar con cierta profundidad en algunas materias, apenas bordea otras de enorme importancia. La dispersión del esfuerzo investigativo es, así mismo, notoria, y se evidencia entre otras cosas por la alta proporción de artículos que integran la base de este “inventario”. La ausencia de sistematicidad constituye, por tanto, la nota dominante en nuestros estudios históricos sobre la esfera social.

En cierto sentido, este recuento, más que balance de logros; lo es de insuficiencias, puesto que ellas deben actuar como acicate del trabajo futuro. Cualquier progreso ulterior en este sector del conocimiento histórico requiere —para ser realmente significativo— de un mayor rigor en la elaboración metodológica de las investigaciones, tanto en el plano conceptual como en el de las

<sup>23</sup> Hay varios trabajos sobre ambos temas de E. Torres-Cuevas, entre ellos. “Formación de las bases sociales e ideológicas de la Iglesia Católica criolla en el siglo xviii”. (*Santiago*, núm. 48, Santiago de Cuba, diciembre, 1982) y “Vicente Antonio de Castro, el Gran Oriente de Cuba y las Antillas y la ruptura del 68” (*Santiago*, núm. 32, Santiago de Cuba, diciembre, 1978).

<sup>24</sup> López Sánchez, J.: *La medicina en La Habana. Cronología de los hechos médicos consignados en las actas capitulares 1550-1799*, Minsap, La Habana, 1976.

<sup>25</sup> Carreras, Julio A.: “El bandolerismo en Las Villas (1831-1853)”. *Islas*. (Universidad Central de Las Villas), núms. 52-53, sep.-abr., 1976; “Los bandoleros de la Tregua en Santa Clara”. *Islas*. (Universidad Central de Las Villas), núm. 60, mayo-agosto, 1978.

técnicas aplicadas. En la indagación de los fenómenos sociales —como en las demás direcciones del trabajo historiográfico urge superar la insularidad, el aislamiento, que aún caracteriza el análisis de nuestra historia nacional. Una clara perspectiva de la correlación entre lo particular y lo general en el proceso histórico cubano, hará más eficiente y fructífera la aplicación del aparato conceptual de la ciencia histórica marxista a nuestras realidades. Del mismo modo, se hace necesaria una consideración más amplia y frecuente del ámbito latinoamericano y caribeño al cual pertenecemos, y que ofrece el marco para un análisis comparativo que proporcionará un sólido fundamento a la generalización.

En lo relativo a las técnicas de análisis, debe atenderse más a los progresos de las ciencias afines a esta esfera —sociología, demografía, etnografía, etcétera— para beneficiarnos del perfeccionamiento de su instrumental. La ampliación del empleo de la cuantificación, contribuirá —sin sobrestimar sus posibilidades— al mejor aprovechamiento del potencial informativo de las fuentes.

Pero, sobre todo, es necesario concentrar y organizar mejor los esfuerzos. Todos los temas incluidos en esta reseña son de indiscutible importancia para el conocimiento de nuestro pasado. Mas es preciso reconocer que si la historiografía cubana no experimenta en los próximos años un avance significativo en el estudio de las clases sociales y, particularmente, de la evolución de la estructura socioclasista, las posibilidades de una síntesis realmente científica de nuestra historia nacional se verán notablemente reducidas. Fue por ello loable la iniciativa del departamento de Educación Interna del Partido Comunista de Cuba cuando convocó, en 1976, un seminario científico sobre el tema “Las clases y la lucha de clases en la sociedad neocolonial cubana”. Este tipo de reunión debiera repetirse, aun que sea en forma de coloquios o simposios dedicados a temas más particulares. Ellas promoverán el intercambio de criterios entre especialistas y contribuirán a la maduración de ideas sobre cuestiones que, por su naturaleza requieren de elaboración colectiva.

Tomado de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*,  
76 (1): 5-17, La Habana, enero-abril, 1985.



# La Revolución del 30: una aproximación historiográfica

Ana Cairo

HISTORIADORA, INVESTIGADORA,  
ENSAYISTA Y PROFESORA

*Hace falta una carga para matar bribones,  
para acabar la obra de las revoluciones;*

*para vengar los muertos, que padecen ultraje,  
para limpiar la costra tenaz del coloniaje;*

*para no hacer inútil, en humillante suerte,  
el esfuerzo y el hambre y la herida y la muerte;*

*para que la República se mantenga de sí,  
para cumplir el sueño de mármol de Martí;*

*para que nuestros hijos no mendiguen de hinojos  
la patria que los padres nos ganaron de pie*

Desde aquí te decimos, Rubén: ¡El 26 de julio fue la carga que tú pedías!<sup>1</sup>

EN LOS párrafos finales del magistral discurso pronunciado en la velada conmemorativa del vigésimo aniversario del Asalto al Cuartel Moncada, Fidel Castro citó los anteriores versos del “Mensaje lírico-civil a José Torres Vidaurre”, poema de Rubén Martínez Villena que este leyó por primera vez en una asamblea política, el 18 de septiembre de 1923, cuando era un dirigente bisoño del Movimiento de Veteranos y Patriotas y se enfrentaba al desgobierno de Alfredo Zayas (1921-1925).

El 26 de julio de 1973, Fidel Castro repetía los versos patrióticos de Rubén, creados media centuria antes, con un nuevo significado, porque eran el recurso sintético para la ratificación de la continuidad histórica del proceso revolucionario en la república neocolonial. Porque la vanguardia presente en los sucesos de Santiago de Cuba y Bayamo el 26 de julio de 1953, no solo era heredera del

<sup>1</sup> Castro Ruz, Fidel: “En el XX aniversario del asalto al cuartel Moncada”. (En *De la Demajagua a Playa Girón*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, p. 279-313.)

ideario antimperialista martiano, sino de las concepciones más radicales de los combatientes contra el zayato y las satrapías de Gerardo Machado y Fulgencio Batista entre 1923 y 1935, años que pudieran delimitar uno de los períodos más complejos e importantes de la historia de Cuba en el siglo xx.

La influencia del combate antizayista, antimachadista y antibatistiano sobre Fidel Castro y sus compañeros de la Generación del Centenario fue examinada por este en el “Discurso en el acto de solidaridad y apoyo a la Revolución por los integrantes del Directorio de 1930” (23 de junio de 1960), en el que dijo:

#### Compañeras y compañeros del Directorio Estudiantil de 1930:

Debo confesarles que para mí y los compañeros de los que ustedes han llamado “la generación nueva”, estos minutos han sido de extraordinaria emoción, por muchas razones; como cubanos, somos todos de ese temperamento emotivo y sensible que se conmueve cuando se nos tocan ciertas fibras. Y así fue, por ejemplo, cuando nos entregaron la bandera que llevaba la manifestación del año 1930 y que cubrió el féretro de Rafael Trejo, para juntarla, en el Museo de la Revolución, con las banderas de nuestra lucha.

Es preciso tener en cuenta que sobre nosotros influyó grandemente la lucha de la generación del 30; es preciso tener en cuenta que todos nosotros crecimos oyendo hablar de aquella epopeya y que, como estudiantes universitarios, todos los años nos reuníamos en la Escalinata a conmemorar la caída de Rafael Trejo; que en nuestros oídos resonaron muchas veces los nombres de los que cayeron en aquella lucha, desde Mella hasta Guiteras; de que fue siempre para nosotros una fuente de inspiración que la juventud del 30 había desempeñado en la lucha por la liberación nacional, en la lucha por la libertad y por los derechos de nuestro pueblo, y que por eso un acto como este, puede decirse que imprevisto, porque en medio de la fatigosa tarea en que nos hemos visto enfrascados desde el triunfo de la Revolución pocas oportunidades hemos tenido como esta, en que es como una recordación y como una especie de encuentro con los que habían sido protagonistas de aquella historia que tanto influyó sobre nosotros. Por eso, esa bandera nos impresionó tan vivamente, y por eso también nos han impresionado las palabras que recordaban los sacrificios de nuestro pueblo, no ya en los últimos años solamente, sino desde aquellos del 30 y los años anteriores al 30 en que comenzó aquella lucha, continuación a la vez de las luchas de la independencia y que han culminado en esta victoria de nuestro pueblo.<sup>2</sup>

El nombre del período histórico comprendido entre 1923 y 1935 es objeto de discrepancias entre los participantes en él, los especialistas, los aprendices de tales y los aficionados al tema (entre los que me incluyo). Existe unanimidad de criterios en que en dicho período se gesta, ocurre y fracasa una revolución.

<sup>2</sup> Castro Ruz, Fidel: “Discurso en el acto de solidaridad y apoyo a la Revolución por los integrantes del Directorio de 1930”, *Revolución*, 3 (477): 1-14, La Habana, jun. 24, 1960.

Hay diferencias de opinión, cuando de “apellidarla” se trata: ¿revolución antimachadista?, ¿del 30?, ¿del 33?

Revolución antimachadista. Como nombre restringe lo ocurrido, porque no solo se derroca al “asno con garras” sino que el período abarca el gobierno Grau-Guiteras (septiembre 1933-enero 1934) y la lucha para destruir la primera tiranía de Fulgencio Batista, “el conde del palmacristi”.

Revolución del 30. Como denominación tiene a su favor que está acuñada —al menos— desde 1934; que entre sus defensores está Raúl Roa (uno de los escritores más capaces para persuadir y ganar seguidores de una idea), quien —con honestidad y buen humor— se atreve a decir con una original metáfora que “se fue a bolina”<sup>3</sup> que, como se aprecia en el discurso de Fidel Castro antes citado, se impone en el vocabulario una herencia revolucionaria transmitida por el habla y la palabra escrita. Como término, alude al año en que la batalla contra la dictadura del “Mussolini tropical” adquiere un primer nivel de relevancia nacional. Por otra parte, se inscribe mejor en la tradición de fechas que marcan los momentos de auge (piénsese en los vocablos “Revolución del 68”, “Revolución del 95”).

Revolución del 33. Sus propugnadores resaltan de este modo, el año en que las luchas político-sociales alcanzan uno de los momentos de máxima intensidad, aunque esto no significa que desconozcan la trascendencia de 1930. A modo de ejemplo: Julio Le Riverend en el sugerente artículo “La Revolución de 1933 y el nuevo giro histórico” suscribe que:

Dentro del proceso que analizamos hay un momento en que el giro histórico hacia la política de masas se acentúa; un reforzamiento, un ascenso de las fuerzas populares, caracteriza los meses que corren de marzo de 1930 a mediados de 1931. Huelgas obreras muy militantes, movimientos estudiantiles como el del 30 de septiembre que sacude a toda la isla pues se extiende a ciudades importantes del interior, farsas insurreccionales burguesas como la ya mencionada de Mendieta y Menocal que arrastran a una generosa e inútil inmolación al general Peraza, a Chacho Hidalgo, a del Pino y otros; intentos fallidos como el de la expedición de Gibara, constituyen los elementos más importantes de esa agudización de la lucha.<sup>4</sup>

Para un análisis sucinto de lo impreso desde 1959 hasta 1984 sobre la Revolución del 30, se comentarán cuatro tópicos, que son: primero, los textos inéditos y desconocidos, que pudieran conceptuarse como fuentes primarias o

<sup>3</sup> Roa, Raúl: *La revolución del 30 se fue a bolina*, ICL, La Habana, 1968. El compilador Ambrosio Fornet dice en “nota a la edición”: “El título que el autor ha dado a esta selección es bastante enigmático. En la jerga del mar “irse a bolina” es algo así como quedar al garete e ir dando bandazos. Quizás en lenguaje de tierra adentro quiera decir más bien irse al carajo. Pero es posible que esa frase tenga un matiz que no tiene la otra. Además, si eso hubiera sido lo que el autor quiso decir, seguramente lo hubiera dicho.”

<sup>4</sup> Le Riverend, Julio: “La revolución de 1933 y el nuevo giro histórico”, *Bohemia* 63 (30): 26-31, La Habana, jul. 24, 1971.

secundarias; segundo, las reediciones de artículos y ensayos de participantes, que ya eran fuentes antes de 1959; tercero, los testimonios e interpretaciones en artículos, entrevistas, ensayos y monografías de los combatientes, hechos después de 1959; y cuarto, los artículos, ensayos, biografías y monografías de interpretación histórica, realizados por la promoción de especialistas que ha surgido y se forma en estos veinticinco años.

### Los textos inéditos y desconocidos, que pudieran conceptuarse como fuentes primarias o secundarias

La publicación de compilaciones como:

Julio Antonio Mella: *Documentos y artículos* (1975), ejecutada por un colectivo de trabajadores de la Editorial de Ciencias Sociales con la ayuda del Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba;

Rubén Martínez Villena: *Poesía y prosa* (1978), Raúl Roa es el compilador de los dos tomos (en particular, el segundo reúne los textos que más interesan historiográficamente);

Antonio Guiteras: *Su pensamiento revolucionario* (1974), hecha por Olga Cabrera;

Pablo de la Torriente Brau: *Cartas cruzadas* (1981), efectuada por Víctor Casaus; *Hombre de la Revolución. Pablo. Páginas escogidas* (1973), sin autor pero realizada por Diana Abad;

enriquece las fuentes para el examen de Mella, Rubén, Guiteras y Pablo, personalidades históricas, así como de las agrupaciones políticas a las que pertenecieron. La devoción, el entusiasmo, el esfuerzo investigativo caracterizan a los compiladores de las mencionadas obras.

Además, han aparecido selecciones temáticas como *Las luchas estudiantiles universitarias (1923-1934)* (1975) de Olga Cabrera y Carmen Almodóbar, *Luchas obreras contra Machado* (1973) de Mirta Rosell y la colección de documentos para la historia del movimiento obrero, cuya publicación sistemática ha emprendido el Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba.

Así mismo, no puede obviarse el valioso aporte de Hortensia Pichardo en los tomos tercero y cuarto (el último dividido en dos partes) de los *Documentos para la historia de Cuba*.

En la imposibilidad de comentar la gran cantidad de textos inéditos y desconocidos que han engrosado las fuentes para el estudio del período, se escogen tres: *Presidio modelo* y “Algebra y política” de Pablo de la Torriente Brau y “Cuba, factoría yanqui” de Rubén Martínez Villena.

*Presidio modelo* (1968) fue escrito por Pablo en 1934 y corregida la versión final entre marzo y junio de 1935. A partir de esa fecha empezó un largo *vía crucis* para conseguir editor primero en México y más tarde en España. La

extraordinaria denuncia del sistema penitenciario de la república neocolonial, en particular de los ocho años de tiranía machadista, quedó inédita porque la peligrosidad del libro seguía vigente para los gobiernos postmachadistas.

Raúl Roa, albacea de Pablo, entregó a la imprenta este impactante testimonio (una de las obras capitales de la Literatura Cubana durante la república neocolonial por sus valores artísticos) en el año del centenario del alzamiento de Carlos Manuel de Céspedes en La Demajagua. De este modo, la Revolución Cubana rendía el mejor de los homenajes al héroe caído en Majadahonda, España. Del mismo modo, Roa facilitó “Algebra y política” (1968), ensayo contenido en una carta fechada el 13 de junio de 1936 en el que Pablo enjuició las contradicciones de la alianza Batista-Roosevelt-Miguel Mariano, las de las fuerzas revolucionarias y la incapacidad para una acción unitaria. Quizás sea el réquiem más audaz de la odisea revolucionaria.

Roa, también cumpliendo un deber entrañable de amistad, logró obtener el manuscrito completo de “Cuba, factoría yanqui” escrito por Rubén Martínez Villena en enero de 1927, para que Julio Antonio Mella lo leyera en el Congreso Mundial Antimperialista de Bruselas. Esta original meditación sobre la dependencia económica cubana de los Estados Unidos solo se conocía parcialmente, por los fragmentos que el propio Rubén había publicado en la revista *América Libre* (abril-julio de 1927). En el segundo volumen de *Poesía y prosa* (1978) se incluyó íntegramente el texto de uno de los primeros análisis económicos hechos por un marxista-leninista sobre la república neocolonial.

Aunque es lógico suponer que nuevas fuentes enriquecerán las actuales, el saldo de este tópico resulta satisfactorio.

## **Las reediciones de artículos y ensayos de participantes que ya eran fuentes antes de 1959**

La apertura editorial inherente a la política cultural de la Revolución Cubana ha permitido que obras agotadas o de escasa difusión en la república neocolonial, se pusieran al alcance de todos. Esta posibilidad, por supuesto, también ha funcionado como un incentivo para el quehacer historiográfico. En la imposibilidad de reseñar todo, se comentarán solo tres autores.

“La misión Welles” de Carlos Rafael Rodríguez se reimprimió en el segundo tomo de la colección *La lucha antimperialista en Cuba* y en el primer volumen de *Letra con filo* (1983), compilación hecha por el propio autor de lo escrito durante más de cuarenta años.

“La misión Welles” continúa siendo un ensayo insuperado dentro de nuestra historiografía, no solo por el manejo de las fuentes para el basamento de las tesis, sino por el método de análisis en sistema de las acciones de las diversas fuerzas políticas cubanas, en simultaneidad, con la exposición de los objetivos de la estrategia y la táctica de Franklin Delano Roosevelt hacia América Latina en 1933. La lección historiográfica de Carlos Rafael constituye un modelo de óptima calidad, que deben asimilar todos los amantes de la investigación en ciencias sociales.

Raúl Roa escogió de sus libros *Bufa subversiva*<sup>5</sup> (1935), *Quince años después* (1950) y *Viento sur* (1953) y del periodismo disperso, una amplia selección bajo el poético título de *Retorno a la alborada* (1964 primera edición, 1977 la segunda; que es la más completa). Con el mismo criterio, organizó *Escaramuza en las vísperas y otros engendros* (1966) y *La revolución del 30 se fue a bolina* (1968) Con independencia de textos testimoniales como “Presidio modelo” (contrapunto obligado del libro ya mencionado de Pablo), que tienen valor literario, tenemos valiosas interpretaciones del proceso revolucionario como “Escaramuza en las vísperas”, polémica con Ramón Vasconcelos en la prensa de septiembre a diciembre de 1947.

*La historia de la Enmienda Platt* (1935) de Emilio Roig de Leuchsenring se reeditó en 1973. Los capítulos del XXII al XXVII examinan las relaciones Cuba-Estados Unidos en el machadato y en 1934. Quizás podría estimarse que algunos capítulos de la monumental investigación de Roig, se están rebasando; pero, la coherencia estructural, la acumulación de vastos conocimientos inherentes a esta ejemplar monografía antimperialista, determinan que la obra perviva esperando émulos. Aunque el descomunal esfuerzo personal que supone tal reto, haga pensar que la hazaña será labor de un colectivo.

### **Los testimonios, los artículos, los ensayos y las monografías de los combatientes, hechos después de 1959**

Las reediciones han influido en que los combatientes se hayan propuesto o hayan accedido a colaborar con autores relatando sus vivencias o exponiendo interpretaciones de hechos y de personalidades históricas.

Gustavo Aldereguía (quien fundó el Instituto Julio Antonio Mella en la Universidad de La Habana, como tribuna de permanente homenaje a los mártires de la Revolución del 30), Sarah Pascual, Isidro Figueroa, Leonardo Fernández Sánchez, Ramón Nicolau, entre otros, han escrito artículos o han concedido entrevistas testimoniales, dignos de ser atendidos por los estudiosos.

Dos aportes de interés particular han sido los de Fabio Grobart y María Luisa Laffita. El primero ha contribuido, de modo decisivo, al esclarecimiento del proceso de creación del Primer Partido Comunista de Cuba y del desarrollo del movimiento obrero. Basta citar entre sus contribuciones “El movimiento obrero cubano de 1925 a 1933” (en la revista *Cuba Socialista*, agosto de 1966) y *Preguntas y respuestas sobre los años 30. Fabio Grobart en la Escuela de Historia* (folleto de 1974). La segunda ha cultivado la biografía de mártires, fundada en la interrelación de evocaciones familiares y de amigos, recuerdos propios y documentos. Además del acercamiento a *Juan Mariano González Rubiera* (1973), tiene *Dos héroes cubanos en el 5to. regimiento* (1980), en el que cuenta la vida de los revolucionarios Rodolfo de Armas y Moisés Raigorski, caídos heroicamente en los combates de la Guerra Civil Española después de luchar contra Machado.

<sup>5</sup> *Bufa subversiva* apareció en los días de la huelga de marzo de 1935. Pedraza, jefe de la policía habanera, secuestró la edición y solo se salvaron un centenar de ejemplares. Es, por tanto, una rareza bibliográfica.

Carlos Rafael Rodríguez en el “Prólogo” a *Dos héroes...* ha señalado que en el homenaje de Laffita a figuras como estas resalta la continuidad histórica de la Revolución del 30 con las batallas antifascistas, expresión del internacionalismo de aquellos años (tema insuficientemente abordado en la historiografía cubana,<sup>6</sup> pudiera agregarse).

Por el alto rango cualitativo de las mismas, hay que detenerse en dos obras esenciales para la historiografía del período: *El Ala Izquierda Estudiantil y su época* (1974) y *El fuego de la semilla en el surco* (1982).

*El Ala...* de Ladislao González Carbajal es uno de los libros escritos con más profesionalidad investigativa en estos veinticinco años. La interpretación del desarrollo de los movimientos estudiantiles en interconexión con todas las fuerzas políticas cubanas actuantes, se fundamenta en una información minuciosa y vasta (resultado del acopio de datos en materiales de la Biblioteca Nacional José Martí, del Archivo Nacional, del Archivo de la Universidad de La Habana y de colecciones particulares), cotejada con los recuerdos de varios participantes, entre los que se encuentra el propio autor, quien —por modestia— rehúye la tentación de ubicarse en un primer plano.

Entre los valores que resaltan en la monografía de González Carbajal está la tarea paciente y meticulosa de cruzar fuentes depurándolas, para apoyar el análisis en una información rigurosa por lo veraz. Este libro, por desgracia, no ha tenido la promoción, ni la exégesis historiográfica que la profesionalidad del empeño merece.

*El fuego...* de Raúl Roa es la biografía de Rubén Martínez Villena que quedó inconclusa por la enfermedad y muerte de su autor. Se trata de un libro tan original, tan novedoso, tan inusual en el género biográfico y (¿por qué no?) en las ciencias sociales cubanas, que requiere un extenso análisis (imposible en este tipo de aproximación). Al menos, se enumeran las razones de los objetivos de elogio.

Aunque Roa se propuso una biografía de Rubén como objetivo inicial, este propósito se rebasa porque en ese libro hay el intento (bastante logrado) de presentar la trayectoria de una generación de revolucionarios (estudiantes, intelectuales y obreros). Los problemas políticos, sociales, económicos y culturales más candentes, los contradictorios enfoques de los mismos, las divergencias tácticas y estratégicas (en algunos casos individuales y en otros colectivos) son recreados y enjuiciados por Roa, quien además los interpreta desde las experiencias y la madurez que le proporciona haber vivido todo el proceso hasta la revolución triunfante, cuya consolidación ha implicado nuevas vivencias enriquecedoras para la comprensión de la gesta de 1930 y su significación en la historia nacional.

Roa funde el recuerdo personal con el de otros combatientes, con la revisión de casi todo lo publicado, con el acuerdo entusiasta ratificador de un juicio, o con la polémica respetuosa cuando discrepa. Es muy personal la forma en que

<sup>6</sup> No obstante, ha aparecido el documentado libro *Cuba la defensa de la República Española, 1936-1939*, (Editora Política, La Habana, 1981) hecho por el Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba.

depura las fuentes y en que valora los aportes de otros especialistas a los innumerables temas que aborda. Por otra parte, defiende sus criterios y recrea espiritualmente una época y enaltece figuras, en una de las prosas estilísticamente mejores de los últimos sesenta años.

Si exalto los valores artísticos de la prosa de Roa es porque hay en ella una lección, que podríamos asimilar todos los profesionales de las ciencias sociales.

La prosa barroca (quizás recargada en ciertos párrafos, contrastante de vocablos cultos y populares) de Roa, o la prosa sintética, sobria y elegante de Carlos Rafael (acaso emparentada con la de Enrique José Varona), pudieran constituir ejemplos (de acuerdo con los gustos personales) que ayudaran a que algunos trabajos de historiografía no fueran lecturas casi exclusivas de especialistas, aprendices de tales, de aficionados “estoicos”, de estudiantes coyundeados por profesores —todos aburridos, semidurmientes, refunfuñantes ante la tarea hercúlea de leer sin disfrute—, sino placer de un amplio público.

Ya se sabe que Roa y Carlos Rafael son buenos escritores, pero han llegado a serlo porque además de talento y de una cultura enciclopédica en ciencias sociales, hay en ambos una voluntad de ser amenos, de agradar para atraerse lectores, insisto en su realce porque creo que ciertas obras carecen del público suficiente al convertirse en una labor ciclópea pasar de las primeras páginas de lectura.

Julio Le Riverend y Juan Pérez de la Riva (1913-1976), estudiantes de bachillerato en el combate antimachadista y después autoridades con prestigio internacional es la historia y en la demografía respectivamente, también han aportado a la interpretación de la Revolución del 30.

En el ya citado artículo “La revolución del 33 y el nuevo giro histórico” (1971), Le Riverend medita sobre la irrupción de las masas, como fuerza decisiva en el acontecer político y señala su trascendencia para el proceso histórico que culmina con la victoria de 1959. Hay que lamentar que tan sugerente reflexión no haya sido recogida en libro y que el autor no la haya proseguido. Del mismo modo, en el ensayo “La década de los años 30 y el desarrollo de las ciencias sociales”<sup>7</sup> (1980) examina y testimonia sobre las características de los libros, la filiación ideológica y los métodos en que se formó su generación. Este formidable ensayo tiene nexos indiscutibles con algunas de las preocupaciones de Roa en *El fuego de la semilla en el surco*. Ambos en la llamada de atención sobre la significación del enjuiciamiento de la génesis, la procedencia y el desarrollo del sistema de ideas en este período histórico.

Juan Pérez de la Riva estudia uno de los problemas de la fuerza de trabajo en “Cuba y la migración antillana 1900-1931”<sup>8</sup> (escrito en 1975). La entrada de

<sup>7</sup> Ponencia presentada al coloquio internacional “Los años treinta en Cuba”, que se celebró en Francia en noviembre de 1980. Existe un folleto de la versión en español y traducida al francés en *Les années 30 à Cuba* (Editions L’Harmattan, París, 1982, p. 97-120)

<sup>8</sup> Pérez de la Riva, Juan: “Cuba y la migración antillana 1900-1931, en *La república neocolonial. Anuario 2 de estudios cubanos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1979, p. 4-75. En realidad este ensayo completa “Los recursos humanos de Cuba al comenzar el siglo: inmigración,

braceros para la industria azucarera, el impacto social, las leyes sobre los mismos hasta el triunfo revolucionario, son explicados en esta admirable monografía que todavía permanece sin émulos.

## Los artículos, biografías, ensayos y monografías, realizados por la promoción de historiadores surgida después de 1959

En un anexo se presenta la relación no exhaustiva<sup>9</sup> de trabajos que constituyen el centro de interés.

*La revolución del 30, sus dos últimos años* (1971) de José Tabares del Real y *La revolución del 33* (1977) de Lionel Soto, son las únicas monografías generales sobre el período. Aunque están separadas por seis años en cuanto a publicación, ambas se escribieron con la consulta de las fuentes existentes hasta 1971, puesto que Soto incluye la fecha en que cierra este esfuerzo recogido en tres tomos. Mientras Tabares termina el análisis después de la muerte heroica de Antonio Guiteras en El Morrillo, Soto finaliza el suyo con el golpe de estado del 15 de enero de 1934. Esta diferencia ilustra la naturaleza polémica prevaliente en casi todo lo escrito sobre el tema. Al ampliarse las fuentes primarias y secundarias en el decursar de los años setenta, hay tópicos en ambas monografías que ya han sido rebasados por otras indagaciones.

Erasmo Dumpierre, Ana Núñez Machín, Nydia Sarabia, José A. Tabares del Real y Olga Cabrera<sup>10</sup> han escrito biografías de figuras como Mella, Rubén, Floro Pérez y Antonio Guiteras. Quizás en la mayoría de ellas prima un desbalance estructural, en detrimento de la exposición de facetas inherentes a la trayectoria de la personalidad histórica; si se reimprimieran, de seguro contendrían modificaciones por el enriquecimiento de las fuentes.

En el anexo se enumeran por agrupaciones temáticas (y en orden cronológico dentro de las mismas) los artículos, ensayos y monografías. Entre las obras incluidas algunas solo se ocupan de aspectos parciales; pero, de no optarse por un criterio flexible la cantidad hubiera sido exigua y se hubiera cometido el error de ignorar que en los tópicos específicos del período hay contribuciones.

Oscar Pino Santos<sup>11</sup> ratifica su oficio como historiador en el artículo “El caso Machado”, que marca derroteros sobre la necesidad del examen de los intereses económicos individuales que representaban los políticos en la república neocolonial.

---

economía y nacionalidad (1899-1906)”, en *La república neocolonial. Anuario 1 de estudios cubanos* (Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975. p. 10-44).

<sup>9</sup> Pido excusas por cualquier omisión, que ha sido involuntaria.

<sup>10</sup> Víctor Casaus publicó *Pablo, con el filo de la hoja* (1983), pero se trata de un testimonio literario, de ahí que no se incluya.

<sup>11</sup> Aunque Oscar Pino Santos era un periodista conocido antes de 1959, su obra historiográfica (muy valiosa por los aportes a la comprensión de la dependencia neocolonial de Estados Unidos) pertenece a estos veinticinco años. Es uno de los más brillantes representantes de la primera promoción de historiadores surgidos con la Revolución.

La mayoría de los autores consignados en este anexo se encuentran en fase de formación o en niveles diferentes de desarrollo (en dependencia de la edad, talento y tipo de trabajo), por lo que los resultados alcanzados son parciales, sujetos a las necesarias rectificaciones derivadas de otros aportes o del propio avance en el tema.

La insuficiente preparación metodológica, el autodidactismo sin orientación actualizada y sistemática, la inexperiencia, entre otros elementos, han influido en algunas de las insuficiencias que pudieran valorarse en algunos trabajos y que pudieran ser: ausencia de fondos de consulta imprescindibles a la naturaleza del tema, carencia del rigor necesario en la depuración de fuentes, construcciones de tesis fundadas en la especulación y demasiado “globales”, abuso de documentos y cifras (ya en citas, en cuadros y/o en anexos) sin la adecuada interpretación de los mismos; análisis muy restringidos en olvido de las interrelaciones con otros fenómenos sociales, políticos, económicos, culturales, etcétera, que la propia documentación evidencia.

La historiografía sobre el período, y acaso de toda la república neocolonial, ha carecido de una planificación científica. Cada cual, con entusiasmo y pasión, se ha lanzado por la parcela que más le interesaba y en el camino ha descubierto los “baches”. No hay experiencia más instructiva que la revisión del fichero de Historia de Cuba de la Biblioteca Nacional José Martí, para descubrir que no existen monografías actualizadas sobre los gobiernos de Tomás Estrada Palma, Mario García Menocal y Alfredo Zayas; que todavía somos deudores en exceso de *La crónica cubana* de León Primelles; que no se han examinado de modo específico los partidos políticos; que no se dispone de una cronología decorosa para algunos momentos de los más de cincuenta años de república neocolonial.

Las insuficiencias de nuestro desarrollo historiográfico no presuponen que en las investigaciones sobre la Revolución del 30, “el primer ‘ensayo general’ de la toma del poder del pueblo” —citando de nuevo a Le Riverend— no haya avance modestos en comparación con lo hecho antes de 1959 (que ciertamente era escaso). En la interacción de los cuatro tópicos enjuiciados se demuestra que no puede hablarse de una *tabula rasa* y que en lo publicado hay aportes que serán simiente para el salto cualitativo previsible de la historiografía sobre la república neocolonial y dentro de ella la especializada en la Revolución del 30.

Quizás la conciencia de nuestras manquedades y la ponderación objetiva de los aportes parciales, funcionen como el estímulo mejor para que en los próximos años la Revolución del 30, el antecedente fallido de la gesta abierta por el Asalto al Cuartel Moncada (la carga contra los bribones que pedía Rubén Martínez Villena) tenga un saldo historiográfico superior al de este incompleto balance.

## Anexo

Monografías generales del período: José A. Tabares del Real: *La revolución del 30, sus dos últimos años* (1971 la primera edición, 1973 la segunda); Lionel Soto: *La revolución del 33*, tres tomos (1977).

Biografías: Erasmo Dumpierre: *Mella* (1965); Ana Núñez Machín: *Rubén Martínez Villena* (1971 la primera edición, 1974 la segunda); Nydia Sarabia: *Floro Pérez; biografía de un revolucionario* (1972); José A. Tabares del Real: *Guiteras* (1973); Olga Cabrera: *Guiteras, la época, el hombre* (1974).

Artículos y ensayos económicos y demográficos: Francisco López Segrera: “La economía política en la república neocolonial (1902-1932)”, en *La república neocolonial. Anuario 1 de estudios cubanos* (1975); “Algunos aspectos de la industria azucarera cubana (1925-1937)”, en *La república neocolonial. Anuario 2 de estudios cubanos* (1979); Oscar Zanetti: “El comercio exterior de la república neocolonial” en ...*Anuario 1*; “1929: la crisis cubana y la crisis mundial”, en *Santiago* (49): 173-174; ene-abr., 1983, Rodolfo Sarracino: “Los asesores yanquis y la reforma tributaria en la década del 30”, en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 69 (3): 131-148; sep.-dic., 1978; Departamento de Historia de Cuba de la Universidad de La Habana “La crise des années 30 à Cuba et les alternatives proposées par les divers secteurs politiques”, en *Les années trente à Cuba* (1982).

Artículos, ensayos y monografías sobre figuras, instituciones, partidos y movimientos políticos: Ana Cairo: *El movimiento de veteranos y patriotas* (1976); Joel James Figarola: *Cuba 1900-1928: la república dividida contra sí* (1976); Ramón de Armas: “Esquema para un análisis de los partidos políticos burgueses en Cuba: en relación con los dos principales sectores de la burguesía cubana (1899-1925)”, en *Santiago* (29): 143-193, marzo 1978; “Notes sur quelques aspects du nationalisme bourgeois pendant les années 20 et 30 à Cuba”, en *Les années...*; Oscar Pino Santos: “El caso Machado”, ...en *Anuario 2...*; Maricela Mateo: “El ABC como opción reformista burguesa en la política neocolonial cubana”, en ...*Anuario 2*; Josefina Meza: “Apuntes para un estudio del pensamiento político de Rubén Martínez Villena”, en ...*Anuario 2*; Federico Chang: *El ejército nacional en la república neocolonial: 1899-1933* (1981); Olga Cabrera: “Deux figures de la révolution des années 1930: J. A. Mella et A. Guiteras”, en *Les années...*; Pedro P. Rodríguez: “La pensée nationale bourgeoise pendant les premières années de la République. Les cas José Comallonga”. En *Les années...*; “Rubén Martínez Villena: el marxismo entra en el pensamiento económico cubano”, en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 75 (2): 41-63, La Habana, mayo-agosto, 1984.

Artículos, ensayos y monografías sobre el movimiento estudiantil: Ilia Villar: “Límites y posibilidades del movimiento estudiantil en los años 30”, en

*Pensamiento Crítico* (51): 77-99 abril, 1971; Juan A. Sánchez Bermúdez: “El 30 de septiembre de 1930”, en *Islas* (Universidad Central de las Villas) (49): [95] – 110, Sep.- Dic. 1974; Niurka Pérez Rojas: *El movimiento estudiantil de 1934 a 1940* (1975).

Ensayos y monografías sobre el movimiento obrero: Carlos del Toro: *Algunos aspectos económicos, políticos y sociales del movimiento obrero cubano (1933-1958)* (1974); “La fundación de la primera central sindical nacional de los trabajadores cubanos”, en ...*Anuario 2*; Augusto García Garcés: “El desarrollo del movimiento obrero en el período 1930-1933”, en *Les années...*

Tomado de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 76 (1): 91-105, La Habana, en.-abr., 1985.



# Un importante y casi desconocido trabajo de Máximo Gómez

Ramón de Armas

HISTORIADOR Y ENSAYISTA

EL *DIARIO de Campaña del Mayor General Máximo Gómez* (La Habana, 1940) incluye diversos apéndices que corresponden a libretas o cuadernos de notas, con apuntes, a menudo personales, del extraordinario luchador.

En una de ellas —la reproducida como apéndice número 13— las informaciones que contiene permiten determinar que se trata de anotaciones realizadas en el año 1893, y que hacen frecuentes referencias a hechos y situaciones acontecidos en 1888. Casi al final de esta libreta aparece una curiosa frase aislada, que dice solamente: “Una raza ocupando su puesto o el Porvenir de las Antillas”.<sup>1</sup> En la siguiente línea está anotada una fecha: 22 de junio de 1890.

Durante muchos años, a los que conocieron los cuadernos de notas originales, debe haberles resultado imposible comprender el significado de aquella frase. Pero en el año 1942, la revista habanera *Carteles*<sup>2</sup> publicó un artículo inédito de Máximo Gómez, titulado precisamente “El Porvenir de las Antillas”, y cuyo contenido estaba centrado, en buena medida, en el papel que Gómez atribuía a la población negra y mestiza de las Antillas en el devenir histórico de esta subregión.

Uno de los nietos del héroe antillano había sido el descubridor de este trabajo que había permanecido ignorado durante cerca de medio siglo, y calculaba que había sido escrito por su abuelo alrededor del año 1886. Cabe preguntarse: ¿sería quizá en el año 1888, al cual hacían referencia constante las anotaciones de aquel cuaderno que databa, presumiblemente, de 1893? ¿Tendría el 22 de junio de 1890 alguna relación con la fecha del escrito?

No se ha vuelto a tener noticias del original de este importante trabajo que la revista publicaba —según advertencia expresa— “tal como fue escrito, letra por letra, sin modificarlo en nada”. Solamente la frase que hemos mencionado más arriba quedaba como testimonio de que en alguna ocasión Gómez había considerado la posibilidad de ampliar el título que finalmente dejó al trabajo. Pero la importancia del tema abordado y el hecho de que se refiera a una zona como el Caribe insular, en cuya historia revolucionaria desempeñó un papel

<sup>1</sup> Agradecemos al investigador Roberto Friol tanto esta información como el dato adicional de que en el manuscrito original se diferencia —fundamentalmente en el uso de las mayúsculas y las comillas— de la versión que aparece en la página 533 de la mencionada edición del *Diario*...

<sup>2</sup> *Carteles*, 23 (46): 38-40, La Habana, 15 nov., 1942; il. 23 (47): 30-32, 22 nov., 1942. il.

tan importante el heroico general, hace incuestionable el valor de este trabajo y la conveniencia de que el mismo sea conocido por los estudiosos de su vida, su obra y —sobre todo— su pensamiento político y social.

“El Porvenir de las Antillas” es un escrito altamente peculiar. En él, el autor se sitúa hipotéticamente como si escribiera a mediados del siglo xx y narrara —como pasado histórico— lo que él considera que vendría a ser el porvenir del conjunto de las islas antillanas.

Concibe para ellas una gran revolución que las involucraría a todas, y a una parte de la cuenca del Caribe, y que concitaría el apoyo inteligente de Inglaterra. Según su previsión; esta revolución daría por resultado la sustitución de las clases altas —hasta entonces en el poder— por las clases populares, integradas mayoritariamente por negros y mestizos, que contarían con el apoyo de amplios sectores de la población blanca.

Tiende a identificar Gómez —y al hacerlo responde, sin dudas, aunque sea parcialmente, a una realidad histórica de su tiempo y su contexto— el problema racial con el problema social: tiende a identificar las clases populares más preteridas, las clases más humildes, con los grupos étnicos de negros y mestizos; la raza blanca, con las que él llama “las clases elevadas”.

De ese modo, para él, tanto en Cuba como en Puerto Rico y aun ante los fracasos de los intentos revolucionarios o reformistas sucedidos en las dos Antillas, “la clase baja y los esclavos recogían poco a poco la herencia que les legaban esas muertas revoluciones”, y “a cada sacudimiento recogía la masa del pueblo una lección provechosa, que más tarde, en su tiempo, debía dar sus resultados en escala superior”.

En las Antillas no tardó en “infiltrarse en las masas el pensamiento de una Revolución de nueva forma”. Y muy pronto —dice— la raza de color (incluidos los negros del sur de los Estados Unidos) “entrevió en las Antillas no solamente un refugio para vivir como hombres, sino una futura patria para sus hijos”.

Lleva así este proceso hasta su punto culminante: en poco tiempo, sostiene, “se sobraron agitadores y propagandistas que cundían por toda la América antillana la idea de ‘la revolución de los desheredados’”.

Siempre identificando a los desheredados mayoritaria, aunque no exclusivamente, con la población negra y mestiza de las Antillas, con lo que él llama “la raza oprimida”, y situado siempre en el futuro, Gómez relata:

Así las cosas y madurada la opinión, se inauguró el siglo 20 con el grito, de esa revolución tan redentora, que deja atrás y oscurece los reflejos deslumbrantes de la célebre Revolución Francesa.

A ese grito respondieron cuatro millones de hombres negros y muchos blancos. Grito verdaderamente democrático.

Fueron sus palabras —la celebración de “la perpetua alianza entre las Antillas, reanudando los lazos de antiguo rotos por la conquista”. Y aunque no llega a aclarar cuál fue la forma política que adoptó esa perpetua alianza, sí

es explícito en describir que “libres estos pueblos y dueños de sus propios destinos, surgió la verdadera civilización con el bien positivo de la libertad, señalando imperiosas necesidades sociales que los condujeron derecho al trabajo”.

Así, antes de la que ha llamado la *revolución de los desheredados*, “las Antillas hermanas entre sí no tenían comunicación, se vivía en el aislamiento en medio del mar Caribe.”

Ahora, una vez realizada esa *revolución de los desheredados*, “la historia nos está probando con la elocuencia de los hechos consumados incesantemente que el pasado atraso en que por tantos años vivieron estacionadas estas Antillas su principal causa consistía en el lastimoso y contranatural aislamiento que entre todas ellas existía.”

En el verdadero devenir de la historia, sería para nuestras islas mucho más complejo y difícil el camino unitario que con contenido altamente utópico, Máximo Gómez preveía en “El Porvenir de las Antillas”.

Hacia finales de la década del noventa, ya no parece tener aspiraciones a una unión *formal* de nuestras repúblicas. Más bien se destaca su esperanza de lograr la fundación de repúblicas absolutamente independientes en Cuba y Puerto Rico, cuya existencia fuese paralela a la de Santo Domingo. Se acercaba, con ello, a las circunstancias concretas que la realidad histórica imponía. Lejos ya de concebir la creación inmediata de una única nación antillana, veía sin embargo, las posibilidades de firme apoyo de las diferentes naciones entre sí.

En efecto, en 1895, sus concepciones al respecto ya denotaban esa necesaria adecuación a las realidades de su tiempo continental:

Santo Domingo es la Nación, de todas las de América, la más obligada, por la ley de la Historia y de la Naturaleza (dos leyes que se comete gran pecado en conculcar) a ser la primera aliada de la Nación cubana.

En vano los *Yankees* con su poderoso mercantilismo y sus aspiraciones absorbentes tratan de enamorar a Cuba aprovechándose de sus conflictos. Ella será libre, les pagará sus favores cortésmente; pero no se echará en sus brazos y Santo Domingo será su predilecta. Y lo será por la sangre y por la Historia; por su sol y por sus brisas.

A Santo Domingo le conviene eso y le conviene a Cuba.<sup>3</sup>

Y previendo, en las nuevas circunstancias, nuevas formas de unidad de las naciones antillanas, ahora reclama:

Sueño con una ley, que con muy insignificante restricción declarase (y lo mismo con Puerto Rico cuando fuese libre) que el dominicano fuese cubano en Cuba y viceversa.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Gómez, Máximo: “Odisea del General José Maceo” (En su: *Revoluciones... Cuba y Hogar*. Comp. por Bernardo Gómez Toro, La Habana, 1927, p. 95-96).

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 96.

Un año antes de terminar el siglo —el 5 de febrero de 1899—, cuando la realidad de la dominación colonial española ya había sido superada por el nuevo —y mayor— peligro de la dominación del naciente imperialismo norteamericano, el ya anciano héroe militar antillano definiría nuevamente sus posiciones y escribiría al prócer puertorriqueño Eugenio María de Hostos, refiriéndose a “la angustiosa situación de Puerto Rico que, por artes diplomáticas, pasará de colonia española a tierra conquistada por los americanos”. Ahí, ya con claro sentido antimperialista, en la frontera misma del siglo, afirma:

La tristeza suya, que es la de su patria, ha sido también dolor para nosotros, porque los antillanos somos doblemente hermanos, y el amor a la tierra nativa alcanza por igual a las tres Islas enclavadas en el cruce de dos mares y llamadas a un gran porvenir, si sus hijos sabemos inspirarnos en las normas de justicia y rectitud.

Ahora, ocupada la isla hermana por el nuevo colonizador, el gran jefe militar proclama:

Cuente usted, amigo mío, con todo mi apoyo para la obra antillana. Estoy a su lado y no escatimaré mi esfuerzo decidido a favor de la libertad de un pueblo hermano. Cuenten ustedes con mi espada, puesta al servicio del derecho y de la defensa de las causas justas y santas.<sup>5</sup>

El Caribe insular entraba en el siglo xx sumido en una situación muy diferente de la que Gómez había intentado anticipar en “El Porvenir de las Antillas”, y el héroe antillano trataba de buscar para nuestras tierras las soluciones revolucionarias que el nuevo contexto condicionaba.

El importante escrito quedaba, entonces; como prueba de una etapa de interés mayor en la evolución de su pensamiento político y social —y como testimonio de su infatigable acción, demostrada hasta la saciedad con la dedicación plena de su vida, por alcanzar un porvenir alto y digno para los desheredados de sus islas: las islas por las que vivió y luchó Máximo Gómez.

Tomado de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*,  
77 (2): 7-11, La Habana, mayo-agosto, 1986.



<sup>5</sup> Tirado, Modesto A.: “Apuntes de un corresponsal”, *Revista Bimestre Cubana*, 57 (2): 157, La Habana, marzo-abril, 1946.

# Los *Diarios* de Feijóo

Carmen Suárez León

INVESTIGADORA, ENSAYISTA, POETA Y TRADUCTORA

*El pájaro de la quimera*<sup>1</sup>

NO HAY noticia de cuándo lo que Feijóo llama “el pájaro de la quimera” llegó volando por el cielo azul de Cuba, con olor a sabana, a monte y a palma y se le asentó en el cerebro, hasta hoy. Lo cierto es que desde entonces ha sufrido esos atarantamientos que se convierten en libros, en su afán desmedido, obsesivo, inexorable por explicar la belleza de su entorno vital, o mejor, por transmitirla. Porque lo que hace no es la árida exégesis científica del teórico que aspira a demostraciones exactas y desentrañamientos exhaustivos, sino que se deja poseer por el “ángel de la jiribilla” y permite que la emoción hable, recree, colmulgue con lo bello y comunique, con el júbilo del que ha visto y sabido, la poderosa impresión del paisaje cubano, de sus hombres de índole poética y de sus tradiciones. No es de extrañar entonces que su arrebatada prosa se acomode gustosa a la forma de diario, ni que una de las constantes de su producción sea la confesión de todo lo que mira, acucioso, anhelante, compulsivo, verdaderamente poseído y poseedor, en un sabroso juego como de amante y amada, entre el poeta y la patria.

Todavía en la adolescencia comienza a escribir diarios. Transcurría la década del treinta. Samuel Feijóo, procedente de un estrato humildísimo de nuestra sociedad, padecía junto a su familia los angustiosos vaivenes de los pobres en el marco de la pseudorrepública. Era difícil sobrevivir, había que mudarse innumerables veces o ser desalojados, hacer angustiosas gestiones incesantes para no caer en el bando de los desocupados. Cerrado el paso a los estudios superiores para un jovencito aficionado a la literatura, lector incansable, profundo observador de un mundo esencialmente injusto sembrado como estaba en la legión de las víctimas.

De esa sensibilidad agotada por un medio hostil surgieron sus diarios de adolescente —y los que siguieron—, al decir de él mismo como “forma soñadora de la catarsis”. Por un lado había recibido todos los males propios de una formación cultural defectuosa, inhibición y timidez adquiridas en el choque de una sensibilidad poco común con un contexto empeñado en la sobrevivencia, información parcial o desvirtuada, cierta propensión al melodrama, arrastrada desde el siglo XIX, difundida por la radio, el tango barato y la situación social

<sup>1</sup> Boudet, Rosa Ileana: “Vivir en la punta de un güiro”, *RC* (58) Jun. 77 (entrevista a Feijóo).

sin salida. La República fue la apoteosis del melodrama en Cuba. Por el otro adquirió lo que no se podía adquirir en la Academia fosilizada, burguesa y “comequeque”: profundo humanismo, agudo conocimiento del pueblo, contagio crónico de su venero poético, integración del humor como arma de resistencia, admiración y respeto sin límites por las manifestaciones de la cultura tradicional popular, conciencia de la necesidad de recoger y transmitir toda esa herencia como rasgo de la nacionalidad cubana.

En *El sensible Zarapico*,<sup>2</sup> Feijóo nos cuenta que hacia 1931 escribió un “Diario de pacotilla” de corte humorístico y en 1933, uno que tituló “Nueva ruta”. Junto con mil confesiones propias de un adolescente de su condición se lee en este último: “mañana cumpla 19 años y carezco de porvenir en absoluto”. La Revolución del treinta se iría a bolina, pero la sangre de Trejo no se habría derramado para placer de los tiranos, sino para engrosar la pesadilla revolucionaria que los perseguiría hasta extinguirlos en la isla. Pero aún había que esperar. Durante mucho tiempo los diarios de Feijóo, junto a la pintura luminosa e incansable del paisaje cubano, reflejarían aquí y allá oscuras manchas tristes: la miseria del pueblo.

A los veinte años se acusaba de “sentimental”, “literato” y “filosofero”, le ganaba un misticismo de filiación protestante, abominaba a las vanguardias artísticas, pero coqueteaba con ellas en versos humorísticos. Le gustaba el tango y sentía pasión por el cine, admiraba a Charles Chaplin y a los grandes boxeadores. Hoy dice de sus diarios: “La manía de escribir un diario me siguió. Gracias a ello, aparte de mostrar mi prosa en desarrollo con las voces populares y mi humor de aquellos tiempos, da datos generales sobre los días que precedieron a la caída final del tirano Machado.<sup>3</sup> Y hay en todo lo que escribe en esos diarios, escritos en libretas, una ingenuidad de guajiro despierto, que no puede entender la violencia circundante de ningún modo, la tremenda violencia social, los muertos, los desaparecidos. Feijóo rezumará siempre una tremenda aversión a la guerra, una profunda necesidad de armonía; se le quedó fijo en el pecho el estupor que le clavó la bala machadista que le mató a su hermano. Años después, también publicaría diarios, dueño ya del lenguaje y con intenciones muy definidas en lo artístico y en lo extra-artístico.

—*Soy un lírico natural*<sup>4</sup>

EL DIARIO como género histórico constituye una forma literaria largamente empleada; por la participación que permite al yo, por la amplitud de posibilidades que ofrece para intercalar un variado universo de impresiones artísticas, testimonios, juicios, reflexiones, etcétera. El período romántico usó y abusó de esta fórmula, que se avenía tan bien a la introspección, a la descripción de paisajes,

<sup>2</sup> Feijóo, Samuel: “El sensible Zarapico”, *Signos* (27) : 49-673, 81.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 524.

<sup>4</sup> Boude, Rosa Ileana: ob. cit.

a seguir dúctilmente el paso del viajero tanto por el mundo objetivo como por el subjetivo. Y de esta modalidad participan en mayor o menor grado las meditaciones, confesiones y libros de viaje que hicieron furor desde el siglo XVIII.

Rousseau en sus *Confesiones* (1789) y en sus *Meditaciones de un paseante solitario* (1782) presenta una nueva concepción de la naturaleza, en la que el hombre vierte su subjetividad sobre el paisaje y lo integra a un ideal de vida de una cierta serenidad divina, de una grandeza a la que todo romántico aspirará después, a lo largo del XIX. Pulularon entonces los diarios de viajes, los diarios íntimos, unos pintorescos y otros escandalosos y todos arrojando a la luz los mecanismos internos de la subjetividad, mil y una patologías, el paisaje permeado por el ego. Amiel en sus *Fragmentos de un diario íntimo* (1883-1884) nos lega la historia del suicidio cotidiano de un hombre a manos de su timidez, su vicio reflexivo, su incapacidad para la acción y la responsabilidad. Lo que nos entrega Feijóo en sus diarios no es la historia de su conflicto yo/ sociedad. Ese conflicto existía, no por cierto, idealizado en un plano emocional a la manera romántica, sino como drama del hombre concreto, individual, amenazado, condenado por su sociedad a formar parte de la masa productora para el disfrute de las “clases vivas”. La vocación en este contexto no es más que un sueño acariciado, pero irrealizable, como los que matan a los héroes bohemios. Sin embargo, lo que hace Feijóo es entregarse. Su respuesta, su recurso, es fundirse con lo que ama, cantarlo, estudiarlo, recogerlo amorosamente, defenderlo contra todo y contra todos.

En la primera mitad del siglo XIX, Enrique Heine, el poderoso poeta alemán, produce sus famosos *Reisebilder* (1824-1831). *Los cuadros de viaje* deleitaron a los lectores y el éxito de la obra fue enorme; en ellos se despliegan todos los resortes creativos de Heine para narrar sus viajes dentro de Alemania, a Italia, a Inglaterra. El ojo del poeta recrea el paisaje y a partir de él, realiza innumerables reflexiones sociales, políticas, religiosas sobre los pueblos que contempla, narra leyendas populares, escribe sus célebres canciones, que pasan a formar parte del texto, describe costumbres, hace crítica literaria, descarga sus propios estados anímicos. Todo ello firmemente integrado por un estilo en que se mezclan el sentimiento y la ironía. El paisaje es el resorte que va desencadenando esa lluvia de impresiones y reflexiones, de poesía y crítica meditación.

*Diarios de viajes* (1958)<sup>5</sup> y *Diario abierto; temas folklóricos cubanos*<sup>6</sup> (1960), constituyen dos obras de Feijóo en las que se puede observar atentamente el desarrollo literario del autor, así como el movimiento de su pensamiento que va primero de una reflexión detallada del paisaje cubano, para luego centrarse en el hombre que lo habita, en sus costumbres y tradiciones sociales, así como en su condición social, basada en la miseria, en el absoluto abandono de los gobernantes, para luego ligarse al dinámico fenómeno de la Revolución triunfante. Estos dos libros merecen un análisis detenido, tanto por sus valores formales, como

<sup>5</sup> Feijóo, Samuel: *Diarios de viajes montañoses y llaneros*, Universidad Central de Las Villas. Departamento de Relaciones Culturales, Santa Clara, 1958.

<sup>6</sup> \_\_\_\_\_: *Diario abierto. Temas folklóricos cubanos*, Universidad Central de Las Villas. Departamento de Estudios Hispánicos, Santa Clara, 1960.

por ese diálogo cargado de emoción que nos presenta, en el cual la imagen de la patria se va integrando, nutrida por los mil ríos de la cultura tradicional popular.

La estructura de ambos diarios se asemeja a la de los *Reisebilder* de Heine, se trata de textos a los que se incorporan la prosa y la poesía, se anotan refranes populares, hay análisis y reflexión sobre la realidad social, descripción de costumbres, narración de cuentos y anécdotas campesinas. Todo amalgamado a la vigorosa impresión del paisaje cubano; pero si Heine es el viajero romántico cuya voraz curiosidad lo obliga a anotar y a elucubrar sobre toda la información del exterior, este no es el caso de Feijóo. Nuestro autor escoge esta fórmula literaria, muy propia del canon romántico y de su propia sensibilidad eminentemente lírica, nutrida en fuentes rubendarianas y postmodernistas, pero es entonces un escritor del mundo subdesarrollado, o mejor, un hombre de los estratos más humildes de la población de un país pobre, neocolonia de Norteamérica, en el contexto social cubano de la primera mitad del siglo xx. No se trata de un alumno de la Universidad de Gotinga, permeado de latines y griegos, con una visión culta del mundo; es un joven ansioso de conocimientos, que ha adquirido su formación por cuenta propia y que ha recibido clases contundentes en la universidad callejera, en un entorno donde se libra un combate sin término por el plato de comida, donde se conocen desde temprano el egoísmo y la nobleza, la solidaridad y la mezquindad. En suma, ni siquiera pertenece a la élite universitaria de su pobre país. Se acerca a la literatura con la frescura, la ingenuidad y la urgencia de un autodidacta-creador que necesita expresar su realidad. El resultado es diferente: nunca está situado, con dejo de experto, fuera del mundo que analiza o describe; siempre está inmerso. Es un participante, no un cronista “desinteresado” ni un romántico curioso; participa, y representa la naturaleza que describe, es resultado y trasmisor de la cultura que recoge en los labios del campesino. En todo momento hay una vocación consciente, se recoge todo ese testimonio cultural con la intención de conservarlo, de no dejar que se borre ese rico acervo que define a un pueblo, lo caracteriza y lo une con los indestructibles.

Feijóo se acerca a nuestra naturaleza con una visión romántica, la que heredó de sus lecturas, de su contexto; pero la intención no es romántica. Sí hay un mecanismo de autodefensa, de huida del medio hostil en su acercamiento al monte, pero no se rehúye nunca la realidad social, que se impone en la miseria del campesino, en la presencia del guardia rural, de la prostituta. Siempre se impone el conflicto entre una naturaleza hermosa y una realidad social aterradora. En estos dos diarios incluso se sigue con claridad un movimiento que va del voluntario aislamiento en la naturaleza a la intromisión cada vez más frecuente de la realidad social urgida de transformaciones. Feijóo quiso huir, pero no pudo. Huyó al monte para comprometerse para siempre con el pueblo.

En *Diarios de viajes* se recogen las impresiones “fejotescas” de los años que median entre 1939 y 1946; el autor irá de los 25 a los 32 años. El libro comprende siete diarios escritos durante sus viajes por el monte o el llano cubanos. A veces se trata de una expedición en regla a las alturas de la Cordillera de Guamuhaya, otras son los paseos diarios por las tierras colindantes de Caonao, simples

vagabundeos por entornos familiares, o un chorro de poesía brotada en presencia de los aguinaldos que cubren en diciembre y enero toda la campiña cubana.

La clave de estos diarios es el paisaje, en torno a él se establece todo el sistema de relaciones expreso en el texto. El paisaje en todo el contexto americano ha desempeñado una función fundamental en la integración de las diferentes culturas nacionales. Desde los diarios de viaje de Colón y los preciosos documentos de los cronistas de indias, el paisaje es cantera inextinguible de maravillas nunca vistas para la sensibilidad del europeo. La visión que dio el conquistador del Nuevo Mundo, a base de comparaciones muchas veces forzadas por las normas occidentales, fue fantástica y distorsionada. Los primeros criollos que amaron la tierra en que prosperaban, cantaron al paisaje, que se fue poblando de connotaciones patrióticas antes de que cuajaran las diversas nacionalidades americanas. El conquistador sojuzgó a los hombres que encontró en este lado de la tierra, impuso sus patrones culturales, políticos y sociales, la huella de nuestras culturas aborígenes pudo dejar su impronta, pero solapadamente, por debajo. En Cuba, por ejemplo, con la extinción del indio, poco quedó de sus hábitos y costumbres. Sin embargo, el paisaje dictó sus leyes desde el principio; ese conjunto de factores geográficos obligó al orgulloso europeo a construir, a moverse, a proyectarse de una determinada manera. En torno al paisaje se irán acendrando las características de nuestra esencia nacional.

Zequeira, Rubalcaba, Heredia, Martí profesaron ese culto a la naturaleza cubana, en diferentes momentos del proceso de integración y formación de nuestra nacionalidad. Feijóo vuelve también al paisaje, se vuelve al monte y al llano para reclamarlo nuevamente como baluarte de la patria, definitivamente enriquecido por una tradición cultural, tejida durante siglos por los hombres que nacieron, vivieron y murieron en ese medio, aunque expoliado y empobrecido, excluido de todo posible desarrollo, durante la primera mitad del siglo xx.

El primer nexa que se establece a partir de la reflexión del paisaje, es el que brota naturalmente entre ese escenario natural y el hombre que lo habita. Un hombre cuya índole poética salta a la vista en la guitarra que cuelga de las yaguas del bohío. La parranda guajira, donde se cantan décimas para exaltar el paisaje, el amor, o para satirizar el status social, o para movilizar todo el refranero popular y pasarlo de una generación a otra.

En *Diarios de viajes*, el poeta vierte también su mundo interior: la plenitud que siente en el medio rural es nítidamente la otra cara de lo que siente en la zona urbana, en la gran ciudad. Y en la esfera emotiva una gran idealización del amor. La frustración social genera una timidez enorme. Cuando se enfrenta con la miseria del campo cubano la anota con dolor, no puede soslayarla, y se aferra al paisaje en un impulso apasionado por acercarse a la belleza y rehuir toda violencia: “Me duelo hondo. Es siempre así. Los oscuros gobiernos no ayudan al abundante campesino nuestro sin tierra. Miseria otra vez, turbándome.”<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Feijóo, Samuel: *Diario de viajes*, ob. cit., p. 30.

Los diferentes procedimientos constructivos empleados giran en torno de la descripción. Se describen con miles de matices las alboradas y los crepúsculos rurales, se pintan los tonos del verde, del azul, del rojo en que se funden cielo, vegetación y sol en un concierto incesante:

El alba gira en una polvareda fresca, ardiendo de arco en arco hojoso. Apoyando mis rodillas en las rocas que respiran rocío descubro que no mienten sus rojos. Velando sobre yamaguas semidespiertas los tomeguines horadan la niebla. Por mis piernas trepa una brizna de yerbabuena. Las carolinas se sonrosan inútilmente.<sup>8</sup>

Se describe a caballo, mientras se atraviesan caminos de montaña o caminos llaneros, todas las incidencias del paisaje, y no contento con eso, rumia y sueña lo visto tumbado en hamaca, como atrapado en un gran festín visual interminable. De la descripción brotan la anécdota, la reflexión, la décima, el poema. Hay como una obsesión por fijar en la pupila cada minuto por el que atraviesa la naturaleza: el amanecer, la tarde, el mediodía, la mañana. Y el verso surge de esas visiones y va del paisaje exterior al paisaje interior del poeta, uniendo la idea de la mujer amada a la maravilla vegetal que se contempla.

El lenguaje se corresponde con el ojo impresionista que observa el entorno: “Los pomarrosales enlazados se desdoblán. Por el bosqueje túneles cortos abrían sus aros, al final; eran bocas diminutas por donde la luz blanca entraba como un bello animal, cansado de su fuga.”<sup>9</sup> La luz del trópico agota todos los adjetivos de color, se fabrican adjetivos para describirla: blanco, lila, cárdeno, auri-róseo, perla, prieto, azul, rojo, verde, oro, morado, plata, rubios verdes, sanguina...

Se realiza un uso pictórico del lenguaje, en el que se ponen en juego todos sus recursos plásticos para expresar la naturaleza del campo cubano. Y junto al color, el olor: ¡Viento y soledad selvosa, por todas partes, saliendo de las oscuridades que *huelen a mata con luna*, olor que reconozco...”<sup>10</sup> Cómo huelen la cueva, el polvo, la noche, las plantas; cómo sueñan las esquilas, las pencas de la palma, los pájaros, las “voces de la tierra”; es fiesta de los sentidos la lengua de Feijóo en estos diarios, hiperestesia, sinestesia: “Afuera: medianoche campestre con cerradas calmas y el *ruido frío* de los follajes. *Sonidos misteriosos, lentos y seguros, giran*. Dentro: una guitarra, de *vertiginosa blancura*, tañida por mano sola, en el bohío, que alza figura de mujer lejana.”<sup>11</sup>

En *Diarios de viajes*, Feijóo emplea algunos vocablos frecuentes en el habla rural —jolongo, arique, chismosa, rastra, hamaca— pero la característica de estos diarios no es la recolección de términos, anécdotas y dichos populares; aquí Feijóo ante todo, recrea el paisaje cubano. La reflexión no se dirige

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 118.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 45.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 16. El subrayado es mío.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 91. El subrayado es mío.

al hombre, sino a la naturaleza, aunque queden apuntados dichos y hechos del hombre que habita esa naturaleza, así como no pasan inadvertidos su miseria y su desamparo. El objeto aquí es el recuento maravillado de nuestro entorno natural, la descripción minuciosa y conmovida, el disfrute de nombrar la flora, con sus nombres populares: flor de la mariposa, clavelones, chinchemonte, manto, ceiba, palma, galán de noche, güirita de pasión. Y muchos homenajes del poeta a la palma. En “Lápiz de clorofila” aparecen dos viñetas —“Palma” y “Palmas nocturnas”— impresionantes por la plasticidad y la emoción que transmite el lenguaje:

Hay combate. A la alta palma, va el aire. La golpea, como para amansarla. Le atraen sus mazos de delicada flor de palmiche, sus tetas agudas, el rizo que sale de sus yaguas. La palma no cede. Quiere ella el agua, las grandes piedras rústicas del bajío, donde echar su sombra. El aire no puede lograrlo, y se enfurece y la despeina brutal. Pero la palma no cede: quiere un gran pájaro de extraño canto y el viento no conoce más músico que él: el viento a veces no sabe ...<sup>12</sup>

La fascinación con que camina el poeta la llanura y el monte se ve agredida de tanto en tanto por la realidad social. Frases como “ya topé miseria”, o el encuentro con el cuartel de la Guardia rural, o con la guajira analfabeta amargan la visión del poeta; más adelante, en *Diario abierto*, la reflexión irá a centrarse en el hombre cubano. Hay un momento en *Diarios de viajes*, en que se dice:

...Pero estos cañeros harapientos... Una ira que crece me saca de las hojas. Voy donde los infelices obreros y comienzo a sufrir la organización social del hombre. Les hablo. Pero como temen un poco al loco que vaga por las colinas, callan y siguen sembrando... Me marchó al fin. Ante tal miseria no hay encantamiento montés posible.<sup>13</sup>

Esa ira se materializará en sus artículos y reportajes publicados a través de muchos años en *Bohemia*, en lucha tenaz por la reivindicación de los humildes.

En 1960 se publica *Diario abierto: temas folklóricos cubanos*, escrito de 1954 a 1959; en este nuevo diario Feijóo desplaza su atención del paisaje al hombre que lo habita; el lirismo exacerbado de *Diarios de viajes* se irá resolviendo en un amor entrañable por el pueblo, en un fervor por el hombre cubano que permea todo este libro. No hay un cambio de lírico en etnólogo, hay una transición en que la pasión lírica se concreta en aspiración de apropiarse otra forma de la belleza: la cultura tradicional popular cubana. Apasionadamente, igual que se acercó al paisaje, Feijóo se acercará ahora a su pueblo mestizo, imantado por la alegría de la naturaleza. Ahora la clave —lírica también— será el pueblo más humilde, su poesía, sus padecimientos, sus costumbres y leyendas. Por las

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 85.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 88.

páginas del libro desfilarán personajes representativos de ese universo rural: el cuentero, el repentista, el soldado, el barbero, la prostituta, el loco o la loca del pueblo, el borracho, el guagüero, los artistas del pueblo, los obreros y campesinos. Aunque también hay fugaces y penetrantes miradas a la ciudad y sus personajes y recalcitrantes diatribas contra los pseudointelectuales y académicos elitistas. El libro está escrito con la intención expresa de recoger y recrear la cultura popular. Y el lenguaje se pondrá en función de ese objetivo, para reflejar con toda veracidad la poesía del pueblo, incorporando a la literatura la norma lingüística del campesino, en la que anida un venero poético enorme, asimilándose de modo particular muchísimos motivos de las más rancias tradiciones culturales universales llegadas hasta ellos por múltiples y tortuosas vías.

En este texto sin “literaturanga ni meneo floreado” no domina la descripción, sino la narración incesante, alternada con la décima guajira recogida aquí y allá en las “parrandas camperas”. Si *Diarios de viajes* es ante todo una larga contemplación extasiada de la naturaleza, *Diario abierto* constituye un dinámico chorro de testimonios donde la acción florece por todas partes, en la chispeante anécdota vivida por el autor, en el cuento narrado por un barbero, en la chispeante décima improvisada por el poeta guajiro, en el cuento de antaño o el refrán que aconseja.

En *Diario abierto* se establece y debate un tremendo conflicto que estremece a Feijóo. Ya en *Diarios de viajes*, asoma la oposición entre la belleza de la naturaleza y la miseria social imperante. Hay incluso referencias a la II Guerra Mundial en las que el poeta deja anotado su rechazo a toda guerra, a toda violencia. Su hipersensibilidad, su formación protestante, lo recluye en ese pacifismo a ultranza, pero como no puede permanecer sordo a la injusticia social, porque la ve con absoluta nitidez, en *Diario abierto* quedará el testimonio de su combate interno cuando se desata la guerra en la Sierra Maestra.

Al mismo tiempo que rechaza la guerra, no puede dejar de admirar y desear el triunfo rebelde, por él sus amigos abandonan el pueblo y suben a la montaña. Cuando triunfa la Revolución se siente cobarde porque no participó, porque su horror a derramar sangre de hombres-soldados, no le permitiría hacerlo nunca. Se trata de un conflicto íntimo, de una limitación impuesta por sus condiciones psíquicas y su formación, descrito en su *Diario abierto* con absoluta honestidad, cuando muchos estaban enfrascados en fabricarse a toda costa una trayectoria heroica que justificara todas las cobardías. No es poco el mérito. Y quedan de ese momento valiosos testimonios de la lucha recogidos en plena calle, estampados en el diario.

Por otra parte, la riqueza etnológica del diario se cifra en todos esos testimonios recogidos de labios campesinos. Los cuentos —“Perro y ratón”, “El baile sin cabeza”, “El famoso cuento del elefante galante del barbero Agustín”— llenos de frescura y de ingenuidad, con un lenguaje que se atiene a la norma popular. Pero no vaya a pensarse que se trata de un colector distanciado, de hechos y datos; Feijóo siente un regocijo sin límites en presencia de todo ese material y lo trasmite recreándolo y recreándose, porque todo eso lo recoge entre sus amigos: Benet, el Comandante Padilla, Duarte, el creador de los oroposotos, están

ahí, los ve todos los días, y es su propia vida la que vuelca, con gran disfrute y feliz desparpajo:

A los lindos liros les molestan. Son rudezas de la verbataza popular. A mí no me molestan. Me gustan cosas como esta: en la pelota fue. Se me sienta un negro y cuando un bateador de su simpatía da un palo y pierde la bola del leñazo, se levanta, brinca y grita: —¡Cojan eso, partía de jediondos!...

El tono, la voz, la manera de decirlo, el momento, los gestos, el rostro, glorifican la verba basta.<sup>14</sup>

Como puede advertirse el lenguaje del poeta ha adquirido diferentes calidades. Si en *Diarios de viajes*, primaba la lengua culta, cuajada de adjetivos de color, aquí Feijóo le abre las barreras al neologismo, al giro popular, al tono dinámico, anecdótico, capaz de reflejar los matices humorísticos con que es tratada la realidad, pero, por supuesto, esto solo puede lograrse a partir del dominio del instrumento expresivo; Feijóo maneja el lenguaje con enorme destreza, únicamente así le es permitido lograr una obra literaria en tanto objeto artístico a partir de todo ese material procedente de la lengua hablada, extraído de las diferentes normas lingüísticas vigentes en Cuba.

Otra de las múltiples corrientes que enriquecen este diario se encuentra en la décima guajira; hay un verdadero despliegue de cantos criollos, anotados en el guateque, donde se describe el fervor con que canta, con todos los ritos que se cumplen en la canturía, verdadero ministerio al que se entregan los poetas improvisadores al son del tres, la guitarra, el güiro, las maracas y las claves. Décimas “sabias”, “de aliento”, “refraneras”, que encierran toda la sabiduría acumulada en el pueblo.

El *Diario abierto* constituye un diálogo entre los componentes étnicos: de nuestra nacionalidad; el chino, el negro y el blanco hablando un mismo lenguaje, participando en una misma fiesta nacional, que la pupila totalizadora del poeta aprehende en su ir y venir incesantes y fija en la palabra. La cantidad de motivos culturales generados en la conformación de la nacionalidad cubana, caribeña, americana que ha recogido Feijóo en sus textos es fuente inagotable para etnólogos; investigadores literarios e historiadores. La vida rural republicana queda fijada en usos, costumbres, dichos y hechos.

*Cautivos de la estética nunca*<sup>15</sup>

LOS DIARIOS como objetos artísticos, son fieles a la poética de Feijóo. Muy bien se cuida de no caer en trampas que le agoten la creación; cada contenido reclama su forma. Si para descubrir la naturaleza se necesita la paleta de un pintor, para

<sup>14</sup> \_\_\_\_\_ . *Diario abierto*, ob. cit., p. 106.

<sup>15</sup> \_\_\_\_\_ . *Diario abierto*, ob. cit., p. 147.

reflejar a un pueblo vivo hay que dominar el verbo, que nos arrastre en pos de la anécdota, de la aventura del hombre actuante.

Se desprende de todo lo expuesto que los diarios, la feliz manía de Feijóo, revisten múltiples significaciones en el contexto de la cultura cubana. En primer lugar, como obra literaria en sí constituyen un logrado monumento a la naturaleza y al hombre cubanos, en su entrega del paisaje, del individuo como un complejo de manifestaciones culturales que van desde la comida, hasta el canto. Se establece así la identidad de un pueblo, que a través del tiempo y la convivencia ha creado sus mitos, su poesía, su refranero. Del mismo modo que el criollo, en su momento, iba a Europa a incorporar el acerbo cultural occidental y con una pupila integradora hacía valer su propia realidad, enriqueciéndola, Feijóo hace el camino inverso y se convierte en viajero incansable del campo cubano, para dar el testimonio de una cultura viva, lo que caracteriza a nuestro país de los otros países y lo que, dialécticamente, lo une a ellos con una maraña de hilos en extremo sutiles.

Son además estos diarios, un desafío a los etnólogos, que desde el punto de vista científico realizan la labor teórica necesaria para el deslinde de la nacionalidad cubana; en estas páginas encuentran no pocos problemas que resolver para establecer los nexos que conforman ese universo cultural peculiar, abonado por las más diversas etnias y culturas. Feijóo ha rescatado esencias de nuestra expresión nacional y las ha plasmado en su obra, que constituye un verdadero testimonio de amor y respeto a la patria, sobre cuyos modos ha trabajado incesantemente a través de largos y fecundos años.

Tomado de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*,  
77 (3): 121-133, La Habana, septiembre-diciembre, 1986.



# De la Enmienda Platt a los empréstitos. Ojeada al proceso de conocimiento de la dominación imperialista sobre Cuba durante los primeros años republicanos

**Pedro Pablo Rodríguez**

HISTORIADOR, PERIODISTA, INVESTIGADOR Y PROFESOR

**1.** Q UIZÁS ha sido tanta la insistencia en el destaque de la eclosión nacionalista de la conciencia social cubana durante los años veinte del siglo xx, que en ocasiones parece que ello fue como un rayo iluminador de la vida insular para dar inicio a lo que desembocaría en el vendaval revolucionario de los treinta. No solo lleva ese análisis a desconocer la comprensión de la historia —y del desenvolvimiento de las ideas— como un proceso, sino que, además, ha dado tinte tan sombrío a los años primeros de la república, que ha hecho pensar que durante ellos se manifestó únicamente la aceptación entusiasta de la dominación norteamericana sobre Cuba.

De tal suerte no han sido frecuentes los estudios sobre el pensamiento cubano durante ese período, lo cual nos ha impedido apreciar el verdadero curso de aquel y ha llevado hasta a desconocer o rechazar a los hombres y a las ideas que fueron dibujando el camino para la aprehensión del fenómeno imperialista por parte de la conciencia social cubana. Se impone pues, el buceo en la etapa, tarea en la cual ahora daremos una simple zambullida.

2. No se trata de disentir con la idea de que la tendencia dominante en la ideología aceptó y cohonestó los diversos mecanismos de la dominación norteamericana y los justificó con tesis puestas ya en boga desde los años ochenta del siglo xix. La prensa, la cátedra, las instituciones académicas, la tribuna y hasta el púlpito repitieron sin cesar que el fatalismo geográfico ataba los destinos cubanos a los del vecino del Norte, y que este garantizaba la prosperidad de la isla por ofrecer su amplio mercado a la producción azucarera y por aportar sus capitales para la modernización industrial y la ampliación productiva requerida por semejante mercado.

De lo que se trata, partiendo de comprender cómo los sectores dominantes impusieron su ideología, es de apreciar en quienes no aceptaron semejante punto de vista cómo se fue produciendo —con las lógicas imperfecciones de un conocimiento limitado por razones metodológicas y por instinto de clase poseedora— el entendimiento de aspectos y rasgos del fenómeno imperialista, lo cual, indudablemente, contribuyó a que en el momento del estancamiento y crisis del sistema dependiente, la conciencia social cubana dispusiese valiosos

antecedentes que le ayudaron a establecer la crítica superadora de dicho sistema.

3. Lo que fue previsión admirable en bien reducida minoría durante las últimas décadas del siglo XIX y excepcional conciencia antimperialista en José Martí se fue convirtiendo para los más avisados y consecuentes luchadores por la independencia, en suspicacia y temores durante los años de la Guerra de Independencia y en franco repudio durante la primera ocupación militar estadounidense culminada con la imposición de la Enmienda Platt. Y los primeros años republicanos, con el desarrollo del proceso de dominación de la economía cubana por el gran capital financiero de Estados Unidos, ampliarían ese círculo para incluir a sectores de ideología pequeño burguesa afectados en sus aspiraciones de desarrollo capitalista nacional, cuyos ideólogos analizarían críticamente la nueva situación.

Claro que el proceso de reconocimiento y rechazo de la dependencia neocolonial por semejantes sectores estuvo caracterizado por su posición en la sociedad cubana: propietarios agrícolas arruinados por la guerra, que sufrían acelerado despojo a manos de los *trusts* azucareros yanquis e inexistente sector industrial fuera del azúcar —imposibilitado de surgir a causa del crecimiento monoprodutor del “dulce” y de la entrega del mercado nacional a las importaciones norteamericanas.

Tales sectores no constituían una clase cohesionada y fundamental de la sociedad, sino una variedad de estamentos vinculados por el ideal patriótico. La coyuntura finisecular del combate contra el arcaico colonialismo español al reunir los intereses de la clase dominante en torno al azúcar y su mercado en Estados Unidos, hizo de los propietarios agrícolas y manufactureros no azucareros el sector propicio favorable al desarrollo capitalista nacional y no dependiente que, necesariamente, requería alejarse de los peligros de la monoproducción y del monomercado, apuntado ya por el crecimiento azucarero de los años ochenta y noventa.

De ahí, pues, la particular importancia y el encumbramiento político en las filas de la independencia de intelectuales, ideólogos y dirigentes que expresaron tales intereses, lo que, por demás, englobaban, como comunes a toda la nación, los intereses de los otros sectores populares: campesinos, artesanos, obreros. Y, por eso, con el paso al neocolonialismo, ese sector de carácter pequeño burgués —impedido de materializar sus potencialidades como burguesía nacional, y en consecuencia impedido de constituirse como clase en rigor— expresó su lógico descontento y malestar ante la situación que cortaba sus posibilidades para el desarrollo capitalista independiente. Pero, al mismo tiempo, fue incapaz de organizar una acción coherente contra el sistema dependiente, siquiera en forma de protesta, ni —mucho menos— reunir de nuevo en torno a sí a los demás sectores populares para la defensa de la nación. En ello influyó, indudablemente, el hecho de que buena parte de sus dirigentes e ideólogos tendieran a asimilarse el nuevo estatus mediante su inserción en las filas de la clase dominante o como parte de su clientela política y de sus cuadros asalariados.

Por todo lo anterior, encontraremos a lo largo de las dos primeras décadas del siglo xx, más que un movimiento contra la dependencia de Estados Unidos, singulares voces de protesta, casi siempre en sordina ante la avalancha propagandística de las ideas de la clase dominante azucarera.

Así, aunque constituyeron excepciones, las personalidades que permanecieron fieles a sus ideales del siglo xix y las nuevas voces que les fueron sumando, evidencian frecuentemente a través de manifestaciones de pesimismo o escepticismo, la frustración ocasionada por ese dramático proceso de la clase que pudo pero que no llegó a ser. Y, sin embargo, en la medida en que sostuvieron su fidelidad a los ideales nacionales y patrióticos se convirtieron en lúcidos críticos del entorno dependiente y aportaron significativos pasos de avance en el conocimiento y la denuncia del nuevo fenómeno, por lo que ayudaron ciertamente a la subsistencia de la conciencia nacional y a armar a otros sectores populares entonces emergentes con ese conocimiento que, en la década de los veinte, serviría para iniciar el ataque frontal contra el sistema dependiente.

4. La Enmienda Platt fue la primera muestra y el primer mecanismo de la dominación norteamericana. A pesar de su carácter extraeconómico es obvio que ella representó una garantía decisiva para el movimiento del capital financiero hacia Cuba.

Para nadie hubo dudas desde que comenzó su discusión en la Asamblea Constituyente, que el apéndice implicaba serios recortes al ejercicio de la soberanía por el Estado nacional. Pero mientras la ideología dominante inculcó su aceptación sobre la base del fatalismo geográfico y hasta por el servil juicio de que así se garantizaba la independencia, una gallarda minoría patriótica rompió lanzas contra ella. Son bien conocidos los soberbios análisis de Manuel Sanguily y de Juan Gualberto Gómez, al respecto durante las discusiones en la Constituyente. Hasta ahora recordar que sobre todo el segundo fijó con claridad meridiana las limitantes jurídico-políticas que la Enmienda implicaba para el Estado nacional. Quedó señalado desde entonces el centro de la crítica a la Enmienda: su carácter de impedimenta al ejercicio de la soberanía por parte del ente estatal cubano. Y alrededor de este aspecto machacarían algunos hombres, entre los que se destaca el manzanillero Julio César Gandarilla<sup>1</sup> con una insistente labor a través de la prensa.

5. La dominación de nuevo tipo, por la vía del control económico, se ajustó con el Tratado de Reciprocidad Comercial de 1903 y se garantizó a través de la continuada adquisición de tierras cubanas por el capital yanqui. Estos mecanismos, característicos, de la primera década del siglo, permitieron asegurar el mercado insular a los artículos norteamericanos y condenaron a Cuba a la monoproducción para un solo mercado, cortándose así toda posibilidad de diversificación agrícola, de desarrollo industrial y de formación de un verdadero capital nacional.

<sup>1</sup> Gandarilla, Julio César: *Contra el yanqui; obra de protesta contra la Enmienda Platt y contra la absorción y el maquiavelismo norteamericanos*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973.

Fue Manuel Sanguily quien primero se enfrentó a esos mecanismos de la dominación norteamericana, al demostrar la irreciprocidad del Tratado de 1903 durante sus intervenciones en el Senado contrarias a la aprobación del convenio, y con la presentación de un proyecto de ley —jamás discutido— para impedir la adquisición de nuevas tierras por extranjeros.

Al polemizar con los defensores del Tratado, el coronel mambí sostiene en el diferente grado de desarrollo económico de Estados Unidos y de Cuba el derecho de esta última a mantener una balanza comercial favorable. Con notabilísima anticipación su pensamiento apreció cómo el equilibrio en el intercambio comercial era una vía para la imposición de los intereses de la nación más poderosa económicamente, con lo que sentó un importante aserto para la teoría económica: las relaciones económicas entre países, para ser justas, debían adecuarse a los niveles de desarrollo respectivos y no ser fijadas a través de abstractos principios de igualdad, los cuales provocan las desigualdades económicas. Por eso, afirmó que el convenio convertía a Cuba “en una colonia mercantil y a los Estados Unidos en su metrópoli.” Frente a ello, recomendó inspirarse en los principios de la libre competencia como único camino para “evitar relaciones de estrecha dependencia que serían eternas.”<sup>2</sup>

También entendió Sanguily que el principal beneficiario del Tratado era el *trust* azucarero, cuyos tentáculos —denunció— se dedicaban a controlar ferrocarriles, ingenios y tierras en Cuba.<sup>3</sup>

6. Un paso significativo para el proceso de conocimiento del imperialismo fue aportado en 1905 por Enrique José Varona con su conferencia “El imperialismo a la luz de la sociología”,<sup>4</sup> primer intento generalizador de un fenómeno que él apreció como histórico-universal y no como mera contingencia antillana. A pesar de que las concepciones del biologismo positivista dominantes en Varona lastraron su definición hasta llevarlo a considerar el imperialismo como la dominación política debida a la expansión territorial —como ocurrió, decía él, con la Roma antigua o la Inglaterra moderna—, la comprensión del imperialismo como un resultado del propio desarrollo social, fue un destacado aporte cognoscitivo en comparación con la habitual idea por entonces de que el interés norteamericano por Cuba era simplemente lógica consecuencia de la cercanía geográfica o que se trataba, cuando más —como afirmaban los críticos de la Enmienda Platt—, de una distorsión impuesta por los expansionistas a los principios liberales y democráticos.

En 1905 Varona no definió al imperialismo a partir de sus relaciones sociales particulares como una etapa del modo de producción capitalista y no estableció, por tanto, que la dominación económica es el rasgo distintivo de las relaciones de dependencia propios de esa fase. Aunque sí apreció que el imperialismo moderno recurre a formas económicas para su expansión con el fin último de instaurar

<sup>2</sup> Sanguily, Manuel: “El tratado de Reciprocidad”. En: *Discursos y conferencias*, Imprenta y Papeleería de Rambla, Bouza y Co., La Habana, 1919. t. 11, p. 319 y 320.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 322 y 325.

<sup>4</sup> Varona, Enrique José: “El imperialismo a la luz de la sociología”. En: *La lucha antiimperialista en Cuba*, Editora Popular de Cuba y del Caribe, t. I, La Habana, 1960, p. 17-47.

la dominación política, para así asegurar su crecimiento territorial. Este razonamiento se avenía con el desarrollo seguido por el imperialismo británico —el modelo varoniano— desde las últimas décadas del siglo XIX; pero ello le impidió entender las diferencias entre la dominación política directa y la indirecta a través del control económico, por lo que entonces pensó que la dominación de Estados Unidos sobre Cuba era un problema de futuro que afectaría a la nacionalidad.

Pero no por ello se puede disminuir la importancia del previsor espíritu varoniano al trazar desde entonces los puntos para que Cuba dejase de ser “una línea de menor resistencia” —como él decía— ante la penetración económica. Como tampoco puede desconocerse el valor cognoscitivo para la época de apreciar la particular importancia de esa penetración económica (que conduciría al colonialismo, a su juicio) como parte de la dominación imperialista. Recuérdese que en 1905 se hallaba en su apogeo la lucha interimperialista por el reparto territorial del mundo y apenas comenzaba con el caso cubano el ensayo de las formas de dominación neocoloniales, experiencia que se iría perfeccionando y generalizando según el avance del nuevo siglo.

7. No hay dudas de que la puesta en práctica del artículo III de la Enmienda Platt con la segunda intervención, conmocionó a la conciencia cubana. Junto al reforzamiento de la tendencia anexionista, la frustración y el escepticismo ante el Estado nacional cundieron en el país para provocar una peligrosa parálisis en la actuación pública para defender la nacionalidad. Mientras Sanguily calló, amargado y anonadado ante lo que consideró la entrega de la república por los propios cubanos, Varona asumió su papel de conciencia crítica y explicó brillantemente las causas profundas de la crisis republicana. Sus escritos situaron certeramente el sentido determinante del capital financiero en la conducción de la política estadounidense hacia Cuba.

En su artículo “¿Abriremos los ojos?”<sup>5</sup> (octubre de 1906), tras reconocer que los factores económicos, aunque no los únicos, sí están en la base de los más aparentes y decisivos, analiza cómo la inestabilidad por la que atravesaba Cuba desde un siglo atrás se basaba en su estructura económica. Para Varona, al principio, los cubanos tenían la tierra y por tanto la riqueza agrícola, pero no el poder político; con la Guerra Grande, el cubano perdió esa supremacía económica y no adquirió el poder político; con la Guerra del 95 obtuvo ese poder, pero no pudo recuperar su potencia económica. (Por cierto, este esquema de los avatares de la clase propietaria cubana tuvo una feliz acogida en la literatura socio-política cubana: fue varias veces reiterado por diversos escritores y hasta incluido en el Manifiesto-Programa del partido reformista ABC, en 1931). Al fin de la guerra, decía Varona, el cubano solo tenía la propiedad urbana y buena parte del territorio, pero sin capital, mientras que el proletariado agrícola creado por la abolición no estaba apto para el progreso económico normal. Y como la política económica gubernamental no consistió en devolver la preponderancia económica al nativo y en fijar la población a la tierra, la potencia

<sup>5</sup> \_\_\_\_\_. “¿Abriremos los ojos?”. En: *Artículos*, Publicaciones del Ministerio de Educación. Dirección de Cultura, La Habana, 1951. p. 257-260.

económica se fue a manos extranjeras, las que, ante la inseguridad por la guerra civil, apelaron a la intervención norteamericana.

Pero lo más interesante es cómo Varona ya comprendía el significativo peso del capital monopolista dentro de esos capitales extranjeros en Cuba: “El primer resultado ha sido concentrar la industria de los transportes, la industria tabacalera y buena parte de la azucarera en manos extrañas y no en manos de individuos residentes en el país y arraigados socialmente en él, sino de sociedades y sindicatos, que explotan la industria que dominan y sacan de Cuba no pequeña parte de los beneficios.”<sup>6</sup>

Retomando y ampliando algunas ideas expresadas desde fines del siglo XIX, ciertas voces comenzaron a clamar por la defensa del propietario agrícola cubano mediante un programa de diversificación productiva que se enfrentase a la monoproducción azucarera condenada al mercado único. Ya eran patentes las consecuencias de la dominación económica, las que aumentaron durante la segunda década hasta alcanzar un control casi absoluto de la economía cubana por parte del capital financiero yanqui.

“O la caña derriba a la República, o la República derriba a la caña”, sentenciaba en 1908 el ingeniero agrónomo José Comallonga,<sup>7</sup> tenaz defensor del colono, el veguero y el campesino. Junto a una alta cuota de pesimismo que lo llevó a exponer un plan de unión aduanera con Estados Unidos, Comallonga insistió hasta el fin de sus días en que la solución “patriótica” para Cuba consistía en la diversificación de la agricultura y de sus derivados industrializables e instó al gobierno cubano a ejecutar una política nacionalista a través de sus medidas fiscalizadoras y del engrandecimiento de la marina nacional. También denunció vigorosamente las tarifas ferrocarrileras como fundamento del latifundio del central y de la imposición del capital extranjero sobre el nacional.

En 1911, Varona estimaba ya que la situación económica de Cuba era la más grave por él conocida y señaló como males la monoproducción, la polimportación y la pérdida por el nativo del arraigo en la Tierra.<sup>8</sup>

En 1912, el escritor oriental Santiago Rodríguez Góngora<sup>9</sup> afirmó que las necesidades cubanas eran de tipo económico y describió las características de dependencia en nuestra vida económica: las tierras en manos de extranjeros, la monoproducción, la balanza comercial desequilibrada en beneficio del extranjero, el mercado único para nuestra producción y la venta de materias primas en vez de productos de elaboración terminada.

El joven José Antonio Ramos señalaba en 1913 que el desastre económico de la guerra provocó que el pueblo cubano se viese rodeado de enemigos: “Por una parte el comprador *yankee*, que dinero en mano adquiriría por diez lo que

<sup>6</sup> \_\_\_\_\_. “Patriotismo”. En: *Ibidem*, p. 237.

<sup>7</sup> Rodríguez, Pedro Pablo: “El pensamiento nacional burgués; el caso de José Comallonga”, *Economía y Desarrollo*, 64: 51-72, La Habana, septiembre-octubre, 1981.

<sup>8</sup> Varona, Enrique José: “Discurso sobre el capital extranjero”. En *Páginas cubanas*, Publicaciones de la Secretaría de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1936, p. 107-116.

<sup>9</sup> Rodríguez Góngora, Santiago: *Al pueblo de Cuba. Lo que somos, cómo estamos, qué hemos hecho, qué queremos y lo que nos falta por hacer*, primera edición, Imprenta El siglo XX, La Habana, 1912.

valía veinte; el hipotecario por otra, enemigo de la Revolución y desconfiado de la República, y como tercero, para cerrar toda esperanza, el comercio y la industria, rudimentaria esta, en poder extranjero también.”<sup>10</sup> Y en 1916 apuntaba Ramos que el capital era una fuerza extraparlítica de mayor consideración que el Departamento de Estado.<sup>11</sup>

En 1915, Mario Guiral Moreno llamó a una labor nacionalista que, entre otras cosas, tuviese “como ideal —no por inasequible en el momento, menos realizable en una fecha más o menos lejana—, la nacionalización o municipalización, según los casos, de todos los servicios públicos, actualmente prestados en su gran mayoría por empresas extranjeras; y hacer que la industria y el comercio pasen de manos extranjeras a manos cubanas, reconquistando así la potencia económica de la nación.”<sup>12</sup>

Fue Varona quien alcanzó mayor hondura en la comprensión del tipo del capital extranjero dominante sobre Cuba. “En vez de asirnos a la tierra, la hemos dejado arrancar de nuestras manos por sindicatos extranjeros. Hemos dejado crecer en nuestro territorio apenas libertado, algo más peligroso que los antiguos latifundios: el gigantesco central poseído por una sociedad de accionistas, dirigido por un capataz omnipotente.”<sup>13</sup>

Y, aún más, Varona demostró su entendimiento del significado del capital monopolista como tendencia de la época: “...en la organización actual del mundo de occidente es fenómeno económico incontestable que la forma tomada por la gran propiedad se hace preponderante y ahoga al cabo o solo consiente vida raquítica a las otras.”<sup>14</sup>

9. Un último aspecto de la dominación imperialista fue visto por entonces. En rigor, debe decirse que solo lo fue por Varona. Se trata del significado de los empréstitos. En las discusiones en el Senado a propósito de los primeros empréstitos de la república, ni la aguda penetración de Sanguily vio más allá de la búsqueda de fondos por el Estado, pues siempre votó a favor y no tuvo pronunciamiento alguno en contra. Los debates alrededor del que contrató José Miguel Gómez parece se centraron en si era más conveniente la propuesta de la banca yanqui o de la europea y en el hecho de que le fuera impuesto por el segundo gobierno interventor, quien lo concertó poco antes del traspaso de poderes. Según lo que conocemos, las críticas no apuntaron a señalar cómo a través de una operación prestataria el capital financiero norteamericano imponía sus intereses al propio Estado cubano y aumentaba su control sobre la economía de la nación. Y de igual modo no aparecen indicios de que fueran entendidos los préstamos como una forma de exportación de capital.

<sup>10</sup> Ramos, José Antonio: “Al lector no cubano.” En su: *Entreactos*, Ricardo Veloso, editor, La Habana, 1913. p. 22.

<sup>11</sup> \_\_\_\_\_: *Manual del perfecto fulanista*, Jesús Montero, editor, La Habana, 1916. p. 123.

<sup>12</sup> Guiral Moreno, Mario: “La intromisión de los extranjeros en nuestros asuntos.” En: *Cuba Contemporánea*, 7(2): 146, La Habana, febrero, 1915.

<sup>13</sup> Varona, Enrique José: “El imperialismo yankee en Cuba”, *Repertorio Americano*, 3 (23): 310, San José de Costa Rica, 30 enero, 1922.

<sup>14</sup> *Idem*.

José Antonio Ramos en su lúcida sociología de la política cubana que es el *Manual del perfecto fulanista*, considera los empréstitos consecuencia del derroche y la inmoralidad administrativa, y describe así el por qué de sus concertaciones: el Fulano (el presidente) “comprometerá el prestigio económico de Cuba concertando un empréstito a su entrada en el gobierno, y dejando a la hacienda pública a su salida en tales condiciones que a su sucesor le sea impuesta la necesidad de otro empréstito.”<sup>15</sup> No hay, pues, en Ramos, señalamiento alguno acerca de los empréstitos como un mecanismo de la dominación imperialista.

Aunque no nos dejó un análisis *in extenso* del problema de los empréstitos, Varona toca el tema en sus conocidos aforismos y reflexiones reunidos en el libro *Con el eslabón*, evidenciando que sí atrapó el sentido dominador de tales préstamos:

Cada millón que recibimos prestado, es un eslabón de nuestra cadena de galeotes al extranjero.

En los pueblos débiles las deudas públicas son hipotecas sobre la libertad pública.

Toda júbilo es hoy la gran Toledo. Hoy regalamos unos tres millones a Mr. Morgan, para que nos remache al cuello la cadena que nos llegaba a la cintura. Hombre oficioso, Cuba rumbosa.<sup>16</sup>

Posiblemente el aplastante control sobre la propiedad y el despojo sufrido por los cubanos poseedores, junto al escaso monto de los empréstitos en comparación con la extraordinaria magnitud de esas inversiones, contribuyeron a que durante las dos primeras décadas no fuese considerado el sentido expoliador de los empréstitos. Este aspecto comenzaría a establecerse en tiempos de Machado, con los grandes empréstitos contraídos por este gobierno.

De todos modos, el verdadero lugar de los empréstitos dentro de la dominación económica yanqui sobre Cuba, solo fue fijado con nitidez a partir de 1927, cuando Rubén Martínez Villena en su ensayo *Cuba, factoría yanqui*,<sup>17</sup> al explicar la esclavitud económica cubana que hacía al país no independiente, establece como primer aspecto de ello el estudio de los empréstitos.

10. Las “vacas flacas” tras la I Guerra Mundial y el crac bancario consiguiente llevaron al máximo el control económico del capital financiero yanqui sobre Cuba, a la vez que acentuaron el despojo del propietario cubano. Ante tamaña dominación surgieron la intranquilidad y la protesta en las filas del proletariado superexplotado y en la depauperada y proletarizada pequeña burguesía, y hasta hubo muestras de desagrado y preocupación dentro de la propia burguesía dominante-dependiente, sustancialmente reducida en sus márgenes de ganancia. Y como después ocurrió el detenimiento de la expansión azucarera,

<sup>15</sup> Ob. cit., p. 186.

<sup>16</sup> Varona, Enrique José: *Con el eslabón*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981, p. 15, 155 y 189.

<sup>17</sup> Martínez Villena, Rubén: “Cuba, factoría yanqui”. En su: *Poesía y prosa*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1978, p. 105.

el sistema dependiente fue estancándose, por lo que la protesta social tendió a acentuarse y a profundizarse durante la tercera década del siglo.

Fue entonces cuando se pusieron de relieve los límites y el alcance de la crítica sostenida hasta entonces contra el sistema dependiente. A la vez que ella sirvió para sostener la protesta social y para fundamentar muchas veces los remedios a los males nacionales, según se continuó y ensanchó la crisis fue evidenciándose para los dirigentes políticos y los ideólogos que iban comprendiendo la necesidad de hondas transformaciones para Cuba, cómo resultaban insuficientes los análisis y soluciones propuestos esa crítica.

Con otras palabras: la crisis del sistema azucarero dependiente fue demostrando que para su comprensión verdadera y su solución había de partirse de la crítica anterior, pero llevándola a planos superiores y convirtiéndola en una crítica revolucionaria.

Por eso, al principio de los años veinte predominaron respuestas limitadamente reformistas, que buscaban las soluciones en la recomposición moral, la extensión de la educación y la cultura, el aumento de la población o la reorganización del sistema político. Se fiaba en los cambios de la superestructura política o de la propia conciencia social, la posibilidad de sostener un nacionalismo económico que protegiese al pequeño propietario agrícola de modo de ir saliendo de las distorsiones económicas del latifundio, la monoproducción y el mercado único.

Pero en poco tiempo, a medida que la protesta social se ahondó y sectores populares como el proletariado y la depauperada pequeña burguesía fueron desempeñando un papel protagónico en los acontecimientos, las soluciones apuntaron hacia cambios de estructuras.

Y, sin embargo, como parte de ese proceso cognoscitivo durante la década de los veinte, la crítica pequeño burguesa a la sociedad dependiente disfrutó posiblemente de mayor difusión que nunca antes: el propio avance de la crisis llevó a abrirle puertas que hasta entonces se le habían cerrado. El ejemplo quizás más destacado lo constituye *Azúcar y población en las Antillas*, de Ramiro Guerra, colección de artículos en el *Diario de la Marina*, publicados rápidamente en forma de libro y de reconocida influencia en la llamada generación del treinta. Interesante caso: una penetrante y enjundiosa denuncia del latifundismo con un limitado programa reformista en defensa del campesinado, que no osó relacionar semejante situación con el dominio del capital financiero yanqui, quedando detrás de los brillantes enjuiciamientos de Varona y Comallonga sobre el tema, y hasta de los señalamientos antimperialistas de Sanguily en 1903 contra el Tratado Comercial.

No es casual que paralelamente a la obra de Guerra fueran apareciendo los primeros análisis marxistas a fondo de la economía cubana, debidos a la pluma de Rubén Martínez Villena, quien, por cierto, hizo amplio uso de los escritos económicos de Varona, Sanguily, Comallonga y del estudio de 1924 de Fernando Ortiz sobre *La decadencia cubana*, primer intento cuantificador de la penetración yanqui en Cuba. La verdadera crítica superadora de la dependencia hizo uso, pues, de los aportes del pensamiento económico pequeño burgués.

Y, por cierto, por una de esas aparentes paradojas de la historia, luego de la estabilización del sistema dependiente azucarero tras la frustración de la revolución del treinta, la preocupación por el campesino y el pequeño propietario en general como base de la nacionalidad, cobró carta de crédito en el pensamiento económico cubano para convertirse en el núcleo de los diversos proyectos de desarrollo manejados hasta 1959. En dos palabras, la tendencia pequeño burguesa se hizo dominante en el pensamiento económico cubano justamente no solo cuando ya no había posibilidad para su implementación práctica, sino, además, cuando no quedaba ni sombra de algún cuerpo social capaz de sostenerla.

Tomado de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*,  
78 (1): 61-73, La Habana, enero-abril, 1987.



Charla de Vicentina Antuña (extrema derecha). A su lado, María Teresa Freyre de Andrade, seguida de Concha Alzola, Juan Pérez de la Riva y Maruja Iglesias. 18 de octubre de 1961

# Balance de la dominación inglesa en La Habana (1762-1763)

Juan Jiménez Pastrana

HISTORIADOR, POETA Y PEDAGOGO

## Palabras previas

FUE STEFAN Zweig, aquel cincelador de vidas —ya desaparecido—, quien hace años, intituló *Momentos estelares de la humanidad* un libro suyo, transido de subjetivismo. Navegando por otras aguas, nos parece muy oportuno acuñar con esa frase —*momentos estelares*— a la dramática y luminosa época actual de Cuba y del mundo.

En lo que respecta a nuestra querida Patria, la visión del instante histórico que ella vive hoy es impresionante. Salida, apenas hace cuatro años, del yugo imperialista yanqui, gracias a una legítima revolución popular bajo la guía de Fidel Castro, Cuba asimila victoriosamente sus etapas de desarrollo histórico, aplastando todas las maniobras neocolonialistas realizadas a su paso por el imperialismo y sus lacayos externos e internos. “Durante estos cuatro años —ha dicho el presidente Dorticós— nos hemos enfrentado a tremendas dificultades. Además de todas las agresiones físicas contra nuestro país, el imperialismo ha desatado el más feroz combate en el campo económico contra nuestra nación. Desde el embargo comercial y el corte súbito de las corrientes de intercambio, incluyendo el cese del suministro de petróleo y el cercenamiento de nuestra cuota azucarera en el mercado norteamericano, hasta el bloqueo naval y las represalias contra empresas navieras que participan en el comercio exterior de Cuba, el Gobierno de los Estados Unidos ha hecho todo cuanto ha estado en sus manos y en su poderío para colapsar la economía cubana y producir el fracaso de nuestro experimento revolucionario. “A pesar de todos esos tremendos obstáculos, y con la poderosa ayuda de la Unión Soviética y demás naciones alineadas en el campo socialista, la Revolución Cubana sigue su marcha, creando las condiciones para la construcción del socialismo.

Pero, el panorama cubano que acabamos de esbozar es hijo legítimo del momento estelar que vive el resto del mundo. Un mundo que en sus más distantes rincones —en Asia, África, Latinoamérica—, lucha o se dispone a lidiar fieramente contra el colonialismo y el neocolonialismo —desesperadas empresas que conculcan los más esenciales derechos humanos. En fin, lo vigente en nuestra época —su momento estelar—, es la lucha del pueblo por un porvenir nuevo, encaminado “hacia formas de desarrollo no capitalistas, surgidas de

la iniciativa creadora de las masas,” por las cuales desaparezca totalmente, en lo político y en lo social, la explotación del hombre por el hombre.

Es, pues, en esta coyuntura histórica, en el ámbito nacional e internacional, que llega hasta nosotros la conmemoración del Bicentenario de la dominación inglesa en La Habana. Por la índole de nuestro tiempo, el aniversario de tal suceso convida a la reflexión, suscita el oportuno y responsable balance histórico. No se nos escapa que la consideración de ese hecho de nuestra historia implica, en esta hora, la verificación de un examen crítico del mismo, escrutando los elementos que entraron en la producción del susodicho acontecimiento, a la luz del materialismo histórico.

### Ubicación histórica

Después del descubrimiento de Cuba, hay un largo tramo de más de dos siglos —ensombrecidos por los aventureros de la conquista, la esclavización y exterminio de la población aborigen, el saqueo colonial, la esclavitud de los negros y el sórdido enriquecimiento de las clases dominantes, españolas y criollas—, en los cuales, diríase que la vida cotidiana se desenvuelve en nuestra Isla a un ritmo monótono, espeso, si no fuera por los frecuentes sobresaltos ocasionados por el contrabando y la piratería. Así, pues, llegó el siglo XVIII, en cuya primera mitad, en el orden internacional, se agudizaron las pugnas colonialistas, principalmente entre Inglaterra y Francia, dando lugar a una serie de guerras económicas por la hegemonía mundial. “La guerra se llevaba en todas partes: en América del Norte, en las Indias Occidentales, en África, en la India, en Levante y en todos los lugares donde chocaba los intereses de ambas potencias.”

A consecuencia de esas luchas, Inglaterra y Francia se van por encima de los demás poderes coloniales ya envejecidos, Portugal y Holanda han pasado a ser meras dependencias políticas de Inglaterra. Ahora, la España borbónica, después de las guerras de Sucesión, también ha pasado a ser dependencia política. Pero, en este caso, de Francia. Así las cosas, los triunfos alcanzados por Inglaterra en esta etapa, la estimulan a luchar por nuevas conquistas coloniales y, sobre todo por ampliar su esfera de expansión comercial. Después de haber logrado abrirse paso por el Mediterráneo y de tener en sus manos las ventajas comerciales obtenidas con la concesión del “asiento”, los ingleses —dueños ya de Jamaica— ambicionaron la posesión de las restantes y pródigas islas bañadas por el Caribe, para explotarlas y tomarlas como bases para el comercio con la América del Sur y Central. Fue entonces cuando se produjo el choque bélico anglo-francés denominado la Guerra de los Siete Años (1756-1763). La víctima de esa competencia —y un objeto de esa lucha— fue la España borbónica, la que, perforada económicamente por el contrabando inglés fue empujada políticamente a la guerra por Francia, bajo el antifaz del “Pacto de Familia”, con el apoyo de la nobleza y la burguesía españolas interesadas en la Real Compañía de Comercio.

Como sabemos, la entrada de España en el conflicto, en el año 1762, hizo que un día del mes de junio de dicho año los ingleses rompieran violentamente el

sosiego de los confiados vecinos de la ciudad de La Habana y sus alrededores y, tras dos meses de asedio y luchas —en las que sucumbieron dignamente los españoles Luis de Velasco y el Marqués González y se destacaron los heroicos guerrilleros criollos y los esclavos africanos—, ante el prolongado y combinado ataque de poderosas fuerzas británicas, terrestres y navales, la plaza de La Habana capitulaba el 12 de agosto de 1762, para dar comienzo al breve período de la dominación inglesa, la cual, además de la capital, se extendería desde Matanzas hasta más allá del Mariel. Con el triunfo de las fuerzas comandadas por el conde de Albemarle y el almirante Pocock, la Gran Bretaña entraba en el camino de lograr los propósitos acariciados desde los tiempos de Cromwell. Propósitos fallidos anteriormente, en relación con Cuba, a pesar de los esfuerzos de Hossier, Vernon y Knowles. Con la dominación inglesa en La Habana llegábase a una situación de rasgos muy novedosos en la historia de Cuba colonial, cuyas resonancias situaban a esta, por segunda ocasión, en un plano de interés internacional.

## La dominación inglesa en La Habana

La dominación inglesa en La Habana y sus alrededores fue efímera, solo duró diez meses. Sin embargo, su trascendencia rebasa el marco cronológico. Evidentemente, el hecho histórico ocurrido en una zona muy importante de Cuba, del año 1762 al 1763, era una faceta elocuente del signo por el que se movía bélicamente la Inglaterra de ese inquieto período. Era este momento, en la historia económica inglesa, “la edad de oro de los comerciantes y de los patronos en pequeño que sentaban los cimientos para la posterior aparición de la clase capitalista industrial.” Se vivía los tiempos en que la estructura económica de Inglaterra impulsaba la conducta de su legión de capitalistas, predominantemente comerciantes, hacia el advenimiento de una era nueva. Era que, por las características de su desenvolvimiento manufacturero —en lo textil, lo metalúrgico, etcétera— se anunciaba el auge de la fase industrial.

Vistas así las cosas, la dominación inglesa en La Habana tipifica un episodio de la lucha por un cambio del capitalismo comercial a un capitalismo industrial. Es decir, refleja las contradicciones existentes en el seno de los países capitalistas más poderosos a mediados del siglo XVIII. En última instancia, los soldados y marinos ingleses que toman y dominan La Habana y sus alrededores son —sin proponérselo, seguramente—, las avanzadas del capitalismo industrial naciente. En cambio, el destino y los esfuerzos de los soldados españoles derrotados en la Cabaña y el Morro están permeados por el capitalismo comercial, fronterizo aún a la etapa feudal.

De esta suerte, la dominación inglesa en La Habana significó —para los vencedores— la legalización de su comercio directo. Hasta ese instante, los ingleses ejercían el contrabando, el comercio fraudulento, haciendo “entrar y salir masas considerables de mercancías diversas.” Desde luego, el contrabando era realizado por los asentistas y “capitanes de los ‘navíos de permiso’, cuya carga sobrepasaba siempre las 500 toneladas autorizadas por los tratados...” A partir

del 12 de agosto de 1762, Inglaterra vio con otros ojos el comercio con la parte de Cuba que ella acababa de conquistar. Es decir, con la visión de una Metrópoli agujada de urgencias industriales. Así, pues, se explica cómo dicha porción de la Isla pasó a ser un excelente mercado legal donde los comerciantes ingleses colocaron grandes cantidades de sus productos manufacturados —telas, artículos derivados de la industria del cuero, artículos suntuarios importados del lejano Oriente, etcétera.

Lo cierto es que los ingleses [señala J. Le Riverend] se dieron maña para inundar La Habana de productos de todo tipo y, aún más, para exportar a Nueva España y otras colonias, so pretexto de que los vecinos de La Habana tenían derecho a mudarse a las colonias cercanas con sus pertenencias, antes que jurar fidelidad al Rey inglés. Los datos numéricos sobre las actividades comerciales de los ingleses en La Habana entre 1762 y 1763 muestran la importancia que alcanzó esta plaza y, asimismo, que el tráfico continuó aún después de la restauración española.

Estas constantes llegadas de barcos ingleses al puerto habanero, cargados de mercaderías, produjeron evidentes beneficios a la pequeña burguesía y demás vecindario de la ciudad, ya que los precios de aquellos artículos eran “mucho más bajos que los que prevalecían bajo el monopolio de la Real Compañía de Comercio.” Pero, sobre el carácter de los movimientos de esos buques ingleses en La Habana, se han formulado aseveraciones exageradas. En el pasado, no pocos historiadores, al contraponer el monopolio comercial español al estilo del tráfico inglés, han cargado la mano en el elogio de este último. En realidad, los ingleses “no dieron libertad comercial a La Habana, porque la Gran Bretaña no la practicaba en la época, sino libertad para traficar con buques de bandera inglesa.” Es decir, lo que ocurrió, sencillamente, fue que Inglaterra, por sus condiciones socioeconómicas, explotó más astutamente el sistema proteccionista que España. Evidentemente, en Inglaterra funcionaba ya el mencionado sistema en la medida que Marx lo definió después tan magistralmente, o sea, como “*un medio artificial para fabricar fabricantes, exportar a obreros independientes, capitalizar los medios de producción y de vida de la nación y abreviar el tránsito del antiguo al moderno régimen de producción.*” (El subrayado es mío. J. J. P.)

Por otra parte, ya en esa época el azúcar de caña, de procedencia antillana, ganaba estimación en Europa. Por el año 1750, España iniciaba una política favorable a los intereses de los que manejaban la industria azucarera de Cuba. Al producirse la dominación inglesa en La Habana, la Gran Bretaña puso al centro de sus preocupaciones coloniales la explotación de las materias primas de la porción conquistada de Cuba, entre las cuales figuraba preminentemente la caña de azúcar. Ante este nuevo desvelo inglés por su ascenso industrial, los tratantes de negros de Liverpool se frotaron las manos y se afilaron los dientes, pues el incremento de la industria azucarera exigía el rápido aumento de la población esclava de La Habana y sus alrededores. Y en efecto, el soñado bocado

de los asentistas se hizo realidad; pues, si según Arrate, “se introdujeron entre 1740 y 1760 unos 4986 esclavos” ahora, en solo diez meses, más de 10,000 esclavos africanos fueron introducidos en Cuba, iniciándose así, con tan inhumano incentivo —hijo del proceso de *acumulación originaria del capital*—, un período de crecimiento de la industria azucarera cubana.

Veamos ahora, sucintamente, el aspecto económico de la dominación inglesa en La Habana, por la otra cara de la misma moneda. Es decir, atendiendo a los intereses de España. En primer lugar, la victoria inglesa en La Habana ocasionó a la Metrópoli española una pérdida considerable; solo en efectos vendidos y en metálico, se calculó un botín equivalente a más de tres millones de libras esterlinas. A estas pérdidas hay que añadir las constituidas por buques de guerra y mercantes que pasaron a poder de los vencedores. Además, dejando a un lado los elementos anecdóticos relacionados con los dineros exigidos por el inglés al clero y a los habaneros más acomodados, merece destacarse que el triunfo y dominación de los ingleses en La Habana asestó un golpe mortal a la oligarquía monopolista que integraba la empresa mercantil denominada “Real Compañía de Comercio de La Habana”. En fin, la dominación inglesa en La Habana fue una elocuente lección demostrativa no solo de la inferioridad del estado feudal-absolutista de España y Francia en relación con el estado burgués Inglaterra, sino también de la inferioridad del capital comercial frente al capital industrial.

Para contribuir al logro de los objetivos económicos que se había propuesto en la porción conquistada de la Isla, la dominación inglesa desarrolló una inteligente táctica de atracción que tenía dos categorías: una directa y otra indirecta, tanto en el orden político como en el social. En ambos casos, el conquistador se proponía el ablandamiento ideológico, y la conquista del ánimo para la acción cooperadora del vecindario habanero. Examinemos ahora, consecuentemente, el núcleo de las categorías tácticas empleadas por el inglés con los mencionados vecinos.

En lo que respecta al orden político, la táctica de atracción directa se descubre primeramente en el punto concerniente a la gobernación de la ciudad. En efecto, al tomar posesión de La Habana, el conquistador inglés pudo hacer desaparecer, sustituir o modificar profundamente —en su organización y funciones— las instituciones locales entonces vigentes, amparándose en el derecho de la fuerza. Pero no procedió así el flamante gobernador conde de Albemarle. Durante los diez meses de ocupación inglesa, el régimen municipal habanero continuó, en líneas generales, bajo la organización castellana, de rancio sabor feudal-absolutista, diseñada en las Ordenanzas de Alonso de Cáceres. Los alcaldes don Miguel Calvo de la Puerta y don Pedro Santa Cruz, el síndico procurador general don Felipe de Sequeira, y demás autoridades locales, fueron respetados en el ejercicio de sus funciones, “no obstante que el cabildo habanero se negó a prestar juramento de fidelidad al rey Jorge III”. Asimismo, otro ejemplo sobre el uso de la táctica de atracción directa, en el orden a que nos estamos refiriendo, se halla en la determinación del conde de Albemarle —quien tomó el título de Gobernador y Capitán General, con

funciones de Vice-Real Patrono—, de nombrar Teniente Gobernador, con carácter de Gobernador Político, al regidor de la ciudad Sebastián Peñalver Angulo, anciano abogado, seis veces alcalde de La Habana y coronel de milicias, que “durante el sitio prestó activos servicios atendiendo al cuidado de las familias.” Poco tiempo después, el gobernador inglés sustituyó a Peñalver, nombrando en el mismo cargo a Gonzalo Recio de Oquendo, terrateniente distinguido, también antiguo alcalde de la ciudad, alférez mayor del municipio, quien “tuvo a su cargo, en los momentos de peligros, el abasto de las tropas.” Tres meses después, Peñalver fue repuesto en el cargo de Teniente Gobernador. La base de su reposición se consignó en el acta del Cabildo habanero, de fecha 1 de enero de 1763, en cuya acta, entre otras cosas, el gobernador Albemarle afirmó:

...Yo por este constituyo y nombro a Dn Sebastián Peñalver Angulo Regr. por privilegio y Coronel de milicia por mi Theniente de Govor por su nacimiento y grandeza, propiedad y entero conocimiento y experiencia de las leyes de esta Ysla y también ordeno y mando que el dho Dn. Sebastián Peñalver Angulo á exercitar el oficio de mi Thente. de Govor, con la misma autoridad y Privilegio anexos a ello como todos los dhos Thentes hasta aora han savido por ley y costumbres. [sic]

Indudablemente, el gobernador inglés supo donde ponía los ojos al seleccionar a Peñalver y a Recio de Oquendo —dos destacados burgueses, miembros bien antiguos de la oligarquía habanera—, quienes, al prestar sus servicios a la situación política imperante, desde Matanzas hasta más allá del Mariel, pregonaban hasta qué punto la dominación inglesa luchaba por perforar políticamente a las clases pudientes del país.

Por otra parte, la ocupación británica empleó, simultáneamente con la táctica de atracción directa de la burguesía de la localidad, la otra categoría táctica ya mencionada; es decir, la de la atracción indirecta de las clases dominantes y de las asalariadas. Por esa razón, posiblemente, los jefes ingleses “dictaron, asimismo, rigurosas medidas de policía, encaminadas a mantener la disciplina de las tropas de ocupación, impedir que los vecinos fueran molestados y castigar severamente a cuantos cometiesen cualquier desmán.” Véase así cómo la dominación inglesa trató de sacar partido a su favor, entre diversas capas de la población habanera, al luchar contra la corrupción administrativa y judicial dominante en la Isla por la complicidad del sistema colonial español. Como buena muestra de aquella táctica de atracción indirecta, léase el bando firmado por el conde de Albemarle, de fecha 4 de noviembre de 1762, en cuyos dos párrafos principales se delara:

Por cuanto ha sido siempre costumbre hacer regalías muy considerables en dineros, o efectos, a los señores Gobernadores de esta Isla, y sus asesores, a fin de conseguir la favorable conclusión de pleitos.  
(...)

Este es para notificar al pueblo que manda su Excelencia, que esta práctica se quite absolutamente de aquí en adelante, bajo la pena de su disgusto, por ser cosa que nunca ha practicado, ni permitirá que se hagan dichas regalías por administrar justicia: su determinación es distribuirla con imparcialidad, sin favorecer al superior, ni al inferior, al rico, ni al pobre, pero sí despacharlo con equidad y con brevedad que admitan las leyes del país.

Uno de los sucesos de mayor resonancia ocurrido durante la dominación inglesa fue, sin duda, la prisión y deportación a la Florida del obispo Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, por Decreto del gobernador George Keppel, conde de Albemarle. Diversos historiadores —Pezuela, Bachiller y Morales, Trelles, Coronado, por ejemplo— han atribuido dicho suceso a meros choques personales ocurridos entre Albemarle y el obispo Morell —la resistencia del prelado al derecho de campanas; las exigencias de dinero del gobernador inglés al clero católico; la negativa del obispo a enviar una relación de los templos, conventos, monasterios y bienes de los eclesiásticos y a ceder un templo para los oficios protestantes de las tropas vencedoras—, cuyos choques no fueron asimilados correctamente por el obispo, debido al carácter violento e impulsivo de este.

En la actualidad, esa valoración del caso Morell de Santa Cruz es muy simplista y está históricamente envejecida. Precísase hoy acudir a otra indagación de aquella polémica y de sus resultados, en un plano enteramente científico, para desentrañar la verdad histórica del mencionado suceso. El caso Albemarle *vs* Morell de Santa Cruz no se produjo, sencillamente, por las características individuales de ambos personajes; es decir, el suceso no ocurrió, principalmente, por motivaciones subjetivas, sino por causas objetivas que generaron luego las motivaciones subjetivas, ya que los hombres “forjan la historia, pero no de un modo caprichoso, al antojo de cada quien, sino con sujeción a leyes objetivas.” Dicho con otras palabras, la voluntad y la actividad histórica del gobernador, conde de Albemarle, y del obispo Morell, como individuos, estuvieron condicionadas al modo de producción de la vida material predominante en aquella época histórica. Por lo cual, claro está, “la acción de las particularidades individuales”, como afirmara Plejanov, “podía tener lugar únicamente en las condiciones sociales dadas”. Así, pues, se explica el papel histórico que jugaron las dos figuras que recordamos. En este sentido, el pleito entre Morell y Albemarle tiene un evidente contenido económico-político. Conlleva el intento de trasplantar a Cuba (en la cual, como en el resto de Hispanoamérica, no hubo lugar para las peripecias de la Reforma), la lucha entre el feudalismo y el capitalismo, en el terreno religioso. Morell de Santa Cruz tipifica en la intransigencia católica —disfrute de fueros, privilegios y bienes materiales—, la acción de las oscuras fuerzas del fanatismo al servicio régimen feudal-absolutista. En cambio, el conde de Albemarle luce como el representante del protestantismo. Según Engels, la Reforma protestante fue gran batalla de la burguesía europea contra el poder de la Iglesia católica y contra el feudalismo (*Socialismo utópico*

y *socialismo científico*). “La rebelión contra Roma de las burguesías más evolucionadas y ambiciosas —nos dice Mariátegui en *Siete Ensayos de Interpretación de la realidad peruana*— condujo a la institución de iglesias nacionales destinadas a evitar todo conflicto entre lo temporal y lo espiritual, entre la Iglesia y el Estado. El libre examen encerraba el embrión de todos los principios de la economía burguesa: libre concurrencia, libre industria, etcétera.” De estas aseveraciones se colige cuál tenía que ser la posición del gobernador inglés, adepto de una de esas iglesias nacionales del protestantismo —la anglicana— frente al reto de la autoridad católica. De ahí, pues, la ejecución inmediata de una de las dos medidas de mayor severidad dictada por el conde de Albemarle, documento que en uno de sus párrafos decía:

Por tanto, su Excelencia el Conde de Albemarle, consideró que es absolutamente necesario que el Señor Obispo sea mudado de esta isla, y enviarle a la Florida en uno de los navíos de guerra de su Magestad, a fin de que la tranquilidad se preserve en esta ciudad, y que la armonía y buenas correspondencias se mantengan entre los súbditos antiguos y modernos de su Magestad, lo cual el Sr. Obispo en una manera tan flagrante ha procurado interrumpir. [sic]

Como puede apreciarse, en el fragor del combate, o mejor, de la “guerra fría” entablada, en el orden religioso, entre los restos feudales y el capitalismo —en su modalidad industrial— en la persona del obispo Morell y la del gobernador inglés, respectivamente, este último no perdió de vista, en momento alguno, los objetivos económicos y políticos que se proponía alcanzar con la dominación inglesa. Consecuentemente, tampoco olvidó la táctica que debía emplear para atraerse a la población; por lo cual, el flemático gobernador se dejó aconsejar e hizo lo que se estimó más recomendable: alejar de la Isla a quien servía de instrumento para profundizar aún más la evidente antipatía existente en la población del país hacia el conquistador inglés.

Apuntamos ya que, con vistas a lograr sus objetivos en la Isla, las autoridades británicas desarrollaron una hábil política de atracción social, en el seno del vecindario habanero. Es claro que esa táctica estaba enteramente justificada. Los ingleses no podían olvidar que, durante los días empeñosos de la toma de La Habana, los más celosos y heroicos defensores del pabellón español —a excepción de Luis de Velasco, el Marqués González, Fernando Párraga y muy pocos militares más— fueron ostensiblemente de procedencia criolla, bajo el mando de improvisados jefes de milicias, del temple de Pepe Antonio, Luis de Aguiar y otros. Tampoco ignoraban los vencedores que las diferencias religiosas existentes entre ellos y el vecindario de la zona ocupada resultaba una cortina de humo que el clero católico explotaba para el crecimiento de sus bienes y privilegios en este mundo.

Por otro lado, los ingleses no podían ocultar lo que era inocultable: la tremenda brecha que el clima tropical estaba abriendo en sus filas de soldados y marinos, en el breve tiempo que llevaba de ocupada una porción de la Isla.

Ocho días después de firmada la capitulación, Albemarle escribía ya a Egremont, a la sazón Ministro de Estado:

Me he visto obligado a mandar a Norte América los Regimientos 17 de Montañeses Reales y 77 para un cambio de aires. Esa brigada está muy enferma, apenas si cuenta con 20 hombres aptos para el servicio. Nadie escapa en este país. Yo mismo aún estoy lejos de sentirme bien y tan pronto como haya establecido este Gobierno de modo adecuado, aprovecharé la más Graciosa Indulgencia de Su Magestad hacia mi e iré a Inglaterra a recobrar mi salud.<sup>1</sup> [sic]

En otra carta de Albemarle al propio Egremont, de fecha 7 de octubre del mismo año, el gobernador inglés se lamentaba de las rudezas del clima de Cuba y, entre otras cosas, declaraba: "...hemos enterrado más de tres mil hombres desde que se firmó la Capitulación y lamento informarle que hay muchos hombres hospitalizados que se encuentran tan exhaustos por la fatiga y el *calor del clima* [textual] que no se cree podrán sanar".<sup>2</sup>

En *Diario Ordinario*, publicación que se conserva en la Biblioteca del Vaticano, apareció con fecha 19 de septiembre de 1763, lo siguiente: "De 14 000 hombres empleados en conquistar a La Habana, no han regresado más que unos 3 500. Pero eso provino más tarde del aire de aquel País, poco apropiado para el temperamento de los Ingleses, que de otra cosa, ya que el número de los muertos en el asedio es cinco veces menor que los extinguidos de muerte natural".<sup>3</sup>

En efecto, en los diez meses de ocupación, el vómito negro, la disentería y otras enfermedades diezmaron las fuerzas inglesas, sin contar que muchos murieron, a consecuencia de dichos males, en las colonias de Norteamérica o en Inglaterra. Por los antecedentes que acabamos de señalar, resulta comprensible que, en el tiempo que duró la dominación, los ingleses tuvieran que sacar fuerzas de flaqueza para emplear su táctica de atracción directa, en el orden social, con los vecinos de La Habana. Para ello, los vencedores no desperdiciaron oportunidad alguna. Véase si no la interesante carta en que un fraile jesuita de La Habana, el 12 de diciembre de 1763, daba cuenta al Prefecto de la Compañía, en Sevilla, de la toma de la plaza por los ingleses. En uno de los párrafos de dicha carta, el jesuita contaba: "El Milord Conde de Albemarle dispuso a poco tiempo de su entrada tener en su casa (que lo fue la de la Contaduría de Marina) un sarao para el que convidó por medio de sus primeros oficiales a las Sras. de carácter"... De más está decir que, en esta primera ocasión, asistieron muy pocas señoras a la fiesta. No obstante, la máxima autoridad inglesa volvió a la carga, al reiterar el convite para la noche siguiente, "pasando en persona a cumplimentarlas en sus casas"... Aunque esta vez fue algo mayor la concurrencia el acontecimiento social fue un nuevo fracaso.

<sup>1</sup> En: *Boletín del Archivo Nacional de Cuba*, (58): 13, La Habana, enero-diciembre, 1962.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 6 [El subrayado es mío].

<sup>3</sup> *Ibidem*, p, 54.

Pero el mando inglés no se amedrentó ante esos resultados adversos. Simultáneamente, la máxima autoridad permitió la apertura de un segundo frente de atracción social, siguiendo la línea indirecta, en La Habana: la constitución de la primera logia masónica, compuesta por sargentos de uno de los regimientos de ocupación, pero franqueando el acceso a la burguesía del vecindario habanero. Se dice que, en esta ocasión, solo pudo lograrse que un civil se iniciara en la masonería. Posiblemente, con el empleo de este nuevo aparato social, la gobernación inglesa se propuso atraer a determinados sectores de la población de La Habana hacia el cultivo del deísmo, la tolerancia y el libre examen, los cuales venían a ser “algo así como un sucedáneo espiritual y político de la Reforma.” Pero la semilla del colaboracionismo con los vencedores careció de los elementos necesarios para su germinación.

Veamos ahora otro aspecto sumamente interesante de este balance: el relativo a cómo el vecindario habanero vio a la dominación inglesa. Dicho de otro modo: cómo las distintas clases sociales existentes entonces en nuestro patio vieron a la dominación inglesa.

En la década del sesenta del siglo XVIII, todos los nacidos en la Isla sentían un fuerte apego a su tierra, pero consideraban sinceramente a esta como una prolongación de España; por lo cual, la Metrópoli era su Patria. Lo probaba el hecho —ya mencionado— de que, en la lucha contra el inglés en 1762, los naturales de Cuba fueron los más ardientes patriotas españoles, los más acérrimos combatientes a favor de los intereses hispanos. Por eso, los meses que duró la dominación, fueron como una “funesta tragedia” para la mayoría de los pobladores de La Habana. Así se explica que, como “españoles amantes de la madre patria, que se consideraban en aquella época los habitantes todos de la Isla, ya fueran peninsulares o indianos y como católicos, creyentes y fervorosos que eran hombres y mujeres —escribe Roig de Leuchsenring— los habaneros trataron a los ingleses conquistadores como enemigos de su patria y de su religión, adoptando generalmente contra ellos franca hostilidad que hicieron aún más aguda las exacciones que a la iglesia y a la ciudad impusieron Albemarle y Keppel.”

Dispongámonos ya a examinar cómo vio cada clase social habanera la ocupación inglesa y qué actitud asumió frente al hecho consumado. Es indudable que, por su estridencia, resalta en primer lugar la visión y el papel del clero católico de La Habana el cual se mostró reacio a la coexistencia pacífica con los vencedores. Sobre este extremo, ya consignamos algunas reflexiones al referirnos al pleito entre el obispo Morell de Santa Cruz y el gobernador conde de Albemarle. Sin embargo, es bueno que añadamos algo más a este punto. Seguramente, no faltó en parte de las monjas y de los clérigos de más baja categoría la creencia sincera de que lo ingleses venían a impedir o estorbar sus prácticas católicas y a trastornar las costumbres religiosas arraigadas en el vecindario habanero, lo que constituía una herejía inadmisibles. Pero, para la mayoría de la clase clerical, la presencia del inglés en La Habana significó el inicio del declive de su poderío clasista, en lo económico y político, dentro del área dominada. De ahí, pues, la actitud intolerante y el azuzar a la población habanera contra

los conquistadores ingleses, tildados de herejes. Léase, si no, entre líneas, la ya citada carta de un Padre Jesuita de La Habana al Prefecto Javier Bonilla de Sevilla, en la que se pintaba al clero católico como la gente más “caritativa” que, “en todo el tiempo del sitio y durante la dominación anglicana,” dio asilo y comida a cuanto hijo de vecino lo necesitó. ¡Tendenciosa carta, propia de la pluma de un jesuita!.

Sumamente interesante resulta también, ante la interpretación histórica, el examen del punto de vista y la actitud de las demás clases dominantes habaneras con respecto a la dominación inglesa. En este sentido, es curioso observar que, durante los angustiosos días del sitio, todos los integrantes de dichas clases sociales estuvieron —de modo activo o pasivo—, junto al capitán general Prado Portocarrero. Aun, días después de la Capitulación, miembros de la oligarquía capitalina pidieron a Prado “que les certificase sus servicios y lealtad”... Pero, tan pronto comenzó la gestión económica y política del inglés, inicióse correlativamente el ablandamiento de algunos criollos pertenecientes a la oligarquía municipal —Sebastián Peñalver y Gonzalo Recio de Oqueodo, por caso— y, asimismo, de algunos de los enriquecidos notablemente con el tráfico industrial y negrero, impulsados de modo violento por los vencedores. Los integrantes de esta porción minoritaria —aunque, por supuesto, no lo exteriorizaran— veían seguramente con buenos ojos la prolongación del dominio inglés en La Habana.

En la otra porción de las clases pudientes habaneras estaban los principales criollos, o sea, los dueños de las tierras y de las posiciones públicas hereditarias. Veían estos a los ingleses como a gente hereje e intrusa que había invadido la patria para robarse la tierra, conculcar los derechos de la Corona de España y de sus siervos, y ofender a la Santa Iglesia Católica. Por eso, estos criollos se sentían profundamente heridos al ver sus intereses afectados en todos los órdenes. A tal punto subió el enojo de la fracción mayoritaria de las clases dominantes habaneras que, con fecha 25 de agosto de 1762, las esposas de muchos de aquellos criollos pudientes firmaron y dirigieron al rey Carlos III un extenso *Memorial* en el que, adoloridas, fijaban su punto de vista en lo tocante a la dominación inglesa: “Adonde recurrirán nuestros corazones —decía el escrito en sus comienzos—, penetrados del más vivo y tierno dolor, sino a los piés de V.M. en donde reside después de Dios el poder para confortarnos en tan grande tribulación.” Después, el documento relata el sitio y toma de La Habana y explica los desaciertos de algunos militares en la defensa de la plaza, y expone luego la situación penosa y las esperanzas de dichas señoras con estas palabras:

Esta es Señor la funesta tragedia que lloramos, las Havaneras, fidelisimas Vasallas de V. M. cuyo poder mediante Dios impetramos, para que por paz ó por guerra en el recobro de sus dominios logremos el consuelo de ver en breve tiempo aquí fijado el estandarte de V.M. Esta sola esperanza nos alienta para no abandonar desde luego la patria y bienes, estimando en más el suave yugo del vasallage en que nacimos. [sic]

Otra prueba de fidelidad al rey de la Madre Patria y a la fe católica de estas criollas pudientes la hallamos, sin duda en la poetisa habanera anónima, que durante la dominación inglesa escribió un largo poema titulado *Dolorosa Métrica expresión del Sitio y entrega de La Habana, dirigida a nuestro católico monarca el Señor D. Carlos III por una poetisa de la misma ciudad*, en cuya composición se trata en versos el mismo asunto que el *Memorial*, siendo así su estrofa final:

*Fuerza es Señor suplicarte;  
 q<sup>e</sup> desembaynes la Espada  
 contra esta enemiga armada,  
 q<sup>e</sup> atropella tu Estandarte:  
 Dios concorra a prosperarte,  
 para q<sup>e</sup> a la Iglesia des  
 muchos triunfos esta vez;  
 y entre tanto nada vario,  
 De la Havana al Vecindario  
 reside Leal a tus Pies.*

Ahora nos toca en turno examinar cómo la masa popular de nuestro patio vio a los dominadores ingleses y qué actitud asumió hacia estos dicha masa. Pero para proceder correctamente en el mencionado examen, precisase como tarea previa, indispensable, distinguir de esa masa a la población negra y fijar cuál fue el punto de vista y la conducta de esta última durante los meses de ocupación inglesa. Al referirse a este extremo, Aleida Plasencia, en su interesante monografía *La dominación inglesa vista por el pueblo de La Habana*, esclarece que el negro esclavo y el negro libre no opinaban, “porque todavía no tenían conciencia más que de su condición inferior, aunque sí se dejaron matar por los ingleses,” cuando los esposos de las damas firmantes del *Memorial* “se guardaban las espaldas,” Así, pues, de la aseveración que antecede se infiere que la masa popular que hizo activísima oposición al inglés estaba integrada por la gente de pigmentación blanca, los pequeños comerciantes y los empleados españoles, las gentes asalariadas urbanas y los *guajiros*. Fueron estos elementos populares los que, movidos por un sincero patriotismo español e imbuidos de las prédicas intolerantes del clero, descargaron su odio sobre el hereje conquistador y utilizaron cuantos recursos tuvieron a su alcance (los asesinatos y reyertas frecuentes, el envenenamiento de licores en los establecimientos, el empozoñamiento de la leche con el jugo de piñón de botija, el saboteo a la entrada en la ciudad de productos vegetales y de animales para la alimentación de los ingleses, las reuniones secretas subversivas, depósitos de armas, etcétera) para hostilizar y mantener en jaque al inglés usurpador. Fue, pues, como respuesta a esa tenaz oposición popular, por lo que las autoridades británicas ordenaron y ejecutaron otra severísima medida: llevar a la horca al isleño José Notario, acusado de envenenar a militares ingleses.

Por otra parte, en numerosas décimas populares “que por aquella época circularon en La Habana, se recoge el dolor de los habaneros por la dominación inglesa”, expresando así el sufrimiento de aquellos:

*Ítem, se deben quejar  
mis hijos del infiel trato  
que les da el inglés ingrato  
debiéndoles adorar:  
lo que me llevó a causar  
en mis penas gran tormento  
es que el santo sacramento  
eucarístico anda oculto,  
sin aquel debido culto  
que le debe el pueblo atento.*

Asimismo, a través de la décima popular, los habaneros censuraron duramente el hecho de que algunas mujeres de la ciudad contrajeran matrimonio con los herejes, por lo cual el pueblo cantaba afligido:

*Las muchachas de La Habana  
No tienen temor de Dios  
Y se van con los ingleses  
en los bocoyes de arroz.*

Pero, donde la musa popular, alentada por su amor a España, a su rey, a su Iglesia Católica, así como por su aversión a los dominadores, alcanza a expresar su mayor indignación es cuando se dirige al traidor gobernador Sebastián Peñalver. Véase, si no, esta décima:

*El traga tan sin razón  
con la capa de Alveamar,  
que por cojer y tragar  
se traga la escomuniación,  
Ayá lo verá el bribón  
en bolviendo a ser de España  
la Havana, de nada le ha de servir  
porque le haran restituir  
lo que agarra y arrebaña. (sic)*

Evidentemente, los hechos aquí apuntados y otros más, ocurridos durante los meses que los ingleses dominaron La Habana, constituían la mejor demostración del espíritu profundamente español que, hasta ese momento, predominaba en la población criolla de la Isla.

El cese de la ocupación británica de La Habana, el 6 de julio de 1763, en cumplimiento de lo dispuesto cinco meses escasos antes en la Paz de París, fue efecto

de variadas actitudes y pronunciamientos de orden económico y político. En cuanto a lo primero, la devolución de La Habana a España fue la resultante de una enconada lucha por el monopolio del azúcar y sus derivados, entre el ala de la burguesía inglesa interesada en Jamaica y otras islas antillanas en esa industria, y la otra ala de la mencionada burguesía —la cual evidenció su regocijo el año anterior, al caer la ciudad habanera—, así como los comerciantes de las colonias norteamericanas. Consecuentemente, el cese de la dominación británica en La Habana exhibió la derrota del ala de la burguesía inglesa que había reído primero; y también, el fracaso de las pretensiones comerciales de la naciente burguesía de las colonias norteamericanas, personificada en Benjamín Franklin. Asimismo, la devolución de La Habana fue una de las consecuencias de haber cedido España y Francia sus posesiones continentales de Norteamérica —la Florida y el Canadá, respectivamente—, a Inglaterra. En lo que toca al segundo aspecto, o sea, el político, el cese de la ocupación británica de La Habana se produjo por la amplitud del triunfo alcanzado por Inglaterra en la Guerra de los Siete Años (1756-1763), por cuyos beneficios se adjudicó la supremacía económica y política entre todas las naciones del mundo y le permitió el lujo de renunciar a La Habana como una concesión que hacía en ese instante a España.

### Repercusiones de la dominación inglesa en La Habana

A lo largo de nuestra vida cultural, muchas páginas se han escrito sobre la dominación inglesa en La Habana y sus consecuencias. No vamos a enumerar aquí la extensa bibliografía existente sobre este asunto. Sin embargo, por la índole de este trabajo, se impone que estampemos en el mismo cuáles fueron las repercusiones principales que dicho hecho histórico tuvo en la dinámica de Cuba colonial. Veamos esto.

Es del dominio común que, para alcanzar sus objetivos económicos y políticos, Inglaterra contribuyó a imprimir un nuevo sesgo al destino de Cuba, en el breve tiempo que ocupó La Habana y sus alrededores. Indudablemente, el hecho exhibió de cuerpo entero a una Inglaterra en los albores de la revolución industrial. Una Inglaterra preocupada por explotar mejor, para su provecho industrial, las excelentes condiciones del suelo cubano para el negocio azucarero. Para satisfacer esas ambiciones, los capitalistas ingleses no cesaron en aumentar el azúcar como mercancía y la importación de esclavos africanos —la fuerza de trabajo— como mercancía humana. Y así ocurrió en Cuba lo nunca visto: los ingleses introdujeron más de diez mil bozales, en solo diez meses, por el puerto de La Habana, a un precio más bajo que el que solía pagarse antes de la conquista. Es decir, a un promedio de más de mil nuevos esclavos por mes, los vencedores levantaron la producción azucarera a niveles nunca sospechados.

Esas mejoras económicas no alcanzaron tan solo a los capitalistas ingleses, sino se tradujeron también en mejoras en las condiciones objetivas de las clases criollas pudientes: los terratenientes y dueños de ingenios. A partir de esa época (favorecidos después por la independencia de los Estados Unidos y por

la destrucción de la riqueza azucarera y cafetalera de Haití), los criollos ricos fueron ganando en profundidad económica y fueron acentuando cada vez más su papel en el proceso formador de la nacionalidad cubana.

Pero el hecho económico repercutió en lo político. Es decir, las realidades económicas de la dominación inglesa contribuyeron a modificar las condiciones subjetivas de los criollos ricos. Es claro que esas motivaciones venían de atrás. Partían de “ciertas diferencias creadas por el distinto ambiente de vida de Cuba y de España,” y se habían acentuado luego durante los angustiosos días del sitio de La Habana. Mas, no fue sino después de la ocupación de La Habana por los ingleses, cuando empezaron a agudizarse las contradicciones entre los terratenientes criollos —urgidos de obtener reformas económicas y políticas favorables a sus intereses materiales—, y la burguesía española. En el transcurso de los años, la burguesía criolla continuará golpeando a la Metrópoli, a través de su ideólogo más representativo, Francisco de Arango y Parreño, hasta lograr de aquella la libertad de la trata y la supresión de ciertas restricciones mercantiles impuestas en Cuba. Es decir, el experimento inglés en La Habana contribuyó indirectamente al viraje “de la Metrópoli en su política colonial. El capitalismo español, por instinto de conservación y respondiendo a su necesidad de progreso industrial, al correr los años oyó y sopesó los consejos de Arango y Parreño en su “Discurso sobre la agricultura en La Habana y medios de fomentarla” y en aquel otro trabajo intitulado “Axiomas económico-políticos relativos al comercio colonial”, presentados al Consejo de Indias en 1816. Por lo dicho, nótese también cómo la dominación inglesa en La Habana repercutió, en cierto modo, en aquella postura política propia de la burguesía cubana de fines del siglo XVIII y principios del XIX, que Sergio Aguirre ha denominado certeramente la *Primera Etapa Reformista*, en la cual, por supuesto, siguiendo la línea de los comerciantes de Liverpool, la burguesía cubana planteaba aún alguna demanda favorable a los negros esclavos, soporte económico de la sociedad cubana de esa época.

He aquí, pues, a grandes rasgos, qué fue hace dos centenas de años la dominación inglesa en La Habana y cuáles fueron sus cardinales repercusiones históricas.

La Habana, 1964.

## Bibliografía

- AGUIRRE, S.: *Lecciones de Historia de Cuba*. Escuela de Instrucción Revolucionaria, La Habana, 1961.
- ARANGO Y PARREÑO, F.: *Obras*. Dirección de cultura, Ministerio de Educación, La Habana 1952.
- ARNAUFT, J.: *Historia del Colonialismo*. Editorial Futuro, Buenos Aires, 1960.
- BACHILLER Y MORALES, A.: *Cuba: monografía histórica...* Oficina del Historiador de la Ciudad (Colección del bicentenario de 1762), La Habana, 1962.

- COLE, G. D. N.: *Introducción a la historia económica 1750-1950*, Fondo de Cultura Económica, México, 1951.
- DORTICÓS, O.: “La Revolución Cubana en su cuarto aniversario”, *Cuba Socialista*, 4 (17): 1-19; La Habana, enero, 1963.
- EGRETAUD, M.: “¿Qué es el neocolonialismo?”, *Cuba Socialista*, 3 (18): 45-83, La Habana, febrero, 1963.
- GONZÁLEZ DEL VALLE Y RAMÍREZ, F.: “Antecedentes y consecuencia de la dominación inglesa”, En: *Curso de introducción a la historia de Cuba*, (Cuadernos de historia habanera), Municipio La Habana, 1937-1938.
- GUERRA. R.: *Azúcar y población en Las Antillas*, Cultural, La Habana 1935.
- \_\_\_\_\_ : *Historia de la nación cubana*, 2 t, La Habana, 1952.
- \_\_\_\_\_ : *Manual de historia de Cuba (económica, social y política)*, Cultural, La Habana 1938.
- GUITERAS, P. J.: *La conquista de La Habana por los ingleses...*, Cultural, S. A., La Habana, 1932.
- KOSMINSKY, E. A.: *Historia de la Edad Media*, Editorial Futuro, Buenos Aires, 1960.
- LE RIVEREND, J.: “El bicentenario de La toma de La Habana por los ingleses”. En: *Cuba Socialista*, 2 (13): 41-50, La Habana, septiembre, 1962.
- \_\_\_\_\_ : *Historia de la nación cubana*, Editorial Historia de la Nación Cubana, t. 2, La Habana, 1952.
- \_\_\_\_\_ : *Historia económica de Cuba*, (Mimeografiada), La Habana, 1962.
- \_\_\_\_\_ : *Síntesis histórica de la cubanidad en el siglo XVIII*, La Habana, 1940.
- LUFRIÚ Y ALONSO, R.: *El impulso inicial, estudio histórico de los tiempos modernos de Cuba*, Impr. El Siglo XX, La Habana, 1930.
- MARIÁTEGUI, J. C.: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Casa de las Américas, La Habana, 1969.
- MARTINEZ DALMAU, E.: *La política colonial y extranjera de los reyes españoles de la casa de Austria y de Borbón y la toma de La Habana por los ingleses*, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1943.
- MARX, C.: *El Capital; crítica de la Economía Política*, 3 t, Editorial Nacional de Cuba, La Habana 1962.
- \_\_\_\_\_, ENGELS, F.: *Obras escogidas*, 2 t., Editorial de lenguas extranjeras, Moscú, 1952.
- MOUSNIER, R.: *El siglo XVIII Revolución intelectual, técnica y política (1715-1815)*, Eds. Destino, Barcelona, 1958.
- ORTIZ, F.: *Los negros esclavos, estudio sociológico y de derecho público*, Revista Bimestre Cubana, La Habana, 1916.
- Papeles sobre la toma de La Habana por los ingleses en 1762*. Boletín del Archivo Nacional. La Habana, 1948.
- PÉREZ DE LA RIVA, J.: “Prólogo”. En: *Grabados de Dominique Serres sobre la toma de La Habana en 1762*, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana 1962.
- PEZUELA Y LOBO, J. DE LA: *Historia de la Isla de Cuba*, Carlos Bailly-Baillière, Madrid 1868-1878.

PLASCENCIA MORO, A.: “La dominación inglesa vista por el pueblo de La Habana” (fragmento), *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 2 (1-4): 29-43; enero-dic., La Habana, 1960.

ROIG DE LEUCHSENDRING, E.: “Prefacio”. En: *La dominación inglesa en La Habana. Libro de cabildos 1762-1763*, Impr. Molina, La Habana, 1929.

KOSTORSKI, S. N. et al.: *Historia de los países coloniales y dependientes. América Latina*, Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la URSS, Santiago de Chile, 1941.

KONSTANTINOV, F. V.: *Los fundamentos de la filosofía marxista*, Imprenta Nacional de Cuba, [s.a.], La Habana.

SACO, J. A.: *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo y en especial en los países américo-hispanos*, Cultural, La Habana, 1932.

TRELLES, C. M.: “El sitio de La Habana y la dominación británica”. *Anales de la Academia de la Historia*, (4), La Habana, 1923.

XIMENO, J. M. DE: “El juicio de los historiadores sobre la toma de La Habana por los ingleses”, *Boletín del Archivo Nacional* (58): 93-108, La Habana, enero-diciembre, 1962.

Tomado de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 78 (3): 78-97, La Habana, septiembre-diciembre, 1987.



El Dr. Fernando Portuondo imparte la conferencia “Principales fases del proceso imperialista en Cuba” en la Biblioteca Nacional, como parte del ciclo “El Pueblo de Cuba y su historia”. Miércoles 13 de septiembre de 1961

# Iluminaciones de la ciudad<sup>1</sup> (Sobre *Sucesivas o Las coordenadas habaneras*, de José Lezama Lima)

Ivette de los A. Fuentes de la Paz

NARRADORA, ENSAYISTA, FILÓLOGA E INVESTIGADORA

*Produce un placer universal recordar con ingenio la historia de una nación; nos complacemos en las virtudes de nuestros antepasados y sonreímos ante las faltas que creemos haber superado desde largo tiempo*

GOETHE

EL MILAGRO de la forma, el súbito descubrimiento de su perfección, no fuera posible sin la sutileza de los detalles, anuncio de su justeza en el conjunto.

Por la escala de tres ideas ascendemos a “Las coordenadas habaneras”<sup>2</sup> temas que asoman como ocurrencias dispares para solo al final descubrirse en premisa de composición.

Así, “Epifanía en el paisaje”, “Verba criolla” e “Incesante temporalidad”, (de *Tratados en La Habana*), avisan la ciudad, la costumbre, el tiempo y el espacio, como intereses precisos de las crónicas habaneras, ideas que convergen y definen en “Reojos al reloj”, necesario detenimiento que ya muestra en ello un modo de llegar, un cambio de actitudes para bojear la historia, lenta transición hasta el pasado, sutil trampa que tendemos al tiempo burlando al guardián-reloj.

La “incesante temporalidad” ha permitido engendrar un espacio, una posibilidad de reunirse los fragmentos que luego volverán a dispersarse para dar una representación siempre cambiante, solo visible ahora por la gracia de la palabra, la “verba criolla” que ha apresado en el tiempo y el espacio una “hila de ser universal”. Solo entonces llegaremos al prelude de otra era, real imagen de la ciudad.

<sup>1</sup> Premio Crítico Joven (1988) auspiciado por Asociación “Hermanos Saiz” en coordinación con la Casa del Joven Creador y la Empresa española CREATUAL.

<sup>2</sup> Los números acotados junto a cada cita corresponden al ordenamiento de las crónicas según aparecen en su libro *Tratados en La Habana*, 1958.

## Epifanía en el paisaje

*Adiós, Esquilo, sal ya de aquí y salva a la ciudad con sanos consejos y educa a los necios que son infinitos.*

(ARISTÓFANES, *RANAS*)

Conociendo de lo efímero de la representación, Lezama se apresta a develar el misterio más cercano. Las dimensiones de su ciudad las palpa día a día y conoce de su crecimiento continuo, tendencia a la desintegración, a la fragmentación de su imagen.

Su deber ciudadano le compele a perpetuar el mundo de su presencia, palabra por palabra, como si en su misión portavoz quedara vivo el trasfondo que lo mueve.

Y en su misión se funden dos impulsos: el de responsabilidad creadora y el que su fe religiosa presupone como vía de realización; religiosidad, que es un modo de asumir la vida, aprehenderla, para poderla expresar. Dos elementos hacedores de su poética que permean su visión.

Lo epifánico es el “nacimiento y esplendor” de la ciudad y está en correspondencia con un sentido de orden preestablecido y único, dado a través de las “verdades religiosas”. La magia del surgimiento tiene explicación en una lógica desprendida de lo universal, a partir de la cual, se desarrollará una vida, una especificidad de lo general, y cuyo esplendor será una “configuración del traspaso de la ausencia al paisaje”. Ausencia de una realidad observada, pero siempre espacio presentido en su posterior imagen, en “acecho de su esplendor”. Es lo epifánico como respuesta a la dualidad trascendencia-inmanencia, el milagro de lo aparential que se logra en una de las incontables vueltas de la posibilidad, lo específico que detiene en un instante la continuidad, la “rueda de la creación” de los órficos. Es el momento ya anunciado, ya conocido del paisaje, pues “bajo luz de esa incesante nacencia se precipitan las coordenadas de su nueva imagen”.

Será para Lezama como las iluminaciones de San Agustín, pero, al igual que para este, la presencia divina debe ser objeto de demostración, no de intuición, y es por eso que “el paisaje tiene que ser descubierto, comenzante”.

Y de vuelta estamos ante la misión del poeta, develador del mundo que pasa por sus ojos, revelador de sus esencias, mediador. El nacimiento de La Habana está apoyado en la naturaleza como relación existente con la realidad. Igual que el arte figura la esencia de un instante, rescate sobre el tiempo, la poética lezamiana apresa un instante en el devenir para evitar su escape, salvarlo de su imposible apreciación. Su poética es medio de hacer surgir la realidad, no de otro modo vista ni conocida, es su “creación”, literalmente calificada. La posibilidad del nacimiento de la ciudad, su imagen, es la “naturaleza restituida” y devuelta en sus elementos. Lezama recuerda en sus conceptos un cierto naturalismo que en la Edad Media, reconocía a la Naturaleza madre de todas las cosas, pero con la conciencia de que tras lo sensible aportado en ella se escondía

la verdadera sustancia y de la cual lo expresado era solo su figuración. Esta entidad se vuelve cada vez más única e indivisa. Es la conciencia religiosa que hace de Dios el creador de toda la multiplicidad real. Es también la idea de la *paideia* griega, que recogiendo ancestral religiosidad, derivaba todo lo fenoménico de las leyes divinas del universo nombradas Naturaleza, pero no en nombre de un naturalismo simple sino de un orden cósmico-universal.

Resumiendo estas ideas, Lezama aporta en su visión de la realidad, una imbricación con la naturaleza, entendida como muestrario de un espíritu integrador y universal. La Habana estará definida entonces, en la confluencia de “tierra y mar” y en la fusión de dos texturas de que jerarquiza, aire y agua:

*Ya para siempre, silencio,  
pájaros amarillos bajo el agua,  
silencio, grises pájaros recuerdan  
el aire.<sup>3</sup>*

Y sobre todo el aire, el que llena la Bahía, el que azota en ciclón, el que agrada en las tardes el coro familiar, el que abandona la ciudad y en pos de él, batiendo los calores, “nos lanzan a veces sobre los parques”. Vuelve la naturaleza a guiar la vida (primer paso en las sucesivas miradas a La Habana); y se repiten en público los esquemas más privados que ansían un espacio mayor para su expansión. El parque es escenario de confluencias, la gran plaza de la Antigüedad, es el bosque insertado en medio de la población, para recordar de improviso el centro de su redondel, para satisfacer el “ideal medieval de la vecinería”, las ondas en que se esparce la voz del hombre alcanzando cada vez círculos mayores, repeticiones que acrecientan como un eco su propia dimensión. Pero el parque es más que el lugar, el espacio donde se expresa una armonía; es la propia armonía que expresa sus contrastes, sus momentos. Y así *la Primavera* ya está mostrando su triunfo sobre la muerte y el comienzo de su sangre verde” (82), escena que salta del cuadro cotidiano para decir una forma más acusada, más notoria, mayor. Como en una vitrina imaginaria, se colocan los colores que blasonan la estación, o las falacias del comentario, o la magnificencia que de tanto verse se torna invisible y necesita de un mirador.

Es la naturaleza brillante del trópico, la “sobreabundante” visión que supera los amurallados verdes de las glorias medievales o de las plazas abiertas de las ciudades-estados, para recoger todo lo posesivo de un color cuando escapa de una simple iluminación. Porque “en los trópicos la naturaleza es un personaje” y las formas más ambiciosamente humanas dictan sus cánones; y de vuelta al inicio, se jacta al recordar continuamente el ancestro vegetal, “su orgullo de ver al hombre como un árbol más”. (82)

El hombre será entonces la representación más alta de la naturaleza, entendida como forma eximia de lo sensible, y la ciudad su lugar hegemónico. La cultura urbana será todo el universo del hombre, asidero de su evolución y

posibilidad de su sabiduría. “La ciudad muestra el orgullo de un pensamiento que se crea, que se hace creación, y de un crear centrado por el gobernario del hombre”. (52)

Porque es el hombre, al cabo, quien conforma la ciudad, quien continúa el fragor conque ella misma le forjó en una comunión fijada en sus inicios, pues “Las ciudades que levantan la voz están siempre cercanas a sus piedras fundadoras, a los días en que pulmones prepotentes y equipales dieron las órdenes de colocación de las primeras piedras”. (81)

Y porque aún se escuchan los ruidos de la faena en un ritmo inacabable que robustece los lazos en hazañas cotidianas que por sencillas no demeritan su significación, es que “La Habana conserva todavía la medida del hombre” (25) y la ensancha y la mantiene igual. Y en esa dualidad perfila sus contornos y se asienta su evolución: “...ritmo de crecimiento vivo, vivaz, de relumbre presto de respiración de ciudad no surgida en una semana de planos y ecuaciones” (25) sino surgida a la sombra de un follaje humano que le brinda la savia para conseguir el ritmo único que acopla sus pasos: “ritmo de pasos lentos, de estoica despreocupación ante las horas, de sueño con ritmo marino...” (25)

Y de nuevo la naturaleza condicionando a su razón, estilando el espacio vital de los hombres que plantaron sus raíces hispánicas en tierra americana.

El sensualismo hispánico afirma aún más la relación del hombre con su naturaleza, la dependencia directa con su medio, que da cuerpo a sus concepciones éticas y morales, idiosincrasia, hábitos y costumbres, y lo que para Lezama significaba, en el ámbito urbano el espíritu de la ciudad, otorgado por los hombres que la habitan.

Es la misma idea de la ciudad medieval, amurallados sus límites en un sentido más allá de lo práctico, guardado en una forma el contenido esencial del territorio. El mismo concepto de la *polis* griega que basaba su fuerza en el espíritu de la colectividad, cuyas murallas eran la caracterización ciudadana, particularizada en cada estado. Para los griegos, solo en el espíritu de los hombres adquiere forma y vida una ciudad, expresión política de un ánimo colectivo y cohesionador que la representa y la hace evolucionar. Es por tanto la descripción de las formas de conducta humana, de la participación colectiva, de la labor diaria, de los hábitos que consolidan una proyección, para Lezama el modo de aprehender —y mostrar— ese espíritu urbano.

Pero sosteniendo esta manifestación real de la vida citadina, otorgando unidad a toda la diversidad observable, está el verdadero espíritu que ha sido posible contemplar por la actividad de los hombres. Acción condicionada por un motivo de fe.

Las ciudades medievales crecieron alrededor de un centro de carácter religioso que guió el quehacer intelectual y social de sus habitantes. La relación entre los hombres y la ciudad estaba fundamentada en una base religiosa, rectora del espíritu común. De otro lado tenemos que la *paideia* griega argumentaba las reglas de conducta social en las leyes divinas del Universo, en su religiosidad, conformando así un orden cívico que reunía la experiencia política y la ética social desprendidas de una idea cosmológica.

El elemento aglutinador, buscado en las convergencias iniciales de la religión griega y el cristianismo, está basado en el sentido místico de interpretación de la sociedad, como unidad o cuerpo de Cristo, del cual todos participan y por el que deben vivir.

En este sentido de manifestación de la colectividad, donde todo tiene su función, su porqué, en busca de un armonioso desarrollo de la cotidianidad, idea de participación igualitaria hacia un fin, como el gran *pneuma* a que permea y anima a todo el cuerpo y establece un espíritu común, *symphoia* que se convierte en principio regulador de la ciudad como forma de convivencia política entre los hombres, se basa el concepto lezamiano de aquella; como "... imagen del mundo y del trasmundo (...), una conciencia del orden universal (...), una idea, en fin, del hombre y de sus posibilidades de realización en el curriculum vitae".<sup>4</sup>

La religiosidad para Lezama, es una vía de encuentro con el mundo y la fe, el mejor modo de participación. Abandonado todo ideal contemplativo, son compatibles las nociones cristianas y la realidad circundante, para en su adaptación, expresar la aspiración común. Para el poeta, es un modo de mostrar el camino, de llegar hasta las verdades colmadas en el espíritu de la ciudad. Para ello se vale de la alabanza de las mejores virtudes o el vituperio a los defectos de los ciudadanos, indicio y logro de la perfección; aspiración a la que conduce la ejemplificación, del mismo modo que en las antiguas culturas se aludía al don otorgado por Dios a cada hombre, no en pro de una individualidad, sino como llamado a la retribución lógica de lo recibido.

La tendencia a la perfección —que es el sentimiento natural del orden frente al caos, de la recta ante la sinuosidad— oprime el sentimiento individualista y atrae un coro mayor que consolida la unificación para mejorar la vida y la integración colectiva. Proceso de integración que se adivina en cualquier particularidad:

La Habana se vuelve señorial por esos vericuetos de adquisiciones para rendirlos después en el halago, movilizandolos sus infinitos recursos para alegrar a los demás que forman nuestra compañía, que forman su ronda alrededor de los círculos de nuestro agrado. (49)

Agrado que aspira Lezama alcance el gran entorno de la ciudad, como si en el halago de todos se diera parte de cada cual, y al renunciar, en el obsequio —que puede ser la más fina palabra conversada— se ascendiera hasta el agradecimiento; como si en la réplica de la amabilidad —regalo mínimo de virtud— se consumara una entrega y una elevación: "No es tan solo el flamear de la batería de los sentidos, sino la mayor de las transposiciones, es decir, enmarcamos, buscamos el gusto de los demás para calmarlo y merecerlo".(36)

Y por eso la fe —por la cual se logra la emancipación individual y una concepción mayor del hombre ciudadano— impregna sus relaciones y descansa en la solidaridad, forma de integrarse en lo múltiple: "Jugamos a cientos de espejos,

de gustos distintos, en las personas que guardamos y que nos han decidido lo más valioso de este frío planeta: la compañía”. (36)

Es la compañía la complicidad de los hombres en la ciudad, la que equilibra la composición, la totalidad “pues vivir es hacerse acompañar, escoger en el oscuro pajar, las otras vidas que nos complementan y van también tirando la moneda de su suerte a nuestro lado”. (36)

Y el “oscuro pajar” —espacio no casual— dispone los oponentes, los personajes, la dualidad que permite el juego de prodigar, índice de la fe “...humildad deliciosa en ese riesgo que viene hacia nosotros, cuando nosotros vamos a los demás para adivinarle la satisfacción y los deseos”. (36)

Si en la postura activa de los hombres se muestran las relaciones de convivencia, en la dependencia con su ciudad se avalora la dualidad propiciadora de su desarrollo y será la nítida complacencia de los hombres, los esfuerzos, los desvelos de los tiempos de fundación, la perdurabilidad de su espíritu en el espíritu común, su inseparable compañía: “Pues las calles exhuman sus disfraces de personas: unas son mate e inexplicables para nosotros; otras se adelantan, nos dan la mano, caminan a nuestro lado, hinchando los trojes de una bien hilada conversación”.(6)

La transmutación ha sido posible. Cada calle, cada “piedra de fundación” recuerda al hombre que la colocara, y cada hombre lleva en sí la piedra de su camino.

Se ha logrado la simbiosis a partir de la fragmentación. Así cada fragmento serán las sucesivas miradas a La Habana, visión momentánea de una realidad que en mágica astucia se organiza y brinda, sintetizada en un instante poético, la paciencia de la materia por su originalidad.

En el fluir constante, en el móvil continuo en el cual vive el hombre, se delimita un espacio gracias al incesante acto de poetizar, y por tal motivo, por cierta “combinatoria espacial” que logra, se salva la ciudad. Pero el acto de fe a que nos conduce el poeta requiere de un respeto, sugestión a sus designios, creencia del milagro. En la rapidez de la duda desaparecería en fragmentos la imagen: “Pues en realidad la ciudad expira y aspira, se aduerme, se hincha graciosamente en su asimilación, se demora por sus laberintos y reaparece con nuevas criaturas de rostro más complicado”. (52)

## Verba criolla

*La costumbre se para por sentir la profecía*  
“Bahía de La Habana”

Mirar de reojos el reloj, transitar el espacio ya fuera de sus dominios sin que descubra los sucesos infinitamente repetidos; tejer la costumbre en la fugacidad del suceder. Y en medio del vertiginoso girar, la palabra que nombra, y el ser que salta de su ruedo para ser creado.

Lezama crea las imágenes sucesivas de la ciudad, fragmentos que se acopian a una efímera cadena, pero que ajustada queda en la memoria, “recompensadora de la realidad”.

Así los hombres, por su “verba criolla”, van creando un espacio en la memoria colectiva de la ciudad. Son los contrastes altisonantes de la voz, las palabras jugando en las dimensiones, frases que sin refracción sueltan bridas y estallan en mil posibilidades, en una “sobreabundancia” de su imagen; la sobrecarga semántica del ligero signo verbal que metafórica el simple jolgorio de los vecinos y lo eleva a las audacias de la conversación. Primera cualidad de la costumbre: perdurar.

Y en la costumbre del verbo se define una dualidad, razón apoyada en la controversia, idea debatida entre dos puntos, preguntas y respuestas que trazan una línea en constante construcción, geometría apoyada en la “estructura de los temas”, sin otro escenario —requisito espacial— que el formado en el coloquio. Y esta costumbre —que retoma de los “grandes diálogos de la Antigüedad”— da un movimiento continuo, del que sale, figurado, el tema de conversación.

Los signos verbales se organizan guiando el curso del destino. Brillante algarazara del barrio, vocerío del juego infantil, frases de enamorados, el siempre recurso humano de la comunicación como modo de volcar lo íntimo en su derredor; hasta el soliloquio entonces, se distingue como un intento de exteriorizarlo. Porque “toda salvación es un diálogo” (73), establece el hombre su defensa de la soledad, y viene el eterno amigo: “Para situar el número de cada palabra, su sobreabundante posibilidad de compañía”. (73)

Y en la sobreabundancia se percibe un límite, el que deslinda la satisfacción inmediata del hombre de la superación mediata como creación reveladora del mundo, exceso que supone otro espacio y tiempo de revelación, sedimento de la vida que crea lo posterior; porque “todo está dispuesto para un nacimiento, no para una repetición” (29), costumbre de las cosas que se salvan en su propia cualidad, pues “lo mismo es infinitamente diverso” (51). Por eso cada época, plegada a sus hábitos y sus forma tiene por deber, “cumpliendo los designios de cada generación, añadir una alegre sorpresa, una alegre oración, una nueva definición para una oscuridad antes no conocida”. (2)

Y vuelve Lezama a su fluir incesante, a la idea de la continuidad, “porque solo ella engendra y segrega sorpresa” (51)

La ciudad ofrece su universo que toma medida por la acción reveladora. Pero para reducir los elementos a un orden, organizar su cuerpo heterogéneo, se debe vencer la resistencia a que se opone el ser, la misma resistencia de lo invisible a ser visto, de lo incorpóreo e intangible a ser aprehendido. Angustia del poeta ante la creación: “A igual distancia fluye un rumor que nunca acabamos de nombrar, es el de la creación que descubre las formas, aunque estén muy encubiertas o muy descubiertas”. (31)

Pero vivir impone un sacrificio, atravesar el ancho río, vencer la resistencia que opone lo que no existe, a ser:

Para ver la batalla hay que ser su mártir, haberla atravesado como la última de las justificaciones. Pues en realidad el máximo de la contemplación es morir anegada en el espejo de su propio río. (32)

Sacrificio del propio ser por brindar su imagen, la esencia inapresable de su yo por existir. Y es también la angustia de contemplar lo indefinible, impávido ante lo no consumado, ante la amalgama del arcoíris: “¿Estaremos acaso siempre rodeados de esas posibles combinaciones que no se resuelven y de esas intempestivas arribadas que nos dejan en vilo?” (16). Y ante la duda. Lezama acude a su fe, sentimiento que vuelca en su ciudad como quien descubre en su humanidad las armas requerirlas. Es entonces el hombre de fe quien busca en la acción, en la “batalla”, la solución a las “posibles combinaciones” que gravitan.

Encuentra el poeta en su doctrina, los actos que apoyan el afán de la unidad, tendencia integradora, espíritu único que sostiene la manifestación terrenal, y en las condiciones de su raza, la virtud mayor que lleva a los resultados por la acción. Acción encaminada a definir el titubeo de la sustancia por realizarse, aprehender la forma, brindarla, para hallar la causa de su creación. La teología cristiana calza estas ideas: “La primera intención es la cosa final; la segunda es la materia y la forma. Y la forma es primera intención en cuanto a la forma (...) Porque la forma está más cerca de la causa final que la materia”.<sup>5</sup>

Y ¿cómo apresar el espíritu de la ciudad sino en la forma observable y concreta de sus actos más expresos, de su costumbre? ¿Cómo apresar el símbolo del acto en el signo de su representación?

Para ello Lezama continúa nombrando —creando— la vida de su ciudad, llegando a sus tradiciones, que son la forma más alta de una memoria. Máxima posibilidad en el rito de las nominaciones, costumbre que dueña de sus caminos conoce los nombres de su espera: “Por entre el remolino y la intención, cobran también sentido las meditaciones de la espera, los días en que vestimos y nombramos a lo que todavía no tiene cuerpo” (39). Acto de creación cuando el ser atiende su momento y su lugar, intervalo de presentimientos de su forma, de su verdadero Nacimiento.

Y la Navidad lleva su encanto al poeta, cuando concibe una y otra vez la Creación, juego del alumbramiento que se regodea en las leyes de su propia composición: “Pues meditar sobre el nacer es hacerlo sobre la forma y el símbolo del *Nacimiento*”. (39)

Es para Lezama la Navidad, la época más disfrutable, por la doble connotación —religiosa y tradicionalmente festiva— que entraña. Pero en la costumbre de la celebración se descubre la esencia de las tradiciones. Será la Navidad el tiempo en que el mito de la creación es de nuevo vivificado, donde se glorifica el sentido de la mimesis. Toda tradición descubre lo maravilloso, descorre el velo de lo aparential para dar la visión más pura, vía de aproximación a su sustancia integradora. Pero es aún más; es el “goce de llevar los objetos, aun los que recorremos y envolvemos todos los días, a una tierra distante...” (38), y es la costumbre, la “ciudad sumergida” que levanta sus pilares hasta el sol.

Las tradiciones son oportunidad de reconciliación con el tiempo, cuando la ciudad entra en su historia y busca en cada rincón, en cada escena cotidiana,

<sup>5</sup> Lulio, Raimundo: “Doctrina pueril”, en: Torres Cuevas, Eduardo: *Antología del pensamiento medieval*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 540.

el imán de su permanencia. Se redescubre el tono general y el espíritu de la comunidad se apodera de todos:

Hay una disminución del individualismo —Narciso escupe su espejo y el “yo” en mantas a dormir por otra señal de estos días. No acariciamos nuestros gustos hasta desollarnos, sino buscamos los ajenos, con regusto calmoso por entre recuerdos e intuiciones de ajenía. (36)

Y por esta integración de cada individuo a la ciudad es que las tradiciones alcanzan su firmeza. En su defecto, Lezama critica los reflejos del carnaval habanero cuando dislocan la lógica fusión vivificadora: “Se ha logrado dualizar lo que desde el principio debió fundirse en corriente mayor y central”. (58)

Pues la contemplación aleja al hombre de su posibilidad de realización y le impide congregarse con las formas en que se expresa el espíritu —ahora alegre— de la ciudad; alegría que solo se consume si “el pueblo participase sumado al gran río central de las comparsas”, mascarada que la centra como signo vital, fluyente de cualquier emoción y participación.

Como círculo que crece sobre el punto y se diversifica en cada etapa giratoria, la ciudad guarda la misma relación con cada elemento que la integra, el punto —ciudad— del que está compuesta cada circunferencia —totalidad de sus hombres— sostiene la idea de la incorporación la esencia primaria en la multiplicidad. Así cada hombre, en la afirmación de su individualidad, entendida como representación sensible del ser universal, lo representa aún más. De aquí el presupuesto lezamiano de la cultura: “Buscó siempre nuestra cultura poblar de relieve y de símbolos, de estrías y sinusoides, de contrastes aun en los colores complementarios; buscó siempre la diferencia de la persona aun al sumergirse en la suprema esencia”. (79)

Dualidad que por suponer sus contradicciones hace avanzar, en idéntica fórmula, tanto a los hombres que se agrupan como un haz en torno a sus tradiciones, como a las originalidades que surjan en nuevas formas de manifestación.

Las costumbres, la agrupación en torno a las tradiciones, con un modo de expresar el espíritu urbano. Pero la costumbre, que transcurre en el tiempo, se supera a sí misma en su avance, y es por ello que la costumbre del cubano se advierte bajo el signo de la sobreabundancia, forma de trascender, de continuarse en su fluir incesante. Sobreabundancia del cubano que impera en las costumbres: hábito de comer, donde lo excesivo, la sensual relación del hombre y el alimento se vuelve una complacencia, el disfrute del don regalado, “la serena e infinita posibilidad de la asimilación”. (45)

Y por costumbre del habanero, y por la religiosidad que presta Lezama a cualquier introspección, la Cena Mayor es un modo de llegar hasta Dios. Es pues la sobreabundancia como medio, alcanza un fin y será un enlace dinámico con la ciudad, porque “comer, [es] incorporar mundo exterior a nuestra sustancia” y su carácter religioso “es el símbolo de que todo confluye hacia el hombre, cuando el hombre confluye hacia Dios”. (45)

Con igual voluptuosidad se expresa lo cotidiano, detalle de la cocina, misterio de elaboración de los alimentos, ingredientes que complacen las variaciones del gusto con la sazón que lo nacionaliza. Y la cocina, como forma de costumbre, se aviene a las transformaciones: “arte plateresco conquie interpreta cualquier nueva situación” (14). La costumbre tiene rango de clima, de tiempo, de naturaleza. Ya se siente en el olor de la cocina el aire que solo presiente la ciudad, como signos que delatan desde el horno las transformaciones naturales que luego el hombre conocerá.

Pues ya casi solo en las convenciones se distinguen los cambios circunstanciales y el clima parece invulnerable a las estaciones. El espíritu de la sobrea-bundancia parece definirlo todo; exceso con flechas invertidas, pues la medida cubana fluctúa entre lo más y lo menos, lo faltante y lo sobrante: “Entre nosotros vamos adquiriendo, por ausencia de estaciones rasantes y totales, la costumbre de valorar nuestro invierno por las formas en que se esconde el verano” (47). Lo que hace buscar tras el sentido diferenciante del mito, bajo la falacia de las formas que encarnan las estaciones: “Entre nosotros, el otoño no nos sopla ninguno de sus motivos y recados. Se disfraza de meteoro, de huracán o de ras de mar”. (16)

De nuevo es la costumbre de la aparición temporal la que obliga a sus consagraciones: los festejos del invierno, la confluencia en las playas del verano, y las celebraciones menores: el Día de los enamorados, el Día de los Reyes, los Carnavales, que invocan el misterio de su representación, y a fuerza de repetirse en la costumbre alcanzan un espacio en el tiempo que le devuelve el brillo de lo primigenio, de la autenticidad.

Y la tradición nacional, que manifiesta y cohesiona a la ciudad, se aviva en el seno familiar, como si en cada uno se repitiese infinitamente el mismo rito. Es para Lezama la familia, el más fuerte lazo, el reino que otorga cualidades, que interioriza la más profunda unidad de la sociedad. Se convierte la familia en el sentido de lo humano y como en la *polis* griega, es raíz unitaria de la vida, congreso de educación espiritual y moral del hombre, círculo protector que le adiestra y prepara. Y en esa simiente, el hombre tiene la posibilidad “ciudadana” que fuera de su contexto pierde: “Ya él busca, quizás medio muerto, la felicidad, convertido, al aislarse de la familia, en una categoría kantiana o en un exponente algebraico”. (48)

Un elemento conformador del mundo, pero nunca esencia humana. Pues fuera de las pequeñas murallas domésticas, se extingue, al igual que en las ciudades al transgredir sus márgenes, el espíritu de su identidad, para amenazar su desintegración; “Tener una casa es tener un estilo para combatir al tiempo. Combatir al tiempo solo se logra si a un esencial sentido de la tradición se une la creación que todavía mantiene su espiral...” (80)

Y la ciudad, como la casa, defiende del tiempo a sus hijos, les ofrece en la inmortalidad de su nombre la perdurabilidad de su yo. El trasfondo heroico del hombre, de sus tradiciones, es la forma más alta de humanidad. Por eso nombra Lezama, con denotado interés, a los “nobles ciudadanos” que deben quedar en la historia. Las crónicas habaneras detienen la corrosión, salvan el

patriotismo, la gloria de los cubanos, eternizan a los que encumbran la ciudad con el sello de sus galas artísticas, roban de su tiempo la “coronación ceremoniosa de los sonetos del Padre Gaztelu” y rescatan la posibilidad de cubanía en lo universal, al hablar de Martí.

En las crónicas costumbristas habaneras, se ha integrado un espacio que repetido se acrecienta y proyecta hasta nosotros, como si la cualidad destructiva del tiempo se aniquilara a sí misma. Nos deja Lezama un esplendor centelleante: “La misma realidad pasa y reaparece, como si segregara nuevas escamas, descubrimientos y encubrimientos”. (51)

Esplendor que se queda preso en la costumbre y que en cada intermitencia deja ver su realidad.

## Incesante temporalidad

*Porque habito un susurro como un velamen, una tierra donde el hielo es una reminiscencia.*

“Pensamientos en La Habana”

Al espacio, por lo epifánico; por la costumbre, su perpetuidad. Pero la “incesante temporalidad” juega a su enemigo y se conjura en su contra. Es cuando al espacio conocido se le suma el tiempo para definirlo en coordenadas. Y en el volumen determinado todo puede suceder.

Porque el espacio puede quedar para siempre detenido, y a la vez, trascender. O violentar su cárcel, suceder, y ser siempre “lo mismo”: “la poesía recoge esas bromas temporales”<sup>6</sup> que marcan nuevamente una dualidad: fluir y fijar. Constante fluir para poder fijar una imagen que siempre llega, pero se escapa. Y así, en el rápido discurrir de imágenes, va quedando la estampa fija de La Habana, que ahuyenta el efímero suceso para sedimentar su eterna espiritualidad.

En Lezama, tiempo y espacio no son categorías fijas, como no es fija ni invariable la imagen lograda. Ambas son cambiantes, dispuestas en infinitas relaciones, como es la infinita posibilidad de creación. Esta particularidad espacio-temporal hace que el volumen conformado sea igualmente infinito y siempre particular. Y de una coordenada a la otra, empujando los contornos, está “la voz” (quinta esencia humana) que “no solo señorea su momentánea dimensión espacial, sino goza de la curvatura del espacio-tiempo”<sup>7</sup>, abstracción en la que el tiempo escapa a toda posibilidad real y define una lógica “paradisiaca”, contexto de toda aparición.

Es pues que la ciudad, presentida, abre una imagen mítica de la realidad. Pero la probabilidad de su aparición, no es la idea compacta de su crecimiento, de un cuerpo imaginado que se realizaría. Disgregado en su átomos, como toda

<sup>6</sup> Lezama Lima, José: Incesante temporalidad. En su: *Tratados en La Habana*: p 205.

<sup>7</sup> *Ibidem*. p. 204.

realidad, la sustancia se proyecta por el tiempo en busca de un tropiezo que detenga su eternidad, causa de nacimiento, instante que determinará su integración a otras partículas que completen su corporeidad, es la imagen fragmentada la que dará el carácter de la ciudad, posibilidad lograda por la refracción que ofrece el poeta en su creación.

Consciente está del riesgo de aceptar, de dar a conocer. Su teoría, como la definiera Cintio Vitier, es “de la metáfora mediadora al reconocimiento de la imagen como germen y centro de toda realidad, sin dualismos inertes; de la imagen a la posibilidad como estado naciente de todo lo que es.”<sup>8</sup>

La poesía será el medio por el cual se llega a la realidad, rito que permite a través de símbolos develar el misterio a los no iniciados. Sentido místico de su poesía y de la función del poeta; afanoso trabajo del que brinda sus ojos para ver y sus laberintos de tropos para no cegar. Pero la audacia requiere de la agilidad del oficio, porque el movimiento no cesa y con el tiempo la posibilidad de la imagen se pierde. El tiempo es cíclico, sube en espiral al espacio. Por eso no hay retorno, sino creación: “No es el retorno, el anillo de los anillos, se rompe en cada nacimiento. Nada volverá a repetirse, ninguna combinación infinita repetirá una cifra finita. Todo está dispuesto para un nacimiento, no para una repetición.” (29)

Es la cinética del incesante surgir del mundo a la existencia, la congregación de una unidad y la perenne extensión del ser para repetir de nuevo el ciclo. El mundo aniquilado y realumbrado constantemente, en una intermitencia de resplandor. Pero si el tiempo real define el proceso de aniquilamiento-alumbramiento, paralelo avanza el tiempo trascendental-imaginativo que se desprende de él. El ser aniquilado en el tiempo real queda en la memoria, existencia renovada que logra el tiempo aquel. Y de esta categoría es que surge el espacio de la poesía.

Y “en cada *ahora* de la actualidad entra el mundo en una renovada aparición presente”<sup>9</sup> En el eterno fluir del tiempo definido en lo poético, en mundo avanza por cada instante, asoma por cada resquicio, espacio iluminado por el espíritu que lo cohesiona y lo deja ser, fragmentos de vida que toman forma en la unidad del mundo: “Fluencia, río que sumó lo heterogéneo para formar venas, varas lineales hasta el confín”. (56)

El confín que indica un término, una posibilidad que claudica, que como el juego de las estaciones, deposita su esperanza en “la prolongación de sus cronológicos contornos”. (7)

Pero esta prolongación —figura espacial— alcanza realidad en la corriente retro-fluyente del tiempo, como punto de intercepción de la temporalidad que establece una quietud relativa en cuanto al movimiento creador; línea en la que el hombre, como sujeto que se inmerge en esas coordenadas actúa en la búsqueda de un recuerdo o de una presentidad.

<sup>8</sup> Vitier, Cintio: *Lo cubano en la poesía*, Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, 1958, p. 396.

<sup>9</sup> Conrad-Martius, Hedwig: *El tiempo*, Revista de Occidente, Madrid, 1958, p. 37.

Y el recuerdo se hace en la costumbre, momento estático en el fluir temporal, en un espacio que aumenta en la medida de su detenimiento —repetición constante del suceso— y que lo iguala por la relación invariable espacio-temporal. En la costumbre viaja el espacio hasta nosotros, impulsado por el tiempo trascendental-imaginativo de la poesía.

Esta fórmula no la resuelve Lezama en la trascendencia de un todo, formas precisas y acotadas, sino en unidad fraccionada que se lanza al espacio para recomponer otra posibilidad de realización. Cada día —cada fragmento de tiempo— arrastrará consigo la luminosidad del esplendor, la creación: “Día tras día esas franjas grises nos convencen de que mueven todos los colores” (51). Y por acumular “las franjas grises”, hacer perdurar el espacio en el tiempo, es que hay “días propicios al paseo, así saboreamos con más lentitud una calle que se nos había hecho invisible o nos demoramos contemplando casonas que no nos habían rendido su espíritu”. (6)

Este apresamiento del espíritu, del regodeo en la geometría de las formas, ampliando el tiempo en que las cosas pertenecen a un espacio, es un modo de hacerlas quedar, de hacerlas perdurar “...las fechas giran, se hacen voluntariamente imprecisas, para duplicar la voluptuosidad de apoderarnos de ellas y señalar un tiempo que se quedó fijo...”(9)

Pero la fijeza es un modo de avanzar, como en el espacio heterogéneo de un circo: “La población del circo, su fijeza, sus emigraciones, arden como la llama del Genio Errante sobre la colina”. (34)

Dualidad del tiempo que fluye y se detiene para crear, para evolucionar; tiempo, sin embargo, lento para el mayor deleite en la contemplación: “Días en que el estilo nutridor es la sobreabundancia, la cortesía entremezclada con la caridad”. (42)

Es pues, de nuevo, la sobreabundancia como determinante de las costumbres, y la costumbre como progresión de la ciudad:

...pues estamos convencidos de que cada época, feraz y máscula, necesita acumular un sobrante risible, fácil para provocar ironías y risitas de las siguientes generaciones, pero reveladoras de una opulencia dirigida a romper contornos y marcos. (85)

Sobreabundancia de formas, excesos de un espacio que buscando el equilibrio hace avanzar un tiempo hacia el futuro, hacia su hechura mayor. Pero la sobreabundancia responde a la continua fluencia temporal, y sin su movimiento no tendría razón, por lo que el tiempo se ciñe por no perder en el vacío su contextura, el espacio en que se expresa. De ahí que cada etapa del año, cada mes, exalte y contenga sus excesos: “Su brevedad subraya la brevedad de la embriaguez, los cohetes de Dionisos de un solo día para el desfile de fiebre provocada, de circular tumulto (58). A lo que sigue nuevamente por febrero: “Mes rodeado por la brevedad para que la alegría que lo recorre sea tensa y mantenida y no desperdiciada por el jadeo de la reiteración”. (58)

Porque tiempo y espacio son cauce de lo creado, unidad invariable de realización, y categorizan un símbolo que al ser nombrado invoca, como sus coordenadas, la creación:

Se ha estado en oración, en la torre de vigilia, esperando que el ángel pueda llegar hasta nosotros, haciendo de la red de oraciones la posibilidad de la mejor interpretación del aviso, pues al rezar llenamos de sentido un tiempo y conjuramos hacia su indetenible. (39)

Y de nuevo remontar “nuestro tiempo al fabuloso de la fecundación y la paciencia” —tal diría Vitier— en que la voz, al “nombrar las cosas” convocó las infinitas posibilidades de creación; los fragmentos vivos esperando la llamada al cuerpo, la fuerza de la invocación que detiene el tiempo para hacer posible su existencia.

Como para San Agustín, el tiempo de Lezama “fluye, transcurre” y se sustrae a cualquier aprehensión inmediata. La resistencia de sus formas funda su ley. Un tiempo sin movimiento no lo es, e intentar su “indetenible” es solo su aproximación. Pero intentémoslo rápido, porque el hombre: “Va a desembarcar en un peñón donde se aposentan las guitarras, de pronto, recuerda, muy vagamente, pasándose el pañuelo inquieto por la frente cómoda y afianzada, que está muerto”.<sup>10</sup>

## Confluencia en la ciudad

Diversa y única se ha visto la ciudad, sucesión continua de imágenes variadas que equidistan del centro de irradiación.

Cada tema acoge una forma, conversación cotidiana que parece romper las barreras de una organicidad, pero que como todo movimiento, lleva en sí un impulso y fin determinados.

Hacia su descubrimiento está la señalización, indicios, crónicas habaneras que la palabra ha salvado de su desintegración total.

El mismo espacio transitado, vivido por el hombre actual, se abrevia en dimensiones, se reduce a la exactitud de la memoria y continúa así, dejando sus señales en el nuevo tiempo que no cohesiona su unidad, pero que hace sentir su presencia: renuncia de lo viejo a no quedar, a perder su ambición de existencia.

Es el anhelo del cubano hurgar en su pasado, encanto de su procedencia que lo anuncia, tendencia a grabar el mismo espacio, apoyado de su historia y su perdurabilidad.

Son *Las coordenadas habaneras* el rescate de un instante en el espacio temporal, en un universo que no por su segmento utópico abjura de su realidad, porque “hay siempre un escalón sensible donde el poeta se apoya y al cual vuelve”,<sup>11</sup> como si buscara en el viaje su renovación.

<sup>10</sup> Ob. cit. (4); p. 206.

<sup>11</sup> Ob. cit. (6); p. 386.

Y los fragmentos que incorpora no son los que argumentan una línea convencional en la historia, una lógica hilvanación de sucesos cronológicamente ordenados y que emergen del gran todo por la notación pública; son los que implican un fundamento de ese actuante los que intervienen en su sistematización, hechos que aislados particularizan situaciones, esquemas, vivencias, expresiones de una intimidad colectiva e individual, pero que subyacen en una armonía oculta, en sus “enlaces”, como verdadera dimensión histórica de la ciudad. De aquí el especial énfasis en los detalles, en las costumbres cotidianas que tras su aparente banalidad, esconde los trazos más severos del esbozo real.

Y como la cadena que conduce hacia el fin no actúa en evidencias, sino en sorpresivos destellos no imaginados, no es lo anecdótico lo que imprime el sello, sino su participación como cardinalidad, simbolismo del número que noticia su tema, contenido que acumula y se suma al todo por la enumeración.

La Habana aparece única e indetenible en las formas que heredamos por la tradición, tiempo que comunica con el nuestro y que injerta sus formas en los modos de hoy.

Triunfo del poeta que ha vencido lo temporal, que ha echado “reojos al reloj” para entregarnos, límpida, la imagen en su espejo.

“La Habana se enorgullece de este señor de la poesía que la ilustra y la funda de nuevo en el esplendor de la imagen”.<sup>12</sup>

Tomado de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*,  
80 (2): 177-194, La Habana, mayo-agosto, 1989.



# La bibliografía de literatura cubana: panorama crítico

Tomás Fernández Robaina

INVESTIGADOR, ESCRITOR Y PROFESOR UNIVERSITARIO

## I. Antecedentes de 1800 a 1899

SI ESTAMOS de acuerdo con el criterio de que la aparición de la bibliografía especializada indica la existencia de un desarrollo científico, económico, social y cultural, mayor que el señalado por el surgimiento de la bibliografía general, se podría inferir que la literatura cubana no ha logrado un salto notable porque carecemos todavía de una compilación totalizadora o particular por géneros que demuestre lo contrario.

El anterior juicio, válido en cierto sentido para el siglo XIX, no se ajusta plenamente para el período neocolonial y menos aún para la etapa del proceso revolucionario iniciado en 1959.

No debe sorprender la ausencia de una bibliografía sobre nuestra literatura en la pasada centuria, aunque podemos encontrar su presencia en el *Catálogo de libros y folletos* de Antonio Bachiller y Morales.

Las condiciones culturales de instrucción general de la Isla habían llegado a un nivel, si no satisfactorio en sentido amplio, al menos aceptado para las clases y capas sociales que tenían posibilidad de instruirse, las que contaban con libros literarios publicados en el país y en el extranjero, los que se vendían en las librerías, así como con revistas y diarios donde podían leerse cuentos, poesías, fragmentos de novelas, también incluían folletines por entregas como una forma de hacer más atractiva la publicación para los suscriptores. Mas el avance que se había obtenido, no obstante las estructuras coloniales, no era tan grande para que hiciera falta un repertorio que facilitara el conocimiento de la producción literaria cubana, como un modo de reafirmar, a la vez, nuestra nacionalidad. En realidad la literatura cultivada entonces; principalmente en sus albores, no se diferenciaba de la que se escribía en España. Mucho antes de que las contradicciones entre criollos y españoles se agudizaran, la literatura de la colonia había comenzado a incorporar elementos, primero aislados, después más relacionados, que reflejaban la aparición de una forma de ser, de ver, de nombrar, de pensar y de decir las cosas contrarias a los modelos impuestos por la metrópoli. Recuérdese el vocablo 'criollo' que se emplea para calificar al esclavo Salvador Golomón en el poema *Espejo de paciencia*, entre otros ejemplos. A medida

que esas diferencias entre isleños e ibéricos se acentuaban, fueron reflejadas en mayor medida en las creaciones literarias, y ayudaron a conformar el sentimiento de nación, de nacionalidad, que tuvo su máxima expresión en la obra de José Martí.

## II. De 1900 a 1958

### a) La contribución de Carlos M. Trelles

Los investigadores e historiadores de nuestra literatura no contaron con repertorios que les suministraran la información requerida de forma particular, aunque contaron con el ya citado *Catálogo* de Bachiller y otros que lo complementaron, en donde se consignaban nuestras producciones literarias; los hubo también en el extranjero que las registraban como muestra de la cultura española allende los mares. La magnífica *Bibliografía cubana* de Carlos M. Trelles (11 tomos en total) solo incluyó un índice temático y genérico en el tomo correspondiente a los siglos XVII y XVIII. En el tomo 8 de la correspondiente al siglo XIX insertó una relación de los títulos básicos de la cultura cubana, pero que era mínima en cantidad en comparación con el total de las obras asentadas. Determinar y localizar cuáles de esos libros eran de literatura fue y es faena laboriosa y demorada. Trelles tuvo plena conciencia de esa deficiencia y por tal motivo comenzó a publicar sus famosas bibliotecas, seis tomos en conjunto.

En el prólogo de la *Biblioteca geográfica cubana* se aprecia su opinión que corrobora lo expresado más arriba: “Después de haber impreso los doce tomos de mi *Bibliografía cubana* (de 1600 a 1916), decidí emprender la publicación de una nueva serie bajo el título de *Bibliotecas cubanas* y cumpliendo ese propósito di a la prensa en 1918-1919 la *Biblioteca científica cubana* en dos tomos. El que ahora aparece es el tercero de la serie y a este seguirán la *Histórica*, (dos volúmenes), la *Literaria* (un volumen) y la *Bibliografía de la prensa cubana* (dos volúmenes).”

Lamentablemente el título que nos interesa no se publicó, aunque en el tomo tres de la *Biblioteca histórica cubana* dedicó más de cuarenta páginas a consignar algunos de los impresos que debían aparecer en su proyectada *Biblioteca literaria cubana*. Él agrupó esas obras bajo encabezamientos de Poesía, Novela, Retórica, entre otros. No puede considerarse que desistió de tal proyecto por la poca cantidad de documentos, puesto que había expresado poseer más de diez mil fichas. Por supuesto, esa cifra hay que tomarla con reserva, o presuponer que se incluyen en ella escritos aparecidos en la prensa periódica.

Años más tarde el también matancero Luis Rodríguez planteó en su ensayo “La vida laboriosa del bibliógrafo Carlos M. Trelles”, aparecido en la *Revista de la Universidad de La Habana* (marzo/abril de 1966), la posibilidad de que esa compilación hubiera sido vendida a una universidad extranjera.

Lo cierto es que Trelles nos dejó en la sección de literatura del tercer tomo, el primer intento por ofrecer un registro global de nuestra literatura.

b) *A Bibliography of Cuban Belles Lettres*: Jeremiath Ford y Maxwell Raphael

En 1933 se dio a conocer la que consideramos realmente primera bibliografía literaria cubana, no obstante haber sido compilada y publicada en los Estados Unidos. Sus realizadores fueron J. Ford y M. Raphael: *A Bibliography of Cuban Belles Lettres*, la que registra cerca de mil títulos. La obra está dividida en: I. "Obras generales", II. "Bibliografía de la literatura cubana", III. "Obras colectivas y anónimas, publicaciones periódicas".

En el prefacio Ford declara que la literatura cubana se distingue en cantidad y calidad con un alto nivel entre las producciones de otros países hispanos. Alerta que a pesar de que ellos han incorporado las referencias contenidas en anteriores compilaciones, aún quedaba mucho por hacer para alcanzar el ideal de tener registrada toda la producción. En la introducción se mencionan los obstáculos que tuvieron para la realización de la obra, entre los que se destacan la carencia de bibliografías que informaran acerca de los libros literarios del país. Esta compilación está formada por títulos que integran las colecciones de las bibliotecas de la Universidad de Harvard, la del Congreso de los Estados Unidos, así como los de otras bibliotecas y las citas tomadas de diferentes bibliografías, principalmente las de Trelles. Esa es la causa de que algunos asientos carezcan de ciertos datos. Llama la atención que se incluyen obras de índole política y filosófica de Martí y Varela; los compiladores explican ese hecho por la importancia de sus textos para el conocimiento y el desarrollo de la cultura en Cuba, lo que dice mucho de la amplitud de criterio con el cual se ejecutó la bibliografía.

La estructura es alfabética por autor; sigue una ordenación particular en las obras de un mismo creador. Primero aparecen las obras completas o colecciones, después los títulos particulares, cuando hay más de una edición de una obra, se colocan de forma cronológica. Las traducciones aparecen después de los libros en español. A continuación se listan los artículos y otros textos publicados en revistas y periódicos, así como los trabajos escritos en colaboración; más adelante, marcados con un asterisco, aquellos escritos, publicados o no, que carecen de alguna información. En el quinto puesto, se consignan las traducciones efectuadas, y en el último rango las obras compiladas y editadas por el autor.

Esta bibliografía es comparable en cuanto a su intención a las de Trelles, porque pretendió ofrecer todo lo conocido existente en los fondos de las bibliotecas señaladas. La finalidad del repertorio era dar a conocer los autores cubanos. La estructura de la compilación satisface ese fin, pero es difícil realizar algunos estudios tomándolo como fuente, al no poseer índices genéricos y temáticos, y no poder cuantificar, por lo tanto, el total de libros de poesías, novelas y dramas que se incluyeron. Tampoco sabemos cuáles libros pertenecen a la Biblioteca del Congreso o a la de Harvard, aunque en las citas de otras bibliografías así se consignan. A veces se agrupan al final de los registros activos de un autor, referencias de trabajos pasivos, pero esto no se anuncia en la introducción ni se

expresa en la tabla de contenido, porque lo que puede parecer a simple vista es que se trata únicamente de una bibliografía activa, aunque es indudable que su importancia radica en esa característica.

Esta obra no es un hecho aislado, sino que responde a la política de la Universidad de Harvard de editar compilaciones sobre la producción literaria de los países latinoamericanos. Por tal motivo se dieron a conocer en la década del treinta varias y notables bibliografías que satisfacían ese objetivo.

### c) Otras bibliografías

No se puede dejar de mencionar algunas bibliografías que forman parte de los libros de historias de la literatura cubana, como los de Salvador Bueno, Henríquez Ureña y Juan J. Remo, entre otros. De los dos primeros han aparecido ediciones posteriores a 1959 de sus historias; de Juan J. Remos circuló en 1945 su *Historia de la literatura cubana*, en cuyo tercer tomo registró 564 obras consultadas por él para la redacción de su libro.

Debe tenerse en cuenta a la vez las *Crónicas cubanas*, de León Primelles, que recupera la información literaria y de otras disciplinas de 1915 a 1919; tampoco deben ignorarse los índices de las publicaciones periódicas del xix y del xx confeccionados por Fermín Peraza, Rubén Quintero y algunos más. En esos repertorios encontramos abundante y relevante producción literaria, aunque muchas de esas colecciones no sean totalmente literarias, como las de *El Fígaro*, *Revista Cubana*, *Cuba Contemporánea*, *Revista de Cuba*, *Revista de la Universidad de La Habana*, *Revista de la Facultad de Arte y Ciencia de la Universidad de La Habana*, por citar solo algunos ejemplos.

En realidad únicamente podemos considerar como bibliografías literarias, en su sentido más amplio, a la de Trelles y a la de Jeremiath Ford y M. Raphael. Es curioso que ni la poesía, el cuento, la novela ni el ensayo produjeron compilaciones independientes, solo unas incluidas como parte de libros o de escritos aparecidos en revistas como la consultada por Emilio Ballagas en su "Situación de la poesía afrocubana". Pero lo que puede sorprender es que la bibliografía literaria más cultivada haya sido la relacionada con el teatro. Por supuesto, lo de más cultivada podrá no ser aceptado plenamente, pero si recordamos que de carácter general nada más que hubo dos, encontrarnos con cuatro sobre teatro es algo más que significativo. En el año en que Trelles dio a conocer su tercer tomo ya citado, se publicó en Nueva York la *Bibliografía dramática cubana* de José Luis Perrier, que incluye también a Puerto Rico y Santo Domingo. En la presentación del libro se expresa que con el primer tomo dedicado a Cuba comenzaba la publicación de la *Bibliografía hispanoamericana*. Ella lista 376 autores ordenados de forma alfabética; brinda amplia información sobre los considerados relevantes. Las obras de cada uno de ellos no tienen un orden previo. La compilación carece de índices de autores de acuerdo con sus nacionalidades, así como uno de títulos que satisfagan esas demandas. Los puertorriqueños y dominicanos se intercalan sin distinción en la estructura.

Uno se percató de qué país es el texto o el autor por la información que se brinda en los asientos. Aspecto este notable. Indudablemente es un aporte importante, pero fácilmente superable, no solo por la cantidad sino también por la ordenación y la imprecisión de los objetivos principales y secundarios.

En 1944 José Juan Arrom incluyó en su *Historia de la literatura dramática cubana* un apéndice bibliográfico donde relacionó 600 títulos presentados alfabéticamente por autor. Empeño loable que superaba ampliamente al de Perrier.

En 1957 José Rivera Muñoz dio a conocer la *Bibliografía del teatro cubano* que relaciona 898 documentos ordenados por autor y numerados de modo consecutivo. Es una importante compilación a la que siempre hay que volver a pesar de que se han publicado otras después de 1959.

Debemos citar, aunque no nos detengamos en el análisis ni en un breve comentario, a las compilaciones particulares sobre los escritores, sean estas de forma colectiva, como las incluidas en los *Cromitos cubanos*, de Manuel de la Cruz o específica a cada uno de ellos. Resaltan en este último aspecto las dedicadas a Plácido, Martí, Heredia, José Antonio Ramos, Enrique José Varona, Ramón Mesa, entre muchos más, que nos indica que esta clase de bibliografía fue una de las más cultivadas en esta etapa.

Una ojeada panorámica a la producción bibliográfica literaria de este período nos permite apreciar que los repertorios confeccionados fueron notables, acordes con el desarrollo sociocultural y nivel de demanda existente entonces. Se nota la ausencia de obras dedicadas al registro de la producción ensayística, cuentística o novelística; son dignas de mencionar desde todos los puntos de vista las compilaciones teatrales activas que circulan. No hay dudas de que existía un volumen de información tal, tanto activa como pasiva, para la existencia de un repertorio que consolidara toda esa documentación dispersa en publicaciones periódicas y libros, pero los requerimientos informativos no eran aún lo suficientemente fuertes como para que, y como consecuencia del riguroso cumplimiento de las leyes del materialismo dialéctico, surgiera ese repertorio. Esas leyes las veremos nítidamente manifestarse hacia finales de la década del sesenta en el campo literario.

### III. De 1959 a 1988

#### a) Primeras compilaciones

Mientras otras disciplinas cuentan ya con bibliografías realizadas después de 1959, la literatura carece todavía de una que intente abarcarla en su conjunto, o por géneros. Son notables las compilaciones sobre escritores durante esa etapa, pero no es hasta mediados de la década del sesenta cuando aparecen la *Bibliografía de la literatura infantil cubana del siglo XIX* y la *Bibliografía de la poesía cubana en el siglo XIX*.

Esta última compilación se publicó en 1965. Registra 1 111 títulos. Esa cantidad corrobora el criterio general de que la poesía fue el género más cultivado en nuestra literatura en el siglo pasado. Ordenada de forma cronológica, se indica

cuando las citas están tomadas de Trelles, de Bachiller o del catálogo de libros y folletos de la Biblioteca Nacional José Martí. Es necesario destacar que sus compiladores fueron los investigadores literarios, Roberto Friol, Fina García Marruz, Cintio Vitier, Celestino Blanch y Feliciano Menocal.

La *Bibliografía infantil...* es un trabajo de suma importancia que lamentablemente no se continuó y solo hasta ahora ha sido superado por la magnífica bibliografía que acompaña la investigación de Antonio Gutiérrez acerca de la literatura infantil en esa centuria, obra no publicada aún, pero en proceso de edición.

La editada por la Biblioteca Nacional aporta obras y autores poco conocidos, pero necesarios de considerar para el estudio del surgimiento y desarrollo de la literatura infantil entre nosotros. Lista más de 200 citas presentadas en dos secciones que conforman la estructura del libro. La primera presenta los asientos por estricto orden alfabético de autor, con notas y comentarios que enriquecen el valor informativo de los mismos. La segunda ofrece textos de forma cronológica desde 1812 a 1899. Incluye, además, una relación de las publicaciones periódicas dedicadas a los niños. Fue realizada por María del Carmen Carcine.

Otros repertorios que merecen nombrarse son los índices de las publicaciones periódicas cubanas del siglo pasado y del siglo xx que se confeccionaron de forma numerosa en la década del sesenta y también del setenta; todavía se mantiene ese laboreo, aunque no de la forma tan intensiva de aquellos años. Estos índices son consulta obligada para los investigadores que se interesen por la literatura del país y por los que deseen apreciar qué literaturas extranjeras y autores han tenido mayor difusión y han sido objeto de más estudios por parte de nuestra prensa periódica. Algunos de estos índices recuperan la información contenida en revistas dedicadas totalmente a la literatura, en otros, conjuntamente con temas de historia, sociología y economía aparecen: de forma destacada los epígrafes relacionados con la literatura. En este período se observa una característica apuntada en la Neocolonia. La mayoría de las compilaciones registran los textos activos y pasivos de nuestros escritores más representativos.

El incremento de tales bibliografías en estos años obedece a las siguientes causas:

- a) La política de la Biblioteca Nacional José Martí por bibliografiar la producción de esos autores: dicho laboreo se ha realizado con motivo de aniversarios, exposiciones y homenajes.
- b) La inclusión en la *Bibliografía cubana* de la sección dedicada a las bibliografías de las figuras fallecidas en el año.
- c) El incremento de la edición de libros de autores de la pasada centuria y de la presente, que por lo general, además del prólogo valorativo, incluyen muchos casos una bibliografía activa y pasiva.
- d) Aparición en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, en la *Revista de la Universidad de La Habana*, en *Islas* y en el *Anuario de Literatura y Lingüística*, principalmente y más reciente en la *Revista de Literatura Cubana* de compilaciones personales activas y pasivas.

Paralelamente se han confeccionado bibliografías sobre desarrollo de los géneros, pero llama la atención que a pesar de ser la poesía la forma más cultivada, no posea algún repertorio bibliográfico dedicado particularmente a este género.

No fue hasta 1970 que se contó con el *Índice general de publicaciones periódicas* que registra la producción activa y pasiva de la literatura cubana incluida en las revistas y semanarios desde entonces.

Algo similar había hecho la *Bibliografía cubana*, pero limitado solamente a los libros y folletos. A partir de 1973 y de acuerdo con la estructura por secciones que adoptó el índice general, la que se ocupa de listar los trabajos de literatura es de hecho la bibliografía anual de esta disciplina que toma como únicas fuentes las revistas, anuarios y semanarios. En ella tiene el mayor volumen los textos: activos y pasivos de la literatura cubana, agrupados por aspectos amplios o por géneros.

La *Bibliografía cubana* ofrece una información similar, pero limitada a los impresos en forma de libro o folleto.

## b) Compilaciones de carácter general editadas en el extranjero

No es posible soslayar en este recuento bibliográfico las compilaciones que se han ejecutado en el extranjero. Están presentes en ellas algunas de las características contempladas en las que se realizan en la Isla: un mayor número dedicado a la repercusión de las obras sobre los escritores y los géneros que el dedicado a las bibliografías de carácter general. Entre estas últimas hemos podido consultar: *A Bibliography of Cuban Creative Literature 1959 / 1971* donde se registran más de 600 entradas de autores residentes en Cuba y en otros países. Más recientemente he consultado el *Catálogo de Literatura Cubana de la Bibliografía Colón de la Organización Panamericana*, compilado por Miriam Figueras. Esfuerzo notable que registra los títulos ordenados de forma alfabética y agrupados por géneros. Se publicó en 1984. Es más bien una bibliografía activa, aunque en algunas de las divisiones, como en la de ensayo se encuentra información pasiva.

Mayor en volumen y con solo información pasiva es la compilación *Cuban Literature: A research guide*, preparada por David William Foster, de la Universidad del Estado de Arizona en los Estados Unidos. Los documentos aparecen reunidos por aspectos generales, genéricos o por los nombres de los escritores. Este repertorio recupera libros, folletos y ensayos o artículos publicados en fuentes periódicas.

Muy útil esta compilación, independientemente de las omisiones de autores y títulos, siempre existentes en obras de esta magnitud. No existe una similar editada en el país. Actualmente se realizan labores tendientes a recoger la información pasiva, pero, por géneros o autores, como se apreciará más adelante.

## c) La novela

Desde la revista *Islas* en 1960 se dio a la publicidad la “Bibliografía de la novela cubana”, debida a Julio Sánchez. En ella se enumeran alrededor de 800 títulos.

Se esboza cierto intento de análisis que anuncia el propósito de la compilación de servir de fuente para la redacción de un estudio sobre la novela cubana. Este trabajo es el intento más ambicioso realizado hasta el presente y que, por lo tanto, no ha perdido su valor a pesar de tener ya más de 29 años de efectuada.

Tiempo después Francisco Mota nos dio su *Ensayo de cronología de la novela durante el siglo XIX*, donde relaciona más de trescientas obras.

En el extranjero se manifiesta un particular interés por la novela cubana, pero de ellas la de mayor relevancia es *The Cuban Novel (1959/1969): An Annotated Bibliography*, preparada por Lourdes Casal. Registra 77 títulos con notas críticas.

Otra importante relación es la que con el nombre de “Novelistas cubanos” se incluyó en el *Índice informativo de la novela hispanoamericana*, publicado en San Juan, Puerto Rico, en 1974, realizada por Edna Coll. Se listan 474 escritores, algunos son calificados de anticomunistas. En la mayoría de los asientos se adjuntan datos biográficos de los creadores, así como la bibliografía pasiva conocida por la compiladora. Un trabajo serio y de gran amplitud.

En 1975 se publica en forma de folleto el plausible esfuerzo de Francisco Mota, que ya había sido publicado en el *Anuario de Literatura y Lingüística*, “Algunas fuentes bibliográficas sobre la narrativa cubana”. Esta compilación nos permite comprender, 14 años después, que se hace ya necesario otro repertorio en el cual deben estar presentes los aciertos del trabajo que comentamos y desechamos por completo las deficiencias observadas en él.

Entre los primeros, debemos mencionar el registro de fuentes de carácter general, en los que a veces es posible encontrar información específica, y la pretensión de ser un registro exhaustivo. Entre las deficiencias sobresalen el no hacer referencias analíticas a las partes de los repertorios generales donde es localizable la documentación; no consolidar diversas citas y evitar de ese modo un gran número de asientos innecesarios.

#### d) Teatro

Si se observa el listado de las compilaciones de esta etapa no es difícil arribar a la conclusión de que el teatro sigue siendo uno de los géneros más bibliografiados, a pesar de que ha cedido el lugar primero a la novela, aunque se carece por el momento de una bibliografía teatral que resuma a todas las anteriores.

En 1971 apareció una preparada por María Luisa Antuña y Josefina García Carranza, que registra exclusivamente los fondos de la Biblioteca Nacional José Martí. En total ofrece 775 citas, con un índice de títulos; el orden de los asientos es por autor.

Con anterioridad se había publicado en la revista *Isla*, en la entrega de octubre/diciembre de 1968, una relación del teatro manuscrito de la Colección Biblioteca Coronado, que daba a conocer 129 obras en orden alfabético sin numerar, localizable en la Biblioteca Central de la Universidad de Las Villas.

En 1980 se llevó a cabo la “Exposición Panorama de Teatro Cubano” cuyo catálogo puede servir como repertorio bibliográfico, aunque está limitado su

alcance a los libros expuestos. Más importante que la anterior y de verdadera trascendencia es la *Bibliografía sobre teatro cubano 1959-1981 (libros y folletos)*, debida a Elena Graupera. En total se registra 130 asientos activos y 38 pasivos. Cada cita expresa cuando la obra ha sido premio o mención, y el concurso donde recibió tal distinción. Este repertorio facilita conocer qué dramaturgos han publicado en la etapa revolucionaria, y sobre todo, medir a partir de ese año.

Se hacía patente la necesidad de una bibliografía teatral complementaria que recuperara las críticas aparecidas en diarios y revistas del país y del extranjero, sobre las obras, puestas en escenas y autores cubanos. Tratando de llenar parcialmente ese requerimiento se confeccionó el trabajo de diploma: “Contribución para la bibliografía de la crítica teatral cubana”, de las alumnas Lourdes Álvarez y Vivian Valdés, que registra más de 2 000 citas aparecidas en fuentes periódicas de 1970 a 1986, agrupadas bajo los nombres de las obras y puestas en escena, entre otros aspectos, objetos de estudio, repertorio este que por su importancia debería publicarse cuanto antes. Urge una bibliografía activa del teatro cubano en donde se profundizara en el análisis de la información mediante la clasificación genérica de las obras teatrales: tragedias, comedias, dramas, entre otras posibles denominaciones.

En el extranjero también se ha abordado el teatro, como lo muestra el “Índice bibliográfico de las obras teatrales en conjunto” (1/40) aparecida en el número dos, de 1961 de *Latin American Theater Review*.

No hemos podido consultar hasta el momento “*Annotated Bibliographical Guide to the Study of Cuban Theater after 1959*”, aparecida en la entrega 22 de *Modern Drama*, 1979.

También, como trabajo de investigación, la profesora Lira Campoamor ha confeccionado un índice completo de la revista *Conjunto* donde las referencias al teatro cubano son numerosas; también se confeccionó un índice de la revista *Tablas*, pero muy deficiente técnicamente y, de poco volumen pues, la revista hacía poco tiempo que estaba circulando.

## e) Otras bibliografías

Podría asegurarse que las bibliografías personales de los autores cubanos son las más numerosas en esta etapa por las razones ya señaladas.

Se destacan las dedicadas a Fernando Ortiz, Carpentier, Emilio Roig, Ernesto Che Guevara, Carlos Rafael Rodríguez, entre otras que están en proceso de edición, debidas a Araceli García Carranza, sin olvidar su contribución anual a la *Bibliografía martiana* que viene realizando desde hace más de 15 años.

La *Bibliografía de Alejo Carpentier*, es una obra monumental por la exhaustividad y rigor técnico, aunque su estructura pudo haber sido más ágil. La propia García Carranza ha realizado notables compilaciones dentro de la órbita carpentieriana, las que debe tomar en cuenta a la hora de actualizar y publicar los suplementos que la bibliografía del novelista mayor de Cuba requiere. Seguirán teniendo valor extraordinario sus bibliografías de *Los pasos perdidos*, y la del *Siglo de las luces*, publicadas en las entregas uno, de 1982 y 1983

respectivamente, de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. No pueden dejarse de mencionar las de Juan Marinello, Nicolás Guillén, debidas a María Luisa Antuña y a Josefina García Carranza; esta última colaboró con su hermana Araceli en la compilación sobre Ernesto Che Guevara y Carlos Rafael Rodríguez. Otros autores que cuentan con bibliografías son: Cintio Vitier, Eliseo Diego, Mirta Aguirre, José Soler Puig, Onelio Jorge Cardoso, Salvador Bueno, Ángel Augier, algunas de ellas requieren ya una actualización.

Julián del Casal y Gertrudis Gómez de Avellaneda han sido bibliografiados en el extranjero. Sobre la gran Tula todavía posee plena vigencia la de Edith Kelly. Con motivo del centenario de su muerte se publicaron dos: una en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, la otra en el *Anuario de Literatura y Lingüística*. Esta última pone énfasis en los trabajos pasivos publicados con posterioridad a la compilación de Kelly, por lo que de hecho es un suplemento o complemento de aquella.

En fechas bastantes recientes se nota un incremento de la actividad bibliográfica debido a la circulación de la *Revista de Literatura Cubana* que dedica una sección al registro de la “Bibliografía de la crítica literaria cubana”, la cual aparece en cada entrega. Ese trabajo lo materializa el compañero Lázaro Rolo, como resultado del convenio entre la Biblioteca Nacional José Martí y la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Dicha bibliografía comenzó con una estructura bastante simple, que después de algunas búsquedas, y ensayos de ordenamiento parece ya haber encontrado su expresión formal, que facilita la información bajo epígrafes genéricos, y directo bajo el nombre de los autores criticados. Al comienzo solo registraba la información pasiva sobre la literatura cubana, pero en la actualidad incorpora los estudios sobre los creadores extranjeros, que son estudiados: por nuestros críticos o por especialistas extranjeros desde las publicaciones del país.

En esta revista han aparecido otros registros bibliográficos, como la “Bibliografía de literatura cubana”, primer intento de hacer una bibliografía de nuestra literatura que consolidara todos los títulos editados después de 1959, dada a conocer en los dos números publicados en 1984, confeccionada por Elena Graupera y Juana Mont.

Es justo mencionar el laboreo que han realizado algunos centros que por contar con recursos editoriales publican trabajos que son desconocidos por parte de los usuarios e investigadores. Pienso principalmente en las compilaciones de la Biblioteca de Central de la Universidad de La Habana, algunas editadas de forma mimeografiadas y con tiradas muy limitadas. Dichas bibliografías resumen la información existente en sus fondos y las mismas no alcanzan mayor trascendencia porque no circula más allá del ámbito universitario. Otro tanto ocurre con los trabajos de curso o de diploma de carácter bibliográficos, ejecutados por alumnos de Información Científico-Técnica y Bibliotecología; no se editan y por lo tanto, no cumplen la función social que llevan implícita, aunque sí lo objetivos docentes que persiguen. El desconocimiento de todo este laboreo ha ocasionado a veces la duplicidad de tareas y el inicio de empresas que ya estaban materializadas.

Bibliotecas de otras regiones del país han realizado faenas meritorias, pero no siempre han dado a conocer el resultado de sus compilaciones.

La Biblioteca Provincial Elvira Cape, de Santiago de Cuba, ha confeccionado algunas que se han publicado en el boletín *Catálogo*, pero no siempre literarias.

La biblioteca provincial de Camagüey tiene preparado el índice del boletín del taller literario de ese municipio, sin que hasta la fecha se haya impreso. Debe destacarse la magnífica “Bibliografía sobre las vanguardias literarias en Cuba”, debida a Bárbara Venegas, en la revista *Isla* no. 79 de 1984 y que fue su trabajo de diploma para obtener su título de licenciada en Historia de Arte, carrera cursada en la Universidad Central de Las Villas.

La Biblioteca Provincial Martí de Santa Clara ha realizado un notable esfuerzo impulsando la confección de los índices de publicaciones periódicas más importantes de esa región, en donde se obtiene una nada despreciable información sobre la literatura que se leía y cultivaba en esa región, como la que se recupera en el *Índice bibliográfico de publicaciones periódicas cerradas que circularon entre 1900-1927 en la provincia de Villa Clara*, compilado por Juana Rosa Vázquez, Clara L. Salgado, Clara de la Torre y Reina Morales. Dicha obra recupera los contenidos de 11 colecciones; con más de 2 000 asientos, entre los que hay una buena cantidad relacionada o perteneciente a la literatura.

La Biblioteca Provincial Gener y del Monte, de Matanzas, fue pionera en el inicio de esta actividad, contribuyendo en los últimos tiempos con repertorios literarios muy notables, no obstante estar limitados a reflejar únicamente los fondos de esa biblioteca. Deben mencionarse la *Bibliografía de Dora Alonso*, *La Bibliografía de Cintio Vitier*, ambas de Mariela Landa, quien se perfila, sin duda alguna, como una bibliógrafa de brillante porvenir. No es posible omitir la *Bibliografía de Carilda Oliver*, que realizaron dos alumnas de la Escuela de Técnico Medio en Información Científica y Bibliotecología y que tuvieron como tutores a las experimentadas bibliotecarias Elsa González y Mirta Martínez. También en esta provincia se han confeccionado índices de publicaciones periódicas, entre los que sobresale el índice colectivo que recupera los contenidos de la *Revista del Grupo Índice* y de la *Revista del Grupo Minorista de Matanzas*.

Tampoco es posible ignorar al Instituto de Literatura y Lingüística por sus aportes, algunos ya mencionados, aparecidos en el anuario de esa institución o publicado como libro o folleto.

Es imprescindible subrayar las bibliografías activas y pasivas incluidas en el *Diccionario de literatura cubana*. Independientemente de las deficiencias que siempre se le pueden señalar a obras de esa magnitud, tiene la virtud de haber fungido como una especie de bibliografía de bibliografías; ha proporcionado información sobre autores que hasta hoy no cuentan con compilaciones particulares. Requieren ser citadas, además, las bibliografías aparecidas en los libros de historias de la literatura cubana, tales como los de Salvador Bueno, Henríquez Ureña, difundidos ampliamente en la etapa revolucionaria, aunque sus primeras ediciones hayan sido anteriores a 1959.

Últimamente vio la luz *Perfil de las letras cubanas*, ejecutado por los especialistas del Instituto de Literatura y Lingüística. La bibliografía que acompaña dicho texto puede servir de base para los que vayan a comenzar el estudio de nuestra literatura.

## Conclusiones

No cuesta mucho percatarse de que las bibliografías literarias cubanas de carácter general han sido poco cultivadas en comparación con las existentes por géneros. Se observa, tanto en Cuba como en el extranjero, una preocupación por recuperar los escritos pasivos, como se evidencia en el *Índice general de publicaciones periódicas cubanas*, los boletines de literatura cubana preparados por el Centro de Información de la Cultura de la Biblioteca Nacional José Martí, la “Bibliografía de la crítica literaria cubana” que aparece en cada entrega de la *Revista de Literatura Cubana* sección bibliográfica de la revista *Estudios cubanos/ Cubans Studies*, que se edita en Nueva York. Idéntica preocupación existe en cuanto a la producción activa, sobre todo manifestada por la *Bibliografía Cubana* en cuanto a libros y folletos y por el *Índice general* en lo concerniente a las publicaciones periódicas. Los esfuerzos más notables, como se ha apreciado, recuperan las obras de un género en particular, limitado o no a un período determinado.

El gran empeño de Carlos M. Trelles y la compilación de Jeremiath Ford y M. Raphael resultan repertorios necesitados de actualizar. Por lo que se desprende de las observaciones efectuadas, que la gran bibliografía de la literatura cubana será la suma de las bibliografías particulares a cada manifestación... novela, poesía, teatro. El reto ya se lanzó y se han confeccionado esfuerzos encaminados a ese fin como trabajos de diplomas o de cursos, entre los que sobresalen la *Bibliografía de la crítica la poesía cubana: 1959-1986*, de los alumnos Jorge Luis Díaz y Osmel Pérez Valdés; y la *Contribución para la bibliografía de la crítica teatral cubana*, de las alumnas Lourdes Álvarez y Vivian Valdés. Además, se ha planteado la conveniencia de publicar anualmente la bibliografía corriente de literatura cubana, tanto activa como pasiva, teniendo en cuenta que existen controles que permiten registrar sistemáticamente lo que se publica en libros, folletos y en publicaciones periódicas, sin descontar la realización como trabajo de postgrado de la “Bibliografía de Literatura Cubana: Siglos XIX/XX”, compilación que espera pacientemente su publicación. ¿Tal vez antes del fin de la presente centuria? Mientras tanto, sigamos compilando, confeccionando repertorios que ayuden a los investigadores y especialistas al ahorro de esfuerzos y tiempo de búsqueda, armados ahora de nuevas tecnologías, jamás imaginadas por Bachiller y Trelles.

Tomado de *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*,  
81 (2): 63-77, La Habana, julio-diciembre, 1990.



# Traducir América: Los códigos clásicos de Alejo Carpentier

Luisa Campuzano

PROFESORA Y VICEPRESIDENTA DE LA CÁTEDRA CARPENTIER  
DE LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA

UNO DE los aspectos más debatidos por la crítica carpenteriana es el relativo al destinatario implícito de sus novelas y relatos, y a la perspectiva desde la cual el mundo americano es representado en sus obras. Así, muchos de sus estudiosos consideran que no solo destina sus textos a lectores del Viejo Mundo, sino que su escritura parte de una visión europea;<sup>1</sup> y, entre otras razones, encuentran justificación a estos juicios en la constante inclusión de citas, alusiones y reminiscencias literarias, artísticas, filosóficas e históricas europeas en sus páginas, mientras que la presencia de obras latinoamericanas es mucho menor.<sup>2</sup>

Hace pocos años Mary Louise Pratt, en un excelente libro sobre viajeros, tras estudiar los textos de Alejandro de Humboldt, en un *Postscriptum* dedicado exclusivamente a ello, nos propone una lectura de *Los pasos perdidos* como novela de viaje autobiográfica en la que el autor asume la visión de América codificada por los *Cuadros de la naturaleza* del alemán, y de paso nos ofrece un resumen actualizado de la cuestión carpenteriana, donde se deslindan, desde la perspectiva parcial de la autora, los principales criterios contrapuestos:

[...] Carpentier se considera a sí mismo como un sujeto transcultural euroamericano, una encrucijada criolla que refleja imágenes hacia ambos márgenes del Atlántico con espontaneidad vertiginosa. Para algunos, esta subjetividad transcultural encarna una herencia colonial de autoalienación; para otros, constituye la esencia de la cultura en las Américas. Elegir un lado u otro de esta dicotomía determina lecturas muy diferentes [...]<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Alegría, Fernando: "Alejo Carpentier", en: *Homenaje a Alejo Carpentier*, Las Americas Publishing, Nueva York, 1970, pp. 36-69.

Verdevoje, P.: "Las novelas de Alejo Carpentier", *Revista Iberoamericana*, 48 (118-119):329; Pittsburg, 1982.

<sup>2</sup> Giovannini, Arno: *Entre culturas. Los pasos perdidos de Alejo Carpentier*, Peter Lang, Berna, 1991. p. 164.

<sup>3</sup> Pratt, Mary Louise: *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, Londres-Nueva York: Routledge, 1992, p. 196. La traducción es mía.

Conocer técnicas ejemplares para tratar de adquirir una habilidad paralela, y movilizar nuestras energías en traducir América con la mayor intensidad posible: tal habrá de ser siempre nuestro credo [...] mientras no dispongamos en América de una tradición de oficio.<sup>4</sup>

¡Nosotro lo latino!, afirmaba un negro cubano desde la tribuna de un meeting político, sin pensar hasta qué punto podía estar acertada la idea implícita en este arbitrario concepto de latinidad.<sup>5</sup>

Esos criterios no solo pueden servir de ilustración a dichos modelos contrapuestos de autorrepresentación, cuya síntesis acabamos de reportar, sino que permiten considerar que desde fecha muy temprana su autor tenía conciencia de moverse en el estrecho y peligroso filo de esta dicotomía, lo cual en buena medida motivará sus búsquedas expresivas y su obsesiva tematización de las relaciones entre Europa y América.<sup>6</sup>

Pero, además, el substrato de esa aludida actitud dicotómica y de sus distintas formas de expresión es muy antiguo. Hecha carne y letra, desde los primeros años de la Conquista, en la obra del Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616), y asumida lingüísticamente en la mezcla de castellano, náhuatl y voces africanas en villancicos y alguna pieza de teatro de Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695), se transmutaba en el siglo XIX en proyectos políticos antagónicos, como el que sustentara Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), quien mediante el ideograma “civilización y barbarie” establecía una diferencia jerárquica entre Europa y la América Hispana —legitimadora de su programa de extinción de los “bárbaros” indígenas o mestizos argentinos y su sustitución por “civilizados” inmigrantes europeos—; o aquel con que le respondiera José Martí (1853-1895) en “Nuestra América”, donde tras afirmar: “No hay batalla entre la civilización y la barbarie”, proponía una fórmula que privilegiara lo americano sin subestimar lo europeo: “injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”.<sup>7</sup> En el siglo XX esta paradójica ubicación intermedia del latinoamericano producirá importantes desarrollos en la reflexión cultural y la crítica literaria; y ya no solo en el ámbito hispano del Continente.

Tanto en el “ariélismo” de Rodó (1900), la “raza cósmica” de Vasconcelos (1925), la “antropofagia” brasileña (1928), y lo “real maravilloso” (1949) o el “barroco americano” (1964, 1975) de Carpentier —para emplear unos pocos ejemplos—; como en teorías como la de la transculturación, de Fernando Ortiz (1940) —emitida desde la antropología, relacionada con el espacio afrocubano, y después adaptada a la literatura por Ángel Rama (1982)—, la de la heterogeneidad

<sup>4</sup> Carpentier, Alejo: “América ante la joven literatura europea”, en su: *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo y otros ensayos*, Editorial Siglo XXI, México, 1981, p.57.

<sup>5</sup> Carpentier, Alejo: “El momento musical latinoamericano”, *Unión* (2):56, México, 1991.

<sup>6</sup> Campuzano, Luisa: “Relaciones/revoluciones de Europa y América”, en: *América/Europa. De encuentros, desencuentros y encubrimientos*, UAM-I, México, 1993, pp. 144-151.

<sup>7</sup> Martí, José: “Nuestra América”, en su: *Obras escogidas*, t. 2, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992, pp. 482-483.

cultural, de Antonio Cornejo Polar (1977-1994) y la de las literaturas alternativas, de Martin Lienhard (1989) —ambas construidas a partir de la alteridad indígena—, la de las culturas híbridas, de Néstor García Canclini (1990) —que abre espacio a las nuevas condiciones impuestas por la globalización—, y, por último, la propuesta por los estudios poscoloniales, adoptados más recientemente en el Caribe anglófono y francófono, se evidencia a lo largo de este siglo la variedad de paradigmas con que las distintas literaturas y culturas del Continente se piensan y se definen a sí mismas, siempre en búsqueda de lo que pueda explicar y legitimar una otredad que varía mucho aun dentro de un propio país.

Es, pues, en este doble contexto: el relativo al presunto europeísmo carpenteriano, y a las distintas reflexiones y elaboraciones teóricas latinoamericanas en torno a la identidad cultural del Continente, que pretendo recorrer en hábito de “lectora impura” —ese confortable albornoz crítico sacado del clóset por Boitani—<sup>8</sup> y como “intérprete de interpretaciones” —ese modesto estatuto operacional recordado por Steiner—,<sup>9</sup> cinco novelas de Carpentier: *Los pasos perdidos*, *El acoso*, *El siglo de las luces*, *El recurso del método* y *Concierto barroco*, con la intención de anotar a título de inventario los intertextos clásicos y las referencias a autores, artistas, obras de arte, hechos históricos, héroes, dioses y mitos de la antigüedad grecolatina que en ellas se encuentran, con el fin de documentar cómo se produce un evidente desplazamiento desde la que parece haber sido su asunción más plena de los códigos clásicos, hasta su desacralización a través de la crítica demoledora de las manipulaciones de las cuales fue objeto, precisamente en Europa, el más elevado, marmóreo y canónico símbolo de la cultura europea.

Creo que con ello, a más de ponderar en qué medida el código clásico o algunos de sus registros contribuyeron a la “traducción” carpenteriana de América, qué grado de dependencia de una perspectiva europea ellos testimonian, y hasta qué punto su empleo muestra la existencia de un inocente destinatario exclusivamente europeo, también hago un modesto aporte al estudio de lo que José Lezama Lima llamara, en 1941, el “misterio del eco” y “las invisibles lluvias y cristales” que tamizan la recepción de la cultura metropolitana y propician su transmutación en americana, es decir, de ese complejo y traumático proceso de acercamientos y rechazos que constituye la construcción de una voz propia en la América Latina; porque como dijera el autor de *Paradiso*, “Una cultura asimilada o desasimilada por otra no es una comodidad, nadie la ha regalado, sino un hecho doloroso, igualmente creador, creado”.<sup>10</sup>

## I

Publicada en 1953, tras un largo y complejo proceso de creación y recreación —fue escrita tres veces a partir de un proyecto interrumpido: *La Gran Sabana*,

<sup>8</sup> Boitani, Piero: *The Shadow of Ulises. Figures of a Myth*, Oxford University Press, Nueva York, 1994. pp. VII-VIII.

<sup>9</sup> Steiner, George: *Antigones*, Oxford University Press, Londres, 1984, p. 1.

<sup>10</sup> Lezama Lima, José: “Julián del Casal”, en su: *Confluencias*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1988, p. 184.

un libro de viajes por la selva venezolana—,<sup>11</sup> *Los pasos perdidos* es una novela poblada de voces provenientes de todas las culturas: la *Biblia*, el *Popol Vuh*, los *Libros de Chilam Balam*, el Siglo de Oro español, cronistas, viajeros, pero que se organiza a través de tres grandes mitos clásicos. En primer lugar, el mito de Ulises, que configura el largo y azaroso viaje del protagonista-narrador hacia su infancia y, después, hacia el posible rescate de su ser alienado; viaje que avanza en el espacio mientras retrocede en el tiempo, desplazándose desde la modernidad hasta el “Cuarto Día de la Creación”,<sup>12</sup> y constituyendo el eje diacrónico del texto. Mas este mito también se “corporiza” en otros personajes como Rosario, asimilada primero a Nausicaa<sup>13</sup> y de quien se dice al final que no es una Penélope;<sup>14</sup> y muy particularmente en Yannes —a veces Ulises,<sup>15</sup> otras, Eumeo—,<sup>16</sup> un minero griego que recorre la selva con un ejemplar bilingüe de *La Odisea*, proyectando en acciones y ademanes episodios y caracteres del poema, que en múltiples ocasiones es recitado por él, o citado y aludido por el protagonista. Mezclando costumbres y estilos del Mediterráneo con las adquiridas en su nuevo ámbito, Yannes y sus hermanos llegan a ilustrar, con su vida transculturada, todo un sincretismo inherente a la condición americana que el narrador se encarga de subrayar<sup>17</sup> y que Carpentier teorizará más adelante.<sup>18</sup>

En segundo lugar, encontramos el mito de Sísifo, aludido en momentos cruciales de la trama por el narrador,<sup>19</sup> y que, al subrayar la monotonía de una vida vacía y la imposibilidad de todo intento por liberarse de ella, conforma el eje sincrónico del texto, conjuntamente y en contrapunto con el tercer mito, el de Prometeo, el cual expresa el llamado a una lucha y a una liberación que acaban por resultar inalcanzables.

Pero mientras que el mito de Ulises proviene directamente del texto homérico —ostensiblemente presente en la novela y también fuera de ella, en sus referentes externos, como veremos más adelante—, los de Prometeo y Sísifo, expresión de la tensión independencia/ dependencia, dilema del hombre moderno, que arranca con toda ilusión en el romanticismo para arrojarse a las simas de la angustia en el existencialismo, se articulan a través de sus interpretaciones por Shelley y por Camus.

En el caso de Shelley, esta hipotextualidad es marcada, y se explicita no solo en el epígrafe que antecede al segundo capítulo,<sup>20</sup> sino que se tematiza por el protagonista, quien para ganarse la vida, había abandonado su condición de

<sup>11</sup> González Echevarría, Roberto: *El peregrino en su patria*, UNAM, México, 1993, pp. 203- 204, 208.

<sup>12</sup> Carpentier, Alejo: *Los pasos perdidos* / ed. de Roberto González Echevarría, Ediciones Cátedra, Madrid, 1985, p. 247.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 194.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 328.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 251.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 215.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 200.

<sup>18</sup> *Razón de ser*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1984.

<sup>19</sup> Ob. cit. (10), pp. 73, 99, 330.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 103.

compositor cuando preparaba una obra basada en el *Prometheus Unbound* del poeta inglés,<sup>21</sup> conflictiva situación sobre la que vuelve en distintas circunstancias, y que no solo le hace citar con frecuencia la pieza dramática, sino que lo conduce a intentar retomarla cuando ha decidido recuperar su libertad al final del largo viaje. Pero se verá obligado a abandonarla nuevamente, por no tener el texto en esa aldea recién fundada en el rincón más alejado del mundo.<sup>22</sup>

De *El mito de Sísifo*, publicado por Camus en 1942, no hay ninguna cita, ninguna alusión, pero es imposible pensar que en una novela que ostenta múltiples y variadísimas referencias al existencialismo,<sup>23</sup> la mera presencia de este nombre no remitiera a ese ensayo. Ello se hace aún más evidente si compartimos la lectura propuesta por Brunel para el *Sísifo* de Camus como “una posible figura del artista”<sup>24</sup> y se acrecienta si comparamos el *Prometheus Unbound* de Shelley, con el “Prométhée aux Enfers” (1946) de Camus, pues mientras que aquel “expresa una confianza optimista en la trinidad romántica: perfectibilidad del hombre, ciencia y razón”, y su héroe “confía en una humanidad capaz de abrirse camino por sí misma hacia el bien y la justicia”,<sup>25</sup> este, situado “en el centro del dilema de la civilización moderna”,<sup>26</sup> está obligado a subordinar el arte a las técnicas, que es lo que le sucede al protagonista de *Los pasos perdidos*, quien debe regresar a la gran ciudad en búsqueda de los medios técnicos necesarios, imprescindibles para realizar su obra. Nuevo Orfeo, perderá el Edén recuperado al volver la vista atrás.<sup>27</sup>

Mas en una “Nota” añadida a manera de epílogo a su libro, donde el autor identifica las locaciones de la novela y dice que los personajes secundarios apenas “son los [...] que encuentra todo viajero en el gran teatro de la selva”, se expone algo del mayor interés en lo que no creo que haya reparado la crítica:

En cuanto a Yannes —dice—, el minero griego que viajaba con el tomo de *La Odisea* por todo haber, baste decir que el autor no ha modificado su nombre, siquiera. Le faltó apuntar, solamente, que junto a *La Odisea*, admiraba sobre todas las cosas *La Anábasis* de Jenofonte.<sup>28</sup>

Y esta aviesa referencia a la más famosa de las retiradas, en la última línea de la última página de este libro hecho de libros más que cualquier otro libro, nos indica que el fracaso de su protagonista ya estaba “escrito” no en el mito, sino en la historia.

<sup>21</sup> *Ibidem*, pp. 77, 83.

<sup>22</sup> *Ibidem*, pp. 276-277.

<sup>23</sup> Ob. cit. (9), p. 207.

<sup>24</sup> Brunel, Pierre: “Prometeu” y “Sísifo”, en: *Diccionario de mitos literarios*, Editora UnB-José Olym-pio, Brasilia-Río de Janeiro, 1997, pp. 784-793, 840-846.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 792.

<sup>26</sup> *Ídem*.

<sup>27</sup> Morell, Hortensia R.: “De *Los pasos perdidos* a *La consagración de la primavera* a través de Orfeo”, *Hispanic Journal*, 7(2):106; Estados Unidos, 1986.

<sup>28</sup> Ob. cit. (10), p. 332.

En *El acoso*, novela contemporánea de *Los pasos perdidos*, publicada en 1956, el *tour de force* de su estructura musical —una sonata— y del encuadre de su tiempo narrado dentro del tiempo de ejecución de la sinfonía *Eroica*, tan obsesivamente exhibidos por Carpentier en sucesivos epitextos, no impiden percibir todo el *pathos* compositivo de la tragedia, la intensa confrontación del protagonista con su destino, sino que, por lo contrario, lo enfatizan.

El horaciano *leitmotiv* de la novela: *hoc erat in votis*, señala tanto hacia el ámbito universitario, uno de los escenarios del drama —puesto que un edificio de la Universidad de La Habana ostenta esta inscripción—, como hacia la *ananké* trágica del joven revolucionario convertido en traidor.

La *Electra* que se representa —drama dentro del drama— por el teatro universitario, junto a cuya escena pasa en su huida el protagonista, subraya esta atmósfera de tragedia:

Bramaron los altavoces en alterado diapasón de Atridas, y bramó el coro una estrofa que detuvo al fugitivo a la orilla de una cuesta yerma, erizada de espinos: “Las imprecaciones se cumplen; vivos están los muertos acosados bajo tierra; las víctimas de ayer toman en represalia la sangre de sus asesinos...”<sup>29</sup>

## II

A partir de *El siglo de las luces*, publicada en 1962, hay cambios muy notables en la utilización que da Carpentier al mundo clásico, aunque este sigue desempeñando funciones muy relevantes y complejas que en esta novela serán múltiples y obligarán a un análisis más detenido. Así pues, antes de ocuparnos de la presencia y el sentido de la antigüedad clásica en *El siglo...* es necesario apuntar algunos de sus rasgos más notables, a los que ahora solo voy a esbozar.

Para comenzar, debe recordarse que es la primera novela hispanoamericana donde se realiza una lectura de la historia europea desde una perspectiva latinoamericana al tiempo que se redimensiona, universalizándola, la historia de América y, en particular, la del Caribe.

Segundo, dicha “lectura desde otra perspectiva” equivale a la “mirada desde abajo” o la “lectura al revés” o, siguiendo la metáfora propuesta por Walter Benjamin en sus “Tesis sobre la filosofía de la historia”, al “cepillado a contrapelo” adoptado por los estudios poscoloniales. En el campo de la Historia, núcleo original de estos estudios que hoy se extienden a otros dominios, el objeto privilegiado de estas lecturas al revés lo constituyen las fuentes coloniales a partir de las cuales debe describirse la historia de los pueblos colonizados.<sup>30</sup> No creo haber sido demasiado osada al haber dicho que Carpentier practicó en *El*

<sup>29</sup> Carpentier, Alejo: *El acoso*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1969. p. 76.

<sup>30</sup> Ashcroft, Bill, Gareth Griffiths y Helen Tiffin (ed.): *The Post-Colonial Studies Reader*, Routledge, Londres y Nueva York, 1995.

*siglo...* una especie de “lectura desde abajo” *avant la lettre*, y que a través de ella reinsertó en la Historia, por el camino de la ficción, a quienes consideró sus verdaderos protagonistas: las gentes sin historia.

Y por último, que la más importante consecuencia de esta lectura al revés del desarrollo de la Revolución Francesa en el ámbito americano es la deconstrucción, la descalificación de la idea de que la historia latinoamericana es dependiente de la europea. Y esto lo hace Carpentier mediante la reincorporación estratégica del concepto de cimarronada.<sup>31</sup> Así, el suizo Sieger, personaje que en ocasiones sirve de vocero al yo-carpenteriano, les dice a los franceses: “Todo lo que hizo la Revolución Francesa en América fue legalizar una Gran Cimarronada que no cesa desde el siglo xvi. Los negros no los esperaron a ustedes para proclamarse libres un número incalculable de veces”.<sup>32</sup>

De acuerdo con todo lo anterior no es de extrañar que en *El siglo de las luces* los referentes clásicos contribuyan a la presentación de la paradójica acción de la Revolución Francesa en América, por una parte, subrayando las camaleónicas mudanzas de su personaje histórico protagónico: Víctor Hugues, antiguo panadero de Marsella, primero convertido en prometedor comerciante de Port-au-Prince y, sucesivamente devenido en representante en el Caribe de la Convención, el Directorio, el Consulado y el Imperio; y, por otra parte, develando —mediante la exhibición de su índole caricaturesca, carnavalizada— el carácter de farsa que asume en la retórica revolucionaria la apropiación de los grandes personajes antiguos, en especial de la república romana, de los tiranidas, de los grandes oradores.

Es posible ilustrar, con algunos de los muchos ejemplos que ofrece la novela, el papel que desempeña la Antigüedad en la emblemática revolucionaria. Aún en París, dice Martínez Ballesteros a Esteban: “Hoy cualquier mequetrefe se cree hecho de la madera de los Gracos, Catón o Bruto”.<sup>33</sup> El narrador, en la nave en que viajan los protagonistas hacia las Antillas, acota: “Discutían los jefes y comisarios, en gran tremolina de sables, galones, bandas y escarapelas, largando tantas palabras gruesas como podía decirlas un francés del Año II, después de haber invocado a Temístocles y Leónidas”.<sup>34</sup> Esteban, por su parte, testimonia acerca de las modificaciones y de la popularidad que adquieren las tragedias de tema clásico: “en el remozado *Británico* de la Comedia Francesa, Agripina era calificada de «ciudadana»”;<sup>35</sup> y en los textos que debía traducir en Bayona, descubre la impostura de este constante recurrir al mundo antiguo: “[...] la prosa amazotada de quien invocaba continuamente las sombras de los Tarquinos, de Catón y de Catilina, le parecía algo tan pasado de moda, tan falso, tan fuera de actualidad”.<sup>36</sup>

<sup>31</sup> Chevigny, Bell G.: “Historia e imaginación en «El camino de Santiago»”, *Imán. Anuario*, 3:181; La Habana, 1986.

<sup>32</sup> Carpentier, Alejo: *El siglo de las luces*, Ediciones R, La Habana, 1963. p. 276.

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 133.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 156.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 147.

<sup>36</sup> *Ibidem*, pp. 189-190.

En lo que respecta a las máscaras clásicas que con tanto placer asume Víctor Hugues, es bueno recordar que cuando aún los jóvenes protagonistas, que acababan de verlo por primera vez, no sabían pronunciar su nombre, ya conocían claramente sus disfraces. Dice el narrador, contando las incidencias de esta primera visita de Víctor: “Monsiur Jiug, evidentemente afecto a la Antigüedad, hizo de Mucio Scévola, de Cayo Graco, de Demóstenes —un Demóstenes presuntamente identificado cuando se le vio salir al patio en busca de piedrecitas”.<sup>37</sup>

La parábola vital de Víctor, su carrera “dramática”, sus juegos de disfraces, terminan, en lo que a la novela se refiere, con el episodio de la peste, de tan compleja urdimbre alusiva, de una intertextualidad y una interdiscursividad tan variadas, que quisiera detenerme brevísimamente en él, aunque solo sea como ejemplo, para enumerar lo que allí confluye, desde *Los novios*, de Manzoni, y parte de su tradición, las fábulas de La Fontaine, el *Corán*, la *Biblia*, himnarios medievales, hasta, por supuesto, las crónicas, relatos, cartas de la campaña de Egipto y, por encima y por detrás, como telón y en todas partes, el gran lienzo de Gros: *Bonaparte visitando a los apestados de Jaffa*, en cuyo colorido, en cuya teatralidad, me parece ver inscrito a Víctor Hugues. Y este “personaje” lo es aquí, en este pasaje, más que en cualquier otra parte de la novela. Él mismo lo sabe y dice:

En menos de diez años, creyendo maniobrar mi destino, fui llevado por los demás, por esos que siempre nos hacen y nos deshacen, aunque no los conozcamos siquiera, a mostrarme en tantos escenarios que ya no sé cuál me toca trabajar. He vestido tantos trajes que ya no sé cuál me corresponde.<sup>38</sup>

Sofía, al verlo salir de donde el médico acababa de curar sus ojos con lascas de carne de ternera, fresca y sangrante, le dice cuál es el personaje que verdaderamente ha representado, al traicionar los ideales de la Revolución, de sus primeros jefes, de Robespierre: “Pareces un parricida de tragedia antigua”,<sup>39</sup> un Edipo, pues, al que ella ya no va a guiar.

Mas ese severo tratamiento de las referencias clásicas del que apenas acabamos de ver unos pocos ejemplos, se pone muy de relieve cuando analizamos el empleo de otras referencias clásicas en esta misma novela, pero en contextos ajenos al propiamente revolucionario.

Así, en los recuerdos de lo que decía el padre muerto, o en los proyectos de viajes o lecturas de los jóvenes, antes de la llegada de Víctor, las alusiones a temas y autores grecolatinos no implican ningún tipo de connotación, son meras referencias históricas, parte del mobiliario de la época. Cuando Esteban logra desligarse de la decepcionante farsa revolucionaria montada por Víctor y sale de Pointe-à-Pitre, también el mundo clásico adquiere otro sentido, sus viejas resonancias de aventuras y de libertad: “Ahora —acota el narrador— se

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 45.

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 398.

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 399.

iba hacia el mar, y más allá del mar, hacia el Océano inmenso de las odiseas y anábasis”.<sup>40</sup> Cuando llegado a Paramaribo comenta los amores de los grandes señores del lugar con sus esclavas, dice: “Grato papel era para el Amo actuar de Toro y de Cisne y de Lluvia de Oro”,<sup>41</sup> con lo que el mito clásico recupera su riqueza fantástica, regresa a su linaje, vuelve a ser patrimonio de todos, como piensa Sofía al meditar, acodada en la borda del *Arrow*, en torno al libro de mapas celestes que había quedado en su biblioteca de La Habana:

Por el nombre de las constelaciones remontábase el hombre al lenguaje de sus primeros mitos, permaneciéndole tan fiel que cuando aparecieron las gentes de Cristo, no hallaron cabida en un cielo totalmente habitado por gentes paganas. Las estrellas habían sido dadas a Andrómeda y Perseo, a Hércules y Casiopea. Había títulos de propiedad suscritos a tenor de abo-lengo, que eran intransferibles a simples pescadores del Lago Tiberiades...<sup>42</sup>

Pero no solo estarán presentes los autores antiguos en las ocasiones de felicidad, de plenitud. En momentos de angustiosa rememoración, de penoso recuento, vienen también a la memoria, trayendo el sosiego de los dolores remotos. Así Esteban, el día de su regreso a La Habana, “comprendiendo que Ulises no se libraría, esa noche, de la obligación de narrar su Odisea, dijo [...] a Sofía: «Tráeme una botella del vino más corriente, y pon a refrescar otra para luego, porque el relato será largo».”<sup>43</sup> En estas palabras, que son una paráfrasis de los primeros versos del libro II de *La Eneida*, que son una paráfrasis de otros versos de la rapsodia VII de *La Odisea*, que son un remedo de sabrá usted qué otros cantos de viejos aedas, hay todo un poderoso homenaje a una tradición solemne y al mismo tiempo viva.

Y como de una tradición viva se trata, el mundo antiguo comienza a andar también por otros vericuetos que para nosotros resultan del mayor interés. Cuando Ogé, médico haitiano doctorado en París, pero practicante de una medicina alternativa, es traído por Víctor Hugues para que ponga fin al memorable ataque de asma de Esteban, inicia de inmediato la búsqueda del origen de la crisis y pregunta qué hay detrás de la habitación donde se encuentra el enfermo:

Carlos recordó que ahí existía un angosto traspatio, muy húmedo, lleno de muebles rotos y trastos inservibles, pasillo descubierto, separado de la calle por una estrecha verja cubierta de enredaderas, por el que nadie pasaba desde hacía muchos años. El médico insistió en ser llevado allá. Después de dar un rodeo por el cuarto de Remigio, que estaba fuera en busca de alguna pócima, abrieron una puerta chirriante, pintada de azul. Lo que pudo verse entonces fue muy sorprendente: sobre dos largos canteros paralelos

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 208.

<sup>41</sup> *Ibidem*, p. 287.

<sup>42</sup> *Ibidem*, p. 358.

<sup>43</sup> *Ibidem*, p. 309.

crecían perejiles y retamas, ortiguillas, sensitivas y hierbas de traza silvestre, en torno a varias matas de reseda, esplendorosamente florecidas. Como expuesto en altar, un busto de Sócrates, que Sofía recordaba haber visto alguna vez en el despacho de su padre, cuando niña, estaba colocado en un nicho, rodeado de extrañas ofrendas, semejantes a las que ciertas gentes hechiceras usaban en sus ensalmos: jícaras llenas de granos de maíz, piedras de azufre, caracoles, limaduras de hierro.<sup>44</sup>

De inmediato se procede a la destrucción de todas esas plantas que hacían daño a Esteban, y cuando llega el sirviente, enfurecido por lo que ha pasado, descubrimos que también por este camino se ha producido un raro, un extraño sincretismo: Remigio, el esclavo negro, había identificado a Sócrates con Oggún, el orisha de los bosques y del saber, y como tal lo honraba.<sup>45</sup>

Llegados aquí, podemos concluir parcialmente que si en *Los pasos perdidos* la presencia del ángel de las maracas,<sup>46</sup> imagen que encuentra el protagonista en una iglesia de empaque medieval situada en los pródromos de la selva, al ser una transgresión del modelo de concierto de ángeles tradicional, con todos sus instrumentos europeos, puede ser leída como muestra de lo real maravilloso americano —la poética que Carpentier formulara a fines de los cuarenta—, como una evidencia de la yuxtaposición, simultaneidad y coexistencia de culturas, tiempos y espacios distintos en la América Latina; en la identificación de Sócrates con Oggún que acabamos de ver, me parece asistir a una ilustración del concepto de transculturación tal como lo concibiera Fernando Ortiz, amigo y maestro de Carpentier. Por otra parte, podría añadirse que lo que en el primer caso se presenta como una formulación o una interpretación mecánica —hemos hablado de yuxtaposición, coexistencia, simultaneidad— de las relaciones de Europa y América, en el segundo se presenta como una formulación dinámica y mutuamente fecundante de las relaciones de ambos continentes. Y, por último, en lo que concierne específicamente a nuestro análisis, puede leerse este pasaje como una especie de contradiscurso etnocultural en relación con la utilización dada al código clásico por el discurso político de la Revolución Francesa, que posteriormente se expandirá en toda la novela de acuerdo con la lectura que propusimos al principio: la recuperación estratégica del concepto de cimarronada.

### III

Arribamos, por último, a un tercer momento de la relación de Carpentier con el mundo clásico: el de las desacralizadoras lecturas que hacen algunos de sus personajes de los textos literarios que a partir de temas, héroes o motivos de la cultura grecolatina, escribieron autores europeos de distintas épocas y linajes.

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 54.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 55.

<sup>46</sup> Ob. cit. (10), pp. 179, 183.

Se trata de dos ejemplos empleados por el novelista con similares objetivos, pero procedimientos bien distintos: uno de *El recurso del método* y otro de *Concierto barroco*, textos con los que se abre un nuevo ciclo en su narrativa, donde el humor alcanza una singular dimensión y la textura literaria, siempre densa, ostenta un dialogismo más evidente, en muchos casos marcadamente polémico o irónicamente paródico.

En *El recurso...* (1974), el personaje protagonista, un déspota ilustrado, gusta de presumir de su cultura, pero los europeos no le perdonan su rastacuerismo, por lo que decide vengarse de ellos golpeándolos donde más les duele: en sus glorias y en su conocimiento; y así, el día de la inauguración del Capitolio Nacional, lee ante todo el cuerpo diplomático largos pasajes de la *Plegaria sobre la Acrópolis*, de Ernest Renan, como si se tratara de un discurso propio. Ante el pompierismo desafortunado del texto, embajadores, ministros, consejeros, secretarios y cónsules difícilmente pueden reprimir la risa, y este es el momento que espera el orador para informarles que lo leído no se debía a su pluma, sino a la de Renan.<sup>47</sup>

En *Concierto barroco* (1974), noveleta contemporánea y en cierta medida complementaria de *El recurso del método*, son muy frecuentes sus referencias y críticas a la utilización dada por la música y la literatura europeas a la cultura de la Antigüedad. Pero en el ejemplo en que vamos a detenernos, la burla apunta a un autor muchísimo más importante que Renan, y se destina fundamentalmente a poner de relieve el tratamiento dado por Vivaldi al tema de la Conquista de México y, en segundo lugar, a reforzar la confrontación entre Europa y América Latina que, en el campo de los temas artísticos y literarios, se ha venido desarrollando a lo largo del sexto capítulo.

Con un gracioso juego de espejos el preste Antonio censura en Shakespeare lo mismo que es incapaz de ver en su ópera *Montezuma*. Leamos la sinopsis de *Titus Andronicus* ofrecida por el monje pelirrojo:

[...] la hija de un general romano a quien arrancan la lengua y cortan las dos manos después de violarla, acabando todo con un banquete donde el padre ofendido, manco a seguidas de un hachazo dado por el amante de su mujer, disfrazado de cocinero, hace comer a una Reina de Godos un pastel relleno con la carne de sus dos hijos —sangrados poco antes, como cochinos en vísperas de boda aldeana...<sup>48</sup>

La recepción, también aquí, resulta de gran interés:

“¡Qué asco!” —exclamó el sajón [Haendel]—. “Y lo peor es que en el pastel se había usado la carne de las caras —narices, orejas y garganta— como recomiendan los tratados de artes cisorias que se haga con las piezas de fina venatería...” [dijo Vivaldi]

<sup>47</sup> Carpentier, Alejo: *El recurso del método*, Editorial Siglo XXI, México, 1974, pp. 171- 174.

<sup>48</sup> \_\_\_\_\_: *Concierto barroco*, Editorial Siglo XXI, México, 1974, p. 52.

—“¿Y eso comió una Reina de Godos?” —preguntó [el negro] Filomeno, intencionado— “Como me estoy comiendo esta ensaimada”  
 —dijo [el preste] Antonio, mordiendo la que acababa de sacar —una más— de la cesta de las monjitas. —“¡Y hay quien dice que esas son costumbres de negros!” —pen[só] el negro [...].<sup>49</sup>

Como decíamos al comienzo de esta sección, si bien son similares los objetivos de esos dos largos pasajes de *El recurso del método* y de *Concierto barroco*, los procedimientos empleados, aunque parecidos en un aspecto sumamente importante: el gran espacio que se concede en ambos a la recepción de los “textos”, del material literario reportado, sin embargo difieren mucho en los modos de presentación de este material.

En el primer caso, en *El recurso...*, encontramos una larga cita textual *sui generis*, pues no se presenta como tal ni aparece marcada —entrecorillada o en cursiva—, y se utiliza para jugar aviesamente con el horizonte de expectativas de los receptores, lo que se explica dada la gran carga irónica con la cual el autor debe suplir la imposibilidad de identificarse con su personaje protagonista, el dictador ilustrado, quien, sin embargo, en muchas ocasiones fragua y vehicula la burla y la crítica carpenterianas. En *Concierto barroco* se trata de una síntesis que sobredimensiona aspectos del significado de una obra y pasa por alto todo lo relativo al significante, pues se pretende deconstruir el ideograma de civilización y barbarie mediante la confrontación de las reacciones del compositor veneciano y el negro cubano.

Pero lo más importante es descubrir la estructura profunda, la matriz de estas ideas que para mí se relacionan con dos aspectos, uno sincrónico y otro diacrónico, que atrajeron mucho a Carpentier y estuvieron presentes en distintos registros de su quehacer ensayístico. Por una parte, la especial situación del intelectual latinoamericano en relación con el europeo, se expresa simplemente en el hecho de que mientras este piensa que solo debe o tiene que conocer su cultura, aquel está obligado a conocer la propia y la europea. Y, por otra parte, y para eso le es muy importante el papel que como punto de referencia y como centro adquiere en sus textos el mundo clásico, el carácter periférico que en su momento y en relación con aquel también tuvieron las naciones europeas que posteriormente se constituyeron a su vez en puntos de referencia y en centros para la nueva periferia: la América Latina.

Deconstruir esta concepción de falsa dependencia, esta relación presuntamente estática de centro y periferia, y rescatar la naturaleza transcultural y heterogénea del arte, la literatura y el pensamiento de las nuevas configuraciones socioculturales que son los pueblos emergentes de la Conquista y la Colonización de América,<sup>50</sup> fue uno de los objetivos de la narrativa y también de la ensayística de Alejo Carpentier, expresado con gran humor y, por supuesto, con mucha ironía por su Primer Magistrado de *El recurso del método*, el cual,

<sup>49</sup> Ídem.

<sup>50</sup> Ribeiro, Darcy: *Las Américas y la civilización*, Casa de las Américas, La Habana, 1992.

enfrentado coyunturalmente al racismo pangermánico de comienzos de siglo, descubre que en la latinidad puede encontrar su divisa:

Al fin y al cabo, “latinidad” no significa pureza de raza ni limpieza de sangre —como solía decirse en desusados términos de Santo Oficio. Todas las razas del mundo antiguo se habían malaxado en la prodigiosa cuenca mediterránea, madre de nuestra cultura. Tremenda cama redonda había sido aquella, de romano con egipcia, de troyano con cartaginesa, de helena famosa con gente de color quebrado. Varias tetas había tenido la Loba de Rómulo y Remo [...] para cuanto cholo o zamba se colgara de ellas. Decir Latinidad era decir mestizaje, y todos éramos mestizos en la América Latina; todos teníamos de negros o de indios, de fenicios o de moros, de gaditanos o de celtíberos [...]

¡Mestizos éramos y a mucha honra!<sup>51</sup>

#### IV

Una buena conclusión, bastante carpenteriana, sería marcar aquí un *da capo*, y empezar de nuevo. Porque todo lo que se ha dicho y se ha hecho, podría volverse a decir y a hacer con otros textos: con “Semejante a la noche” y *El reino de este mundo*; con “Los advertidos”, con *El arpa y la sombra* y *La consagración de la primavera*... En *La Ilíada*, que sirve de tema, lema y título a “Semejante a la noche”, relato donde se juntan soldados de Grecia, de España, de Francia, de los Estados Unidos; en la recepción por parte de los esclavos haitianos de *El reino de este mundo* de la *Fedra* de Mlle. Floridor, que es la de Racine, que es la de Séneca, que fue la de Eurípides; en Deucalión y sus hermanos indios, judíos, chinos, egipcios del diluvio universal en “Los advertidos”; en la Medea del trágico latino que anuncia nuestras nuevas tierras; en *El arpa y la sombra*; en los himnos de Prudencio de *La consagración de la primavera*; en muchas páginas tan memorables como las que hemos glosado, está la grande, la profunda, la bien vivida cultura clásica de Alejo Carpentier, sabio “traductor” de América.

Pero también en estos textos, como en los que revisamos antes, se expresa una concepción mucho más ecuménica de la cultura, que trasciende la unicidad, el monologismo de un canon eurocentrista y excluyente, y la concibe como botín y patrimonio universales.

Por eso tienen en parte razón quienes afirman que en la obra de Carpentier hay más referencias al resto del mundo que a la América Latina, vasta fracción de todo un Continente, en la que, casi sin excepción, se han volcado todos los pueblos del planeta.

Por eso también en gran medida los destinatarios implícitos de Carpentier son europeos a los que, sin embargo, no se dirige para halagarlos ni complacerlos, sino para interpelarlos, para recordarles su responsabilidad en relación con el Nuevo Mundo, hechura —o malhechura— del Viejo, y para subrayar la

<sup>51</sup> Ob. cit. (44), p. 126.

arrogante ignorancia de quienes, como algunos grandes nombres entre los estudiosos de la tradición clásica, no recogen en sus eruditos, pero muengos trabajos, la espléndida cosecha de la que sigue siendo para muchos nuestra *Terra Incognita*.

Tomado de *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*,  
90 (4): 50-62, La Habana, octubre-diciembre, 1999.



El Dr. Julio Le Riverend imparte en la Biblioteca Nacional la conferencia  
“La penetración del capital financiero (1880 a 1929)”, dentro del ciclo  
“Etapas del desarrollo económico en Cuba”. 10 de abril de 1962

# Génesis histórica de la cultura científica cubana<sup>1</sup>

José López Sánchez

MÉDICO, HISTORIADOR,

PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS SOCIALES 1999

## Introducción

**E**N ESTE ensayo solo abordaremos los hechos científicos históricos acaecidos en Cuba, en un período limitado de tiempo, pero suficiente para esclarecer la forma y modo de cómo se fue originando la cultura científica en la sociedad cubana. Me aventuro a presentar un conjunto de reflexiones abarcadoras de problemas conceptuales, del valor y significación de la historia de la ciencia y la medicina según mis propios puntos de vista.

La historia de la ciencia es hoy día un factor de gran valor para la comprensión del nivel de desarrollo de la sociedad y un elemento de cardinal importancia para mensurar la difusión de su progreso. De todos los elementos que conforman la superestructura de la sociedad y concretamente del complejo conjunto de la cultura, en el más amplio y profundo contenido del quehacer humano, y de sus valores éticos, el que refleja más cabalmente el proceso de producción, su desarrollo y perspectivas está contenido como fuente primaria en la ciencia, tanto en las naturales como en las tecnológicas. Estos conceptos definitorios cambian en la medida misma en que avanza la interacción entre la sociedad y la naturaleza, las que son muy complejas y complicadas y solo comprensibles como una unidad dialéctica. En este punto es necesario advertir que la aparición de nuevas categorías de fenómeno, no son solo dependientes del modo de producción, sino de las formas de pensar del hombre. Esto último tiene que ver con la aparición de un estrato cualitativo y cuantitativo nuevo, surgido a impulso de los requerimientos de la ciencia que son los investigadores y experimentadores siempre en constante evolución al igual que el inventario de equipos técnicos en que se apoyan. Esto presenta una modalidad nueva porque desencadena móviles imprevistos e inesperados, derivados algunos de la inteligencia artificial. Para la valoración de este conjunto es imprescindible el conocimiento de su evolución histórica, es decir, de cómo se han sucedido en el decurso del trabajo experimental y de las innovaciones y los cambios que se le han introducido.

<sup>1</sup> Conferencia magistral impartida en el V Congreso Nacional de Historia de la Ciencia y la Tecnología, celebrado en noviembre de 1998.

Esto alumbró un nuevo espacio en la historia de la ciencia que desborda su vieja frontera al introducir un nuevo parámetro, el de la creatividad humana y la contribución propia de la tecnología de punta.

Ahora más que nunca tiene validez la acertada definición que hiciera Keldish en el XXIII Congreso Internacional de Historia de la Ciencia:

La historia de la ciencia hace renacer en nuestras mentes el apasionante espectáculo de cómo el hombre penetra en los secretos más recónditos del Universo —a lo que debe añadirse hoy— y de los misterios de la vida humana. De cómo tienen lugar las grandes manifestaciones del intelecto humano y brinda los ejemplos más significativos de la lucha de los científicos en aras de la verdad y sumo, idónea para el cultivo de la inteligencia en el mundo nuevo que se forja constantemente por la interacción del hombre y la naturaleza. Las alabanzas por los logros modernos no pueden ni deben ocultar que la ciencia actual hunde su raigalidad en aquellos conocimientos, hoy al parecer simples y primitivos, de culturas anteriores, tan llenas de atisbos perdurables, bastaría recordar las revoluciones de la Tierra o el movimiento circular de la sangre como lo más paradigmático en los albores del renacimiento. La historia de la civilización es una y continua, en cada etapa de su evolución, y en cada país es posible hallar una parte alícuota de progreso científico. Nuestra cultura no es tan excepcional ni necesariamente más acabada que la que se promovió milenios atrás. Nuestros conocimientos de hoy son muy útiles para comprender y valorar justamente la vastedad de la sabiduría antigua.

Nuestra generación no es más inteligente que la de nuestros ancestros, aunque ciertamente “Los conocimientos actuales son más extensos y exactos”. Como afirma Sartón “La adquisición y sistematización de conocimientos positivos es la única actividad humana verdaderamente acumulativa y progresiva”.

El avance de los conocimientos científicos ha sido de tal envergadura en estos últimos tiempos que nos ha creado la ilusión —falsa por demás— de que todo lo que tuvo lugar en tiempos pretéritos, no merece estudiarse ni recordarse, y hasta se llega a prescribir su inutilidad. Algunos en su vanidad erradamente imaginan que ahora, y solo ahora, comienza la creación científica, y definen que estamos en el camino de resolver todas las incógnitas y, por lo tanto toda la verdad científica se alcanzará en un tiempo relativamente breve. Este es un criterio prejuicioso que lejos de ayudar entorpece y retrasa nuevos conocimientos.

La historia muestra numerosos ejemplos, aunque solo se citará uno. Con los admirables descubrimientos de Pasteur se pudo pensar que la infectología llegó a su final, pero aparecieron los virus, las rickettsias y otros agentes. Tampoco el descubrimiento de los vectores biológicos por Carlos J. Finlay puso fin al contagio y esto sin hablar de los mecanismos patogénicos, o la patogenocidad. En la medida en que nos adentremos en la intimidad de los problemas biológicos, físicos, matemáticos, y los que deben ofrecer las investigaciones cósmicas,

nos percatamos de cuánto ignoramos aún acerca de la naturaleza, y de su independencia con los distintos factores que la componen. Para comprenderlos no hay otro medio que acudir al pensamiento teórico, partiendo de la base de que la ciencia del pensamiento es una ciencia histórica, la cual tiene también su importancia en lo que afecta a la aplicación práctica, es decir, aunque nos parezca paradójica e ingenua “la contradicción de lo que sabemos y lo que ignoramos sigue siendo el móvil de la investigación, en la búsqueda y explicación de los hechos y los problemas”. No podemos olvidar ni puede escapar a nuestro discernimiento que la aparición o logro de un descubrimiento lleva consigo la ignorancia de otros muchos.

La ciencia como un producto general y espiritual del desarrollo social es un elemento integrador de la cultura de una nación y está sujeta en sus limitaciones, o en su expansión, a las posibilidades que ofrece el modo de ser de la sociedad. Esto complica en grado sumo, su interpretación a la luz de la historia. Las ciencias se influyen en plenitud dimensional por las concepciones y los progresos de la universalidad de su discurso y el específico y peculiar desarrollo interno de cada una de ellas, a lo que se le adiciona el papel altamente motivador del genio humano, es decir del cultor de la ciencia.

Dada la asimetría en el desarrollo socio-económico del mundo que ha prevalecido y aún se mantiene como norma de la civilización, un conjunto de países acapara los más relevantes éxitos de la ciencia y de la técnica, en otros, los más, la investigación científica y su aplicación se limitan a ciertas ramas y siempre en forma restringida, lo que fragua el predominio de la ciencia en las grandes potencias y dimensiona su historia. Son ellas las que aportan más descubrimientos y poseen el mayor número de investigadores. El resto de los países, debido a su dependencia económica y su índice menor de competitividad, constriñe la esfera de la investigación, lo cual no implica que no hagan o contribuyan con aspectos valiosos.

La actual jerarquización de la ciencia no fue históricamente del mismo rango, porque este en definitiva está sujeto a las leyes del desarrollo de la sociedad humana. Esto prueba que el progreso científico está vinculado al sistema social imperante. La historia verifica el aserto de que todo país, en alguna medida ha contribuido al acervo científico universal.

En otro aspecto digamos que tanto la historia de la ciencia, como la propia de la medicina, con la salvedad de otras disciplinas, son relativamente nuevas, están en pleno desarrollo metodológico y estructural lo que equivale a admitir que aún no han generalizado su nivel teórico y sus interacciones con las fuerzas motrices que la promueven e impulsan en el contexto sociocultural.

La historia de la ciencia no solo nos es útil por lo que nos enseña sobre ideas y personalidades científicas, lo cual es inexcusable. Sus expectativas son más anchas y profundas, es promotora de heurística, de formas educativas superiores, de mostrar nuevos senderos en la investigación y su metodología, y pauta el inextricable camino de la creatividad científica, ensanchando nuestro horizonte y nuestra visión de lo nuevo, y lo diferente. En síntesis, tal como expresa Sarton, “es el más precioso patrimonio de la humanidad”. En los tiempos

modernos además es un surtidor eficaz de proposiciones e hipótesis, con lo que se enriquece nuestro intelecto y lo conduce por el camino del humanismo.

Es una pena grande que esta materia no haya atraído a la legión de jóvenes y modernos investigadores, que no la estudien consecuente y sistemáticamente, que no se percaten de cuán provechoso puede serle incluso en su trabajo práctico.

Como disculpa para ello vale el hecho de que los historiadores no han tenido la suficiente habilidad para atraerlos con textos claros y sencillos, libres de la pesantez de la erudición, y redactados con un lenguaje literariamente rico en expresiones que los inciten y los seduzcan, semejantes a ciertas obras de ficción, de historia del arte y literaria.

La mayoría de los jóvenes investigadores admiran la ciencia, por el maravilloso espectáculo de sus aplicaciones, pero olvidan que en el trasfondo subyacen numerosas intuiciones y conocimientos teóricos que podrían ser muy valiosos, si se expusieran. A veces una idea científica no culmina aunque fuese bien concebida y ello se debe a que no existían las condiciones apropiadas, ni el colectivo científico las compartía, bien porque interrumpía bruscamente el raciocinio de su época, o a consecuencias de la tozudez o inercia mental que los mantiene apegados a criterios anticuados y obsoletos. En otra vertiente, el espectáculo maravilloso de la verificación de un descubrimiento, encubre en múltiples ocasiones la ciencia teórica y desinteresada que le sirvió de impulso. Un ejemplo de esto es posible identificarlo en la actitud asumida por el Colectivo Médico Académico de Cuba y en el extranjero en el siglo pasado frente a la enunciación de la teoría finlayana de la transmisión de la fiebre amarilla por el mosquito *Aedes Aegypti*, la cual fue acogida con indiferencia y temor. En ese tiempo no parecía concebible una tal teoría a pesar de no ser extemporánea, por lo que no hubo comprensión para su real significado teórico y sus derivaciones prácticas.

En 1542 en *De Contagione*, Fracastoto enunció la posibilidad de que existiera un conjunto de distancia, pero no conocía de tales enfermedades y para lo cual jamás hubo comprensión. Por supuesto que Finlay no partió de esta intuición, sino de algo más concreto y moderno e ideó la factibilidad de que el contagio se verificara por intermedio de vectores biológicos.

Podría argumentarse mucho más en torno al valor de la historia de la ciencia, sin dejar de advertir que en la medida misma que se haga más popular y menos profesional se pueden crear problemas y complicaciones graves que afectan la verdad científica. En mi opinión, más que erudición lo que ella reclama es valor moral, es decir una ética de la verdad, sin prejuicios ni chovinismos, ni exageraciones apologéticas, ni denigraciones. La historia de la ciencia es un paradigma de la sabiduría del intelecto en función del progreso humano.

Hay quienes provocan incertidumbres y confusiones al utilizar una metodología inadecuada, pero los más dañosos son los que persiguen deformar la historia con la aplicación de la epistemología, sobre todo si el autor persigue un fin premeditado para saciarse con una conclusión que fingidamente la ha preconcebido. Un ejemplo de esto lo ofrece el pequeño libro de la Delaporte,

*La historia de la fiebre amarilla*, cuyo título no se aviene con su contenido y en el que su propio rencor dice que está escrita como una historia detectivesca. Él sienta como premisa una falsedad de la que no puede ofrecer un testimonio histórico verídico. Sobre esto ya me he referido en dos ocasiones distintas, una en México en la sección plenaria del III Congreso de Salud y Enfermedad y, otra en La Habana, en el paraninfo de la Academia de Ciencias donde leí una conferencia titulada “En defensa de la credibilidad científica” donde rebato las argucias que sustenta por inciertas y se califica este libro como inconveniente y no útil para la juventud estudiosa de la historia de la ciencia por atentatorio a verdades irrefutables sostenidas por ilustres sabios, en diferentes congresos internacionales de medicina.

Permítanme añadir otra reflexión. Si en los tiempos pasados se podía tomar la historia de la ciencia como deleite, reivindicación o erudición, a la luz del desarrollo actual es una imperiosa necesidad estudiarla e investigarla, con la misma acuciosidad y rigor metodológico con que se exploran los más complicados problemas de la biología, la medicina, la física y la cibernética y cuantas otras ciencias componen el firmamento infinito del conocimiento. Con la historia de la ciencia, se deshíela la ciencia y se hace entrar en ella savia nueva. El pensamiento nuevo sirve para ver más hondo en la sabiduría antigua. Peca de estulto quien no columbre que los tiempos son como sementeras revueltas que exigen que una y otra vez se acudan a los surcos que abrieron los próceres que nos precedieron para la difusión de la niebla de lo ignorado y abrir nuevos derroteros para el porvenir. No se puede minorar la ciencia porque en algún momento de la historia no pudo ni supo alcanzar la verdad. No se puede llegar más allá de lo que el tiempo permite y la sociedad necesita. Pretender algo distinto es como sembrar el caos. Los grandes corifeos de la ciencia cumplieron su misión, ahora tócanos a nosotros comprenderlos y hacer accesible su genio, popularizando y divulgando sus contribuciones científicas en certámenes internacionales.

Esta actividad podría atraer a gran número de intelectuales, tales como literatos, educadores, periodistas, escritores y hasta a los propios científicos; ¡Cuánto ganaría la cultura! La divulgación científica es también un tema que exige historiarse. Quisiera recordar a algunas personalidades más sobresalientes y que merecieron el premio Kalinga de la UNESCO, creado por iniciativa de Biju Patnaik a quien pude conocer personalmente durante mi estancia en la India.

Los descubrimientos científicos, las innovaciones tecnológicas, surgen y se aceleran con violencia inusitada, de ahí que se hace necesario darlas a conocer lo más temprano posible a la opinión pública. La ciencia hoy está tan diversificada que incluso muchos de los que trabajan en una especialidad ignoran lo logrado en otras, de las cuales pueden necesitar.

Lo importante es que los divulgadores o popularizadores tengan un profundo sentido de responsabilidad hacia los lectores, una aguda conciencia de exponerla con seriedad y claridad. Para solo citar a algunos de los científicos que abordan esta tarea magistralmente se pueden mencionar entre otros a Louis de Bogle, en *Certidumbre e incertidumbre en la Ciencia; Un planeta llamado tierra*; Oparin, *El origen de la vida*; Jean Rostand, *La génesis de la vida*; Bertrand

Russell, *Impacto de la ciencia en la sociedad*; Carl Sagan, *Los dragones del Edén*; Hawkins, *La historia del tiempo*; Konrad Lorenz, *Los 8 pecados mortales de la humanidad civilizada* que lo convirtió en un prominente miembro de la protección del medio ambiente; el reciente libro de José B. Altschuler *La luz que llegó para quedarse*, y qué decir de ese magnífico libro de Federico Engels *Dialéctica de la naturaleza*, y el bello y esclarecedor Prólogo de J. B. S. Haldane, y para los más relevantes científicos de India, el libro de Jaggit Singh bajo el título de *Some Eminent Indian Scientist*.

## Ojeada histórica de la ciencia en Cuba

La investigación histórica en nuestro país, particularmente en las ciencias naturales y la medicina, es una tarea muy laboriosa, porque su fuente documental es escasa y se encuentra dispersa. En lo que respecta al período que denomino “hispanico”, solo dependemos de las actas del cabildo, protocolos notariales y los fondos que se conservan en el Archivo de Indias y otros. La imprenta en Cuba llegó solo en la primera década del siglo XVIII. No obstante ello, ha sido posible agrupar algunos elementos culturales que pueden asumirse como los prístinos que dan origen al movimiento científico en la Isla. A esto me he referido recientemente en conmemoración de la eclosión científica.

Es conocido, por haber sido divulgado más de una vez, que en 1648 un nativo, un habanero como se llamaba entonces a los nacidos en la ciudad, lo cual les permitía diferenciarse de los españoles, Diego Vázquez de Hinos-trosa viajó a México para estudiar medicina, y regresó a ejercer su profesión en La Habana. La importancia de esto estriba en la continuidad, pues este servicio era potestad neta de la metrópoli. Constituye un elemento cualitativo nuevo, al representar la actitud de nativos de adquirir por sí mismos conocimientos, en este caso médicos. Si bien no se puede interpretar como un desafío a las ordenanzas españolas, sí representa la expresión de una voluntad peculiar y quizás también de cierta habilidad de percatarse de una necesidad material, representada por la inopia de médicos y la presencia de ciertas enfermedades, casi seguro epidémicas.

Un año después de su salida, en 1649, aparece la primera y más grande epidemia de fiebre amarilla que se registra en La Habana, aunque quizás pudo estar precedida de casos aislados. Lo cierto es que en esa fecha solo había algunos cirujanos, que fallecieron víctimas de la enfermedad. No es hasta 1651 que llega un doctor en Medicina, graduado en Sevilla, el doctor Lázaro de Flores y Navarro, quien habrá de figurar en los *Anales históricos cubanos* por haber escrito en La Habana, entre 1662-1773 un libro científico, el *Primero, arte de navegar*, que por falta de imprenta se publicó en Madrid en 1673. Desde el punto de vista científico da a conocer las primeras explicaciones de fenómenos naturales que ocurren en la Isla, tales como eclipses lunares, y mediciones geoastronómicas. Formuló nuevas tablas sobre la declinación del sol, computadas al meridiano de La Habana. Hizo estudios, sobre el movimiento de las estrellas, tomando como guía a Tycho Brahe. Según Fernández Navarrete “aplicó un

método nuevo, conforme a principios matemáticos para resolver la ecuación de las declinaciones del sol”. En su libro hace una mención a Copérnico, aunque era partidario de las doctrinas ptolemaicas. En verdad, en América el introductor de la teoría heliocéntrica, fue el notable astrónomo y matemático mexicano Sigüenza y Góngora quien la dio a conocer en su *Libra astronómica* en 1681, lo que representó un verdadero desafío científico, porque ella estaba considerada como subversiva y sujeta a la victimización por el Tribunal de la Inquisición. En La Habana representaba al tribunal el notario Juan Bautista Guilisasti.

Las aportaciones más importantes y novedosas que ofrece Flores son sus observaciones de eclipses lunares los que utiliza para fijar la situación geográfica de La Habana y la diferencia de tiempo existente entre esta y Sevilla. La primera la efectuó el 12 de febrero de 1663, que puede tomarse como la fecha primicial de una observación científica en la Isla. El segundo ocurrió el 6 de agosto de 1664. El libro de Flores no circuló en La Habana porque falleció casi simultáneamente con su publicación en 1673 y no existe constancia de que su viuda lo haya importado, y solo se pudo conocer por la cita que hace Delmonte y reproduce Trelles. No fue hasta su tricenario en 1973 que se hace un análisis crítico del mismo.

Este incipiente y esporádico científico de la Isla guarda un cierto paralelismo con el de México en el siglo xvi, es decir, un siglo antes. No se puede olvidar que aquel es un producto de la atención que se prestó a la cultura indígena que contó con el apoyo de la metrópoli al despertar su interés de conocer la flora de ese país, para lo cual envió con el título de protomédico a Francisco Hernández. Además hay otros factores primordiales para crear una cultura científica que sí se dieron en México, como la imprenta (1539), carta geográfica completa (1556-1562), universidad (1518) biblioteca (1534), primer médico (1514). Todos comportan un sostén fundamental para los orígenes de la ciencia.

Tras el regreso de Hinostrosa a México y la defunción de Flores, la atención médica en La Habana queda en manos de cirujanos y ocasionalmente de médicos de la Armada. A fines de siglo arriba el doctor Francisco de Teneza y con él se inaugura las funciones del Tribunal del Protomedicato, anteriores a este solo vinieron un médico español y otro de México. El siglo xviii se inaugura con un fortalecimiento de la posición de los médicos. Esto coincide con la aplicación de la emigración de cultura a México, y un cambio significativo en su composición, de estudiosos de derecho y cánones de medicina, y entre estos se revelan dos importantes figuras que cultivarán otros perfiles científicos, que representan una modalidad cualitativa que arrojará luz, en el período que Le Riverend denominaba de “penumbra”. Estos son Francisco González del Álamo con quien comienzan los estudios de medicina de la Isla y será también el primer publicista de un dictamen médico que se dio a la imprenta en México ante la imposibilidad de hacerse en La Habana, y que aún permanece perdido. La noticia llega a través de la obra histórica de Arrate y consta en las actas del cabildo del 3 de junio de 1711. El 12 de enero de 1726 en el convento de San Juan de Letrán se inauguró el primer curso de Medicina, que se desarrolló en años sucesivos con tanto éxito que cuando se creó la Facultad de Medicina, de no

haber fallecido González del Álamo habría sido su decano y profesor de Fisiología. Sus alumnos fueron profesores de la Pontificia.

El segundo llegó a ser la personalidad científica más relevante de la primera mitad del siglo XVIII, su nombre Marcos Antonio Riaño de Gamboa. Graduado de médico en México, desde estudiante se mostró interesado en matemáticas, a extremo tal que se presentó como concursante a la cátedra vacante por la muerte de Carlos Sigüenza Góngora en 1769; al parecer no tuvo éxito, se desconocen sus ejercicios por lo que no se pueden valorar sus conocimientos al respecto, pero evidentemente que esto lo mantuvo como una vocación, pues si bien regresó a La Habana a ejercer su profesión, en 1706 marcha a Cartagena de Indias donde lleva a cabo estudios de astronomía, quizás estimulado por las observaciones primeras que inicia la metrópoli con el propósito de determinar las posiciones geográficas de los puertos y ciudades de las colonias ultramarinas, obligada España ante la necesidad de establecer un sistema militar defensivo, particularmente en los poblados o ciudades costeras. Uno de estos ingenieros militares fue Juan Herrera, quien había permanecido en Cuba durante siete años. En 1769 el gobierno español le ordenó trasladarse a la ciudad de Cartagena de Indias. Allí se encontró con Riaño de Gamboa, quien ejercía la medicina y al parecer lo influenció hacia el estudio de la astronomía. Ambos hicieron observaciones conjuntas. J. Cassini, director del observatorio de París, recibió una colección de observaciones astronómicas realizadas en América, entre las que se hallaban las de Herrera y Riaño de Gamboa, las cuales publicó en 1729 en las *Memoires de Academie Royal des Sciences*. En ese estudio afirma que Riaño fue el primero que hizo la determinación de la altitud de La Habana efectuando la observación de cuatro eclipses de luna y la ocultación del primer satélite de Júpiter con un telescopio de diez pies y un péndulo. Los eclipses tuvieron lugar en los años 1715, 1721, 1724 y 1726, el fenómeno de Júpiter en 1724. También hizo la medición de la altura de Sirio y Proción en 1717. Cassini en la época en que calcula estas observaciones de Gamboa, las comparó con otras observaciones correspondientes hechas en Europa. Las de Riaño solo tuvieron un error, menor de 45°. Humboldt sostuvo que en cuanto al interior, la isla de Cuba era una tierra desconocida, lo que no se ajusta enteramente a la verdad, porque Riaño había estudiado la altura meridiana de Trinidad, Sancti Spíritus y Puerto Rico. El artículo publicado por Cassini fue uno de los que le sirvieron de base a Humboldt, quien dice: “Creí indispensable dar esta reseña histórica”, la que constituye el capítulo primero de su *Ensayo político* con el fin de que “el lector pueda comprender los motivos que han determinados el camino que sigo. Me remontaré hasta la época de las observaciones de Gamboa, es decir, 90 años atrás...”. Riaño también mereció citas de La Sagra y Oltmanns. El artículo de Cassini fue traducido, comentado, y publicado en *Quiipu* en 1989 por López Sánchez.

Riaño falleció en 1729 y parece que fue en México porque la noticia la ofreció *La Gaceta de México*, donde se dice que fue famoso médico y revisor de libros del Santo Oficio de la Inquisición. Sus trabajos le confieren el título de primer astrónomo de Cuba, y primer expositor de observaciones científicas, los de Flores aunque le antecedieron no fueron conocidas hasta el siglo XIX en Cuba.

Otro científico e ilustrado habanero y condiscípulo de Riaño en la Universidad de México lo fue el doctor José Escobar y Morales, descendiente de una familia de mayor linaje que los precedentes, hijo de un alcalde y regidor del ayuntamiento de La Habana. Esto puede servir como un indicio de la expansión del interés y la necesidad hacia la cultura científica que se desarrollaba en ese período. Se graduó de médico en 1702 e hizo sus prácticas con uno de los más notable catedráticos de su tiempo, el profesor Marcos José Salgado, autor del primer tratado de Fisiología escrito en el continente americano. Se graduó de doctor en Derecho Civil y fue nombrado abogado de la Real Audiencia. Por más de veinte años desempeñó la cátedra de Matemática y Astrología. Médico del Hospital Real de Indios, se dice que jamás dejó de asistir a la atención de sus enfermos, no obstante sus importantes obligaciones. En 1736 México fue invadido por una epidemia o fiebre pestilencial, como se denominaba en ese tiempo, conocida por Matlazahuatl o Cocolixtle, sobre cuya enfermedad publicó un folleto. Dícese que falleció a causa de ella. En *La Gaceta de México* se le califica como “uno de los nobles ingenios de que es tan fecunda nuestra América”.

Al arribarse a las primeras décadas de este siglo la emigración cultural no solo se reduce, sino que cambia de orientación: ya no van a estudiar medicina, solo individuos aislados, no obstante ser muy reducido el número de médicos y cirujanos que vienen de la metrópoli, y las condiciones de salud de la población empeoran a causa del abarrote de extranjeros venidos por el incremento del comercio marítimo. La otra vertiente, siempre muy pequeña, la observación de fenómenos astronómicos y su aplicación para las determinaciones geográficas, no sustancia propiciamente el interés de los criollos o habaneros, el caso de Flores se justifica, el de Riaño es una seducción por el ambiente que encontró en Cartagena, ni siquiera España estuvo interesado en estas actividades hasta que las necesidades militares las requirieron. Humboldt prestó atención preferente a estos estudios de precisiones geográficas en los países de América que visitó, entre ellos la isla de Cuba, motivado por su espíritu de explorador inquisitivo sobre un aspecto poco conocido de la realidad territorial de América.

Por insignificante que parezca el rudimentario comienzo de la cultura científica cubana este es el germen de partida de una necesidad histórica, la de ir formando su cultura propia, unívoca, antes de culminar su emancipación definitiva. Este es el destino inexcusable de los países periféricos hacia su centro, en este caso, España. El estudio de este proceso no es solo fascinante, sino consustancial, para identificar y valorar adecuadamente los esfuerzos que hicieron estos países para conquistar su independencia. En América quien tuvo una situación de privilegios fue México, gracias a la conservación de sus culturas originarias autóctonas, el que alcanzó el más alto nivel de desarrollo del que pudo aprovecharse en cierta medida Cuba por su emigración de cultura, cuyo espectro cambió en el siglo XVIII cuando se concentró en estudios distintos, con preferencia derecho canónico y leyes, lo que puede explicarse por un aumento de las actividades religiosas con la fundación de las iglesias y conventos y las necesarias actividades jurídicas que generaban los negocios y el comercio.

En 1711 España decide por fin establecer el protomedicato en la Isla y nombra como regente a Francisco de Teneza y años después en 1728 como segundo a Luis Fontaine, a la sazón decano de la Facultad de Medicina, quizás con la intención de correlacionar a ambos. El protomédico Teneza cumplió bien sus funciones como tal, implantando y haciendo cumplir las ordenanzas legales reguladoras del ejercicio de la profesión de médico, cirujano y farmacéutico. Desempeñó un papel positivo en los propósitos de laicizar a la Universidad, litigando contra el hegemonismo absoluto de la Orden de los Dominicos en esta institución. Fue el principal redactor de la *Tarifa de precios*, un documento valioso no solo porque constituye el primer impreso cubano, sino porque sentaba las bases para el despacho y venta de medicinas con lo que resolvía un grave problema en su tiempo, pues no existía un control sobre cuáles medicamentos podían recetarse a los pacientes, así como la normalización de sus precios poniendo fin al mercado especulativo. Después de Teneza y Fontaine el protomedicato hasta su extinción estuvo bajo la égida de los médicos habaneros graduados en la Universidad.

El otro instrumento discursivo de excepcional importancia aun cuando estuviera limitado por su carácter pontifical fue la Universidad erigida en 1728, la que contribuyó a dar forma y carácter a los estudios superiores que se podían realizar: medicina, cánones y leyes. No obstante el estatismo de estas instituciones hubo un adelanto en la formación de la cultura científica. El ingreso en la Universidad estaba precedido por la obtención del grado de bachiller en Artes o Filosofía y no obstante la fuerte influencia del aristotelismo se pudo avanzar. Lo paradigmático de este período es la controversia de opiniones, la lucha por la introducción de nuevas ideas, en especial en filosofías, esto correspondió al Colegio Seminario de San Carlos, con las lecciones del padre José Agustín Caballero; los estudiantes con independencia de su condición social estaban inmersos en estos debates, lo que también ocurría con el profesorado. El hecho de que un gran número de estudiantes fueron de familias ricas, no entorpece su asimilación hacia nuevos conceptos.

Con reiteración se ha insistido en la necesidad de profundizar la investigación histórica del siglo XVIII, muy cuajado de rivalidades y antagonismos en el dominio de las ideas, raciocinios, opiniones y creencias que a la postre motivaron el florecimiento de lo científico natural por una parte y el resquebrajamiento de la arquitectura estructural del pensamiento escolástico por otra.

Con la llegada del nuevo siglo comienzan cambios importantes en lo económico y en lo demográfico. La población aumenta a expensas de una crecida inmigración de extranjeros que no poseen conciencia de la dinámica social que prima en la Isla e insta a una diferenciación más sostenida acerca de los atributos del poder de “dentro”, es decir, de los que de algún modo poseen raigalidad en la Isla y los de “fuera”, los advenedizos, en tránsito o no, que vienen desde la metrópoli tras una ubicación económica. No existía aún propiamente una capa media, excepto la de los artesanos. A los seminarios y a la Universidad acudían criollos de diferentes capas sociales siempre que fuesen cristianos blancos.

El período de 1740 a 1790 presenta rasgos muy complicados en las relaciones y antagonismos entre los religiosos y los laicos. La Universidad recién creada sufrió los embates de unos y otros y las pretendidas reformas que se insinuaron se reducen al propósito de modificar el régimen de su autoritario gobierno.

Los graduados de medicina, los más numerosos, poco nuevo aportan en sus tesis doctorales, no rebasan los niveles del siglo xvii.

En los años de 1762 a 1763 ocurre la toma de La Habana por los ingleses. Su repercusión fue grande en Cuba y España, pero nada influyó en el movimiento científico, por lo menos de inmediato y durante la ocupación. Solo puede señalarse que hubo una gran epidemia de fiebre amarilla, ante la cual los médicos ingleses se mostraban ignorantes, su experiencia estaba limitada a unos pocos que habían ejercido en las colonias anglófonas del Caribe. Se dice, sin constancia protocolar alguna que el médico José Arango Barrios llevó a cabo por primera vez necropsias de fallecidos. Desde el punto de vista de esta práctica no es nada novedoso, pero sí que fuera en cadáveres de defunciones por fiebre amarilla. Una vez evacuada la plaza, España se preocupó no solo por las construcciones militares, sino también civiles para mejorar su aspecto urbanístico e inició medidas de higiene pública.

Veinte años después de inaugurarse el Seminario de San Carlos se constituye la Real Sociedad Patriótica, también denominada Sociedad Económica de Amigos del País. Ya esto va a corresponder a un período de excepcional importancia y notable especificidad en lo tocante al progreso de la cultura, la ciencia y la economía que tiene lugar en la década de 1790 a 1800.

La comprensión cabal de la cultura discurre a veces sin que se perciba en toda su extensión e intimidad. Existe una forma externalista que se da a conocer por los diferentes medios de expresión y sus variantes, la escrita y la oral, pero otra muy decisiva para el curso de los acontecimientos que es la internalista o acumulativa que adquieren de *motu* propios, grupos de individuos a través de lecturas, estudios y formas múltiples de adquirir conocimientos y que no afloran, porque las circunstancias materiales no se conjugan y la necesidad no la urge. Este fenómeno ocurrió en la Isla en el curso de varias décadas del siglo xviii debido al tardío desarrollo de la imprenta, a la falta de instituciones educativas académicas, o de otra naturaleza y, a las contradicciones entre los principales centros de difusión y las dificultades provocadas por la opresión mental del ambiente frenador de la libertad de expresión, impuesto por los despóticos gobiernos de mandones y lucrosos, propios del período factorial, así como la no concreción de nuevas formas económicas. Estas se presentan en el estadio colonial en el que primará el más alto grado de cultura integradora que incita a la divulgación literaria y la aproximación a la ciencia.

A la nueva clase que surge le interesa el desarrollo por vinculación indisoluble al destino del país. De habanero se pasa a ser criollo y se tiende a la modernidad, para sostenerse y poder avanzar. En esta vorágine de cambios socio-económicos se privilegia la formación y la manifestación cultural dando lugar a la creación de centros de estudio, de sociedades que permitan el intercambio de ideas, propósitos y aspiraciones, y a la necesidad de medios de

divulgación de tales aspiraciones. Este fenómeno opera en La Habana entre los años de 1773, en que se funda el Seminario de San Carlos, a 1793 en que inauguran los trabajos de la Sociedad Económica de Amigos del País y en el interregno la publicación del *Papel Periódico de La Havana* en 1790. En este punto crucial se observa la llegada de un proceso que va a generar una aceleración que se corresponda con las innovaciones que se han estado produciendo en el interior de la Isla, y concomitantemente con los que se suceden en las condiciones internacionales que abren cauces a la libertad de comercio, que aparejó una influencia decisiva sobre las bases económicas y sociales creadas a lo largo de este período.

Lo más sobresaliente de esta década de fines del siglo XVIII y que más ha impresionado a los historiadores es el violento salto que se produce en el desarrollo de la economía, cuyo rasgo esencial es la contienda por crear una sólida producción de azúcar para la exportación y cuyas posibilidades aparecen más firmes cada día. Desde tiempo anterior, la Isla venía experimentando un creciente progreso agrario en el cultivo de la caña de azúcar, aunque a ritmo lento, porque este exigía una fuerza de trabajo de la que se carecía, si bien los factores como tierra fértil, bosques, ganado y utensilios de trabajo sí se poseían. Para suplir la falta de brazos se comenzó la importación de esclavos negros acrecentándose con un carácter social distinto al de la esclavitud doméstica.

En este auge azucarero intervinieron accidentes históricos independientes del quehacer propio, de carácter internacional, tales como la declinación de las colonias inglesas caribeñas, la ruina de Haití y la aparición del mercado independiente de los Estados Unidos, sin descartar los propósitos y afanes de la población criolla de incrementar sus recursos agrícolas orientándolos hacia los cultivos más deseables y utilitarios, para eso se requería protagonizar conocimientos técnicos más avanzados devenidos o procedentes de las ciencias naturales, lo que implicaba una tendencia a la cultura escolástica predominante.

Fue en el seno del Colegio Seminario de San Carlos donde adquirió cuerpo de enseñanza una nueva filosofía que debía guiarse “por lo que parezca más conforme a la verdad, según los nuevos experimentos que cada día se hacen y las mayores luces que se adquiera con el estudio de la naturaleza”. Es evidente, como dijera Martí, “que cuando las condiciones materiales cambian, también cambian las ideas de los hombres”, pero este es un camino muy complicado que requiere mucha decisión y hay que decir que mucho honra al padre Caballero que no se dejase extraviar por el limitado estado de los conocimientos científicos de su época en la Isla e insistiese en su filosofía en elegir aquellos postulados que mejor sirviesen a concepciones nuevas y desechar las anticuadas. Esto naturalmente es un proceso histórico y como tal requería el constante fluir de ideas que en el caso cubano, fue un período relativamente corto, si se referencia con el ritmo de cambios que ocurrían en la economía. La escolástica no podía ser derrotada de una sola vez, tampoco las transformaciones se sucedían todas al mismo tiempo.

La publicación del *Papel Periódico...* fue otro instrumento indispensable para validar en la opinión pública conceptos y nociones nuevas del reformismo

electivo liberal. El padre José Agustín Caballero será su principal mentor ideológico. Los ingresos provenientes del periódico se invertirían en la formación de una biblioteca de la que fue director Antonio Robredo, astrónomo que colaboró con Humboldt en sus investigaciones geoastronómicas.

El *Papel Periódico*... fue un vehículo idóneo y comprometido para estos propósitos. No es fácil identificar a todos los autores, pues mucho suscribían con seudónimos sus artículos y son un enigma, pero obviamente una gran mayoría se debió a Caballero, otros los relativos a medicina son de Romay, quien también usó como seudónimo *Matías Moro*. El primer artículo sobre la física en 1791 que parece ser de Caballero “es una franca impugnación a la escolástica, confeccionado en el nuevo espíritu cartesiano y newtoniano, con audaces citas de Arnauld”.

En 1797 como resultado del estímulo que va produciendo la actividad intelectual que tiene lugar en la sociedad, la propagación del periódico así como la necesidad de abarcar otros aspectos, ven la luz numerosos folletos que aparecen simultáneamente a lo largo de ese año, así como también algunos pronunciamientos que revelan cambios en la mentalidad de los educandos. He dado en llamarlo el “Año de la eclosión científica”. Reúne en su conjunto el inicio u origen de la bibliografía científica moderna, y no solo de los criollos, sino también de españoles entre los cuales se revelan evidentes contradicciones, inclinándose la modernidad a favor de los criollos.

El que inaugura la eclosión es una disertación de Romay en el seno de la Sociedad sobre la fiebre amarilla, que responde a una necesidad material, pues esta enfermedad epidémica se mantenía activa desde 1762 coincidente con la ocupación de La Habana por los ingleses, y los médicos se muestran confusos e ignorantes en su aspecto clínico-terapéutico. Fue una sesión histórica a la que asistió la mayoría de los médicos que ejercían en La Habana, que se mostraron conformes con sus opiniones y pidieron su publicación. Escrita en un estilo acorde con el léxico de la época, presentó un plan distinto a todo lo que se había publicado hasta entonces por otros autores, incluidos españoles y norteamericanos. Su importancia estriba en que se pronuncia contra la corriente en boga de considerar a esta enfermedad “contagiosa”. Esta opinión fue objeto de una polémica con el médico español Francisco Xavier de Córdoba y el cirujano inglés John F. Holliday. La conducta asumida por Romay revela una intuición sorprendente, es una primera manifestación del anticontagionismo en esta enfermedad cuya primera indicación se atribuye a Jean Devéze hecha en ocasión de la epidemia de 1793 en Estados Unidos. Esta tendencia se concreta en 1799 cuando se funda la Academia de Medicina de Filadelfia. La fiebre amarilla fue un muy importante problema epidemiológico a nivel mundial, a extremo tal, que cuando estalló la epidemia de Gibraltar, Francia envió una comisión para su estudio la que se pronunció a favor del contagio directo, lo que generó un debate entre Pariset y Chervin. Este emprendió un periplo por América y estuvo en La Habana, donde se entrevistó con Romay quien le facilitó numerosas pruebas a favor del anticontagionismo de la enfermedad.

El contagio personal estaba muy arraigado entre los médicos de todo el mundo a extremo tal que un notabilísimo experimentador italiano, Eusebio Valli, estuvo en La Habana para llevar a cabo su experiencia, lo que no impidió su muerte. En aquellos tiempos se dijo que la causa fue el terror que le inspiró el espectáculo de los días finales de los amarílicos.

En su refutación a Holliday, Romay expresa este pensamiento antiescolástico y de entera modernidad: “El hombre que piensa no se convence con autoridades sino con hechos y razones”.

Del seno de la Sociedad Económica va a emanar la cultura científica, allí se van a difundir nuevas ideas y opiniones que generarán conocimientos, poco se podía esperar de la Pontificia que se mostraba incapaz de ponerse al corriente de la ciencia moderna. La falta de estudios de matemática y física era un impedimento, incluso para la medicina que bien la necesitaba para su desarrollo, así como también de la química y de la botánica.

En la Universidad se defiende a ultranza la enseñanza tomista. Las pretendidas reformas se estancaban. Los intentos de Nicolás Calvo de la Puerta y O’Farrill de promover estudios de botánica y química se frustraron. Importa saber que este criollo hacendado rico era una figura intelectual de primerísimo orden. Su elogio estuvo a cargo de José Agustín Caballero quien expresó que era una figura de excepcional cultura científica, filológica y lingüística. Y un poderoso hacendado sacarócrata.

Caballero fue el primero en lanzarse al reclamo de una reforma integral de la enseñanza desde la primaria gratuita hasta la universitaria comenzando por esta. A este programa se asoció también Romay.

El espectro de problemas que constituyó el quehacer de la Sociedad Económica rebasa todo esquema. En su seno se debate, hay controversias y antagonismo, pero siempre prevalece el espíritu renovador; se funde lo material con lo espiritual y prima el propósito de desarrollar la economía; se interesan por la agricultura y la industria azucarera. La característica de este siglo XVIII en la Isla tendrá cierta semejanza con el de la metrópoli, el enfrentamiento de dos bloques, uno animado de una decisión irrevocable, con firme confianza y ardor generoso en su misión de que los cubanos entren en posesión de una cultura propia, en tanto los otros continúan en su rutina petrificados. Todo descansa en tres reformadores: Arango y Parreño, portavoz e ideológico de la economía azucarera; Caballero, insuperable y audaz, enseñando un nuevo modo de pensar, de batir la inercia educativa y promover cambios en las costumbres sociales; y Romay, metódico, erudito y decidido partidario del progreso de la ciencia e incluso de cambios, no por tímidos importantes, en política, como constitucionalista y a favor de mantener un equilibrio poblacional. No fue rico ni poseyó haciendas. Lo más notable no es, sin embargo, el conjunto de temas que se aborda este año de 1797, sino que expresa una dilatada inquietud intelectual, que no rehúsa la lucha de opiniones.

Ya lo he manifestado antes, la eclosión científica se produjo ese año de 1797, además de la *Philosophia electiva* y la *Disertación sobre fiebre amarilla* aparecieron otras publicaciones como la de Morejón y Gato sobre variedades de suelos

y análisis de los mismos de Martínez Campos sobre el mejor modo de fabricar azúcar. Se introduce además una importante innovación tecnológica: la aplicación de la máquina de vapor a la producción azucarera. No tuvo éxito, pero no se desanimaron y afirmaron que nada persuade que se ha de despreciar esta máquina, porque corrigiéndola o disponiéndola con más acierto podría ser de gran beneficio, lo que es una gran prueba del espíritu que inspiraba a los criollos.

Estas publicaciones aparecidas después de 1790 constituyen una hontana de conocimientos nuevos que da cuerpo a la génesis de la cultura científica cubana que exponen y defienden los habaneros transpuestos ahora en criollos. A la vanguardia, al frente de la cual marchan los nuevos capitalistas o sacarócratas formados a virtud de la explosión azucarera que comenzó en 1792, año en el que culmina un continuo ascenso en la exportación del dulce producto que se convierte en el renglón más importante del comercio con Europa y después con los Estados Unidos. Esto no fue una consecuencia del aumento de la productividad del trabajo, ni de los avances técnicos, a pesar de su relativo alto nivel, sino al incremento de la masa de esclavos negros y a los acontecimientos políticos que ocasionó el colapso de Haití, el más importante productor en ese tiempo de azúcar y a la decadencia de las colonias inglesas.

El padre Caballero refiriéndose a la situación que surge en estas décadas y que preludia un espíritu vivificante y un auge sostenido, dice:

De repente —después de tres somnolientas centurias se produce un súbito progreso en lo material y cultural. En la isla se apodera de la mente de sus más esclarecidos hijos un afiebrado proceso, un vertiginoso quehacer económico y comercial que hace del puerto de La Habana, una olímpica arribada y salida de barcos cargados de mercancías, producto del desarrollo agroindustrial en el que figura en primera línea el azúcar, seguida del café y residualmente el tabaco, recibiendo a cambio dinero y no solo por transacciones mercantiles, sino por lo que fue el capital máspreciado de los hacendados, el maléfico negocio de la esclavitud.

No fue un tránsito acomodaticio y sin coléricas injusticias, no llegó, como dijera Marx del capitalismo europeo, “con lodo y sangre”, pero sí con fuego de vegas y montes y vidas de negros esclavos. Las fértiles y bien regadas tierras del valle pródigo de Güines, fue el primer objetivo de los dueños de ingenios, criollos acaudalados devenidos aristócratas, y los que querían instalar nuevas fábricas o agigantar las suyas. El conde O'Reilly, testaferro de don Luis de las Casas, capitán general de la Isla, Arango Parraño y Nicolás Calvo son los primeros en abalanzarse sobre las feraces tierras bermejas del valle y desalojar a los cultivadores pobres de tabaco.

Hay que decir que tras esta invasión se dio inicio y rápido desarrollo a la más importante aventura intelectual y del espíritu. Aquellas lluvias trajeron estos torrentes. Y hemos visto la labor prolífica realizada por la Sociedad Económica, los escritos divulgadores del *Papel Periódico...* y los esclarecedores

conceptos que introdujeron los adalides de este movimiento intelectual. En poco tiempo los azucareros dominaron técnicamente el mercado azucarero, dieron cabida a las más depuradas innovaciones y se apoderaron de cuanto conocimiento les fuera útil y provechoso a sus fines. No existía un texto en español que enseñara sobre azúcar, la mejor y más conocida obra era la de Dutrone de la Couture y Corbeau, la Biblia de los azucareros y decidieron traducirla. Trabajaron en ella Pablo Boloix, Calvo y el padre Caballero para perfeccionar el español, como hiciera antes con la memoria de Eugenio de la Plaza sobre las abejas.

Ya Caballero había emprendido una cruzada a favor de perfeccionar el conocimiento de la gramática del español, pues estaba consciente de que el latín no era apropiado para la nueva terminología científica y técnica, ni para expresar nuevas ideas filosóficas, por lo que era una necesidad insoslayable, crear palabras y términos nuevos, y expresar con claridad el modo de decir y de escribir el español. No había cátedra en el Seminario de San Carlos, ni se creó de inmediato. Solo en el convento de San Agustín, una sola clase a la semana y la Pontificia continuaba solo con el latín.

La afirmación de que “el mundo del criollo del siglo XVIII estaba marcado por los elementos de una sociedad que aún no se había definido intelectualmente en la búsqueda de una expresión propia” es algo insostenible a la luz de la aparición y desarrollo de conceptos nuevos y la presencia de instituciones modernas, marcadas por su aspiración a controvertir la decadente cultura que España había exportado hacia la Isla, la que suscitó polémica a tenor de las imperiosas necesidades, más económicas que políticas. El debate no lo presidía un propósito de ir en contra de la cultura científica de la metrópoli sino el designio de superar el atraso propio, de sacudir la rémora que imponía el poco interés por las ciencias naturales.

Esto fue obra sutil, silenciosa, acumulativa hasta que condiciones *ad hoc* la hicieron realidad en la última década del siglo, particularmente en 1797. Aunque insuficientes a nivel europeo nadie podrá negar que se ofrecen claros exponentes que abrirán cauces a más altos alcances, de inicio en los campos de la agricultura, la medicina y de las innovaciones tecnológicas y preferentemente en la reforma de la filosofía.

El objetivo primero es reducir la influencia teológica y abrir las mentes a la consecución de lo terrenal representado por la agricultura y el comercio, para lo cual se requería, una mayor perfección de sus conocimientos primordialmente de la física natural, la química y la botánica, cuya enseñanza debe crearse y divulgarse sin dilación. Para ellos es imprescindible crear en la nueva generación de criollos interés por la ciencia, dotarlos de un pensamiento distinto, a los precedentes, no importa su empirismo, lo importante es que no se españolicen como España rehusó en su inicio europeizarse. El exponente principal en la Isla lo dictará un proceso cuyo elemento cardinal es el de ser propio. La burguesía —como clase social— se siente capaz por sí misma de acometer esta empresa, una de sus ventajas es que en ella bulle un espíritu de apoyar y abrazar toda novedad.

El siglo XVIII en toda su extensión, no es continuo, tuvo que enfrentar dos interrupciones en su curso histórico, uno extemporáneo, la conquista de La Habana por los ingleses, un fenómeno de apreciación controvertible. Otra de sus crisis periódicas, la más importante según Arango, la de 1779 a 1785 en la que se perdió toda la protección secreta.

A esto se puede adicionar que España era un país débil, con una Inquisición que paralizaba la audacia intelectual y sometía la inteligencia para lo cual tenía un basamento teológico muy sólido, que excluía toda filosofía aferrada a un escolasticismo intransigente. En la Isla la creación científica fue esporádica, y muy reducida, pero el hecho de tener escasa precedencia le facilitó introducir, sin grandes pugnas internas, nuevas ideas en la cúpula intelectual.

Toda ciencia en su desarrollo pasa varias fases, comienza con una necesidad práctica derivada de la materialización de la necesidad que en esencia originan los imperativos económicos y sociales, pero no exclusivamente, pues a ellos se aúna la habilidad individual para captar conocimientos, al principio precarios y no correctos, pero por su propio y lógico desarrollo interno conduce estadios más elaborados y complejos que obligan a pasar de lo concreto a lo abstracto, y de ahí a la fundamentación teórica, lo que abre cauces a formulaciones más generales y pensamientos más elaborados hasta alcanzar una estructura con perfiles independientes, separándose de otros conocimientos afines, así lo que comenzó siendo una sola ciencia generó otras que también se hicieron independientes con objetivos específicos.

En la isla debía vencerse una situación *sui generis*, y poco favorable para alcanzar o constituir un nivel científico justo para la solución que reclamaba su progreso. Este lo determinaba el hecho de que la enseñanza que abría la perspectiva para una etapa científica superior era posesión de los seminarios religiosos que imponían limitaciones. Para cambiar este esquema mental había que transformar este estado de cosas, principalmente a los profesores en sus ideas y métodos de enseñanza, y esto no era fácil de reemplazar, de ahí la urgencia de crear al margen de las instituciones oficiales, cátedras libres o sociedades.

La modificación parcial que sufrió el Seminario de San Carlos, se debió a Caballero quien comprendió, y fue el primero, que el país requería para su crecimiento y avance que el pensamiento tomara otro curso.

El siglo XVIII en España, sobre todo su segunda mitad, es algo que incita a la meditación más profunda, y aviva las inteligencias apasionadas. Tiene una dimensión que rebasa fronteras e implicaciones no solo en el mundo material, sino en el espiritual y moral. La isla de Cuba en la periferia lejana de la metrópoli también se hará eco de tales cambios, no con la intensidad y profundidad que recorrió Europa y en menor medida España. La población joven que nació en la isla, descendientes de españoles, comienza a ver el país con ojos distintos y percepciones nuevas. En un siglo de renovación, bastaría compararlo con los precedentes, para advertir que en el basamento socio-político se suceden desafíos encubiertos y rivalidades ocultas, sin que esto entrañe cambios bruscos ni repentinos. Ninguna institución se derrumba y la religión no se transforma,

pero sí se propenderá a cambios en los cultivos y en la propiedad, incluso la esclavitud pasará de doméstica y moderada a convertirse en la fuerza de la producción. Las vegas de tabaco dejarán paso a la caña, y es en este período que tiene lugar lo que Fernando Ortiz denominó magistralmente, “contrapunteo del azúcar y el tabaco”.

Con el ascenso al poder de Carlos III, surge una tendencia hacia la novedad. No podemos detallar todas las alternativas ocurridas en la metrópoli, también es muy difícil precisar el influjo directo que esto pudo ejercer sobre la isla, aunque sí podemos admitir que aparecieron ejemplos impresionantes de surgimiento de instituciones, la más sobresaliente, sin duda, fue la fundación de la llamada Sociedad de Amigos del País, y lo cito, porque esta fue sin duda la médula de los progresos en la isla. Se constituyó con las más prominentes e ilustradas personalidades nativas empeñadas en el avance de la educación y la ciencia.

A lo largo de este siglo tienen lugar en Cuba dos hechos que aun cuando no implican modificaciones en la estructura intrínseca de la sociedad, es decir ni en lo económico ni en lo político, se reflejarán en las mentes de los criollos, me refiero a la conquista de La Habana por los ingleses y la ruptura del monopolio comercial.

En el orden de la educación, la religión y la cultura, tendrá repercusiones la expulsión de los jesuitas en 1767 que hará a dominicos y agustinos coaligados monopolizar el poder absoluto en estas esferas y frustren las aspiraciones de una parte de la sociedad que pedía que los ignacianos abrieran colegios y se impartiera una enseñanza en más amplia escala. También se le atribuye como causas cierto retraso en la promoción de la ciencia, porque se les atribuía cierto gusto por esta, olvidando que a ellos les fascinaba más el latín.

El hegemonismo de los dominicos paralizó los intentos de reforma en la Universidad, consolidándose bajo su égida como un baluarte del pasado, ayudando a la tecnología frente a la filosofía.

Esta disquisición tiene como objetivo probar que el siglo XVIII, en particular, sus últimas décadas, define claramente una búsqueda de una expresión propia sustentada en la reforma filosófica, por lo que a pesar de todo e indirectamente influyó en la Pontificia, a través de los estudiantes que procedían del Seminario de San Carlos. Ya hemos visto el papel de Caballero. En otro sentido es evidente que el aristotelismo también resultó ligeramente modificado, como expuso Le Roy. Lo más sorprendente, aunque se trate de disminuirlo, es la exposición de la doctrina del sistema heliocéntrico de Copérnico. Este sistema fue quizás el más debatido en el curso de los siglos, y más acremente después de Galileo. Su historia sería demasiado extensa para poder exponerla en esta oportunidad.

Lo que nos importa aquí, en este momento, es reafirmar que en 1797, entre los elementos constitutivos de la eclosión científica, se incluye que el estudiante de medicina, Manuel Cálvez y González, procedente del convento de Santo Domingo defendió en uno de sus *quodlibetos* esta proposición: “En lo que respecta al sistema del mundo de los fenómenos se ven, explican y acomodan mejor por

el sistema de Copérnico”. Admitir y sostener en la Pontificia esta sentencia es un acto de rebeldía intelectual. Recuérdese que no fue hasta 1820 que se suprimió del índice de los libros prohibidos el *De Revolutionibus* y solo aceptado en 1747. Los que se arriesgaban a exponer el sistema se referían más bien como hipótesis. Es curioso, pero en diciembre de 1796, ve la luz en el *Papel Periódico de la Havana*, un artículo firmado con un seudónimo indescifrable hasta ahora, refutando el sistema de Copérnico y de inmediato nos asaltó la pregunta ¿qué lo motivó? Porque en ninguna publicación había aparecido exposición o alusión alguna a Copérnico. La única explicación podría ser que este asunto se estuviese enseñando en algún aula, lo que sería un antecedente de lo que seis meses más tarde habría de ocurrir.

Cálvez y González se manifiesta como una personalidad con un carácter independiente que se rebela contra el método dogmático que se enseña en su tiempo. En su tesis para optar por el grado de Bachiller en Medicina, recusa al decano Ayala como miembro del tribunal porque este le exige modificaciones en sus *quolibetos*, y lo amenaza con la reprobación si no accede a cambiar el carácter de sus proposiciones experimentalistas que se dispone defender. No solo rechaza este reclamo, sino que lo denuncia ante el rector de haber cometido un acto contra el libre derecho de defender sus principios y lo acusa por la universal ojeriza que tiene él contra la doctrina experimental. El rector aceptó y fue separado el decano como sínodo, y nombró en el nuevo tribunal a Tomás Romay y José María Pérez, este fue el médico con quien Cálvez cumplió sus intersticios y que después se marchó del país para residir en Veracruz, figurando en 1825 como integrante de la junta promotora de la libertad cubana.

Si bien es verdad que de inmediato no tuvo repercusión su proposición sobre Copérnico, no es menos cierto que a partir de ella no vuelven a aparecer ideas ptolemaicas, hasta 1806, cuando Félix Varela se adhiere a este sistema, aunque lo califica de hipótesis, que fue la forma más generalizada en tiempos anteriores que se usó para eludir el enfrentamiento contra el Santo Oficio. Ese mismo año Agustín Encinoso de Abreu en su examen de filosofía sostiene “que tanto la física como la astronomía, de un modo congruente y óptimo, se explican por el famosísimo sistema copernicano”. Este fue discípulo del padre José Agustín Caballero y el primero que osadamente presentó su tesis de medicina en idioma vernáculo, rehusando el latín.

La introducción y aceptación del sistema de Copérnico, no era solo un problema astronómico, sino que tuvo su repercusión paradigmática en el pensamiento filosófico. No debe olvidarse que en Cuba, los tres más grandes científicos, en las más importantes ramas del saber de la moderna investigación de la naturaleza, Varela, Saco, y Luz y Caballero se preocuparon en dejar constancia de sus opiniones sobre el sistema copernicano. Si ello ocurrió 254 años después de la muerte de Copérnico, no es razón alguna para el demérito y revela ignorancia, o quizás descuido en los saberes de la historia de la ciencia.

España, por casi tres siglos, prestó poca atención a la isla de Cuba, si exceptuamos los aspectos navales y militares. No enviaba personal calificado en las ciencias, ni promovía la creación de instituciones con este fin. No se interesaba

por tener conocimientos de su naturaleza e incluso desconocía la ubicación geoastronómica de sus principales puertos y ciudades. Ya hemos visto que esto lo inició en forma muy limitada y por su propia voluntad Flores, y después Riaño de Gamboa y Humboldt.

Los primeros conocimientos de la flora y fauna en parte son obra de la inquietud y perspicacia de un portugués residente en la isla, Antonio Parra, quien dedicó la colección que fomentó al rey Carlos III. El principal móvil que lo animó no fue la investigación, sino la recolección con preferencia de peces marinos y crustáceos.

Esta vocación respondía a un movimiento que se expandía por Europa, de reunir y exhibir los más variados objetos. En la medida que avanzó en esta labor comenzó a interesarse por las características de las diferentes especies llegando a publicar una obra en 1787 con el título de *Descripción de diferentes piezas de historia natural*, las más del ramo marítimo representada en setenta y cinco láminas.

La obra incluye crustáceos y peces. Se le aprecia no solo como una joya bibliográfica, pues se le acredita verdadero valor científico. Al cumplirse 200 años de su aparición la Editorial de la Academia de Ciencias imprimió una edición facsimilar y un extenso estudio bien documentado sobre el autor y su obra, lo más completo desde el punto de vista referencial, al que no cabe añadir ningún otro juicio que el de ser el mejor y más completo en su información y análisis moderno de lo que representó esta obra en la cultura científica cubana. La aseveración de que responde a una influencia derivada de la ilustración generada en Europa, pienso que sin negarla del todo, es más bien una obra derivada del espíritu científico que con características propias se gesta en la isla.

El hecho de que no se tenga una comprensión válida del movimiento renovador que se está creando en la isla en la segunda mitad del siglo, ha dado lugar a que se amengüe la significación de los impresos y expresiones de los cubanos de esos años.

España sabía poco de la naturaleza y desarrollo de los conocimientos internos de su imperio colonial, después del tesoro acumulado por los denominados cronistas de Indias y de las historias publicadas por autores radicados en las colonias, tanto españoles como nativos. Hubo mucha despreocupación y falta de comunicación con la metrópoli y poco o ningún interés en enviar científicos a América y menos aún programar una política económica y cultural, y ello quizás fuera una consecuencia de las sucesivas guerras en que se vio envuelta en Europa y a una falta de visión de hacer depender el dominio a la sujeción militar y a las persecuciones de la inquisición.

Al finalizar la dinastía de los Austrias dice Vernet “que en España existía una sensación de frustración, en los primeros años del siglo XVIII” y para ejemplarizarla cita que el bibliotecario mayor del rey, en 1723, se negaba a que se hicieran reseñas de las obras publicadas para remitir a los periodistas franceses, aduciendo que en ellas no se encontraba ninguna cosa singular, ni invención ni descubrimiento nuevo. No es hasta mediados de este siglo que surge un movimiento tendiente al envío de comisiones y expediciones científicas hacia

los países del Nuevo Mundo, con la finalidad de estudiar la naturaleza y un medio de adquirir conocimientos botánicos y enriquecer el jardín botánico; también de química, geología y mineralogía. Estos últimos de muy alto nivel ya en México, pero la atención preferente sería la botánica por lo que podía significar para la agricultura y la medicina. En la preparación y costos de las expediciones, España mostró una esplendidez inigualada. Así comenzaba a suplir su ignorancia acerca de las riquezas coloniales. De las tres más grandes expediciones, la más importante para Cuba fue la de Nueva España, la que incluía también a Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, y fue creada a solicitud e instancias del médico Martín Sessé, quien estuvo en La Habana desde 1780 cuando llegó con la escuadra del marqués del Socorro y se mantuvo como médico de flota, ejerciendo en el hospital de operaciones, pero no en la ciudad. Refiere que tuvo que actuar durante una epidemia que se desarrolló en el área del Caribe que parece haber sido de fiebre amarilla. También estuvo en el hospital de Nuestra Señora del Pilar. En 1785 viaja a México y se le expide el título de Comisionado del Real Jardín Botánico de Madrid. En 1795 regresa a La Habana como jefe de la expedición, y se pone en contacto con la Sociedad Económica y el Real Consulado. La Sociedad Económica comisiona a Nicolás Calvo de la Puerta, quien ya desde 1793 abogaba por la creación de la cátedra de Química y Botánica, para que solicite de Sessé asesoramiento botánico con destino a un diccionario de voces provinciales e instrucciones para la creación de un jardín botánico, un viejo proyecto de la Sociedad. Sessé acoge favorablemente esta idea que coincide con sus aspiraciones y sugiere, a su vez, la incorporación de un joven criollo para instruirlo en botánica. La Sociedad nombra una comisión para la elección del candidato que recae en el doctor en medicina, José Estévez Cantal, discípulo predilecto de Tomás Romay. A principios de 1797 el grupo parte hacia Puerto Rico y efectúa el recorrido de la isla, cancelan el viaje a Santo Domingo por los acontecimientos que allí tienen lugar y regresan de nuevo a La Habana. Coinciden con la expedición del conde de Mopox y Jaruco que había arribado poco antes, en 1796, y cuyo principal objetivo era fundamentalmente militar.

Entre sus planes figuraba el canal del valle de Güines que serviría al propósito de acarrear madera hasta el arsenal para la construcción de barcos. En esta expedición figuraba un botánico, Baltasar María Bolda, para aprovechar en su recorrido el estudio de los árboles, y Sessé le recomienda que incorpore a Estévez, quien se desempeña muy bien y a la muerte de aquel en 1799 ocupa su lugar. Figuraba además un mineralogista, Francisco Ramírez, que dejó un folleto impreso sobre las aguas de Madruga. El saldo de esta comisión no es muy importante, si se exceptúa la parte botánica y algo de zoología, y los correspondientes a la descripción geográfica de Isla de Pinos, Guantánamo y Mariel. Lo más valioso fue que permitió la incorporación de un criollo quien terminada su misión y a instancias de Romay fue propuesto como becario para cursar estudios en España de química, botánica y mineralogía. Los problemas burocráticos afectaron a Estévez aunque él cumplió sus compromisos, pues cursó todas estas materias y además matemática.

Conocida su instrucción científica, particularmente en química puede afirmarse que su utilización quedó muy por debajo de las posibilidades que daban sus conocimientos. En su ensayo acerca de la utilidad de la química enfatiza lo provechoso que sería que se conociera y aplicara por los que están enrolados en la producción de azúcar, pues está asentada, ella misma, sobre una reacción química.

La presencia de Martín Sessé en La Habana fue de gran provecho en los orígenes del conocimiento científico. Su amistad y colaboración con Francisco Barrera y Domínguez, dio lugar a las primeras observaciones microscópicas en el campo de la medicina. Digamos de paso que en 1998 se cumplió el bicentenario del colosal manuscrito de este “humilde aldeano”, como él mismo se autodenominara y que yo nombro el “Manuscrito Barrera”, que es un tratado sobre enfermedades de los esclavos negros, hasta ahora el primero en la literatura médica universal. Un texto humanista lleno de observaciones inteligentes en el que asombra la cantidad de autores médicos que cita, difícilmente igualado por médico alguno en la isla y probablemente en otras naciones de América.

Como conclusión de esta conferencia creo haber probado que el siglo XVIII merece una investigación más profunda, pues fue cuando se generó la cultura científica. En la medida que nos adentremos en él se podrá comprobar el tremendo significado que tuvo el año de 1797, al que denominé en 1980, el “Año de la eclosión científica”.

Tomado de *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*,  
91 (1-2): 135-157, La Habana, enero-junio, 2000.



# Dulce María Loynaz y la intimidad del agua rebelada

Luis Suardíaz

POETA, ESCRITOR Y ENSAYISTA

EN 1953, en Camagüey, Rolando Escardó y un grupo de jóvenes auspiciaban las aventuras del grupo Los Nuevos —rótulo que en el siglo xx hizo fortuna en nuestra América, porque los bisoños querían en todas partes subrayar su condición de recientes y limpios de toda culpa— que se pronunciaba por el nuevo rostro de la vanguardia, mostraba su predilección por una poesía crítica, desenfadada, libre de rimas y de ripios, y marcando distancia con los desmanes de la república mediatizada, y se complacían en recordar la contundente andanada del argentino todo probidad, José Ingenieros: “Jóvenes son aquellos que no tienen complicidad con el pasado”.

De ese pasado siglo xix pocos emergían sanos y salvos. Y este era el caso de José Martí; en el año de su centenario los jóvenes de la hora no se confundieron y lo exaltaron. Por eso Escardó seleccionó y editó con el sello de la agrupación versos de Martí que hacían evidente su vínculo con la nueva generación. Poco después el bisoño Severo Sarduy publicaba en una revista un canto que incluía líneas insurrectas (*“Para que sepan que la joven raza / pasa bañada en sangre, pero pasa / ardiendo en gozo por la nueva Cuba”*).

Por entonces también llegaron los semáforos a la ciudad que según Nicolás Guillén alguna vez había sido una suave comarca de pastores y sombreros, aunque ya los coches de caballos apenas se veían, las serenatas perdían vigencia y la televisión abría sus fauces, la politiquería empañaba conciencias, el batistato nos llenaba de vergüenza y aún resonaba al pistoletazo de Eduardo Chibás. En ese contexto ante una decepción amorosa ya no se improvisaba un delicado madrigal con suspiros y rosas sino, con fingida indiferencia, porque el amor siempre hiere, decíamos: *“No importa / los semáforos / siguen / cambiando de luz”*. En ese ámbito Dulce María Loynaz vino a la ciudad de sus ilustres antecesores mambises para hablar de Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Como yo vivía en el centro mismo de la ciudad, apenas caminaba unos pasos me encontraba con la casa natal de Luis Casas Romero, donde ahora Antonio Muñoz, nuevo inquilino, pintaba para comer y escribía versos teñidos de erótico romanticismo y otros exageradamente agresivos. Un poco más allá estaba la casona de los Pichardo, donde nacieron Francisco Javier y Felipe, y enseguida una modesta placa distinguía la casa natal de la Tula. Pero, como Apollinaire, estábamos cansados de la antigüedad griega y romana y las puestas en escena

que se programaban de algunos dramas de la Avellaneda, como *Alfonso Munio*, estaban lejos de mostrar la fuerza de la poderosa mujer cuyos retratos de la bella juventud no conocíamos y solo nos asustaban los de aquella señora obesa coronada por mustios laureles. La sociedad de poco vuelo lejos de agigantar la imagen de la poetisa la empequeñecía y como no conocíamos sus estremeceadoras cartas de amor ni la mayoría de sus grandes poemas o sus comedias de humor, todo se reducía a la *Leyenda del aura blanca* y unas cuantas anécdotas. Por eso no estábamos preparados para disfrutar de ese apasionado acercamiento de Dulce María a su antecesora que años más tarde pudimos apreciar.

Como Nicolás, la Loynaz acababa de pasar la decisiva puerta invisible del medio siglo y era menuda y enérgica, de mirada sostenida como duro diamante, de trato cordial y distante como lo fue hasta sus últimos días, cuando dialogábamos con ella desde la edad que ella tenía en aquella lejana visita y llegamos a ser al fin sus contemporáneos. Nos parecía tan madura desde siempre que le hubiera complacido la hiriente reflexión del Nobel escandinavo Knut Hamsun: “Los años no traen madurez alguna, únicamente traen la vejez”. Aunque, sin duda, el polémico autor de *Pan* y la inolvidable *Trilogía del vagabundo* exageraba.

En la significativa antología *Cincuenta años de poesía cubana*, de Cintio Vitier, ese mismo año de 1953 hallamos más de una docena de sus poemas donde el agua —la lluvia, los juegos de agua, los estanques, el agua oscura que mana dentro de la roca...— era la principal protagonista, fugaz, inasible, con frecuencia rebelde e idealmente libre, capaz de dejar a un lado toda su impureza. Yo tenía entonces diecisiete años y era pura intuición. Tardé exactamente cuarenta años en procesar esas lecturas, propias de un hijo de Acuario (aun cuando siempre pensé que las estrellas poco inclinan y obligan mucho menos que los avispados astrólogos) y entonces escribí “Elogio” de cuerpo breve, como muchos de sus cantos de intención filosófica: “*Nadie sabe / las lágrimas que vierte el agua / para llegar a ser / la fuente / cristalina*”.

Como con nuestro consentimiento o sin él vivíamos en la leyenda, algunas veces nos íbamos a la quinta de los Simoni en una de cuyas ventanas Enrique Loynaz había escrito el *Himno Invasor*, cuya letra llama al combate y cuya música comienza con notas exaltadas y termina en una carga de jinetes, nostálgicos de muerte y de patria. Así me lo pareció, aun en aquellos momentos en que era necesario volver al combate contra una nueva tiranía. Así lo siento todavía hoy. Pero el general, tan cercano a Maceo y a Martí, era un sensible soldado que escribía versos, y su primogénita era una verdadera cultora de la poesía que sin embargo no dejaba que su corazón interfiriera en las funciones de su cabeza, como de parecida manera dijo Brecht a propósito de Julio César.

En la antología de Vitier hallé joyas como “Eternidad”, el soneto que habla del casi imposible amor feliz (el que se posa poco) todo el conjunto del agua, especialmente esa arpa de la lluvia.

Fui solidario con ese pequeño contrahecho “*que conoce / todas las piedras del jardín*”, pero no me convenció el ritmo del verso. Confieso que me desconcertaron en esa poesía de la fineza, algunas estrofas de “Tiempo” con esos kilómetros

de luz y gramos de pensamiento y la cinta de acero y el verso que se vuelve estrella dentro, pero separé, para mi deleite, una estrofa espléndida:

*Quién pudiera como el río  
ser fugitivo y eterno:  
partir, llegar, pasar siempre  
y ser siempre el río fresco...*

Aun así, en esa antología los poemas de la familia que me parecieron cercanos, verdaderamente memorables, fueron algunos de Enrique Loynaz, y específicamente “Entre los lirios” (“*Entre los lirios no podría / decir cuál es el cuerpo de mi amada*”), el ceñido y como el anterior de fuerte lirismo, y no se me escapa la aparente contradicción, pero lo sentí así, nombrado “He venido a buscar” (“*He venido a buscar tus ojos esta tarde / y no he encontrado sino tu mirada*”). Poco después lo conocería personalmente porque en el Hotel Plaza, donde por entonces yo laboraba, él solía hospedarse en santa paz y se sorprendió de que yo lo hubiese leído. Era muy reservado y no me pareció cultor de la afilada ironía como su hermana mayor. Y ahora no recuerdo si le conté que un joven médico amigo en sus “aventuras sigilosas”, solía escudarse en el nombre de Julián del Casal (que hubiera sido incapaz de tal audacia) confiando en que nadie en ese discreto hotel conociera la existencia del poeta de *Bustos y rimas*.

En aquella década del cincuenta mis amigos y yo leíamos a Neruda, Guillén, Vallejo, Huidobro, Whitman, Eliot, Cummings, Quasimodo, Ungaretti, Machado, Lorca, Miguel Hernández y, cada día con más pasión, a los narradores y a los ensayistas: Kafka, Lagervist, Gheorghiu, Sartre, Camus, Hemingway, Faulkner y el *Ulises* de Joyce y cuando no había pan fresco, todo lo que nos caía en las manos. Nunca más volvimos a ver a los Loynaz, pero algunos cantos sueltos que en revistas y antologías hallamos de Dulce María, de elegante, delicada estructura y pura esencia, me recordaban a mis comprovincianos Brull y Ballagas y a otros de Tagore, aunque conseguidos con mano firme, no como los vibrantes, mágicamente desordenados de Ballagas o contenidos, más emotivos del caballero Brull. Con Tagore me parece que la Loynaz tenía algo así como una comunicación admirable. Mis amigos y yo no pretendíamos escribir como el espléndido Nobel hindú (a quien nunca comprendió García Márquez, lo que ratifica que nadie es perfecto) pero lo defendíamos porque era capaz de poner en las más cotidianas palabras una carga luminosa que otros no conseguían con extensos y complejos poemas.

Nadie escapa a su tiempo, por mucho que lo intente. Por eso fuimos, pienso que, para bien, captados por las estructuras y los contenidos de *Residencia en la tierra*, *Poeta en Nueva York*, *Altazor*, *Elegía a Jesús Menéndez*, y el personal coloquialismo de *La canción de amor de Alfred J. Prufock*. En la distancia cálida quedaron los *Juegos de agua* y no alcanzamos a leer, en medio del fragor de una guerra verdadera que coronaría la gesta del 10 de octubre de 1868, el intenso poema de la Loynaz, *Últimos días de una casa* que vendría a ser, lo que no sospechábamos, su último y venturoso aporte a la poesía cubana, cuya primera

edición auspició la Colección Palma, Serie Americana, de Madrid, y se terminó de imprimir —ah, persistencia de los símbolos— el 31 de diciembre de 1958. Esa noche, la dramática de San Silvestre, como la recordaba Nicolás Guillén, fue la última de una larguísima y tortuosa época, y como el propio Nicolás poetizaba, cortó en dos como bajo un golpe de hacha la historia del país y mucho significó y significa aún para nuestra América y el mundo.

Años después Dulce María me entregó, corregido por su mano, un ejemplar de la modesta edición de ese poema sobrio y fuerte, en cuya tapa una tímida pluma parece descender como un pájaro vulnerado. La última estrofa de ese texto donde una casa a punto de ser demolida habla como en las viejas fábulas, nos llama a la meditación

*Los hombres son y solo ellos,  
los de mejor arcilla que la mía,  
cuya codicia pudo más  
que la necesidad de retenerme.  
Y fui vendida al fin  
porque llegué a valer tanto en sus cuentas,  
que no valía nada en su ternura...  
Y si no valgo en ella, nada valgo...  
Y es hora de morir.*

Es hora de morir para la casa familiar. Y también es la hora del último adiós para la poesía de una fina arquitecta del verso que enmudeció justamente cuando acababa de cumplir cincuentiséis años, y llegaría a ser la más longeva de las poetisas de ese año de gracia para la poesía mundial, porque cerca de cuarenta poetas de más de veinte países que escribieron en una docena de lenguas fueron lanzados al torrente del contradictorio siglo xx en aquel 1902 que Dulce María alcanzó a ver con ojos angélicos en sus últimas estrellas.

Desde luego, en su caso la poesía se filtró en otros géneros. Sin prisa y sin ánimo de llenar anaqueles, escribió ensayos, crónicas, artículos, prólogos, y conferencias que en ocasiones llegaron a la letra impresa, amén de una caudalosa correspondencia y confidencias bien pensadas que aparecen en revistas, testimonios y estudios de su vida y su obra.

Y hasta se rescataron sus tempranos versos del *Bestiarium*, primero en la entrega de la revista *Revolución y Cultura* de noviembre de 1985 y más tarde en forma de libro. Por entonces yo trabajaba en mi ensayo sobre *El gran zoo* de Nicolás Guillén y tenía a mano varias aproximaciones literarias al mundo animal de Arreola, Andrés Eloy Blanco, Apollinaire y otros autores más lejanos en el tiempo y pude apreciar el arte juvenil con que Dulce María pone junto al rinoceronte y el camello, el salto de la rana (que según Arreola salta solo para confirmar su natural estático y que es, la rana, todo corazón) y la abeja, mucho más cantada que los pobres batracios en la historia universal de la literatura. Para confirmar que desde siempre embridó la emoción, cuando observa al ciempiés se pregunta: “¿Qué hará el ciempiés / con tantos pies / y tan poco camino?” No sé

si por sus ilustres apellidos, por la costumbre de toda la familia lírica (Enrique, Flor, Carlos Manuel, y ella misma) de vivir todo en toda la intimidad posible, incluso de estudiar, a veces trabajar, en la mansión donde acogieron, con diverso énfasis, a Juan Ramón, Lorca, Gabriela Mistral, no se nos ocurrió en la temprana juventud frecuentarla y lo cierto es que no saltamos de gozo ante la aparición de *Jardín*, que se anticipó a nuestra adolescencia y después se disipó en lejanas bibliotecas, ante *Un verano en Tenerife*, aparecida en el crucial 1958. En rigor las novelas cubanas que buscábamos con verdadero interés entonces eran *Contrabando*, *El acoso*, *El reino de este mundo* o *La sangre hambrienta* y más que memorias de líricos viajes nos adentrábamos en los *Diarios* de José Martí (de quien Dulce María fue una devota absoluta) y las ardorosas páginas de *Pluma en ristre* de Pablo de la Torriente y los cuentos de Novas Calvo, Onelio Jorge, Carpentier, Labrador. La época imponía sus fueros. Aunque esperábamos sus nuevos poemas, acaso de un intimismo más desnudo, esto no ocurrió. De modo que desandamos el camino, fuimos buscando (y ya en este caso debo decir más exactamente, fui, porque no sé hasta dónde llegaron en su búsqueda los sobrevivientes compañeros de Los Nuevos y otros grupos afines de los cincuenta) destejendo ovillos hasta llegar a los primeros libros —y no únicamente los textos de las antologías— de Dulce María, la poetisa durmiente, serenamente ausente de los nuevos modos, de las escuelas que surgían y desaparecían con el fervor o el desencanto de las nuevas promociones que ocupaban los catálogos de la segunda mitad del siglo xx.

En la medida en que los extensos poemas de mi escritura fueron dando paso a los breves que aspiraban a ofrecer en la difícil síntesis más sugerencias que definiciones, retomé a sus afilados textos breves y descubrí otros. Con sabiduría suprema, dice la poetisa habanera:

*Más que la muerte del viejo amor  
debe inquietarnos  
el nacimiento del amor nuevo.  
Porque el amor es  
además de infinito,  
increado.*

En los poemas publicados a principios de 1920 que recientemente el joven vate e investigador Roberto Carlos Hernández reunió en el cuaderno de Ediciones Extramuros *El áspero sendero*, figura la “Canción de invierno” escrita el 19 de enero de ese año, donde habla, como buena adolescente, de las ilusiones de otros días, los suspiros, las risas, todo lo que el tiempo apagó, así como esas flores del alma pronto tronchadas y termina:

*Yo adoro los días nublados de invierno  
con sus tardes plenas de melancolía,  
las tardes de invierno  
brumosas y tristes como el alma mía.*

El tono es exagerado, pero debemos tener en cuenta que la autora ha cumplido diecisiete años unas semanas antes, y que así es la adolescencia. Por fortuna, las alas de sus mariposas se abrieron al sol, y llegaron los gráciles poemas del agua, esa parte de nuestro planeta que es como el alma de la tierra, y que como toda alma puede alzarse súbitamente en olas de furia.

La tierna humildad del río Almedares, como lo sentía Lezama que fue capaz de compararlo con los grandes ríos navegados, o al menos contemplados, por el pintor Mariano, tenía en la Loynaz a su cantora principal. Cuando ese río habanero fluya libre al fin de la contaminación, en una de sus orillas habrá de fijarse en bronce al canto fluido y sincero.

En su página nombrada “Creación”, le concede a ese líquido elemento el instante inicial del universo, aunque admite que era “*Un agua ronca / sin respirar de peces, sin orillas*”. Por su parte “En el Acuarim” cree ver un “*Espejo de pacíficos y atlánticos, / pequeño mar dormido entre cristales*”. Y en “Cuando vayamos al mar” (“*Cuando vayamos al mar / yo te diré mi secreto... / Mi secreto se parece a la ola y a la sal*”) no logra desasirse de la mano de Mariano Brull, lo que hace, con toda fortuna, en un poema poco frecuentado, menos alígero, de seguro acento, que tituló “Estríbillo del amor en el mar”, con esa mujer que espera siempre al amor que va de puerto en puerto, un tema viejo tratado con originalidad. El mar también atrae a la niña ciega, alienta sueños. Y el agua sigue en el río que se va y que no se va, o bien despeñándose hacia el mar, que en Manrique es el morir y en nuestra poetisa una forma nueva de vida. De pronto su modo reflexivo de ser se refleja en “Duda”: “*Cuando la ola viene impetuosa sobre la roca... ¿La acaricia o la golpea?*”. De pronto una pequeña perla blanca aparece en la concha sutil de “Al desconfiado”:

*Echa tu red en mi alma: Tengo también debajo de la sal y de la sombra, mi temblor de escamas plateadas y fugaces.*

En uno de sus más célebres poemas, el venezolano Andrés Eloy Blanco admite que se quedó “*mirando cómo el río / se iba poniendo en cinta de la estrella*”, mas cuando quiso descender hacia las aguas y hacerla su presa, descubrió que era en el firmamento donde brillaba la estrella. Dulce María, en este caso, no sigue el áspero camino de la lógica y en “Estrellas en el río” proclama:

*¡Estrellas en el río!  
Cuántas estrellas han caído en el agua...  
Míralas cómo tiemblan;  
míralas cómo brillan y se esconden.*

Así pues, en este va a favor de la corriente... de la musa popular. Pero no por mucho tiempo, puesto que en “Rebeldía” vira el guante y un golpe de la razón amarga le hace escribir:

*¿A qué amar la estrella en el lago? ¿A qué tender la mano hacia la frágil  
mentira del agua? Mendigo de bellezas, buceador de esperanzas, mira que*

*solo la Verdad es digna de tu sueño: Sé fuerte alguna vez y apedrea la estrella que no existe en el agua falaz y brillante.*

Sus *Juegos de agua* no son, como el título pudiera sugerir, blancas gotas o azules ondas propias del coro de niños sino expresión formidable de su concepto de la poesía y de su visión del mundo. Otro de sus textos poco frecuentado, “Abrazo”, transita por una senda erótica:

*Hoy he sentido el río entero  
en mis brazos... Lo he sentido  
en mis brazos, trémulo y vivo  
como el cuerpo de un hombre  
verde...  
Esta mañana el río ha sido mío [...]*

Si en “Actitud”, muy estrechamente acompañada de Tagore dice: “Inclinada estoy sobre tu vida, como el sauce en el agua”, y en “Arpa” nos regala un bello tema lírico, digno de la más severa antología:

*¿Quién toca el arpa de la lluvia?  
Mi corazón, mojado, se detiene a escuchar  
la música del agua.*

para cantar a una fuente con cierta amargura —como lo hicieron Plácido, el Heredia francés, Ballagas, entre otros— y discrepa de esa taza de mármol que retiene contra su naturaleza al líquido mágico, para terminar haciendo lo que parece insólito, mimar al agua que es la encarnación de lo sutil

*En el parquecillo urbano  
la pobre agua está triste  
y yo le paso la mano...*

en “El agua rebelada”, el amor no comulga con cauces de lindos colores, se hace violento como los golpes del agua que destruye los sembrados. Por eso este amor:

*como los ríos desbordados, rompe  
los medidos caminos, se retuerce,  
logra escaparse de su cruz y corre  
libre...*

De todas esas aguas, diáfanas, revueltas, mansas, violentas, oscuras, roncadas, contentas de sus gérmenes como el corazón de los enamorados, sometidas a las rocas, detenidas en las fuentes, cayendo interminablemente en las cascadas o retozando como bellas criaturas en la memoria, está hecha la poesía de íntima

rebeldía de la Loynaz que supo esperar a que al fin, después de muchas avaras primaveras, floreciera su jardín.

Tomado de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*,  
93 (3-4): 9-15, La Habana, julio-diciembre, 2002.



# Cuba, 1960: el rostro, el alma y una vieja profecía hegeliana<sup>1</sup>

**Eliades Acosta Matos**

HISTORIADOR, ENSAYISTA Y DIRECTOR  
DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ (1999-2007)

EL 9 DE JULIO de 1960 La Habana y toda Cuba seguían siendo la arena de una lucha silenciosa, el escenario de una porfía nunca antes vista en la isla que continúa marcando el ritmo de nuestras vidas, transcurridos cuarenta y cuatro años. En abrazo estrecho, confundiendo todas las certezas, trastocando todos los manuales, desmintiendo todas las predicciones, dos mundos y dos culturas compartían el mismo espacio caótico, impredecible, desconcertante de una Revolución que buscaba su rostro definitivo en el espejo, al que la lucha diaria por su sobrevida le permitía apenas asomarse.

Quien intente, como he intentado yo para este encuentro, tomar el pulso de la vida y del pensamiento en la Cuba revolucionaria de aquel sábado que fue 9 de julio, probablemente coincidirá conmigo en que compartimos un privilegio: la observación de un fascinante instante en que un mundo en retirada intentaba convencerse a sí mismo de que nada extraordinario ocurría, mientras el que le sucedía no tenía aún conciencia del prodigio de su propio nacimiento.

Pocas veces en la historia de las revoluciones se podría documentar un instante semejante, con tal abundancia de entonación como la que disponemos y no utilizamos los cubanos. Quizás en los momentos iniciales de la saga bolchevique auscultados y conservados para siempre en los afortunados *Diez días que estremecieron al mundo*, de John Reed, o en algunos relatos de la revolución mexicana pudiera hallarse la abundancia de matices e historias secundarias, intuidas, pero no escritas, como las que esperan por nosotros en las bibliotecas y archivos del país.

Nada agradecería más la propia Revolución que esta leal labor de restauración de sus colores primigenios y de reconstrucción de sus enormes energías iniciales.

En los albores del siglo XXI, urge redescubrir el saber que permitió a los antiguos la hazaña alquímica de revolucionar las injusticias sin el sacrificio de la libertad, y reencontrar la doctrina no herética que hacía a un pueblo combatir

<sup>1</sup> Palabras pronunciadas en la mesa redonda efectuada en la apertura del ciclo teórico de la exposición "Mirar a los 60", el 9 de julio de 2004 en el Museo Nacional de Bellas Artes de Cuba.

al enemigo, sin temor a morir, mientras disfrutaba de los placeres de la vida, de todos los placeres de la vida, incluidos aquellos que presagiaban el paraíso, como eran, por aquel sábado 9 de julio en La Habana, bailar con la Aragón y Benny Moré, presenciar un espectáculo de la Ópera de Pekín o leer la *Breve antología* de Rabindranath Tagore que el Consejo Nacional de Cuba acababa de publicar con traducción de Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez.

Es temerario volar a ciegas, sin la cartografía ya de la memoria. Los que quieren recolonizarnos mañana apuestan por borrarlos el ayer: quieren que olvidemos lo vivido.

Nos juran ahora que todo fue un sueño, una fantasía, de la que debemos despertar, al fin, para ser aceptados de vuelta al redil, cabizbajos y arrepentidos. Nos aseguran que la rebeldía es un mal negocio, y nos ponen de ejemplo los indicadores macroeconómicos de Singapur y Taiwán. Nos demuestran, con la elocuencia de Carmelo Mesa Lago y Rafael Rojas, que nunca vivimos lo que vivimos en los sesenta, porque antes de eso, mucho antes, éramos felices y no lo sabíamos.

Eso nos dicen hoy. Vayamos a lo que dicen las escrituras.

## Cuba: El rostro

El domingo 3 de julio de 1960, a las 6:00 a.m. y tras una tormentosa jornada de debates, el Senado de los Estados Unidos aprobó por treinta y dos votos a favor y veinticuatro en contra una ley que retiraba a Cuba la cuota azucarera: 856 mil toneladas de azúcar cubana quedaban sin comprador gracias a lo que el pueblo pronto calificó como “Ley Puñal”. Al día siguiente, un titular del periódico *Revolución* sentenciaba: “Un 4 de julio, como para que no olvidemos los cubanos”.

El miércoles 6 de julio, tras reunión urgente del Consejo de ministros convocada el día anterior en Palacio por el presidente Dorticós, se conoció la aprobación de una ley que concede al Estado cubano facultades para nacionalizar propiedades extranjeras. El pueblo la denominó “Ley Machete”. *Revolución* proclamaba: “Machete contra puñal”. Cuba se defiende con una ley de nacionalización de la artera puñalada de Estados Unidos que nos roba 856 mil toneladas de la cuota azucarera”.

Esa misma noche, en un acto en la Central de Trabajadores de Cuba (CTC), Fidel sentenciaba: “Nos arrebatarán la cuota, pero no podrán arrebatarnos la libertad”, y convocaba al pueblo, el domingo 10 de julio, a una concentración en frente a la terraza norte de Palacio. Era el arma de que disponía la Revolución, pero de manera inesperada se ponían sobre el tapete otras armas. Jrushchov anunciaba en la clausura del Congreso de Maestros, en Moscú: “Si los Estados Unidos atacan a Cuba, la artillería internacional teledirigida de la URSS entrará en acción, en defensa de Cuba”.

En México, la Comisión Permanente de Diputados y Senadores, con el apoyo de los ex presidentes Lázaro Cárdenas y Emilio Portes Gil, declaraba su solidaridad hacia el pueblo cubano.

El viernes 8 de julio, a las nueve de la noche, Fidel era entrevistado en la televisión por los periodistas Luis Báez, Antonio Ortega y Mario Kuchilán. El Comandante en Jefe cerró sus declaraciones con una exhortación que debió de estremecer a los sofisticados analistas de inteligencia norteamericanos por su sencillez y, a la vez, por su sentido críptico:

No debemos perder la calma, ni la paciencia, ni el buen humor: estamos frente a una larga lucha [...] Nos acompañan en nuestra lucha la razón, la verdad, el derecho y la historia [...] La camarilla que gobierna en Estados Unidos ha perdido el sentido común.

El sábado 9 de julio, en su página cuatro, *Revolución*, dirigido todavía por Carlos Franqui, anunciaba que un importante libro había salido a la venta al precio de un peso, editado por Ediciones Revolución, *Cuba: zona de desarrollo agrícola*, de Lisandro Otero. Se anunciaba que

[...] redactado de forma amena, [...] este libro le ofrece en pocas horas de lectura el equivalente de un viaje de varias semanas a través de la isla, para que Usted pueda escudriñar la compleja realidad humana, política de los campos de la Cuba nueva.

La televisión motivaba comentarios de los críticos, algunos muy favorables, como el programa “Así era Cuba”, de una hora de duración, que mostró a Rosendo Ruiz con su guitarra entrevistado por Odilio Urfé y acompañado por María Teresa Vera, Lorenzo Hierrezuelo y el Septeto Típico Cubano; otro, signado por la polémica, presentaba a una cantante, que se movía entre la devoción y el rechazo:

Enfrentarse a la Lupe —comentaba el crítico— es enfrentarse a un fenómeno totalmente desconocido e insospechado, la Lupe canta como jamás se imaginó que pudiera cantarse, mordiéndose las manos, pellizcándose los senos, pateando una butaca, golpeando los platillos [...] La Lupe se ha adelantado demasiado, de aquí el nerviosismo que provoca el primer encuentro [...] Nuestra posición es defender a la Lupe, el más poderoso acontecimiento artístico que se produce en mucho tiempo.

Conviviendo con la Lupe y sus pellizcos, CMQ anunciaba para esa noche la obra *Como tú me deseas*, de Luigi Pirandello, con Gina Cabrera y Homero Gutiérrez, dirigidos por Amaury Pérez, y la Universidad del Aire, del Circuito CMQ, anunciaba el programa “El Gran Camino de los Libros”, dirigido por Jorge Mañach, dividido en dos partes: la primera sobre el *Pool Vuh*, a cargo del doctor Salvador Bueno, y la segunda, sobre el *Rabinal Achí* de los Mayas, a cargo del doctor José Cid.

Los promotores de la Universidad Popular se veían obligados a pronunciarse y posponer la transmisión, que debía ser el domingo 10, para el domingo 17 de

julio, en aras de apoyar la convocatoria que había lanzado Fidel: “Esta institución, —declaraban los firmantes— [...] exhorta a todos los hombres y mujeres dignos a concurrir a la misma bajo la consigna: «traidor o héroe», como disyuntiva única en este minuto glorioso de la Patria [...]”. Entre aquellos firmantes se encontraban Carlos Olivares, Lionel Soto, René Anillo, Ricardo Alarcón, y Odón Álvarez de la Campa, entre otros.

Se conocía que en la Sala Teatro Municipal de Marianao se presentaba con gran éxito la obra de Dora Alonso *La hora de estar ciegos*, dirigida a criticar la discriminación racial, y que al terminar la puesta en escena, se abría un debate con la participación activa del público. La Sala Covarrubias del Teatro Nacional escandalizaba a los empresarios teatrales que aún quedaban en el país ofreciendo su magnífico espacio, recién climatizado, a la Ópera de Pekín y al Conjunto Artístico de China para presentar a los cubanos *La serpiente blanca* por solo veinticinco centavos la entrada.

La Habana era escogida por jóvenes teatristas, graduados de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile, para iniciar una gira por América Latina. La noticia era comentada en *Revolución* por Matías Monte Huidobro, que bien precisaba: “Esta es una forma más de comunicación entre los pueblos, que hasta hace poco han vivido aislados, modo de vivir a medias”. Entre aquellos jóvenes teatristas chilenos, la mirada franca de Víctor Jara.

El periódico *El Mundo*, dirigido por Leví Marrero, continuaba a la manera tradicional anunciando que comenzaban los Cursillos de Verano del Lyceum y Lawn Tennis Club, con los correspondientes a Filosofía y Literatura. Se aclaraba que estos cursillos eran gratis para los socios del Lyceum, y a tres pesos “para señoritas y caballeros invitados”. No pocas páginas de *El Mundo* se seguían dedicando a la crónica social, que se aferraba a la vida en una Habana cada vez más extraña para la burguesía cubana.

La revista *Verde Olivo*, órgano de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), dirigida entonces por Manuel Brugerías, dedicaba la sección “Bien armados de fusiles y pensamientos” al método para armar el fusil Garand, y la sección “Sin bala en el directo” firmada por *El Francotirador*, que no era otro que el Che, profetizaba, refiriéndose a los planes del Pentágono para agredir a la isla:

Y vendrán matemáticamente a ocupar sus lugares con precisión de mecanismo de relojería. Qué lástima, tan grande que después de tanto trabajo esmerado, después de tanto cálculo llevado hasta el décimo decimal, [...] vayan a encontrar que todas sus fórmulas fallan, se tambalean y se vienen al suelo, porque habían olvidado en la resolución del esquema cubano un pequeño factorcito, insignificante, sin valor ninguno, pero que será el que cambiará los sueños del imperio y convertirá en derrota su fórmula: el pueblo cubano.

Otros artículos de *Verde Olivo*, escritos desde posiciones clasistas muy claras, daban voz a los pobres de la tierra, situándose en las antípodas de la

crónica social que aún acogía *El Mundo*. Se hablaba en ellos, por ejemplo, de Haití y de Bolivia. En el terreno cultural, se dedicaba espacio a recomendar, en crónica de José del Campo, el film de Hebert Biberman *La sal de la tierra*, al que se calificaba como “[...] el film que el pueblo cubano debe ver”, porque “[...] films como este solo pueden ser rechazados por los que se ven retratados entre los explotadores”. Se reseñaba también la presentación, en el teatro Blanquita (hoy Karl Marx) de *Hiroshima* ante 4 000 espectadores.

*Bohemia*, dirigida por Miguel Ángel Quevedo (hijo), a la vez que mantenía anuncios comerciales de productos cubanos y norteamericanos y artículos sensacionalistas, al estilo de “Los grandes dramas de la Biblia”, dedicaba su editorial a declarar sin ambages:

[...] la nación que hace 184 años fue para la humanidad un modelo, ha dejado de serlo [...] En las dramáticas circunstancias de 1960, le toca a la Cuba de Fidel Castro el honroso papel que desempeñó en 1776 la América de Jefferson, y a la América de Eisenhower el infortunado rol que ensayó la Inglaterra de Jorge III.

Bajo el título de “Despedida de un mentiroso que rehúye el debate”, Carlos Rafael Rodríguez fustigaba en las páginas de *Bohemia* al doctor Andrés Valdespino por su constante predica anticomunista dirigida a desacreditar a los entonces países socialistas del este de Europa. Es curioso que en ese mismo número, Valdespino publicase un artículo dedicado a analizar el alcance del atentado que acababa de sufrir en Caracas el presidente Rómulo Betancourt, donde de manera oblicua se refería a Cuba:

Si la democracia venezolana se consolida definitivamente, superando los peligros que la acechan, se habrá ganado una batalla decisiva para el porvenir de nuestro continente. Si los enemigos confabulados contra la democracia venezolana logran decapitarla, [...] se abrirán cauces para la infiltración de ideologías exóticas que, con el pretexto de garantizar la justicia, acaban enajenando la libertad y reduciendo al hombre a la esclavitud moral.

En el número siguiente de esa revista, correspondiente al 10 de julio, mientras Martín Rod denunciaba que la United Fruit Co. poseía 1 094 kilómetros cuadrados de territorio cubano, Jorge Mañach intentaba aplacar a la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) en sus exigencias de revolucionar definitivamente la Universidad, afirmando, más con cálculo astuto que con miopía política, que

[...] no hay un conflicto entre la sensibilidad revolucionaria de los alumnos, por un lado, y la insensibilidad o apatía de los profesores, por otro, sino, a lo sumo, entre los grados y modos del reformismo.

*Bertillón 166*, de José Soler Puig, recién publicado por Casa de las Américas, era reseñado en *Revolución* por Edith Depestre, y en la misma edición José A. Baragaño publicaba el artículo “La gran prostituta de Babilonia”, con conceptos sumamente claros para la época:

A casi nadie le está permitido escoger a su enemigo —escribía—; en el caso contrario, el pueblo cubano seguramente no hubiera escogido su enemigo natural: la oligarquía norteamericana. Porque lo desagradable en este combate no es el poderío del enemigo, sino su naturaleza simplemente asquerosa. No hay más que mirar los rostros de los dirigentes norteamericanos para sentir la más profunda repulsión: son el producto de una decadencia que ha entrado hasta el hueso, que suda un estado de locura, una degradación definitiva [...] El babilonismo que sueña establecer una civilización milenaria sobre la inocua explotación del hombre por el hombre, [...] sobre la degradación de la vida humana por el capitalismo más feroz, es una contradicción tan grande con la historia del hombre y con su destino que no puede durar.

El comentarista radial José Pardo Llada, sufría un atentado en L y 19, al salir de la emisora donde trabajaba, y en el cual resultó herido un amigo que lo acompañaba. Los detenidos pertenecían a una organización contrarrevolucionaria que dirigía Walfrido Despaigne, hijo y hermano de esbirros batistianos fusilados por su participación en el asesinato de cincuenta y cuatro revolucionarios en Santiago de Cuba. Protestaban por el atentado los profesores de la Escuela de Periodismo “Manuel Márquez Sterling”, entre ellos Oscar Pino Santos, Lisandro Otero, Elio Constantín, Guillermo Cabrera Infante, Luis Gómez y Mirtha Aguirre.

Se estrenaba en los cines habaneros *La máquina del tiempo*, y también los *400 golpes* de Truffaut, *Nido de ratas*, y *Viva Zapata*. El éxito comercial era *El milagro*, con Roger Moore, Carril Baker y Vittorio Gassman. Pero los productores de Hollywood comenzaban a tener otra lectura, como lo demuestra la crítica de Jaime Soriano que publicaba *Revolución*:

Con *El milagro* se ha producido un milagro al revés. Como película religiosa es tanto como una blasfemia; como atentado al buen gusto merece la execración y condenación absoluta y decididas. Es difícil concebir mayor acumulación de falsedades, mal gusto, sentimentalismo barato y desfachatez, en una sola película, como en esta penúltima superproducción recién llegada de Hollywood.

En efecto, la Cuba de aquel 9 de julio de 1960 desconcertaba por igual a amigos y enemigos. Su rostro buscaba una expresión definitiva. La Revolución que avanzaba se lo iba a procurar, pero desde dentro, transformándole el alma.

## Cuba: El alma

Aires de revolución, no de reformismo, como insistía en decir Jorge Mañach, azotaban el rostro y cambiaban los cimientos del país, de sus símbolos y su cultura.

En minutos se desfacían entuertos de décadas, llamándose a las cosas por su nombre, por primera vez en mucho tiempo. Así lo sentía el pueblo cuando leía en el periódico *Revolución* los siguientes comentarios:

El general José Miró Argenter fue un héroe de nuestras guerras de independencia [...] Su hijo, el abogado José Miró Cardona, es un traidor. Se asiló en la Embajada argentina en la semana transcurrida.

y

Viriato Gutiérrez estuvo junto a Machado. El pueblo asaltó su casa y él huyó [...] La semana pasada, 28 años después de su fuga, 4 años después de la organización del trust fosforero, 40 años después de estar soportando su tiranía social y económica Viriato Gutiérrez fue intervenido por Recuperación de Bienes.

En efecto, el pueblo sentía que los cambios eran profundos, no simples modificaciones escenográficas. Y en retribución, responde ya masivamente a la convocatoria del domingo 10 de julio. Fidel no pudo asistir, por enfermedad, pero allí estaban sus compañeros y su pueblo.

En el acto frente a Palacio se concentraban también, como en una inmensa metáfora, las contradicciones del momento. Como narra el reportero de *Revolución*, en el segundo piso de Palacio, en espera del inicio del acto, en un mismo espacio físico y al mismo tiempo, era posible encontrar

[...] un grupo formado por Joaquín Ordoqui, Marinello, Lázaro Peña y Carlos Rafael, y más allá el comandante William Morgan siendo entrevistado por un corresponsal de la agencia china Sinjua; Faure Chomón, embajador en la URSS y Faustino Pérez, ex ministro de Recuperación de Bienes Malversados, junto al general de la España Republicana Alberto Bayo y al comentarista Pardo Llada; a Haydeé Santamaría, directora de “Casa de las Américas”, al Secretariado en pleno de la CTC, con Noelia Morell, al frente, cerca del ex presidente Carlos Prío Socarrás [...]

Pero la unanimidad reinaba en las consignas que el pueblo enarbolaba en sus carteles:

“Fidel, nuestra Patria como tumba antes que volver a manos extranjeras”.

“Comeremos malangas y azúcar, pero miedo no comemos”.

“Donde ahí yanquis no hay libertad”.

“Fidel: lo que sea y como sea; estamos contigo porque estás con el pueblo”.

A las 4:40 de la tarde comenzaba el acto, y era la voz del Che, entonces presidente del Banco Nacional, la que proclamaba tajantemente:

[...] el mundo está caminando demasiado aprisa para los cortos pasos de la diplomacia norteamericana [...] Tienen que tener cuidado esos hijos del Pentágono y de los monopolios, [...] que piensen bien, Cuba ya no es una isla solitaria en medio del océano, defendida solo por los pechos indefensos de sus hijos y los pechos generosos de todos los indefensos del mundo [...]

Y el presidente Dorticós decía, con su pasión y dicción impecable:

Ha llegado la hora de las definiciones para todos los cubanos [...] Algunos desertores nos abandonan, por fortuna, y los que quedan por abandonarnos, ¡que se apuren!, que la nave de la Revolución cubana navega mejor sin el lastre de ellos; que hemos puesto proa hacia un porvenir de libertad y de independencia [...]. Y es hora ya de que todos respondan a esta disyuntiva final para nuestro pueblo:  
¡O con la Patria, o contra la Patria!

El comandante Juan Almeida, jefe de las Fuerzas Armadas, era quien resumía las esencias profundas de los cambios que se operaban en el país, y la filosofía de una Revolución que había llegado para quedarse: “Si vienen, ¡que se queden de abono en nuestros campos! [...] La consigna es ¡Patria o vida, porque vamos a vivir!”.

Todo quedaba dicho.

Las contradicciones que enfrentaba la Revolución en el terreno cultural y en los demás terrenos, no serían, ni podían ser resueltas, en aquel ya lejano 9 de julio de 1960. Pero el enunciado del problema era el primer paso para su ulterior solución. Faltaban ocho meses y siete días para la Victoria de Girón y la declaración del carácter socialista de la Revolución, y once meses y veintidós días para que Fidel, en el teatro de la Biblioteca Nacional, pronunciase el discurso que hoy conocemos como *Palabras a los intelectuales*:

Permítanme decirles que la Revolución defiende la libertad; que la Revolución ha traído al país una suma muy grande de libertades; que la Revolución no puede ser por esencia enemiga de las libertades; que si la preocupación de alguno es que la Revolución vaya a asfixiar su espíritu creador, que esa preocupación es innecesaria.

Esto significa que dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada. Contra la Revolución nada, porque la Revolución tiene también sus derechos y el primer derecho de la Revolución es el derecho a existir [...] Por cuanto la Revolución comprende los derechos del pueblo, por cuanto la Revolución significa los intereses de la nación entera, nadie puede alegar con razón un derecho contra ella.

Estamos pidiendo el máximo desarrollo a favor de la cultura, y muy precisamente en función de la Revolución, porque la Revolución significa, precisamente, más cultura y más arte [...]

Hoy, transcurridos cuarenta y cuatro años, escrutando el rostro y el alma de la Cuba revolucionaria de entonces y la del presente; pulsando las contradicciones palpitantes de aquel julio de 1960, y el significado de la política cultural enunciada por Fidel en *Palabras a los intelectuales*, resuena con especial acento la vieja profecía hegeliana hecha suya por Lenin en sus *Cuadernos filosóficos*: “Toda contradicción porta en sí su propia solución”.

Valieron la pena las contradicciones, las angustias, los aciertos y los errores.

Valió la pena tanta esperanza y la voluntad de vencer.

Valió la pena todo lo vivido.

La historia de la década revolucionaria cubana, a la que hoy se rinde homenaje, así lo confirma.

Tomado de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*,  
95 (3-4): 153-160, La Habana, julio-diciembre, 2004.



La Dra. María Teresa Freyre de Andrade,  
directora de la Biblioteca Nacional José Martí y de su *Revista* (1959-1967)

# Toda una biblioteca implícita en la obra de José Lezama Lima

Araceli García Carranza

BIBLIÓGRAFA E INVESTIGADORA

LA COMPILACIÓN de una bibliografía no solo da a conocer datos explícitos: títulos, temas, autores, lenguajes, indicaciones generales y específicas, etcétera, a través de medios de acceso tales como tablas de contenido, índices, y un cuerpo bibliográfico, sino también datos implícitos, los cuales no solo pueden recuperarse con la utilización de análisis bibliométricos. No olvidamos que la bibliometría,<sup>1</sup> especialidad de la bibliografía, hace explícita gran parte de la información implícita. Pero más allá de la metría la bibliografía utilizada y transformada por un creador también nos permite llegar al conocimiento de su obra y lograr tantas reflexiones como las que logran los científicos ante el mundo de lo conocido y de lo desconocido.

Lo implícito en la bibliografía lezamiana procede, en gran medida, de los títulos que integraron su biblioteca particular. Lezama arrastra, asimila, transforma y recrea, hasta hacer brotar lo literario, la lectura y el estudio de innumerables fuentes documentales. Como monstruo que todo lo devora, recorre y asimila lentamente la literatura universal para devolvernos una obra enigmática que invitará por siempre a la reflexión. Sin dudas, disfruta, con especial fruición a los clásicos, hasta llegar a alinearse entre ellos, un difícil proceso intelectual logrado con la intensidad y el rigor de la lectura que conformó la creación de su poesía y su poética, de su novela y su novelística, de su ensayismo y de su cuentística. Difícil proceso sometido a la consulta y el estudio de una extensísima bibliografía pletórica de filosofía y de la literatura, fundamentalmente. Conocer y consultar su biblioteca es acercarnos a su vasta sabiduría, es explicarnos, desde múltiples facetas, el hermético mensaje que su obra entraña.

La Biblioteca Nacional José Martí, como depositaria de la obra de Lezama, tuvo a bien la catalogación de su biblioteca y la compilación de su bibliografía,<sup>2</sup> dos caminos para acceder al mundo lezamiano. El primero, empedrado por difíciles y meditadas lecturas, se transforma hasta plasmar en el segundo una original y espléndida obra.

<sup>1</sup> Pérez Matos, Nuria: "La bibliometría como valor agregado", *Bibliotecas*, (1-2): 7-25; La Habana, 2000.

<sup>2</sup> García Carranza, Araceli: *Bibliografía de José Lezama Lima*, Editorial de Arte y Literatura, La Habana, 1998, 281 p. "Bibliografía de José Lezama Lima. Suplemento I", *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 91 (3-4): 91-126; jul.-dic., La Habana, 2000.

La biblioteca utilizada por Lezama está integrada por ejemplares relacionados con lo mejor de la literatura, la cultura, y la filosofía universal. Más de 6 000 títulos procedentes de su colección particular fueron depositados por decisión de nuestro ministro de Cultura Abel Prieto Jiménez, en la Biblioteca Nacional José Martí, unos años después de la muerte del autor de *Paradiso*. Sin embargo, el investigador Roberto Pérez León, quien tuvo la oportunidad de trabajar durante casi un año en la biblioteca particular de Lezama, la creyó contentiva de más de 10 000 volúmenes.<sup>3</sup> No es posible determinar exactamente la cifra, pues la apreciación de Pérez León se acerca a un número en volúmenes y el fichero que posee la Biblioteca Nacional se aproxima a 6 000 títulos. De la biblioteca de Lezama no poseemos listas de entrega ni inventario que antecedan al catálogo que el Departamento de Selección y Adquisición logró confeccionar antes de que los libros ocuparan su lugar en nuestros Fondos Bibliográficos. Por supuesto Selección... tuvo a bien identificar cada volumen con un cuño en el cual reza “Colección José Lezama Lima”.

Pérez León confiesa que la biblioteca de Lezama nunca fue organizada, ni siquiera por su viuda María Luisa Bautista, pues la colección siempre respondió al orden que le diera el poeta: “[...] había libros desde la sala hasta el último cuarto. Existían cuatro muebles de cristal con filas dobles, que fueron los únicos que él organizó como tales. Los demás estaban entongados encima de los butacones”.

Pero ni el tiempo ni el espacio permitió a Pérez León la confección de un inventario, y mucho menos la confección de catálogos rigurosos.

El investigador enumera autores sin pretender una lista completa ni exhaustiva y señala que aquel lector atento, sagaz y cuidadoso poseyó algo más que la biblioteca de un hombre culto, la cual leyó en su totalidad al dejar huellas de su lectura en cada libro, anotaciones y subrayados esclarecedores y enriquecedores.

Además, en su biblioteca Lezama atesoraba en libretas sus manuscritos, los cuales integran actualmente la colección depositada en la Biblioteca Nacional.

En especial los libros de autores franceses que aparecen en el catálogo de los que leyó Lezama han sido estudiados y compilados por la escritora y poetisa Carmen Suárez León,<sup>4</sup> quien publicara por primera vez el *Diario manuscrito del poeta*<sup>5</sup> atesorado también por la Biblioteca Nacional.

Suárez León reconoce fragmentos de este *Diario* incorporados a su ensayística (*Tratados en La Habana, Analectas del reloj, La cantidad hechizada...*) a veces elaborados y en ocasiones literales. Después de un proceso de asimilación, adaptación, recreación y elaboración sin desdeñar la incorporación literal, Suárez León asevera en este último caso la presencia de Voltaire, Valéry, Claudel, Cartesio, Proust, Stendhal, Mallarmé, Cellini, Proust, Pascal, Descartes y Montaigne, entre otros grandes de la filosofía y la literatura francesa.

<sup>3</sup> Pérez León, Roberto: “Un hombre a través de su biblioteca”. En: Espinosa, Carlos: *Cercanía de Lezama*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1986, pp. 294-302.

<sup>4</sup> Suárez León, Carmen: *Biblioteca Francesa de José Lezama Lima. Bibliografía*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2003, 75 p.

<sup>5</sup> Lezama Lima, José: “Diario”, introd. y notas Carmen Suárez León, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 80 (2): 99-160, La Habana, mayo-agosto, 1988.

Por otra parte, la literatura ha influido en su totalidad en la obra lezamiana, aunque resultan preeminente la presencia de la poesía como género y en especial la de los poetas Julián del Casal, José Martí y Juan Clemente Zenea. Lezama reconoce estas presencias misteriosas que no precisan ser develadas, sino que más bien deberán mantener la vida de su fulguración.<sup>6</sup> Y esa fulguración de toda la poesía cubana está implícita en su obra, prueba de ello es su antología de la poesía cubana desde el *Espejo de paciencia* hasta José Martí donde a pesar de antologar prefiere mostrar una cuantía de cada autor. Su identificación con esa fulguración le abre puertas al lector para su propia elección. De manera que toda la poesía cubana irradia en su propia poesía y su poética hasta lograr la más auténtica creación sin que el lector pueda determinar en ella la intertextualización de una poesía anterior.

Lo implícito en la obra de Lezama es inapresable como es el problema de las influencias. Según Lezama, “Las influencias no son de causas que engendran efectos, sino efectos que iluminan causas... pues la historia de la sensibilidad y de la cultura es una mágica continuación y no seguimiento”.<sup>7</sup> Ideas y conceptos que centellean en la obra lezamiana, luces pequeñas y lejanas que se agrandan y se acercan hasta expresar nuevos conocimientos y conformar su novedosa obra.

No obstante las fulguraciones inapresables, Lezama incorporó a su entraña cultural el desentrañamiento previo y riguroso de lecturas tales como la *Biblia*, el *Libro de los muertos*, las obras de Platón, San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Anselmo, Bruno, Proust, Shakespeare y Góngora, sin olvidar los himnos de Orfeo, los cronistas de Indias, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* hasta la obra de José Martí, simple enumeración que petrificaría la mente y la mano de quien bien quisiera apresar estas huellas en la obra lezamiana.<sup>8</sup>

La prosa americana más notable del siglo XIX desde Sarmiento y Juan Montalvo a José Martí seguida de la poesía americana del siglo XX, de Rubén Darío a Pablo Neruda y César Vallejo, expresiones paralelas, estas últimas, al movimiento poético español representado por los grandes que publicaron en la *Revista de Occidente*: García Lorca, Rafael Alberti, Salinas, Jorge Guillén, fueron movimientos impactantes en la prosa y la poesía lezamiana. Movimientos que en su opinión<sup>9</sup> fueron sustituidos por la novela americana, novela del deslumbramiento, asimiladora de la novela francesa de Balzac y de Marcel Proust, y de la de Dostoievski. A propósito, Lezama sentencia: “El gran arte ha vuelto a ser en América como en las grandes épocas de las catedrales y de la poesía del Dante, una inmensa suma prodigiosa donde el hombre alcanza la sobrenaturalidad, es decir, la posibilidad del hombre, actuando en la infinitud de la imagen”.<sup>10</sup>

<sup>6</sup> Lezama Lima, José. “Interrogando a Lezama”. En: Martínez, Pedro Simón: *Recopilación de textos sobre José Lezama Lima*, Casa de las Américas, La Habana, 1970, p. 18.

<sup>7</sup> *Ibidem*, pp. 31-32.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 33.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 36.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 36.

La biblioteca como ente es presencia viva e inapresable en la obra de José Lezama Lima. En su ensayo “Las eras imaginarias: la biblioteca como dragón”<sup>11</sup> al igual que Goethe en el siglo XVIII estudia desde su actitud occidental la filosofía taoísta que legara Laotzé, es el dragón inapresable, dragón que se identifica con la biblioteca y al referirse a la quema de los libros sagrados considera esta acción como la prueba máxima que tienen que sufrir los libros clásicos, ser quemados para que su espíritu sobreviva. En su caso fue inútil la censura a *Paradiso*, censura que no fue más que una centella, como fue inútil que el público se retirara del teatro el día del estreno de *La consagración de la primavera*, de Igor Stravinsky. Ambas obras sobreviven y acaso ese espíritu de sobrevivencia es la vida de la fulguración implícita en la obra lezamiana después de asimilar lo más representativo de la literatura y la filosofía universales. Fulguración que se identificara con el dragón inapresable representativo de una biblioteca. Dragón que nos recuerda lo implícito en la obra lezamiana, lo implícito inapresable representado en la intensidad de la imagen que fulgurará eternamente en su obra a partir de lo explícito, en este caso la filosofía de Laotzé.

Posteriormente confesaría al periodista Félix Guerra sobre su proyecto de biblioteca habitable:

Mi biblioteca imaginada tendría amplios salones iluminados y un mínimo de paredes y muros: sería comunicable y comunicante, de puntal alto y techo de dos aguas... tendría, claro, trozos de cielo... tendría, claro, alguna espléndida luz de mediodía, árboles y pájaros respectivos, luna y puñados de soles titilando en la oscuridad de un pedazo de noche...

Este proyecto de biblioteca, posible porque es imposible, es susceptible de cambios y sugerencias y permanece abierto de par en par. Se le puede agregar algo de cualquier imaginación o naturaleza... Un manantial a la entrada... Ese es mi proyecto... una quimera con alas de papel.<sup>12</sup>

Y de esa sobrenaturaleza que fue la biblioteca para la creación lezamiana, biblioteca implícita ciertamente, aunque inapresable en su obra, el gran poeta y novelista confesaría a *Lunes de Revolución*<sup>13</sup> cuáles consideró los diez libros más importantes de la literatura universal, en este orden: 1) *La Biblia*. 2) *La Odisea*, de Homero. 3) *Diálogos*, de Platón. 4) Los cuatro libros de metafísica, de Aristóteles. 5) *Suma Teológica*, de Santo Tomás de Aquino. 6) *La divina comedia*, de Dante Alighieri. 7) *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra. 8) *La tempestad* y *el Sueño de una noche de verano*, de William Shakespeare. 9) *Las mil y una noches*. 10) *El Diario*, de José Martí.

<sup>11</sup> Lezama Lima, José: “Las eras imaginarias: la biblioteca como dragón”, *Islas*, 8 (1): 89-114; Santa Clara, mayo-agosto, 1966. Véase también los asientos 14, 17, 18, 76 y 81 en García Carranza, A.: *Bibliografía de José Lezama Lima*. Ob. cit. (2).

<sup>12</sup> Lezama Lima, José: “Lezama Lima: amo el coro que canta”. Ent. Félix Guerra, *Gaceta de Cuba*, (s.n): 20-22; La Habana, marzo-abril, 1993, il.

<sup>13</sup> *Lunes de Revolución*, La Habana, 20 jun. 1960: 5

Sin embargo, de su conversación, posterior a 1965, sostenida con el periodista Félix Guerra acerca de títulos preferidos, Lezama responde: “¿Por qué iba a decir grandilocuente y oportunistamente ahora: esta es la lista? En mi caso no hay listas, listas de nada. No hay listas ni estoy listo para hacer la lista”.<sup>14</sup> Respuesta esta más coherente y lúcida acorde con su pensamiento y con las reflexiones que se leen en la conversación citada al referirse al libro: “Cualquier buen libro leído es el libro mayor. O cualquier buen libro es el libro, porque mayor es un grado bélico que le sobra a la lectura”. Antes expresaría en esta misma conversación: “Leo, pero sobre todo procuro descifrar, qué resulta una invitación a fondo y no el simple saludo de acera a acera. En mi sobrenaturalidad íntima y en las sobrenaturalidades creadas, imaginar agregando es la alternativa frente a la mansedumbre de una entrega apagada y liviana”.

Leer descifrando e imaginar agregando, como claves en la creación lezamiana, nos permite asegurar aún más lo implícito recuperado para su obra desde la lectura del múltiple lector que siempre se propuso ser.

“¿Mi primera página leída? bueno, tendría que remontarme al diluvio o a las glaciaciones. Fue allá por el siglo tanto... Fue un acto insensible prenatal. Un golpe precordial de letras antes de que fuera inaugurada la lectura”.<sup>15</sup>

Inequívocamente en toda la obra de José Lezama Lima está implícita e intertextualizada, aunque inapresable, lo mejor de la literatura, la filosofía, la historia y la cultura universales, así pues, la acumulación erudita de sus meditaciones lecturas, traducidas en fulguración, muy lejos de convertirlo en fuentista lo ha convertido para siempre en uno de los grandes creadores de América y del mundo.

Tomado de *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*,  
97 (1-2): 19-23, La Habana, enero-junio, 2006.



<sup>14</sup> Lezama Lima, J. O. *cit.* (12). p. 21.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 20.

# Veinte años entre tesoros de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí

**Olga Vega**

INVESTIGADORA DE LA BIBLIOTECA  
NACIONAL DE CUBA JOSÉ MARTÍ

COMO HOMENAJE a la labor de ilustres predecesores que parten de un primer director, Domingo Figarola Caneda, destacado intelectual y sobre todo bibliófilo capaz de poner su biblioteca particular a disposición de su país para poder así contar años después con una institución de la que Cuba ha de sentirse orgullosa, se sintetiza una serie de aspectos que demuestra cómo puede ser estudiado y dado a conocer un “tesoro” para que cumplimente su verdadera función social. La participación de jóvenes estudiantes de Información Científico-Técnica en el estudio y rescate de tan valioso patrimonio cobra especial significación en un momento histórico que requiere más que nunca de un relevo imprescindible, armado de ideas novedosas y de una tecnología avanzada para garantizar la conservación y difusión de la memoria histórica contenida en él.

La Biblioteca Nacional de Cuba llevó a cabo investigaciones basadas en sus colecciones de libros raros y valiosos prácticamente desde los primeros años de su fundación en 1901. Los resultados aparecieron plasmados en la revista de la institución o en otras publicaciones de la época. Con el transcurso del tiempo, tanto bibliotecarios como investigadores cubanos de muy variadas ramas del conocimiento se dedicaron a dar a conocer muchos de los valiosos títulos que se atesoraban en ella a través de artículos aparecidos en publicaciones periódicas o en compilaciones bibliográficas.

Por otra parte, un grupo de especialistas conformaron los catálogos del fondo de libros antiguos siguiendo las reglas de catalogación empleadas en aquel entonces, las cuales resultan muy simplificadas a la luz de los actuales criterios de lo que constituye una norma de descripción bibliográfica aplicada a ese tipo de libros, lo que conlleva un proceso de completamiento de datos en las fichas catalográficas. Detalles como la procedencia o la historia de la edición, presencia de anotaciones o documentos anexos, para citar unos pocos ejemplos, no eran consignados con la consiguiente pérdida de información relevante.

En abril de 1989 se creó, como parte de la Subdirección de Servicios al Público el departamento de Salas Especializadas, del cual formaba parte Fondos Raros y Valiosos como un pequeño núcleo que concentraba una colección de cerca de 2 000 volúmenes, en su mayoría formada por libros antiguos (siglos XVI-XVIII).

Una sola persona fue la designada para acometer el reto de llevar a cabo una labor de inventario manual, reorganización, procesamiento y caracterización, de ahí que se conformara un plan de realización de tareas para especializar a estudiantes de nivel medio y superior, y así disponer de un personal auxiliar capaz de apoyar un trabajo de tal envergadura.

Los objetivos de los trabajos de investigación realizados en esa área han sido los siguientes:

- Disponer de las descripciones bibliográficas de títulos que formaban parte de pequeñas colecciones (cronológicamente, o por tipos de documentos), siguiendo una norma establecida internacionalmente, la *Internacional Standard Bibliographical Description*, ISBD, y en los casos en que se decidiera debido a su valor, de cada uno de los materiales ilustrativos relevantes contenidos en ellos.
- Conformar compilaciones bibliográficas (en su mayoría de forma manual por no contar en los primeros años con la tecnología requerida) que facilitaron el acceso del usuario a una información hasta el momento no controlada en su totalidad.
- Analizar y generalizar el flujo de información contenida en estos libros o documentos especiales como medio para caracterizar la colección, tanto desde el punto de vista de las obras en particular, como del conjunto de sus materiales ilustrativos.
- Arribar a una valoración de cada conjunto estudiado, para finalmente poder abarcar, dentro de un número indeterminado de años, todo el fondo raro y valioso de la institución. Esto será luego un proceso ininterrumpido, que continuará creciendo de forma natural en el siglo XXI, al aumentar de forma progresiva la cantidad de ejemplares que deben ser transferidos del fondo general al especial para recibir un tratamiento diferenciado, unido a las nuevas adquisiciones que ingresan en la institución por diversas vías, fundamentalmente por donaciones y compras a particulares.
- Contar con repertorios que puedan ser empleados como obras de referencia, tanto en la Biblioteca Nacional como en otras instituciones.
- Disponer de base material de estudio para los interesados en el tema de la historia del libro y de las bibliotecas, y además como vía para la actualización de los estudiantes en lo que respecta a aspectos teóricos específicos dentro de la actividad bibliotecaria vinculada con los libros raros y valiosos.
- Tener el control del material ilustrativo relevante, contenido en los documentos, para poder contar con un banco de imágenes para su utilización por parte de usuarios nacionales y extranjeros.

En el período 1989-2005 se han defendido en el departamento de Información Especializada (denominación actual de Colección Cubana) un total de dieciocho trabajos de diplomas de graduados universitarios tutorados por la autora del presente artículo, con la colaboración de profesores de la Universidad

de La Habana y colegas de la Biblioteca Nacional u otras instituciones, en los que no se incluyen otros proyectos desarrollados en la institución por tutores que atendieron tanto a alumnos de la especialidad como de otras carreras. Los productos informativos obtenidos abarcan diversos aspectos de la actividad bibliográfica o se dedicaron a temas de indudable interés para profundizar en el estudio de las bibliotecas cubanas y sus coleccionistas. Ellos pueden tipificarse en varios grupos principales:

### **Catálogos parciales que abarcan períodos dados**

- Libros raros y valiosos del siglo xvi.
- La colección de libros del siglo xviii de la Biblioteca Nacional José Martí: primera parte: 1700-1724.
- La colección de libros del siglo xviii de la Biblioteca Nacional José Martí: segunda parte: 1725-1749.
- Colección especial de libros del siglo xix atesorados en la Biblioteca Nacional José Martí.
- Impresos cubanos del siglo xviii en la Biblioteca Nacional José Martí.

### **Iconografías (compilaciones de materiales ilustrativos contenidos en obras raras y valiosas)**

- La ilustración de libros del siglo xviii de la Colección América de la Biblioteca Nacional José Martí.
- La ilustración en los libros valiosos del siglo xvii atesorados en la Biblioteca Nacional José Martí.
- Materiales ilustrativos en dos obras del siglo xviii: *Histoire Generale des Voyages* y *Il Gazzettiero Americano*.
- La ilustración en los libros del siglo xvi atesorados en la Biblioteca Nacional José Martí.
- Litografías de personajes célebres (contenidas en volúmenes compuestos por grabados franceses).

### **Catálogos de bibliotecas particulares; coleccionismo o bibliofilia**

- Libros raros y valiosos de la Biblioteca Nacional José Martí: La Colección Raventós.
- Los bibliófilos y sus exlibris en Cuba.
- Bibliófilos cubanos en el período republicano.

### **Catálogos colectivos**

- Impresos del siglo xvii en pequeño formato: catálogo colectivo. (Fundamentalmente ediciones elzevirianas, atesoradas en algunas bibliotecas de la capital).

## Otras colecciones especiales

- Ediciones especiales de originales de carácter patrimonial (se dedica en esencia al tema de las ediciones facsimilares).
- Colección de tarjetas postales de la Biblioteca Nacional José Martí.
- Encuadernaciones valiosas del siglo.
- La colección de medallas conmemorativas de la Biblioteca Nacional José Martí.

Todos estos trabajos se basaban en la correspondencia existente entre el desarrollo histórico del libro (y por ende de las bibliotecas) durante un siglo o período dado como expresión de las condiciones económicas, políticas, históricas y culturales que influyeron en ellos, y las características que presentaban los ejemplares o instituciones analizados correspondientes a esa etapa, lo cual permite caracterizar por siglos hoy algunas de las colecciones de valor patrimonial atesoradas en la Biblioteca y, a la vez, conocer el origen de ellas, valorando el papel de destacadas personalidades que las conformaron o que de mano en mano fueron pasando los valiosos volúmenes para finalmente engrosar los fondos de la institución.

Las técnicas y procedimientos empleados en la investigación han sido el análisis documental, la descripción bibliográfica a nivel general o analítico de los impresos seleccionados, la indización de los documentos teniendo en cuenta las características propias de la producción editorial de ese siglo y el sencillo estudio bibliométrico que en ocasiones ha ayudado a caracterizar una determinada colección.

La caracterización de las colecciones se hizo posible tomando en cuenta una serie de variables previamente establecidas en el diseño de las investigaciones: la presencia de un autor, ilustrador o impresor dentro de una colección estudiada; los títulos contenidos en ella; el período más productivo dentro de cada siglo; la inclusión de materiales ilustrativos: láminas, grabados de menor tamaño, florones, marcas tipográficas, viñetas, letras capitulares u orlas, plasmados mediante la xilografía, calcografía, litografía o cualquier otra técnica del grabado; la existencia de ediciones príncipes u originales, o de otras muy escasas en el mercado internacional del libro; las temáticas más representadas, tanto muy generales como específicas; la presencia de encuadernaciones, originales o posteriores con valoraciones sobre la curiosidad u originalidad de ellas; la procedencia de los ejemplares, a partir de bibliotecas particulares o institucionales, nacionales o extranjeras; el empleo de determinados tipos de caracteres en la impresión; el estado de conservación de los volúmenes; la incidencia de una serie de ciudades en el movimiento editorial de los países, y la presencia de los diferentes idiomas en las colecciones analizadas.

Muchos han sido los problemas enfrentados por quienes brindaron su apoyo en esta labor ante lo difícil de procesar libros del período de la imprenta manual, en un alto por ciento por problemas económicos y tecnológicos que,

aunque algunos han sido resueltos total o parcialmente con el transcurso del tiempo, todavía persisten aspectos que recaban la atención de los estudiantes o los trabajadores que tienen a su cargo colecciones de impresos antiguos.

Han de conocerse las normas de descripción bibliográficas empleadas para la catalogación de los libros antiguos, las ISBD(A) y otras reglas similares adoptadas por otros países para tomar de cada una de ellas ejemplos utilizables en la práctica diaria. En el caso de los materiales gráficos o de los objetos tridimensionales conlleva el estudio de cada norma en particular. Asimismo, es imposible obviar el tema de conocer formatos automatizados como el MARC 21 o el UNIMARC, los cuales permiten el intercambio con instituciones bibliotecarias a escala mundial, y ayudan a emplear el denominado BMAR, aprobado para su uso en la institución.

A la par ha de estudiarse toda la bibliografía disponible dentro de la temática de la bibliotecología de libros raros para un período o aspecto dado. El libro correspondiente a cada siglo presenta características muy definidas, que lo diferencian de los producidos en otra época de la historia, y ello implica un estudio profundo desde el punto de vista bibliológico. Cada tipo de documento presenta sus especificidades y así una medalla difiere de una tarjeta postal, de un grabado o de un material cartográfico a la hora de procesarlo, conservarlo o utilizarlo.

Hay un por ciento considerable de libros en lenguas extranjeras que resultan desconocidas para los bibliotecarios en activo y los egresados de la carrera, como por ejemplo el latín, considerado como lengua internacional cuando se introduce la imprenta en Europa. En muchos casos, aunque los textos aparecen impresos en lenguas más familiares para los cubanos su lectura se hace dificultosa, puesto que el castellano de fray Bartolomé de las Casas o el inglés de William Shakespeare resultan extraños al lector actual, aun cuando conozca el idioma moderno, por lo que se requiere de la consulta de diccionarios de época y a la larga de una práctica que viene dada por una labor de muchos años leyendo portadas y fragmentos de las obras impresas con la ortografía de aquel entonces.

Se hace siempre necesario arribar a una historia de la edición, para lo cual es imprescindible consultar repertorios bibliográficos no disponibles en la Biblioteca Nacional y que en la mayoría de los casos tienen carácter retrospectivo. Por fortuna, la navegación en internet y la consulta de bases de datos en línea de las principales bibliotecas nacionales y muchas otras instituciones permite enriquecer de manera considerable el volumen de información para arribar a resultados concretos sobre la rareza de una edición o emisión.

La presencia de ejemplares incompletos dificulta en mucho el trabajo, pues muchos carecen de portada, colofón u otras partes significativas a la hora de obtener datos sobre el impreso, pero ya en la actualidad es factible obtener por medio del intercambio con instituciones o de consultas de sitios en internet las imágenes en soporte digital de todo lo faltante.

En ocasiones existen varios ejemplares de un mismo título que deben cotejarse minuciosamente, puesto que se ejecutaron en el período de la imprenta

manual cuando la presencia de emisiones y ediciones eran algo habitual, lo cual dilata en gran medida el tiempo a dedicar a la descripción de los volúmenes. (La presencia de impresos antiguos en formato electrónico permite en ocasiones comparar el volumen con su homólogo disponible en otros fondos bibliográficos, del país o el extranjero).

Además, es imprescindible buscar información sobre técnicas de impresión, de ilustración, impresores, grabadores, autores, que implican la búsqueda de datos en una gran cantidad de obras de referencia, generales y especializadas, en soporte papel o electrónico.

Las temáticas tratadas reflejan el desarrollo de la ciencia en cada etapa, por ello resulta muy complejo indicar un determinado texto tomando como base la clasificación del conocimiento plasmado en un esquema moderno. Es necesario entonces consultar especialistas que ayuden a la asignación de los términos a emplear, de manera que reflejen en lo posible el universo de temas contenidos en un libro tan antiguo.

En el caso de los nombres geográficos, la variación en la toponimia empleada a lo largo de los siglos hace necesaria una nueva búsqueda en repertorios (en papel o soporte electrónico) para poder identificar el nombre moderno de países o ciudades. Aunque se cuenta ya con listados disponibles en internet, aún se presentan sorpresas ante nombres desconocidos, muchas veces cambiados con el fin de ocultar algún propósito o evadir una censura.

Sobre las encuadernaciones debe aprenderse a diferenciar los tipos de materiales empleados y los estilos de cada una de ellas, así como apreciar su originalidad y además identificarse elementos decorativos o marcas de propiedad como los súper exlibris grabados sobre sus tapas.

En líneas generales, estas cuestiones no aparecen contenidas en el plan de estudios de una carrera bibliotecológica, porque, como es evidente, solo una mínima parte de los egresados va a tener a su cargo colecciones de impresos antiguos. Aunque la solución reside en la preparación de cursos de postgrado o diplomados especializados, no siempre es posible organizarlos, por tanto la vía más rápida para dar a conocerlas es la constante divulgación, contrarrestando así factores como el tiempo o la distancia que afectan el trabajo de sacar a la luz los tesoros ocultos en los plúteos de las bibliotecas.

### **Significación de los trabajos de investigación llevados a cabo en la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí en los últimos 20 años**

En primer lugar, ha sido posible profundizar en el conocimiento de joyas bibliográficas que permanecían olvidadas al no estar procesadas con el debido nivel de detalle requerido, e iniciar el reporte de volúmenes existentes al Registro Nacional de Bienes Culturales de la República de Cuba.

Por ello se han entrenado a un buen número de estudiantes y otros colegas en la llamada "Bibliotecología de libros raros" mediante la tutoría de trabajos de diploma y realizado cursos de pregrado y posgrado. De hecho, una gran variedad de problemas han sido resueltos por la tutora y los estudiantes durante

dicho período, resultando cada diploma diferente al precedente por haber aportado aspectos novedosos, los cuales trazaban nuevas pautas para seguir dentro de la actividad investigativa. Así las conclusiones y recomendaciones de estos trabajos se han utilizado para llevar a la práctica ideas provechosas para el perfeccionamiento de procesos o servicios.

En la actualidad se dispone de un mayor número de repertorios que garantizan el poder brindar un servicio de referencia y de préstamo más eficiente, y pueden elaborarse a partir de ellos listados bibliográficos temáticos o realizarse localizaciones de informaciones precisas por medio de sus índices auxiliares, que continuarán siendo útiles en tanto no se cuente con el control bibliográfico total del fondo disponible de forma automatizada.

Una labor de especial significación es el control de los materiales cartográficos, pues muchos de ellos no se presentan de forma independiente, sino que están contenidos en los libros donde aparecieron originalmente, lo cual permite completar la información contenida en la mapoteca, tanto de la Biblioteca como de otros centros. Algo similar ocurre en el caso de los grabados atesorados en la colección especial de ese nombre y los que forman parte de los impresos antiguos; enlazar una imagen con la otra permite determinar la fuente original de esta, su ilustrador o grabador, la fecha de ejecución y la presencia de originales, apropiaciones y reproducciones.

Tomándose las decisiones pertinentes en lo que respecta a su preservación es posible valorar el estado de conservación de piezas en particular o de colecciones en general.

En el caso de los ejemplares con faltantes permite establecer una política en cuanto a su completamiento, la cual puede llevarse a cabo de muy diversas maneras, que parten de una sencilla fotocopia hasta la obtención de imágenes a texto completo con un alto nivel de resolución.

Se evita así la manipulación innecesaria de los documentos, y ello resulta de especial importancia en la medida en que son más valiosos o se encuentran más deteriorados, si se comparan con otros conservados en la institución.

Al poderse valorar de forma integral un fondo de libros raros y valiosos será posible determinar sus obras más preciadas, las que podrían ser objeto de estudios en particular, de ediciones facsimilares o de una inmediata digitalización.

La experiencia acumulada a lo largo de este decenio ha hecho posible extender este tipo de trabajo a otras instituciones y preparar seminarios, cursos de postgrados o entrenamientos para darlo a conocer al personal de otros centros o de otros países. Tal es el caso de los seminarios de fondos raros impartidos periódicamente al personal de las salas de ese nombre de las bibliotecas públicas cubanas, del postgrado Caracterización de libros raros y valiosos de los siglos xv-xx, de la asignatura de Historia del Libro y de las Bibliotecas, a impartir dentro del diplomado que se ofrece en la Biblioteca Nacional a graduados de otras carreras, y más recientemente el primer módulo del taller Identificación y conservación de libros antiguos, bajo la denominación de Identificación de libros raros y valiosos, producidos en el

período 1450-1850, brindado a personal de instituciones cubanas (conservadores y bibliotecarios, conjuntamente con una profesora de la Oficina del Historiador y un profesor de la Biblioteca Nacional de Madrid, auspiciado por la Sociedad Económica de Amigos del País, el Instituto de Literatura y Lingüística, El Social Science Research Council y la Biblioteca Nacional de España.

Con la vasta riqueza informativa recopilada se han organizado también exposiciones que permiten ver al usuario los tesoros de la institución. Resultaron de especial interés la correspondiente a la Colección Raventós, la titulada “América en los libros de los siglos”, y la presentada con motivo de la visita a la Isla del papa Juan Pablo II, para citar algunos ejemplos del número indefinido de muestras en los que las piezas más preciosas despiertan la admiración de los asistentes por su excelente factura, belleza, rareza bibliográfica o cualquier otro aspecto significativo.

Ponencias e informes sobre colecciones de libros raros y valiosos de la Biblioteca Nacional y otras bibliotecas cubanas son cada vez más frecuentes en eventos científicos organizados en el país, y si bien los resultados de las investigaciones sobre los tesoros de esta institución han estado presentes, causa satisfacción apreciar cómo otros colegas, en particular los más jóvenes, se sienten motivados por dar a conocer problemas relacionados con los fondos que conservan o el valor de sus colecciones.

El tema de las publicaciones en todo tipo de soporte no puede ser obviada, por ello desde hace pocos años se ha incluido en la publicación digital de la Biblioteca, *Librínsula*, una sección denominada “Tesoros”, en donde quincenalmente se resalta una obra valiosa cubana o extranjera, producida por lo general entre los siglos xv-xx, con el fin de darla a conocer al mundo.

Imágenes escaneadas a partir del original disponible en la institución y la selección de detalles curiosos relacionados con la pieza seleccionada permiten que en cada nuevo número los lectores lleguen por sí mismos al convencimiento de que los libros raros no son áridos o inaccesibles, sino que, todo lo contrario, constituyen piezas muy atractivas en las cuales se plasma un universo de conocimientos. La reciente inclusión de un buscador permite localizar lo publicado en números anteriores para facilitar el acceso a los interesados a secciones específicas o a un autor determinado.

La antigüedad, rareza, diversidad y en ocasiones el extremo deterioro de este tipo de documentos, si bien en otra época motivó un trabajo erudito y una celosa custodia, requiere hoy de un despliegue de nuevas tecnologías que los den a conocer al mundo en todo su esplendor, facilitando el acceso de los investigadores a la riqueza acumulada en los depósitos de la institución. Por ello debe continuarse esta línea de investigación hasta concluir la labor de caracterización de cada una de las colecciones especiales para garantizar que las futuras generaciones accedan a joyas, convertidas en patrimonio de la humanidad, y a la vez que los bibliotecarios del futuro las sientan como suyas y les dediquen todo su esfuerzo, con el amor que ellas se merecen.

## Bibliografía

- VEGA, O.; ROXANA RODRÍGUEZ Y BETTY M. HERNÁNDEZ: “Catálogo colectivo de impresos de pequeño formato”, en: *Bibliotecas*, 1-2:15-26; La Habana, en.-dic., 1998. [i.e. septiembre 1999].
- VEGA GARCÍA, O.: “Colección de libros y manuscritos en Cuba. 053-RARE- 2S”, en: *Conferencia Internacional de IFLA, 60, 1994: Booklet 5: Division of Collections and Services*. [s.n.], La Habana, [1994]. pp. 38-41.
- \_\_\_\_\_: “Descubriendo tesoros: nuevas vías de acceso al estudio de la Bibliología”. *Ibidem*.
- VEGA GARCÍA, O.: “Formación de colecciones de impresos de carácter patrimonial en las bibliotecas públicas cubanas”, en: *Bibliotecas*, 1-2:4-12; La Habana, en.-dic. 1996. [i.e. abril de 1998]
- \_\_\_\_\_: “Impresos del XIX en los umbrales del XXI: control bibliográfico y custodia de un fondo de carácter patrimonial”, en: *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 92 (3-4):149-159; La Habana, jul.-dic. 2001.
- “Colecciones de materiales especiales ‘valiosos’ en los acervos de las bibliotecas”. En: CD ROM: *Memorias de los Coloquios Internacionales Biblioarchi 2005 y Biblioarchi 2007*. Se incluye resumen y ponencia.
- \_\_\_\_\_: “Las medallas conmemorativas, documentos tridimensionales significativos para la reconstrucción de un pasado”, en: *Bibliotecas. Anales de Investigación*, 3(3):148-155; La Habana, en.-dic. 2007. Publicado en el 2008.

Tomado de *Revista de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí*,  
101 (1-2): 187-196, La Habana, enero-junio, 2010.



# En San Lorenzo están las claves

Rafael Acosta de Arriba

ESCRITOR E INVESTIGADOR

*Asistió [Céspedes] en lo interior de su mente al misterio divino del surgimiento de un pueblo.*

JOSÉ MARTÍ

*Carlos Manuel tenía la rara cualidad de penetrar en la esencia traspasando la dura corteza de las formas exteriores; pero aún diríamos que poseía el talento de una vez alcanzado lo hondo, buscar los misteriosos engarces de lo íntimo y escondido con lo evidente.*

JOEL JAMES FIGAROLA

SIEMPRE he pensado que los que reflexionamos y escribimos sobre la historia tenemos algunas imágenes fijas en la mente acerca de determinados personajes y hechos, imágenes que son recurrentes, que no nos abandonan nunca y que se constituyen como una resultante híbrida de nuestras investigaciones y de la opinión que nos vamos formando de tales personajes y eventos. Son imágenes sobre las que nos gustaría escribir alguna vez, librándonos un tanto de los moldes y *forces* académicos. Me refiero —en mi caso y sobre la figura de Carlos Manuel de Céspedes, en particular— a su estancia en San Lorenzo por espacio de poco más de un mes, los días finales de su existencia. He pensado a Céspedes de muchas formas, lo imaginé en la víspera del 10 de Octubre, madrugada tensa y expectante como ninguna, cuando tomaba decisiones organizativas, releía su manifiesto o declaración de independencia y recibía las últimas noticias sobre los complots que arribaban gradualmente a Demajagua; también el día en que recibió al soldado mambí que le traía la carta en que se le informaba de su deposición —cosa que él daba por sentado y que Fernando Figueredo le había adelantado pocas horas antes—, su serenidad invitando al hombre correo a desayunar con él antes de abrir el documento puesto que de hacerlo no podría contarle a los suyos que había alternado con el presidente, como le dijo salpicando con una pizca de ironía el triste momento. Lo he imaginado muchas veces en el trance difícil ante la cruel disyuntiva a que lo sometió Caballero de Rodas al jugar con la vida de su amado hijo Oscar; pero al final siempre regreso a pensarlo en la serranía en la que está enclavado San Lorenzo, lugar que he visitado en varias ocasiones, durante los días en que hizo repaso de su vida y escribió apuntes de una significación extraordinaria para la historia de Cuba. A esto último me referiré.

Es preciso volver sobre su diario y correspondencia de la guerra, para encontrar, a partir de la relectura cuidadosa, nuevas ideas o quizás confirmaciones de antiguas certidumbres. Me remitiré a sus treinta y cuatro últimas jornadas de existencia, en la creencia de que en ese breve período y lugar se encuentran las claves de su intensa y turbulenta vida.

Céspedes anotó en el cuaderno que él había sugerido en algún momento de la guerra al brigadier José de Jesús Pérez que fomentara una población en San Lorenzo y ahora era él quien llegaba a residir al lugar; una coincidencia como para no pasarla por alto: el fundador muere en el terreno de la fundación, el genitor en su fecundidad.

Vale la pena repasar las líneas cardinales que atraviesan transversalmente el diario en su recta final. Como en sus diarios anteriores, en este abundan las descripciones de la flora y la geografía cubanas. Y también descripciones de la gente sencilla con la que alternó durante esos días. Gracias a esa capacidad narrativa podemos acompañarlo en su estancia en San Lorenzo. El autor utiliza una prosa limpia, rápida, eficaz y precisa. Lezama Lima lo advirtió en uno de sus dos textos sobre el bayamés cuando alabó una frase del diario que calificó de excepcional y concluyó: “[...] hay que esperar a que llegue José Martí para ver frases como esa saltar con mucha más frecuencia”.<sup>1</sup> Esta observación de Lezama tuvo su continuidad en la exégesis de otro poeta atento a la escritura cespedianiana. Escribió mucho después Víctor Fowler, de manera coincidente: “Sin saberlo, ¿o sabiéndolo?, crea Céspedes el espacio en el que veinte años más tarde le será posible desplazarse a la formidable prédica martiana [...]”.<sup>2</sup> Hago notar que los poetas cubanos han estado muy al tanto de la palabra de Céspedes, probablemente debido a que lo aceptan como uno de ellos.

Otro elemento frecuente en las anotaciones del héroe son las referencias a sus estados de ánimo. Se trata del hombre atribulado por las circunstancias, perdedor en el juego político con los representantes de la Cámara y los militares que le son adversos, el hombre golpeado por las vicisitudes de la historia. El ser humano en la quebrada de su propia vulnerabilidad. Así leemos el 24 de enero “¿Qué importan las ambiciones frustradas al lado de los afectos del corazón? Sin embargo, es innegable que hay más hombres ambiciosos que sensibles. De todos modos este suceso tiene que afectarme y así es que nada pasa que deje de redundar en tormento mío, o perturbación a mi tranquilidad. ¡Viva Cuba!”<sup>3</sup>

Otro día escribe sobre una mala noticia acerca del hijo pequeño de un cubano amigo: “Después de almuerzo sentí dolor de cabeza; pero llegó Jesús [Pavón] con la noticia de que había muerto el niño de Beola y se me aumentó! ¿Por qué el cielo me ha hecho tan sensible, debiendo pasar por tantos disgustos?”<sup>4</sup>

<sup>1</sup> Lezama Lima, José: “Céspedes, el señorío fundador”, en: *Imagen y posibilidad*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1981, p. 27.

<sup>2</sup> Fowler, Víctor: “La fundación del ideal ciudadano: a propósito de la publicación del último diario de Carlos Manuel de Céspedes”, en *Revista de la BNJM*, 83(2): 25-36, La Habana, 1992.

<sup>3</sup> Leal, Eusebio: *Carlos Manuel de Céspedes: El diario perdido*, Ediciones Boloña, La Habana, 1998, p. 189.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 191.

Admitamos que mantener la sensibilidad en una guerra como la de 1868-78 era un resultado poco menos que improbable, pues fue una guerra sin prisioneros, los jefes militares españoles disfrutaron de discrecionalidad en perdonar la vida de los hombres y el Bando de Valmaseda no pudo tener otra respuesta que el decreto de guerra a muerte de Céspedes, de 1869. Fue sin dudas una guerra mucho más cruel que la del 95; aunque esto de graduar la crueldad de las guerras pueda parecer un ejercicio retórico totalmente inútil.

Los disgustos que registra en su cuaderno se fueron acumulando y dieron pie a una tristeza y un pesimismo asociados a una poderosa intuición de la muerte. Son diversas las notas de este talante: “Jueves 29 de enero. Me he levantado triste, pensando que nunca más volveré a ver a las personas que amo [...]”.<sup>5</sup> Horas antes del día fatal volvió a soñar con muertos y aparecidos. La tristeza y pesimismo espesos se combinaban también con las dificultades y carencias de toda índole. Era invierno, el inviernillo cubano que se refuerza en la cumbre de la montaña, un verdadero nido de águilas. Escribió el 10 de febrero: “Mejoró algo el día; mas por la noche arreció otra vez el viento con frío y lloviznas. Desde muy temprano estoy encerrado en el cuarto, así he pasado todo el día; pero no puedo leer ni escribir, porque no tengo más que un cabo de vela de cera”.<sup>6</sup>

No menos le molestaban las noticias que le llegaban sobre el desenvolvimiento del gobierno que sucedió al suyo. Y es que este hombre se encuentra en un estado de extrañamiento en que cualquier noticia, por terrible que sea, le resulta ya una acumulación, una *summa*. Su condición de desterrado, de extrañado de lo que consideró su misión en la tierra, en su patria, y de jefe de un clan familiar diezmado en la batalla, es la que hace que le parezca habitar un limbo existencial, del que solo se apartaba para observar lo que le rodeaba y permitirse algunos placeres como único vínculo con lo humano más elemental. Las constantes y numerosas pérdidas de sus familiares y afectos, las graves decisiones que se vio urgido adoptar, la incomprensión y hasta la enemistad de buena parte de sus compañeros en la dirección patriótica, tanto en la manigua como en la emigración, las traiciones frecuentes (la de Zenea, la más reciente), el no cumplimiento de algunas de sus mayores expectativas (entre ellas, de manera importante, el desdén del gobierno de Estados Unidos hacia la causa independentista) y las pésimas noticias asociadas a la alta política y su relación con España (la muerte de Prim, la principal), hacían de Céspedes un hombre que acumulaba más pérdidas y dolorosas experiencias que cualquier otro tipo de sensaciones en el instante en que arribaba a lo que sería su destino final. Era pues un hombre atribulado, golpeado en lo más íntimo, al que solo la extraordinaria solidez de su carácter y la entereza moral con que asumió su vida política lo conservaron como un hombre duro, lúcido y a la vez sensible a sus casi cincuenta y cinco años de edad.

Hay otras tres cuestiones que atraviesan longitudinalmente los apuntes hechos por Céspedes en los días vividos en San Lorenzo. Me permito subrayarlas

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 194.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 210.

porque son esenciales para entender este diario como un libro fundacional no solo de la denominada “literatura de campaña” de las guerras independentistas, sino también de la génesis de la nación cubana. Se trata, primero, de lo que Céspedes denominaba “cuestión de partido”, en referencia a las fragmentaciones y divisiones que observaba en las filas mambisas y, en particular, entre su dirección civil y militar. La otra cuestión —y es a la que dedicaré mayor atención— es la racial, manifestada en sus apuntes como una constante atención al negro como ser humano; aunque su visión del asunto pertenece no solo al nivel de nación sino al individual. La tercera —y no menos esencial— es la emergencia y consolidación del Céspedes librepensador, de raíz liberal radical, masón, respetuoso de la Virgen de la Caridad del Cobre, heredero de la ilustración y con la madurez de estadista que no poseyó ninguna otra de las figuras prominentes del 68, quizá con la excepción de Ignacio Agramonte, cuya prematura muerte impidió apreciar el desarrollo y discernimiento de un ideario que se mostraba vasto, radical y de amplias proyecciones.

La violación de la correspondencia personal, instaurada en el gobierno de Salvador Cisneros Betancourt, es otra de las observaciones críticas de Céspedes que aparecen una y otra vez en estas páginas. Fue un mal que causó numerosos enconos entre los mambises. Pero son las fracciones internas entre los independentistas su obsesión mayor. El lunes 2 de febrero escribió: “Nuestra propia cuestión va mal entre la traición, el egoísmo, la ignorancia y el espíritu de partido”. Y más adelante señala: “Las pasiones se han exaltado con mi deposición y diviso en lontananza la guerra civil. Encarnizados en mi contra los camarones [es decir, los camerales], se preparan ellos mismos un fatal porvenir”.<sup>7</sup>

La guerra fratricida no se produjo, afortunadamente, gracias al juicio equilibrado de Céspedes que no alentó ninguna de las propuestas recibidas de algunos jefes militares adeptos para irrespetar la deposición. Su retirada tranquila, aunque sufrida hasta el límite, a San Lorenzo y su posición de no intervenir en lo adelante en el curso de los acontecimientos, libró a la primera de las guerras independentistas de un enfrentamiento que la hubiese finiquitado de inmediato y que, probablemente, hubiese sido un insalvable escollo para los posteriores brotes insurreccionales.

Con relación a la segunda cuestión, la racial, el diario resulta muy ilustrativo del pensamiento cespedito al respecto. A la altura de febrero de 1874, Céspedes era un hombre que ya había madurado considerablemente sus percepciones del fenómeno racial y su significación para el futuro de la nación cubana. Esto debe analizarse en su evolución en el tiempo. Por ejemplo, si buscamos los periódicos *El Eco*, de Manzanillo, de 1857-58, encontraremos anuncios como este: “Se compran esclavos jóvenes en la casa morada del Lcdo. Carlos Manuel de Céspedes, calle Santa Ana, nro. 27, pagándolos a buen precio”. Es decir,<sup>8</sup> si bien no pertenecía a lo más rancio de la clase esclavista cubana establecida en el occidente de la Isla, Céspedes era un propietario de esclavos como cualquier

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 199.

<sup>8</sup> Colección Coronado. *El Eco*, Manzanillo, años 1857-58, no. 1.

otro; sin embargo, esa condición la compartía con sus labores como síndico<sup>9</sup> y existe la leyenda transmitida oralmente de que esos esclavos recibían un trato humano en Demajagua y demás propiedades del bayamés.<sup>10</sup> Veinte años antes del levantamiento, el “abogado de los negros”, como se le llamó entonces en su Bayamo natal, ya exhibía una comprensión de los esclavos como personas a las que se les debía algún tipo de protección y no ser concebidas meramente como capital.

Su decisión de liberar a sus esclavos e invitarlos a formar parte del Ejército Libertador en la mañana del 10 de Octubre de 1868; sus órdenes de invadir las propiedades de acaudalados que no se incorporaron a la guerra en el primer trimestre de 1869 y emancipar sus dotaciones por la fuerza; la liquidación que hizo, ya como presidente de la República en Armas, en 1870, del nefasto Reglamento de Libertos (adoptado por la Cámara) y la conocida política de ascenso a altos grados militares de oficiales negros y mestizos (lo que no sucedió jamás en la guerra civil norteamericana recién concluida), que puso en práctica durante su mandato a contrapelo de resistencias diversas, hablan de un hombre en evolución gradual y sostenida con respecto al papel de los negros en la luchas independentistas.

Detrás de estas acciones hay una real convicción acerca de la igualdad entre los hombres. Una forma de entender bien esto que digo es la carta en la que Céspedes consideró que el timbre más glorioso de la revolución lo era precisamente que los negros votasen libremente en las elecciones para la Cámara, es decir, verlos transitar de su condición de esclavos a la de ciudadanos, un trayecto que en muchos países requirió de décadas y que él hizo posible en solo un puñado de años. Martí, años después, coincidiría en esa evaluación y diría más, expresó que Céspedes había sido más grande aún por liberar a sus esclavos y llamarlos a su lado como hermanos que por detonar la guerra. Una afirmación rotunda, ciertamente.

Céspedes fue adquiriendo progresivamente la conciencia de que el país, aun en su formato colonial, no podía desarrollarse económicamente mientras existiese la esclavitud. La retrograda institución tampoco era compatible con el concepto de libertad política o de independencia de España, pues para él era un absurdo analizar el conflicto nacional separado del racial. La república a la que aspiraban aquellos varones de la guerra independentista era de carácter liberal radical y, en esa perspectiva, la esclavitud era una rémora impensable desde cualquier punto de vista. De ahí su frase en la mañana del grito independentista: “Cuba libre es incompatible con Cuba esclavista”. Pero no solo fue radical su posición en el caso de los negros, también denunció en sus cartas y documentos

<sup>9</sup> En 1848, con 29 años de edad y veinte antes del levantamiento, Céspedes ejerció como síndico por el Ayuntamiento de Bayamo, función desde la que trató siempre de proteger a los esclavos (hasta donde se lo permitieron las leyes inicuas de la época) y por lo que le llamaron el abogado de los negros.

<sup>10</sup> Sin embargo, es conocido que a la altura de los sesenta del siglo XIX, Céspedes prefería la labor de trabajadores asalariados en sus campos de caña y otros cultivos que la de los esclavos, a quienes destinaba a las tareas domésticas.

la importación de chinos procedentes de Manila. Hasta 1871 se habían vendido y traído a Cuba 110 000 asiáticos. James O’Kelly, en su libro *La tierra del mambí*, describió las condiciones de venta del culí y su miserable existencia. Dijo así el audaz periodista irlandés: “El culí era un animal valioso”.<sup>11</sup> Céspedes, a su vez, calificó esta trata humana como “esclavitud disfrazada” y declaró nulos, en 1870, todos los contratos de compraventa de los siervos asiáticos.

En su diario son frecuentes las anotaciones que tienen que ver con el asunto. Las mencionaré en orden sucesivo. Primero, hay una mirada atenta a la significación de los rituales africanos en el proceso de hibridación dentro de la cultura cubana. Con relación a la significación de estos cantos y rituales, no puedo dejar de mencionar lo ocurrido la noche víspera del 10 de Octubre, cuando Céspedes ordenó a sus esclavos que tocaran la tumba francesa en saludo a la insurrección que se iniciaría apenas unas horas después. Entre la víspera y la mañana de la proclamación de nuestra independencia, Céspedes emblematiza varios símbolos que lo convierten en un hombre cruce de caminos en nuestra historia: masón, liberal, portador de la medalla de la Virgen de la Caridad al cuello, atento a los tambores y cantos de los negros, listo para declarar la libertad de los esclavos y levantarse en armas contra la metrópoli, un verdadero haz de signos multiculturales.

Vuelvo al diario. El jueves 12 hizo una curiosa observación acerca de que el mestizaje había sido favorecido por la guerra al propiciar la mezcla de hombres y mujeres de pieles de diferente color. Dijo así: “Yo regalé las agujas [de coser] a la mujer que se llama Dolores Galán: es de color blanco y pardo el marido: *ya se multiplican las uniones de esta clase*”.<sup>12</sup>

Una observación crítica sobre los procedimientos empleados en la administración del marqués de Santa Lucía, la escribió el sábado 14: “Se trata a los libertos por el nuevo Gobierno como a esclavos; pues sin consultar para nada su voluntad, se les coloca con cualquier persona, apartándolos de donde estaban, aunque tengan hechas sus siembras, llevándolos a lugares distantes separados los maridos de las mujeres y los padres de los hijos [...]”.<sup>13</sup> Ese juicio reprobatorio continúa en los apuntes del día siguiente: “Anoche tuvieron los libertos en casa de Julio baile y canto que duró hasta el día. Hoy han construido aquí una enramada para poner el baile; pero andan muy alborotados, por que (sic) por orden de Ramírez [el coronel jefe de la zona] los está recogiendo el Prefecto sin más trámite que el simple aviso, obligándolos a abandonar sus familias y labranzas, y quedando sin amparo muchas personas desvalidas [...] Se oyen muchas murmuraciones y quejas, y vuelvo a temer que se concite demasiado a una guerra de razas”.<sup>14</sup> El fantasma de Haití proyectaba todavía, más de medio siglo después, sus dolorosas sombras a toda la región. Céspedes observaba la arbitrariedad y exponía sus temores a un enfrentamiento dentro del campo

<sup>11</sup> O’Kelly, James: *La tierra del mambí*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1968.

<sup>12</sup> El subrayado es del autor.

<sup>13</sup> Leal, Eusebio: ob. cit., p. 211.

<sup>14</sup> *Ibidem*.

independentista que pudiese trocarse *in extremis* en un conflicto sangriento y devastador para la causa cubana.

Pero es la anotación del jueves 19 la que encierra mayores significaciones, no tanto por el lujo descriptivo con que Céspedes la recrea, que es notable, sino por lo que se puede deducir del diálogo que sostiene con la negra Brígida, todo un emblema del tema racial en la conducta y el pensamiento cespedianos. Veamos:

Se efectuó el baile en la enramada construida por los libertos; pero se alargó algo y mejoró en su construcción [...] Era notable lo abigarrado de la concurrencia femenina: en los colores (desde el más puro caucásico hasta el más retinto africano) había para todos los gustos [...] El baile empezó y se sostuvo con cinco parejas en que alternaban las damas con parsimonia; pues algunas creo que no cataron ni un pedacito [...] Yo entré al *salón* antes de empezar la danza y saludé a todos, quitándome la gorra con cortés respetuosidad: luego recorrí la fila de señoras, que me recibieron sentadas con mucho aplomo: a todas, una por una, les estreché la mano y me informé de su salud y la de su familia; atención que demostraron haberles agradado sobremanera. Por último, me senté entre dos etíopes y entablé con ellas una amena conversación: lo mismo hice por turno con todas las demás concurrentes. Recuerdo con particularidad que una me dijo que era bayamesa y me trajo a la memoria escenas de 16 años atrás, cuando yo era calavera. Vi bailar con mucha animación danzas, valeses y fandangos en que debo confesar que reinó bastante orden y decencia, y me hubiera pasado así toda la noche, si no hubiese apretado la jaqueca en términos que me obligó a coger la hamaca con muchos dolores y náuseas. Los libertos tenían otro baile en un rancho lejano y con este motivo me pasó una escena chistosa y asaz significativa. Estaba yo sentado junto a una de las niñas más bellas, cuando la liberta Brijida (sic), negra francesa de gran jeta y formas nada afeminadas, se asomó por una de las aberturas que hacían las pencas de la glorieta y me dijo en su jerga con voz un tanto doliente: “Presidente, hágame el favor de salir a oírme una palabra”. Yo salí muy risueño con la ocurrencia, cuando ella tomándome las manos, me dijo: “Mi Presidente, mi amo, nosotras venimos aquí a bailar siempre para divertirlo a Ud. con quien únicamente queremos tener que hacer esta noche [...] nos manda el Prefecto a bailar lejos, donde estamos con mucha molestia. Yo sé bailar danza y vals (efectivamente baila muy bien) pero nosotros nos conformamos con que nos dejen poner nuestro baile en la cocina”. Hija le contesté: “Yo no soy tu amo, sino tu amigo, tu hermano, y veré con el Prefecto qué es lo que pasa, porque él es el que gobierna”.<sup>15</sup>

El apunte concluye en que Céspedes conversó al momento con Lacret y este autorizó que coexistieran los dos bailes, que duraron hasta la madrugada. Pero

el diálogo con la negra Brígida es el centro de mi atención, la trata de amiga y hermana, niega la condición de amo y presidente, la escucha con amabilidad y atiende su queja. Detrás de este apunte hay registrado todo un significado histórico y cultural.

Recuerdo otros pasajes conocidos de la relación de Céspedes con el tema racial, es preciso mencionarlos ahora: su conversación cordial en la manigua, siendo presidente, con un antiguo esclavo de su propiedad; su decisión de incluir en el Ayuntamiento de Bayamo liberado a blancos, mestizos y españoles del comercio, en evidente apelación a las tres fuentes nutricias de la sociedad futura en caso de triunfar la revolución; el envío del jefe de sus ayudantes al entierro de un teniente coronel caído en combate, que había sido esclavo de Francisco Vicente Aguilera; en fin, un grupo de hechos —unidos a los otros ya mencionados— que me reafirman en la idea de que en Carlos Manuel de Céspedes la cuestión de las diferencias raciales había sido metabolizada por completo y que en su accionar se debe hallar el inicio de las políticas públicas —un término de estos tiempos— en Cuba (en este caso en la República en Armas), en torno al reconocimiento de la igualdad racial. Sus posiciones personales, las de investidura oficial y las más privadas, como la que acabo de leer de su diario, indican que así se le considere. Por lo demás, están sus proclamas, manifiestos y cartas, en los que se puede hallar mayor confirmación de lo que digo. Esa escena de Céspedes, en plena cima de la serranía oriental, sentado conversando con las jóvenes negras que acudían al baile, me lleva a otra consideración: hay naturalidad en su proceder, no hay afectación alguna; no es una pose, es su pensamiento y conducta hechos naturaleza; se trata de un hombre de ascendencia aristocrática, que comparte fraternalmente en la manigua en la que todos han sido equiparados por la inopia de la vida patriótica. Es una imagen sin parangón.

Es por esas razones, y por esas tres líneas cardinales que advierto en los apuntes de San Lorenzo, que decidí centrar mi charla en ellos. No creo que valga la pena volver sobre las escenas del duelo a balazos del héroe con los soldados del Batallón de Cazadores de San Quintín, es algo harto conocido. Existen nueve versiones sobre la muerte de Céspedes, contando la del parte militar español acerca de la operación y asalto al predio. Por otra parte, seis historiadores, y entre siete y ocho biógrafos, han escrito o reciclado las versiones del hecho. Como escribió recientemente Eusebio Leal, ya poco importa saber (salvo para el registro y la curiosidad historiográfica) si Céspedes murió por bala española o de su propia mano. De manera que esta vez prefiero recordar sus apuntes, su mensaje embotellado, como un documento que, por lo que he referido y por otras razones más debieran considerarse un elemento sustancial en la fundación del ideal de civilidad en nuestra historia.

Una última observación sobre los diarios y las cartas.<sup>16</sup> La relación entre mirar y ser mirado es esencial cuando se analiza un diario. Son como mensajes

<sup>16</sup> No debe olvidarse, en cuanto a las misivas, que en San Lorenzo escribió esa carta esencial para el estudio de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, cuando le dijo a su esposa a propósito de la captura del buque *Virginius*, en su tercera expedición: “[...] por consiguiente no me

que se lanzan al tiempo improbable en busca de un lector potencial. Más aún en el caso de Céspedes que no estuvo muy seguro siquiera de que sus apuntes llegaran a puerto seguro. La llamada literatura del yo (que en este caso particular se fusiona con la literatura de campaña) establece un pacto en el que tanto el que observa como el que es observado emiten signos de valores crípticos: de lo que se trata es de interpretarlos. El diálogo invisible con un tercero, el lector, da pie a ese *nosotros* que resulta del proceso de observación. El autor, es decir, Céspedes, lo observado y nosotros los lectores, conforman el tríptico que se pone en juego con dicha escritura.

Lo testimonial, sustento de lo autobiográfico, propicia una de las formas sociales más auténticas del discurso literario de carácter histórico. Recuerdo siempre a García Márquez cuando escribió su novela sobre Bolívar y en respuesta a sus entrevistadores les dijo que él solo confiaba en las cartas.

Diarios y cartas constituyen uno de los géneros narrativos que más vínculos establecen entre el autor y sus posibles lectores. No menos valiosa es la certidumbre de que el diarista construye un yo cuyas dimensiones éticas guardan estrecha relación con la sinceridad de sus apuntes. El diario póstumo o final de Carlos Manuel de Céspedes permite apreciar estas cuestiones con suma claridad.

Tomado de *Revista de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí*,  
105 (1-2): 53-62, La Habana, enero-diciembre, 2014.




---

ha cogido de nuevo ni causado ningún efecto lo que me dices en la segunda respecto al arreglo tenido entre esa República [Estados Unidos] y la de España [...] *La política del gabinete de Washington no se me oculta tanto que deje de comprender a dónde se dirigen todas sus miras y lo que significan todos sus pasos*". Esto fue escrito cuatro días antes de su muerte, como para no dejar dudas acerca de que había descubierto la perversa actitud del Gobierno norteamericano en cuanto a la causa cubana. Otra muestra más de la intensa actividad mental a la que se entregó en aquellos días. (El subrayado es del autor.)

# La imprenta en la República: rasgos y cifras

**Ambrosio Fornet**

ESCRITOR, ENSAYISTA  
Y PREMIO NACIONAL DE LITERATURA

**M**E ATREVERÍA a decir que son tres los rasgos que caracterizan el mundo de la imprenta en Cuba, tanto en la época colonial como durante la primera mitad del siglo xx. Esos rasgos son la ubicación territorial (los grandes talleres tipográficos radicaban casi exclusivamente en La Habana); la nacionalidad de origen de los grandes impresores (casi todos eran españoles o sus descendientes directos); y la composición social del grueso de la clientela (los funcionarios del gobierno y de las instituciones oficiales).

La producción destinada a satisfacer la demanda de las distintas instancias del gobierno, así como de las dependencias oficiales, era la más voluminosa y sin embargo, de manera paradójica, la que pudiera catalogarse como *invisible*, porque solo circulaba en los herméticos espacios de las respectivas burocracias. Leyes, decretos, reglamentos, estatutos, boletines, discursos de congresistas, sentencias de los tribunales..., no había en todo el país un solo campo intelectual o empresarial que pudiera competir con esos niveles de demanda. El único que podía acercársele era el de la docencia, formado sobre todo por el recién creado sistema de enseñanza primaria. Es aquí donde encontramos al primer Impresor con perfil de Editor, José López Rodríguez, propietario además de la librería La Moderna Poesía. Asesorado por escritores y pedagogos, López Rodríguez comenzó a publicar libros de lectura y obras que cumplían los requisitos exigidos por la Junta de Educación y que, por tanto, se convertían en textos de uso obligatorio en las escuelas públicas y privadas.<sup>1</sup> Eso le dio tal difusión y estabilidad a su editorial que a principios de los años veinte pudo formar —con Ricardo Veloso, otro próspero librero de La Habana— el consorcio Cultural, S.A., la más grande empresa editora de la primera mitad del siglo.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Véase el caso de *Nociones de historia de Cuba*, de Vidal Morales, adaptada para la enseñanza por Carlos de la Torre y Huerta y publicada por La Moderna Poesía en 1904. Llegaría a tener *siete* ediciones (la séptima en los años treinta).

<sup>2</sup> Sobre estos y otros editores e impresores de la época, véase “La frustración creadora” y los textos alusivos que publiqué en *Memorias insulares* (Ediciones Extramuros, 2017). Véase también, a continuación, “La práctica del oficio” (Recuadro 1).

### RECUADRO 1 LA PRÁCTICA DEL OFICIO

En su introducción a la segunda edición de *Hombres del 68*, Fernando Portuondo describió a López Rodríguez (Pote) como un hábil oportunista, el “típico capitán de empresa” que se propuso “enriquecerse con la publicación de libros escolares y consiguió largamente su propósito”. Aunque sin la misma intención y con mucho menor alcance, casos similares podían darse con aquellos libros de importancia educativa cuyos autores lograban ser “recomendados” por las instancias oficiales. Véase, por ejemplo, *Huellas de gloria. Frases históricas cubanas* (2ª ed., 1944), de Emeterio S. Santovenia, con prólogo de E. J. Varona, que en su página de créditos hace constar: “Obra recomendada para la Biblioteca del Maestro por la Junta de Superintendentes de Escuela...”. (La Biblioteca del Maestro era una de las primeras colecciones creadas por La Moderna Poesía.)

Ricardo Veloso —propietario de la librería Cervantes— desarrolló una intensa actividad editorial a principios de la década del veinte, con títulos como las *Obras completas*, de Raimundo Cabrera, y *Medio siglo de historia colonial cubana* (1923), de José Fernández de Castro. El editor Jesús Montero fundaría, a fines de la década siguiente, la colección Biblioteca de Historia, Filosofía y Sociología —que llegaría a publicar obras como la *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*, de Herminio Portell Vilá —cuatro volúmenes, impresos entre 1938 y 1941—; *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940), de Fernando Ortiz, octavo volumen de la colección; y los ensayos, reunidos en el tomo 24 por Loló de la Torriente, *La Habana de Cecilia Valdés* (1946).

Una de las primeras iniciativas empresariales surgidas con la República fue el proyecto de creación de una Imprenta Nacional. Como ha observado José G. Ricardo, la iniciativa halló favorable acogida entre algunos funcionarios de los poderes ejecutivos y legislativo”, pero “alarmó a los dueños de los grandes talleres tipográficos”, reunidos en el Gremio de Industriales del Ramo de Imprentas de La Habana.<sup>3</sup> Estos alegaban, con razones *de peso*, que para cubrir sus necesidades de impresión —la *Gaceta*, los informes, las memorias, los boletines ministeriales...— el Estado debía gastar casi noventa y tres mil pesos anuales, mientras que ellos podían acometer la tarea por unos sesenta mil, es decir, ahorrándole al Estado más de treinta mil pesos al año. El argumento se impuso —sin necesidad de someterlo a prueba— y con ello quedó sellado el destino editorial de las obras literarias de autores nacionales.

Tal vez por no contar con fuentes de ingreso *gubernamentales* desaparecieron, en los primeros veinte años del siglo, talleres como La Prosperidad, Solana y Cía., La Industria, Gutiérrez y Gutiérrez, La Australia —donde se imprimió, en 1902, una colección de sonetos de Mercedes Matamoros que, a juicio de Márquez Sterling, rivalizaban con los mejores de nuestra lengua—; el del semanario *Azul y Rojo*, que solo duró tres años y en el que se imprimió la primera novela de Miguel de Carrión (*El milagro*, 1903); el de C. Martínez y Cía., que entre 1905 y 1907 publicó varios textos jurídicos; el de Esteban Fernández, en el que debutó

Pedro Henríquez Ureña, con *Ensayos críticos* (1905), durante su estancia en La Habana.

Algunos de los grandes talleres habaneros de entonces —Rambla y Bouza, La Universal, La Propagandista, La Moderna Poesía...— lo eran ya a finales del siglo diecinueve y muy pronto demostraron que se proponían seguir siéndolo. Imprimían desde un código civil o un manual de contabilidad, hasta un voluminoso *Curso de biología* o un texto de fisioterapia de quinientas páginas, para no mencionar ese inagotable muestrario de ordenanzas, informes, boletines, edictos y circulares al que ya hemos aludido y que constituye el peso muerto de todos los repertorios bibliográficos. El grueso de la folletería era generado tanto por el celo administrativo de los organismos y dependencias gubernamentales como por la obligación que tenían las sociedades de recreo y las asociaciones profesionales y gremiales (de estudiantes, hacendados, periodistas, arquitectos, pedagogos, albañiles, farmacéuticos, taquígrafos, veteranos de la guerra, propietarios, almacenistas, dependientes y viajeros de comercio, entre otras) de publicar sus estatutos y reglamentos.

## RECUADRO 2 LA PRODUCCIÓN INVISIBLE

La producción invisible —gran parte de la cual era generada por los organismos gubernamentales y garantizaba, por tanto, la memoria burocrática de la nación—, podía percibirse con una simple ojeada a la rutina laboral de Rambla y Bouza, por ejemplo, la imprenta que acabó siendo la mayor contratista del gobierno en los primeros veinte años de República. Un toque personal: entre 1902 y 1904, el periodista Vicente Pardo Suárez —que, como deportado, había sufrido una pena de reclusión que cumplió en cárceles de Barcelona, Santander y Bilbao— se desempeñó como editor del *Diario de sesiones* de la Cámara de Representantes. Entre 1907 y 1908 —lapso que incluye el de la Segunda intervención—, Rambla y Bouza imprimió un discurso de Magoon (ciento veinte páginas) y sucesivos volúmenes del *Informe de la Administración Provisional*, textos de casi seiscientas páginas cada uno, el primero de los cuales apareció tanto en inglés como en español.

Entre 1902 y 1916, el taller Rambla y Bouza publicó una Colección legislativa (leyes y resoluciones del Congreso), que llegó a tener treinta y siete volúmenes; editó además la colección del *Boletín* de Departamento de Estado (diez volúmenes), y la del *Boletín* de los Archivos de la República (quince), así como el *Boletín Legislativo* (dieciséis volúmenes de leyes, decretos, reglamentos y sentencias del Tribunal Supremo). Súmense las memorias de las distintas legislaturas, los textos ya mencionados de la Cámara de Representantes y los que en cada caso rendían cuenta de la gestión presidencial (la de José Miguel Gómez, por ejemplo, ocupó cinco volúmenes, con una extensión total de dos mil doscientas páginas). En 1916 la empresa imprimió un tomo de más de ochocientas páginas dedicado a los tratados y convenios oficiales celebrados por la República hasta 1914.

Puede decirse que la relación comercial Rambla/Gobierno se mantuvo durante todo el resto del período, pese a la existencia del activo taller de la *Gaceta de la República*. En 1919 Rambla y Bouza publicó más de tres mil páginas de

procedencia oficial, desde las *Memorias del Congreso* correspondientes al trienio recién transcurrido hasta las seiscientas páginas en las que se condensa la gestión del Presidente Menocal en el bienio 1915-1916, pasando por los innumerables folletos originados en las distintas Secretarías (la de Estado, por cierto, tuvo la feliz iniciativa de hacer traducir y publicar el *Tratado de Versalles*, un volumen de doscientas cuarenta páginas que venía a ser como el emblema cultural de una nueva época. En esta copiosa e intrincada enumeración cabría mencionar también los mensajes presidenciales, que si bien no solían ser muy extensos, tenían un gran valor simbólico: con ellos la empresa se afirmaba, en el imaginario de la burocracia, como “la impresora de Palacio”. Y, fuera de los ámbitos legislativos y ejecutivo es posible encontrar, por ejemplo, las *Memorias* y las *Órdenes generales* de la Guardia Rural, once volúmenes con una extensión promedio de cuatrocientas páginas.

El vértigo de las prensas habaneras merma notablemente cuando se pasa de los encargos gubernamentales al conjunto de la producción. Un balance del número de títulos publicados durante los seis últimos años de esta etapa (1917-1922, ambos inclusive), da como resultado que solo *cinco* imprentas sobrepasan los doce títulos anuales, modestísimo promedio de *un* título al mes.<sup>4</sup> Son ellas:

Imprenta	Total de títulos	Promedio anual
Rambla y Bouza	358	59,6
El Siglo XX	331	55,1
La Propagandista	93	15,5
La Universal	80	13,3
La Moderna Poesía	76	12,6

¿Cuántos prensistas, cajistas, correctores y auxiliares podía exigir ese nivel de producción? ¿Qué costos en papel, tinta, salarios y mantenimiento de la maquinaria podía generar? ¿Qué margen de ganancia podía garantizar? En 1902, los miembros del gremio de impresores que objetaron la iniciativa de la Imprenta Nacional desglosaron su cálculo de gastos en varias partidas, la mayor de las cuales correspondía al salario de los cajistas (cincuenta cajistas, a sesenta pesos mensuales: treinta y seis mil pesos al año). [Sobre otros gastos, véase Recuadro 3] Sabemos que a finales de los años veinte el costo de impresión de los *Anales* de la Academia de la Historia, por ejemplo, fluctuaba entre 1.98 y 2.95 pesos por página, y que mientras duró la Guerra Mundial el precio del papel —por cierto, no siempre el *tipo* de papel que se necesitaba—<sup>5</sup> se duplicó, a

<sup>4</sup> En 1922 Seoane y Fernández, con un promedio de catorce títulos, desplaza del cuarto puesto a La Universal.

<sup>5</sup> A principios de 1916 el *Boletín del Archivo Nacional* hacía saber a sus lectores: “Nos ha comunicado la casa impresora de esta publicación que a causa de no recibirse en plaza papel igual al que se usa para este *Boletín*, motivada esa carencia por la actual contienda europea, tiene que ser variada la clase de dicho papel hasta que cese la dificultad expresada”.

lo que habría que sumar el probable incremento de los jornales, determinado por el aumento del costo de la vida. En 1922, el director de la Junta Nacional del Censo calculaba que de haberse impreso la *Memoria* tres años antes —es decir, todavía en plena Danza de los Millones— hubiera costado no menos de cien mil pesos, mientras que a mediados de 1921 —ya en plena crisis, cuando el proyecto fue sacado a subasta— costó cincuenta y siete mil, casi un cuarenta por ciento menos.<sup>6</sup> Que el ganador de la subasta no haya sido uno de los más grandes talleres de la época parece indicar que estos —pese a estar sometidos también a las contingencias del mercado— se sentían seguros, contando como contaban con una clientela solvente y estable. La Moderna Poesía, por ejemplo, se había convertido en contratista vitalicio de la Casa de Beneficencia e imprimía cada año la *Memoria oficial* de sus congresos, volúmenes que no bajaban de las quinientas páginas (el de 1902 tenía algo más de seiscientas, el de 1908, quinientas treinta y seis).

### RECUADRO 3 GASTOS

Entre los gastos de un taller representativo de principios de siglo debían incluirse, por concepto de salarios, los de un prensista (75 pesos mensuales); cuatro prensistas auxiliares (60 pesos cada uno); tres encuadernadores “para doblar y coser” (50 pesos cada uno); cinco “mozos para cortar, traer y llevar material” (40 pesos cada uno); un “mozo de máquinas o fogonero” (40 pesos mensuales), y “un regente para dirigir a los obreros” (100 pesos mensuales). El total de salarios ascendía, por tanto, a poco más de cuarenta y cinco mil seiscientos pesos. El resto de los gastos (sobre todo el asignado a papel y tinta, que era de diez mil pesos) ascendía a trece mil seiscientos pesos. (Ricardo —que reproduce la tabla— hace notar que la mención al “fogonero” indica que ya existían en los talleres prensas de vapor.)

Uno de los rasgos menos estudiados de la etapa —tal vez porque se daba por sabido— es el que atañe al desarrollo de la imprenta en provincias. ¿Cuántos investigadores se han detenido en las “exploraciones bibliográficas” que González Alcorta incluye en su historia de Vuelta-Abajo, publicada en 1902 en la imprenta La Constancia, de Pinar del Río? ¿Por qué en los inicios de la República, cuando se quiso publicar una historia de Cuba para maestros, se escogió la de Vidal Morales y no la de Emilio Blanchet, que era “más rica en datos y juicios?”. Pues simplemente —en opinión de Fernando Portuondo— porque Blanchet era “un profesor provinciano”, mientras que Vidal Morales “pertenece a la intelectualidad capitalina” y gozaba aquí de mucho prestigio.<sup>7</sup>

Parece que años antes Nicolás Heredia se había negado a publicar *Leonela* en los predios de Blanchet (Matanzas) porque aspiraba a que “su impecable obra literaria” tuviera “una impecable forma tipográfica”, imposible, por lo visto, de

<sup>6</sup> El trabajo —cuyo resultado final fue un volumen de casi mil páginas, con tablas e ilustraciones— le fue adjudicado a la casa impresora Maza, Arroyo y Caso.

<sup>7</sup> Fernando Portuondo: *Estudios de historia de Cuba*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, pp. 375-376.

alcanzar allí.<sup>8</sup> Un cuarto de siglo después la situación había cambiado; durante seis años, entre 1911 y 1917, se llevó a cabo en un taller matancero —la Imprenta de Quirós y Estrada, luego de su viuda— una verdadera proeza tipográfica: la composición e impresión de la *Bibliografía cubana*, de Trelles (primero los ocho tomos correspondientes al siglo diecinueve, después los dos correspondientes al veinte). Si aún no se había instalado un linotipo en el taller,<sup>9</sup> las cuatro mil cien páginas que formaban ambas obras debieron ser compuestas o *paradas* a mano. Ciertamente que seis años es un largo trecho, que la tirada era de solo doscientos o trescientos ejemplares y que las obras se iban entregando a plazos, en pliegos que en su momento el suscriptor o comprador debía hacer encuadernar; pero cierto también que una empresa semejante, de carácter cultural, no volvió a acometerse en el país hasta mucho después.<sup>10</sup>

#### RECUADRO 4 LAS PROVINCIAS PUBLICAN

Carlos M. Trelles dice que fue en 1919 cuando en Santa Clara se compuso por primera vez un libro en linotipo (un manual de preceptiva, de doscientas quince páginas). Por Ricardo sabemos que en La Habana el primer linotipo funcionó en el taller del periódico *La Lucha*, en 1904, y que Rambla, Bouza y Cía. lo instaló en su taller tres años después. De Matanzas eran las imprentas El Escritorio y de Juan F. Oliver, que imprimieron algunas de las otras bibliografías de Trelles. Son pocos los talleres que suelen citarse del extremo oriental de la isla y nos parece *normal* que las escasas historias provinciales aparecidas en la época (la de Matanzas, en 1919; la de Pinar del Río, en 1921, por ejemplo, ambas de Adolfo Dollero) fueran publicadas en La Habana. El análisis cuantitativo revela que de las cuarenta y cinco imprentas no habaneras que, entre 1911 y 1917, publicaron títulos de más de *cien* páginas, solo *catorce* lograron superar las doscientas, y de ellas, solo *cuatro* superar las trescientas: El Camagüeyano, en 1917; la ya citada Oliver (Matanzas, primero en 1918 y después en 1920); la Católica, de Cienfuegos, y La Crónica, de Baracoa, ambas en 1919. Las bibliografías cubanas correspondientes (la de 1917-1920, de Norma Fernández y Marta Dulzaides, y la de 1921-1936, t. 1, de Dulzaides, Graupera y Gabeiro), registran que las diez imprentas restantes, con títulos de doscientas o más páginas, son las siguientes: Pompilio Montero (Santa Clara, 1918); La Correspondencia, Argemí (ambas de Cienfuegos), y Quiñones (Santa Clara), en 1919; Andrés Estrada (Matanzas) y El Lápiz Rojo (Santiago de Cuba), en 1920; Arroyo Hnos. (Santiago de Cuba) y Casas y Mercado (Matanzas), en 1921; y de nuevo dos santiagueras, Acosta y Fábregas y Editorial Aguilera, en 1922).

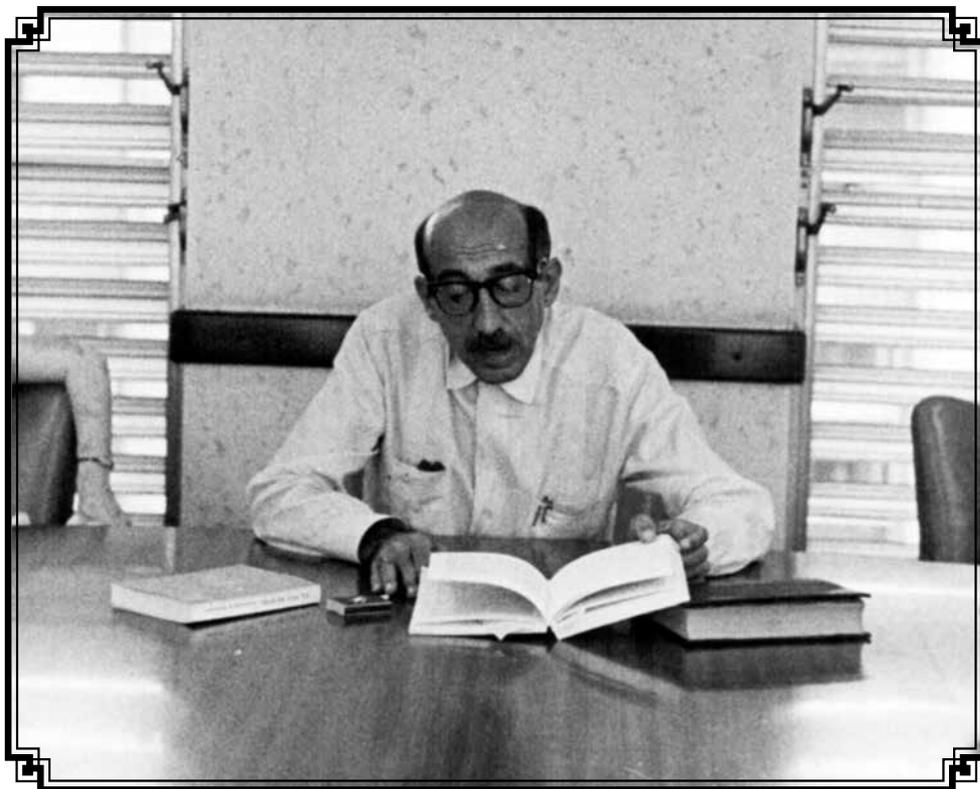
<sup>8</sup> La opinión, de Álvaro de la Iglesia, apareció en *El Figaro*, en 1901. Cuando se publicó la novela —impresa en La Habana, en 1893, en el taller de La Moderna—, Sanguily elogió la impresión (“un tomo elegante, de tipos claros y limpios”), pero criticó el acabado (estaba “torpemente cosido”).

<sup>9</sup> Véase “Las provincias publican” (Recuadro 4).

<sup>10</sup> Hasta 1928, cuando se publicó, bajo la dirección de José Manuel Carbonell, *Evolución de la cultura cubana*, una colección de dieciocho volúmenes subvencionada por el Gobierno.

¿Convendría preguntarse cuál fue la actitud de los escritores de la época ante la situación de los respectivos “establecimientos tipográficos”? Que ya en vísperas del siglo veinte Nicolás Heredia lanzara aquella sombra de descrédito sobre las imprentas provinciales, ¿pudo haber influido años después en la decisión de Boti de publicar en el extranjero *Arabescos mentales* (Barcelona, 1913), por ejemplo? Objeción: años antes, Boti no había tenido reparos en publicar sus primeras obras en la Biblioteca El Cubano Libre, de Santiago de Cuba, como no los tuvo Poveda en publicar sus *Versos precursores* (1917), en la Imprenta El Arte, de Manzanillo. Lo que se impone, entonces, es renovar las preguntas y tratar de buscar nuevas vías de acceso a las respuestas.

Tomado de *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*,  
111 (2), 106-11, La Habana, julio-diciembre, 2020.



El Dr. Juan Pérez de la Riva comenta el libro *La Isla de Cuba*, de Richard Madden. Biblioteca Nacional, 14 de agosto de 1964



**Jorge Mañach imparte una charla en la Biblioteca Nacional José Martí sobre Henri Bergson el 30 de noviembre de 1959**



Antón Arrufat en la conferencia "Perspectiva del teatro cubano"  
en la Biblioteca Nacional José Martí el 14 de diciembre de 1962



**Samuel Feijóo, "Narraciones de Guamuhaya".  
Biblioteca Nacional José Martí, 3 de julio de 1962**



El escritor guatemalteco Manuel Galich brinda una charla sobre el libro de Augusto Roa Bastos, *Hijo de hombre*. Biblioteca Nacional José Martí, 24 de abril de 1963



**Carlos Rafael Rodríguez imparte una conferencia sobre la revolución cubana y la nueva estructura económica a partir del 1ro. de enero de 1959. Circa 1962.**

## **Rafael Acosta de Arriba** (La Habana, 1953)

Ensayista, investigador, curador, historiador, crítico de arte y profesor. Se doctoró en 1998 en Ciencias Históricas y en 2009 obtuvo su segundo doctorado. Posee veinte libros publicados, entre ellos, *Los silencios quebrados de San Lorenzo* y *De vísperas y silencios*. Participa de una treintena de títulos de varios autores. Ha recibido numerosos reconocimientos como el Premio Nacional de Investigación Cultural (a la obra de la vida) y la Distinción por la Cultura Nacional. Es profesor titular de la Universidad de las Artes. Fue el director fundador de la *Revista Fotografía Cubana*. Tiene en imprenta los libros *Conversaciones sobre arte* y *Estudios críticos sobre fotografía cubana*. Recientemente recibió la Orden Carlos J. Finlay, y ha sido elegido miembro de número de la Academia de Historia de Cuba. Es el actual director de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*.

## **Eliades Acosta Matos** (Santiago de Cuba, 1959)

Historiador, escritor, licenciado en Filosofía en 1982, en la Universidad Estatal de Rostov del Don (URSS). Es miembro ordinario de la Cátedra de Estudios Cubanos de la University of Wolverhampton, de Inglaterra, 1998. Fue director de la Biblioteca Nacional de Cuba y de su revista entre 1997 y 2007. Ha recibido las distinciones Félix Elmuza de la UPEC y Por la Utilidad de la Virtud, de la Sociedad Cultural José Martí. Ha presentado numerosas ponencias en eventos científicos, como la conferencia “José Martí y los desafíos del siglo xxi”; en el Encuentro Cubano-Británico de Filósofos, auspiciado por la Universidad de La Habana. Es autor de numerosos libros, entre ellos: *El 98: la guerra que no cesa* (Puerto Rico), y *Cartas Auténticas que nunca se escribieron* (España, 2005). Actualmente radica en República Dominicana y trabaja en el Archivo Nacional de ese país.

## **Ana Cairo Ballester** (La Habana, 1949-2019)

Investigadora, ensayista y profesora universitaria, doctora en Ciencias Filológicas. Ejerció como profesora titular y consultante de la Universidad de La Habana. Fue miembro de la Academia de Historia, de la UNEAC, del Consejo Asesor de la Fundación Alejo Carpentier y de la sección cubana de la Asociación de Historiadores de América Latina y el Caribe. Integró los consejos editoriales de las revistas *Temas*, *Universidad de La Habana*, *Debates Americanos* y *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. Publicó numerosos artículos, antologías y libros, entre los que figuran: *20 de mayo, ¿fecha gloriosa?* (La Habana, 2002), *José Martí y la novela de la cultura cubana* (Santiago de Compostela, 2003), *Mella 100 años* (Santiago de Cuba, 2003), *Membé para cimarrones* (La Habana, 2005), entre otros. Recibió en 2015 el Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanísticas.

**Luisa Campuzano Sentí** (La Habana, 1943)

Pedagoga, escritora, licenciada en Letras Clásicas por la Universidad de La Habana. Se doctoró en Filología Clásica en Bucarest. Ha sido profesora de Latín y Literatura Latina en la Facultad de Artes y Letras de La Habana (1966-2000), además de ofrecer numerosas conferencias en el extranjero. Dirigió el Centro de Investigaciones Literarias de la Casa de las Américas y el premio que concede esta institución (1987-1994). Allí coordina desde 1994 el Programa de Estudios de la Mujer. Desde 1998 dirige la revista *Revolución y Cultura*. Es miembro de número de la Academia Cubana de la Lengua y correspondiente de la RAE. Integra la Unión de Escritores y Artistas de Cuba y consejos asesores de editoriales y revistas. Es autora de libros como: *Las muchachas de La Habana no tienen temor de Dios* (La Habana, 2004), *Alejo Carpentier: acá y allá* (Pittsburgh, 2007), entre otros.

**Ramón De Armas Delamarter Scott** (La Habana, 1939-1997)

Historiador y profesor, graduado de Ciencias Filológicas en la Universidad de Lomonosov. Ejerció como docente en la Universidad de La Habana y fue miembro del Consejo de Dirección del Centro de Estudios Martianos. Se desempeñó como jefe del departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional José Martí. Su labor investigativa tuvo entre sus líneas fundamentales el estudio del pensamiento y la obra de José Martí, sobre el cual compartió numerosos artículos y ensayos en publicaciones cubanas y extranjeras, como el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, el *Anuario de Estudios Americanos*, la revista *Bohemia*, etc. Su libro *La Revolución Pospuesta: destino de la revolución martiana de 1895* (La Habana, 2002), se considera uno de sus mayores aportes bibliográficos y un verdadero clásico en la historiografía cubana más reciente.

**Tomás Fernández Robaina** (La Habana, 1941)

Bibliógrafo, bibliotecario, profesor e investigador de la historia social del negro en Cuba. Desde la década de 1960 labora en la Biblioteca Nacional José Martí. Ha contribuido con el desarrollo de la bibliografía cubana, el pensamiento antirracista y la profundización de la cultura afrocubana a través de conferencias, ponencias, talleres, cursos de posgrado y artículos para la prensa nacional. Tiene publicado numerosos libros, entre ellos: *Bibliografía de bibliografías cubanas* (La Habana, 1975), *Bibliografía de temas afrocubanos* (1985), *Cuba: personalidades ante la problemática racial* (2007), *Cultura afrocubana: historia y nacionalidad* (2009), *El negro en Cuba: Colonia, República y Revolución* (2012), *Diccionario de pensamientos antirracistas cubanos* (2015) y *La cuestión racial en Cuba. Pensamiento y periodismo de Gustavo Urrutia* (2018).

**Ambrosio Fornet Frutos** (Granma, 1932)

Ensayista, crítico, editor, guionista de cine, profesor titular adjunto del Instituto Superior de Arte. Fue editor en el Ministerio de Educación, la Editora

Nacional, el Instituto Cubano del Libro y la Revista Universidad de La Habana. Es autor de estudios monográficos y colecciones de ensayos, como *El libro en Cuba. Siglos XVIII y XIX* (La Habana, 1994), *Las máscaras del tiempo* (1995), *La coartada perpetua* (2002), *Carpentier o La ética de la escritura* (2006), *Las trampas del oficio: apuntes sobre cine y sociedad* (2007), *El otro y sus signos* (2008), *Narrar la nación* (2009), *A título personal* (2010). Como guionista se destaca la película *Retrato de Teresa*. Ha sido merecedor de los Premios Nacionales de Edición y de Literatura, además de las distinciones Por la Cultura Nacional, Alejo Carpentier, Raúl Gómez García, entre otros reconocimientos. Es miembro de la Academia Cubana de la Lengua.

**José Luciano Franco Ferrán** (La Habana, 1891-1989)

Relevante historiador, profesor, investigador y periodista. En 1942 obtuvo el título de la Escuela Profesional de Periodismo Manuel Márquez Sterling. Realizó estudios de Ciencia Municipal y Urbanismo, y de investigación histórica. Fue profesor de la Universidad de La Habana, donde impartió Historia de América y de Cuba. Se especializó en la trata africana, las sublevaciones esclavas y la biografía del héroe independentista Antonio Maceo. Su obra incluye la historia del Caribe. Aportó estudios de gran significación para la historia afroamericana, tan rica y aún desconocida. Su temprana concepción de multiculturalidad posibilitó conocer la herencia africana y su huella en Cuba y en América. Entre sus obras publicadas sobresalen: *Los palenques de los negros cimarrones en Cuba* (La Habana, 1973) y *La diáspora africana en el Nuevo Mundo* (La Habana, 1975).

**Roberto Friol Martínez** (La Habana, 1928-2010)

Poeta, investigador, ensayista, crítico y editor. En 1998 recibió el Premio Nacional de Literatura. Su poesía fue recogida en los libros: *Alción al fuego* (La Habana, 1968), *Turbión* (1988), *Gorgoneión* (1991), *Tres* (1993), *Kid Chocolate* (1996), *Tramontana* (1997), *Zodiakos* (1999). En su labor investigativa figuran títulos como *Suite para Juan Francisco Manzano* (La Habana, 1977); el cotejo y los apuntes para la publicación y el prólogo de *Diario del rancheador*, de Cirilo Villaverde (1982); así como artículos y ensayos sobre la obra de José Lezama Lima y de autores de la literatura norteamericana. Impartió cursos y conferencias sobre personalidades de Cuba y fungió como asesor y editor de importantes obras literarias. Trabajó durante años como investigador en la Biblioteca Nacional José Martí y colaboró con frecuencia en su *Revista*.

**Ivette Fuentes de la Paz** (La Habana, 1953)

Se licenció en Lengua y Literatura Hispánicas en 1976, y se doctoró en Ciencias Filológicas en 1993, en ambos casos en la Universidad de La Habana. Obtuvo su diploma de Estudios Avanzados en la Universidad de Salamanca en 2002. Se ha desempeñado como directora de la revista *Vivarium*, además de presidenta del Centro de Estudios de la Arquidiócesis de La Habana. Se

desenvuelve también como investigadora adjunta del Museo de la Danza. Ha dictado conferencias en universidades cubanas y extranjeras. Fue directora del proyecto Casa José Lezama Lima. Como investigadora se ha especializado en estudios literarios, de política cultural, y estética de la danza. Entre sus libros de ensayos se encuentran *José Lezama Lima: hacia una mística poética* (2010), *Danza y poesía. Para una poética del movimiento* (2015), *José Lezama Lima y la tradición cosmogónica de la luz* (2018).

**Araceli García Carranza** (La Habana, 1937)

Se doctoró en Filosofía y Letras en la Universidad de La Habana. Es bibliógrafa e investigadora titular, jefa del departamento de Investigaciones de la BNCJM y jefa de Redacción de la *Revista de la Biblioteca Nacional* desde 1997. Durante muchos años estuvo al frente del departamento de Bibliografía de la BNJM y de Colección Cubana. Es autora de numerosos índices, bibliografías y biobibliografías, así como de decenas de trabajos históricos y crítico-bibliográficos. Ha dictado conferencias en varios países. Posee la Distinción por la Cultura Nacional y la Medalla Alejo Carpentier, entre otros reconocimientos. Es, además, Premio Nacional de Investigación Cultural (a la obra de la vida). Recientemente recibió la Orden Carlos J. Finlay, la más alta condecoración que otorga el Estado en el ámbito de las ciencias.

**César García del Pino** (Pinar del Río, 1921-La Habana, 2020)

Historiador, investigador y arqueólogo, bachiller en Letras y Ciencias por el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana. En 1943 ingresó en la Sociedad Espeleológica de Cuba y cursó Arqueología, Etnología e Historia. Fue asesor del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, miembro de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba, del Consejo de la Filial Cubana de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe, y miembro de número de la Academia de Historia de Cuba. Recibió condecoraciones y premios significativos por la obra en general dedicada a las investigaciones y sus aportes teóricos. Obtuvo en 2012 el Premio Nacional de Ciencias Sociales. Publicó alrededor de veinticinco libros y folletos. Su obra historiográfica ocupa un lugar relevante en las ciencias históricas de las décadas más recientes.

**Juan Jiménez Pastrana** (La Habana, 1903-1987)

Poeta e historiador. Se graduó como doctor en Pedagogía en la Universidad de La Habana, en 1937, donde además realizó estudios no concluidos de Derecho Civil y de Filosofía y Letras (1937-1939). Participó en las luchas por la Constituyente. Desde 1930 hasta 1960 fue maestro y director de escuelas públicas en La Habana, uno de los fundadores de la primera organización sindical de maestros públicos cubanos. Fue jefe de Redacción de *Crónica Social* y también colaboró en *Nuevo Rumbo*, *Atenas*, *El País*, *El Mundo*, *Noticias de Hoy*, *Bohemia*, *Proyecciones*, *Revolución*, *Universidad de La Habana*, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, *Resumen Semanal*, *Granma*, y otras.

Entre sus ensayos figuran *Los chinos en las luchas por la liberación cubana*. (La Habana, 1962), *Examen de la Asamblea de Guáimaro* (1977), *Salvador García Agüero, biografía* (1985), etc.

**Julio Le Riverend Brusone** (La Coruña, 1912-La Habana, 1998)

Historiador e investigador. Se doctoró en Derecho Civil y en Ciencias Políticas, Sociales y Económicas en la Universidad de La Habana. En México fue becario del Colegio de México y recibió el título de Maestro en Historia del Instituto Nacional de Antropología e Historia y de El Colegio de México. Fue secretario de la Sociedad Económica de Amigos del País, director del Patrimonio Nacional del Tribunal de Cuentas (1952-1959), posteriormente profesor de la Escuela de Ciencias Comerciales de la Universidad Central Marta Abreu de Las Villas y de Historia Económica de Cuba en la Universidad de La Habana. Colaboró con numerosas publicaciones cubanas y foráneas. Dirigió la Biblioteca Nacional José Martí (1977-1988). De sus libros sobresalen: *Síntesis histórica de la cubanidad en el siglo XVIII* (La Habana, 1940), *Historia económica de Cuba* (1963), entre otros.

**Luis Felipe Le Roy Gálvez** (La Habana, 1910-1978)

Profesor, químico, historiador e investigador. Se vinculó con instituciones relevantes como las Academias de la Historia y la de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de Cuba. En la Universidad de La Habana fue profesor titular de Análisis Químico; además de asesor e investigador de asuntos históricos en el archivo de dicha institución. Participó en la identificación de los restos del Padre Varela en San Agustín de la Florida, EEUU (1954). Publicó numerosos ensayos y artículos en diversos órganos científicos y periódicos, tales como las revistas *Universidad de La Habana* y *Criminalística*; los *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*; la *Revista de la Sociedad Cubana de Botánica* y la de la *Sociedad Cubana de la Historia de la Medicina*; la *Revista de la Biblioteca Nacional*; y el *Journal of Chemical Education de E.U.A.*

**José López Sánchez** (Habana, 1911-2004)

Erudito investigador de la historia de la medicina cubana. En 1928 se graduó de bachiller en Letras y Ciencias en el Instituto de Santa Clara y ese mismo año matriculó Medicina en la Universidad de La Habana. Ingresó en el PCC en 1932, en el que llegó a ser secretario general de la célula del Hospital de Emergencias. Participó en la Guerra Civil Española como corresponsal de guerra. Entre 1942 y 1959 perteneció al Comité Ejecutivo de la Federación Médica de Cuba y del Colegio Médico Nacional. Fue miembro de honor de la Unión de Historiadores de Cuba y de la Sociedad Latinoamericana de Historia de la Ciencia y la Tecnología. Recibió el Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanísticas en 1999. Se le entregó la Orden de Mérito Científico Carlos J. Finlay. Entre sus libros destaca: *Tomás Romay. Apuntes biográficos y discursos* (La Habana, 1950).

**Juan Pérez de la Riva** (Biarritz, Francia, 1913-La Habana, 1976)

Relevante historiador y demógrafo cubano-francés. Fue profesor de la Universidad de La Habana y en diversas academias de Francia. Dirigió la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (1964-1976). Más de la tercera parte de su producción científica consiste en artículos aparecidos en esta publicación y en *Bohemia*, *Economía y Desarrollo*, *Revista Cuba Internacional* y en el *Boletín Demográfico*. Entre sus obras publicadas se encuentran: *La población de Cuba* (Habana, 1964), *El barracón y otros ensayos* (La Habana, 1975), *Para la historia de la gente sin historia* (Barcelona, 1976), *¿Cuántos africanos fueron traídos a Cuba?*, *Los demógrafos de la independencia* (La Habana, 1979), *Los culíes chinos en Cuba: contribución al estudio de la inmigración contratada en el Caribe* (2000), *La conquista del espacio cubano* (2004), etc.

**Francisco Pérez Guzmán** (La Habana, 1941-2006)

Relevante historiador y periodista; experto en temas militares, licenciado en Historia por la Universidad de La Habana y doctor en Ciencias Históricas. Se desempeñó como profesor titular adjunto de la Universidad de La Habana y del Instituto Superior Pedagógico Rubén Martínez Villena, investigador de la Academia de Ciencias de Cuba e investigador titular del Instituto de Historia. Colaboró con numerosas revistas y periódicos cubanos, como *Bohemia*, *Verde Olivo* y la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. Publicó los libros *La Guerra en La Habana* (1974), *La Batalla de las Guásimas* (1975), *La Guerra Chiquita: una experiencia necesaria* (1982), *La aventura cubana de Cristóbal Colón* (1992), *Herida profunda* (1998), *Radiografía del Ejército Libertador* (2005), entre otros. Recibió los Premios Nacionales de Historia y de Ciencias Sociales y Humanísticas.

**Olga Portuondo Zúñiga** (Camagüey, 1944)

Historiadora, ensayista y profesora universitaria. Se ha desempeñado como historiadora de la ciudad de Santiago de Cuba. Ha desarrollado una intensa labor docente en las universidades de Santiago de Cuba, de La Habana y centros de diversos países. Integró el Tribunal Nacional de Grados Científicos en Ciencias Históricas, y es miembro de número de la Academia de la Historia y miembro de honor de la Academia de Ciencias de Cuba. Su extensa obra incluye numerosos títulos, entre ellos: *Santiago de Cuba y la guerra hispano-cubano-norteamericana* (1994), *La Virgen de la Caridad del Cobre, símbolo de cubanía* (1996, 2002, 2008), *Cuba, constitución y liberalismo (1808-1841)* (2008), *Caribe, raza e identidad* (2014), *Santiago de Cuba: cinco siglos de historia* (2015). Ha merecido los Premios Nacionales de Historia, de Investigación Cultural y el de Ciencias Sociales y Humanísticas.

**Sidroc Ramos Palacios** (Sancti Spíritus, 1926-La Habana, 2012)

Periodista, poeta, novelista, político y diplomático. Se destacó al frente de varias instituciones educacionales y culturales cubanas: fue director de la Escuela de Instrucción Política del Partido Socialista Popular (1955-1958)

y de la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos (1962-1965); rector de la Universidad Central de Las Villas (1965-1967); director de la Biblioteca Nacional (1967-1973), bajo cuyo mandato se crearon la Sala Martí, los *Anuarios Martianos* y se potenció un amplio movimiento editorial. Fue redactor del periódico *Noticias de hoy* y colaboró con varias publicaciones cubanas y extranjeras como *Última Hora*, *Cuba Socialista*, *Verde Olivo*, *Bohemia*, *Signos*, *Islas*, *Unión*. Entre sus obras figuran los poemarios *Cuadragésimo año* (Ediciones Unión, 1970); *Viaje de ida y vuelta* (Ediciones Unión, 1977) y *Sigas pasando* (Letras Cubanas, 1983).

**Manuel Rivero de la Calle** (Camagüey, 1926-La Habana, 2001)

Notable antropólogo y profesor, doctor en Ciencias Naturales por la Escuela de Ciencias de la Universidad de La Habana. Fue miembro de honor de las sociedades cubana y mexicana de Antropología Biológica. Como pedagogo prestó servicios en Trinidad, Villa Clara y la Universidad de La Habana, donde dirigió, desde 1962 hasta 1976, el departamento de Antropología y el Museo Antropológico Montané, de la entonces escuela de Ciencias Biológicas. Fue autor de los programas de varias asignaturas, como Antropología Física, Paleontología, Primatología, Historia de la Antropología y Biología Humana. Publicó diversos libros, entre ellos: *Las Culturas Aborígenes de Cuba* (1966), *Antropología de la población adulta cubana* (1984), *Nociones de anatomía humana aplicadas a la arqueología* (1985), *Arqueología aborigen de Cuba* (1986), entre otros.

**Pedro Pablo Rodríguez** (La Habana, 1946)

Doctor en Ciencias Históricas, investigador y profesor titular, periodista. Es miembro de número de las Academias de Ciencias de Cuba y de la Historia de Cuba; integra el Tribunal Nacional de Categorías y Grados Científicos, el Consejo Nacional de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), y el Comité Ejecutivo de la misma. Desde 1990 trabaja en el Centro de Estudios Martianos. Colabora con revistas y periódicos cubanos y extranjeros. Ha publicado varios libros, entre los que destacan: *Antología del pensamiento revolucionario cubano* (coautor, La Habana, 1970), *El periodismo como misión* (compilación de estudios acerca del periodismo de José Martí, La Habana, 2003). Dirige la edición crítica de las *Obras completas* de José Martí. Recibió en 2005 la Orden Carlos J. Finlay y en 2009 el Premio Nacional de Ciencias Sociales.

**Luis Suardíaz Rivero** (Camagüey, 1936-La Habana, 2005)

Poeta, ensayista, crítico, editor y periodista. Ha sido coordinador provincial de Cultura en Camagüey (1960-1962), director de Literatura y Publicaciones del Consejo Nacional de Cultura. Dirigió la Biblioteca Nacional José Martí (1973-1976). Fungió como subdirector de Prensa Latina, director de la Editora Política, jefe de Redacción de Cultura e Historia de *Bohemia*. Ha colaborado con *El Camagüeyano*, *Bohemia*, *Verde Olivo*, *Granma*, *Juventud Rebelde*, *La Gaceta de Cuba*, *Unión*, *Casa de las Américas*, y otras publicaciones. Entre sus obras se encuentran *Haber vivido* (1966), el cual recibió mención

en el concurso Casa de las Américas ese mismo año, *Como quien vuelve de un largo viaje* (1975), *Todo lo que tiene fin es breve* (1983) y *Siempre habrá poesía* (1983). Recibió el Premio Nacional de Periodismo José Martí (por la obra de toda la vida).

**Carmen Suárez León** (Artemisa, 1951)

Investigadora, ensayista, poeta y traductora. Es doctora en Ciencias Filológicas por la Universidad de La Habana y graduada en Lengua Francesa por la Alianza Francesa. Se desempeña como investigadora titular del Centro de Estudios Martianos. Trabajó como editora de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (1983-1989). Integró la Sección de Traductores Literarios de la UNEAC. Ha publicado *José Martí y Víctor Hugo, en el fiel de las modernidades* (1997); *La sangre y el mármol. Martí, el Parnaso, Baudelaire* (2001), *Biblioteca francesa de José Lezama Lima* (2003), *La alegría de traducir* (2007), y los poemarios: *Sonetos en Vereda* (1987), *Sopla el viento la yerba* (1990), *Navegación* (1996), *Poemas del mediodía* (2011), etc. Ha traducido novelas, poemarios y biografías. Cuenta con las Distinciones por la Cultura Nacional y la Raúl Gómez García, junto a otros reconocimientos.

**Eduardo Torres-Cuevas** (La Habana, 1942)

Doctor en Ciencias Históricas, profesor de mérito de la Universidad de La Habana. Ha sido director de la Biblioteca Nacional José Martí, la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, la revista *Debates Americanos*, la Editorial Imagen Contemporánea y presidente de la Academia de Historia de Cuba. Actualmente dirige la Oficina del Programa Martiano. Es autor de numerosos libros, como: *Félix Varela. Los orígenes de la ciencia y conciencia cubanas* (1995), *Antonio Maceo. Las ideas que sostienen el alma* (1995), *Dos siglos de pensamiento de liberación cubano* (2003), *Historia de la masonería cubana* (2004), *En busca de la cubanidad* (2006), *Historia de la Iglesia Católica en Cuba* (2007), *El libro de las constituciones, Cuba y la independencia de Estados Unidos: una ayuda olvidada* (2018), entre otros. Ha recibido los Premios Nacionales de Ciencias Sociales y de Historia.

**Olga Vega García** (La Habana, 1949)

Licenciada en Información Científico-Técnica. Es investigadora de la Biblioteca Nacional José Martí y profesora auxiliar de la Universidad de La Habana. Ha realizado estudios de postgrado en Cuba y en el extranjero. Ha participado en comisiones para la salvaguarda de colecciones de valor patrimonial y ha laborado en proyectos internacionales. Se desempeñó como especialista del departamento metodológico y, además, fue jefa del departamento de Investigaciones Bibliográficas, el de Investigaciones Bibliotecológicas y el Metodológico de la Biblioteca Nacional José Martí hasta 1989, fecha en que la designan responsable de la colección de Fondos Raros y Valiosos de la institución. Es colaboradora habitual de las publicaciones de la Biblioteca y miembro del Consejo Editorial de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*.

**Oscar Zanetti Lecuona** (La Habana, 1946)

Historiador, catedrático, investigador, profesor, doctor en Ciencias Históricas por la Universidad de La Habana. Es miembro de las academias cubanas de Historia y de Ciencias, y correspondiente extranjero de la Academia Dominicana de Historia. Artículos y ensayos de su autoría han aparecido en diversas revistas cubanas y foráneas. Posee numerosos libros publicados, entre los que destacan: *Caminos para el azúcar* (coautor, 1987), *Comercio y poder. Relaciones cubano-hispano-norteamericanas en torno a 1898* (1998), *Isla en la historia. La historiografía de Cuba en el siglo xx* (2005), *Esplendor y decadencia del azúcar en las Antillas hispanas* (2012), *La escritura del tiempo. Historia e historiadores en Cuba contemporánea* (2015), *El Caribe: procesos económicos en perspectiva histórica* (2018). Recibió los Premios Nacionales de Historia y de Ciencias Sociales y Humanísticas.



# LA BIBLIOTECA DEL FUTURO: DE LA RAÍZ A LOS NUEVOS TIEMPOS



Institución fundada  
el 18 de octubre de 1901



BIBLIOTECA  
NACIONAL  
DE CUBA  
JOSÉ MARTÍ

A todo  
*Lezama Lima*

Volumen I

**RAROS  
Valiosos**  
colección digital



*Fotografías*

*libro  
de amigos*

*documentos*

*Publicaciones  
Serriadas*

*la Revista  
de la biblioteca  
y Lezama*



AÑO 101, No. 1-2, ENERO-JUNIO 2012  
ISSN 0006-1727 RNP5 0383

REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ

REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE CUBA JOSÉ MARTÍ  
ISSN 0006-1727 Año 109  
No. 2 ESPECIAL - TOMO I - 2012

REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE CUBA JOSÉ MARTÍ

REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ

EDICIÓN ESPECIAL

1868-2018  
ANIVERSARIO 150  
INICIO DE LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA  
TOMO I

José Martí: el alma de la nación cubana

Pedro de Padilla: un lejano antecedente de amor interétnico en la poesía de lengua española  
Virgilio López Lemus pag.

La cultura y la Revolución cubana: 50 años de una historia inmediata  
Antonio Álvarez Pralogni pag.

Veinte años entre la Nacional de Cuba  
Olga Vera García pag.



REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE CUBA JOSÉ MARTÍ  
ISSN 0006-1727 Año 108  
No. 2 ESPECIAL - TOMO II - 2018

REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE CUBA JOSÉ MARTÍ

EDICIÓN ESPECIAL

1868-2018  
ANIVERSARIO 150  
INICIO DE LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA  
TOMO II

Los avatares de una edición crítica

Presentación

REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ

REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ

ISSN 0006-1727 Año 111  
No. 1 enero-junio 2020

REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ

ISSN 0006-1727 Año 112  
No. 1 enero-junio 2021



BIBLIOTECA NACIONAL DE CUBA JOSÉ MARTÍ

